

José Martí : obras completas. Volumen 10 en los Estados Unidos	Titulo
Martí, José - Autor/a; CEM, Centro de Estudios Martianos - Compilador/a o Editor/a;	Autor(es)
La Habana	Lugar
Editorial de Ciencias Sociales Karisma Digital Centro de Estudios Martinianos	Editorial/Editor
2011	Fecha
	Colección
Cultura; Sociedad; Política; Pensamiento latinoamericano; Correspondencia; Noticias de prensa; Estados Unidos;	Temas
Libro	Tipo de documento
* <a href="http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/cem-cu/20150114045007/Vol10.pdf">http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/cem-cu/20150114045007/Vol10.pdf</a>	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND <a href="http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es">http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es</a>	Licencia

**Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO**  
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)**  
**Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)**  
**Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)**  
[www.clacso.edu.ar](http://www.clacso.edu.ar)



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales  
 Conselho Latino-americano de Ciências Sociais  
 Latin American Council of Social Sciences



# Volumen 10

## En los Estados Unidos

### Escenas norteamericanas I - IV

	<b>Pág.</b>
Protección y librecombio. La América, febrero de 1884	15
La vuelta de los héroes de la “Jeannette”. La Nación, 17 de abril de 1884	21
La Nación, 8 de mayo de 1884 Tres batallas capitales. ¡primavera, primavera! Política de primavera. La escena en la Casa de Representantes. Un “caucus”. Demócratas proteccionistas y demócratas librecombiistas. Estudio de las causas, accidentes y alcance del conflicto actual en el partido demócrata, relacionado con la Presidencia. Una tarjeta del pintor mexicano Alamilla. Posición respectiva del partido republicano y el demócrata. Estrategia de uno y otro. Razones para la permanencia de los republicanos y la esperanza de los demócratas. El Capitolio, en la noche del “caucus”. Riñas de antaño. Daniel Webster. Henry Clay. Calhoun. El famoso John Randolph. Los patriarcas nuevos. Randall y Morrison. Cox atildado, Hewitt activo y Kolman puro. Resultado del “caucus”.	29
La Nación, 9 de mayo de 1884 Nueva York en manos de rufianes. Los bastidores de una gran ciudad de inmigrante. Estudio de la máquina electoral. Tráfico de votos. Capataces y rebaños. Cómo se proveen en Nueva York puestos públicos. Urdimbre curiosísima. La gente culta se aleja de las urnas. Miedos de la prensa. Impotencia del mayor de la ciudad. Votos y cervecerías. Un viaje por las oficinas públicas y una nota de sus comercios. Prácticas en las cárceles. Trabas al municipio y franquicias al mayor. Diputados. Las reformas que se intentan y la que se necesita.	39
La Nación, 6 de junio de 1884 Grupo de sucesos. Artistas en Nueva York. Quehaceres en una noche. Contienda de caminadores. Los caminadores. El público. El hipódromo. Aspecto de circo. Descripción del espectáculo. Por qué y cómo luchan. El jugador, el médico, el caminador y la prensa. Contienda de candidatos a la Presidencia de la República. Posición de los partidos. División interna de demócratas y republicanos. El anciano Tilden y el abogado Cleveland. Juntas eleccionarias. Convención de Estado. Convención general. Arthur, Blaine y Grant. Examen de la situación política, y línea de los candidatos prominentes. El senador Edmunds. El Sur demócrata, el Este nobiliario: y el Oeste nuevo. Formación contemporánea de los Estados Unidos. El hombre del Oeste y el neoyorquino. La raza puritana.	47
La Nación, 16 de julio de 1884 Un domingo de junio. Nueva York en verano. Los barrios de pobres. El pánico financiero. Los Bancos suspenden pagos, la muchedumbre invade las calles. Decenas de casas quiebran. Los socios del general Grant. Fernando Ward y su casa. El juego de Bolsa. La vida moderna: la neoyorquina. Nuestras riberas y éstas. Elementos del carácter norteamericano. Los negocios de Grant y Ward. Los contratos del gobierno. Colosales estafas. La Convención Republicana. Candidatos para la Presidencia y Vicepresidencia	59
Una novela en el “Central Park”. Inteligencia, de las oropéndolas. La América, julio de 1884	73

La Nación, 26 de octubre de 1884

La procesión moderna. Una columna de veinte mil trabajadores. Problemas graves y paisajes nuevos. Los “políticos”. Los irlandeses y su influjo. El millonario Jay Gould. El monopolio. Desfile imponente. Las máquinas alegres. La prensa de Franklin. El coche de Nellie. Tipógrafos y sastres. Cigarreros y carniceros. Los hermosos negros. Los alemanes silenciosos. Alegorías y caricaturas. La revolución del siglo XIX. Eficacia de la libertad Los trabajadores en la calle de los palacios. Vestiditos blancos. “Santo trabajo”.

77

Filiación política. El origen del Partido Republicano de los Estados Unidos. La Nación, 6 de noviembre de 1884

93

Zig-zags neoyorquinos. La Nación, 18 de diciembre de 1884

101

La Nación, 7 de enero de 1885

Un día de elecciones en Nueva York. La noche anterior. Cuarteles generales de los partidos, y lo que se hace en ellos. Las apuestas. Preparativos legales. 3,000 casillas de pino blanco. Una casilla, y sus alrededores. Los papeleteros, los “trabajadores” y los cuidadores. La conquista de los electores. De a dos y de a cinco pesos. El día en las casillas. Un votante preso. Caterva italiana. Italianos e irlandeses: batalla campal y caso cómico. Una elección de municipe en un barrio bajo. “Pericón” y “Franciscazo”. La escena en barrios cultos. Tráfico en votos. Inlujo decisivo de los hombres de negocios. Curiosidades electorales. Las cuatro de la tarde, peleas y fogatas. La ciudad por la noche. Las calles, las cantinas, los alemanes, las dos razas irlandesas, los hoteles. La cantina de Hoffman: sus bronce, mármoles y cuadros. Lectura pública de las primeras noticias. En las plazas y avenidas. Vagabundos y señores. Una conversación en un carro. La plaza de los periódicos. La muchedumbre aguarda en la lluvia los boletines. Pilluelos, paseantes, luces. El “Sun”, el “World”, el “Herald” y el “Tribune”. Hurras, silbos, refranes, coros. La maravilla del sufragio.

107

La Nación, 11 de enero de 1885

El Día de Gracias. Cómo era entre los colonos, cómo fue entre sus hijos, cómo es hoy. Nueva York de fiesta de familia. Costumbres, procesiones, espectáculos. Homenaje a Adelina Patti. Los tres veteranos. Las fiestas de este invierno. Los teatros. Henry Irving en Hamlet. El New York nuevo. Una escena del “football”. Los colegios y loa ejercicios físicos. Una lectura de dos escritores famosos. George Cable, el novelista del Sur. “Mark Twain”, el primer humorista norteamericano. Sus antecedentes, su carácter, su carácter literario, sus viajes, sus libros.

127

La Nación, 22 de febrero de 1885

Un teatro original y cómo se elabora Nueva York. Los personajes de las comedias Harrisgan y Hart. De pilluelos a actores famosos. La Ristori ahora. La casa de Vanderbilt. Vanderbilt perdona una deuda de \$150,000 a Grant. Un donativo de \$500,000. Una frase de Barrios. Grant. El Senado acuerda conceder a Grant el sueldo de general en jefe. Los oradores de los Estados Unidos. Caracteres y razones de su oratoria actual. Los oradores de antes: Nye, Carpenter, Garfield, Lincoln. Los oradores de ahora, y su método: Edmunds, Blaine, Conkling, Hewitt, Bayard.

143

La Nación, 20 de marzo de 1885

I-Crímenes y problemas. El problema religioso: de nacionalismo a autoritarismo. Posición de las Iglesias hostiles. Monseñor Capel y sus trabajos. II.-La dinamita en New York. Los irlandeses e Inglaterra. Los socialistas alemanes. Los Caballeros del Trabajo. O'Donovan Rossa e Iseult Dudley. Fenómenos del egoísmo.

155

La Nación, 7 de mayo de 1885

Inauguración de un Presidente en los Estados Unidos. Cleveland. Sucesos varios y desatendidos. Huelga de los empleados de ferrocarriles. La estatua de la Libertad. Grant moribundo. La guerra en Centroamérica. La nueva administración y los empleados. Escenas en Washington antes de la inauguración. La mañana del 4 de marzo. Ceremonias y fiestas. Arthur y Cleveland van de la Casa Blanca al Capitolio. El Senado y el juramento del Vicepresidente. El discurso inaugural de Cleveland. La majestuosa escena. “¡Conciudadanos!” Cómo fue dicho y oído el discurso. Líneas generales de la política de Cleveland. La procesión enorme. El Sur abrazado en las calles con el Norte. Ovación a las tropas confederadas. El gran baile de inauguración. Los confederados en el Gabinete. El nuevo Gabinete y su política. Bocetos de los nuevos Secretarios. Bayard, de Estado; Lamar, de lo Interior; Garland, de Justicia; Vilas, Whitney y Endicott. Cómo nombró Cleveland su Gabinete. Nueva política de los Estados Unidos en la América española.

167

La Nación, 9 de mayo de 1885

Historia de la caída del partido republicano, en los Estados Unidos y del ascenso al poder del partido demócrata. Antecedentes, transformaciones y significación actual de los partidos. Resumen, con este asunto, de todos los detalles y consideraciones que pueden explicar de una manera definitiva, como clave para sus movimientos futuros, la política norteamericana.

183

La Nación, 2 de junio de 1885

Movimiento político en Washington. Continuación del análisis del actual problema político. Modo y razones con que combaten los elementos del partido demócrata.

213

La Nación, 5 de junio de 1885

Sucesos de la quincena. Conducta de Cleveland en el poder. Espíritu y práctica de su gobierno. Su teoría y manejo de los empleos públicos. Los nuevos empleados. Reforma en la organización de los partidos políticos. Casos de prueba. Los republicanos aún en sus puestos. Los nuevos enviados diplomáticos.

217

La Nación, 13 de junio de 1885

La casa y el ferrocarril. Quincena de crímenes. Un joven distinguido se mata, y mata a su madre y a su hermana. Males modernos. El mal de las aspiraciones excesivas. Exhibición de cuadros americanos. Bosquejo del arte en los Estados Unidos. Recuerdos del arte en México. Los tipos del arte americano. Creación del arte. Los pilluelos de Brown. Reforma trascendental en el Colegio de Harvard. Modernos contra antiguos. Una victoria del espíritu moderno. El estudio del griego y el latín no será obligatorio en la Universidad.

225

La Nación, 14 de junio de 1885

La educación conforme a la vida. Disciplina de la mente moderna. La Lengua antigua. Sucesos políticos. Facciones democráticas. Tilden. Habilitación de un confederado. El Ministro a Italia enemigo de la Unidad Italiana. Número excesivo de aspirantes a exámenes para turno en las listas de empleos. Consecuencias de una guerra entre Inglaterra y Rusia para la marina mercante americana. La raza de color y el partido demócrata. Desfile de sacerdotes.

235

La Nación, 15 de julio de 1885

Revista y resumen de los problemas actuales en los Estados Unidos. La crisis económica y sus causas. Dificultades y progresos del gobierno de Cleveland. Manera con que ha ido venciendo la oposición de su propio partido. Método de proveer los empleos públicos. Desalojo de republicanos. Esbozo del carácter de Cleveland. Cómo Cleveland, siendo alcaide, haló dos veces de la cuerda de la horca. Los americanos en Panamá. Gran urgencia de una reforma liberal en la legislación de aduanas y de mar. Necesidad y modo de crear la marina mercante americana. Obstáculos que encuentran las reformas, y conciliaciones necesarias. Cómo son escritas estas cartas. Hechos menores. Beecher inicia una revolución religiosa. Miss Cleveland, la hermana del Presidente, va a publicar un libro.

241

Las Nación, 24 de julio de 1885

“Decoration day”. La campaña de otoño. La estatua del peregrino. Junio. La Universidad de Cornell. Universidad para los hispanoamericanos. Derechos en Alemania de los alemanes naturalizados en los Estados Unidos. Casos diplomáticos. Bismarck y los norteamericanos. Actual situación de demócratas y republicanos. Análisis de la situación política. La próxima campaña electoral. Los grandes fraudes de la Aduana. Nosotros los hispanoamericanos. ¿Perdurará en los Estados Unidos el espíritu puritanico? El peregrino de bronce. El día de las flores. Grant dice adiós a sus soldados.

225

La Nación, 20 de agosto de 1885

El verano. Política, religión, tribunales y literatura. Un libro de Vining sobre Hwi Shan, el primer descubridor de América. Cosas americanas. El periodista Staton y su tiempo. Los periódicos antaño. Los campamentos de milicianos en junio. Congresos. Los indios inquietos. Cómo los trataban los agentes gobierno. Los cheyenes. Gobierno admirable de los cheroqueses. El sufragio, la escuela y la propiedad entre los cheroqueses.

267

La Nación 21 de agosto de 1885

Dos millonarios en la penitenciaría. Los Secretarios de Cleveland. La reforma adelanta. Cómo nombró Cleveland al colector de la aduana de Nueva York. Ojeada en el trabajo interior del partido demócrata. El Presidente doma a su partido. Vicepresidente contra Presidente.

277

La Nación, 20 de septiembre de 1885

El Este y el Oeste. Los gitanos en New York. La magia de New York. Convulsiones de elaboración en el Oeste. Los indios revueltos. Los vaqueros traviesos. Los ganaderos rebeldes. Un sacerdote con pistolas. El caolín. Éxodo de húngaros. ¡A trabajar, los nobles! Una ciudad en un mes

283

La Nación, 3 de octubre de 1885

Los indios. los soldados y los agentes del gobierno en el territorio indio. “El caballo de hierro” y el “gran padre”. Abusos de los agentes Cómo los trata Cleveland. Mozos y viejos. Cleveland y Grant. Análisis de la política interior. Continúa la batalla de los empleos. Demócratas contra demócratas. y Vicepresidente contra Presidente. No basta haber sido soldado para ser empleado. Los empleos han de proveerse por oposición. conforme a la ley. El gobierno mantiene su programa.

287

La Nación, 22 de octubre de 1885

Placeres y problemas de septiembre. Días venecianos en Nueva York. Una regata. Los anglómanos.

295

La Nación, 23 de octubre de 1885	
El problema industrial en los Estados Unidos. Axiomas económicos. Valores ficticios y reales. Los especuladores y los obreros. Obreros armados Asesinatos de chinos. El chino en los Estados Unidos. Los “Caballeros del Trabajo”. La catedral de San Patricio. Las procesiones de trabajadores. ¿Siquiera una vez al año?	303
La Nación, 2 de diciembre de 1885	
Suma de sucesos. Elecciones. convenciones, muerte de un cardenal. Mary Anderson. El problema del Sur. Los partidos en el Sur después de la guerra. Política de vencedores. El sufragio entre los negros. Renacimiento del Sur. Paseo patriarcal del general Lee. Escenas de Virginia.	313
La Nación, 4 de diciembre de 1885	
Los Indios en los Estados Unidos. Bosquejo del problema indio. Política del Presidente Cleveland con los indios. Convención de Amigos de los Indios. Historia y estado de las reducciones. Carácter del indio. ¿Qué educación debe darse al indio?	321
La Nación, 6 de diciembre de 1885	
La explosión mayor del mundo. Una isla rota. Cómo se preparó la roca para la explosión. Cómo se cargó la roca y estalló la carga. El rackarock. La explosión: inolvidable escena.	331
La Nación, 15 de diciembre de 1885	
La feria industrial del instituto. Exhibición de caballos. Sus escenas y su objeto. Los anglómanos: los “dudes”. El espíritu aristocrático en Nueva York. Dinamita al monumento del mayor inglés André. Toda la nación contra la política importada.	337
La Nación, 16 de diciembre de 1885	
Campaña electoral. Triunfo de los demócratas. Antecedentes. Análisis, accidentes y elementos del triunfo. Conducta de Cleveland en las elecciones. Blaine y Conkling. El confederado Lee es electo gobernador de Virginia.	345
La Nación, 13 de enero de 1886	
El mensaje presidencial. Las pascuas. Vicios en el reglamento de la Cámara. Una novedad: la comisión de debates. Un general acusado de cohecho. Las memorias de Grant	353
La Nación, 17 de febrero de 1886	
De año nuevo. Lo artístico, lo social, lo político. Los documentos oficiales. El mensaje de Cleveland. ¿Miss Cleveland escribió parte del mensaje?. El carácter de Cleveland. Revista de reformas.	363
La Nación, 18 de febrero de 1886	
El problema indio en los Estados Unidos. Informe del Secretario Lamar. Lo que debe hacerse con los indios. Cómo debe educárseles y cómo han de dividirse sus bienes. Una universidad nacional. Ojeada sobre el espíritu actual norteamericano.	371
La Nación, 28 de marzo de 1886	
Un gran escándalo. El Secretario de Justicia culpable de soborno. Una compañía de teléfonos en que el Secretario tiene \$500,000. El Departamento de Justicia procura anular en nombre de los Estados Unidos la patente de una compañía rival. El Presidente contra la compañía Bell. La patente de los teléfonos de Bell acusada de fraude. ¿Qué es diputado y qué es soborno? Garland.	379
El Senado y el Presidente. El buen Secretario Bayard. Hechos menores. La Nación, 1 de abril de 1886	387

La Nación, 7 de mayo de 1886	
La revolución del trabajo. Grandes huelgas. La reforma de las tarifas en el Congreso. Proyecto de educación federal. La colección de cuadros de Morgan, vendida en dos millones. Un vaso en dieciocho mil pesos. Huelga y motín de los empleados en los tranvías. Escenas de la huelga.	393
La Nación, 9 de mayo de 1886	
Las huelgas en los Estados Unidos. Los Caballeros del Trabajo. Causas y efectos de la huelga ferroviaria. Jay Gould y los trabajadores. El lenguaje de los Caballeros del Trabajo. Atentados de los huelguistas. “¡Todavía eres buena bandera!”	403
La Nación, 4 de junio de 1886	
Las grandes huelgas en Estados Unidos. Aspecto del problema social. Causas de la depresión industrial. Las angustias del gran Tío Samuel. Martin Ivons, un fanático. Trabajadores contra trabajadores. Motines y muertos.	411
La Nación, 6 de junio de 1886	
Elementos, métodos y fines de los Caballeros del Trabajo. Los elementos del conflicto ante el juicio público. Jay Gould, el millonario. Powderly, obrero y hombre de Estado.	417
. La Nación, 17 de junio de 1886	
Primavera. Los quehaceres de la cuaresma. La mujer en los Estados Unidos. La hermana del Presidente. El Presidente se casa. La hermosura de Miss Folsom. Cleveland en lo doméstico. Cómo recibe Cleveland. Cleveland y el Congreso. Los proyectos de ley. Acuñación de la plata. Reforma de la tarifa. Derrota de un proyecto para el aumento del ejército. Obreros y soldados. El senador de barba blanca	427
La Nación, 19 de junio de 1886	
Los trabajadores se apaciguan. Los prudentes van venciendo a los fanáticos. Las calles en Pascuas. Exhibición de pintores impresionistas. Un “Estudio” de Roll, el “Marceau” de Laurens, el “Hamlet” de Manet, la “Carrera de Caballos”.	437
La Nación, 26 de junio de 1886	
Grandes motines de obreros. Alzamiento unánime en favor de ocho horas de trabajo. Los anarquistas armados. Gran mitin en Nueva York. Los policías y los anarquistas. Espíritu y trascendencia del lanzamiento obrero. El obispo de la Iglesia Metodista conmueve al país con una plegaria por la reorganización social. Fábricas de bombas. Libros de crimen	445
La Nación, 2 de julio de 1886	
Los obreros de Alemania y los de Estados Unidos. Lo que traen de Europa los obreros alemanes. Most, Schwab, Spies. Escenas de los motines de Chicago. Huelguistas envenenados. Explosión de una bomba de dinamita.	450
La Nación, 15 de julio de 1886	
Gran fiesta confederada. Todo el Sur alrededor de Jefferson Davis Paseo triunfal. Monumento a los confederados “Por honor no por guerra”. ¡Aquellas batallas! Jefferson Davis ahora. Su discurso. “¡Sigue, viejo, sigue!” Fiesta de ternura. Incidentes notables. Las ciudades de gala. “Por sobre todo la bandera de la Unión”.	459

La Nación, 16 de julio de 1886

Célebre proceso por cohecho. El vicepresidente del ayuntamiento de Nueva York es condenado a penitenciaría. Detalles y antecedentes. Cómo son, y de qué viven, los regidores en Nueva York. El ayuntamiento en masa se vende a una empresa. Vicios del sufragio. Jaehne, confeso, era la flor del sistema. Sentencia solemne. El reo en la penitenciaría, lavando camisas.

467

La Nación, 21 de julio de 1886

Matrimonio del Presidente Cleveland. La fiesta de la Decoración de las Tumbas. Nueva York en la mañana de la Decoración. Procesión, flores, banderas. Descripción de las honras solemnes en la tumba de Grant. Las ofrendas de flores. Un cañón de claveles. “¡De tí, patria mía, y tierra de libertad!” Descripción de la boda. El Presidente y la prensa. La batalla de los vapores. Los reporteros victoriosos. Los alrededores de la Casa Blanca. El aposento azul. La ceremonia. “Arroz y chinelas”.

475

# JOSE MARTI

## Obras Completas

10

*En los Estados Unidos*



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1975

Primera edición publicada por la Editorial Nacional de Cuba, en coordinación con la Editora del Consejo Nacional de Cultura y la Editora del Consejo Nacional de Universidades. La Habana, 1963-1965.

Segunda edición

## BERTAS DE MARTÍ — EN LOS ESTADOS UNIDOS

Primavera—Música—Sport—Millonarios—Prestidigitadores y espiritistas—Concierto al pié de la horca—La pena de muerte y la penitenciaría—Un rey de la bolsa encarcelado—30.000 pesos por un caballo para Buenos Aires—Caballos famosos—Behidas de moda—A las minas—Muerte de un millonario—Ericson.

NEW YORK, 1º de abril de 1889.

Señor director de LA NACION:

Con la boina de Wagner sobre la cabeza, de nieve se ha sido este invierno, famoso en New York por el frenesí con que los alemanes han aclamado en la ópera al tenor de la Tetralogía de los Nibelungos; y la primavera entra detrás de la batuta del que le cedió a Wagner su Frau Cosima, del famoso von Bülow, que no lleva la música por notas, como un maestro de baile, suó por ondas y volúmenes. La adeigaza, como una franja de luz al amanecer: la levanta de un ímpetu, y la deshace en polvo al caer, como el agua de una fuente; le saca el freno y la echa peña abajo, como el caballo de Brambilda; la desvanece, como el sol a la puesta, en nubes esplendorosas. Es una romería el teatro de la Opera. ¡Eso es Brahms, eso es Wagner, eso es Berlioz, eso es hacer hablar, llorar y reír a la octava sinfonia de Beethoven! Von Bülow llama a sus músicos, como un hechicero a sus palomas: ya no cesa un momento aquel cuerpo arrebatado: se mece de un lado a otro: cambia de mano la batuta; se echa sobre el atril y se vuelve de pronto de cara a los músicos; engarza las notas con la batuta, moviéndola a grandes círculos; como quien recoge cintas: se encorva, se achica, se baja hasta el suelo, cuando quiere que la música se postre como él. El público, loco, lo llama a la escena, y él sale a dar gracias con el primer violín.

Abril es aquí mes de música: Thomas, el maestro elegante, lee a los maestros ante una concurrencia escogida. Seidl, el fanático wagnerista, repite sin cansarse, ante un público escogido, aquella música plena de Bayreuth.

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro,  
calle 14, No. 4104, Marianao 13, Habana, Cuba.

FRAGMENTO DE UN ARTÍCULO DE MARTÍ PUBLICADO EN EL  
DIARIO "LA NACIÓN". TIENE CORRECCIONES QUE SE PRESUME  
SEAN DEL PROPIO MARTÍ

**EN LOS ESTADOS UNIDOS**

*ESCENAS NORTEAMERICANAS*

**II**

**1884 - 1886**

*ESCENAS NORTEAMERICANAS*

1884

1

**PROTECCIÓN Y LIBRECAMBIO**

Ni los esfuerzos, ya sensibles, de los partidos contendientes para ir agrupando en torno de sus candidatos a la Presidencia probabilidades de triunfo; ni la conmoción, no muy honda por cierto, causada por la negativa del canciller alemán a poner en manos del Reichstag las resoluciones de condolencia votadas por la Cámara de Representantes de los Estados Unidos en honor del difunto jefe de los liberales alemanes, el brioso y pugnaz Lasker,—han preocupado tanto este mes la atención pública como el problema extremo y de solución urgente, que la aplicación prolongada del sistema de protección de las industrias ha traído sobre el país. Hállase que a no haber sido por las exportaciones agrícolas que en un ochenta por ciento han figurado año tras años en las de los Estados Unidos, se hubiera visto antes la pobreza del rendimiento industrial que, sin poder sacar afuera sus productos caros a competir con los rivales extranjeros, creaba, sin embargo, por lo subido de los derechos de importación y la seguridad de imponer a alto precio los productos nacionales, una general y penosa carestía en todos los objetos necesarios, a la cual sin los crecidos retornos de las cosechas favorables, no hubiera podido hacer frente la nación, que pagaba más por sus gastos crecidos, con la tarifa prohibitiva, que lo que merced a esta tarifa misma le era dado adquirir por sus productos. Y por esa falacia ha parecido bueno a los observadores superficiales el sistema de protección en estos Estados: porque, gracias a la exuberancia de las cosechas, no se notaba el desequilibrio enorme, que hoy, apenas escasea la demanda de granos del extranjero, y se halla la industria americana en necesidad de pagarse sus gastos, salta de manera clarísima a la vista.

Para favorecer el desarrollo de las industrias nacionales, necesitadas en gran parte de materia prima traída de otros países, se decidió subir de tal manera el impuesto de introducción a los artículos extranjeros, que era a éstos punto menos que imposible venir, recargado con los gastos de flete y los derechos de entrada, a competir en los mercados de los Estados Unidos con los productos de la nación. Sobrada ésta de

caudales, por la acumulación de los rendimientos de excelentes cosechas sucesivas, cuya venta favorecieron más de una vez los trastornos europeos, ni se ponía mientes en pagar por los artefactos del país un precio que en realidad pagaba el abundante dinero extranjero, ni se hallaba cosa mejor en que emplear éste que en el desarrollo colosal de las propias industrias. El enorme pueblo consumía todavía cuanto las fábricas nativas venían elaborando.

A la noticia del febril movimiento y de los altos salarios que el bienestar público y el alto precio de las manufacturas nacionales permitía pagar, y necesitaban además los obreros para afrontar la vida costosa que engendra siempre el sistema proteccionista, acudió de todas partes de la tierra inmigración artesana numerosísima; abandonaron los nativos, con gran desacuerdo, las faenas más seguras y fructíferas del campo por los nuevos y productivos oficios; acumulóse en las grandes ciudades apiñada muchedumbre obrera; surgieron ciudades fabriles, habitadas por millares de trabajadores, y se organizó como una formidable nación industrial un pueblo sencillamente incapaz de vender el fruto de sus atormentadas industrias.

La subida tarifa de derechos de importación, que por una parte aseguraba a los productos americanos los mercados nacionales, les imponía por otra, con la carestía general que ocasionaba para la vida, la necesidad de pagar jornales altos; y con lo costoso de la materia prima importada, unido a lo recio de los salarios, la de vender a excesivo precio sus productos.

En tanto que las industrias nacionales produjeron sólo para cubrir la demanda doméstica, contenta de surtirse en casa, y de pagar más por cosas propias—no se vio sino lo que tiene de lisonjero producir cuanto se ha menester sin acudir a pueblos extraños más famosos y viejos,—y la facilidad de lucrativa venta.—Pero gracias a las ganancias por todas estas condiciones acumuladas, y en las industrias mismas invertidas, las fábricas nativas llegaron a ponerse en tal pie y a producir tan abundantemente, que sin mercado inmediato, vasto e incansable para sus artículos no pueden satisfacer las exigencias de sus deberes corrientes, el material que sus hornos consumen, los gastos de comunicación que para conducir sus productos necesitan, ni a los pueblos de obreros descontentos que viven de ellas. Y hallan que el mercado nacional está ya sobradísimamente suplido, y cuando no, desconfiado y temeroso: y que sin buques propios,—por ser tan caros los de fabricación americana en consecuencia de la ley que los protege, que todos los que necesitan em-

barcaciones las compran afuera;—sin buques propios, decimos, sin amistades cercanas, sin acabamiento marcado en sus artefactos que compensara la diferencia de precio,—no pueden vender en los mercados extranjeros los productos acumulados y en producción constante que la nación no demanda ya en la cantidad en que se producen; ni están, por lo tanto, en capacidad de mantener, por poco que este grave estado se prolongue, fábricas en tal tamaño establecidas que por lo abrumador de sus gastos podrán apenas aguardar con angustia mejores días, con el revertimiento doloroso a las industrias vacilantes de los pingües provechos que en su época de auge y nivelación con la demanda amontonaron.

Si las industrias americanas no son, por alguna arte económica, puestas en condiciones de vender en el extranjero sus productos, las industrias americanas perecen. Sobrevivirán sólo las genuinas industrias del país, nacidas de él y de la transformación inmediata de sus propios frutos, que las tierras que los consumen no pueden producir con igual baratura: pero esas industrias establecidas, más que por derecho natural del país a ellas, por emulación, ostentación y orgullo, ésas, o perecen, o necesitan urgentemente que un nuevo sistema económico abarate la importación de derechos extranjeros, baje el costo de la materia prima, reduzca el de la vida general para que sea posible la reducción de los salarios, conceda la bandera nacional a embarcaciones de fábrica extranjera, y permita la producción de los artefactos norteamericanos en condiciones que puedan luchar en los mercados de Europa e Hispanoamérica con los productos ingleses, franceses y alemanes.

*La América.* Nueva York, febrero de 1884

2

**LA VUELTA DE LOS HÉROES  
DE LA “JEANNETTE”**

Nueva York, 28 de febrero de 1884

Sr. Director de *La Nación*:

Era el día aniversario de Washington, 22 de febrero.—La generosa luz del sol como de gala queriendo hablar, se esparcía por limpia atmósfera. Desde el edificio del *Herald*, todo colgado de luto, al parque de la Batería donde se sientan hoy aguardando empleo los inmigrantes, y se despedía, cien años hace de sus llorosos oficiales, Washington,—es toda masa humana. Entre un borde y otro de la calle, queda apenas vereda estrechísima, por gente de todo linaje y puesto transitada. Ya es un galán inglés de burias, todo nuevo y lustroso, con botines de proa aguda y bastón de puño de plata, remachado al rudo y bello modo de los antiguos indios. Ya criadas de servicio, lo que no obsta a que vayan de seda y terciopelo, y si son de buen rostro, perseguidas por ojos avarientos de mancebos de faz rasa y cabello recortado:—nuestros tiempos son temibles: corre miasma en las venas; todo es como esos mancebos y esas mozas: el deseo es el sueño, y no se disfraza ya de amor, que le da cierto buen parecido: con tal prisa se vive que no hay tiempo para vestir los apetitos: algo como un cerdo ha hecho su corral en nuestro cerebro:—pero aquella mañana—aquella mañana los cerdos huían a manadas, espantados como si corriera viento de águilas.

Pasaban entre el hilo de gente cada vez más oprimido, niños rubios y blancos, como si fueran botones de rosas traídos a abrirse al aire de la gloria de aquel día,—o florecillas de colores, a posarse volando sobre los féretros; pasaban, envueltas en ricas pieles, damas de visible alcurnia; andan siempre las damas, como si fuesen coronas en torno de la gloria: hombres tristes pasaban, guitones infelices, jirones ya de hombres, a los vendavales de la vida rotos, la color amarilla, la mirada larga y seca, revuelta la barba, los pantalones de bajos roídos, los gabanes con los codos abiertos, el sombrero de fieltro alto, no sin ventanas, y en la boca, por calentarse tal vez los labios finos de hambre, una pipa encendida.

Las campanas de la vieja iglesia de la Trinidad, tocan a duelo. La casa roja del telégrafo, que en el mástil perdido en las nubes ha izado flámula de luto, interrumpe un momento la labor de colmena colosal de su millarada de operarios. Por delante del telégrafo de madera que hace pocos años inventó Morse, van a pasar—digámoslo ya al fin—los expedicionarios de la “Jeannette”, que vuelven muertos del Polo. ¿A qué los sepultan en la tierra si ya tienen sepultura en los corazones? Los héroes son propiedad humana, comensales de toda mesa y de toda casa familiares.

La policía a caballo empuja brutalmente sobre las aceras a la muchedumbre que llena el centro de la calle y echa contra los edificios a los que salieron de mañanita a tomar puesto, o corre despavorida a chocar contra la masa compacta que empuja, Broadway abajo. Por sobre las cabezas, unos carretoneros suben a un Banco una caja de hierro. Ya vienen, ya vienen cubiertos de coronas, envueltos en la bandera americana, precedidos de gente de mar, robusta y grave, los cadáveres que desde el hielo ártico vuelven a la ciudad que les armó el buque hace cinco años, a que los llevase a buscar lo que no se sabe, y en la mañana clara de un ocho de Julio saludó su partida de San Francisco al son de cañones de fiesta y del clamor de los californianos conmovidos, que decían adiós con sus pañuelos y con sus lágrimas a aquel hermoso buque lleno de banderas. Ya vuelven, y se siente que pasan por lo que sufrieron y por lo que enseñaron, no maquinistas, no fogoneros, no gente de maniobra, no médico, botánico y capitán, no un féretro vacío, del teniente Chipp, a quien no se ha hallado, sino gigantes. Los hombres levantan a sus hijos sobre sus cabezas; yo, que esquivo procesiones, llevé al mío, y lo levanté sobre mi cabeza. Mi hijo se echó a llorar. Las mujeres que pueblan las ventanas y los techos de los colosales edificios de comercio, aquel día respetuoso, saludan a los muertos con sus pañuelos, y a los sobrevivientes, ciegos o escuálidos que los siguen, y a sus mujeres y parientes, que van en carruajes. Los hombres, conmovidos, se quitan los sombreros. Cerca de la iglesia de la Trinidad, rodeada del cementerio viejo, y junto a la casa del *Herald*, apenas puede el cortejo romper la masa muda. La iglesia dobla; todas las cabezas están al aire frío: en los sótanos de la casa, reposan como montes arrodillados, las formidables prensas: los carros fúnebres pasan en silencio: sobre las cruces de los mausoleos están encaramados los vivos: el sol luce radiante; y por el aire, por detrás de la iglesia, pasa la locomotora.—El cortejo sigue: en una esquina de la enorme casa de correos, flota como saludándolo, un

jirón de la gasa que vistió al edificio cuando murió Garfield: los muertos cruzan, como si para recibirlos dignamente se lo hubiese la patria preparado, el puente de Brooklyn:—y en el tope de las torres del puente, al paso de los sublimes vencidos, las banderas se bajan a media asta. ¡Es solemne esta ofrenda en la altura!—La merecen, la merecen estos hombres que sacan llanto de respeto a los habitantes de una ciudad que no ama el llanto y goza o ruge. Los hombres se sienten agradecidos a los seres extraordinarios, a los que les despiertan en el espíritu alarmado o aturdido la generosidad, el impulso expansivo, la comunión con lo Eterno y el Universo, la nobleza redentora y deleitosa. Todo lo que conmueve, agranda. Una hora de dolor puro, privado, acrisola: público, disminuye las probabilidades de próximos crímenes. Los espectáculos grandiosos, recompensan a los buenos, y hacen dudar, cuando no convierten, a los malvados. Ni a los hombres ni a los pueblos debe ahorrarse el dolor que purifica, ni los espectáculos solemnes, que educan, revelan y salvan.

La merecen, la merecen esos conmovedores peregrinos que cayeron como mástiles tronchados, uno junto a otro, sin cobardía y sin queja, muertos de hambre sobre el hielo, por el delito ¡siempre penado! de entrar en lo desconocido. Pusieron el pie en el misterio, que los tragó iracundo. Coronado señor parece el Polo, con los pies en las entrañas de la tierra, entre cumbres de montes blancos asomado, con la diadema boreal ceñida a la helada cabellera,—que al sentir en sus nieves pasos de hombre, levántase de entre las montañas que lo abrigan, desata como quien echa un mar al aire sus resplandores, y lanza a rodar los montes sobre los caminantes atrevidos.

Y aquellos fueron bravos, que en el lomo de los montes cabalaron, y vivieron dos años en el hielo.—Contar, no nos es dado. Es cosa heroica, pero aunque de ayer, ya antigua.—Les salió el rey al paso, y se metieron por el corazón del rey. Los cegó con su luz y les cerró las gargantas con su frío, y ellos siguieron andando, cerradas las gargantas y ya ciegos. Les rompió el rey el buque, y se echaron, en maravilla que postra de asombro y respeto, al hielo, en botes. Les cortó el hielo el camino, y así anduvieron sobre él con los botes a rastras. Se les cayeron los ojos del rostro y las carnes de los pies, y anduvieron sobre los huesos desnudos, con muletas hechas de troncos de árboles. Triunfaban, hielo arriba. El capitán iba delante, con el mapa y la bandera: en las barbas del rey tomaba notas del aterrador dominio. Detrás un hombre hermoso, con

un martillo, hercúleo, derribando témpanos;—¡héroes ruines, frente a aquellos desnudos, los que se entraron por las selvas cálidas, rompiendo indios! Detrás el héroe mísero, que andaba sobre los huesos de los pies. Detrás, dos perros secos, halando el trineo cargado de medicinas. Detrás, sin que se le viesan las alas, por tenerlas tendidas sobre todos, el tierno médico. Palpaban lo insondable. ¡Se aflojan las rodillas, y se doblan, de pensar en aquella marcha en el silencio! ¡oh manos de hombre, oh manos bravas, que estuvieron puestas, como para desgarrarla y entrarse por ella, sobre la envoltura del misterio! ¡qué enojo, el de la naturaleza perseguida! Se vuelve hacia el hombre, y como el tigre al cazador, de un golpe de grifo lo desfibra y aplasta. Gruñe y tiende. Parece verla en el Polo sombrío, satisfecha y huraña, acurrucada en la luz, como un monte sobre un arroyo seco, junto a los diez vencidos. De hambre cayeron, apretados, como soldados, el uno junto al otro, primero los marineros; el capitán, después; sentado, el médico. Sentado lo encontraron, vestido con las ropas de todos, con la pistola del capitán en la mano, velando a sus compañeros muertos. Ya tocaban la tierra: a siete millas había chozas; ¡se es hombre, y se muere! Morir es lo mismo que vivir y mejor, si se ha hecho ya lo que se debe.—¡Se extinguían, como llamas apagadas! El capitán llevaba un diario, en que no hay una queja. Horas antes de morir, llegada la del rezo protestante, recitaron a medias, ya exhaustos, y no por miedo sino por leal práctica, los oficios del culto. Se roían las carnes. Comían de un perro muerto, se comieron sus mismos zapatos, y toda la piel de sus abrigos. Los vivos se vestían con la ropa de los difuntos. Y se apretaban. Ante el botánico, que agoniza, el capitán que lo amaba, toma su diario y escribe: “Mr. Collins está agonizando.”—Y echa el diario por encima de su hombro, cae de un lado, y a su vez muere. Monte de hombres, frente al monte de hielo. El buque está enterrado, y cubierto de nieve hasta los topes. ¡De aquel cerro de cadáveres, comienza a salir luz!

En artículos de periódicos y discursos, se dice que están enterrados y reposan. A Irlanda han llevado uno, con honores grandes, a Collins. A De Long, el capitán, lo han enterrado con coronas de flores de todas las naciones. Por dondequiera que pasaron, los honraron, y les dieron guardia, y como quien condecora a un soldado, les pusieron sobre el sarcófago, medallas. Han traído, como si trajeran templos, esos cadáveres desde las nieves boreales; mas, ¿dónde están los cirios apagados? Un clérigo ha tenido para estos hombres una frase hermosa, aunque

pueril: “Dichosos los que asen la guirnalda de la fama, aunque sea con la mano helada de la muerte”. La fama es un mito útil. El deber, que deleita, rige a los hombres. El guía, él salva, y él basta. “Reposan en la gloria” dice con frase vieja, otro clérigo.—No reposan—¡se esparcen! No se es hombre: se es fuerza, se es Naturaleza.—Se han devuelto, crecidos, a la eterna alma humana.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 17 de abril de 1884

## CARTAS DE MARTÍ

*Tres batallas capitales.—¡Primavera, primavera!—Política de primavera.—La escena en la Casa de Representantes.—Un “caucus”.—Demócratas proteccionistas y demócratas librecambistas.—Estudio de las causas, accidentes y alcance del conflicto actual en el partido demócrata, relacionado con la Presidencia.—Una tarjeta del pintor mexicano Alamilla.—Posición respectiva del partido republicano y el demócrata.—Estrategia de uno y otro.—Razones para la permanencia de los republicanos y la esperanza de los demócratas.—El Capitolio, en la noche del “caucus”.—Riñas de antaño.—Daniel Webster.—Henry Clay.—Calhoun.—El famoso John Randolph.—Los patriarcas nuevos.—Randall y Morrison.—Cox atildado, Hewitt activo y Kolman puro.—Resultado del “caucus”*

Nueva York, Marzo 27 de 1884

Señor Director de *La Nación*:

Está la política ahora, como la naturaleza, de primavera. De entre los múltiples acontecimientos, clérigos expulsados por sus feligreses, mozos de buenas casas que pelean a puñetazos, un hijo de banquero que muere de un golpe de boxeo en un gran colegio, una investigación para saber si las escuelas se quedan con los dineros que les dan para enseres de contar y escribir, y el actor Booth que hace a Yago, y el senador Blair que quiere que la nación ayude con quince millones al año a las escuelas públicas; de entre teatros, salones y calles, surgen como hechos capitales, tres batallas:—la de los demócratas por la reforma librecambista en la tarifa;—la de los prohombres de ambos partidos para las candidaturas a la Presidencia;—la de un honrado senador contra el corrompido sistema de oficinas públicas de la ciudad de Nueva York.

Se enciende con el sol nuevo la energía. En todo eso hay inusitado color, bravura y prisa. Avivan la sangre los dulces calores de Mayo. En la Casa de Representantes luchan con encono, más que republicanos contra demócratas, los demócratas proteccionistas contra los librecambistas. En las calles todo es resurrección. Como borgoña bueno, sin alcohol ni azúcar, es el aire vigorante de estas mañanas de Mayo. La sangre, aletea. La inteligencia, florece. Se bebe el aire como un elixir. Alegría va pintada en los rostros, y victoria. Parecen bellas las mujeresfeas. Mozas que en el invierno no encontraron novio, ahora que están haciendo sus nidos los pájaros, lo encuentran. Coros de niños danzan en las calles. Sobre el cielo azul se destacan, humillando los campanarios pardos de los templos, las torres blancas y rojas de las casas nuevas:—el hombre ha crecido tanto que sólo cabe en un palacio. Los chirridos mismos de las ruedas del ferrocarril sobre los rieles, parecen canto de aves. Himno es la tierra, y arpas los hombres. Rompen involuntariamente los labios en palabras. En los ojos, se ve resplandor de alas.

Y entre los demócratas de todo el país, hay ahora ese nervio y movimiento. Acaban de salir los diputados demócratas de un *caucus*:—"caucus" es como junta general, y cuentan que el nombre viene de unas reuniones secretas que, después de una alevosa embestida de los soldados ingleses a los blanqueadores de Boston, comenzaron a celebrar los calafates, sus amigos, que en inglés llaman "chalkers".

Animadísima es la escena en la Casa de Representantes; la noche fría; ardientes las pasiones. Ni periodistas ni embajadores llenarán las vastas tribunas de la Sala de Debates. En dos agrios bandos está dividido el partido demócrata, de los cuales es el menor, aunque más antiguo, el bando proteccionista, y abundante e intrépido el que favorece la conversión progresiva del actual sistema al librecambio. Es una lucha entre el elemento viejo reacio y el elemento nuevo impetuoso del partido.

Todo partido tiene dentro de sí sus senadores y sus diputados, sus caballeros calvos y canosos que reprimen, y su gente moza e inquieta que empuja hacia adelante. Un día, en que la pluma que esto escribe se había hecho palabra, vino a abrazarme un gran artista mexicano, indio, de ojos pequeños, desgarrado, feo, el pobre Alamilla, un genio muerto: y me puso en las manos una tarjeta que había dibujado para mí mientras yo hablaba. Por campo extenso y limpio venía a todo vapor en arrogante curva, una locomotora. Brillaba el sol en lo alto del espacio. Y desalado, sudoroso, soltándosele los zuecos de palo en la carrera, un hombrecillo rechoncho corría con un banderín en la mano detrás de la locomotora, ¡avisando el peligro! Todos los partidos tienen, como la tarjeta de Alamilla, su locomotora y sus hombres rechonchos.

Las elecciones vienen: con súbito cambio de votos ha demostrado el país, benévolo hasta hoy para con los republicanos, el disgusto con que se ven sus ligas con las compañías acaudaladas, su insistencia en protegerlas por una alta tarifa de importaciones en daño de la nación entera que en el costo mayor de los artículos la paga; su desentendimiento de toda queja pública; su provisión de empleos entre los que remuneran con contribuciones a los gastos del partido o tienen de pariente o amigo a algún prohombre, y su escandalosa distribución del exceso de entradas en empresas—cuando ni soñadas—ridículas, urdidas sólo como pretexto a gigantescos fraudes. Y como es sabido que sobra cada año más de un centenar de millones de pesos, de lo que por contribuciones internas y derechos de importación se recauda, están los contratistas y

peticionarios de dineros públicos asidos de los bordes del exceso, con la misma ansia con que estas damiselas neoyorquinas rodean ávidas y nerviosas, el mostrador de brillantes del joyero Tiffany:—¡da pena ver arrugas de angustia, y como sombras de lodo, en aquellas lindas caras!

A esta desairada condición del partido republicano, han venido a juntarse la plétora de productos traída forzosamente por el artificial sistema de protección que tiene en los republicanos sus abogados más tenaces, y la falta de un candidato a la Presidencia, de tantos que la cortejan, que esté bastante libre de compromisos y seguro de apoyo, para poder iniciar con autoridad una briosa política de reforma.

Estaban, pues, en frente, el partido republicano derrotado en las elecciones de los dos últimos años, censurado por su apego a un sistema económico que se ve ya con zozobra, y desprovisto de caudillos para la única política sinceramente solicitada hoy por la nación,—y el partido demócrata, tenido por mejor, por el hecho eficaz de no estar en el gobierno; favorecido en los dos años pasados con los votos sustraídos de los republicanos, y guiado desde su casa de campo por el diestro septuagenario Tilden, que ha dado en época difícil prueba de que sabe acometer con energía y medida la reforma de los abusos empedernidos y graves.

Y aquí vino la división del partido demócrata, resistida con ira por los que de estos preliminares del combate creían tener ya asegurada la elección del candidato de su partido a la próxima Presidencia. Unos juzgaron que con nombrar de candidato a Tilden, que simboliza la firmeza en la administración, la sensatez en el gobierno, y la extirpación de los abusos, se vendrían todos los votantes del lado demócrata. Pero otros, que alegan con justicia la existencia de un programa de reformas semejante; de antemano servido por la administración juiciosa del cauto Arthur, en la política republicana; otros, que no esperan que sin razones grandes, a pesar de las amenazas parciales de las elecciones recientes, se decida el país en la hora definitiva a mudar los gobernantes que le prometen corregirse, y a quienes está, por no olvidadas glorias, obligado y habituado; otros, previendo que si la vaga cuestión de reforma en el servicio público puede servir aún de pretexto para la lidia en las próximas elecciones, la cuestión de la rebaja de la tarifa vendrá a ser inevitablemente la esencial y demarcadora entre los dos partidos y la ocasión de formidable batalla, han querido, aun con peligro de perder por un movimiento que parece ahora precipitado las elecciones próximas, tomar

puesto de precedencia para las de mayor importancia que han de seguirle, ante un país que va a recibir de aquí a poco un sistema conducente al librecambio, han estimado juicioso erigirse en representantes de este sistema; capaces de arriesgar por defenderlo—un éxito probable,—y ganar así la mano a los republicanos, que tal como se asieron de la bandera de reforma civil no bien la desplegaron los demócratas, podrían asirse luego de la librecambista apenas viesen que de este lado estaba la victoria.

Con la elección de Carlisle, conciliador de carácter y lúcido de mente, a la presidencia de la Casa de Representantes, ganaron los librecambistas su primer combate. Morrison es integérrima persona, firme de voluntad y manso en formas, llena la frente de cuidados ajenos y los ojos de grave melancolía; capaz de mando y debate, librecambista conocido: y el Presidente de la Casa, que tiene el derecho de nombrar a sus comisiones, eligió como Presidente de la de Medios y Arbitrios al librecambista Morrison. Desde entonces, se oyen los golpes sobre las corazas de los combatientes. Fue primero tramar entre los proteccionistas demócratas que el proyecto de Morrison, que incluye la madera, el carbón y el hierro entre los artículos libres y rebaja de plano un 20% en los derechos de entrada actuales de las importaciones,—no fuera aceptado a discusión,—como sin esfuerzo ha sido. Fue luego, el demorar con arterías la época de su debate, para ver si esta sesión se cerraba sin poner voz en el proyecto de reforma de la tarifa, y las elecciones presidenciales se hacían sólo con el programa de la reforma en el servicio público. Y como se enconaban los razonamientos, y daban los proteccionistas tan altas voces que parecían ejército poblado, ideó Morrison citar a *caucus*, que es cita que se hace sólo en ocasiones solemnes: el *caucus*, compuesto esta vez de los representantes demócratas en el Senado y en la Casa, es como un congreso del partido; y lo que en *caucus* se aprueba, por aprobado de todo el partido se tiene.

Así iba a lograr, y logró Morrison, hacer saber a la nación que el partido demócrata se declara abogado de la rebaja inmediata y considerable de los derechos de importación. “Rebájense las contribuciones domésticas que fueron establecidas como impuestos de guerra, y desvergonzadamente se nos están cobrando—dicen los proteccionistas—en tiempo de paz;—y así se aliviará al país, y desaparecerá el exceso enorme que hoy cobra el Gobierno por impuestos.”

“Rebájense—dicen los librecambistas—los derechos de importación, que como contribución de guerra fueron también aumentados; y así,

cubriendo los gastos con los derechos que se dejen en pie, y los sensatos impuestos domésticos sobre las bebidas y el tabaco, póngase al país en condiciones verdaderas y normales, que al comercio den fijeza, al obrero empleo seguro y vida barata, y a los productos modo de competir con sus rivales en los mercados extranjeros.”

Cuchicheando estas cosas se entraban senadores y representantes, por las puertas del Capitolio que vio un día, no batallas de ideas como estas de ahora, sino riñas a puños y a balazos, trabadas entre los espaldudos diputados rurales y los corteses caballeros de la Revolución. Días eran en que con tiros de pistola acentuaban las palabras de su discurso, los diputados; en que el insulto aún estaba de ida cuando ya la puñada venía de vuelta, en que Webster sacaba de su seno odas pujantes y voces de profeta, ondeantes como llamas y resonantes como truenos, por la caverna de sus voraces ojos alumbradas. Clay enamoraba, a quien no le seguía odiando, con el encanto de su persona seduciéndole, poniendo en admiración a la asamblea con los giros vivaces, esgrima resplandeciente, implacables arremetidas y altos vuelos de su palabra caudalosa, lumínea y plegadiza. Calhoun, grande hombre, mordido de la avaricia impura del poder, entraba, casi en la agonía, llevando en las manos trémulas una invectiva bruñida y afilada, y como el ruiñón había volado ya de su garganta,—con los ojos encendidos, con los labios palpitantes, con los dedos nerviosos, con las canas secas, seguía convulso por sobre el hombro del lector la marcha victoriosa de su robusta plática. O eran los días en que John Randolph se entraba por las puertas de la Casa de los Representantes, sombreado el rostro lampiño y pomuloso por la visera de una gorra de pieles, abrigado en ancho levitón con esclavina, y calzado de botas de montar, con sonantes espuelas de plata. En la mano llevaba el látigo, que con la gorra ponía sobre su mesilla de diputado, y se sentaba huraño y silencioso, rodeado de todos sus perros.

Dueño era aquél, y no representante. Cuando quería, iluminaba. Por lo común, gruñía. Sabía odiar, por lo que era respetado. Y si pasaba cerca de él un enemigo rumiando alguna palabra descompuesta, a la sombra del águila de bronce, y sin poner mientes en la arrebatada campanilla presidencial, abría en pedazos con el pomo de su látigo el cráneo del enemigo infortunado. Claridades tiene un brillante; pero no más que aquella frase purísima de Randolph; más que de palabras, era su discurso de facetas, y como malla muy ceñida en que los reparos de la crítica no entraban. Del látigo no necesitaba mucho, puesto que

hablaba: ni de la maza del macero que vela por el orden en la sala; sus ataques remataban a sus adversarios, como puñales de misericordia. Y cuando disparaba una interrupción o despedía de rebote otra que echaban sobre él, polvo y humo se veía en la sala, pero no al contendiente. Así es fama que fue el temido John Randolph.

No eran ellos ahora, no eran esos patriarcas de la tribuna americana, los que con paso rápido, por no faltar con su voto necesario a la ocasión interesante, acudían a la sala agitadísima donde una cincuentena de proteccionistas hacía diligencias vanas por mermar la victoria de más de cien partidarios de Morrison. Randall, puro en sí, pero obligado a ricos, capitanea a los proteccionistas. Morrison, que trae al partido desmayado ojos claros, mano segura, seducción personal y sangre nueva, defiende con moderación la necesidad de que lleve su proyecto de rebaja al debate la importancia de una medida de partido.

Cinco minutos habla Morrison; y nadie, excepto Carlisle, para aconsejar prudencia, habló más de cinco minutos. Ni en las sesiones formales de la Casa duran más las oraciones de los representantes, a no ser las de los magnos de la palabra a quienes se deja el cerrar el debate en discursos de una hora, que ellos suelen benévolamente repartir entre oradores amigos: ¡porque para parleros, estos americanos!

No falta en el *caucus* diputado o senador demócrata notable. Allí Cox, que cuando en días pasados censuraba a la Casa por limitarse a repeler de ingenioso y digno modo la soberbia acción de Bismarck en el caso de Lasker, dijo cosas calientes y bien dichas, que él se saca de su espíritu generoso y entero, y viste con un lenguaje musical y culto. Alij Kolman, de la raza de Lincoln, pensador juicioso y político inmaculado; allí Abraham Hewitt, orador de fama, en quien ni achaques ni años ni riquezas aflojan la noble pasión por los asuntos públicos, que con singular fortuna estudia, y con todos sus datos, para que estén cerca de sus labios elocuentes, lleva en su frente adoselada.

La escaramuza dura poco. Morrison vence; pero se declara que el *caucus* no obliga a los representantes a votar por el proyecto aprobado. Como que triunfan los que mantienen la necesidad de rebajar la tarifa de importaciones, y no las contribuciones domésticas, Carlisle propone, con voto favorable, que se declare a la vez necesaria la reducción de las contribuciones domésticas defendida por los proteccionistas. Mas esta concesión la reciben los vencidos de modo hurano... Y resulta que

irá a la Casa como medida de todo el partido demócrata el proyecto que propone la rebaja de un veinte por ciento en los actuales derechos de entrada.

Alegan los proteccionistas que la alarma que esta novedad de los demócratas cause, les privará de la victoria que en la próxima elección daban por segura. Creen por su parte los librecambistas que aunque eso fuera por esta vez cierto, el partido demócrata va derecho a la muerte, si, con los ojos puestos en lo futuro, no establece y defiende un programa visible de medidas vivas que puedan contrarrestar la influencia, arraigo y habilidad del partido republicano. Bien se pone en política el que se pone del lado de lo que viene.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 8 de mayo de 1884

## CARTAS DE MARTÍ

*Nueva York en manos de rufianes.—Los bastidores de una gran ciudad de inmigrantes.—Estudio de la máquina electoral.—Tráfico de votos.—Capataces y rebaños.—Cómo se proveen en Nueva York puestos públicos.—Urdimbre curiosísima.—La gente culta se aleja de las urnas.—Miedos de la prensa.—Impotencia del mayor de la Ciudad.—Votos y cervecerías.—Un viaje por las oficinas públicas, y una nota de sus comercios.—Prácticas en las cárceles.—Trabas al municipio y franquicias al mayor.—Diputados.—Las reformas que se intentan y la que se necesita*

Nueva York, Marzo 28 de 1884

Señor Director de *La Nación*:

En Washington, y por todo el país, se agitan ahora esos argumentos y rencores; y en la capital del Estado de Nueva York un senador joven y de casa rica, ayudado por cincuenta y tres ciudadanos decorosos, jura guerra a los rufianes de esgrima y traficantes de votos que con deshonor de la ciudad ocupan en Nueva York los más elevados puestos públicos.

Quien estos párrafos vaya leyendo verá en lo interior de su poderosa vida, y con las manos a la obra, a este pueblo que parece a pesar de todos los riesgos de la grandeza y de la acumulación de masas incultas, destinado a salvarse.—¡En la médula, en la médula está el vicio, en que la vida no va teniendo en esta tierra más objeto que el amontonamiento de la fortuna, en que el poder de votar reside en los que no tienen la capacidad de votar!—Pero es justo decir que al pie de cada llaga, se ve erguido un sacerdote. Y cuando parece que todo se va a venir a tierra con catástrofe y derrumbamiento, surge un hombre sencillo, vestido de paño del país y calzado de gruesos zapatos, que con palabra macedora y tundente acusa el mal, y obtiene el remedio. Así ahora con los desvergonzados manejos de las oficinas públicas.

Poco es cohecho; estafa es poco. Domina en Nueva York el voto irlandés que se da, por lo común a quien lo compra, ya con halagos a sus preocupaciones, ya con permisos para cosas ilícitas, ya con dineros; —y hay un John Kelly entre los demócratas y un Johnny Brien entre los republicanos que tienen amaestrados a los votantes de sus distritos como a sus perros sabios un titiritero; los cuales John y Johnny, reconocidos capataces de los partidos en la población, en nada más se ocupan que en asegurar para sí y sus favorecidos, a quienes sujetan a tributo, los puestos públicos de la ciudad, que se eligen aquí por mayoría de votos; y sucede cada año que el Brien presta al Kelly unos cuantos mi-

llares de votantes republicanos para que le saquen triunfante al registrador que con Kelly tiene sus paniaguados, y el Kelly presta luego al Brien otros miles de votantes demócratas para que quede colocado en la Dirección de Prisiones el que se obliga a partir con Brien, por cuanto le ayuda a ser electo, los gajes del oficio.

Tienen ambos partidos en cada distrito sus asociaciones, obedientes a los representantes respectivos de Kelly y de Brien, cuyos representantes en las cervecerías viven buena parte del año, ya haciéndose de la voluntad del cervecero, que es mercadería que está siempre a la venta: ya encendiendo con pláticas insidiosas las pasiones e intereses de la gente baja. Quien por darse aires públicos, o seguir el hábito, o tener cosa que poner a precio y de que sacar ventaja, quiere unirse a la asociación de algún partido, ya sabe que ha de obedecer a lo que el cacique del distrito mande; y el que por sí piense y obre, de la asociación es expulsado. No se discute en esos comicios de distrito a los candidatos; sino que se vota a ciegas (por tenerse lo contrario a traición al partido) en favor de los que proclaman los caciques.

Y así, por el interés, por la costumbre, por el compadrazgo o por la virtud misma de la lealtad, las asociaciones de los votantes de los distritos pertenecen a los tenientes de Brien y de Kelly; quienes entre los capataces mismos que les ayudan reparten los empleos de la ciudad que por votación se ocupan, y de antemano conciertan con los que han de ocuparlos la distribución de las pingües ganancias, en pago del apoyo de todos los distritos electorales al cacique de distrito que, abandonado a su esfuerzo, contaría sólo con los votos de uno.

Como por sufragio se elige a los miembros del municipio que son los que señalan los árbitros de las oficinas públicas, sucede siempre que los municipales, que no lo serían sin la benevolencia de Brien o de Kelly, ajustan las cosas de la manera que a éstos place, y es aquella que permite sacar tantos provechos de las oficinas, que pueda ir una porción de ellos a hacer fondo para los gastos que requiere esta tenebrosa máquina, y otra al mantenimiento de los mercaderes de votos que viven de ella. O bien acontece que cierta persona contribuyó en trances de apuro con una cincuentena de miles de pesos para sacar triunfante una elección dudosa; y el Brien o el Kelly le dan luego en pago un oficio público,—que rinde al año un centenar de miles.

Policia, salud pública, hermosteo de la ciudad, cobro de contribuciones: todo está en el puño de Brien y de Kelly. Por elección popular son nombrados los cabezas de estos departamentos; y un cazador no

es más dueño de su trailla que Brien y Kelly de la elección popular. Dada la gente más culta a la busca ansiosa y goce precipitado del dinero, recuerdan sólo su deber de elegir cuando ven ya de cerca en el triunfo de algún candidato un peligro para su tráfico o fortuna; y bien por el natural desplacer de andar de codos con aquellas hombradas de cervecería, bien porque les domina de tal modo el amor del provecho propio que creen que en nada influye en éste el público, es lo cierto que, salvo en alguna elección presidencial reñida, en que ya se ponen en conflicto mayores intereses, las elecciones están por lo común en manos de la gente de taberna:—¡senador hay, embajador ahora en tierras de oro y raso, y muy bien visto en cortes europeas, el cual en las manos del curioso que escribe estas líneas ha puesto en vías de elecciones un vaso de sidra que, arremangada la camisa y abierto el chaleco, por sí mismo sacaba el caballero sonriente y afanoso de la ancha barrica en una taberna de suburbio! ¡Y sonreía el rubicundo candidato, como un hombre dichoso!

Iba de bebedería en bebedería, pagando de beber a todos los sedentales, y dejando sobre los mostradores nauseabundos, en vez de décimos de plata, que aun son mucho para costear estas cervezas infectas, mazos de billetes y monedas de oro:—¡Ya no es honor aquel que necesita ser buscado!—¡ni se saca el honor de entre las turbas!

Fortalezas sin agujeros para asalto ha venido siendo esa organización formidable. La prensa misma temerosa de perder su influencia y provecho en las masas, no decía estas cosas sino con miedo, para que no se le pusiesen en contra los que capitanean en los distritos las voluntades. Pena da a veces ver cómo cortejan estos periódicos a la muchedumbre:—le halagan sus gustos; le sacrifican la propia cultura; se fingen por complacer vulgares y brutales; se echan encima por la esperanza de la propina, ¡el arreo servil y la sonrisa dolorosa de los lacayos! Por voto público se elige el *mayor* de la ciudad que es casi siempre un comerciante de pro, el cual acepta en remuneración del nombramiento, obligaciones que traban su independencia, cuando no le deslustran el decoro; pero el *mayor*, que está dos años en oficio, halla en los empleos gente desconocida, a quien no puede mudar, aunque le parezca mal, y la cual tiene su puesto por plazo más largo que el *mayor* el suyo; ni nombrar podía el *mayor* a empleado alguno sin el beneplácito del municipio, que imponía siempre los candidatos que por los cabecillas de las elecciones les eran a su vez impuestos.

Buey era, pues, el *mayor*; y poco más que el derecho de firmar las voluntades de los municipales tenía, a la sombra de su yugo. En las ofi-

cinas de la ciudad, seguras de la sanción del municipio de quien podía únicamente venirles persecución y daño, se habían erigido ya en práctica abominables abusos.

El Secretario del Condado, que es una especie de visador de documentos, con 3,000 pesos de sueldo, no ha podido negar a una comisión de diputados investigadores, que cobra indebidamente por derechos caprichosos, ochenta mil pesos al año.

En la Oficina de Registros, obligada a dar gratis sus informes, pulula muchedumbre de gente voluntaria, a quien se permite tener en el lugar su mesa y plumas para que, con estos asomos de oficinista, exijan a los que buscan algo en el registro una gabela por hallárselo, que los solicitantes pagan como si lo debieran, y los empleados ambulantes parten con los que les consienten y autorizan el comercio. Y sobre Departamento de Prisiones, callar es mejor, por no decir lo que se sabe: presidios de España hemos visto muy de cerca, y su pan lleno de gusanos negros, y su carne hedionda, pero en las cárceles de Nueva York, cuyas atenciones paga la ciudad con largueza, no se sufre menos, por el rapaceo de los empleados, que en los presidios de España.

Si un peso cobran al día por la comida de cada cabeza, con un real le dan de comer, y lo demás se guardan. Si tal preso quiere irse de paseo, o traer feas visitas a su celda, páguelo bien, y se irá y las traerá. Si hay regla que infringir de día o de noche, las infracciones tienen su tarifa, como los pecados, y el que la cubre, deja atrás la regla. Quien no tiene qué dar, vive mísero.

En los días de votación, los carceleros, que son agentes de elecciones, salen a votar con los presos, y dejan la cárcel sola. Traducir debiéramos aquí el indignado informe en que a latigazos más que a frases cuenta increíbles villanías y corruptos sistemas la Comisión de diputados republicanos y demócratas que, tomados de entre los hombres más puros de ambas parcialidades, envió la Asamblea del Estado a New York a cerciorarse de estas violaciones.

Se ve el rubor, y la noble cólera, en el ardiente informe. ¡Río Alfeo se necesita que de raíz arranque la inmundicia de estos establos! La mesa del Presidente de la Asamblea está cubierta de proposiciones de reforma. Se quiere privar al municipio, y dotar al *mayor* de la facultad de nombrar y remover los empleados.

En tanto, ya se ha separado de manos del municipio la facultad de nombrar empleados para oficios de ganancias sabidas. Ahora el *mayor*

los nombra, que es siempre persona de más fianza que los municipales. Pero esta mejora, anuncio sólo de otras complementarias que han de dejar establecido un sistema nuevo de provisión de los empleos, y de los fondos necesarios para su pago, ha tenido que arrancarse de los dientes de Kelly y de Brien. Vacieron en Albany, que es el sitio de la Asamblea, a todos sus agentes. Sentían el golpe mortífero, y acudían a pararlo. Como los representantes han menester para ser electos de la autorización y apoyo de Kelly y Brien y de sus distritos, a recordar y a amenazar fueron, y a exigir de los representantes, so pena de no ser reelectos, que no dieran oídos al informe, preñado de hechos, de la Comisión. Pero prendió en la Asamblea el decoro, y los agentes se han vuelto corridos. La befa pública hubiera seguido a los que emprendiesen la defensa de los empleados corruptos y sus cómplices;—y en el hecho mismo de aspirar a la representación popular hay cierta nobleza, que el ejercicio de la representación acrece, y no permite afrontar, aun a riesgo del provecho propio, la befa pública. Es túnica sacerdotal, una investidura de diputado. Como que unge. Como que eleva. No se es ya un hombre, sino una atalaya. Se es la patria, y se mira la mente como un vaso sagrado. Verdad es que los diputados se venden y se compran; pero hay ocasiones en que no se atreven a venderse. La prensa, aun en medio de sus cobardías, está de centinela. "Cave canem", estaba escrito para guarda de los visitantes en las casas de Pompeya. La prensa es el can guardador de la casa patria; y en todos los oídos debe resonar siempre el grito saludable: "Cave canem".

Pero no está sólo en quitar de los municipales y en poner en el *mayor* la facultad de nombrar empleados, el remedio de los males que vienen del descarado tráfico de votos. Ni en crear organizaciones nuevas de distritos está el remedio; sino en mejorar la masa votante. En nada menos está que en mudar en plétórico e inteligente el espíritu de una muchedumbre que de apetitos sabe más que de ideas, y no siente amor alguno por un pueblo que no es su patria, y el que, sin embargo, gobierna. Y el alivio más inmediato, está en que los ciudadanos cultos, que hoy hacen gala de mantenerse lejos de las urnas, voten. Si desdeñan hoy el ejercicio de su derecho de dueños, tendrán mañana aterrados que postrarse ante un tirano que los salve. Deber es el sufragio, como todo derecho; ¡y el que falta al deber de votar debiera ser castigado con no menor pena que el que abandona su arma al enemigo!

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 9 de mayo de 1884

## CARTAS DE MARTÍ

*Grupo de sucesos.—Artistas en Nueva York.—Quehaceres en una noche.—Contienda de caminadores.—Los caminadores.—El público.—El hipódromo.—Aspecto de circo.—Descripción del espectáculo.—Por qué y cómo luchan.—El jugador, el médico, el caminador y la prensa.—Contienda de candidatos a la Presidencia de la República.—Posición de los partidos.—División interna de demócratas y republicanos.—El anciano Tilden y el abogado Cleveland.—Juntas eleccionarias.—Convención de Estado.—Convención general.—Arthur, Blaine y Grant.—Examen de la situación política, y líneas de los candidatos prominentes.—El senador Edmunds.—El Sur demócrata, el Este nobiliario, y el Oeste nuevo.—Formación contemporánea de los Estados Unidos.—El hombre del Oeste y el neoyorquino.—La raza puritana*

Nueva York, 28 de abril de 1884

Señor Director de *La Nación*:

¿Llevaré primero a los lectores de *La Nación* al hipódromo de la plaza de Madison donde catorce caminadores, ávidamente seguidos con ojos, palmas y voces por una colosal muchedumbre, se disputan el premio de dinero anunciado al que en seis días ande seiscientas veinticinco millas;—o los llevaré al muelle de donde arranca para Europa el “Oregón”, casi llevado en alas por los bravos del gentío que acaba de oírle cantar *Semíramis*, a la risueña soberana del canto, a la que da venturas y como el tenor español Gayarre, anuncia cielos, a la Patti;—o a las juntas eleccionarias los llevaré, donde las asociaciones de barrio del partido republicano eligen, no sin golpes de puño y cabezadas, los delegados a la Convención del Estado que ha de escoger de entre los sostenedores de los varios candidatos a la Presidencia, aquellos que el Estado nombra para que en la Convención General del partido en Chicago, lo cual será en agosto próximo, voten por aquel que les parezca más apropiado para Presidente? Ingersoll, gran orador hereje, como por acá lo llaman, que a guisa de cetro y entre carcajadas levanta por el aire, ante las multitudes cultas que lo admiran, los huesos de las religiones muertas; Ingersoll, que en olla norteamericana ha puesto a hervir argumentos viejos, habla, con más aplausos que palabras, ante la concurrencia que llena la Academia de Música, lóbrego y dismantelado teatro, que es el de la ópera y mayor fama en New York; cuatrocientos alumnos de la Universidad de Harvard, reunidos en un banquete, acuerdan pedir al antiquísimo colegio que, en vez de cierto latín inflado y menesteroso que en los actos públicos de Harvard se usa, sea la lengua maciza nativa, en que dibujó colores Irving y amontona ahora Walt Whitman olas, la lengua inglesa sea la oficial y constante del colegio.—En una misma noche desde un palco vaciaba la Nilsson canastos de flores a los pies

de la Patti y Nicolini; y la Materna y Scaria, que mejor que nadie a Wagner entienden, cantaban a pocos pasos el *Tannhauser*;—el actor Irving, vestido con las ropas del *Mercader de Venecia*, asomaba por el costado del telón su faz recia y huesosa, a modo de prólogo de su cuerpo enérgico, dilatado y enjuto, a dar gracias a la gente americana que ha celebrado sin tasa los arranques geniosos y pujante voluntad del actor inglés;—y los tenientes de Barnum enseñaban a una populosa concurrencia un elefante bien cuidado y con manchas rosadas en la trompa, del que se cuenta por el mundo, aunque las embajadas siamesas lo niegan, que es elefante sacro del reino de Siam. Se va a la cantina de Hoffman, que es como un palacio de las bebederías, por ciertos cuadros y bronce de pocos vestidos famosa; y alrededor de un cordón de seda, se ve siempre un grupo de gente absorta, que mira cómo un sátiro se niega a seguir al bosque a unas ninfas que con colores sutiles y acuosos ha traído a la vida, tan hermosas que no debieran salir nunca de ella, el exquisito pincel de Bouguerau, que de exquisito peca; muy cerca de la bebedería de Hoffman, colgada de tapices de Aubusson y repleta de cachivaches de arte, enseñan los pintores norteamericanos, que apenas dan con uno que otro cuadro de la naturaleza sus ásperas figuras, extravagantes puestas de sol, y espantables correrías en pos de Manet y de Courbet; y a unas cuantas calles de la Academia de Pintura, el general Grant Wilson, ayudado de un gran estereóscopo, cuenta a un público atento por donde anduvo en América Colón; y entre la concurrencia se distingue a un veterano de pasadas guerras y de buena casa que acaba de ofrecer a la ciudad en un discurso de comida su espada y la de sus amigos, para cuando desenvainasen la suya, si espada usan, los “socialistas atrevidos”; y una señora de cabellera de crespos grises que tiene tendidos sobre la modesta falda los números del *Scientific American* en que el doctor Le Plongeon, casado con dama inteligente y atrevidísima, cuenta lo que con sus manos mismas, y las de su mujer que le acompañaba vestida de hombre, ha arrancado a las marañas que cubren las ruinas de las ciudades enterradas en el señorío de Mayapán donde hoy vive la raza yucateca; y en las cuevas escondidas donde sobre informes y labrados pilares tendían las estatuas de sus héroes los antepasados de los indios.—Como caracolea una opulenta frase en el cerebro, se enroscaba y reentraba en sí, y de sí no salía, el dibujo indígena.

Pero sobre todos esos entretenimientos de noche, sobre las procesiones de millares de hombres, mujeres y niños que bajo una lluvia terca recorren las calles con estandartes y músicas pidiendo que se cumpla

la ley que limita a ocho horas las del trabajo diario de los artesanos; sobre la lucha empeñadísima de los periódicos de la mañana que a ocho centavos casi todos se siguen vendiendo y cada día inventan métodos con que arrebatarse sus lectores a los diarios rivales, entre cuyos métodos el de escribir con ligereza y de burla sobresale y priva, por ser la necesidad y frívola disposición condiciones que alcanzan mayoría en lo común de los públicos;—sobre la cripta de un museo de figuras de cera, donde en cuadros groseros están representados los diversos modos de dar muerte que los pueblos usan, lo cual tiene siempre llena de gente la casa; sobre los juegos de pelota, que ya empiezan, y los paseos en el Parque Central, que son ahora deliciosos, y los grupos de las mujeres por las calles que ahora en Abril se parecen a las rosas de mañana;—lo que a todos preocupa más son las próximas elecciones. Se entra a la una del día a un salón de *lunch*, como es preciso ya llamar para ser entendido, lo que en castizo se llama *tentempié*;—y asombra oír al que nos vierte en una copa de cristal tallado el tibio cordial de cerezas, discutir con otro de los concurrentes sobre el alcance de las leyes actuales de navegación y comercio,—y el influjo de la tarifa alta sobre las rentas de las casas. Se cruza el río,—y por encima de las noveletas perniciosas de amoríos criminales y palacios descritos por quienes nunca los vivieron, que andan en las manos de las trabajadoras jóvenes, se cruzan las preguntas y relatos sobre los candidatos a la Presidencia. Aunque ahora, con las apuestas a las caminadas que están dando la vuelta a la pista del hipódromo de Madison, se habla menos de los candidatos presidenciales que de los que han de repartirse, acabada la odiosa faena, los dineros pagados por la enorme procesión de gente que a todas horas del día y la noche repleta el hipódromo.—Porque no es esta porfía de los andadores como aquel animoso estadio griego, donde a ligero paso, y dando alegres voces justaban en las fiestas por ganar una rama de laurel los bellos jóvenes de Delfos; sino fatigosa contienda de avarientos, que dan sus espantables angustias como cebo a un público enfermizo, que a manos llenas vacía a las puertas del circo los dineros de entrada que han de distribuirse después los gananciosos.

Anoche, que era domingo, rompieron a las doce la caminata. Con la gente que llenaba el circo a esa hora, había para hacer la independencia de un país:—mas no, no con esa clase de gente; ¡que bien se están los países esclavos cuando los que los libertaran no han de honrarlos!—No eran sólo los concurrentes habitantes del Bowery, que es en New York el barrio de la cofradía de gente torva, sino caballeros de buen

ver; y mujeres de ricos vestidos, en cuyo seno palpitante lucían ramos de rosas que a pocas vueltas de los competidores estaban ya adornando los pechos de los atietas que sacaban la delantera en la primera milla.

Los caminadores son catorce; negro uno de ellos; inglés, de cierta cultura, otro; los más irlandeses avaros; uno, miembro el año pasado del municipio; otro, un joven indio. A un extremo de la pista, tiene cada uno de los competidores, hecha de pino sin pintar, su cabaña de reposo. Asomarse a ellas, da náuseas; y no por las cabañas mismas, llena la puerta de banderas y coronas, y símbolos de triunfo; sino por los hombres que en sus umbrales merodean. Allí están, como los gallos cerca de sus gallos, los que cuidan a los catorce hombres, preparando los menjurjes con que han de dar vigor ficticio, de aquí a unas cuantas horas, a los miembros fatigados de los caminadores; allí están, como los homicidas en los presidios españoles, el rostro lampiño, el ojo hinchado y hosco, los labios colorados y belfudos, la cabeza rasa:—¡si se les encaja en un mango, de fijo que esos hombres sirvan, por lo insensibles y duros, más que para hombres, para martillos!—Allí están, riendo de los contendientes ansiosos que pasan, como fantasmas, el jugador insolente, ricamente vestido, que ha pagado durante todo un año los vicios y necesidades de uno de los caminadores, para resarcirse luego, según contrato escrito, con la parte de ganancias que en la carrera le quepa; allí está el médico, sombrío como una guadaña, encargado de medir el sueño, preparar el alimento, tomar el pulso y echar a andar, mientras les lata la sangre en las venas, a los que todavía en estas primeras horas están dando vueltas a la arena, sin muestras de gran cansancio.

Mas cuando ya han pasado unos tres o cuatro días, y los diarios han contado por toda la tierra cómo se van hinchando los pies de Fitzgerald y el corazón de Rowell, y cómo se van hundiendo las mejillas de Noremac, y cómo tiembla, llora y balbucea el vejete Campana; cuando ya ha perdido todo su brillo sobre sus escualidos cuerpos el calzón corto de seda de color y la camiseta de lanilla rosada con que, como los caballos con su divisa, entraron en la arena; cuando ya debajo de los vestidos sudorosos se les señalan los homoplatos agudos, las caderas descarnadas, el vientre seco,—no son seres humanos los que giran en medio de una multitud que monda frutas, casca maníes y ríe, sino unos como espectros o insectos grandes, imbécil y vidriosa la mirada, caído el labio, la inteligencia en velo, la voz en hilo, apretados ambos brazos a los lados del pecho, como los de un mono moribundo.

Ya andan con las rodillas más que con los pies; el negro, más enérgico, camina airoso, y se lleva los ojos y los aplausos, por lo bravo y esbelto, que son admirables siempre la energía y la hermosura aun en medio de la mayor barbarie; los demás andan como si fueran focas, y como si se llevaran a rastras a sí mismos y caminasen sobre el cuello. Se ve que su sudor es frío; en un dedal de niña cabe la vida que les resta en el miserable cuerpo. No han comido; no han dormido; apenas han bebido. Andan treinta horas; duermen media; les dan a chupar una esponja; les bañan las sienes con aguardiente; pasan cojos y anhelantes, jadeantes por entre el gentío de las barreras, apurando una taza de caldo, descascarando un mendrugo, royendo una costilla de carnero. Por las mejillas les cuelgan las guedejas sudorosas; no responden, de miedo de exhalar sus últimas fuerzas. Y por encima del espectáculo monótono, en que aquellos catorce míseros dan vueltas sin cesar durante los seis días de la apuesta al inmenso circo, en levantada plataforma, con su ejército de chispeantes cronistas y taquígrafos, están todos los periódicos de la ciudad. No se contó de seguro el camino de la Cruz del Nazareno con más minuciosidad que las caídas, desmayos, ligeros sueños, refrigerios breves y reparaciones en la arena de los caminadores.

Con pluma vivida, coloreada y novelesca, y no sin galas de intriga y estilo, cuentan los jóvenes críticos, que allí van a hacer pruebas de ingenio, los cambios del rostro, las inclinaciones del cuerpo, el paso peculiar de cada contendiente. Y el *World*, que es periódico viejo en que ha entrado sangre nueva, no contento de haber publicado ayer en su hoja diaria los retratos de todos los nobles de la ciudad, venerables hijos de mercaderes y vaqueros, y las narices de las mujeres de más nota en el teatro, esta mañana salió a luz con burlescos y fieles retratos de los justadores del hipódromo. La multitud, por las calles, lee ávida los boletines extraordinarios en que se cuenta hora a hora el progreso de la competencia; y en una esquina se apuesta por el irlandés, y en otra se quita un mozo la levita, y la juega al indio.

El *Herald* sobre su pórtico de mármol,—el mismo que vistió de luto severo la mañana memorable en que pasaron a su sepultura los héroes del Polo,—levanta ahora un gran cuadro de lienzo, donde, para saciar la curiosidad de la gente que se apiña en las aceras, va un hombre escribiendo en grandes cifras las millas que lleva andadas cada combatiente. El mismo cuadro se alzarán mañana, para anunciar a los transeúntes cuántos votos tiene obtenidos cada uno de los candidatos a la Presidencia.

Porque ya están las filas apretadas, y el combatiente enzarzado; y las Convenciones de Agosto, en que han de nombrarse los candidatos para Noviembre, andan ya cerca. Ya los barrios, en juntas donde se reúnen todos los afiliados al partido que en el barrio viven, nombraron sus delegados a la Convención del Estado, que discute y declara por qué candidato lucharán sus electores, y otros delegados por distritos, a la Convención de todos los del Estado, los cuales eligen los que éste nombra para que le representen y señalen por él el candidato a la Presidencia en la próxima Convención General del partido en Chicago. Ya se calculan, con la vaguedad de las profecías, los votos con que Arthur, el actual Presidente cuenta; y los que favorecen a su competidor Blaine. Y del lado de los demócratas, ya se dice que de veras no aceptará la candidatura, si para ella se le elige, el anciano Tilden; y con no pequeño asombro de demócratas de más fama, surge de pronto, con todo el poder de los amigos de Tilden, que no lo son de los rivales, que tiene entre sus propios partidarios, la serena y honrada candidatura del que hoy gobierna con seso y desinterés el Estado de Nueva York, el abogado Cleveland, obeso de cuerpo, voluminoso de cara, de mano segura y limpia, y de cabal honestidad.

Pero no está entre los republicanos y demócratas la lucha visible, sino entre los republicanos entre sí. Ni es de principios la batalla, porque tiene ahora confusos los suyos, el partido republicano, compuesto de bandos rebeldes y diversos, y libertado apenas de la descomposición por la complicidad en el provecho pasado y esperanza en el venidero que mantiene en interesada unión a sus miembros inquietos. Es de personas la batalla republicana; y por los puestos es que las personas dan más que por lo que éstos significan. Claro es, para quien sabe ver, que el anciano Tilden, que tiene de rencoroso tanto como de profundo, conducirá a sus amigos de manera que no obtenga la candidatura ninguno de los demócratas prominentes que luego de haber mantenido en 1876 que Tilden había sido electo y Hayes le hurtó la elección, cometieron por personal ambición en 1880 el singular desacierto de no proclamar de nuevo al candidato que sobre todos sus tamaños personales, tenía los de la víctima.

Pero con mayor encono que Tilden y sus envidiosos, están luchando Arthur y Blaine; Blaine a la cabeza de capitalistas, industriales amigos de la tarifa alta; y gente ambiciosa y acometedora; Arthur, con el prestigio que a pesar de su fama de político intrigante y compadrero, disfruta ahora por la habilísima manera con que, azuzado por su bando

personal y vigilado, como por dragón hambriento, por el bando de Blaine, ha sabido ir manejando los negocios del partido de modo que no ha dejado talón vulnerable, y los de la nación entera con tal acatamiento a la voluntad pública que ésta no oculta sus simpatías por el prudente mandatario. Punto menos que criminal parecía a muchos cuando, no oreada aún la habitación en que murió Garfield, subió a la Presidencia, vacante, más que por la bala de Guiteau, por los odios entre los bandos internos del partido republicano, que dieron razón a aquel malvado culto para esperar que lo recompensaría el bando en que militaba Arthur, que con su crimen salía ganancioso.

Y ahora a los mismos que le veían con desagrado, parece Arthur un distinguido caballero. Cínico es, y está más a su provecho que al del público; pero es el suyo una especie de cinismo bueno, que consiste en ir dando a los hombres lo que desean, como medio seguro de tener siempre llena de frutas la mesa, de puestos el porvenir y de consideración y regalos la vida. Quien afronta a los hombres, y les hace mirar en sí, es abandonado por los hombres, si no lapidado con furia. Consentidores quieren los hombres, que les permitan ir viviendo con sus apetitos y vicios; y no denunciadores amorosos, que se los saquen a la faz, para que tengan vergüenza de ellos, que pudren,—y se los curen. Arthur es persona muy pulida, entre las damas celebrado, y sin más falta en el vestir, en lo cual sobresale, que el uso de corbatas de pechera y en ellas prendedores coquetuelos. Cuando se es jefe de una nación, se debe llevar la corbata blanca o negra.

Blaine es persona pujante e inquieta, acusada, con asomo de justicia, de poco escrupulosa, y muy diestra en manejar pasiones de hombres. Cosas magnas no dice, aunque no hay quien le aventaje en el arte de regate y esquivio, y de salir al encuentro oportuna y fríamente a los planes más secretos de sus adversarios. Témesele, como a un diablo sabio. Donde mira, pone en fuga. Y dicen que habla mieles. Pero cosas magnas nunca dice. A su país, si lo tuviera en las manos, le pondría buques por espuelas y un ejército por caballo, y lo echaría en son de conquista por todos los ámbitos de la tierra. Es de los que no se sientan, y nacen para bullir y remover. No le consume el ansia de bien nacional, sino la necesidad del brillo propio. Goza, venciendo hombres; y lo es, con algunas condiciones excelentes, muchas terribles, ninguna grandiosa, y todas las humanas.

Grant, desde el fondo de sus arrugadas botas de campaña, da a última hora muestras de que aún no ceja en su empeño de ser nombrado

por tercera vez para el ejercicio de la Presidencia. Es una roca sentada, roca de filo, que andará cuando le parezca que debe andar, y hecha para aplastar, aplastará tranquilamente a los que para este destino haya elegido. Se le tiene en reserva, como un jefe de ejército, ya para poner freno, lo cual pudiera no estar lejano, a los de afuera, ya para acorrallar, en caso de revuelta de la muchedumbre mal aconsejada, a los de adentro. Pero el mando le place; y acaso el poder influir en el logro pronto de esos deseos suyos no ignorados de expansión de la tierra norteamericana y afirmamiento decisivo de su influencia.

Blaine, tan hábil para capitanear a los grandes industriales como tenaz en sus odios, cierra a Grant el paso con uñas y dientes, porque los que vemos de cerca esta guerra, sabemos que es de taberna y de palacio, de uñada y dentellada. Grant está como un candidato guardado en la sombra, para que en el caso posible que por su fama antigua de amigable y político de barrio, y por la hostilidad de Blaine, fuese vencido Arthur, o éste, sin vencer por su parte, impidiese a Blaine conseguir la necesaria mayoría en los votos de la Convención, surja ante ésta, con sus prestigios pasados y la probabilidad de éxito que siempre trae una acometida briosa, la candidatura del recio general, antes de que los delegados hayan tenido tiempo para acordar la proclamación de algún "caballo negro", como acá llaman en el dialecto político a la persona de secundario mérito a quien, por no dar el triunfo a un adversario prominente, convienen en transferir sus votos los bandos rivales. Tal es Edmunds; senador venerado y huraño, de barba blanca y envidiable historia, a quien acusan sólo de tener caprichos firmes, e ideas tercas, como las del primero de los Adams.

De otros muchos pretendientes a la candidatura se habla: háblase, como en cada época de elecciones, de todos aquellos que tienen predominio marcado en algún Estado poderoso de la Unión, y traerían por consiguiente al partido los votos de su Estado. Un aspirante, basa sus pretensiones en que los del Sur le favorecen con sus votos,—lo cual es importante, por ser los Estados del Sur baluarte usual y poco menos que inexpugnable de la democracia. Otros afirman que con su elección se ganarían los votos del Oeste, que orgulloso de su número y caudales, no muestra disposición a dar a los Estados pedagogos y como nobiliarios del Este el gobierno de la República.

Y aquí nos salta entre las puntas de la pluma uno de los fenómenos actuales de la vida nacional norteamericana: se está rehaciendo, como se rehace la de la tierra, la capa nacional. El aluvión ha traído de todas

partes, y ha echado sobre el substrato yanqui, la tierra fértil nueva. Ni la religión puritana, ni el gobierno republicano mismo primitivo, prenden bien en el nuevo terreno: terreno exuberante, pero lleno de ortigas europeas, y de plantas glotonas.

Tenía su asiento en el Este, del que venía siendo cabeza tradicional el Estado de Massachusetts, aquel americano de raza vieja, sobrio en el vestir, zancudo en el andar, en las obras mañoso y astuto, provinciano en ademanes y lenguaje, y amigo de poner los ambos pies por centinelas de los platos de su mesa, y sazonar con aguardiente de maíz, ya una plática con damas de pomposa pollera en los salones presidenciales, ya un robusto y monumental debate en la solemne rotonda del Senado.

Ahora tienen su asiento en el Oeste y en Nueva York, y cercan de una y otra parte al americano viejo, que por su sabiduría a veces se impone, pero que por todos lados pierde puesto, avalanchas de los nuevos americanos, producto reciente y abundante de la emigración, que desde hace medio siglo se está vaciando acá a barcadas. De Europa repleta y turbada de odios vienen rugiendo, blasfemando, empujando. Se ven dueños de sí, como jamás se vieron. Sólo de poner el pie en esta tierra, ya les parece que tienen encima de la frente una corona. Se dan con embriaguez al goce de comer, beber, procrear y poseer. La posesión los afina y aquilata. Los que se sueltan por el campo se nutren de la savia nueva de la tierra; y crean esos americanos del Oeste sanguíneos, estentóreos y ciclópeos. No parece que explotan minas sino que las traen a cuestras. Parecen hechos para abatir los búfalos que aún pueblan los bosques. Los que se quedan arrinconados por las ciudades, vendiendo frutas, merodeando por suburbios, o desecándose en populosos talleres, engendran esos neoyorquinos desgoznados, de piernas corvas y entecas, de rostro zorruno, flacos, viciosos, amarillos y enfermizos.

Los hombres del Oeste se vienen encima, montados, como en sus corceles naturales, en ciudades inmensas, rompiendo como los bárbaros, acostando las selvas. Los de New York fuman y silban, de todo despreocupados, de sí propios, de la Nación y de la vida, y si, con ligerísima carga de escrúpulos, acaparan fortuna, que al aire echan como del aire les viene, o logran como un caballo en un pesebre, un quehacer fijo y un tanto holgado, viven indiferentes y se extinguen alegres, como si la grandiosa vida universal se encerrase en el fuego de su chimenea, o en el humo de su cocina. Persiste, sin embargo, y ahora mismo lucha hermo-

samente por erguirse y afianzarse, lo cual acaso, mejorada con el sedimento bueno de la inmigración consiga, la antigua y hermosa raza puritana, a quien sólo ha faltado ser generosa para ganar puesto entre las más simpáticas y gloriosas de la tierra.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 6 de junio de 1884

6

CARTAS DE MARTÍ

*Un domingo de junio.—Nueva York en verano.—Los barrios de pobres.—El pánico financiero.—Los Bancos suspenden pagos, la muchedumbre invade las calles.—Decenas de casas quiebran.—Los socios del general Grant.—Fernando Ward y su casa.—El juego de Bolsa.—La vida moderna: la neoyorquina.—Nuestras riberas y éstas.—Elementos del carácter norteamericano.—Los negocios de Grant y Ward.—Los contratos del Gobierno.—Colosales estafas.—La Convención Republicana.—Candidatos para la Presidencia y Vicepresidencia*

Nueva York, Junio 7 de 1884

Señor Director de *La Nación*:

En domingo se escribe esta carta; un sofocante domingo de verano. Los pueblos de campo y las playas vecinas tienen hoy más fieles que las iglesias: rebosan los trenes pasajeros acalorados que van a ver las regatas de los remadores desde las barandas del Puente Alto; y los vapores pasean por los ríos, luciendo banderas de todas las naciones, a multitudes aseadas y gozosas. Se abren los nidos en el campo y el amor en las almas.

Todo es parejas en los rincones de los botes, en las escaleras de las estaciones del ferrocarril elevado, por las aceras anchas de las calles. Ellos lucen corbata blanca de piqué, y chaleco blanco: ellas, vestidas de telas ligeras como de alas, pasean, como un buque en gala sus pabellones, sus trajes, prendidos con cintas rosadas y azules. De diez a doce, aún se veían, en las cercanías de los templos despoblados, barbudos caballeros y compuestas damas con su Biblia y su libro de cantos: pero la ciudad no está ahora de devoción, sino de tálamo. Flota en el aire un inmenso Júpiter, que besa en la boca a Io desvanecida. Nació el amor de Junio y de la Tierra. El invierno es un féretro; y las almas, con las primeras luces del verano, se visten de amores, como los parques de ramos de lilas. En los barrios míseros que echan sus gentes sofocadas a las grandes avenidas, trepan por las rodillas de sus madres, como insectos por troncos de árboles, los niñuelos enfermos, esos pobres niñuelos descarnados y exangües que en estas grandes ciudades sin fe y sin sosiego, tienen, como flores de lodo, de mujeres brutales los trabajadores descontentos e iracundos:—esos niños, apenas se acerca el sol a la tierra, se empiezan a secar, encoger y desvanecer, como los pantanos en los meses ardientes. Se busca a las fieras en los bosques: buscarlas, y convertirlas, se debe, en las entrañas turbias de estas ciudades opulentas.

Los niños que en Nueva York gustan más de pelotas y pistolas que de libros, porque en las escuelas las maestras que no ven en la enseñanza su carrera definitiva, no les enseñan de modo que el estudio los ocupe y enamore,—y de las casas, los padres acostumbran feamente empujarlos, como para que no les enojen con sus travesuras y enredos, a las calles; —los niños, ¡válganos Dios!, o se detienen en las esquinas, lo que no es del todo mal, a trocar coqueterías con damisellitas pizpiretas de diez o doce años que con mirada y aire de mujer van solas; o se entran a la callada, a escondidas de la policía, en un patio a jugar a la pelota, o salen de las cigarrerías, que por esta maldad debieran ser tapiadas con el cigarrero adentro, ostentando en los labios sin bozo, encendidos pitillos. Y si se va por los barrios pobres, es usual ver cómo en las barbas del gendarme, que suele no ir muy seguro sobre sus pies, unos chicuelos descalzos empujan por turno una botella de cerveza, y hacen burla a un Rinconete de diez años, que pasa ebrio y tambaleando, mal sujeto del brazo por un Cortadillo balbuciente. ¡Válganos Dios, decimos! ¿No estarían mejor los fieles de las iglesias levantando estas almas, y calzando a estos desnudos, y apartando estas botellas de los labios, que oyendo comentarios sobre la bestia del Apocalipsis, y regocijándose en los picotazos que se dan los pastores de los templos rivales del distrito? ¿Quieren levantar templo? Que hagan casas para los pobres. ¿Salvar almas quieren? Pues bájense a este infierno, no con limosnas que envilecen, sino con las artes del ejemplo, puesto que la naturaleza humana, esencialmente buena, apenas ve junto a sí modelo noble, se levanta hasta él.

Enviense conversadores de alma sana por esos barrios bajos; regálense periódicos amenos, que no les enojen con pláticas sermoníacas de virtudes catecismales, sino que lleven la virtud invisible envuelta en las cosas que al pueblo interesan, de manera que no vean que está allí, y sospechen que se la quieren imponer, porque entonces no la aceptarán. Se curan las llagas en el pecho, y no se curan esos suburbios en las ciudades. En los Ateneos se habla mucho de progresos insignes, y en los editoriales de los diarios; pero no se ve que se está haciendo en casi todas partes el pan nacional con levadura de tigres. Esto sobre todo es peligroso,—en países donde, como en éste, el tigre manda. Así, las repúblicas van a los tiranos. Quien no ayuda a levantar el espíritu de la masa ignorante y enorme, renuncia voluntariamente a su libertad.

—“Nos parece que el obispo Potter, en su lindo palacio gótico de Broadway, lleno de altas ventanas de vidrios de colores, hace muy buen

obispo”—dijo uno así esta mañana, tropezando con los rosetones de mármol que en el atrio del templo protestante aguardan a que los suban a completar la torre altísima con que la iglesia americana quiere dar celos a la catedral católica.

Y otro que oyó, dijo:

—“El mejor obispo ha sido Peter Cooper.”—Nación que no cuida de ennoblecer a sus masas, se cría para los chacales.

No estaba, por cierto, tan alegre y encintado como hoy Nueva York, la mañana en que una sobre otra, hará unos cuantos días, vinieron a tierra, como naipes en fila, cuando se empuja el primero, decenas de grandes firmas comerciales, que eran meras casas de juego, so pretexto de comprar y vender acciones; y al suspender pagos, en virtud de sucesos escandalosos, algunos Bancos nacionales, quedáronse sin tener quien les prestara o les aceptara como válidos sus cheques nulos, y se declararon en quiebra. Los pueblos se encarnizan en amar, como en odiar; y suelen amar con tanta injusticia como a veces odian. A no ser por esto, y por ser tal la necesidad de lo heroico en las naciones, que cuando lo tienen no lo quieren perder, y cuando no lo tienen se lo fingen; a no ser por esta tenacidad con que se aferra un pueblo a quien lo ha llevado a la victoria, y por esa saludable consustanciación de las naciones y de sus grandes hombres públicos, que es tal que si se los hieren les parece que son ellas las heridas; a no ser por esta bondad y nobleza humanas, —no se recobraría el general Grant de la vergüenza en que ahora anda.

Dio su espada a que le acuñaran con ella oro, y se le ha ido la espada de las manos. Dio su nombre e influencia para que con ellos negociase la casa de comercio de acciones de que sacaban él y sus hijos aparente grandísimo beneficio, y ha quebrado la casa del general Grant, enseñando que, sin que él pudiera desconocerlo enteramente o dejar de sospecharlo, venía de años atrás manteniéndose en pie merced a increíbles engaños, mentiras asombrosas, colosales fraudes.

De Grant y Ward se llamaba la casa de comercio. Ward la llevaba en su cabeza, y era el director de los negocios, amigo de buen vivir, de regalar, de dormir entre ricas pieles, de pasearse por establos bien poblados. Y Grant y todos sus hijos eran los asociados de la casa. Ward pasaba por persona astuta que veía el provecho aprisa, y se asía de él, con cuya reputación ganó la mano de la hija de un alto empleado del Banco Nacional de la Marina, y la confianza, al cabo, del Banco, que llegó a ser como propio suyo, pues del Presidente, que era un magnate neoyorquino, hizo su cómplice.

Es legítimo el tráfico en valores, y ha de haber un lugar donde el que se vea corto de dinero, y sobrado de papeles que lo representan, venda, y compre el que quiera colocar sus fondos. Pero hinchar las acciones a precios que no están en relación con sus orígenes y valor presente y probable; imponer a papeles nulos un valor ficticio; forzar, con escaramuzas y asedios de bolsa, que no son en sí más que voluntarias suposiciones, ocultaciones culpables y descaradas mentiras, alzas o bajas que no proceden de los cambios reales del valor representado, —es una estafa indigna de que las gentes honradas pongan su inteligencia en organizarla, o su limpia fortuna en mantenerla en movimiento y crédito.

Ha echado por caminos la existencia moderna, en que la serenidad del ánimo, la claridad de lo interior y la vida legítima van siendo imposibles.

El súbito ascenso de los hombres a la igualdad política, ha originado un desequilibrio y trastorno económicos que en todas las partes del mundo se notan; así como la súbita cultura, y la necesidad ardiente de ella, los han puesto en desigualdad con los medios de darles satisfacción; que no crecen con tanta rapidez como los apetitos. En las tierras donde toda la vida se es mozo, y se tiene en más el merecer las miradas de una dama, o la amistad de un hombre, que el aumentar las arcas; —y se vive en el amor caluroso de la patria, en la doliente contemplación de sus desdichas, en el pago y la solicitud de los afectos, en los arrobos y ganancias del espíritu, en el espectáculo sano y confortante de una Naturaleza pródiga y amiga, no se convierten todas las fuerzas a un solo objeto que las absorbe e hipertrofia; sino que se distraen y balancean; y como que se recibe placer en las amenidades del alma, no se pone toda la voluntad, y la faena, en crearse una riqueza sin la cual es aún posible la ventura.

Pero en estas naciones donde del acumulamiento mismo de hombres vienen soledad y abandono espantosos, donde sólo una porción escasa de los que nacen en el país se sienten prendidos de él por sus padres y abuelos, y por esa interpenetración misteriosa del espíritu del hombre y el del pueblo en que viene a la vida; donde los mismos hijos del país son desterrados, y más que a una patria accidental que no puede tener para ellos ternuras maternas, aman acaso la de sus padres extranjeros que vieron siempre venerada en el hogar, como a una muerta adorada; o caen en el horror de no amar a patria alguna; en este pueblo de niños educados en la regata funesta por la riqueza, en que sin sueño y sin

día de fiesta forcejea la nación; y de hombres desvalidos cuya existencia entera, acerba como la duda e inquieta como la náusea, pasa en el combate por asegurarse el bienestar, que para luego en el constante susto de perderlo, o en el vicio censurable de acrecentarlo, —en este pueblo revuelto, suntuoso y enorme, la vida no es más que la conquista de la fortuna: ésta es la enfermedad de su grandeza. La lleva sobre el hígado: se le ha entrado por todas las entrañas: lo está trastornando, afeando y deformando todo. Los que imiten a este pueblo grandioso, cuiden de no caer en ella. Sin razonable prosperidad, la vida, para el común de las gentes, es amarga; pero es un cáncer sin los goces del espíritu.

Tal sería la gran tarea de los hombres previsores de este pueblo; y tal fue, como si le hubiese vivido una estrella en el pecho, la tarea de Emerson: espiritualizarlo. En la naturaleza espiritual, como en la física, como en la histórica, lo grande amenaza lo esencial: se ve en los poetas verbosos, en cuyo hojerío lo ideal se diluye, afloja y evapora; se ve en la rosa centifolia, monumental, mas sin aroma; y en este pueblo arrebatado, que ofrece tal vez el espectáculo más admirable que hayan presentado jamás los hombres sobre la tierra: —en este pueblo rebosante se está viendo.

Naturalmente, de tanta fatiga, del deshábito del buen comercio, de la amistad inteligente, del desconocimiento de los placeres delicados y superiores que vienen de la posesión y ejercicios de los afectos, —los hombres se van a regocijos acres y locos. Como que con las uñas y con los dientes pelean por asir el premio de oro, tienen placer en lucirlo, y entre el ganarlo y el ostentarlo, se les va por entre los dedos, pueril a veces como la de un niño, la vida. No saben cautivar a la hermosura con las únicas armas que la rinden, y la compran o la toman en alquiler, lo que es tanto como acostar una hidra en el tálamo. La mujer, que abomina siempre a quien la paga, siente odio de sí y cae de un lado y de otro, buscando refugio. Honradas a veces, como en algo se han de complacer, se complacen, con arrobos de enamoramiento y ardores de pasión, en sus joyas y vestidos; por donde en ocasiones es profunda virtud lo que parece un defecto. Se crea un ser nuevo, triste como una llaga: la esposa manceba.

El hogar es un cuarto de hotel, cuyas paredes no son cual aquellas de nuestras casas, a las que se ama y conversa, como a seres vivos, y de quienes no se aparta el alma sin desgarramiento, tal como el árbol de la tierra en que tiene sus raíces: cuarto de hotel es el hogar, donde el proveedor va a dormir, y a que le vean su lujo, y de donde la mujer,

como de una tumba, huye. Las familias se cimientan, de parte del hombre, en una imperfecta necesidad de compañía, o en una exigente atracción física; y del lado de la mujer, en el goce de entrar a disponer de más amplio peculio. Como las ganancias suelen ser extraordinarias, tanto como las pérdidas, la vida llega a ser enfermiza y violenta como la de los jugadores. Un día es un perro que viene de regalo en los brazos del amo ganancioso; un perro amarillo de hocico negro, con collar de plata; otros, los días de pérdida, el perro viene dentro del amo. Y como el corredor de Bolsa tipifica a esta generación frenética y amonedada, resulta que de pintar los caracteres generales de la vida ansiosa en esta gran ciudad, hemos venido, sin más que acentuar las líneas para ponerlas de relieve, a describir la vida de Fernando Ward.

¿Carruajes? Brougham no se había de pedir, ni tilburi ligero, ni *cuatro en mano*, ni *carrillo de perro* para los niños, ni cupé discreto, ni *cab* abominable: porque de todos tenía, y los mejores de New York, la cochera de Ward. ¿Pielés? Se andaba sobre ellas, y estaban de ellas vestidas las paredes, tendidos los canapés, repletos, en elegante descuido, los rincones. ¿Medallones, bronce repujados, óleos de maestros, ídolos japoneses, trompetas de voluntario habanero, aguafuertes de Morín, estatuillas de barro y tela de los indios de México, abanicos de Java, y pericones abiertos con sus corridas de toros o sus amores de María Luisa en el paisaje? De todo, de todo eso que puebla hasta los bordes del techo las salas americanas, estaban llenas, como un altar de reliquias, las paredes de Ward. Y días antes de quebrar, compró en una fábrica de la Quinta Avenida, famosa porque hace en pulida caoba muebles como los de la época de la Revolución, no menos de cuarenta mil pesos en enseres de casa; y de los mostradores de Tiffany, separó para su mujer un aderezo de unos veinte mil.

¿Ni quién lo había de extrañar, si es fama en los Estados Unidos que no hay negocio que produzca más pingües ganancias que los contratos con el Gobierno; y Ward aseguraba a sus depositantes, y el general Grant lo dejaba creer bajo su firma en carta publicada, respondiendo a una pregunta confidencial y ansiosa, que por el prestigio de Grant, que ha sido siempre considerado como enorme, tenía la firma asegurados contratos excelentes con el Gobierno? Y la firma compraba un día millares de acciones; prestaba a un ferrocarril dos millones de pesos; pagaba en cinco meses, sobre cuarenta mil de capital, seis mil de provechos; y en el Banco Nacional de la Marina, cuyo Presidente era también socio de Ward, pagábanse al día a veces por su orden no

menos de setecientos mil pesos. Murmurábase del exceso del interés pagado a los depositantes, porque era tal la maravilla, que el que ponía hoy cien pesos en la casa, los recibía mañana doblados; mas nadie lo extrañaba; pues por Grant se suponían seguros los contratos que daban para tanto;—hasta que se ha venido a saber que jamás había tenido la firma contrato alguno, ni hecho acaso, a no ser los primeros que causaron sin duda la pérdida, original negocio que no fuese deliberadamente fraudulento.

¿Pues cómo pagaban aquellos intereses enormes? Con los tres millones de descubierto que enseña la quiebra: con el capital de los depositantes nuevos pagaban los primeros intereses del mismo capital, a tipo loco, y los de los depósitos anteriores, consumidos ya a su vez del mismo modo para pagar los premios de depósitos aún más antiguos. Y no daban a ciegas los nuevos contribuyentes sus capitales; sino que se hacían firmar al entregarlos un documento que les garantizaba para un plazo corto una ganancia escandalosa. La sospecha callaba ante la magnitud del beneficio. Astuto ha habido que, en estos lances, ha sacado en intereses, con préstamos doblados, unas cuatro veces su capital. Y es verdad que prestaban de una vez dos millones de pesos a un ferrocarril; pero le tomaban en depósito acciones por más, y no bien había estrechado la mano de Ward el presidente satisfecho del camino de hierro, ya andaban agentes excusados por la calle levantando préstamo sobre las acciones en depósito confiadas, por cantidad mucho mayor que lo que se acababa de prestar, del cual modo se lograban por el momento unos miles de pesos que iban a cubrir los compromisos más urgentes, a los gastos de los asociados, cada uno de los cuales, en año ordinario, tomaba, para mal vivir, unos cuarenta mil pesos. Iban al presidente del Banco que aceptaba, sin depósito de Ward alguno, cheques de Ward por colosales sumas, de cuyo riesgo el presidente se amparaba tomando de la sociedad para su bolsa unos quinientos mil pesos por año. Iban a los corredores que traían dinero nuevo, a uno de los cuales, que vive ya en casa de mármol, pagó la firma por estos servicios en sólo un mes, doscientos mil pesos.

Volvía su préstamo el ferrocarril, y a ruinosísimo precio, había que buscar dinero en plaza sobre el que el ferrocarril devolvía, para recobrar las seguridades del camino de hierro de que Ward había indebidamente usado: y como el interés cargado al ferrocarril era mucho menor que la diferencia entre lo prestado a él y lo tomado sobre sus seguridades, había que acudir, con las manos llenas de oro, a un agente

que buscarse depositantes nuevos que creyeran en el milagro de los contratos. Pero un día, hubo que pagar 215,000, y no se halló depositante. Tenía Ward en un Banco, que no era el de Marina, unos dos mil pesos, y giró contra él por los 215,000 a favor del Banco de la Marina, que aceptó los cheques: y a quien fueron acreditados a la mañana siguiente en cuenta, al hacerse el cómputo de cheques en la Contaduría de Bancos Nacionales; y los cheques sin valor fueron puestos al cargo del otro Banco, que vio al punto que se le ponían a su adeudo 215,000 en una cuenta cuyo haber no subía a dos mil. Llamó a las puertas del de la Marina; y éste, que buscaba en vano a Ward, tuvo que correr sus persianas de hierro y suspender sus pagos.

La estopa se enciende a prisa; pero no más que la ciudad, con aquella nueva y las que le siguieron. Años enteros hacía que andaba, con el Presidente Grant a la cabeza, la firma en tales manejos, que es de justicia creer que en detalle él ignoraba, aunque, como estaba en trato continuo con su asociado, a cuya inspiración respondía con cartas insidiosas y afirmativas, a los que le preguntaban si era cierto que la firma andaba en contratos con el Gobierno; si de estafa no se le puede, por naturales respetos, acusar, de sigilo culpable, sí, o de torpeza e inexperiencia inconcebibles, o de pequeñez grande de miras, porque quien se siente amado de su pueblo, y tiene casa propia y sueldo de general, y la renta vitalicia de 250,000 pesos que le reunieron sus amigos, y en la casa por única carga la de una sobria esposa,—pobre persona ha de ser si se ocupa en amontonar más dineros. A bien que tiene hijos, y acaso por ellos diera su nombre; que el buen padre, por sus hijos hasta la honra pone en riesgo. Pero dos años hace, le preguntaron solemnemente si era verdad que la firma sacaba provecho de sus contrataciones, y si éstas existían; y él, por quien las contrataciones hubieron debido de ser obtenidas y sabía por tanto que no las había, no respondió esto, como debía a la más común honradez, si no a la alteza de su nombre, y escribió en cambio, “que autorizaba de buena voluntad que la firma usase de su influencia y de su nombre del modo que le pareciese provechoso”. Cuando se oyen tales cosas, parece que se ve caer a un hombre de una altura. Y se le ve muerto, aunque se le vea andando.

Al día siguiente, Grant y Ward venían, con gran estrépito abajo: ¡habían dispuesto de todas las seguridades que les dejaran en depósito! El presidente del Banco de la Marina había tomado en año y medio un millón de pesos de provechos! ¡Por años enteros había llevado Ward una cuenta falsa de contratos! ¡Los hombres más ilustres de la ciudad

habían puesto dinero en aquella sentina! Como entre las acciones desaparecidas, había gran número de empresas ferrocarrileras, cuya necesidad de tomar prestado se revelaba con esto, a la agitación de los negociantes alrededor del Banco en suspenso y la casa de Ward, siguió, con la baja en las acciones de las empresas comprometidas, gran estrépito en la Bolsa y ese rumor que, antes que la razón, anuncia siempre el peligro. Ya venía por las calles la noticia de que un lindo de la ciudad, de casa grande, que era uno de los Directores de un Banco de excelente fama, había hallado manera de disponer de cuatro millones de pesos de los fondos del Banco, y perderlos en la Bolsa. Todavía no acababa de anunciarse esto a los corredores que aullaban y rugían, como fieras presas, y ya por todo Broadway serpeaba otra funesta novedad: el Banco Metropolitano, con un filántropo millonario y famoso a la cabeza, había jugado también a la Bolsa, con el dinero que confiaban a su honradez los depositantes.

Al punto, no hubo Banco seguro; y, en las calles de negocios, ni un adoquín sin su hombre. Hasta los pisos altos de calles lejanas subía el rumor encendido de la muchedumbre. Desde los hombros de la estatua de Washington miraba un pilluelo a aquella enorme masa. Como por las calles de Wall y Broad, y por Broadway están los Bancos, allí la gente se apretaba, pálidos y como enjugados de repente, las guedejas de cabello sudoroso caídas sobre las sienas, el vestido descuidado, en las manos garduñosas la libreta del Banco. Cómo se viaja en este país, allí se pudo ver. En un instante, se vaciaron sobre New York los pueblos vecinos, que aquí tienen sus ahorros, y corrían aterrados a buscarlos. Mujeres había más que hombres; y a ninguna mujer se vio llorar, y a hombres sí. Sollozaba un desventurado de fábrica monstruosa y barba larga, como si le hubieran arrancado del pecho las entrañas. Cinco, diez, veinte casas, cayeron a un tiempo: todas las que se nutrían de los Bancos cerrados, todas las que vivían a merced de la bondad de los Bancos, que aceptaban los cheques de sus depositantes por cantidades mayores que sus depósitos, y en aquella hora de asalto y catástrofe se negaron a aceptarlos. Parecía que se venía abajo todo; pero se entrevió pronto que no era aquella una catástrofe nacional, sino el súbito derrumbe de los que sin caudal cierto, y por expedientes mal prendidos, venían jugando, como sobre las espumas, a los azares de Bolsa.

El padre del ladrón de cuatro millones, los repuso; y el ladrón está preso: los directores del Banco Metropolitano dieron de su capital para

suplir lo perdido en Bolsa por el filántropo deshonesto, y el Banco volvió a sus pagos, y a tranquilidad los depositantes campesinos. Las riquezas de Ward han caído en manos de los alguaciles: el capellán de Grant va a la cárcel, donde Ward está ahora; y en Washington se aprueba, como para librar a la Nación de la mengua de sospechas de su héroe, la proposición que otorga a Grant el pingüe sueldo de General en Jefe en retiro. La gente se ha asomado, como a una boca fétida, a la Bolsa.

Pero ¿por qué, ya al punto de cerrar esta correspondencia, inundan las calles los voceadores de periódicos, y se levantan todos los trabajadores de sus bancos y bufetes, y los negocios se suspenden un momento, y las calles se animan, y llenan? Es que se anuncia que la Convención de delegados del partido republicano, ha proclamado ante doce mil espectadores roncos de la continua excitación y vocerío, que contra Arthur, que fue apoyado parsimoniosamente y contra Edmunds, senador canoso de pacíficas costumbres, es Blaine el acometedor, Blaine ambicioso, brillante y turbulento, Blaine, un Beaconsfield desenvuelto y temible, el que el partido republicano elige para candidato a la Presidencia, al general Logan, a quien ama el ejército. Luto sería para este país y para la justicia, luto para algunas tierras de nuestra América que tienen las rodillas flojas, luto para la misma libertad humana, que viniere a la Presidencia de los Estados Unidos, este hombre intrépido. agudo y desembarazado, que de las grandezas de su patria sólo tiene las grandes preocupaciones. Halaga odios; y no busca la manera de ennoblecer a los hombres, sino de lisonjearlos para que le sigan de buena voluntad. Piensa en sí más que en su pueblo; y no vacila, con pretextos hipócritas o confesados, en llevarlo al ataque y a la aventura. Pero es persona móvil y parlera; llama a todos por su nombre de pila; da palmadas en el hombro a la gente menor, que queda oronda; flagela a los chinos con lo que halaga a los inmigrantes naturalizados; y arremete contra el librecomercio, con lo que tiene de su parte a los trabajadores ignorantes y a los manufactureros. En política, el que sirve, será servido.

¡De qué agonías, y caídas y humillamientos está hecha a veces la victoria! Y ¡qué mal que presidiera los hombres quien está inquieto en sí! Porque una cesión al vulgo en cambio de aplauso o puesto, debe ser como una bofetada, y la señal de los dedos enormes debe llevarse siempre

en la mejilla. A Tilden piensan en elegir los demócratas. O a Cleveland, el gobernador honrado de New York. O a Benjamín Butler, "el amigo del que cae debajo en la pelea". Hemos de oír y ver cuanto se diga en esta campaña peligrosa y ardiente.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 16 de julio de 1884

7

**UNA NOVELA EN EL "CENTRAL PARK"**

*Inteligencia de las oropéndolas*

*La América* suele, para reparar en el comercio de la Naturaleza las fuerzas que se pierden en el de los hombres, salir a paseo por donde hay árboles coposos: y gusta de ver cómo los soles del verano disponen de igual manera al amor a los hombres y los pájaros, y cómo éstos revolotean en torno de las ramas, cual las imágenes, sueltas por el aire a modo de halcones de cetrería, danzan y giran, de vuelta de sus excursiones, en torno de la frente.

Por los lugares menos concurridos del “Central Park” suele pasear *La América*: que más le contentaría andar por selvas naturales, libres y robustas, que por jardines mondados y pulidos. Y allí tuvo ocasión de ver dos pajarillos que por su discreción se han hecho famosos.

La oropéndola es ave diestra e inteligente, y esta pareja de ellas lo es mucho.

Parecía que se veía trabajar al propio pensamiento cuando se les veía hacer su nido: como la observación va cogiendo hechos, y vaciándolos en la mente, que los reúne y trenza, y da luego en idea compacta y sólida, así recogían las oropéndolas hojas fibrosas, pedúnculos y gramas, y trabajaban su nido con ellas.

Iban y venían, como copos de oro: y como el pico, mayor que la cabeza, lo tienen ancho y recio, y son diligentes y busconas, el nido iba de prisa. Pero a poco observaron que la rama de que lo habían colgado era muy débil y se venía al suelo, a punto que ya tocaba el césped: lo que da miedo singular a las aves que, espantadas acaso del tiempo en que vivieron sobre la tierra, no quieren que sus hijos nazcan en ella, y se interrumpa su camino al cielo.

Aletearon y piaron querellosamente los dos pajarillos. Se paraban en otra rama, y se movían en ella. Se juntaban como para consultarse, y separadamente, como para buscar, se perdían por el ramaje espeso. —Y volvían con tristeza, como dos esposos desdichados, a posarse sobre la rama débil.—Con el nido a medio fabricar, lleno ya de sus esperanzas

y devaneos ¿qué harían ahora?: ni del amor impaciente, que les agitaba de adentro del pecho su plumaje de oro,—de su creador amor, ¿qué harían? Porque el pájaro más sabio que el hombre, no engendra hijos sino después de haberles procurado casa.—Ala contra ala seguían gimiendo los dos pajarillos.

De pronto, saltan sobre una rama que estaba como a unas quince pulgadas por encima del nido amenazado; la oprimen con el cuerpo y la sacuden; tienden sus cabecitas a la rama de abajo, como para medir bien la distancia; pían con menos dolor; unen un instante sus picos, y, por lados contrarios, vuelan.

Ya era de noche, y a la mañana siguiente se vio la maravilla. ¿Qué habían hecho las dos oropéndolas? ¿Llevado el nido a la otra rama? ¿Comenzado un nido nuevo? ¿Suspendido el amor hasta tenerle fabricada la casa? ¡Oh, no; que los novios no tienen espera!—Muchos pájaros saben tejer y anudar, y algunos, como el tejedor de la India, juntar por los extremos una hoja grande, en forma de embudo, y llenarla para recibir sus huevos.—Y estas oropéndolas amables y traviesas habían hallado por el suelo piadoso un trozo de cordón, pasándolo por encima de la rama fuerte, y sujeto con sus dos extremos colgantes las alas del nido, a donde ahora, en silencio, están calentando sus huevos.

Como tienen las plumas amarillas, se ve, por encima del nido, como una espuma de oro.

*La América.* Nueva York, julio de 1884

*La Nación.* Buenos Aires, 3 de octubre de 1884

## 8

## CARTAS DE MARTÍ

*La procesión moderna.—Una columna de 20,000 trabajadores.—Problemas graves y paisajes nuevos.—Los “políticos”.—Los irlandeses y su influjo.—El millonario Jay Gould.—El monopolio.—Desfile imponente.—Las máquinas alegres.—La prensa de Franklin.—El coche de Nellie.—Tipógrafos y sastres.—Cigarreros y carniceros.—Los hermosos negros.—Los alemanes silenciosos.—Alegorías y caricaturas.—La revolución del siglo XIX.—Eficacia de la libertad.—Los trabajadores en la calle de los palacios.—Vestiditos blancos.—“Santo trabajo”*

Nueva York, Septiembre 5 de 1884

Señor Director de *La Nación*:

Han decidido los artesanos de los Estados Unidos que el primer lunes de cada Septiembre sea un inmenso día festivo para todos los trabajadores de la Nación: ¡martillos abajo! ¡almas arriba! ¡los niños, a caballo sobre sus padres! Los que edifican el mundo, quieren enseñarse una vez al año a él: así, ante el espectáculo solemne, se decidirán a obrar en justicia los abusadores, y entrarán en miedo los déspotas: mal le irá, al que quiera sentarse sobre todos esos hombres.

¡Qué ejército, qué ejército el que el 2 de Septiembre de este año paseó sus formidables escuadras por las calles más concurridas de Nueva York! ¡Qué hermosura, qué aseo, qué grandeza! ¡Veinte mil eran, hombres y mujeres! Antaño con poner un rey la mano sobre el hombro de un calientachismes de palacio, o un cercenador de hombres, o un guardador de la puerta por donde entraba a robar placeres la Majestad, ya lo hacía caballero: ogaño, ver a estas gentes humildes, a estos pobres alegres, a estos viejos honrados, a estas mujeres enfermizas, a estos creadores de sí propios, es como recibir un título más decoroso y limpio de nobleza: “Hombre te hago”, dijo el Creador: y le puso en los labios la palabra, y entre el cabello y los ojos un cintillo de luz: desde entonces, ni ser duque, ni marqués, ni conde, ni vizconde, ni barón. es ser más que hombre: ¿cómo el que hereda una fortuna ha de ser más noble que el que la fomenta? ¿cómo el que vive a espaldas de los suyos, o al amparo de castas favorecidas, ha de merecer más respeto que el que forcejea por abrirse paso en la tierra difícil, con la pesadumbre del desdén humano encima, abandonado a sus esfuerzos propios? Gusanos me parecen todos esos despreciadores de los pobres: si se les levantan los músculos del pecho, y se mira debajo, de seguro que se ve el gusano. —Cuando el pobre exagera sus derechos, rebánensele sus pretensiones

en buen hora,—que nadie tenga un derecho que lastime el de otro; pero repudiar como a cicatrices que manchan y avergüenzan a aquellos cuyas virtudes pacíficas y admirables ni por un solo día serían capaces de imitar los que las repudian,—es una vileza digna de un castigo público.

Ese año, no hubo aún aquel día general de asueto y regocijo que los trabajadores quieren que sea cada lunes primero de Septiembre. La idea es nueva, y, aunque creció pronto, ni los dueños de fábricas han asentido todavía a la demanda de los obreros, ni todos éstos pudieron, por ir a la fiesta, privarse del salario del día que habrían perdido: de modo que se organizó una procesión ostentosa a que las corporaciones más entusiastas o ricas acudieron en masa, y otras enviaron, como a la fiesta campestre con que dio fin, centenares de representantes.

Pero en las calles y plazas por donde había de pasar la procesión, todo era desde por la mañana, en los copos de los árboles, en los botones de bronce del uniforme de gala de los policías, en los vestidos alegres de las familias que iban a ver marchar a sus padres, en los pabellones que engalanaban muchos de los establecimientos de la carrera, y en todas aquellas almas tan a menudo acongojadas, todo era sol.

Sol hubiera habido, aunque el del cielo se hubiera entoldado: dondequiera que el hombre se afirma, el sol brilla.—Rayos de sol travesaban por entre la festosa muchedumbre que llenaba las calles la mañana de la procesión de trabajadores. De entre los crespos rubios de los niños de los pobres, salían los rayos del sol, cuchicheando, y revoloteando. Resplandecían, como premios, sobre los martillos de los artesanos. Subían, como duendes, por los postes de la luz eléctrica. Daban sobre las ventanas, como invitando a las gentes dormidas a que se levantasen y las abriesen, para ver pasar a los héroes humildes, que cual los hindús a las plantas del elefante blanco, se acuestan en la tierra para que la humanidad pase: como andas son los trabajadores, en que viaja el mundo. Y se quebraban los rayos de sol sobre los alambres del telégrafo, y se detenían a ver pasar la procesión, como pilluelos, cabalgando en ellos.—Mera casualidad es que haya día bueno o malo, y poesía barata y desdeñable la que hiciese hincapié en ello; pero da gozo ver que la Naturaleza une sus galas a las del espíritu, y se pone de fiesta cuando lo está él; lo cual agradece el alma, que se place en el bello conjunto, como si la Naturaleza hubiera contribuido a él intencionalmente.

Ya viene, ya viene la procesión.—La gente está apretada en las aceras. Limpísimo está Broadway, como las calles de Roma cuando

iban a entrar los triunfadores. Los “políticos”, que no son los politicastros o malos políticos, sino los políticos de ruin ralea que trabajan en los bastidores de la gobernación pública por logrería y oficio, cubrebrea por entre la turba, como serpientes de ancho vientre y rostro rojo, con diamantes, grandes como crímenes, en la pechera de la camisa: como plata bruñida brilla la camisa de estos rufianes de las ideas; nótese siempre que los que no poseen una cualidad, son los que ponen más empeño en aparentarla: cuidan mucho de su limpieza exterior estos “políticos”. Y van gordos, macizos, sonrientes, relucientes, como quien vive de holganza provechosa: se parecen grandísimamente a los canónigos de antaño; sólo que éstos rezan sus Horas en la ley del sufragio universal. La religión de la libertad, como todas las religiones, tiene sus augures; y la lámpara del espíritu, como todas las lámparas, tiene sus vampiros. El mundo animal está en concreción, en toda asociación o persona humana: cada hombre lleva en sí todo el mundo animal, en que a veces el león gruñe, y la paloma arrulla, y el cerdo hocea;—y toda virtud está en hacer que del cerdo y del león triunfe la paloma. Y estos “políticos”, de cervecerías y esquinas, estos falseadores de la opinión pública, estos corredores de votos, son como los cerdos de las instituciones políticas: sólo el ojo vulgar puede confundirlos con el león, que fulmina y arremete, o con la paloma que del suyo propio, y de todo dolor ajeno, suplicando, muere.—¿Y la procesión? ¡Ya viene, ya viene!

Cuesta trabajo reprimir las ideas cuando el sol esplende, los trabajadores marchan, y el mundo se hincha. Parece que se ve en el aire una bandera nueva, y se la sigue. Cuando se ve surgir el pabellón que guía a la redención humana, el hombre, como un manto que le estorba, deja caer a sus pies la vida diaria y común, que le ha sido impuesta como un uniforme de conscripto que lo enmascara y oculta,—y luce con sus arcos de batallar, claro y brillante como un astro.

Los “políticos”, gente de bajos, que no alcanzan a ver lo que sucede en las alturas, continúan su camino por entre la muchedumbre, aguzando las pasiones de la gente inculta, dejando caer en sus oídos, como áspides, suposiciones que en aquellos pechos lastimados y sencillos, se convierten luego de serpientes en llamas, que cansadas de comer en lo interior el pecho que las aposenta, les encienden la lengua y los brazos y se salen de ellos por todos los poros, y se juntan con todos los que sufren y llamean; y queman y devastan, en una hora de mortal incendio, que limpia, pero que aterra al mundo. Los “políticos” malogran y envenenan todas las grandes batallas del espíritu. Criminales

públicos son estos calumniadores de oficio. Y como ahora hay cuatro candidatos a la Presidencia de los Estados Unidos, y los cuatro apetecen el voto de los obreros, los "políticos" están muy ocupados: unos, que prefieren a Blaine porque no les lleva a mal su modo de trabajar en política y sacar provecho de ella, acusando a Cleveland, el candidato de los demócratas, que no tiene alas en la mente, mas sí pies macizos, hechos a hollar abusos; otros que sin querer bien a Blaine sirven a los que tienen miedo de ciertas aficiones librecambistas de Cleveland, encendiendo, con encomios a Butler, que usa ahora de estas armas, los odios de la gente de trabajo contra la de dineros, y los de los irlandeses naturalizados contra Inglaterra;—y la verdad es que los odios de los irlandeses, como que éstos representan innumerables votos en la hora de las elecciones, votos que los candidatos ignominiosamente cortejan, influyen de manera lastimosa en la política norteamericana, y en asuntos gravísimos la dirigen: ¡sí, en la misma ciudad pasa, por la cual, como una secreción contagiosa, se va extendiendo, no el marcial espíritu de los irlandeses preclaros que batallan por las libertades de su tierra, sino cierta alma harapienta y canina, que trae consigo, arrebujada en sus andrajos, la muchedumbre páupera de Irlanda!

Da miedo ver cómo crece esta alma interesada, odiadora y dura. ¿Que se derriben templos? Aquellos donde se predique el odio, o la intolerancia, vénganse abajo en buen hora; pero ¿templos? ahora se necesitan más que nunca templos de amor y humanidad que desaten todo lo que hay en el hombre de generoso y sujeten todo lo que hay en él, de crudo y vil. Se está en peligro de una revuelta enorme. Y en estas ciudades grandes, hechas de residuos de pueblos enconados y coléricos, donde el dolor, cuando no se exhala en grito de venganza se petrifica en egoísmo; en estas ciudades populosas, hechas de retazos ardientes, los templos han de erigirse a toda prisa. A barcadas viene el odio de Europa: a barcadas hay que echar sobre él el amor balsámico.

Ahora sí que viene la procesión, ahora sí que viene: no en las aceras sólo, sino en las ventanas de estas altísimas casas rebosa la gente; castellanas no son ni señorías, asomadas a los balcones de piedra del castillo, en sus vestidos de talle largo con mangas colgantes, a ver pasar, trémulo el corazón y enamorados los ojos, los fuertes caballeros que van, con su gente de armas a la zaga, camino de la guerra: son mozos y mozas, con blusas y delantales de trabajo, que se han levantado un momento de sus

máquinas de hilar, de coser, de recortar, de plegar, de engomar, de agujerear, de colorear, de escribir, de encuadernar, de parar letras, para ir a saludar con sus pañuelos a los que por la ciudad pasean en procesión, como santidades nuevas, sus méritos y sus dolores.

A sí mismos se ven en los que pasan, y se les llena de amor de hermano el pecho, y los ojos de lágrimas de lástima por sí propios, por su rincón doméstico, sin sosiego y sin abundancia, por sus largas desocupaciones sin salario y sin consuelo, por sus niños y sus viejos, siempre coléricos y necesitados; pero la atmósfera está tan encendida y lúcida, los procesionarios llevan tan buena apariencia, tan altos hurras da al verlos la gente, que las lágrimas se les secan en los ojos a los obreros asomados a las ventanas, y se vuelven a sus máquinas consolados como la tierra después de una ligera lluvia.

Replégase la muchedumbre sobre las aceras. Aparecen, abriendo el campo, los policías fornidos a caballo; casco blanco lucen, mas no es ya de acero, sino de felpa, lo que indica que otros tiempos nacen aunque los viejos no han desaparecido todavía. Ya los aplausos vuelan por los aires; ya se escuchan los pífanos alegres y los atambores; pero el que viene a caballo, y muy bien montado, a la cabeza del séquito no es, como antes, el trompetero de ricas vestiduras, con su trompeta de banderín bordado, caballero en animal de pro, de suntuosos paramentos; ni el tamborilero de chupa roja y calzón corto, encaramado en el arzón de la montura, colgándole las piernas por entre ambos tamboriles, montados entre enaguas de carmesí y de oro al uno y otro lado de la cruz de la cabalgadura: gran mariscal de los trabajadores es el que abre la marcha; y tras él, como precediendo a los diversos gremios que vienen en el séquito, rompe en encendidas músicas una banda de la milicia voluntaria:—la música de las bandas es como un hada invisible: en las ciudades invita a la alegría, al perdón y al movimiento: en campaña, pone las armas en manos de los combatientes.—Estruendo se oye; pero no de arcabuces: mástiles se ven, pero no de lanzas; son las lanzas de la guerra nueva, las chimeneas delgadas de las pequeñas máquinas de vapor que por las mañanas, no bien rompe el día, comienzan a subir por las alturas, a no parar hasta los bordes de las nubes, los materiales con que fabrica New York sus casas gigantescas. Por el cielo se están entrando los hombres: Babel es la tierra toda: sólo que ya no se confunden las lenguas.

Cuernos, caracoles y campanas han llamado hasta ahora a los hombres al trabajo: ahora los llama el pito de vapor, que no se pierde como

aquéllos en el eco, ni tarda en atravesarlo, sino que lo hiende y domina, y no admite demora ni réplica. Todo lo que es, es símbolo: la conciencia humana crece: el trabajar no es hacer mérito, sino obedecer: la arrogancia de la voz que llama al hombre al trabajo, indica que se está seguro de que éste ha de obedecerla. Suena el pito de vapor imponente, despótico: y el hombre se pone en pie, contento, como si hubiese sentido sobre el hombro una mano de luz.

Por toda la procesión van estas lindas máquinas alegrando: almas parecen, que están hoy de fiesta,—almas embanderadas: de un lado van a otro, como llevando recados de simpatía; seguidas por los vitores de la multitud, pitando briosamente cuando pasan por delante de algunas de las tiendas engalanadas en honor de los trabajadores, silbando a todo silbo cuando cruzan por la puerta de un establecimiento que se anuncia en el *Tribune*, acusado de pagar mal y tratar con soberbia a sus obreros. No parece que sean esas máquinas de levantar piedras, quicios de ventana y capiteles; ¡sino de levantar almas!

Aquí vienen,—y ahora sí que no haremos más que ver pasar la procesión, después de pedir perdón a nuestros lectores por los escarceos de la mente revoltosa,—aquí vienen, a la cabeza, los tipógrafos. En grupos marchan, y cada periódico e imprenta importante ha mandado el suyo con sus bandas al pecho, de seda bordada, y su bandera al frente: la del *Sun* gana aplausos, que es muy bella: en fondo blanco, un sol de oro surge frente al mar sosegado, de entre dos montañas. Banderas tienen más; ¿dónde están las armas? No se ven, ¡pero las llevan! Y ¡qué compañías estas de los soldados que no paran fusiles, sino letras!

¿Adónde están las águilas que no hacen toldo para que pase esta procesión debajo de ellas? La Compañía del *Herald* lleva 150 hombres: la del *Sun* 115; 150 la del *Times*; la del *World*, 120; la del *Journal*, el diario nuevo de a un centavo, hecho de espumilla y muy vendido, lleva 90 hombres. Dos mil tipógrafos marchan entre todos: “Sitiad al *Tribune*”, dicen los estandartes. “Sitiad al *Tribune*”, dicen simpatizando con los setenta trabajadores despedidos del diario por mantener su buen derecho, todos los demás estandartes de la procesión.

“Ya los setenta impresores bellacos, somos 700,000 trabajadores que votan”; pero ni una voz maldice, ni uno de esos instigadores alemanes de malas costumbres, vestidos grasientos, y melena y barba larga desfila, con sus motes de venganza y guerra, por entre aquella columna cerrada.

¿Qué sucede, que el viva no cesa, y todos los labios lo entonan a un tiempo de ventanas y calles, y la gente se sale de las aceras para ver mejor? Es que en un carro viene la prensa con que comenzó sus negocios de impresor Benjamín Franklin, y un buen viejito que se le parece mucho va imprimiendo en ella al paso de la procesión las páginas cuyas letras está parando al lado otro viejito de ochenta años, parecido a Horacio Greely. ¡Oh! ¡cómo aplaude la gente! ¡Cómo adivinan los pueblos, y premian al fin a los que los aman! En vida suelen matarlos, como a Greely: pero ¿acaso tales vidas se acaban mientras la eficacia de sus obras dura? Va llorando sobre sus letras de plomo el viejito parecido a Horacio Greely.

¿Quiénes vienen ahora, tan galanes y de holgada apariencia, con sombrero alto muchos, todos con ropas buenas? Gente oficinesca no son, que come a anchas mandíbulas lo que paga al erario la gente trabajadora: gentes parásitas no son, que vive de expedientes, y de parecer lo que no es ni tiene: son los enladrilladores de New York, que ostentan al pecho el delantal blanco de su oficio, y en él pintado un brazo vigoroso, que empuña una cuchara de albañil. Ganaron hace poco una batalla justa contra sus empleadores, y ahora a dobles manos los aplaude la gente por ella: antes, y todavía hoy se aplaudía, a los que venían de matar: éstos no vienen de abatir moros, ni egipcios, ni anamitas; sino de conquistar un derecho. Marchan, compactos y serenos. A su paso, parece que se levanta por el aire, trabajado por todas aquellas cucharas que caminan, un colosal palacio. Carro no traen los enladrilladores, sino carruaje, en que viene un anciano de barba muy larga, rodeado de todos sus nietos, y de éstos la más pequeñita lleva un estandarte en que dice: “¡Nada más que nueve horas de trabajo para el abuelo y para Nellie!” Porque aquí los niños trabajan: y ¡oh infamia sin nombre! catorce horas a veces. Así, si no se corrigiese esto, sería de temer el día que se escapasen de sus jaulas las fieras.—Ya va lleno de flores, que le echan las trabajadoras, el coche de Nellie.

Los que marchan detrás son los armadores de casas, los pintores, los barnizadores, los cajeteros, que en un carro van haciendo cajones a mano, y enseñando a la multitud otros hechos a máquina, para que vean que los de mano son mejores.—¿Qué ruido de aplausos es éste? Aplauden una alegoría que va pintada en lienzo en el carro de los armadores. Hemos de verla con cuidado, que está llamando la atención de todos. Un trabajador lleva a cuestras, como carga que lo abrumba, al Monopolio, representado en la caricatura de Jay Gould, gran estraté-

gico de Corporaciones y Bolsas, que en sus manos tiene las bridas de empresas innumerables, y de un lado y otro las guía con goce frío y maligno que,—más que de la posesión de la fortuna que le rinden, le viene de ganar, en previsión y astucia a cuantos le disputan su poder: abre vorágines, levanta montañas, desata océanos; conjura y desencadena vendavales, juega como con una perinola con la Bolsa. Con una voz, hace surgir un ferrocarril: lo hunde con otra: si quiere puede detener en un momento, hasta que le paguen lo que le place, todos los telégrafos de los Estados Unidos. Por su poder extraordinario, por la pasmosa habilidad con que lo mantiene, por los medios tortuosos de que se vale sin escrúpulo, y por la frialdad de su corazón, atento sólo al triunfo o a la defensa propia, Jay Gould es reciamente odiado: pequeñín es, como una peonía: una pera madura le importa más que los dolores todos, y los impulsos y centelleos todos de los hombres. Dudan un día de la solidez de sus riquezas y enseña a los noticieros de periódico, cincuenta millones de pesos en acciones.—Su casa es modesta: su color cetrino; cuando el amor excesivo a la riqueza se apodera del espíritu, produce estos reflejos metálicos. Jay Gould ha de velar de noche, entre sus riquezas insolentes y estériles, como un duende hambriento en una cueva: ¡oh almas infelices, aquellas exclusivamente consagradas al logro, amontonamiento y cuidados del dinero! Han de debatirse en soledad terrible, como si estuvieran encerradas en una sepultura.—Jay Gould es gran monopolizador, y sobre la espalda del trabajador de la alegoría va representado el Monopolio:—él lo representa bien, que ha centralizado en enormes compañías, empresas múltiples, las cuales impiden con su inaudita riqueza y el poder social que con ella se asegura, el nacimiento de cualquiera otra compañía de su género, y gravan con precios caprichosos, resultado de combinaciones y falseamientos inicuos, el costo natural de los títulos y operaciones necesarias al comercio. Donde un sembrador, allá en el Oeste, siembra un campo, el monopolio se lo compra a la fuerza o lo arruina: si vende barata su cosecha el sembrador, el monopolio, que tiene grandes fondos a la mano, da la suya de balde: y si decide el sembrador luchar, al año muere de hambre, mientras que el monopolio puede seguir viviendo sin ganancia muchos años. El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres. Todo aquello en que se puede emprender está en manos de corporaciones invencibles, formadas por la asociación de capitales desocupados a cuyo influjo y resistencia no puede esperar sobreponerse el humilde industrial que empeña la batalla con su energía inútil y unos

cuantos millares de pesos. El monopolio es un gigante negro. El rayo tiene suspendido sobre la cabeza. Los truenos le están zumbando en los oídos. Debajo de los pies le arden volcanes. La tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial tiene un tirano industrial. Este problema, apuntado aquí de pasada, es uno de aquellos graves y sombríos que acaso en paz no puedan decidirse, y ha de ser decidido aquí donde se plantea, antes tal vez de que termine el siglo.

Por la libertad fue la revolución del siglo XVIII; por la prosperidad será la de éste. Jay Gould, va en la caricatura, sobre la espalda del trabajador, y éste, encorvado bajo su peso y ya a punto de querer echar abajo a su jinete,—mira a su alrededor como buscando consejo. Por sobre su cabeza dice un letrado: “No hay más que dos remedios”. Y allí están los remedios a su lado: una mujer de terrible hermosura vestida de rojo, procura atraer la atención del trabajador, que le vuelve la espalda: es la revolución, recurso que sólo ha de tentarse cuando todos los demás han fracasado: del lado opuesto, otra mujer, de belleza serena, enseña la urna del voto al trabajador, que con el Monopolio encima se va hacia ella. ¡Oh! la paciencia es fácil a los poderosos; ¡pero cuánto más meritoria no es en los infortunados! Estos son los héroes de ahora: los que doman sus pasiones.

Y ¿esa otra caricatura que los armadores también traen, y es saludada con voces aprobatorias y grandes risas? Otro lienzo es, y va en otro carro. Desde el seguro de una roca empina un capitalista su magnífica cometa, que lleva escritas las palabras “carne”, “harina”, y otras como ellas, y con su gran cola se remonta a gran vuelo por el aire, sin que pueda alcanzarla como pobre trotón que compite con un caballo de carreras, la cometilla desdichada que desde tierra llana empina un trabajador y lleva escrito con letras flacas y hambrientas, la palabra “salarios”,—y por más que el trabajador tira, los salarios no llegan al precio de la harina y de la carne.

Gran barba y paso pesado traen los alemanes, que marchan tras de los cajeteros. Miles y miles pasan de ellos, y parece que no van a acabar nunca de pasar.

Van apretados, como para defenderse mejor; silenciosos, como para pensar mejor; recogidos, como si fuesen en procesión sacerdotal. Y sacerdotes son, pues que son hombres. ¡Estrellas hay en el cielo, y hombres en la tierra! Ya en este punto de la procesión, la gente se

arremolina y aprieta: ¿quiénes llegan ahora, que todo el mundo sacude por el aire sus sombreros, y ondean sus pañuelos las mujeres, y los niños baten palmas? ¿quiénes llegan, que un anciano rico, más por sus cabellos blancos que por su fortuna, arranca de su balcón dos banderas norteamericanas, y saluda con una en cada mano a los que pasan? Trescientos negros llegan, hermosos como una bendición. Ungido traen el rostro, más por el agradecimiento al Norte que peleó por ellos, que por la libertad de que en él gozan. Conmueve verlos, y van conmovidos. La raza negra es de alma noble. Estos trescientos forman la Asociación "Wendell Phillips", y van detrás de un banderín que dice: "No haya castas". El júbilo de las almas se les desborda por el rostro: quien no ha visto luz de alma, aquí la vea. Parece que cada uno de ellos se lleva a los labios respetuosamente la capa de Lincoln, y la besa. Si se toca a sus ojos, de seguro responden las lágrimas. Si los hurras fuesen palomas, tantos dan a su paso a los trescientos negros, que no se vería el cielo.

Cuatro mil eran los tipógrafos: los enladrilladores mil: dos mil los armadores: los alemanes, sin cuento: estos que tenemos ahora delante son ocho mil cigarreros, pálidos y delgados, comidos del aire impuro de sus cuartejos y talleres: estos oficios demasiado fáciles mantienen siempre a los hombres en enfermedad y pobreza. Muchos de ellos son mujeres: ¡cómo se regocijan de verse al sol, ellas que no lo ven nunca! ¡Van todas muy limpias y muy pizpiretas, con su quitasol nuevo de color, amparándose las espaldas enjutas! Como hormigas parecen, por ser tantas, y por lo menguado de sus cuerpos. Muchos de ellos son niños, niños que trabajan del alba a la puesta, y han empezado a dar fruto, contra la ley de la Naturaleza, antes de abrirse en flor. ¡No es, no por cierto, tan grato a los ojos un hombre que lía cigarrillos como el que labra la tierra, o golpea el hierro! Llevan carro los cigarreros, y van haciendo y echando a la multitud puñados de cigarros. Se arrastran por tierra los chicuelos, para recogerlos: ¡nada debiera hacerse, ni en procesión ni en chanza, que haga que un niño se arrastre por tierra!

Ahora siguen los empaquetadores, que son 100; 100 cuchilleros; 100 talladores de madera. Los unos van sin cuellos y sin puños, con botas que parecen monumentos, y levitas de tela muy recia: otros van muy pulidos y alisados, con sus cuellos y puños lavados por los chinos, que son aquí favorecidos lavaderos: el de vestido más lustroso anda de brazo con el de pelaje más ruin. Muy elegantes van los sastres, y detrás de ellos un carro embanderado, en que unos cortadores van cortando

piezas, y otros hilvanándolas y rematándolas. ¿Qué tienen las artes, que educan y afinan? Mientras más tenga de arte un oficio, más hace caballero al artesano. A los cajistas véase, que de andar con ideas, se miran como consagrados, y se respetan, y resienten más vivamente que otros artesanos toda injuria, como si se hiciera a la idea humana misma, que ellos enforman y manejan. Perfecciónanse los gustos, adelgázanse la fisonomía: andan con cierta nobleza: y es que los pensamientos, como óleo sagrado, ungen, y cuanto tocan purifican. Así el sastrer, de andar con ropas, que son los ornamentos y realces de la hermosura cobra horror por todo lo feo y desarreglado, y se eleva insensiblemente, por ser la nobleza contagiosa, y ser noble todo lo que es bello.

¡Cuán larga, cuán larga va la procesión! Todos la comentan, animan y celebran. ¿De modo que los trabajadores no son ya un rebaño turbulento y sudoroso, sino un ejército de caballeros? Y por el aire ¡cuánto banderín!: de balas no van cruzados, sino de palabras de esperanza. Uno dice: "La injuria a uno, es una injuria a todos". Dice otro: "Por todos los medios honrados obtendremos nuestros derechos". Otro dice: "El trabajo es santo". Se lee en otro: "Sé justo y no temas". En uno y otro banderín andan exageraciones; pero cuando las castas privilegiadas y sus órganos, que aquí hay aquéllas y éstos como en todas partes, les niegan lo que en humanidad les pertenece, y por ley será suyo algún día, ¿cómo no ha de ser que se exasperen los trabajadores, y soliciten de vez en cuando más de lo que es justo? Y esa procesión que va pasando, y cuyos veinte mil hombres, y los centenares de miles a quienes representan, se han resistido a enarbolar bandera política alguna, ni a servir intereses de candidatos, ni a pasar como trailla violenta y amenazadora; esa gente que con tanta calma delibera, que con tanta prudencia determina, que a tantas seducciones y azuzamientos desatiende, que con tanta bravura condena los recursos de fuerza, que tan ordenadamente pasea por las calles henchidas, como una serpiente hecha de leones, ¿qué son, sino prueba viva de que, a pesar de todos los gusanos que le nacen en sus llagas, la Libertad tiene poder vivificante, que lo refresca, sana e ilumina todo? Entregar el hombre a sí será ordenar la tierra. Sus convulsiones vienen de que el hombre no ha sido aún completamente puesto en posesión de sí mismo, sino de manera más nominal que efectiva. Nótese que donde la libertad ilustrada es mayor, ni siquiera las viejas cóleras tradicionales pueden hincar el diente y alzar tempestad, sino que se funden y deshacen, como un cometa en su choque con el Sol. El corcel de la Libertad nació con bridas.

¡Qué bien, qué bien marcha la última columna! Nadie les ha enseñado a marchar; pero el trabajo disciplina. ¡Cómo resuenan los pasos de estos hombres sanos, en el silencio que a veces sucede a los vivas! Parece un redoble lento de tambores invisibles, que llevan a la batalla de la razón, donde se alcanzará una victoria sin sangre.

¿Por qué vienen ahora, cuando en esto pensamos, cuatro mil carniceros? Muy robustos son, y muy entusiastas, y en caballos hermosos van sus jefes. Delantales blancos les cubren el pecho. Visten la camisa azul suelta de su oficio. Llevan el gorriño grasiento con que se cubren la cabeza, para defenderla de las humedades de la carne cuando se la echen a cuestras. Muy bien van, y en un carro llevan un buey, guardado en las esquinas por cuatro mocetones con resplandecientes delantales; y en otro carro, con guarda igual, unas ovejas. Muy bien van, al son de alegre música, y en los carros llevan escrito: "Para vivir matamos". --Pero, en verdad, holgaran mis ojos de no ver estos oficios de carnicería. Jamás veo, acá en las mañanitas, a un trabajador de manos duras que deja a sus hijuelos con el alba, y va camino de su taller, mina o escalera, con la comida del mediodía en su tinilla de lata, sin que las manchas de su vestido me parezcan condecoraciones, y si es joven, me entren deseos de abrazarlo, y si es viejo, de besarle la mano. Y mientras más los veo, los quiero más. Pero a estos carniceros esmaltados y rechonchos, que viven en un aire cargado de carne, y con el aire engordan, y en el rostro y en las manos tienen esa suavidad pastosa y turbia de la sangre caliente; magüer sean estimables personas, me desagradan verlos. Lo que funda y restaña debe amarse, no lo que derriba y da suelta a la sangre, aun cuando parezca ley ineludible ¡que acaso lo sea! esta conversión repugnante de la vida: ¡noble raza eran los indígenas de América, que de comer carne se morían!

¡Hurra, hurra a los últimos que pasan! Ya no van por calles de fábricas, sino por la calle de los palacios, por la Quinta Avenida. Cazando zorras y luciendo trajes están ahora por Newport y Long Branch, los ricos de la Quinta; pero en muchas ventanas se ve gente; astutas caras de mujeres del Norte se asoman a balcones florentinos, a alféizares morunos, a arcadas románticas. Una linda niña, en un balcón de piedra blanca, pasa la mano sobre una esfinge de pórfido. Se ven desde la calle los jaspers y los bronces. Un mirador hay de oro. Vierte sus aguas una fuente en una taza de tecali rosa:—¡pero ni una palabra de apetito o de odio surge de aquellos hombres y mujeres, que habitan a menudo en fétidas covachas! Se ve que marchan contentos de pasear unidos por

entre las moradas de los poderosos: los cobardes y débiles, irán pensando acaso, airados de no poder levantarse otras iguales, en echarlas abajo: los honrados y bravos, en batallar bien y construirlas para sus hijos. ¡Marineros y medidores de telas eran ayer todavía los dueños de esos palacios! Mediodía es: el sol daba de lleno sobre el centro de la calle, como si de las paredes de mármol hubiese querido huir, y brillar todo sobre los trabajadores.

¿Un ebrio? ¡No lo hubo en veinte mil hombres! ¡Lo iban de licor de alma, que embriaga más dulcemente que otro alguno! ¿Un desacato? Hasta muy entrada la noche se estuvieron recreando en paz en un parque vecino, compitiendo unos en una carrera de a milla, corriendo otros con los pies en sacos, otros disputándose el premio de tiro al rifle, y a la flecha, otros corriendo a toda pierna, ligeros como griegos, para ganarse una medalla de oro.

¡Cuánto vestidito blanco, de niñas contentas, porque veían de día a sus padres! Las esposas ¡qué orondas, con sus maridos sobrios y fuertes a su lado! Los hombres, como crecidos. La alegría, contenida y profunda. El odio, mordiéndose los puños arrinconado. "Gran día de Santo es éste: el día de Santo Trabajo", dijo desde una plataforma de madera un senador viejo, mirándolos y llorando.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 26 de octubre de 1884

9

## FILIACIÓN POLÍTICA

*El origen del Partido Republicano de los Estados Unidos*

Ningún partido político tuvo nacimiento más glorioso que el Partido Republicano de los Estados Unidos, porque ninguno se formó con ambiciones más desinteresadas ni con esperanzas más nobles.

La Constitución de este país estaba manchada por un vicio original: había transigido con la esclavitud de una raza. El Partido Republicano se fundó verdaderamente para limpiarla de esa mancha. No se componía sólo de los mejores entre los vivos. Puede decirse que se componía también de los muertos ilustres. Las sombras de Washington, de Jefferson, de Franklin, de Hamilton, presidían sus sesiones, y los grandes antepasados de la libertad norteamericana, tomaban parte en espíritu en la obra de refundición en que el oro puro iba a separarse de la escoria.

Como lo indica un historiador del hermoso movimiento, las semillas de la esclavitud y de la libertad cayeron a un tiempo en el suelo de este continente. En 1620 el "Flor de Mayo" trajo los *peregrinos* a Plymouth, y en 1620 un buque holandés trajo a Virginia veinte esclavos africanos. Jamás se ha visto paralelismo más extraordinario. El germen de la disciplina social que dignifica la obediencia de los ciudadanos, porque priva a la autoridad pública de toda fuerza inicua,—y junto a eso, degradando el trabajo, envileciendo la propiedad, coloca la piratería entre las instituciones fundamentales del país,— la trata de los negros. Así empezaron a vivir los Estados Unidos.

La Declaración de Independencia había dicho estas palabras memorables: "Consideramos como la evidencia misma que todos los hombres son iguales". Pero la Declaración de Independencia fue la expresión genuina del gran espíritu que animaba a los héroes y a los predicadores de la libertad,—el que batalló en Bunker Hill, el que triunfó en Yorktown. La constitución política no fue en cambio sino un pacto; un pacto con el infierno, había de llamarla más tarde Wendell Phillips.

El empeño de establecer la Unión, el empeño, después, de mantenerla, fueron superiores al odio generoso con que en los Estados del

Norte, y del Este se miraba la institución infame. Contra la prudencia de ese patriotismo,—que ponía la Unión por encima de todas las ideas y de todos los sentimientos,—tuvieron que proceder, y combatir, los que al mayor precio, aun con su propia sangre, querían borrar la mancha ominosa. Criminales los llamaban en el Sur y fanáticos en el Norte; allá los llevaban a los tribunales, y de los tribunales al cadalso, los propietarios de esclavos; acá, los negociantes y los estadistas, los tenían por gente turbulenta y peligrosa que era preciso acallar y que estaban dispuestos a ofrecer como víctima propiciatoria a las venganzas del Sur. La Unión, vista así, significaba sólo el engrandecimiento material: los grandes sembrados de algodón, los grandes campos de caña, las grandes vegas de tabaco, los alambiques gigantescos. Para que la Unión no fuera solamente eso,—en una noche fría y nevosa, la del seis de Enero de 1832, doce hombres de buena voluntad se reunieron en una iglesia de Boston y firmaron la constitución del partido antiesclavista; eran tan pobres y tan humildes como aquellos de la Galilea, y el Evangelio que iban a sembrar con su palabra en el frío corazón de sus conciudadanos era el mismo sin duda, que sus abuelos, los *puritanos*, vinieron a leer libremente en este suelo virgen de la América. Para levantarle sobre la cabeza del esclavo en señal de amparo, y sobre el látigo de los negreros como anatema de condenación, hicieron la magnífica campaña, por cuya proclamación entusiasta, Garrison, su jefe, fue arrastrado por las calles y colmado de insultos; pero que había de terminar con los laureles de Gettysburg, con la proclama emancipadora de Lincoln, con la derrota y el hundimiento portentoso del poder titánico que había alimentado la sangre de los negros, con la enmienda decimotercera de la Constitución norteamericana, que Washington hubiera querido firmar, carta de libertad de cinco millones de ilotas y carta de rehabilitación y de limpieza de treinta millones de ciudadanos.

Sería interesante de seguro hacer la historia de esa propaganda, si la naturaleza de este trabajo periodístico lo permitiera. Sería obra de piedad y de justicia dejar flores en la piedra tumular, yacente en la vía sacra de los grandes recuerdos humanos, que guarda los despojos de los mártires y los héroes,—y repetir los acentos sublimes de los tribunos y los poetas que dieron expresión conmovedora al sollozo de los desgraciados y a la indignación de los buenos, y que en las estrofas pindáricas de Whittier, en el canto majestuoso de Bryant, en la novela inolvidable, que iluminó el interior de la esclavitud, en las columnas de aquellos periódicos en que escribía la pluma de un Greely, al pie

de aquellos púlpitos en que resonaba la voz de un Beecher o de un Channing,—en aquellas sesiones legislativas en que un Adam o un Summer arrojaban sobre los debates mercantiles de Congresos oscuros los esplendores sidéreos de su gran palabra y el reflejo de su conciencia; —en toda esa obra, en fin, de fantasía poderosa y de emoción purísima, brillan con la hermosura clásica, que nunca faltó a la revelación sincera y entusiasta de los ideales humanos.

La batalla tuvo que darse en todas partes: en el *meeting*, en la prensa, en el libro, en el templo como en el Capitolio, en el tumulto de las calles lo mismo que en las conversaciones del hogar. Dos espíritus enemigos, dos corrientes de encontradas ideas agitaban este inmenso país, y sacudían con violencia sus instituciones pugnando por dominarlas para siempre. Las primeras palabras contra la Unión fueron arrancadas por el dolor y la vergüenza al bando generoso. El *rey algodón*, que así se llamaba sarcásticamente a la esclavitud, parecía entonces demasiado fuerte para soñar en destronarlo manteniendo el lazo. “Puesto que la Unión es la infamia, ¡*delenda Cartago!*—clamaba Wendell Phillips:—doy gracias al cielo de que hace mucho tiempo que no me considero ciudadano de los Estados Unidos”. Los más apasionados renunciaron, en efecto, a mezclarse en la vida política de la República. No podemos hacerlo, decían, sin jurar que defenderemos la Constitución, y ese juramento es sacrilego.—No queremos Unión con los negreros. Esta democracia no es un dechado sino un escándalo del mundo. Para purificarnos de la ignorancia que arroja sobre nosotros y sobre nuestros hijos, es preciso que rompamos toda alianza con el crimen; al *suelo la autoridad nacional que lo protege y la Iglesia nacional que lo bendice*.

Cuando la propaganda creció, nada más frecuente que el choque eléctrico de las opiniones, lo mismo en la vida pública que en la privada. En los salones del hotel como en los escaños del Congreso era de oírse el clamor de las opuestas pasiones y el lenguaje acerbo, inflamado e hiriente con que se interpelaban los adversarios. La esclavitud tuvo sus sacerdotes, así como más tarde había de tener sus mártires; tuvo sus salmos, sus oraciones y sus interpretadores de la Biblia. Al principio, los mismos hombres del Sur la llamaron un “mal necesario”: arrastrados, después, por el vértigo de la polémica, levantóse a dogma la justificación de la trata. El ataque a la esclavitud fue para el sudista la amenaza contra su propiedad, el desconocimiento de su derecho, el

propósito de una tiranía federal, y por último, un ultraje,—¡asombra decirlo!—un ultraje a su creencia religiosa. El hombre del Sur creía en la esclavitud como creía en Dios.

Tras organizaciones diferentes y fragmentarias, que fueron como sus ensayos, formóse, al fin, el Partido Republicano. Hombres de calma, de espíritu sereno, de tacto político, de buen sentido que rayaba en las alturas del genio, vinieron, siguiendo la columna de fuego de los tempestuosos precursores, a encarnar en la realidad y a implantar en el suelo el pensamiento de los soñadores y de los profetas. Así se necesita para que la justicia y la belleza triunfen en el mundo. Tributo imperecedero y memoria gratísima para los que en la sociedad o en el Arte rompen los moldes en que las ideas pueden vivir al poner en ellas las febriles manos agitadas por la inspiración y el entusiasmo; pero bendigamos la ley de la Naturaleza que ha hecho nacer junto a ellos, —más bajo que ellos, acaso, los hombres capaces de encerrar en cauce, aunque no sea con toda la magnitud de sus aguas, el torrente fragoroso para que beban en él las muchedumbres. Garrison y Wendell Phillips habían querido desatar la Union: Abraham Lincoln vino a consolidarla.

El Partido Republicano no desplegó la bandera de la abolición. Había tocado a otros la tarea eminente y nobilísima de presentar ante la conciencia del pueblo la idea redentora; los apóstoles y los poetas la habían pregonado: “no nos contentemos por más tiempo, decía Whittier, en magníficos versos, no nos resignemos a decir en voz baja, y como en murmullos cobardes, la verdad; hablemos con lengua resonante, como la del clarín”. Imprudencia necesaria y sublime. Pero los hombres que iban a luchar en las urnas, que preferían la victoria lenta a la derrota heroica, que tenían la vocación y las facultades del combate político, hubieron de elegir otro terreno y otras armas para el duelo definitivo. En el estado de la opinión pública, dados los recursos y la situación respectiva de los bandos que dividían el país, la abolición como programa político, era absurda empresa. Limitóse el Partido Republicano a rechazar los compromisos recientes que el Norte, intimado por la energía del Sur, había contraído con él. Estos compromisos hacían inmenso el abismo abierto por la Constitución. No parece sino que la tierra libre iba retrocediendo ante la irresistible invasión de la esclavitud. Cada nuevo Congreso, por la energía del Sur y los miedos mercantiles del Norte, abría nuevos bazares al tráfico inicuo, y manchaba un nuevo pedazo del territorio con la sombra venenosa de la servidumbre.

Los compromisos permitían lo que siempre se había negado por el Norte: la extensión de la gangrena. Dentro de poco, a no estorbarlo el Partido Republicano, ya no podrían repetirse las palabras de Daniel Webster hablando del Ohio: “la ordenanza de 1787 imprimió en el suelo mismo, cuando estaba todavía cubierto por la selva, la imposibilidad de que lo pisaran esclavos”.

En 1860, Abraham Lincoln, el más reposado y sereno enemigo de la esclavitud, un hombre de los que se llaman providenciales, porque responden a todas las exigencias del ministerio que les toca, subió al poder por dos millones de votos, y llevó consigo a la famosa Casa Blanca, la bandera del Partido Republicano. Innecesario es recordar la ira del Sur; el rompimiento del pacto, la miserable conducta de Buchanan, el júbilo de Europa por la mutilación del coloso, las vicisitudes numerosas y extraordinarias de la guerra. El 1º de Enero de 1863, usando de una facultad que la más autorizada interpretación del Derecho Constitucional le reconocía, el Presidente de los Estados Unidos, en castigo de rebeldes y por la dictadura suprema de la guerra, proclamó libres los esclavos del Sur. La pintura, la poesía, la elocuencia nos han conservado la imagen de ese Consejo de Gabinete en que Lincoln de pie lee a sus ministros la proclama, escrita por él mismo en ese estilo que la Historia no tiene que alterar, en que las ideas se graban de una vez. “Conozco vuestras impacencias, añadió, hubiera querido que esto se hiciera antes; pero yo esperaba el momento oportuno”; y después, en voz tan baja que apenas podía ser oída,—“cuando Lee fue arrojado de Maryland, prometí a mi Dios, la emancipación de los siervos”. Sabido es que los abolicionistas no consideraron concluida su obra: célebres son las leyes y las instituciones de piedad y de enseñanza con que procuraron levantar al más alto nivel posible a la raza abatida. Algunos años después de la guerra, un testigo ocular refiere que una negra anciana estaba arrodillada en la calle, junto a una escuela republicana del Sur; preguntáronle qué hacía allí: “es muy tarde para que yo entre” —contestó—, “pero estoy orando por los que han fundado esta casa en que mis nietos pueden aprender”.

En la primera época de su existencia, el Partido Republicano, pues, sabio en el consejo, titánico en la guerra, fuerte y grande en la palabra y en la acción, llevó a cabo una de las jornadas heroicas de la humanidad, hizo un cielo en la historia. En la bandera de la patria sostenida virilmente por él, ya no había nubes sobre las incomparables es-

trellas, y mientras que bajo sus anchos pliegues la única raza desterrada de la civilización surgía a la vida del derecho, podía ya escribirse, como en granito perdurable, en la primera página de la Ley Constitucional, el lema hermoso de un elocuente tribuno norteamericano: "Unión y libertad, unas e inseparables, ahora y para siempre".

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 6 de noviembre de 1884

10

ZIG-ZAGS NEOYORQUINOS

Noviembre 1 de 1884

“Zig-zags”—la aplicación de la palabra no es nuestra: púsola en uso—hasta donde nosotros sabemos—un distinguido escritor cubano, don Rafael M. Merchán, actualmente residente en la capital de Colombia. Es allí editor de un periódico, y bajo el nombre de “Zig-zags” que dejamos apuntado, publica las más interesantes revistas que es imposible imaginar de cuanto sucede—y hasta de cuanto no sucede—en Bogotá. En “Zig-zags” y con la inconstancia de la abeja o de la mariposa, su espíritu aborda ora un asunto, luego otro, como ellas los colores hermosos y la miel, toca él el punto palpitante, y pasa y sigue en su camino. Ese es el origen de la palabra; sigamos adelante.

Ya llegó el otoño; según Pérez Bonalde “la estación melancólica en que las hojas y las aves se van”; son de ello las señales inequívocas. Pasó ese verano que tan benigno estuvo al principio, pero que recordando de pronto, y al irse ya, quién era, nos dio una tan calurosa y cordial despedida, que poco faltó para que nos derritiese. Ya la atmósfera está respirable y el termómetro ha bajado de las alturas plutónicas—por no decir infernales—a cifras de calor más en relación con nuestra comodidad. De vez en cuando se siente en el aire algo como el ala húmeda de un ave que lo refresca, son las primeras brisas heraldos del invierno, que ya se puso en marcha para hacernos su visita anual. Se han acortado los días, avaro de su luz el sol, cada vez viene más tarde y se retira más temprano. Prados y bosques, yerba y follaje, comienzan a perder la fresca esmeralda de sus colores.

La cimera de los árboles cada día amanece de distinto aspecto; tal parece que las hojas, al comenzar a perder la savia y viendo su fin cercano, hubiesen querido ataviarse con la luz que bebieron durante los cálidos meses estivales, y por eso cada una se apropia un color y el árbol

parece, agitado por la brisa, un prisma palpitante, un iris murmurador y lleno de susurros. Y las ramas comienzan a desnudarse; cada día es mayor el número de hojas que por tierra arroja el viento. No, no hay duda, ya llegó el otoño, estación que los americanos llaman *Fall*, o sea, *caída* de las hojas.

Eso en el campo. La ciudad se prepara a la actividad mientras la naturaleza se apresta para el reposo. Desiertos han quedado los inmensos hoteles en lo alto de los montes o a la orilla del mar; ya el murmullo de las ondas no se confundirá con el ruido de frases amorosas, repetidas en los nocturnos paseos al manso rayo de la luna, y en la arena no se ven las huellas de menudos piecitos de niños, ni barre la marea los castillos y fábricas de una tarde, que en la playa levantaron manos infantiles. En el establo está guardado el pesado carretón que por las veredas de la montaña arrastraron cuatro caballos jadeantes, y del cual un grupo humano lanzaba al aire sus cantos y sus risas en las alegres excursiones veraniegas... Todo eso pasó, y como leños a la vorágine del remolino han vuelto esos seres a la ciudad, a la faena, a las calles enlodadas, al brillo de las luces eléctricas. ¡Felices los que como las hojas caídas de los árboles, hayan conservado un rayo siquiera de la luz de los meses cálidos, claros, de azulado cielo que ya pasaron!

Y vese en las calles animación y vida, y por las noches se colman de gentes de rostros quemados por el sol, los restaurantes, los hoteles, los teatros. Ya se habla de los bailes que habrá en la estación cercana, de los artistas que visitarán la ciudad. El frac y la corbata blanca recuperan sus derechos, y en vez de partidas de pesca, de excursiones acuáticas, se habla de la venida de Irving, el gran trágico inglés,—de las funciones de la Theo, flor del invernadero parisiense,—de la Opera Alemana que nos dará a Wagner,—y de la Patti, que por un torrente de oro cambiará el de límpida armonía que brota de su garganta. Y por sobre todo esto, se oye el ruido de la agitación política; a la vuelta de cada esquina se halla la oficina de un comité; ora demócrata, ora republicano, y los pobres candidatos, retratados al por mayor y en inmensas telas, pueden ver su efigie colgada en todas las calles, como bandera de alianza para sus partidarios.

Procesiones, *meetings*, antorchas, disfraces de pacíficos ciudadanos, que se lanzan por esas calles de Dios, y se reúnen en torno de tribunas

improvisadas, y aplauden arengas que no oyen y gritan como locos, y a la mañana siguiente tornan a su labor diaria con un sentimiento análogo al del soldado que vuelve de la refriega. Sienten que el laurel vendría bien sobre sus sienes, y en el fondo de su alma deploran el que esa vulgar necesidad de procurarse “el pan nuestro de cada día” les impida llenar su misión de héroes, para la cual se sintieron nacidos cuando marchaban en desigual formación por las calles de la ciudad, atronando los aires con sus vítores y marcando el paso—con absoluta independencia de sus camaradas—al son de la música, si destemplada cuasi marcial, de la banda alemana que mediante unos cuantos *greenbacks* se dejó seducir hasta el punto de abandonar su puesto de siempre en la cervecería de costumbre, por los azares y peligros de una procepción eleccionaria. Y no pueden seguir su vocación, y en vez de ser héroes es preciso tornar al taller. ¡Cómo está de injusticias lleno el mundo!

Justo no sería sin embargo el mirar, solamente bajo ese aspecto, esas manifestaciones populares; si ellas tienen muchas arandelas y aditamentos que las hacen aparecer pueriles o ridículas en parte, no por eso dejan de ser eco de la opinión pública y palpitations del sentimiento que anima a grandes masas de la sociedad. Pasando por alto los arreos marciales improvisados, el aire de ferocidad que toman algunos de los individuos en la marcha y otras muchas nimiedades que sería largo detallar, siempre hay algo de majestuoso, de imponente, y de consolador para el espíritu republicano en esas manifestaciones populares. Y como adelantada en la vía del progreso puede considerarse la nación, en donde para la solución de sus cuestiones eleccionarias, sólo se emplean de la guerra los pifanos, atambores, banderas y pompa militar, sin que, como tan desgraciadamente aún sucede hoy en algunas de nuestras repúblicas, cada nueva elección implique el derramamiento de sangre, fecundo sólo en miserias y desgracias.

Los teatros han abierto sus puertas, y actores y directores empiezan su labor, su tarea, en la cual sólo tendrán descanso cuando vuelva el calor. Delante de sí se les presentan largos meses de trabajo: es necesario divertir a sus conciudadanos. Y afortunadamente el público neoyorquino en materia de teatro es bonachón, primitivo en sus gustos y

fácil de entretener. Unas escenas violentas al principio, un criminal atroz, un ser de virtud inmaculada; fortuna, dicha, prosperidad y buen éxito para el primero hasta la penúltima escena del último acto, y amargura, desgracia y desengaños para el segundo, hasta dicha penúltima escena, ahí de cualquier manera no importa cómo, aun violando toda apariencia de verosimilitud, en el momento crítico en que ya sucumbe la virtud, se cambia la corriente, la inocencia triunfa, el crimen es castigado, uno, dos o más matrimonios, según los que se puedan hacer con el número de personas que haya en las tablas, y cae el telón en medio de aplausos generales, y los buenos *bourgeois* neoyorquinos se retiran satisfechos a su hogar.

Poco importa cómo se llegue al fin, pues el público traga entero lo que se dice y el encanto se aumenta si hay hombres vestidos con camisas rojas y botas altas, que constantemente tienen en la mano un inmenso cuchillo, que por dácame esas pajas despachan a un prójimo para la eternidad, prójimo que el autor se reserva el derecho—*tous droits réservés*, dicen los libros franceses, y éste acaso sea uno de ellos—de volver a la vida, como hizo Cristo con Lázaro, sin que al público se le ocurra hacer la más leve objeción, ni poner en duda el poder milagroso del dramaturgo para resucitar muertos, cuando así le convenga para el citado triunfo de la virtud. Probablemente es tanta su alegría de verlo a ver, que pasan por alto una cosa tan insignificante como una resurrección.

Y a pesar de lo uniforme de esas tramas, a veces hay en el desarrollo de ellas situaciones dramáticas interesantes y momentos que fascinan y hacen olvidar la imposibilidad de lo que se representa, por lo ilógico que sería según lo que vemos en la vida real.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 18 de diciembre de 1884

## 11

### CARTAS DE MARTÍ

*Un día de elecciones en Nueva York.—La noche anterior.—Cuarteles generales de los partidos, y lo que se hace en ellos.—Las apuestas.—Preparativos legales.—3,000 casillas de pino blanco.—Una casilla, y sus alrededores.—Los papeleteros, los “trabajadores” y los cuidadores.—La conquista de los electores.—De a dos y de a cinco pesos.—El día en las casillas.—Un votante preso.—Caterina italiana.—Italianos e irlandeses: batalla campal y caso cómico.—Una elección de municipe en un barrio bajo.—“Pericón” y “Francisco”.—La escena en barrios cultos.—Tráfico en votos.—Influjo decisivo de los hombres de negocios.—Curiosidades electorales.—Las cuatro de la tarde, peleas y fogatas.—La ciudad por la noche.—Las calles, las cantinas, los alemanes, las dos razas irlandesas, los hoteles.—La cantina de Hoffman: sus bronces, mármoles y cuadros.—Lectura pública de las primeras noticias.—En las plazas y avenidas.—Vagabundos y señores.—Una conversación en un carro.—La plaza de los periódicos.—La muchedumbre aguarda en la lluvia los boletines.—Pilluelos, pasantes, luces.—El “Sun”, el “World”, el “Herald” y el “Tribune”.—Hurras, silbos, refranes, coros.—La maravilla del sufragio*

Nueva York, 6 de noviembre de 1884

Señor Director de *La Nación*:

Vamos a pasear por Nueva York hoy que es día de elecciones: a ver quienes votan, y cómo y en dónde, y qué se hace después de votar; a oír lo que se trama, vocifera y cuchichea; a pintar en su día de soberanía a este pueblo pujante y complejo; a palparle, ahora que las tiene conmovidas, las gigantescas entrañas. Los niños se preocupan grandemente, no bien empiezan a pensar, de la manera con que se encenderá el sol, y de quien lo encenderá, y de cómo se podría llegar a él: urden en su mente ingenua y novicia colosales escalas: seguir la luz es el primer movimiento perceptible del recién nacido: conocerla, el mayor deseo del niño, y el anhelo del hombre hundirse en ella. Curiosidad igual atrae a los pensadores hacia los misterios de formación y desenvolvimiento de este pueblo, sorprendente muestra ¡ay! de todo lo que puede llegar a ser una nación preocupada de sí, y desentendida, en su propio goce y contemplación, de las maravillas y dolores del resto del universo humano.

En cuatro de noviembre se vota en los Estados Unidos para electores a la Presidencia, y para otros oficios del Estado y de la ciudad, que suelen caer al mismo tiempo; pero el día de la votación, luego que ya están apagadas las antorchas de las procesiones, y los uniformes, cascos y banderines embaulados, y toda la parafernalia del entusiasmo puesta, en espera de nueva ocasión, en resguardo del orín y la polilla; el día de la votación, digo, comienza con la noche que le precede. Cada partido tiene, por supuesto, su cuartel general y cuartelillos menores en diversos puntos, donde se congregan los agentes del partido, y se distribuyen documentos, y se ajustan tramas, y se dispone el plan de la batalla. Estos cuarteles son salones públicos, que los partidos mantienen en constante uso, y de los que suelen ser propietarios, o casas particu-

lares, que para estos meses de lidia y faena alquilan en lugares vistosos y céntricos: y en estas casas todo es abejeo, comezón, portuguesadas, alardes de triunfo, entrar y salir en las partes bajas, donde se junta la gente menor, y sigilo y recadeo misterio, y porteros impenetrables, y pasillos discretos, y dobles puertas en las partes más altas y escondidas, donde los patriarcas celebran sus acuerdos, reciben a las personas de cuenta, conversan en apartados rincones con los gamonales que tienen en su puño a los condados ó distritos, ofrecen puestos o dineros a los oradores alquilones de cuyo influjo o palabra necesitan, y con una mano en el manipulador del telégrafo, y la bocina del teléfono en la otra, oyen y mandan, y conciertan todo lo que en pro de sus candidatos ha de hacerse, de un cabo a otro de la Unión. Lujo no se espere en estas casas, donde en estos meses se hilan y reparten los dineros por millones: en los pavimentos no hay alfombra: las luces de gas, están a medio quemador: las sillas son de madera o de rejilla pobre, y todas diferentes: alrededor de una gran mesa, gordos como Falstaff y ansiosos como Macbeth, están los senadores y personas de médula que encabezan la campaña, sin que sea raro hallar a estos caballeros con el chaleco abierto y en mangas de camisa. Sus malicias son burdas. De ingeniosos, no pecan. Sus recursos son aparatosos y vulgares. Lo que más cuesta, y lo más numeroso y tamañado, es lo que les parece más eficaz. Proponen brutalmente. Y cuando la dan de astutos, son serpientes que parecen toros. De estas casas se sale como de un mal paso. En los salones bajos, sobre una mesa central, están en haces los diarios del partido; tapizan las paredes, en parejas, retratos de los candidatos para la Presidencia y Vicepresidencia; adornan los rincones, sobre maniqués, modelos de las capas de hule, corazas de papel y cascos de latón, que paradean por las calles los procesionarios. En la noche que precede a las elecciones, no hay aire allí, sino masas humanas: las grandes bebederías de la ciudad, con sus mostradores de caoba, sus estatuas de mujeres desnudas, sus tapices y curiosidades ricas, sus cuadros tentadores y libidinosos, están repletas, a punto de no dejar paso, de gente rica y vociferante que bebe, desafía, gesticula y apuesta. Los cheques en blanco se llenan sobre las espaldas del vecino o en el hueco de la mano; con un rasgo de lápiz quedan apostados al triunfo de un candidato, como al de un caballo en las carreras, diez, veinte, cincuenta mil pesos: un californiano ha apostado al triunfo de Cleveland, toda su hacienda. En su oficina el Fiscal del Estado, a demanda de los inspectores de elección que han descubierto informalidades y abusos en las listas de registro, firma por centenares los man-

damientos de prisión con que en el acto de votar se ha de detener al día siguiente a los que han procurado violar las leyes y ordenanzas electorales, y votar sin derecho, o votar dos veces, o hacer en algún modo engaño o fraude: y si cesa el Fiscal por un instante de firmar órdenes de arresto, no cesa de recibir juramento a los vigilantes especiales que para este día cuatro de noviembre emplea el Estado, a que cuiden en las casillas de votación de que las leyes sean cumplidas, y arresten a los que las desconozcan o las tuerzan: sólo que como es republicano el que nombra, y con nombrar hace favor y obliga, republicanos son los vigilantes especiales, que más que para vigilar, para mover o forzar a los electores a que voten por el partido republicano, son empleados: por lo cual, los demócratas vivaces eligen a una persona de buenos ojos, para que en cada casilla vigile a estos malos vigiladores. Cuando ya está al abrir la mañanita, júntanse en la Fiscalía, para estar prontos a resolver consultas y aclarar dudas, los abogados fiscales auxiliares, a cuyo consejo acuden a bandadas durante el día los electores en apuros; éste porque le disputan el voto, aquél porque un bribón votó en su nombre por el partido contrario al suyo y no lo dejan votar ahora, estotro porque puso en la lista de registro equivocado el número de su casa y lo acusan de fullero, esotro porque van a dar las cuatro, que es la hora en que se cierran las casillas, y él es demócrata, y como los vigilantes son republicanos le han movido un pretexto para impedirle que acuda en tiempo, y él viene desalado a que ordene el Fiscal que reciban su voto:—tales son los empleos de los abogados auxiliares. Votante hay que, en alas de su abogado, se anda una milla en un minuto.

El día cuatro empieza, tranquilo y lluvioso.—Como por magia, se han levantado en las aceras de la ciudad más de 3,000 casillas de pino blanco, cubiertas de carteles. Cinco hay frente a cada lugar de votación: cinco pesos cuesta cada casilla al partido que la erige: “Aquí se juntan los amigos de los republicanos”,—dice en el tope de una un cartel grande;—“Aquí Butler”:—y a este llamamiento lamentoso nadie acude;—“Aquí Tammany Hall”, que es la casilla de la organización electoral más terrible y numerosa de los demócratas: y sus casillas sí que están animadas.

Desde las seis de la mañana, en que empieza el voto, merodean, fuman, mascan, ponen rostros horrendos y blasfeman los rufianes que, a modo de intimidadores, diputan por los barrios ambos partidos: frente a cada casilla o saliendo al paso a cada elector que llega, está con su bolsón de lienzo al costado, lleno de mazos de papeletas de votar, el papeletero

de cada partido; y a su alrededor, con miradas ávidas, y tacto seguro, buitrean los "trabajadores" de los dos bandos contendientes, que así se llama en la parla política a las personas de blando hablar y buen vestir que, por los méritos de cinco pesos que les dan por esta labor, se obligan a procurar convencer a los electores de que es de ley y conciencia votar por el bando que paga a estos blandilocoos.

Por entre todos ellos, llenos de ojos los vestidos; porque parece que ven por los codos y por las espaldas, culebrean los cuidadores que cada bando u organización importante emplea, a fin de que no dejen que haya engaño en las papeletas, y den con apariencias de republicano un mazo demócrata o al revés, y de que no procuren cohechar a los votantes: lo cual no quita que llamen mucho la atención, y tomen del brazo lindamente a este o aquel que llega con apariencia ruin, unos caballeros lustrosos y bien puestos, con muy buenas ropas y sombrero de pelo, que en desdeñoso ángulo obtuso llevan en la esquina de la boca un robusto tabaco, y, a modo de invitación, y en ángulo que no puede llamarse recto, ostentan en el bolsillo exterior del chaqué un mazo de billetes de banco, —que a las cuatro de la tarde— ¡vivan los pantalones nuevos y la botella de aguardiente de maíz!—están ya en otros bolsillos. Mugriento, vestido de pingajos, tocado de un sombrero lleno de hoyos, los pies en unas botas que van diciendo lástima, descuélgase por la esquina un negrón de cara picaresca, o un vagabundo infeliz, de nariz roja y barba hirsuta, que hiede y tiritita: a éste se llega enseguida, con el cuidador del partido rival en las espaldas, el señor del tabaco y los billetes:—¡y cuánto que lo quiere! ¡y qué bien que lo regala en la cantina de las cercanías! ¡y cómo halla manera, sin que el cuidador le vea, de ponerle en las manos, con el mazo de papeletas de su partido, un billete de dos o de cinco pesos, según sea de marrajo o necesitado el vagabundo!— Cuando es una persona de buen ver la que se acerca a las casillas, o un artesano orondo de su ciudadanía que se ha echado encima, para venir a votar, sus vestidos mejores, los papeleteros se le adelantan, y los "trabajadores" le rodean; pero va derechamente a la casilla de su partido, y allí pide al del bolsón el mazo de papeletas, y las mira una a una para que no le engañen como suelen, y va en paz y majestad a echarlas en las urnas. No sé qué tienen los que así caminan: pero consuela verlos, y parecen reyes.

Y todo el día es este rapacear, este ojear, este seducir, este acusarse unos a otros de corruptores y ladrones, este poner miedo en los que no parecen muy seguros, este disputar el voto a los que con el menor error

o deslíz han puesto en riesgo su derecho, este llevar presos a la presencia del Fiscal del Estado, o sus representantes, a cuantos por haberse registrado malamente o sin derecho, dieron a que los vigilantes se proveyesen de antemano de mandamiento de prisión contra ellos. Vienen del brazo, como desafiando y venciendo, unos diez caballeros demócratas; pero tanto inquiere de uno el "trabajador" republicano, que el caballero vacila en dar su voto; y el "trabajador" lo sigue poniendo en alarma, que no llega a ser tanta que no vote el demócrata; más no sin que se le haya antes exigido la formalidad desusada del juramento, con que acredita su fe honrada en su derecho de votar, y se exponen a pena fuerte en caso de perjurio,—para ventilar lo cual un vigilante se lleva preso a la Fiscalía al caballero demócrata, seguido de gran muchedumbre, que injuria al aprehensor y lo conmina a que dé libertad a su cautivo; y como resulta que su voto es de ley, sale libre, entre los aplausos de la gente.—Otro grupo es de italianos excelentes, que vienen en rebaño tras del capataz que ha mercadeado sus votos; pero como la paga fue hecha afuera, de probarla no hay modo, aunque el alboroto que esto mueve es grande, y los sencillos italianos con su buen peso en la bolsa, y no poco temor, echan en las urnas el mazo que les dieron: mas se descubre a tiempo que uno de ellos dijo que vivía en tal casa, donde no vive, y aunque suplica y llora, los irlandeses se ríen de él a gran mandíbula, y el vigilante se lo lleva en prenda. Irlandeses e italianos no se quieren bien: ni alemanes e irlandeses.

Los de Irlanda no gustan de ir al campo, donde la riqueza es más fácil y pura, y el carácter se fortifica y ennoblece; sino de quedarse en la ciudad, en cuartos infectos, o en chozas de madera vieja encaramadas en la cumbre de las rocas, empleados en servicios ruines, o aspirando, cuando tienen más meollo, a que el pariente avecindado les saque un puesto de policía, si son mozos esbeltos, o de conserje o cosa tal.

Y los de Italia tampoco se van al campo, ya por ser gente apegada a lo suyo, que gusta de vivir entre las comadres vestidas de colores y los que hablan, riñen y matan a su guisa, ya por no ser personas de grandes deseos, ni aspirar a más que allegar unas centenas de pesos, que estiman como monumentos de oro, y ganan haciendo oficio de barrenderos, musicantes, vendedores de fruta, y mercaderes de vejezes, y restos, con cuyo producto se vuelven luego alegremente a su lugar nativo. De manera que como la Irlanda es mucho y la Italia no es menor, los celos han subido tanto que no hay día sin corrida, paliza o pedrea entre italianos

e irlandeses. En este día de elecciones, y en la mismísima plaza del Ayuntamiento, a propósito de la elección de cierto municípe, acusado de haberse puesto en muchos votos de italianos, andaban ya a puños y puñales los hombres de ojos ardientes y los de nariz remangada: trescientos eran de un lado, y más de trescientos de otro, y la ira mucha; pero el municípe acusado, persona de gran pro entre la gente baja, salió a las gradas de la casa municipal, y abriendo, entre altas voces, las recias manos: "No se maten por mí, dijo, italianos e irlandeses, porque en mí llevo las dos sangres: mi padre era irlandés, y mi madre italiana"; con lo que, mirándose de reojo, envainaron los contendientes las espadas.

Y esto sí que es de ver; y allá vamos, ya que hoy se hacen, además de la elección de Presidente, las de algunos municípes en los barrios donde no se ven casas de fachada de piedra artificial, bordando calles limpias de espaciosas aceras, sino ventorros de muy mal ver, casucones de mugrosa madera, o de ladrillo despintado y roído, que a ambos lados de estrechas callejas, parecen dientes cariados y rotos en encías en ruina. Allí el aire es fétido y espeso; las casas, colmenares; el mayor rufián, el rey; cada mujer, un ala rota; y cada puerta, una bebedería. Son aquellos romanos que pedían pan y circo; lampiños como ellos; como ellos, miserables y feroces. Cada mañana, recogen de bajo algún mostrador un hombre muerto a puñaladas o a balazos. De noche, se acurrucan en un recodo oscuro de la calle, o se reúnen en solares solitarios, alrededor de un jarro roto, a pedir a los que pasan, siete centavos con que comprar cerveza para el jarro, o un centavo, porque tienen seis y les falta uno: y si el que pasa no lo tiene, o no se los da, muere, y cuanto lleva sobre sí, de sombrero a calcetines, va a cubrir el cuerpo de los rufianes, sin que la policía se aventure a deshacer estas temibles cuadrillas, porque como todo el barrio es de su jaez, todo él los protege y recata; y si llega a poner mano en algunos de ellos, ya está el cervecero o el político de esquina, de cuyos votos necesita el juez para ser reelecto, cosido al juez hasta que deja libres a los presos, con cuyo voto comercian los políticos, por lo que es de costumbre que se obliguen a servir en estos casos apurados a los que a su vez en las elecciones les sirven:—y los acatan los jueces,—que éste es uno de los males de que los jueces sean electos por votaciones populares. ¡Tales son las cohortes de electores que hacen municípe a "Pericón" el cervecero, o a "Francisco" el vendedor de carne! Mientras más cerveza, más votos. La bebedería de Pericón da hoy cerveza a barrica por hombre. El, sudoroso,

sentado en un barril, aviva a su gente. Este de un trago vacía media botella: otro, en un rincón, se ceba en su vecino, y lo abate a puñadas; uno canta, todos juran: por tierra andan ya algunos, y los demás sobre ellos: en copas no beben, sino en tinas de lata: y se cobran así los que han votado, y los que van a votar luego. Francisco, el de la madre italiana, anda en un coche por la calle, seguido de centenares de chicuelos: a cada puesto de votar adonde llega, echa al aire puñados de centavos, y reales sobre que se lanzan los chiquillos, en tanto que él da abiertamente a sus "trabajadores" billetes de a peso con que compran votos, que él a peso paga. Allí sí, no hay cuidadores, más que los de Pericón; ni policías, o no se ven al menos. Del corredor de una casa vecina se oyen gritos, golpes, juros: es que a la misma casa fueron en busca de un votante que les falta, los "trabajadores" de Pericón y los de Francisco, y al verse faz a faz en la escalera, dan poderes a los puños, que son tales que suelen romper cráneos, y ruedan sin sentido, o abrazados y mordiéndose, hasta la acera. Francisco es electo municípe. Lago, con manchas rojas, es la bebedería de Pericón.

Muy otra es la escena en los barrios más cultos. Los lugares de beber, por de contado están llenos, aunque manda la ley que los cercanos a los puestos de votar estén cerrados. Los que viven del tráfico de votos, y de tenerlos preparados para estos días, que son muchos, en esquinas, cervecerías y corredores, emplean sus artes y se ganan gente; pero por casi toda la ciudad ¡qué orden, limpieza, y respeto!—Acá acogotan a un negro, porque tomó cinco pesos de un seductor; pero tan graciosamente cuenta que él ya era amigo de este tal, quien le indicó que cinco pesos no dañarían su amistad, y le suplicó a poco que sacrificase por él sus firmes convicciones políticas, que el concurso ríe en coro, y al acogotado dejan suelto. En uno u otro lugar, ya a la caída de la tarde, con lo cerrado de la elección y la excitación del día, suele suceder que cambien puños, a pesar de su caballeresca apariencia, los "trabajadores" de los partidos rivales, o un papeletero alevoso y el elector malhumorado que ha recibido de él un mazo de papeletas fraudulentas;—porque hay cuerpos políticos de la ciudad que tienen en más la elección de determinado candidato a un puesto local que el triunfo del candidato de su partido a la Presidencia, y arreglan mazos de papeletas con la del Presidente rival a la cabeza y desligada entre las demás la del candidato propio cuya victoria les importa; lo que da lugar a comercio abierto entre los gamonales republicanos y los demócratas, y a que muchos

de estos, interesados en hacer corregidor de Nueva York a una especial persona, hayan tratado en esta elección que sus secuaces voten por el candidato republicano a la Presidencia, con tal que los secuaces del gamonal republicano voten por el candidato demócrata a la Corregiduría. Por estos tratos fue vencido Hancock, demócrata, en la elección presidencial que llevó al gobierno a Garfield en 1880; y por estos tratos ha estado a punto de ser vencido Cleveland. Sólo que los hombres de negocios, sinceramente interesados en el triunfo de este hombre honrado y sencillito, dispusieron un cuerpo tal de cuidadores de las casillas, y tantos electores desinteresados hubo, y con tal celo eran revisadas por ellos las papeletas, que el tráfico esta vez, con ser cierto, no ha llegado a mucho. En esto han de pensar aquellos pueblos que quieran conservar la libertad de que gozan: sólo la disfrutarán mientras la vigilen; la perderán, como aquí mismo, en esta misma tierra santa de la Libertad, han estado a punto de perderla, tan pronto como la abandonen.

Van a dar ya las cuatro, y es hora de que, muy de prisa, recorramos las urnas. En éstas los "trabajadores" son ¡quién lo dijera! dos mujeres aún jóvenes: llevan al pecho la cinta blanca y azul, distintivo de los partidarios del candidato de las sociedades de temperancia, el apuesto y ferviente St. John. Jamás se vieron hasta hoy mujeres en las aceras, repartiendo papeletas y trabajando, con elocuencia y persuasión reales, por convencer a los votantes: y es fama que, en aquella casilla hubo buen número de votos por St. John.

En otras casillas vitorean a un octogenario: Tilden es, el profundo Samuel Tilden, que pudo rescatar de los bribones el Estado de Nueva York que esquilmaban y envilecían con un inicuo gobierno, mas no la Presidencia de la República a que fue electo en 1876, y que le hurtaron los republicanos.—Y al Presidente Arthur vitorean también calurosísimamente, por discreto, cortés y gentil, a su salida del puesto electoral en donde ha dejado su voto en pro del rival que le venció en la candidatura a la elección del partido para aspirar a la elección presidencial, su rival Blaine.

Pero ¿qué pasa en aquellas otras urnas, que la gente se agolpa junto a un anciano que expira? El anciano tenía ochenta y seis años: salió a votar con su hijo, rehusó ocupar en la fila el puesto que le cedían los que llegaron antes que él, y, asido de su derecho de hombre, cayó muerto al pie de las urnas.

No bien dan las cuatro, y las urnas se cierran, dentro comienzan los inspectores, guardados por los policías, a contar los votos: y fuera son las riñas de muchachos y mozos, y a veces de hombres crecidos, por ver quién se lleva las casillas. Se echan sobre ellas, y las desclavan con las manos. Otros vienen a quitárselas, con palos y piedras. Cien muchachos se juntan de un barrio, y cien del vecino. La policía suele acudir, y golpearlos donde no quede hueso roto, o donde quede; y ellos, con la cara ensangrentada, echan a correr calle arriba, con las tablas al hombro. Para hacer candeladas las quieren, con lo que es de uso antiguo que la gente menor celebre aquí las elecciones. De días atrás, no ha quedado barril en las aceras que los muchachos no se roben, ni cajón o baúl viejo en los desvanes que no escondan en el sótano; y cuando la madera escasea, de las cercas de los solares las arrancan: aunque el honor no está en esto, sino en apoderarse a mano fuerte de las casillas. Como se va avecinando la noche, aunque llueve de recio, se enrojece, con el color vaporoso del hierro encendido, la bóveda del cielo. En cada esquina, frente a cada puerta, llamea una fogata. Si la han hecho niños de buen vestir, suelen llegar con unos garfios, protegidos de lejos por rufianes talludos, grupos de chicos de los barrios bajos, blasfemando y braveando, que hacen de barateros de la fogata, y con sus garfios arrebatan los barriles encendidos, y con gritos de triunfo se los llevan a una esquina cercana: a lo que no es común que se opongán los niños de buen vestir, ni sus padres, porque si lo intentan, y riñen o toman de un brazo a alguno de los malandrines, caen sobre el regañante con las manos armadas de manoplas, o con puños tan fuertes que dan como si lo fueran, los rufianes que con las manos en los bolsillos han estado en fila en la acera, cuidando del buen éxito del robo: tienden a dar en las sienes, o un golpe fatal que ellos saben, detrás de la oreja. Niños hay, y hombres también, que se levantan a morir de estas contiendas. Pero, por lo común, la fogata es ocasión de entusiasmo y risas. Algunas hacen altas, como una columna, poniendo, uno sobre otro, barriles vacíos: prende la llama abajo; el humo negro, como un diablo escapado, sale por la alta boca; tras él, como las hojas de una palmera, brota en lenguas la llama. Puesta de sol de Egipto parecen las calles, con todos los cristales de sus casas encendidos, y las paredes, y los vecinos que desde ellas miran, y el aire mismo, en unas oleadas amarillo, en otras vivamente azafranado. Y ya a esta hora de la noche ¿quién, aunque la lluvia es torrencial, no irá a la parte baja de la ciudad, o a las grandes plazas de la Unión y de Madison, a ver, con la muchedumbre aglomerada en ellas, lo que van anun-

ciando, ya en grandes lienzos colocados sobre un techo o en la fachada de un muro, ya en los que arman a las puertas de sus oficinas, los diarios más notables de la ciudad?—Todo Brooklyn, todo Nueva York, todo New Jersey, están en las calles.

No hay salón de bebida que no hierva. En los de suburbio, a los lados de ambos ríos, se apuesta y balbucea; y no hay nadie en pie, sino porque los unos se apoyan contra los otros; de beber y vocear están roncós. No son así los salones de gente alemana, que votó muy temprano, y a sus casas no ha vuelto, sino a oír perorantes, y quemar sus pipas, y beber en sus jarrillos de barro bañado, sobre la salchicha de Frankfort o el bocado de pastoso Limburgo, el Hubmacher negro, o el Licboschaner: toda esta gente de Alemania es de buen ver; su ropa, buena; su aspecto, honrado; su alegría, reflexiva y bonachona; su lealtad, tenaz; su juicio, lento y propio; en todo alemán hay un poco de Lutero:—republicanos han sido por lo común, pero esta vez, han votado mayormente con los demócratas, acaso porque, con promesas y parla pomposa, los amigos de Blaine hicieron creer a la caterva irlandesa que el caudillo republicano movería querrela a Inglaterra en pro de Irlanda, con lo que se ganó mucha parte del voto irlandés, cuya preponderancia en la ciudad y en la política del país no ven los alemanes de buen grado:—en verdad, los alemanes han despoblado selvas, y fundado Estados, y abierto vías férreas del Atlántico al Pacífico; y el mejor comercio de Nueva York, alemanes lo hacen; mientras que Irlanda, fuera de este o aquel hijo inteligente, astuto o valeroso, no ha traído más que gente preocupada y odiadora, amiga de puestos públicos y oficios ruines. El hijo del alemán es culto, respetuoso, fuerte y dado a su trabajo. El del irlandés es perezoso, enteco y pendenciero. A bien que en Irlanda hay dos razas: la una de pelo negro, nariz aguileña, barba poblada y alma clara y heroica; la otra de pelo rojo, naricilla al viento, boca máxima de labios caninos, y almilla de aldehuela, desconfiada, terca y vanidosa. Quien quiera ver pandemónium de razas, en noche como esta de elecciones en que estamos, debe venir a Nueva York, en que todas se mezclan y hormiguean. A las plazas de Madison y de la Unión va la gente, porque en ellas tienen el *Herald* y el *World*, sus boletines; y cerca de ellas están los cuarteles generales y sucursales de ambos partidos, y los hoteles grandes y famosos, el de la Quinta Avenida, donde ha posado Blaine, lleno de republicanos; el de Hoffman, que fue posada de Cleveland, lleno de los demócratas de más cuantía. De cerveza no se sabe

en estas ricas cantinas, sino de champañas y claretés. Banqueros y corredores conocidos gritan, fuera de sí, de pie sobre las mesas. Son Bolsas los atrios de estos hoteles y bebederos suntuosos: nadie pone atención, en la cantina de Hoffman, cubierta de tapices y cuadros valiosos, en el Fausto dormido de un pintor español, con un Mefistófeles arrodillado que parece un arriero alcarreño, orando con el rostro vuelto a tierra, cual si no quisiera ver cómo, en contorsiones estudiadas y volcánicas, cruzan el cielo lácteo, a manera de ráfaga, despeinadas y lívidas, en todos los abandonos del deseo, un montón de mozas ubérrimas y esbeltas; ni en un plato de porcelana se fija nadie, en que una mujer joven, alta y fina como los Cristos maravillosos del guatemalteco Quesada, es arrebatada, cielo arriba, con visible deleite suyo, en el lomo de un monstruo fiero y retador; ni hay esta noche, apiñada ante el cordón de seda que protege de los curiosos la obra de arte, aquella caterva de mirones seniles que a toda hora escudriñan las bellezas de las ninfas acuosas y diáfanas de Bouguerau, que, en posiciones que trascienden de sobra a academia y señorío, y quitan en verdad a la tela toda intención y apariencia lúbricas, convidan a un fauno temeroso a que se hunda con ellas en las aguas: a este cuadro lo decoran y miman aquí, como un altar: de lo alto, bajo un dosel de terciopelo y flecos de oro, cae sobre el lienzo un torrente de luz, que las cortinas rojas de los lados concentran y recogen, ante el cuadro; en jarrones de Sévres, a menudo rodeados de símbolos amorosos de plata o porcelanas varias, están siempre turbando con su aroma los sentidos, grandes mazos de rosas. Y por las esquinas, bayaderas de bronce. Venus corpudas en mármol blanco, una bacante descarada que, con los brazos por detrás de su cabeza, y desmayado de placer el rostro, abraza la cabeza de un Sátiro fornido, en que remata el poste en que se apoya. Un sable japonés cuelga de un lado: una cabeza de carnero, con los cuernos embutidos de zafiros y topacios, está junto a una puerta: junto a otra, un altar chino, todo de oro; un mosquete de los tiempos de Médicis enseña sus incrustaciones de nácar, a poco andar de una gran arca de hierro, toda llena de cerraduras formidables, que parece máquina vicesca, y es del tiempo: bajo una lámpara de cristal de roca, en un arco de bronce, cuelga un loro: un bronce de Barbedienne, un jockey a caballo, preside una esquina del mostrador; cerca, da vueltas una caja armónica; en la otra esquina, vestido de seda, hace muecas un mono: ésta es, de las cantinas de la ciudad, la mas rica, frecuentada y famosa.

Pero ahora ¡qué vocerío! En las calles han doblado los policías: tras el mostrador de Hoffman, han puesto otro vivo de cantineros: entrando de lejos, no sin gran trabajo, y vistos tras la masa de hombres de ropas negras que llenan el salón, aquellos ágiles mozos, de gran delantal pulcro, semejantes, entre las botellas y copas de colores que les resplandecen en las manos, a un colosal gusano blanco con pintas amarillas, pardas y rojas, no parecen, destacándose del fondo del mostrador de caoba bruñida, repleto de cristales tallados y frascos artísticos, un ejército diestro de criados, sino como ese malsano moho blancuzco que en los lugares fétidos cubre a los árboles caídos, o esas flores verdosas, que, con la cabeza despeinada entre los codos, ven surgir, de un inmenso tronco negro, los bebedores de ajeno. Nadie sabe lo que bebe, ni lo que paga por ello. Es el único día del año en que los hombres hablan en esta ciudad, sin conocerse. De lo que dicen, ya ricos, ya pobres, o siguen copas y efusiones, o puñadas.

No se habían visto antes jamás: y en un momento, como cuando se asiste a la representación de una noble obra dramática, se hablan con cariño y abandono de alegría, y se juran, siempre sobre una copa, amigos:—a menos que no disientan su parecer, y arremetan uno contra otro, como gladiadores ebrios, aunque esto, en los buenos lugares, sin ser raro, no ha de pensarse que es frecuente. Todos quieren hablar, sin que nadie lo logre. Las diez de la noche son ya y no se reciben aún más que vagas noticias. De pronto, en Hoffman, atruena un hurra el aire, y los vasos se detienen en las manos de los bebedores: un noticiero agita un telegrama, por sobre su cabeza: Cleveland tiene mayoría en la ciudad de Nueva York: publica otro que Vanderbilt, que a cientos cuenta los millones, ha dado \$150,000 para ayudar a los gastos de elección de Cleveland. Otro hurra ahora, para Canmack, un animoso corredor de Bolsa que sin miedo a la derrota probable, ni millones aún en que remirarse, dio a los demócratas cincuenta mil pesos. Un hombre, por fin, no de mal ver, logra alzarse, voceando y agitando el sombrero, sobre los hombros de unos cuantos amigos: lleva un libro de cheques en la mano: “Apuesto un millón de pesos—grita—a que Cleveland será electo Presidente”. Se oye un rumor sordo, como si consultasen los concurrentes para aceptar la apuesta: los apostadores de oficio, y los que llevan libros de apuestas, como en las carreras de caballos, se abren paso a codazos entre la multitud, para saber si la oferta colosal es seria. “Tu cheque por un millón de pesos no es bueno”, responde al fin uno: “¿tú quién eres?” “Pues aquí firmo, dice el hombre escribiendo con lápiz sobre la copa

de su sombrero, otro por veinte mil que perderé si el del millón no es bueno”. Pero nadie entra en la apuesta, y el hombre sale, como un triunfador, de la cantina, del brazo de sus amigos, que ríen mucho del caso, porque el de la apuesta es millonario, pero en buen humor y atrevimiento. En un cuarto alto del hotel, en mangas de camisa, coronada la frente encendida de gotas de sudor, un senador, un senador de rostro rojo y poderoso cuerpo, lee, como un ogro ocupado, los primeros recuentos. Favorecen a los demócratas todos: frenesí es aquello, no entusiasmo: todos se dan las manos, y se abrazan. Brillan con un placer infantil los rostros apagados. Se sonrosa la frente de los viejos, y las canas traviesas se les saltan del peinado, como queriendo remozarse, y volver a su negror y mocedad: patriarcas graves, que en julio eran candidatos a la nominación de su partido para la Presidencia, ebrios de júbilo, echan ahora sus sombreros al aire, y los vuelven a echar y no se ocupan más de ellos. Abraham Hewitt, el perno de Peter Cooper, autor de un magistral discurso sobre el hierro y sus aplicaciones, *sachem* venerado entre los demócratas, de gran limpieza moral, sexagenario y millonario, habla móvilmente, levanta los brazos al cielo, dice cosas hermosas, y hunde el rostro dichoso en el hombro de un amigo.

En las calles, bajo la lluvia estruendosa, en el frío húmedo, andan del brazo hombres y mujeres, los que tienen paraguas, olvidados de abrirlos; las mujeres envueltas en sus capas de goma. De pronto, como dos fieras, a que se abre paso con lástima, asoman, por una esquina, él transido en un traje viejo de verano, ella ebria como él, cubierta con un sombrero de paja, abrigada con una manta rota, dos vagabundos jóvenes que parecen acabados de levantar del lodo. Ella le lleva a rastras, deslumbrada de tanta luz, y casa limpia, y vestido correcto, como un ave de pantano a quien se echase a volar por primera vez en un teatro de magia. Al fin desaparecen, huyendo de un carruaje ligero de que tiran, como un gigante que lleva a espaldas un niño, dos caballos de sangre, de ojo batallador, pecho nervudo, vientre escaso y cañas finas: dos recién casados, en capotes impermeables, ríen dentro del carruaje que ella guía; luce en su capuchón el rostro vivaracho de vez en cuando salpicado por una gota de lluvia, como de mañanita luce una rosa, que parece que acaba de despedirse de su amado, y se ha abierto a sus besos, y se lo quiere decir a todo el mundo:—han salido, de su comedor cubierto de medallones de bronce repujado, alhajado de sillería de rica talla, a ver a Nueva York en elecciones. Si se entra en un carro, echa de él la gente

que rebosa. Si se sube al ferrocarril elevado, nótase a los viajeros conversando en alta voz, lo que no hacen jamás. En una esquina del vagón, un hebreo de larga nariz, que hace danzar sus espejuelos de oro, corta el aire con el ir y venir del puño de plata de su bastón de ébano, descontento de oír decir a un joven demócrata de rostro pomposo que viene de Tammany Hall, donde están reunidos los demócratas en millares, oyendo música, discursos y noticias, y que allí se sabe que Cleveland ha triunfado en el Estado de Nueva York, donde no se creyó jamás que triunfaría. ¡A su casa con él! dice de mal humor cerrando la portezuela del vagón el conductor, que es republicano, y rompe en denuetos horrendos. Todo el carro ha puesto el oído al perorante, que se siente escuchado y crece. “¡Cleveland es nuestro Presidente!” dice al fin como si a aquella hora fuera posible saberlo. “¡Ese mozo quiere azotes!” gruñe desde un rincón envolviéndose en su recio gabán húmedo un amigo de Blaine. Y la gente se echa a reír, y el perorante. El tren vacía su carga a los pies del puente de Brooklyn. Ya se ve desde la escalera, a pesar de lo tenebroso de la noche, el inmenso gentío que llena la plaza de las Imprentas, donde están los grandes periódicos, y la del costado del correo, que es toda cabezas, porque en ella está el *World*, que tiene fama de publicar noticias fieles en el vasto lienzo, adornado de los retratos de los candidatos demócratas, con que decora su puerta, y por esa calle se va al *Herald*, en cuyo pórtico de mármol está armado desde el día anterior el sencillo aparato de tablas y cuerdas, donde en cuadros de lienzo de a un metro, numerados, van escribiendo en grandes letras negras, las noticias, iluminadas, como el cuadro de Bouguerau, por un dosel de luces. Pide fin ya esta carta; hemos de andar de prisa. Al pie de la escalera de la estación, ¿quién no se siente tentado a darle un beso?, un picolín de cinco años, empapado de la lluvia, sale al paso ofreciendo su periódico:—¡Extra, patrón!—Muchas mujeres vendedoras lo asen atrás, para que no les quite la mercancía. Y todo el mundo se la compra a él, la gente prefiere ser buena cuando no le cuesta trabajo serlo. “¡Oh, patrón, vendo mucho esta noche: me los compran como buñuelos calientes!” ¡Pobre comerciantillo de cinco años! ¿Y ese otro caballero que vende el alcance al *Herald*, en papel rosado, unos pasos más adelante? Está a caballo en un león de madera dorada, que es la muestra de una camisería. Por los ijares del león le cuelgan dos botas de trabajador, en que cabría holgadamente el caballero. El sombrero es un casco agujereado de uno que lo fue y quedó sin alas. Pero las alas

se le ven al italianillo emprendedor en los ojos, que le relampaguean mientras se inclina, como un jinete desde su cabalgadura, a ofrecer sus alcances a los transeúntes, que rien de verle allí encaramado, cayéndole a raudales la luz eléctrica sobre una capilla desflecada, de hule azul, de las que usan acá en las paradas de elecciones los procesionarios de alquilar.

Uno tras otro están los grandes diarios: el *Sun*, primero, que tiene colérica a la gente por su embozada defensa de Blaine y su enconosa campaña contra Cleveland, pero que ahora recobra voluntades, ya porque está dirigido con tal arte que es difícil perderle la afición, ya porque en su boletín, que también goza fama de notable, a pesar de que las noticias que desde las diez de la noche están llegando de toda la nación no favorecen a Blaine, él así lo dice, aunque ha probado que odia a Cleveland a diente y cuchillo; mientras que el *Tribune*, de torre altísima y edificio suntuoso, único diario de Nueva York, aun entre los republicanos, que a Blaine ha defendido abiertamente, hora tras hora pasa, con silencio mortal que se transmite a la muchedumbre republicana, que aguarda sus nuevas, sin dar más que las que benefician a Blaine, que, como son pocas, tarda en dar. ¡Qué triste es ver a los hombres vencidos! Se entra en deseo de ser vencido, como ellos. Y ¡cuánta gente! Nadie se va: muchos afluyen: un encanto sujeta a los que vienen: noche lluviosa y negra es, pero en las almas parece de mañana: las luces eléctricas, alzadas a algunas varas del pavimento, parecen con su hervor, claridad y centelleo, palabras divinas o espíritus venidos de lo alto a traer mensajes profundos a los hombres: y unas que hay, que se rompen en múltiples rayos, como un diamante al sol, parecen escudos de dioses, colgados en el aire para alumbrar, cuando el sol cesa, la refriega humana. Dibújase a lo lejos, por uno de los lados donde remata este gentío, el edificio en que se imprime el más sesudo de los diarios alemanes de Nueva York. En su fachada enorme sólo brillan dos luces, ya a los bordes del techo, que semejan, grandes y rojas, los ojos de un gigante, digno guardián de tamaña muchedumbre. ¡Ahora sí que es ya continuo el vitoreo, el hurreo, el canto, la aleluya! Nueva York, ciudad de gente nacida de sí misma, prefiere indudablemente a Cleveland, nacido de sí. Coros de gruñidos reciben, sobre todo delante de los diarios demócratas, las noticias ventajosas para Blaine: y todavía está en los aires, en manos del colgador que ha de colocarla en el aparato, la nueva de que el Estado de Indiana ha dado su voto a los demócratas; de que New Jersey, donde los republicanos distribuyeron, en los dos días anteriores al de la elección,

más de \$500,000, vota también por Cleveland; de que Florida, el Estado cuyo voto fue escamoteado por los republicanos en las elecciones de 1876, es demócrata por buena mayoría; un hurra, formidable como una arremetida de caballería, un hurra que rueda de calle en calle, y renace de sí mismo, y no cesa, y no cesó en verdad hasta las últimas horas de la madrugada, un hurra con vibrantes alas, grandes como para cobijar un ejército, hechas de sombreros, se levantó robusto, por el aire. El que a las doce se iba y volvía a la una, encontraba vibrando el mismo vitor. Un blainista, ebrio de la dicha de los monomaniacos, enjuto, como un oficinista, luengo como un poste de telégrafo, estaba a eso de las nueve con una mano en el bolsillo del gabán, y la otra en alto ondeando su sombrero, sacándose de la garganta ronca vivas a Blaine, a “nuestra esperanza y nuestro orgullo”, al caballero de la “pluma blanca”, como llamó a Blaine hace algunos años el orador ateo Ingersoll, que ahora es su enemigo: y ya muy pasada la medianoche, todavía estaba frente al *Tribune*, cóncavos los ojos, pálidas las sienes, desaparecidas las mejillas, ida la voz, con una mano en el gabán y la otra con el sombrero por el aire, lanzando gritos, que parecían los últimos clamores de un agonizante venturoso, en honra del caballero de la “pluma blanca”.

¿Cómo, tras de campaña tan enconada, hay en la hora ansiosa de su remate, tanta paz? Mayor que la ansiedad es la alegría. El entusiasmo redime a los hombres, y los embellece. Fatigados de los oscuros y egoístas cuidados de la vida diaria, se visten el espíritu de fiesta, y la traen en el rostro, en estos días en que por común consentimiento y mandato de la ley, todos los trabajadores dejan en reposo los aprestos de labor, y ejercitan, una vez al fin, su derecho de señores. El hombre se recobra, y se rejuvenece. Se siente con dueño de su patria, él, el esclavo de un martillo, de una mesa de escribir, de un capataz hurraño, de una rueda. Y mientras más grande ve a su pueblo, más grande se ve, y más se respeta, con pensar que ayuda a hacerlo. De eso viene esta paz: de que nadie tiene celos del poder de nadie: de que, como en el jubileo hebraico, lo que en los años normales se ofusca y tuerce, cada cuatro años, en este día de jubileo, es vuelto a su lugar y condenado: de que, en la caja de cristal en que se echan las papeletas y en la mesa de pino en que se recuentan, tanto pesa la papeleta del Presidente Arthur, que votó por los republicanos, como la del trabajador irlandés que vino después de él, y anuló su voto, puesto que votó, entre los aplausos de la gente, por los demócratas.

Sólo en que el sufragio se corrompa puede estar el peligro de los países que se gobiernan por el sufragio: allí donde no hay un poder superior a otro, sino que no hay hombre que tenga, aunque el triunfo lo engrandezca y los dones naturales lo hermoseen, poder mayor que otro hombre: allí donde la blusa de cuadros del albañil puede tanto como la levita principesca del mercader, como la casaca del opulento petimetre, como el uniforme galoneado del general, como la túnica morada del arzobispo; allí no queda orgullo rebajado, ni derecho desconocido, ni opinión desoída, ni dignidad burlada y desafiada: allí donde con un ejército de papelillos doblados se logran victorias más rápidas y completas que las que logró jamás ejército de lanzas: allí, donde antes que pase el tiempo necesario para que las iras se aprieten y estallen, se les da ancha y natural salida, y modo de que remedien o desarraiguen la sinrazón que las provoca: allí donde cada cuatro años, los que fabrican y mantienen la Nación, que son sus únicos dueños legítimos y naturales, se sientan a examinar el manejo de su hacienda, y dan juicio sobre la obra de los administradores, y los confirman y reemplazan; allí, donde la Nación es el Gobierno—¿cómo han de provocarse esas batallas de odio entre el Gobierno y la Nación, posibles sólo en pueblos ineducados, elementales e incompletos?—¿esas contiendas de clases, cuando al cabo de cuatro años la clase ofendida puede enfrenar los desmanes de la que la desafía? ¿esos costosos y sangrientos desbordes de impaciencia, cuando antes de acumularla se le da modo respetado de satisfacerse? ¿No en vano, los que en pueblos diferentes nacimos, ambulamos por entre esa muchedumbre de reyes, ya vertiendo dulces lágrimas de gozo, de ver a los hombres redimidos, serenos y resplandecientes, ya lágrimas que escaldan las mejillas, lágrimas que muerden hasta el hueso, y tienen manos invisibles, y claman a los cielos, lágrimas de desesperación y de vergüenza!

¡Oh! muchos votos se venden; pero hay más que no se venden. Las pasiones trastornan, y el interés aconseja villanías; pero la justicia vela. La inseguridad aparente de los pueblos que se gobiernan por el sufragio no viene de su incompetencia, sino de su impersonalidad y multiplicidad. No se pronuncia por una voz sola, y parece dudoso y vacilante, porque tiene millares de voces, que sólo se reúnen una vez, cada cuatro años y con admirable sentido determinan. Sin alarde, y como quien satisface una función natural, depone este pueblo a los ambiciosos, impone a los honrados, expresa su voluntad, resuelve en justicia, sale, sin miedo a la

lluvia, a ver en los boletines de los periódicos su decisión obedecida, y, en un ferrocarril que anda por los aires, vuelve a su casa limpia, donde los hijos duermen hombro contra hombro, cerca de la caja de herramientas de sus padres; el uno con el retrato de Blaine al pecho, el otro con el retrato de Cleveland. Mientras tanto, afuera, las razas se confunden; los grupos cantan en coro los refranes de la campaña; se levantan por el aire periódicos encendidos, en befa de Blaine, que escribió tales cartas que hubo de rogar después, con lágrimas de miedo, que las quemasen; se ven alas caídas, de la gente de Blaine, que pierde poder y apuestas; y alas nuevas y alegres, de la gente demócrata, que al fin, tras veinte años de pelea, ha ganado la batalla. Por los carros del puente se vuelven los brooklynianos a su Brooklyn; y por los vapores van a sus casas los de Jersey:— en arco osado va de orilla a orilla del río Este el puente: y viendo desde los vaporcillos alumbrados de faroles de colores que lo cruzan, las aguas argentadas y movibles, tal parece, ayudado por los caprichos fantásticos de la niebla, que del fondo del río se levanta, atraída por el estruendo de esta memorable noche, la virgen colossal de la Libertad, que duerme en calma y asoma la cabeza soñolienta, que va de orilla a orilla, y a la que el arco del puente, sembrado a trechos de luces eléctricas, sirve de diadema.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 7 de enero de 1885

12

CARTAS DE MARTÍ

*El Día de Gracias.*—Cómo era entre los colonos, cómo fue entre sus hijos, cómo es hoy.—Nueva York de fiesta de familia.—Costumbres, procesiones, espectáculos.—Homenaje a Adelina Patti.—Los tres veteranos.—Las fiestas de este invierno.—Los teatros.—Henry Irving en Hamlet.—El New York nuevo.—Una escena del "foot-ball".—Los colegios y los ejercicios físicos.—Una lectura de dos escritores famosos.—George Cable, el novelista del Sur.—"Mark Twain", el primer humorista norteamericano.—Sus antecedentes, su carácter, su carácter literario, sus viajes, sus libros.

Nueva York, 27 de noviembre de 1884

Señor Director de *La Nación*:

Es día de dar gracias. Los peregrinos puritanos, que en estatuas de bronce y en el lugar mismo en que desembarcaron debieran haber perpetuado sus hijos, trajeron de la sagrada Holanda, corazón de la libertad, la conciencia humana en salvo, y la costumbre amable de reunirse un día cada doce meses alrededor de la mesa de familia, a dar gracias al Todopoderoso, con el cuchillo levantado sobre los manjares domésticos, por los beneficios y sucesos del año.

Del escándalo reinante en la corte inglesa, que hizo necesaria para mantener el equilibrio del espíritu de la nación la resistencia puritana, puede juzgarse todavía por la austeridad, cómica a veces de puro excesiva, con que los descendientes de los peregrinos rehúyen toda fiesta y práctica mundana: mucho debieron dar las damas de Isabel, cuando, como de rechazo de aquellas liviandades, las damas cuáqueras se resisten aún hoy a dar la mano.

Aquella gente templada y adusta no se juntaba en el día de gracias, como nosotros en nuestra Noche Buena, a festejar y regocijarse: el ojo negro es alegre: el ojo azul es triste. Tenían el cabello castaño, como el roble, ásperos los vestidos, como el carácter: el rostro huesudo, como las costumbres. Se juntaban los viejos colonos, bajo el techo que habían levantado con sus mismas manos, a alabar al Dios grande que no deja morir la virtud entre los hombres, a poner las palmas callosas sobre los hijos y los nietos, a oír con la mano recogida en ademán de meditación sobre la frente humillada la homilía fervorosa del padre de la casa, y a orar por los desaparecidos de la vida, sobre la Biblia en cuyas páginas señala sus nombres una línea negra. Con la contemplación de este universo nuevo, las emociones de la guerra de independencia, las plá-

ticas y contacto de la gente francesa que les ayudó al triunfo, y el alejamiento de la época que engendró la protesta puritana,—se fue ablandando la mesa de familia, que vino a ser al cabo mera ocasión de juntarse en torno de los pavos monumentales, y ponderosa repostería, y riquezas de la despensa familiar, que en ese día del año mostraban con gran orgullo a su parentela las abuelicas hacendosas. Todo el día era de comer: para el desayuno, pollo hervido en salsa blanca, y panetelas, y pastel de calabaza, rociados con sidra: para la comida del mediodía, que era la momentosa, ¡qué pavo, y con qué adornos! ¡qué pastel formidable, especioso, macizo y carnidulce! ¡qué pudines de pasas, y las peras de Agosto, y los melocotones de Septiembre, y los membrillos que le siguen, bien guardados en frascos de vidrio por las damas cuidadosas para que den fe en estas fiestas de sus artes caseras! De noche eran las nueces y las manzanas, y juegos inocentes, y de nuevo la sidra.

Ahora, con haberse vaciado en el pueblo neoinglés, la gente hambrienta, descreída y festosa de la tierra europea, no es el día de gracias, en New York al menos, la fiesta casera; sino un suave moño de que los amantes se reúnan, las mesas se engalanen, trompeteen y procesionen los chicuelos, se abran de tarde los teatros, coman los pobres de limosna, y descansen todos.

¿Qué se ha perdido en el cambio? Un día de fiesta es un beneficio público. Los días de fiesta reponen las fuerzas y suavizan las iras.

El último jueves de Noviembre es el usualmente señalado por el Presidente de la República y los Gobernadores de los Estados para que las labores se interrumpan, y sea el pavo comido, y loado por la paz y prosperidad de la República el buen Señor. Ya el miércoles de tarde, los mercados rebosan: no hay brazo sin cesta: éntrase en un vagón, y óyese cierto ruido de alegría; éste lleva rosas; aquél, ganso; el otro, pollo. En torno de las madres dichosas, que esquivan los dulces, los pequeñuelos ríen y pían. Los rostros se suavizan. Los desconocidos se hablan y sonríen. Los maridos salen de compras con sus mujeres. Los amantes cuchichean y se aprietan. Todo el mundo lleva algo a sus casas. Todo el mundo es bueno. Y hoy jueves, amén de la de comer, que es grande, todo es fiesta. Las cuadrillas de jugadores de pelota vienen de los colegios del interior a disputarse en concurso público el premio: unos juegan acá a la pelota de pies: otros allá a la de manos, o a los bolos, o a los juegos de prado y jardín que privan entre los ingleses.

Los panoramas, llenos de banderas, invitan a los transeúntes a ver la batalla de Yorktown, en que el inglés se rindió a Washington; o la

de Tetuán, donde brilló entre los árabes Prim famoso. Los teatros, dan función de gala, y es moda ir hoy a ellos; y como en España no hay Día de Difuntos bueno sin Don Juan Tenorio, no hay acá novia neoyorquina que se crea bien querida si no la lleva su novio en el día de gracias a reír en el jubileo aristofánico de Tony Pastor, empresario de bufos, que en sus chanzas, canciones y sainetes saca siempre a lucir las cosas públicas, y los vicios o manías en boga de los gobernados y el gobierno.—¡Qué formidable sacudida sería la de esta tierra, si alguna vez quisiese cabalgar en ella un tirano! ¡Parecería como si se levantase despidiendo tempestades la trompa, y reluciendo como cometas los colmillos, un elefante que cubriese desde la bahía del Hudson hasta la Patagonia! Pero este jueves de Noviembre, no hay miedo de que el tirano asome,—que están llenas las calles de soldados. Las calles parecen páginas de Thackeray. Esta sí que es gentil soldadesca. ¡Qué bravo viene el capitán, con su sable de hoja de lata recostado en el hombro, y banda tricolor sobre camisa blanca al cinto; y cachuchilla blanca, y polainas de cuero! El que lleva el tambor pesa, ¡pero no más que el tambor! Son los veinte chicuelos de la cuadra, que pusieron a sus madres a coser, y se hicieron para hoy este uniforme, con el que van de calle en calle, echados los brazos por los hombros, acompañados de pífanos y trompetas; y seguidos de todo el Liliput del barrio, ¡que como por ensalmo se entra en fila, y marcha a paso lento y grave detrás de los venturosos del uniforme! Pero ahora viene otra compañía, que es aún mejor. La debilidad enamora, aun a los niños crueles: pues ¿a quién han hecho el capitán de la farsa? Lleva un casco de felpa colorada, gabán que llega al suelo, polainas de estambre rojo, al hombro el sable en su vaina, y un respeto como de rey en torno suyo, porque sus tropas lo miran con ternura, y él, que no sonríe de puro orondo, tiene tres años. Bueno es acabar aquí el cuento de esta fiesta: ¡ojaiá todo acabara en un niño!

Otra procesión hubo anoche. No fue por Cleveland, que ha reunido para la fiesta casera a sus hermanas, de las que una ¡qué hermosura! gana su propio pan dando clases de historia:—pero esto no lo hemos de envidiar a los norteamericanos; ni, en verdad, tenemos que envidiarles virtud alguna: Presidente mexicano hay vivo, que fue Alteza en su tiempo, y no ha tenido a menos poner luego, en la calle de México más hermosa, una tienda de menudencias y chocolate: y él vendía, y su mujer ilustre lo ayudaba.

Ni fue la procesión por Blaine, avisado e indómito, que no bien es derrotado, sale al balcón de su casa a responder a sus vecinos que le saludan, con un terrible programa de batalla, en que apunta de nuevo con habilísima malicia al Sur triunfante: ya toma casa en Washington. porque la suya suntuosa la tiene alquilada: ya congrega a sus amigos y echa redes, para que en la próxima elección presidencial lo escoja de nuevo como su abanderado el partido republicano.

Ni fue la procesión para celebrar, como otros años, el día en que los ingleses vencidos abandonaron a New York,—porque este año, con llanto y rabia de los tres veteranos que acudieron a la ceremonia, no hubo en ella más que los tres y una banda de tambores, con los cuales, para oprobriar a la gente de alma fría, emprendieron la marcha Broadway arriba, y se fueron a gustar en silencio la comida llana de una fonda pobre: lloraba por el camino el más viejo de los tres veteranos: “¡que así olvide New York—decía—, sus glorias!” La procesión era en honor de esa benéfica y armoniosa criatura, que como ave mensajera de la vida futura, echa al aire sus notas: de Adelina Patti. Veinticinco años hace que, niña aún, cantó por primera vez en ópera, en este mismo teatro y ciudad, que la miraba como gala suya. Cantó *Lucía*, y enamoró a la gente.

Y es hoy tan pizpireta y elegante, y es su voz tan arrobadora y flexible como entonces. Cantaron *Marta* anoche; y al acabarla, no se levantó la concurrencia, sabedora de que se preparaba un homenaje: en uniforme de lujo venía, desde el fondo del escenario, por entre las aldeanas del coro, la banda del regimiento de los petímetros y gente de pro, que es el séptimo de milicias, que viste gris y blanco y es galano: y mientras rompía la banda en una marcha de la Patti misma, y agitaban de palcos y butacas ramos de flores y pañuelos hombres y mujeres, abríase el telón en el fondo del teatro, y sobre el nombre de la Patti, en letras encendidas, apareció una colosal águila de luz. En las puertas del teatro, piafaban los cuatro caballos blancos de un coche de gala: encendiéronse centenares de antorchas: hizose procesión espléndida: por más de media legua la acompañaron a pie, con incesantes hurras, damas en traje de teatro, caballeros de frac, larga hilera de coches vacíos: magia grande la de esta criatura que deshíela estas almas norteñas, criatura gentil, hecha de alas de pájaro.

Para fiestas, este invierno en New York. Esta es la estación de los teatros, bailes y lecturas.

De ópera, hay dos casas: una, de ópera italiana: otra, alemana, donde con artístico relieve desfilan ante un público ceñudo las figuras, resplandecientes y vagas como las nebulosas, de las leyendas de Wagner: parecen una cohorte de guerreros de plata, que suben por un cielo obscuro en el lomo de un inmenso cisne. En comedia, renueva sus laureles, que comenzó a ganar ha sesenta años, un Wallack famoso, que hace aún de galán barbilindo y demoledor de damas, sin que le pesen ni la voz ni el gesto, que no desdican, por cierto, en la discreta sala, todavía perfumada con las ingenuas y señoriles gracias de la Lantry. En drama, aquí están Irving y Ellen Terry. Fluidos hoy como la flor de su arte en Inglaterra: ambos exagerados y ampulosos, dominadores y grandiosos ambos. El anda a trancos, y habla a sacudidas. Peca ella de varonil bravura. Pero, a los cuidados de un arte sesudo, unen ambos el divino demonio, que de zancos y tartamudeces se burla, y quema el alma, y se sale de ella, y conquista las almas. Deja Irving a veces a su público jadeante y sudoroso, como si la concurrencia entera hubiera experimentado las angustias que torturan al personaje en escena.

Ahora hace *Hamlet*, el universo *Hamlet*. No lo hace como Booth, que lo atenebra y esfuma; sino como Rossi, que llora y mata. A aquel *Hamlet* amargo, como treinta años de vida, no lo alcanza Rossi: pero al vaporoso, al filial, al vengador, al humano, lo realza de manera que parece que está aún vivo, detrás de los bastidores, esperando a dar la enhorabuena a su actor favorito, el cráneo de Shakespeare,—en donde cupo el alma humana. Y operetas, de Francia y de Alemania y de Inglaterra; y comedias domésticas, en que se imitan, con tramas inocentes y burdas, los caracteres varios, y en su mayor parte groseros, que echa sobre este país el mundo ansioso.

La misma comedia se hace a un tiempo en alemán y en inglés. Dos teatros rivales ponen en tablas con casa llena el último baile del Edén, mas sin aquel salón de bailarinas, que centellea como la espuma del champán, sin aquel fondo de polvo de oro de los teatros de París, que hace amable la vida. Vuela aquello, esto pesa. El placer es allá un arte, aquí una faena.

La raza autóctona se ha ido afinando, y desapareciendo. De las invasoras que la acorralan y la reemplazan, nace un americano carnudo y búfago. Paga, y pega. Para tres cosas tiene el puño: para acaparar, para dispendiar, para anonadar. Quiere vaciar donde lo vean lo que gana donde no lo ven. Su placer mayor, acaso su placer único, es que lo vean. Nada envidia, sino la fortuna. Se vende, y cree que todo se compra.

Cuando necesita un vestido, como un alma, lo paga. Por fortuna, la gente llana de todos los pueblos de la tierra es buena, y al olor del mercado vienen, suavizando y bruñendo, la literatura y la música. De aquí a algún tiempo, sucederá que esta gente bovina tendrá vergüenza de serlo a la sombra de tanta casa bella, a los ojos de tanta mujer culta, en las ventanas de tanta librería suntuosa; y se sentirá domada, y entregará a Dalila sus cabellos. Las artes, que son el elemento femenino del espíritu, se entran sutilmente por las almas forzadas de los hombres, y las postran. De castillos feudales, de palacios rosados, de mansiones de pórvido, se está adornando Nueva York aprisa, como mujer que entra al gran mundo adelantada en años, y toma con desorden y a gran precio maestros de artes mundanas, que no logran quitarle de súbito aquella rustiquez y atolondramiento que delatan a los advenedizos. Es la cultura sutil como el aire, y más es vaporosa que visible, y es como un perfume. Pero ya es señal de ella el desearla, y New York anda en esto. Los teatros, más que divierten, fatigan, porque falta entre los concurrentes aquella compenetración de almas que hace inolvidables y fortalecedores los goces de la escena. Cada alma se queda en sí, y de esto viene una gran soledad de cada persona; y una atmósfera densa espiritual, que con las manos hay que empujar de encima, como un velo de plomo, para dar paso al pensamiento que quiere salida, y cae no bien la busca, quebradas contra el muro las dos alas.

Esa buena gente de New York, de la raza nativa, más astuta que pródiga, que hace gala de su moderación y sanidad, llenaba ayer mismo un salón de conferencias donde aparecían a recitar y leer trozos de sus obras dos de los escritores más famosos de los Estados Unidos. "Mark Twain" es el nombre de pluma de uno de ellos, que en persona real se llama Samuel Clemens. George Cable era el otro, un Pérez Galdós neorleanés, como él minucioso, trabajador como él, como él patético. No son hijos de libros, sino de la naturaleza. Esos literatos de librería son como los segundones de la literatura, y como la luz de los espejos. Es necesario que debajo de las letras sangre un alma.

Debajo de mis ventanas pasa ahora, en una ambulancia, en trozos, unidos apenas por un resto de ánima, el capitán de uno de los bandos de jugadores de pelota de pies. Dicen que el juego ha sido cosa horrible. Era en arena abierta, como en Roma. Luchaban, como Oxford y Cambridge en Inglaterra, los dos colegios afamados, Yale y Princeton. Mujeres, abrigadas en pieles de foca, ricas en pedrería, hubo a millares. Naranjo era el color de Yale, y el de Princeton azul; y cada hombre

llevaba su color en el ojal de la levita, y cada mujer una cinta al cuello. Caballeros y damas, de seda exterior vestidos, mas sin seda interior, se apretaban contra las cuerdas que cerraban la arena. Detrás de ellos, coronados de gente, doble fila de coches, como en las corridas de caballos. El cielo sombrío, como no queriendo ver. Los gigantes entrando en el circo, con la muerte en los ojos. Llevan el traje del juego: chaqueta de cañamazo, calzón corto, zapatilla de suela de goma: ¡todo estaba a los pocos momentos tinto en la sangre propia o en la ajena!

A las dos comenzó el juego: a las seis no era aún terminado. Los de un bando se proponen entrar a puntapiés la bola en el campo hostil: y los de éste deben resistirlo, y volver la bola al campo vecino. Este pega: aquél acude a impedir que la bola entre: otros se juntan a forzarla: otros acuden a rechazarla: uno se echa sobre la bola, para impedir que entre en su campo: los diez, los veinte, todos los del juego, trezados los miembros como los luchadores del circo, batallan a puño, a pie, a rodilla, a diente. Se asen por las quijadas: se oprimen las gargantas: se buscan las entrañas, como para sacárselas del cuerpo; resuenan, como duelas de caja rota, los huesos de los pechos. Se patean, se cocean, se desgarran. Y cuando se apartan del montón, el infeliz capitán del Yale, caída la mandíbula, apretados los dientes, lívido y horrendo, se arrastra por la arena hecha lodo, como una foca herida: gira sobre su cabeza, apoyado en un calcañal, con el cuerpo en bomba; se revuelca sobre su estómago; muerde la tierra; se mesa el pecho, como si quisiera arrancárselo a tajadas; y lo recogen del suelo, con un tobillo junto de la barba.

Agoniza en la arena, y lo sacan en brazos. El juego sigue, y el vitor, y el aplaudir de las mujeres. A otro le cuelga el brazo dislocado. A otros les corre la sangre por los rostros. Y pujan, y arremeten, y se revuelven y retuercen sobre la bola, y uno se queda exánime, cuando el montón clarea, con los brazos tendidos, y la vida en vilo. Dos jugadores se arrodillan a su lado, le sacuden el pecho, le golpean sobre el corazón; cambian con él alientos: ya está en pie, tambaleando. Las mujeres lo saludan y vocean: todo el aire es pañuelo. Toma otro su lugar, y sigue el juego. Si el día no acabase, no cesaría. Yale vence. No se pregunte por los nombres de los combatientes, muchos de ellos de casas famosas. El lucimiento mental se desdeña, y se apetece el brío—del músculo. En los colegios befan a los aplicados, y admiran y regalan a los fuertes. Alarmados, comienzan este año los colegios a poner coto a estos alardes físicos. Ya no habrá este año en Harvard pelota de pies. Pues los niños

en Boston, de donde es el púgil Sullivan, ¿no han empezado a ir al matadero público a beber tazas de sangre, porque a uno de ellos, que peregrinó por ver una pelea del púgil, le dijo éste que para ser fuerte bebía sangre? Y se escapan de las escuelas, y van a ver, en su taberna, llena de cuadros lascivos, al bostonés formidable que de una puñada abate un cráneo. Su cara es roja e informe, como un bulbo. Cuando pasa por los pueblos, a dar fiestas de boxear, la gente sale a los caminos, y lo reciben en diputación, y lo aclaman. Vale más que volvamos los ojos a la casta mejor, que mantiene en salvo la honradez de la nación, que fue la que determinó la elección de Cleveland, que influye en la plataforma colegial y en la sagrada, que acudió a oír a Mark Twain y a George Cable.

Ya no son los rostros inexpresivos y las cabezas redondas de las calles; en los vestidos se nota sobriedad elegante; luz en los rostros; en las cabezas, aquel tamaño, desigualdad y carácter que dan las varias ocupaciones del pensamiento. Lo mejor de New York ha ido al salón. No es de perder la noche en que se presentan en público el humorista célebre, y el novelista perspicaz del Sur.—Mark Twain escribe libros de reír, henchidos de sátira, en donde lo cómico no viene de presentar gente risible y excesiva, sino de poner en claro, con cierta picardía de inocente, las contradicciones, ruindades e hipocresías de la gente común, y en contrastar, con arte sumo, lo que se afecta pensar y sentir, y lo que se piensa y siente. Pero lo hace de tan suelta manera, y con tan poco aire de dómine, que la gente se ríe de sí misma, al verse sorprendida en su interior, como niño a quien al punto de hurtar fresas de la cesta, alcanza a ver la madre cariñosa. Sus ideas le vienen directamente de la vida; y aunque bien se ve en sus libros la maña del letrado, no es de aquellos que por parecer culto, monda, tijeretea y recorta sus ideas, como si dama alguna en tren de baile fuera más bella que la Venus de Milo.

¿De qué nace, sino de desatentada coquetería, ese callar o desfigurar lo que se ve por sí propio, en el afán de demostrar que se está en cuenta de lo que otros dijeron? Bueno es saberlo y aprovecharlo; pero con ser un índice de su tiempo, no se pasará a los venideros. Mire cada uno por sí, y escriba por sí, y entre en sí por luz, y palpe en sí y en su torno la naturaleza.

De impresiones viven las letras, más que de expresiones. ¡Escombros, escombros! Todas esas frases rellenas, todos esos abalorios históricos, todos esos paramentos literarios, ¿qué dejan en quien lee, sino la presunción de que el escritor es sabihondo? Narciso no se ha de ser en las

letras, sino misionero. No se ha de escribir para hacer muestra de sí, y abanicar como el pavón la enorme cola; sino para el bien del prójimo, y poner fuera de los labios, como un depósito que se entrega, lo que la naturaleza ha puesto del lado adentro de ellos. Los motivos, los abominables y ruidosos motivos, se han puesto de moda en la literatura como en la música.

Este frazea la inspiración de aquél, y la diluye, la infla, la dora. Andan por el aire las ideas del siglo, porque cada siglo tiene su atmósfera de ideas: se las recoge en una cucharilla literaria: y se las presenta, inermes y pomposas, sin aquel brío, color e influjo que tienen las ideas vivas, surgidas, como un ave del nido sorprendido, de cada tajo en el pecho, o noche del cerebro, que trae luego la luz. Oficio de dorador se hace ahora en las letras: urge que se haga oficio de minero. Las manos duelen más; pero se saca, con las manos fuertes, metal puro. Sobran los ejecutantes y los ornamentistas. No es Mark Twain, a pesar de su fama, en el mundo de las letras, luz mayor; pero brilla con la suya, que es hoy cualidad rara, y merece su renombre, que es mucho, en Europa y América. No lo trajeron a vivir de la mano, ni le dieron mujer hermosa y buena, ni le pusieron casa y coche, como era en nuestras tierras regalonas uso, no bien salía del aula, con la muceta encarnada c amarilla, el caballero joven de la casa.

Empezó de impresor. Las aventuras le hablaban al oído, y se hizo hombre de mar: lo lleva aún en el rostro sonrosado y fresco. En el Mississippi tomó su nombre de escribir, porque lo original le cautivaba. "Mark Twain", decía la voz de mando muchas veces: "En dos brazas", y no bien empezó, con su burlón desembarazo a contar lo que había visto por el mundo y a sacar de dentro del hombre visible, el hombre verdadero, lo firmó con el grito del Mississippi: "Mark Twain". Luego anduvo, de secretario de un hermano, por tierras de minas, donde la gente se acuesta sobre una veta de oro, y se despierta con un puñal al pecho.

Ha estado en los talleres encendidos, donde el país se fragua: con los que yerran, con los que enamoran, con los que roban, con los que viven en soledad y la pueblan; con los que construyen. El vagar le placía, y luego que había visto al hombre en un lugar, se iba de él, ganoso de observarlo en otro. Tiene el hábito de guiñar los ojos, como para ver mejor, o para que no le adivinen en la mirada sus pensamientos. Conoce a los hombres, y el empeño que ponen en ocultar o disfrazar sus defectos; y se divierte en contar las cosas de manera que el hombre

real, hipócrita, servil, cobarde, lascivo, caiga de la última frase de su cuento, como de las manos de un payaso el polichinela con que juega. Y se asoma a su frase a verlo caer.

Dibuja con carbón, pero con líneas rápidas y firmes. Entiende el poder de los adjetivos, los adjetivos que ahorran frases, y los apila sobre un carácter de manera que el hombre descrito echa a andar, como si estuviera vivo. De la práctica de ver le ha venido la seguridad en describir. Hay espíritus crédulos y ardientes, que lo ven todo, a la luz de sus propias llamas, o entre sus propias nubes, disparatado, enorme o deforme, falso o confuso: hay otros espíritus, como el de Mark Twain, incrédulos de puro experimentados, y aquietados, en fuerza acaso del padecimiento: y éstos lo ven todo en su tamaño natural, por más que a veces, como el defecto de su cualidad, no les sea dable adivinar las alas de las cosas. Le han dado fama, y cuatrocientos mil pesos de provecho, sus libros de viajes. Dice sus chistes como quien no los quiere decir, y los produce sin intención de causar mal.

No le gusta enseñarse, para que los hombres no se recaten de él, y le escondan el carácter que él con arte de buen cazador, les excita y espía. Debe tener, y creo que tiene, la melancolía incurable de todos los que conocen a los hombres profundamente. Casó con mujer rica, y ha estado en las Islas Sandwich, por toda Europa, por Egipto, por la Palestina. Lo insensato y lo hipócrita le mueven inevitablemente la pluma. Su chiste tiene de su propia vida la originalidad y la burdez. Lo ha ejercitado mucho tiempo entre gente elemental, y él ha debido ser calavera entre ellos, por lo que en todas sus páginas asoma el vulgo. Más tiene de Kock que de Chamfort. Pero sobre ellos tiene un exquisito sentido de la naturaleza, que a estar servido con más delicados pinceles, habría engendrado copias gloriosas. Su propia persona, chisteando y burlando, empequeñece sus vívidas pinturas.

No vaya a ver a Atenas de noche, si no quiere ir, el que lea el cuadro en que Mark Twain la pinta, que es tal, que se la ve: ni vaya a las Pirámides: acomete el contar cómo, estando en el tope de una de ellas, apostó uno de los guías que bajaría de allí y subiría a la cumbre de la pirámide próxima, y de ella volvería a la cumbre en que estaban, en diez minutos. Y echa a correr el árabe veloz; lo pinta bajando a trancos; lo suelta en la llanura ardiente: ya lo ve como un perro: ya lo ve como una paloma: ya lo ve como una mosca: no lo ve ya: ve un punto negro rampando pirámide arriba: sube: llega: saluda: baja: echa a correr de nuevo: ya toca a la base de la pirámide: ya vuelve como el

viento: ya está otra vez en el tope y ha ganado la apuesta: no han pasado aún diez minutos. En veinte renglones apenas cuenta Mark Twain todo esto, y aunque no lo describe hilo a hilo, se ve la soledad magnífica, el sol quemante, la pirámide grande, la distancia que las separa, la arena arremolinada, el alboroz que flota.

Escribe novelas, todavía no bien cuajadas. Recita, como de mala gana y de corrido, incidentes de su vida o episodios de sus obras: sale de bastidores como cojeando y aburrido: dice su cuento al público como pudiera a sus propios hijos para entretenerlos y verse libre de ellos. En estas recitaciones, al chiste del pensamiento añade el que irresistiblemente produce el contraste de sus cuadros cómicos y exageradas descripciones con el tono malhumorado, nasal e imperturbable con que las recita. No logra efecto en chistes cortos, sino que los diluye y extiende por la masa, porque su picor no está en la felicidad de la expresión, que suele ser violenta cuando la rebusca o dilata; sino en la justicia de su crítica, y en la manera con que contrapone las apariencias y los sentimientos. Dejarse caer y vagabundear le han complacido y servido siempre, y en los títulos de sus mejores libros se revelan este método y tendencias suyos: "Los Inocentes en Viaje"; "Los Inocentes en Casa"; "Un Vagabundo en Viaje", que lleva por cierto un tirabeque ingeniosísimo.

A veces, sobre un átomo, alza y hace danzar, con prodigios de equilibrista, una tromba de chistes. El *Figaro* de París se regala en sus libros, y lo traduce y celebra: por la fineza de estilo no es, que él conoce a su pueblo, y no se quiere fino, sino por la sutileza de la observación. Peina melena cana: los ojos acusan experiencia, profundidad y picardía; la nariz, aguileña y luenga, preside un mostacho marcial: el resto del rostro, de color sano, lo lleva lampiño: echa la cabeza hacia adelante, como quien escudriña: y es subido de espaldas, como si hubiera decidido encogerse para siempre de hombros. Así es Mark Twain, o Samuel Clemens, el primer humorista norteamericano.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 11 de enero de 1885

***ESCENAS NORTEAMERICANAS***

**1885**

## CARTAS DE MARTÍ

*Un teatro original y cómo se elabora New York.—Los personajes de las comedias de Harrigan y Hart.—De pilluelos a actores famosos.—La Ristori ahora.—La casa de Vanderbilt.—Vanderbilt perdona una deuda de \$150,000 a Grant.—Un donativo de \$500,000.—Una frase de Barrios.—Grant.—El Senado acuerda conceder a Grant el sueldo de General en Jefe.—Los oradores de los Estados Unidos.—Caracteres y razones de su oratoria actual.—Los oradores de antes: Nye, Carpenter, Garfield, Lincoln.—Los oradores de ahora, y su método: Edmunds, Blaine, Conkling, Hewitt, Bayard*

Nueva York, Enero 15 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Es invierno, y lo es de veras; pero no lo está sintiendo nadie, de puro preocupado y asustadizo. Los teatros, siempre en esta época tan concurridos, o cierran, o languidecen, o se queman:—como si el arte debiera morir siempre así—iluminando: lo cual decimos porque es verdad que el fuego se tragó en estos días un teatro, a donde va la gente cuando no va a otros de más empaque y literatura,—porque aquél, con los teatrillos de variedades y museos de monstruos, es el teatro genuino y directo de este pueblo naciente en cosas de arte:—no gusta el pueblo de ir sino adonde se halla. En este teatro de comedia neoyorquina, no se pinta, como que no la hay, una sociedad como la de París, que parece una estatua hecha de gusanos; ni como la de Londres, que es una caja de geometría; ni como la de Madrid, que es una cana al aire revoloteando perpetuamente al sol; ni como la de Viena, que es un “gabinete particular”, donde los camarones a la bordalesa están siempre servidos, y la tortilla con trufas, y el Liebmilchfrau rubio y ardiente: en el teatro de Harrigan y Hart, donde los actores, como fue de uso antaño, se escriben sus comedias, píntanse, con ribetes de sentimiento que parecen rayos de sol sobre una capa miserable, la masa revuelta, el feto colosal, las entrañas oscuras y fabricadoras, la roca hirviente; la calle, el taller, la casa de vecindad, la covacha en que los italianos aman y riñen; el aposento, repleto de hijos, donde el alemán, con gabán y sombrero alto, fuma, lee, se mata, o espera; la casuca, fabricada con restos de cajones, en que desde el pico de una roca, frente a un palacio enorme de granito labrado, un irlandés, cruzado de brazos sobre el chaleco mugroso, y empinados el labio inferior y las rodillas, mira sentado, fumando su pipa, cómo pasan, camino de la sombra, a manera de cesantes de la

vida, los sacerdotes sin iglesia, con su corbata blanca, su levita negra, y su cara triste, los descendientes de los buenos holandeses, con su rostro afeitado y honesto, y sus vestidos de paño burdo, las damas de años ha, singular mezcla de virilidad y de recato, la más cercana acaso en nuestros tiempos a la matrona romana: y ve pasar el irlandés,—mientras que su hijo que vendía ayer periódicos se le sube por la roca, con su vestido nuevo de dependiente de comercio, y de los dos hijos del dueño del palacio que tiene en frente, la una se casa con un noble inglés y el otro quiebra:—a esos melancólicos y despaciosos pensadores de provincia (niñescos y colosales a la par, como todo lo que está más cerca de la Naturaleza), que con lentitud y honradez de aldea iban moviendo, mundo adelante, su nación, y ahora, arrollados por el impetuoso pensamiento nuevo, que aquí toma las formas de la desesperación que embriaga y el ansia de conquista que la entretiene y alivia, tiene despavoridos y arrinconados, pálidos como los que se sobreviven, a los hijos legítimos de este país, que están viviendo como extranjeros en su tierra. Sentarse a oír una de las comedias de Harrigan y Hart, que no son más que escenas de costumbres avivadas con tonadillas penetrantes que toda la ciudad tararea luego, es asomarse a ver cómo se fabrica Nueva York,—y qué oro y qué cardenillo están entrando en ella.

Como alrededor de una oruga, muchos cuadros se desenvuelven en torno de una frutera irlandesa acurrucada, en medio de su montaña de mantones, frente a una mesilla de manzanas cenceñas que nunca se venden. Jóvenes dependientes; mozos artesanos que los miran como a gente menor; alemanes cuadrados y tortugosos; italianos tallados en un cuchillo; neoyorquinillos entecos, que son como maniqués de apetitos, peinados a la Capoul y disfrazados con burlas, por ser ley que todo lo que degenera se hace crítico, y luego pasa a cínico; policías, que abaten con su palitroque al que hace guiños a la criada de servicio que tiene a honra haber parecido bien al uniforme azul de botones dorados; pilluelos que relampaguean; padres viejos que salvan; muchachas pobres, ramilletes de caléndulas en que el pisaverde de monóculo, corsé, bastón de puño de plata y polainas carmelitas hunde la nariz descolorida en busca de rosas,—son los personajes usuales, matizados con uno que otro negro del Sur, de las comedias de Harrigan y Hart.

Hombres y mujeres se deleitan en oírlas, porque se ven en ellas. Y el que de larva pasó ya a mariposa, y se puso debajo de Júpiter cuando llovía oro,—¡que nunca cuesta menos la riqueza!—va allí de vez en cuando a batir las alas, o a rejuvenecerse acaso el corazón, viendo

en escena, con los combates y lances que un día fueron los suyos, aquellos tiempos envidiables de contienda y creación en que, porque era desgraciado, era dichoso.

Estos Harrigan y Hart así surgieron: de pilluelos, a actores famosos, a empresarios de teatros, a héroes de la ciudad.

Sus comedias, ellos se las escriben; y su teatro, que era de ladrillo y estaba en Broadway, se lo hicieron ellos. En el incendio desaparecieron todas las decoraciones de una pieza nueva,—salpicada por cierto de escenas francesas, como aquí está ya todo,—que iban a estrenar al día siguiente. ¡Ea, pintores! ¡Ea, carpinteros! ¡Ea, maquinistas!: que Harrigan y Hart, por quienes todo New York se conduce, quieren enseñar que no les apena, a ellos que todavía ayer andaban descalzos, haber perdido con su teatro unos sesenta mil pesos: ¡ea! que quieren abrir en una semana un teatro olvidado con la comedia nueva. Fue hecho, y lo abrieron. Mucha gente, en tanto que la Ristori declamaba en inglés los versos de *Macbeth* ante un teatro vacío, acudió a llevar los saludos de New York a sus actores favoritos.

¡Oh, la Ristori ahora, paseando por teatros lóbregos de tierras duras sus años adoloridos! Se siente una especie de dolor filial al ver esta majestad ofendida: parece que las estatuas griegas se han hecho carne, y vestidas de mendigas, lloran. ¡Cómo no lo han de sentir, los que, niños de escuela todavía ayudaron a desuncir, en una de las tierras del sol, los caballos de su carruaje, y mientras ella se cubría los ojos arrasados de llanto, se gloriaban, al aire la cabeza, en halar de él! ¿Cómo no ha de ser digna de la gloria la que la enseña?

¡Váyase de aquí la triste señora, que aquí, ni la estatua de la Libertad ha hallado quien le compre el pie; que de limosna piden ahora al Congreso,—ni ella tiene escolares! Ser rico es bueno; pero esto no ha de roer lo otro.

Nada es tan repulsivo como un hombre acaudalado que se repliega en sí y descuida los dolores de los hombres. Es un criminal, sin duda: un criminal por omisión. Sólo hay algo tan repulsivo como él: el envidioso disfrazado de filántropo, el denunciador sistemático de todo el que posee alguna riqueza. Un hombre hay en New York de fama universal por su fortuna; su padre, de poco más que botero, llegó, por las artes de su ingenio pronto y sutil, a fundador y dueño de caminos de hierro y otras altas empresas: el hijo, que heredó en tiempos prósperos, una

hacienda enorme, con serena perspicacia la ha aumentado: sus millones llegan a la centena: otros tienen en sus manos las riendas de sus caballos, y él, como de los caballos modernos, las de los ferrocarriles: no es avaricioso, como Jay Gould, sino frío: ha levantado en la Quinta Avenida, frente a la catedral de la religión, que como señal de los tiempos, está incompleta, la catedral de la riqueza: su casa no tiene arabescos, como no los tiene su carácter; y ¡oh símbolo involuntario y elocuente! con cajas y con pacas se hizo esa fortuna, como toda la de este país, y la casa oscura de Vanderbilt, tiene la figura de una caja o una paca: ¿se vive acaso en vano entre ellas?

Las artes todas de estos tiempos sin creación, puesto que son tiempos sin fe, se han dado cita, estimuladas como meretrices por el lucro, en este hogar de magnate indiferente. Sedas, Damascos, Gobelinos, Aubussones, Goyas, le parecieron tapices pobres y de poco costo para sus paredes; y las ha cubierto, como del lienzo que cuesta más, de tela de los grandes pintores, que son ahora los que hacen las cosas pequeñas: Meissonier vive, copiando crines y ribeteando sombreros de miñones, ochenta años; Bastien Lepage y Millet, que conciben los ángeles y llenan de aire cargado de espíritu sus cuadros, en la flor de su juventud afligida, mueren. En ciertos tiempos, y entre ciertas gentes, no hay como ser pequeño para ser grande. Y ahora que los de arriba bajan y los de abajo suben, y se está en el oleaje de que quedará luego el nivel justo, no hay como ser poseedor de una gran fortuna para atraerse la malevolencia de las gentes. Vanderbilt es odiado, y por los que no lo odian, mirado de reojo. No lo conocen, ni ha hecho nada abominable, y, sin embargo, lo abominan. Aborrecen en él las desigualdades exasperantes que saltan a los ojos melancólicos de los observadores, y a los menos benévolos de los pacientes de pobreza. Y en verdad, en verdad: mientras haya un hombre que duerma en el fango, ¿cómo debe haber otro que duerma en cama de oro? Séquense en las ciudades los barrios fétidos; échense a tierra las casas malsanas; levántense por los capitales desocupados, y dense a los pobres por bajo alquiler, o sin él cuando no pudieren pagarlo, casas limpias y gratas a los ojos,—que la bondad en mucha parte entra por ellos. ¿Cómo se piden, de atmósfera miasmática, almas claras? El alma, que desde su aposento desaseado no ve más que lobrete, se vuelve torva. Cada casa limpia y ventilada es una escuela.

Vanderbilt no cuida de estas cosas, no tanto porque desdeñe la fama y quehaceres de filántropo de oficio, como porque, de ver desde que nació aduladores, y viles a los hombres a su alrededor, ni le despiertan

interés, ni le inquietan o alcanzan sus censuras. No tiene esa ansia angélica de los espíritus generosos. No tiene el arte de la bondad.

Pero hace bondades colosales, simplemente. Como no ha padecido, no conoce a los que padecen. Para ser caritativo, se necesita haber sido infortunado. Y a Vanderbilt se debe disculpar porque los hombres, vistos desde arriba, vistos desde cualquier género de altura, dan tristeza: —“¿A qué quieren que me apresure—decía Barrios, el tirano de Guatemala, un domingo por la mañana—para recibir a esos perros que vienen a comer las migajas de mi mesa?”: los perros eran sus ministros, sus magistrados, sus diputados, sus empleados, sus aspirantes, ¡gente brava toda, que bajo hombre semejante tiene el valor de vivir!, ¡gente muy brava!

Vanderbilt acaba de hacer ahora dos bondades. La primera ha sido regalar al Colegio de Medicina de New York, que es misero y no da médicos de monta, quinientos mil pesos, doscientos mil en terreno, para que levante un edificio, y en un cheque que incluyó en la carta de donación, trescientos mil. Tenía la carta unos veinte renglones. Más sonada aún y celebrada,—por estar hecha en favor de persona prominente, y con esa delicadeza que dobla los beneficios,—ha sido su bondad con el general Grant, a quien el fumar tabaco ha hinchado y puesto a punto de cáncer, la lengua,—y las amarguras pecuniarias, que en su momento fueron contadas a *La Nación*, tienen enfermo de espíritu. Se recuerda la quiebra famosa de la casa de Grant y Ward, en que aquél permitió a sabiendas, por salvar acaso a sus hijos comprometidos, que el bribón Ward usase de mala manera de su nombre. Recuérdase el pánico a que aquella quiebra dio origen: los bancos que se cerraron: las quiebras y suspensiones que les siguieron: el préstamo de \$150,000 que Vanderbilt hizo personalmente a Grant para cubrir los pagos de un día del Banco a que la casa de Grant y Ward debía 600,000. De manera que, como Banco y casa vinieron abajo, Grant quedó debiendo por su propia cuenta a Vanderbilt \$150,000. Tiene honor, el viejo soldado; y empeñó al punto a Vanderbilt cuanto le quedaba de la hacienda de su mujer y de la suya propia; sus casas, su finca de campo, los regalos que en su viaje imperial le hicieron en todas partes del orbe, las copas labradas que le dieron las ciudades inglesas, la caja de oro en que le entregaron su acta de ciudadanía de Dublin, las medallas acuñadas en su honor, los dos caballos blancos, de ojo vivo y caña aérea, que le envió el Khan. Hizo Vanderbilt cual si de veras aceptaba los empeños, para que, como su deuda era privilegiada, no pudieran echarse sobre la propiedad otros

acreedores de espíritu ruin; y luego que pasó lo empeñado a su poder, pidió permiso a la esposa de Grant para ofrecerle, en dominio absoluto, las pertenencias del marido: "y pasen, dijo, cuando el general lo desee, a poder del Gobierno de la Nación los recuerdos históricos que demuestran cómo supo servirla uno de sus más ilustres hijos".

Negóse el general, que, aunque pareció aceptarla al principio, se había resistido ya también a recibir de sus amigos la suma que éstos, entre los que en New York y Filadelfia estiman a Grant en mucho, tenían casi reunida para pagar a Vanderbilt su crédito. Insistió Vanderbilt; y Grant cedió; pero la esposa ha renunciado el donativo finalmente. Acomodo ha de haber: las medallas y regalos irán al Gobierno: Vanderbilt se ha hecho amable: ya los paseantes de la Quinta Avenida hallan menos insolentes los feos embutidos de oro que decoran un balconete interior de la fachada de su casa oscura.

Los hombres, uno a uno, son cosa triste de ver: en conjunto, admiran. Y como el infortunio acrisola, y no hay lavador de culpas como la desdicha, los adversarios más fieros de la política desdeñosa, marcial y adquisitiva de que consejeros adustos hicieron a Grant representante, arrian banderas, y saludan con ella al enemigo vencido. El, como aquel mísero general Santa Anna en sus últimos años, tiene ya los labios apretados, como si airado de no haber podido gobernarla a su antojo, no quisiese ya cambiar palabras con la vida. El, luego que se vio en la mano, resplandeciente como si estuviese hecha de estrellas, la espada con que ganó la libertad de los negros y restableció su nación,—soñó, hecho ya a andar a caballo, que debía entrar a saco, disimulando el arma bajo tratados y convenios como el toreador su espada bajo la muleta, por cuantas tierras baña el mar y olean los cuatro vientos en los alrededores de Norteamérica. Soñó con Alejandro y con Aníbal:—y se apaga, de la tristeza de no serlo.—Mas la nación, que vio con inquietud y disgusto, cuando no con ira, su parcialidad para con sus secuaces, y las tentativas con que hubiera deslucido su propia gloria y la de la República,—no olvida cuando lo ve desconsolado y esquivo, al que fue grande y clemente en Appomattox, juntó sin ira la República deshecha, y salvó para la libertad, con propósito o sin él, el pueblo único donde impera ampliamente. Cuando lo han visto sufrir, se han apretado todos a él; y en el Senado, donde ya habían hablado mucho de esto, un anciano de calva cabeza y barba blanca pidió a los senadores conmovidos la

inclusión del general Grant en la lista de retiro con el sueldo pleno de General en Jefe de los Ejércitos de la República: y todos los senadores, y de los del mismo Sur, menos nueve, asintieron a la demanda de Edmunda. La Casa de Representantes ha de confirmarla, con debate agrio sin duda. Y ya se susurra que hablarán briosamente en pro oradores de fama.

¿Qué tienen los oradores americanos de este tiempo, que ni sus nombres, ni sus discursos, salen afuera? Los de Wendell Phillips, sí; y los de Webster; y los de Charles Sumner; y los de Lincoln. ¡Ah! lo que tienen es, que el que se preocupa excesivamente de sí, es olvidado de los demás con justicia; y el que trabaja en pro del rincón de tierra en que aprovechar, y no de la tierra vasta humana en que sólo la conciencia se beneficia, no merece salir, y no saldrá, de su rincón de tierra. Sólo el amor penetra.

Y es curioso ver cómo se han ido convirtiendo de oradores en lectores los representantes norteamericanos. Ya no peroran, sino leen. Tienen como vergüenza de su propia inspiración. Creen que, si dejan el vuelo a la elocuencia airosa, se les ha de acusar de romancescos e inexpertos; y una a una, en obediencia de la demanda de abogados utilitaristas, van deponiendo, sin tristeza, las nobles pasiones. El sarcasmo y la lógica quedan sólo como fuerzas acreditadas en la oratoria americana; mas la elegancia y hermosura, la olímpica majestad, la arremetida relampagueante, la gloriosa fulgencia de la palabra de Webster, parecerían ahora dotes pampanosas y vanas, con que se hurtaba el tiempo del Congreso, señalado a más altos oficios. También la oratoria como la pintura, se rebaja. En el mundo hay, sí, por Dios, más López que cortejan, que Cervantes que resisten. Tal paga, tal manda. Quieren calculadores, que vean por la bolsa. Y como de hacer el dinero, apenas les queda tiempo para gastarlo, no gustan de que el discurso les obligue a meditar, sino de que diga las cosas en lengua pedestre, que les parece sospechosa, y como poco fidedigna, si por desventura deja paso a algún primor artístico.—De ser elegidos viven los representantes; de modo que no hacen cosa que desagrade a los que han de elegirlos:—vese, pues, que en las tierras de sufragio hay peligro de vida en no afinar y aquilatar el espíritu de los electores.

Y con esa razón principal, lo es también para esta decadencia de la tribuna, la parcialidad cerrada y ciega con que batallan aquí los bandos

políticos; porque, como se sabe lo que cada partido piensa, y de antemano se tienen recontados sus votos, vienen a ser ineficaces los discursos, y a estar como previamente desoidos por aquellos en quienes debieran influir,—de modo que no se les da ya este empleo, ni se pretende hacer vacilar con ellos la opinión de hombres que se han resignado a no tenerla propia, sino que se usa de la tribuna del Congreso como de un medio de ser oído por toda la Nación,—por lo cual ha venido a ser costumbre que diputados y senadores no pronuncien, con la animación de la palabra suelta, sino lean pausada y monótonamente sus peroraciones. Sobre que apenas hay tampoco cuestión que no demande tal copia de hechos menudos, y razones de cifra, que la improvisación, y la vehemencia que va con ella, parecerían extemporáneas. No ha de decirse, sin embargo, que los oradores han muerto. Las ocasiones vengan, que los oradores se revelarán.—Pues cuando no tienen qué decir, ¿qué han de decir? No hay pudor más tenaz que el de la verdadera grandeza.

Oradores pujantes tuvieron en otro tiempo los Estados Unidos:—aquel Nye, que llevaba en el pecho todas las pasiones de la muchedumbre, que le oía pasmada, y le seguía embebecida y sin aliento más que por el interés humano de la causa parcial que defendía, por aquella manera especialísima de discurrir en que ya describía cuadros queridos a la gente llana que iba siempre a escucharle, ya, pendientes aún las lágrimas de sus ojos, se las evaporaba en risas, ya desnudaba de toda virtud a sus adversarios políticos: y parecía que quedaba marcado con hierro el hombre a quien Nye marcaba;—aquel Garfield, de griega solidez, en cuya plática maciza y bruñida, ni la energía, ni la trascendencia, ni el ardiente amor a los hombres anduvieron nunca en falta;—aquel Carpenter que luego de estudiar, cincuenta y ocho horas de seguido a veces, la materia de su discurso, salía de entre volúmenes abiertos y revueltas notas a derramar su palabra caliente y meliflua, rebotante de admirables imágenes, que venían a sus labios armónica y precipitadamente, como los movimientos significativos a sus brazos, y a sus ojos encendidos las guedejas revueltas de su plateado cabello; y ya se ponía, como quien reta, las dos manos en los bolsillos de su pantalón, ya, como quien levanta un haz de flechas, las alzaba con gesto violento por encima de su cabeza, y con inspirados ademanes, las abatía, sacudiéndolas, sobre sus oyentes;—y aquel Lincoln, que no dijo palabra que no fuera máxima, que a todos venció en el arte de conmover a sus oyentes por medios inesperados y sencillos, que decía las cosas de ma-

nera que cada cual que las oía las tenía por suyas propias, que trajo a la oratoria aquel aroma fuerte de la selva bíblica, que en el trato de la naturaleza se consigue, aquel temido Lincoln que unió, con arte de ferrador, la claridad a la grandeza.

Otros son los oradores de ahora, más famosos por su manera diestra de escaramucear que por esas benéficas oraciones que quedan por largo tiempo visibles y suspendidas en el aire, como aquellos escudos de los caudillos que, levantados por los nervudos brazos, servían como de punto de reunión y signo de victoria a las cohortes desbandadas. Ese Edmunds, que habla como quien clava con las dos manos enlazadas y caídas, empujando a veces las palabras decisivas con el índice de la mano derecha,—certero, cortés, atendido; Blaine, que no fía a la inspiración sus discursos, sino los elabora celosamente, y escribe muchas veces las mismas frases hasta que le parecen bien cuajadas, y conoce el arte de sugerir, con que gana el orador la voluntad de su auditorio, por cuanto deja creer a éste que de sí propio origina lo que sutilmente le va el discurso enseñando: agrupar es el medio, contenerse es la habilidad, halágar es el arte de Blaine;—Conkling, el más airoso acaso de la nueva tribuna, que sin un clásico no anda nunca, por no perder la costumbre del noble hablar; ni reconoce compañero más útil que el Diccionario de Noah Webster. Conkling nunca lee sus discursos, sino que se prepara cumplidamente, antes de ellos, sin que le quede malla rota en la armadura, para ningún asalto probable, ni pueda ser que el adversario sepa del caso lo que él ignore: y ya sobre estos rieles, echa sin miedo ni violencia la palabra flexible y abundosa, que se esparce en variadas ramazones, y deja de una parte y otra cabos sueltos, y caracolea, y se remonta, y se enmaraña, y ya parece perdida, cuando como guiador que está seguro de sus corceles, con un hábil golpe de mano recoge las riendas divididas, y a paso resonante y altanero llega a término feliz, así cual carrero de Grecia que detuviese sus caballos robustos, en día de buen sol, frente a la columnata del Pórtico.

A Carlisle, el Presidente de la Casa de Representantes, le viene su fama de aquel inevitable influjo de su palabra aparentemente sencilla, mas redoblada de finísimo acero templado en largo estudio; él no estudia su forma modesta, que es la de un disertador seguro y discreto; mas se carga de tal suma de razón, y con empeño tal escruta los detalles en que funda sus argumentos, que lo que dice, pesa y queda: y en otro campo le buscarán batalla, mas todos le huyen en el suyo propio.—Bayard que está a punto de ser miembro del Gabinete de Cleveland, es un

aristócrata de la lengua, que la usa con grande amor y gracia, y a quien lo abundante del pensamiento, sobre lo escogido de la dicción, hace parecer a veces, en el concepto vulgar, desmayado y difuso.

Otros hay, como Hoard y Long, que campean por la elegancia y riqueza de su lenguaje, que en Long alcanza excepcionales perfecciones; mas, aunque la improvisación no los pondría en apuros, ambos estudian con mimo las oraciones que pronuncian luego de memoria, con arte celebrado; y de Hoard dicen que no sólo las palabras aprende, sino en el espejo los gestos. Ya entre los famosos, quedan sólo, porque lo profundo va en ellos realzado por lo clásico y por la honestidad clarísima de propósito, Abraham Hewitt, amigo de los hombres, que se mira en ellos, y les ve alada el alma; y Cox, el diputado de New York, que los números adorna con guirnaldas de rosas, con tal galanura que sus electores mismos no se lo echan a mal, como que no tiene la razón puerta mejor que la hermosura. Estos cruzan, en las grandes ocasiones, armas en la Casa y en el Senado.—¡Oh, oratoria, león encendido!<sup>1</sup>

*La Nación.* Buenos Aires, 22 de febrero de 1885

## 14

## CARTAS DE MARTÍ

*I.—Crímenes y problemas.—El problema religioso: de nacionalismo a autoritarismo.—Posición de las Iglesias hostiles.—Monseñor Capel y sus trabajos.—II.—La dinamita en New York.—Los irlandeses e Inglaterra.—Los socialistas alemanes.—Los Caballeros del Trabajo.—O'Donovan Rossa e Iseult Dudley.—Fenómenos del egoísmo*

<sup>1</sup> A continuación Martí se refiere a asuntos relacionados con la América Latina. Se encuentra reproducida esta parte del trabajo en la pág. 87 del tomo 8, de estas *Obras Completas*.

New York, Febrero 9 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

I

Eco de Europa ha parecido en estos días últimos New York; y se delinea ya a los ojos de todos una pregunta que desde hace mucho se hacen los de mirada previsor: ¿este país tan preparado por la naturaleza y la fortuna para ser original y bueno, será definitivamente una voz genuina y formidable, que con locomotoras por cañones, chimeneas por lanzas, y dragas y cultivadoras por máquinas de guerra, eche adelante por el mundo, y lo lleve a vías nuevas,—o, sin fuerzas para depurar y transformar la invasión que a un tiempo lo trastorna y lo fecunda, será al cabo un mero eco?

Porque una Iglesia se fundó aquí, con diversísimos rituales, hijuelos más o menos timoratos de un sistema de autoridad que a unos agrada y a otros parece indispensable, si el mundo ha de vivir en orden, dado que lo impuro y brutal florecen en él con exceso sobre lo delicado y justiciero, y es fuerza andar entre los hombres poniendo frenos y mellando dientes, si no se quiere, dondequiera que la vigilancia se abandone, ver, a manera de cuadro ultraapocalíptico, bajo cielo desgarrado, los brutos sentados sobre sus ancas gordas, refocilándose con los restos de las almas:—un alma superior es un gemido. Mas todas estas iglesias se unían, como en un templo de acero, en una Iglesia fundamental y común, fecunda como todo lo digno, y era el ejercicio de la razón humana. Pues ahora crece y prospera al modo compuesto y precipitado de una progresión geométrica, otra iglesia distinta que apoyada en los temores de los incultos a quienes aterra con el anuncio de la penitencia eterna y atrae con las solemnidades del rito, y en los mayores y distintos miedos de la gente poderosa. que empieza a ver con recelo

la libertad política, como ocasionada a que se salgan al fin de madre los apctitos de la muchedumbre, cunde y se enseñorea, atrae a sí las sectas más autoritarias y, por tanto, abandonadas del culto protestante, crea universidades de Teología, prepara, para echarlo por sobre la nación como una red, un sistema de enseñanza religiosa, y echa al cielo impasible, rodeada de palacios, una catedral de mármol, más frecuentada y rica que todas las que proclaman el uso legítimo de la razón libre.

Se ve aquí todavía, como se acaba de ver en la elección presidencial, una especie de poder subcutáneo, lento de puro pudoroso, que en las horas de crisis y pervertimiento público, aparece, opera, sujeta los dioses a sus altares, dispensa a los profanadores, y con sus vestidos sencillos de paño burdo, se vuelve amenazante a su asiento.

Mas lo que viene de Europa arrolla y sobrenumera a lo que de aquí se mantiene; y en vista de las grandes hordas descontentas, deseadoras y convencidas de su poder que enseñan de todas partes el puño cerrado, y ya muy a menudo en virtud del falso sistema económico que permitió su importación excesiva, se quedan sin empleo, y en vista también de la indiferencia religiosa, que viene de la omnimoda preocupación de la riqueza, y del pensamiento libre, que amenaza a la vez a todas las formas de cultos, el trascendentalísimo problema humano que aquí ahora se formula, es éste:—¿Se agruparán, más en espíritu y forma y la mayor parte en espíritu, todas las Iglesias, autoritarias por esencia, alrededor de la más autoritaria, mirada hoy como baluarte único contra la próxima arremetida social, o sensibles al fin al inminente peligro, ya por mucho tiempo descuidado, frente a la Iglesia Romana, y alguna hija cercana que se le allegue, se congregarán, en enorme y arrolladora rebeldía, a una sacudida alarmada de ese espíritu del país, que parece ir de vencida, todas las Iglesias, desde el episcopalismo al abeísmo, que mantienen el derecho inalienable del hombre al ejercicio de su propia razón?

¿Y cuánto problema secundario, cada uno considerable, arranca de éste? ¿La Iglesia Romana, al enseñorearse de un pueblo de prácticas más libres y gratas al hombre que las de otro alguno, se suavizará beneficiosamente con ellos, o se valdrá meramente de ellas para luego, ya segura de su dominio, cercenarlas?

¿Y la entrega voluntaria del gobierno de sí, verificada de propio asentimiento y en paz aparente, en un pueblo fundado y mantenido con el fin de demostrar la capacidad del hombre para entenderse y regirse,

no será el golpe más rudo de eco secular que haya jamás recibido, desde que el primer espíritu generoso se rebeló contra el primer déspota de tribu, la dignidad humana?

¿Dónde está, pues, en esta fábrica portentosa, en esta nación a que su enormidad misma defiende y asegura, la hendidura por donde se está escapando, con prisa que da miedo, el gran esfuerzo humano? ¿Todas las libertades, todas las abundancias, hasta todos los favores políticos que vienen de una posición geográfica privilegiada, no rodearon a este país al nacer, como hadas buenas y le presagiaron no vil poder marcial, sino nueva y espléndida manera de fortuna? ¿Quién sino aquella cohorte de patriarcas norteamericanos, que de las alas ensangrentadas de la Libertad fabricó riendas, y a la redención humana, que andaban en poesía, la puso en práctica, y llamó a la puerta del hombre, y le entregó las llaves de sí mismo, y le dijo: levántate, y manda?—Y ¿qué valdrá más, aunque de lo que va dicho a esto parezca que hay gran salto, sin haberlo; qué valdrá más para un pueblo nuevo que quiere constituirse de un modo grandioso y durable, honroso para sí y la historia humana, puesto que sin utilidad para ésta no hay honra alguna en ser grande; qué valdrá más: desarrollarse con lentitud juiciosa y por allegamientos moderados en analogía con su propio espíritu, o alcanzar en poco tiempo tamaño y fuerzas que pasmen, por la desbaratada acumulación de elementos desemejantes y enormes, comidos hasta la médula por odios y preocupaciones hereditarias, que se harán dueños de un país antes de haber tenido tiempo de confundirse con su espíritu y amarlo? ¿Pues nación es el conjunto de hombres febriles e indiferentes en una tierra en que han nacido de ocasión, o viven de poco ha, sin más intento que el de acaparar presto la mayor suma de fortuna, o es aquella apretadísima comunión de los espíritus, por largas raíces, por el enlace de las gentes, por el óleo penetrante de los dolores comunes, por el gustosísimo vino de las glorias patrias, por aquella alma nacional que se cierne en el aire, y con él se respira, y se va aposentando en las entrañas, por todos los sutiles y formidables hilos de la historia atados, como la epidermis a la carne? De eso, las cohortes que vencen; las literaturas que perpetúan; las nacionalidades que perduran y resplandecen.—¿No está el nutrise bien, en esto de pueblo, en hartarse de alimentos, sino en digerirlos!

¿Cuándo hubo monjes en los Estados Unidos? Pues ya, en ceremonia pública y con más celebraciones que censuras, un joven de buena casa y fortuna, miembro de una Iglesia no muy reñida con la Católica,

renuncia a las alegrías humanas, se rase la barba, y se hace monje. ¿Quién que lee con atención la "North American Review", donde con imparcialidad notable se van presentando los problemas que más preocupan al público, no ve que el religioso, con ser el político tan interesante, no está sobre él, sino dentro de él, y con extraño silencio y asentimiento resucitan debates teológicos, se acentúa la creencia en la necesidad de una Iglesia autoritaria, se enderezan argumentaciones sobre la bondad y racionalidad del infierno? En los periódicos, ¿quién no tropieza, aunque sean de gente protestante, con muy marcadas muestras de simpatía a ese blandilocuo prelado, que porque la tiene buena, figura entre las cabezas de la Iglesia, y en dos años que lleva en este país, ha logrado vincular, como si trabajase en materia blanda, no sólo en influyentes conversos, sino en gran parte del público común, ideas de autoridad y represión que a maravilla concuerdan con aquel cansancio del cuidado de sí que engendra, más que otro alguno en los hombres, el exclusivo afán de riquezas, y con los sustos en que ponen a la gente que tiene que perder las sacudidas y amenazas de lo que no halla camino de ganar? Monseñor Capel está en la casa de los ricos, en el púlpito de las catedrales, en el escenario de los teatros, en el retrete de las esposas afligidas, en la sala triste de la niña exaltada, que sin conocer todavía la santidad del amor humano, arde por consumirse en el divino. Lógico, culto, fértil, elocuente, suave, diestro, está monseñor Capel venerado y agasajado en todas partes. Si duerme, no se sabe; pero no lo parece. No hay día sin acto suyo. Está en los tiempos, y trabaja con ellos. No gusta de sermones, sino de conferencias. Cardenal como es, más que en la iglesia, predica en el teatro. Se dan fiestas noche tras noche, y no hay ramo de flores más oloroso que sus cumplimientos. Seda es su túnica y su lenguaje. No saca sus argumentos de la Biblia, ni de los Concilios, ni de las Encíclicas papales; sino de los sucesos corrientes, de los riesgos que acusan, de la necesidad de remediarlos. No presenta la Iglesia como una institución nacida de revelaciones, y mantenida por eterna virtud de autoridad; sino como el mejor sistema represor de los extravíos y peligros modernos.

Las preocupaciones, las azuza en privado; en público, no hace más que elegantes y estrechos razonamientos. Y el acero de Toledo penetra bien en la carne; pero no mejor que en las mentes desprevenidas, que son las más, y aun en las que no lo estén, la frase templada y bruñida de este reavivador infatigable, que ve que el combate está en la tierra, y pie en ella lo libra contra el siglo, de lo mejor de su panoplia misma,

tomándole las armas. De manera que si hoy se preguntase quién ejerce en este país un poder oculto más enérgico y trascendental, el que respondiese que monseñor Capel era, no iría errado. A su aliento, se ha levantado todo un ejército de lidiadores.

En Roma, concilio de obispos americanos. Aquí, con asistencia respetuosa de toda la prensa, concilio en Baltimore; sabia presentación de la utilidad de la Iglesia como poder político, más que nunca necesario en el actual desbarajuste; donaciones cuantiosas para Escuelas Normales de Sacerdotes, base permanente de un ancho sistema de escuelas nacionales religiosas; y las arcas, ya llenas; y las órdenes, dadas; y los carpinteros, levantando enfrente de las escuelas públicas, donde ninguna religión se ofendé ni apadrina, mas se mantiene el sentimiento religioso, las escuelas católicas, donde se enseñará la subordinación de todos los fines humanos a las ordenanzas de la Iglesia. Y en una caricatura del *Puck*, que es aquí un semanario cómico, con láminas de colores, un gatillo, a quien en la primera lámina da a beber leche una niña, con permiso de su maestra, que le guarda el libro,—en la lámina última se ha convertido en aterradora fiera; la maestra, rota a un lado; el libro, bajo la garra; la niña, subyugada y temblorosa.

## II

De Europa vienen, no sólo suecos andariegos e italianos mansos; sino irlandeses coléricos, rusos ardientes, alemanes exasperados. El irlandés, que se ve cortejado por la importancia política que le da lo numeroso de su voto, y con ella le asegura buena porción de los presupuestos e innumerables ventajas privadas que vienen de ella, mira ésta como tierra donde es necesitado, y no olvidado jamás de su terruño, parte de buen grado su hacienda entre el cura que le maneja el alma, y los capataces políticos que alardean de públicos enemigos de Inglaterra. El alemán que en buena porción es ciudadano pacífico, en otra, pernicioso y activa, es fanático propagador de medidas violentas que pongan de una vez los cimientos de las casas en las nubes, y los trabajadores socialistas en los lugares de los empresarios que los emplean. El ruso, sangrándole todavía las espaldas de los golpes del *knut*, trae a estas inquietudes alemanas su palabra deslumbrante y fatídica como las estepas: y entre esos odios brilla, con su frente blanca y sus ojos azules, como el ángel de la iniquidad. De alemanes está lleno el Oeste; y el Este de irlandeses:

de alemanes, que azuzan a los trabajadores descontentos; de irlandeses, que alientan, más que a los defensores esforzados de su tierra en el Parlamento inglés, a los que asaltan, en unión con gente de París, el Parlamento, y Westminster, y la Torre de Londres.

De la noble Francia, que paga siempre con sobrada sangre propia sus errores, no ha de decirse que viene a perturbar la casa ajena. De Europa vienen, pues, con los artesanos que trabajan, los odios que fermentan. Viene una población rencorosa e híbrida, que ni en sí misma, ni en la que engendra produce hijos legítimos y sanos del país cuyo gobierno, sin embargo, les pertenece; y más que en el provecho de una nación que no aman, y de la que, por estar ella misma trabajada, no alcanzan cuanto apetecen, usan sus privilegios de ciudadanía en satisfacer sus pasiones extranjeras, en propalar ideas nacidas en otras tierras de problemas extraños, y en valerse de la inesperada libertad para cumplir más prontamente sus designios. Su trabajo, generalmente bien remunerado, les da modo de mantener en constante empleo a los que, por convicción o por oficio, se ocupan, no en estudiar y perseguir las causas económicas de las injustas diferencias de provechos entre empresarios y empleados, sino en excitar a los obreros, en preparación de un levantamiento formidable aún lejano, a actos de violencia que por el terror arranquen de los empresarios las concesiones que la razón a veces no alcanza, aun cuando en verdad sea la causa de su resistencia en muchos casos, no el deseo de un inmoderado provecho, sino la angustia en que tiene en todo este pueblo hoy a los fabricantes la venta cada día menor de sus productos, elaborados a un precio demasiado alto para exportarse con utilidad, en cantidad que excede en mucho a las necesidades ya bien suplidas del mercado doméstico.

Estos buenos establecimientos, que ven así mermar sus beneficios, y acumularse en almacenes que no se depletan, sus artículos, o suspenden sus trabajos, dejando en inmediata penuria, presa de los horrores del invierno, a pueblos enteros de trabajadores, a quienes el imperfecto sistema actual de salarios no permite allegar ahorros, o, para poder continuar produciendo, reducen en una porción siempre importante, el sueldo de sus operarios, a lo que éstos, necesitados de más de lo que ganan, con todos sus esfuerzos se resisten. Y hoy, en silencio, están cerradas centenares de enormes fábricas: poblaciones completas hay de trabajadores sin empleo.

Y allí, en vez de la prudencia que aconseja no pedir más de lo posible, o esperar para rebelarse época y estación más clementes, las aso-

ciaciones socialistas envían sus azuzadores profesionales, que alzar la gente no logran; mas envenenarla sí.—Otras más temibles ligas que estas de alemanes frenéticos tienen tratados, en centenares de miles de miembros, los trabajadores norteamericanos: y a haber Gracos pronto, que ya los habrá, ésta será cuestión como la de Roma, y más grave que aquélla; y si no se viene pronto, como es de esperar que se venga por aquel poder genuino de que hablábamos, a una original y justa distribución de los provechos de la industria, se verán frente a frente con el voto primero, o de cualquier otro modo, los trabajadores unidos de una parte, con todas las cohortes de agitadores en su bando, y de otra los que, a pesar de la moderación con que entablarán aquéllos sus demandas, determinan resistir sus pretensiones. Así, ceñidos por los deberes de una asociación propia, la de los Caballeros del Trabajo, bastante fuerte y rica para auxiliar en horas como éstas a sus mismos miembros desocupados, la gente alemana halla pasto entre los obreros norteamericanos que—¿cómo no?—en el ejercicio seguro de su libertad han aprendido a desarmar la violencia, pero en las ciudades, donde el trabajo, en su mayor parte extranjero, ya viene de Europa ofendido y codicioso, la propaganda sí prende; las asociaciones de destrucción, prosperan; químicos expertos enseñan en libros y lecciones prácticas, la manera de elaborar compuestos explosivos, y en esta última semana, como toda esta gente inquieta es sombra y secuela de Europa, a las explosiones de dinamita en Londres siguieron aquí sucesos, que por encima de todos los demás, han escandalizado, y en cierto modo alarmado, el espíritu público. A la verdad, que no hay peor país para ejercitar la violencia que aquel donde se practica el derecho. Lo innecesario de la ofensa la hace más abominable.

¿Quiérense en una nuez estos acontecimientos extraordinarios? O'Donovan Rossa, feniano de fama, publica en dos cuartos tétricos, un periódico en que mantiene la legitimidad de aplicar a edificios y personas en la tierra inglesa, y a sus buques en la mar, sustancias explosivas, como manera de asegurar a Irlanda las libertades que apetece; y Rossa en esto, más que criminal, es aberrado.

La barba, tiénela roja; y el color, pálido. El ojo, que se le enciende en un fuego enfermizo, le vacila, como si no tuviera detrás la razón. Mas Rossa no es sólo el defensor de estas ideas, sino el jefe en América de los que las aplican, y el peticionario y receptor de las sumas que en este género vil de guerrear se emplean, y el organizador de los planes tremendos que alguna vez, y siempre con ejecutores sobrados, se han

llevado a camino. En una casuja, con los escalones del pórtico destaralados, tiene Rossa su oficina de crímenes; y cara noble, por allí jamás entra: que el patriotismo se detiene allí donde para salvar a la patria es necesario deshonrarla. Y esa casuja ha conmovido a New York en estos días, y a toda Inglaterra. Poco tiempo hace, hicieron venir a New York con alevosía a un capitán Phelan, que tuvo que hacer en la tentativa de volar un vapor inglés, y reveló a un periódico algunos detalles del suceso: Phelan vino, y a la oficina de Rossa, que cayó toda sobre él, éste con puños, otro con botas, otro a cuchilladas, de las que le dio once: de una le pasó el cuello, de otra le rebanó un brazo. El Phelan, momentos después, ya preso el asesino, le disparó a quemarropa con el brazo libre su pistola; y hoy andan en tribunales, y cada día hay que quitarle a Phelan del bolsillo, porque no mate ante los jueces a Short, un gran revólver de marina, de los que parece tener abundancia.

Pero todavía no se habían secado las manchas de sangre en los cuartos de Rossa; todavía se estaban recogiendo del suelo los pedazos de una rica vidriera que en venganza de los dueños de una tienda de ropas saltaron con una sustancia desconocida algunos de sus empleados; todavía se escuchaba el tumulto de los dos bandos de socialistas alemanes que, reunidos en un mismo salón a censurar y encomiar las explosiones en Londres, a puñetazos y puntapiés echaron abajo de la plataforma a la policía que subió a ella para poner orden en el concurso; cuando Rossa mismo, cogido con maña en un lazo de los de su naturaleza, cayó herido sobre las losas de la calle por la bala de una mujer inglesa. “¡Felón eres, y enemigo de mi tierra, y como a felón te mato!”

La mujer, está presa: Rossa, con una bala en un hombro, ya en pie, y vociferante; de poco menos que de can, lo trataban los diarios más generosos al dar cuenta del suceso: no hay mano sin retrato de esta nueva Corday, como la llaman; no ha tenido New York, de Guitteau acá, sensación más durable. Mas ¡ay! que no parece el caso comparable al de la sensible francesa. Una vida quebrada, dada a lo romántico, y sin salida apetecible para su dueña, halló, avivada acaso por una indignación real, manera con este suceso de quedar en el mundo con la notoriedad y prominencia, antes en vano procurada. De la historia de la mujer, esto se revela.

Ella es Iseult Dudley, de alto cuerpo y de finas maneras. Tendrá 24 años. Tiene cierta belleza, esa belleza lívida que da a los rostros el espíritu capaz de semejantes resoluciones. Usa anteojos azules, porque tiene un ojo imperfecto. El cabello lo lleva en dos sobre la frente, y

recogido en un nudo sobre la nuca. Habla cultamente, como quien lee y escribe y ha visto mundo. Su vida es la de aquellas criaturas que apetecen más de lo que por su posición social o mérito verdadero les es dable alcanzar. Como enfermera recibida, con muy buen diploma, vino aquí de Inglaterra hace poco tiempo, y en Inglaterra lo había sido, y muy estimada, mas de ánimo inquieto, y sólo unos meses, ya al fin de su carrera dolorosa marcada por dos tentativas de suicidio.

Un hijo había tenido, y parece que de persona principal, al cual hijo no amaba natural, sino frenéticamente.

Se le murió, y pasaba semanas, día sobre noche, junto a su tumba en el cementerio. Quién era el padre no se sabe; unos dicen que un ministro; otros que un militar francés; pero ella, en más de una ocasión y lugar, ha mostrado, cuando no bolsa amplia, aquellos gustos y alardes de persona determinada a poseerla. Osada en ejercicios corporales; ardiente en amistades y antipatías; protegida por personas que tenían este deber, concebían con ella verdadera lástima; arrebatada hasta la epilepsia, ya por la muerte de su hijo, a quien, estando en pobreza, erigió una tumba de cincuenta libras esterlinas, ya por cualquier otro accidente que echaba en tierra sus esperanzas; acosada por un afán enfermizo de ver reconocida, en su profesión y fuera de ella, la superioridad que en cierto modo tiene; exaltable la mente al punto de haber querido sacársela dos veces de su quicio; compelida a buscar en un trabajo rudo, que por otra parte desempeñaba con celo, una existencia inferior a la que juzgaba merecer; abandonando,—presa de estas inquietudes, los empleos en que comenzaba a hacerse valer,—¿qué mucho que ella, nunca especialmente dada a cosas políticas, buscarse, en la oportunidad que a su mente inclinada a lo violento ofrecían los sucesos de Londres y la connivencia probable de Rossa, manera de prestar con un ardid un servicio de policía que la señalase y abriese camino, y que desesperada de lograr su objeto, u obediendo a la idea, nunca en ella nueva, de llamar sobre sí la atención de una manera ruidosa, disparase sobre él, con tal cuidado que el escándalo ha sido grande, y el daño tan corto? Patriotismo no es, ni extraviado siquiera; porque a estas determinaciones se llega, como a la cumbre de un monte, después de larga subida, y no de pronto: y para el crimen. sólo arma la mano un patriotismo tan vivo y absorbente que pare en locura. Se cansaba de esperar oportunidad de señalarse, y halló ésta buena. Ni fue determinación de momento, porque ella, que vio a Rossa dos veces, en la entrevista a que el disparo puso fin, quiso que él firmara, por una imaginaria cantidad con cuyo ofrecimiento le atraía,

un recibo en que Rossa atestiguaba haber tomado la cantidad para emplearla en gastos de explosiones contra Inglaterra, y con tal arte estaba hecho el documento, que sólo él, dadas las leyes americanas, hubiera sido razón suficiente para perseguir en los Estados Unidos a Rossa, por lo que mucha gente cree, y los fenianos declaran, que esta mujer, para hacer lo que ha hecho, estaba en la paga del Gobierno inglés. Cosa muy rara es la policía secreta; y la mujer que nos seduce, y el amigo que nos aprieta a su corazón, son a veces empleados de la policía, y esta criatura desgraciada, mas con artes y apariencias de dama e inteligencia no común, pudo acaso ser empleada para atraer a Rossa a firmar el recibo: mas lo del disparo, que a tan poco riesgo penal la expone, y le da las ventajas de la notoriedad buscada antes por ella en vano, de fijo que fue su idea propia.—Y hay adivinador que cree adivinar que en la paga de Rossa mismo estaba, para llamar sobre él, trocado en mártir, el cariño y ayuda de los irlandeses, ya un poco reacios en proveerle de fondos para sus tentativas: mas esto es un alarde de suspicacia:—ella, en su celda, reina y recibe cartas, amenazas, flores, gente curiosa, telegramas. En Inglaterra, han bebido en tabernas, ricos y pobres, a la salud de Iseult Dudley. Aquí, airada como estaba la opinión por las explosiones inglesas, y atenuada la tentativa por su ligero éxito, mírasela en lo general con más curiosidad que encono, y a Rossa con abominación y desdén. ¿No es el egoísmo, la lepra y signo dominante de nuestros tiempos? ¿El cuidar de sí, y el descuidar de los demás, no es hoy enfermedad usual y aborrecible, que a los ánimos generosos trae disgustados, como de una llaga, de la vida? ¿Lo que en todos prospera, en algunos no culmina? ¿Todos los tiempos, no producen criminales representativos del defecto especial que los carcome? ¿No es el prescindir de la vida de otro en provecho de las aspiraciones propias, una manifestación suprema del amor a sí? En Guiteau, en quien alcanzó el grado sumo esta enfermedad vil, llegó a la muerte. En Iseult Dudley, en quien la enfermedad parece menos aguda, ha llegado solamente a la herida. ¿Quién hoy no se alimenta fríamente de alguien, y se nutre de la bondad, de la inteligencia, de la sangre del alma, como éstos de la sangre del cuerpo, ajena? El medio es distinto: mas igual el fin. ¡En las dos sienes pudiera marcarse a los egoístas con los dos retratos de Guiteau y de Iseult Dudley!

JOSÉ MARTÍ

15

INAUGURACIÓN DE UN PRESIDENTE  
EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Cleveland.—Sucesos varios y desatendidos: huelga de los empleados de ferrocarriles.—La estatua de la Libertad.—Grant moribundo.—La guerra en Centroamérica.—La nueva administración y los empleados.—Escenas en Washington antes de la inauguración.—La mañana del 4 de Marzo.—Ceremonias y fiestas.—Arthur y Cleveland van de la Casa Blanca al Capitolio.—El Senado y el juramento del Vicepresidente.—El discurso inaugural de Cleveland.—La majestuosa escena.—“¡Conciudadanos!”—Cómo fue dicho y oído el discurso.—Lineas generales de la política de Cleveland.—La procesión enorme.—El Sur abrazado en las calles con el Norte.—Ovación a las tropas confederadas.—El gran baile de inauguración.—Los confederados en el Gabinete.—El nuevo Gabinete y su política.—Bocetos de los nuevos Secretarios.—Bayard, de Estado; Lamar, de lo Interior; Garland, de Justicia; Vilas, Whitney y Endicott.—Cómo nombró Cleveland su Gabinete.—Nueva política de los Estados Unidos en la América española*

Nueva York, Marzo 13 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Un acontecimiento ha de llenar esta correspondencia, como ha llenado al país desde un mes hace, sin que aun hoy le deje espacio para ocuparse de otro asunto: la inauguración del Presidente Cleveland. Ya está sentado en su mesa de trabajo, del alba de un día a la madrugada del otro, el hombre cuerdo y entero que hace cinco años era por completo desconocido en la política americana; un abogado honrado era, sin miedo a hablar la verdad, y sin paces con pícaros, por lo que lo hicieron *mayor* de su ciudad de Buffalo; fue *mayor* íntegro, sin sumisión a los intereses bajos y personales de su propio partido, ni a los de las corporaciones que viven del favor del Gobierno, y lo hicieron gobernador del Estado de Nueva York; fue gobernador tan imparcial que, gobernando con su partido, se captó la voluntad del partido hostil,—y lo hicieron Presidente. De Presidente, ya ha comenzado a hacer lo que como gobernador y como *mayor*. Basta que le pidan un empleo, para que no lo dé al que lo pide. Apenas sabe que en las oficinas públicas sobra un empleado, que cobra una paga que no gana, lo cercena. Le preguntan, contra lo que piensa la mayoría de su partido, si convendrá al país que el Gobierno siga imponiendo la circulación, con valor de cien centavos, de los pesos de a ochenta y dos, y él, sin temor a la opinión de la mayoría, responde que el Gobierno tiene antes que nadie el deber de ser honrado, y que la moneda pública debe tener un valor real.

Como ha venido al más alto puesto de la nación por su imparcialidad e independencia, en ellas se mantiene, no con alarde excesivo de virtud, que ofendería a los que no la poseen, y aun a los que la poseen parecería de mal tono, por cuanto hasta en el ejercicio de la virtud se debe ser cauto y artista; sino como quien cumple una función natural,

con tan sencilla determinación y tan claras razones que desarma aun a los más enconados enemigos. Al poder no llegan nunca, de una o de otra manera, sino los que en sí concretan y tipifican uno de los elementos de la nación, que predomina por causas accidentales o esenciales en el momento de su triunfo. Las voluntades no se agrupan, ya para elevar, ya para sufrir, en el poder, sino a quien las representa. La admirable aristocracia que consumó la independencia estuvo gobernando desde ella hasta la guerra de separación, los Estados Unidos; los representantes del estado de guerra, ya en principios, como Lincoln, ya en armas, como Grant, ya en agios o combinaciones políticas, gobernaron por derecho y consecuencia naturales la nación que habían organizado; hasta que, vuelto a sí en un momento de crisis el país que se había abandonado a los que le defendieron bien ha veinte años, vio que a poco más lo sacaban del mando de sí mismo; y en la persona de Cleveland, regular e incontrastable como una fuerza, ha recobrado su propio gobierno. No ofrece la política moderna fenómeno ni persona más interesantes que los que en carta inmediata estudia, para *La Nación*, la pluma que pergeña ahora ésta. En Cleveland están fundidos el espíritu neinglés, adusto y neto, y el del neoamericano, que ni teme ni ceja.

De cabo a cabo están llenos de Washington los diarios de los Estados Unidos. Y suceden, sin embargo, muchas cosas interesantes:—los empleados de los ferrocarriles del Oeste, en formidable revuelta, capitaneada con tino, se niegan a servir a los ferrocarriles en las condiciones que éstos les imponen: y hay un Congreso de los directores de las vías, y otro de representantes de los empleados, y truecan términos, y debaten un contrato de avenimiento, y los ferrocarriles no andan hasta que las compañías cedan a las peticiones de sus trabajadores, lo que hace pensar inevitablemente en cuánto es cierto lo dicho en estas cartas numerosas veces: que acá se van agrupando los dos bandos de la gran batalla venidera, y que acá se ha de resolver, antes de que fine el siglo, la cuestión industrial, acaso ¡oh, maravilla! sin guerra.

El general Grant, con un cáncer en la garganta, escribe sus últimas memorias, y expira. Revuélvese inútilmente con las manos tendidas, la comisión encargada de recoger fondos para acabar el pedestal de la estatua de la Libertad, que ya se embarca en Francia generosa, en un buque de la nación, y que aún aquí no tiene pie. Sentencian en Washington por falsario, y disfrutador de forrajes para más caballos de los que tenía, al rico general Swain, que ayudó a morir a Garfield y fue su íntimo amigo. Surgen, como por ensalmo, en los teatros, en los circos,

en las iglesias mismas, salas de patinar con ruedas; y con celo de las compañías teatrales, alarma de las madres y escándalo del púlpito, no hay niño, ni damisela que de siete a diez de la noche no se deje llevar por las ruedas amables, de lo que muchos amoríos se enzarzan, y muchos niños, estragados, mueren. Se desata, ya mal contenida en muros flojos, la guerra en Centroamérica, que Barrios quiere entre para sí, contra el Salvador, que pide auxilio a México con éxito; contra Costa Rica, cuyo Presidente ha fallecido hoy de muerte súbita; contra Nicaragua, que por un plato de lentejas quería vender a este país su primogenitura; contra Honduras misma, que sólo en fuerza de su pequeñez va a la zaga de Barrios; mas conserva en su seno nobles rebeldes que no estarán, apenas lo puedan, del lado de esta bárbara persona, mantenida en el poder más por la corrupción de sus conciudadanos que por cualidad alguna suya. Sabe Barrios que los hombres son viles, y se venden, y los paga; y ellos, por tener puesto asegurado, y por vivir en lujos, o por miedo, le sirven; y con sus ideas ¡ah, prostitutos! cubren los atentados brutales de su dueño: ¡estatuas de fango!—Pues decíamos que ni este suceso, que por de contado destruye toda posibilidad de que el proyecto de canal con Nicaragua sea aprobado, basta a sacar los ojos de la gente del escritorio de Cleveland, que sin más que dos criados a la puerta de la Casa Blanca, recibe afablemente a los que le quieren ver, con tal que no sea en busca de empleos; que ya la caterva hambrienta de solicitantes sabe que si bien, como es de ley, una administración democrática necesita para realizar sus fines, agentes democráticos en los puestos de iniciativa y representación nacional, esto no arguye que los empleados menores que cumplen bien con su deber, sean removidos, en mero provecho de los peticionarios democráticos, por el pecado de ser republicanos. Y a cada peticionario, aunque cuando venga, como suelen, provisto de cartas y recomendaciones de gente de viso, lo envía, como un pedidor común al Jefe del Departamento en que solicita empleo: sólo que los nuevos Secretarios, más que a cambiar de empleados, se muestran dispuestos a destituir a todos los que no tienen oficio real, de cuya clase de parásitos remunerados así por turbios servicios políticos, estaba poblado el árbol gubernamental en tiempo de los republicanos. Cuarenta empleados de una vez ha suprimido el Secretario de Hacienda; el coronel Lamont, personaje silencioso y astuto, que hace de Secretario particular de Cleveland, y es como él honrado hasta el hueso, ha reducido a la mitad el número de servidores de la Casa Blanca. Seis porteros había, y hay dos. Un caballero había empleado en recortar de los

periódicos, y conservar en grandes volúmenes, los elogios a la Administración; y han quedado sin oficio las tijeras del buen caballero. Unos invasores de tierras indias tenían muy cercado a Cleveland, en la esperanza de que, como que los republicanos les vedaron ocupar un territorio reservado a los indios por tratado, la administración democrática, por serlo, volvería contra la decisión republicana; pero a esto Cleveland responde confirmando, con un énfasis que ha confundido a los rufianes, la necesidad humana y política de respetar la tierra propia de los indios vencidos. Se habla a menudo, cuando se quiere dar idea de gran destrozo, de un torete en una tienda de porcelana:—garboso, y pujante, y sobrancero en bríos, aquí ensarta, allá vuelca; todo lo echa por tierra el torete:—pues esto parece que será aquí dentro de poco la catterva de agiotistas y mendicantes políticos: porcelana rota.

Ya está, sí, Cleveland, como un llano caballero, sentado, después de almorzar, a las ocho y media de cada mañana, en su mesa de trabajo. Su inauguración fue un júbilo. Su discurso inaugural, ingenuo y sensato, con sabor de cosa nueva, como aquellas intrépidas manifestaciones de los fundadores de la República, que trajeron el hombre al gobierno, y con él el calor y hermosura de la naturaleza. La procesión y el baile con que celebró el suceso Washington, enormes. El Gabinete nuevo, invulnerable.

Jamás monarquía alguna celebró fiesta de reyes con más brillo. Imagínese: en la ciudad donde Washington en mármol ofrece su espada desnuda a la Casa de las Leyes, el sol radiante, en un día azul de invierno, sobre trescientos mil hombres, dueños de sí mismos.

Desde el día 3, la ciudad toda era gente. Cuanto demócrata tuvo bolsa y tiempo, fue a ver la entrada en el Gobierno del Presidente demócrata.

Todo el Sur, vuelto por primera vez al mando y a la discusión leal de sus destinos con el triunfo de Cleveland, se vació sobre Washington. En las calles donde hace veinte años era castigado como felón el negro que portaba armas, ahora, con sus vestidos viejos de guerrear, y con mosquetes y banderas, alegraban la noche los soldados negros, y cuando hallaban a su paso a un anciano de elevada estatura, privado de una pierna, de gran barba blanca, que le caía, como un testimonio de nobleza, sobre el pecho de su uniforme de confederado, los negros vito-reaban al que fue su enemigo, y a la sombra de la bandera desplegada de la Unión, que abrazaba el anciano, celebraban, ante la multitud que

se descubría la cabeza, el olvido de aquel mal entendimiento de ha veinte años, de cuyos resultados se enorgullecen hoy tanto los que pretendieron evitarlo como los que lo defendieron. ¿No están hoy, sin escándalo de nadie, sino con aplauso público, Lamar y Garland, dos confederados ardientes e ilustres, en el Gabinete de Cleveland,—Garland, que fue diputado al Congreso de la Confederación,—Lamar que mandó sus tropas, y fue a Rusia a abogar por ella? En esos reconocimientos, músicas y preparativos, pasó la ciudad de Washington la noche. Todas las ventanas estaban encendidas. En las aceras, la gente acurrucada. En los teatros y las iglesias, ocupados todos los asientos, como en función. Un tren cada minuto. Al paso de los forasteros salía una “Comisión de Comodidad”, encargada de hallarles alojamiento y comida a precio ínfimo. Las compañías de milicia, las diputaciones de asociaciones democráticas, las avalanchas de habitantes de las comarcas vecinas, derramábanse a toda hora de la noche por las anchas calles, todas más ganosas de ver el alba que de sueño. Ya Cleveland, que a la callada había salido de Albany, a la callada había llegado a Washington; y cuando salió el sol, salió sobre este espectáculo:—en los momentos en que volvía al poder un partido privado de él por veinte años, y salía de él otro partido acostumbrado a mirarlo como cosa suya, y era puesto en el gobierno de la nación el bando del Sur que luchó temerariamente por dividirla,—ni un soldado había en la casa del Presidente que cesaba, ni un soldado en el hotel en que se alojó el Presidente nuevo.

¿A qué hablar del número inmenso de gente militar que desde por la mañanita buscaba su sitio en la procesión, a no ser para decir que no eran los del Gobierno, ni pagados en modo alguno por él, sino gente voluntaria, venida de los Estados a dar brillo a la fiesta, y cada una de las cuales, ya de su bolsa, ya de la de sus asociaciones políticas, se pagó sus propios gastos? ¿A qué pintar el apretarse de las gentes en las aceras de la avenida por donde debían pasar los Presidentes; los tableros, de seis pisos algunos, levantados sobre sus cabezas y desde las diez henchidos de espectadores: las ventanas, acariciadas por el sol, repletas de gente; los árboles, cargados de fruta humana, y las lámparas, y los postes de telégrafo, y los techos? Músicas, cuchicheos, el sol en las banderas, en los penachos y en los cascos; edecanes cercando el paso a los carruajes; pequeñuelos pacíficamente sentados en el brazo de mármol de Colón, sobre la cabeza iracunda de la Guerra, a los pies de la estatua de Washington. Ya vienen, en su carruaje tirado por cuatro caballos, frente a un senador del Norte y otro del Sur, los Presidentes

Arthur y Cleveland. Los vitorean, pero más con cariño que con estruendo: Arthur, que ama el poder, le deja con pena profunda, que no se le nota, sin embargo, en el disciplinado rostro. Cleveland viene sereno, regocijado de verse querido, y visiblemente contento de sí; mas sin aquel exceso de cortesanía con que los hombres ambiciosos semejan acatar al pueblo de quien anhelan constantes honores.

Al Capitolio llegan, donde la Casa, en sesión tumultuosa, acaba de cerrar sus sesiones aprobando la ley que coloca a Grant con sueldo de General en Jefe en la lista de retiro; donde el Senado presenta a Arthur la ley, que él firma con júbilo. Solemne está el Senado. Le entra la luz por altos cristales de colores. Cabezas calvas de barbas luengas se destacan como cabezas sacerdotales, de detrás de los escritorios de pulida caoba. En sus sillones de cuero están sentados los jueces de la Suprema Corte, cuyas togas de seda negra caen en pliegues sobre la alfombra verde. Damas y caballeros de pro llenan los asientos todos de la sala. Entra Arthur entre los dos senadores y resuena un aplauso nutrido. Entra de los mismos senadores acompañado, Cleveland: al redoblado aplauso, el rostro se le enrojece, saluda a un lado y otro, y sonríe.

De manos de Edmunds, de barba blanca y larga, toma juramento como vicepresidente de la República y Presidente del Senado el venerable Hendricks, a quien lo fino de la inteligencia ha ennoblecido y aguzado el rostro; sobre la nariz aguileña se levanta la frente cuadrada: sus dos ojos penetran; los labios delgados y apretados enseñan firmeza. Ya está el Vicepresidente en su puesto. Ya afuera se ha ido llenando el tablado levantado a la intemperie en el pórtico del este del Capitolio, siguiendo el uso de Washington, que al aire libre prestó la primera vez su juramento. De diplomáticos, de senadores atildados, de diputados menos cultos, de los jueces de la Suprema Corte está ya lleno el tablado. ¡Qué hurra, cuando aparecen ante la muchedumbre de la plaza, Arthur y Cleveland!

Conversan un instante: renuévase el vocerío; pónese en pie Cleveland de súbito, y alzando la mano derecha, en que en una tarjeta lleva apuntadas las palabras iniciales de los párrafos de su discurso, dice, con penetrante voz, juvenil y halagadora: “¡Conciudadanos!” Y el magistral discurso empieza. Lo sabe de memoria, como todos los suyos, y lo recita.

La cabeza echa atrás, como quien es honrado, y no lo teme. Su grata voz corrige el imperio de este gesto. La mano izquierda no la saca

de la espalda. A cada término de frase, una ola de hurras. Tiene delante, rematados en cuatro ríos de acero que se pierden por las colosales avenidas, cincuenta mil hombres, con la cabeza descubierta. ¿Qué se dirá en estas ocasiones, que no llegue al cielo? Se entiende por qué los reyes se han creído a veces de buena fe enviados divinos. Eso ha de consagrar, y en el alma ha de haber, en momentos tales, postramientos e inundaciones de luz; y ha de parecer como que, en una sombra solemne, desciende sobre la cabeza una hostia.

Cleveland, a quien una mano amiga había acercado un vaso con un líquido turbio, que bebió de un aliento, dice con entereza sus propósitos nobles. Ni un vuelo de retórica, ni una pompa de estilo, ni un puntal de frase. Todo ello es verdad fuerte, dicho de la manera augusta y sencilla que es el natural lenguaje de los principios fundamentales. Parecía bien aquel discurso, de líneas sobrias y grandiosas, en aquel día tan claro. “Aquí no vengo como dueño, sino como encargado de los intereses del pueblo de mi tierra. Nuestra doctrina democrática, que con esta elección agitada se confirma, no necesita apología: pero todo ciudadano es un miembro del Gobierno, y si éste ha de obrar bien, aquél ha de entender a tiempo cuando es ocasión de que el calor del partidario político se trueque en el patriotismo del ciudadano. Recuerdos de la guerra y pequenece de partido han solido dividirnos; es hora ya de que armoniosamente trabajemos por el bien de todos y gobernemos de un modo práctico esta nación práctica, y aseguremos por firme determinación al pueblo de esta tierra, el beneficio entero de la mejor forma de gobierno que haya sido jamás gozada por el hombre”.

Cada palabra iba cargada de sentido: caía sobre las heridas, como un bálsamo; sobre los errores, como una reprimenda discreta y cariñosa: sobre los buenos, como una iluminación. “Por amistad y concesión mutua se hizo la Constitución: ¡pues así se mantenga! ¿Qué importa que acá se lastime un interés privado, y allá se sacrifique una preocupación local? Piensen honradamente los legisladores en lo que conviene al bienestar general, y hallarán compensados esos sacrificios. Seré buen guardador de la Constitución, y de los deberes del poder ejecutivo, y de aquellos prudentes límites que mantienen en roce y sin choque al gobierno federal y los Estados. Pero no seré más, ni siento ser más. siendo Presidente, que lo que todo labrador, todo artesano, todo mercader, todo hombre de honor de la República es en ella: vuestro es todo aquello que yo tengo que guardar y hacer guardar: vuestra es la Constitución; vuestro el gobierno que me dais; vuestro el sufragio; y

todas las leyes, y toda nuestra mecánica administrativa, desde el municipio hasta el Capitolio de Estado, y el Capitolio Nacional, son vuestros: —de modo que tenéis el mismo deber que yo de cuidarlos, y de vigilar a sus servidores: ése es el precio de nuestra libertad, ése el derecho de nuestra fe activa en la República”.

Lo aplaudían punto menos que a cada palabra, y rogaba con la mano que no lo aplaudiesen. Con líneas seguras, apuntó su política doméstica y extranjera. “No se gaste más en el gobierno que lo que estrictamente necesite, administrado con modestia; y viva todo el mundo sencilla y económicamente, que ésta es tierra de gente trabajadora: vivan sobre todo con discreción y sin vanidad los funcionarios públicos”.

“Querellas extranjeras, no las tengamos con nadie. Ni nosotros en la casa ajena, ni en nuestra casa nadie. Sea nuestra política de independencia y de neutralidad: la política de Monroe, de Washington y de Jefferson: “Paz, comercio y honrada amistad con todas las naciones; alianzas comprometedoras, con ninguna”.

Aquí el aplauso fue tal, para reposo de nuestra América y honor de ésta, que parecía sacar a los circunstantes de su juicio.

“La Hacienda, procuraremos arreglarla de manera que los negocios se sientan seguros, ni el trabajador tenga que temer por sus salarios, y la tarifa será compuesta de modo que el país no pague tributos innecesarios, sin comprometer por eso los intereses de los capitalistas y obreros empleados en las industrias americanas; ni permitir tampoco la acumulación de un exceso en el erario que convida a la prodigalidad y extravagancia: ni la propiedad de la Nación ha de ser distribuida entre usurpadores y agiotistas.—Los indios han de ser tratados con lealtad. La poligamia ha de ser perseguida sin descanso. La reforma del servicio de empleos públicos no admite espera ni debilidad; por mérito y competencia se dan los empleos; no por favor político, ni en cambio de apostasías y servicios ocultos. A los negros emancipados pertenece de hecho todo lo que de derecho se les tiene acordado. Al Gobierno refluirán y el Gobierno con imparcialidad y honradez atenderá los varios contrapuestos clamores de los intereses diversos que en constante brega labran juntos, aunque en apariencia divididos, esta fuerte Nación; que no sólo a nuestra laboriosidad y vigilancia y al cuidado infatigable de nuestras libertades debe fiar sus destinos; sino que, reconociendo humildemente el poder y la bondad de Dios Todopoderoso, que preside sobre los pueblos, y se ha revelado en todas ocasiones en la historia del

nuestro, ha de invocar, como yo invoco ahora, su ayuda y bendición sobre nuestros trabajos”.

El Justicia Mayor se puso en pie; tendió abierta al Presidente, que ayudó a sostenerla con la mano derecha, una Biblia pequeña y muy usada, de cubierta de cuero y con ribetes dorados, que fue la misma que dio a Cleveland su madre cuando salió de mozo a buscar suerte por el mundo; recitó el Justicia el juramento, y lo selló el Presidente con un beso en la Biblia.

La procesión comenzó entonces del Capitolio a la plataforma erigida para el cortejo presidencial cerca de la Csa Blanca. ¿Que fueron Arthur y Cleveland, ambos descubiertos, llevados, más que por los cuatro caballos, por los vitores,—y Hendricks tras ellos en otro gran carruaje? ¿Que iban Arthur y Cleveland vestidos de paño modesto, y sin insignia, ni banda, ni joyas siquiera? ¿Que las asociaciones democráticas de Nueva York, no todas amigas de Cleveland en los días de su elección, acudieron en masa, con trajes de calle uniformados:—Tammany Hall, cuyo nombre viene de un caudillo indio, con unos cuantos políticasts rubios a la cabeza, pintados los rostros con colores a la manera salvaje, —y Irving Hall con sus ancianos de peluca de cola y gran bastón,—y la Democracia del Condado con sus viejecillos Knickerbockers, en memoria de los holandeses que fundaron a New York, los cuales iban encorvados, como los vejetes del coro de “Fausto”, golpeando acompasadamente con sus báculos el asfalto de las avenidas de la procesión? ¿Que bajo la bandera federal, al mando del general confederado Lee, sobrino del jefe militar de la rebelión, iba, con sus vestidos de guerra, toda una división en uniforme confederado,—y que el general Lee recibió, en aplausos, en saludos, en ondeos de pañuelo y en flores, una ovación más entusiasta y significativa que la que a los Presidentes mismos se estaba tributando? ¿Que detrás de ellos, con sus ropas desgarradas de combate, venían los negros Invencibles de Filadelfia, que decidieron en pro del Norte muchas batallas dudosas contra los rebeldes, —y los gloriosos irlandeses del Regimiento 69, con su uniforme verde, como su bandera, y sus hazañas? ¿Que los Estados todos enviaron sus más gallardos jefes, hombres mejores y mejores tropas? ¿Que dondequiera que asomaba, acudían mujeres y hombres a saludar y festejar al anciano confederado de la barba y de la pierna rota? ¿Que fue todo el día 4 de Marzo, día de asombro, en que los vencedores magnánimos del Norte instalaron con júbilo indecible en el Gobierno a los vencidos decorosos? ¡Así el hermano ofuscado por cierto tiempo con nimias

discordias de familia, aprieta al fin a su hermano contra su pecho, en un abrazo en que parece que quiere recobrar de un solo ímpetu todos los años de amor perdidos!

Los federales eran los que hacían los honores de Washington a los confederados.

Así, pues, resultó una fiesta nacional, y confirmación definitiva de la paz, la vuelta de los confederados al Gobierno, que los republicanos agoreros pregonaban como una calamidad pública: los republicanos mismos, arrebatados por la grandeza del suceso, salían en tropel de las aceras para estrechar la mano afable del general Lee, que detenía al paso de los vencedores el de su hermoso caballo obediente, y con antigua gracia recibía los honores de la derrota. Sin convulsión, pues; sin insolente remoción de empleados; sin peligro, antes bien con provecho de la Unión, han vuelto al poder los demócratas, y los confederados con ellos.

Porque, no bien había reposado Cleveland del baile con que en el edificio enorme de Pensiones le obsequiaron las asociaciones democráticas, que en la fiesta emplearon sesenta y tres mil pesos, y decoraron con inusitada riqueza de pabellones de seda las columnas, de plantas tropicales los recodos, de flores valiosas el gigantesco sillón presidencial, de escudos las paredes, de emblemas florales, altos como un hombre, en representación de las diversas Secretarías el salón reservado a Cleveland; no bien asomó el día 5,—el nuevo Presidente envió al Senado, a que la aprobase, la lista de los que ha elegido como sus consejeros; y entre ellos, para representante de la ley nacional, Garland, que se rebeló contra ella; y para Secretario de lo Interior, Lamar, que pocos días hace, como herido en la médula, se levantó con elocuente indignación en el Senado a anunciar que jamás permitiría que en su presencia se llamase traidor a Jefferson Davis! Y Cleveland, sin miedo, ha traído a estos dos hombres, que de persona no conocía, a su consejo íntimo. Y la Nación lo ha aplaudido por ello unánimemente.

Así se vence de veras: honrando al vencido. Acaba, por tanto, con este atrevimiento generoso, la época de suspicacia y recriminaciones, que sigue siempre a una guerra; y comienza, de buena fe y de lleno, el trabajo acordado de las dos secciones del país, la agrícola y la manufacturera, en busca de una prosperidad durable, que no haya menester de falso estímulo, ni de merodeos por tierras ajenas. Querían los republicanos, so capa de comercio y humanidad, una política acometedora y alejandrina, y soñaban en Roma y en Cartago, y ya se veían señores

de toda la América. Con hombro desdeñoso echan por tierra los demócratas esta fantasía, y como símbolo de la política de neutralidad que restauran, viene a la Secretaría de Estado Thomas Francis Bayard, que capitaneó con éxito en el Senado la resistencia al proyecto del canal de Nicaragua—¡y cómo ha venido a darle razón ahora, y a hacer que de Tiro como de Troya le feliciten, la guerra que Barrios mueve en Centro América, tomando excusa de estas tentativas de alianza con los Estados Unidos, que en ley de honor, y antes de sacar fruto del canal, se habrían visto en el empeño de mantenerlo; y amparar a la pequeña nación que por tratar con ellos se ve en tal disturbio!

La artística hermosura del lenguaje, que le censuran por exceso de perfección, realza en Bayard la moderada firmeza de sus opiniones, que no reprime, cuando el caso lo quiere, el fuego sagrado y el acometimiento. Se ve ya en el timón de la nave una mano segura.

Daniel Manning es el Secretario de Hacienda. Con decir que Tilden le quiere entrañablemente, está dicho su elogio: Tilden,—que pudo ser hace ocho años, sobre sangre acaso, el Presidente de los Estados Unidos, y, por no verter sangre, no quiso serlo; que sin conflicto alguno lo pudo ser ahora, y echó el manto en los hombros de Cleveland: ¡feliz el que desdeña lo que tantos se disputan! La indiferencia del poder es la prueba más difícil y menos frecuente de la grandeza del carácter. De modo que el que Tilden estima, bueno ha de ser. Como organizador político, como ojeador del campo hostil, como lidiador de recursos rápidos y sorprendentes, como penetrador de los hombres, Manning no vale menos que como perito en Hacienda,—y como cajista: que parando letras y atando galeras empezó su camino en el *Argus*, de que hoy es dueño, el político brillante que a Tilden en 1876 y a Cleveland ahora, aseguró, sobre disensiones en el campo propio y maldades del ajeno, el triunfo.

De lo Interior, el Secretario es Lamar, a quien acusan de distraído, sin más razón que la de no estar nunca lejos de su sesuda frente las ideas graves. La pasión, ordenada y artística, acalora en él las deducciones rigurosas del juicio, que suelen sugerirle imponentes arranques oratorios. Con él van llama y peso. Le cuelga sobre los hombros la melena, que no está mal a su rostro robusto y ponderoso. En la confederación, su espada fue buena, y su palabra tan buena como su espada. En el Senado, pocos le han aventajado en elocuencia e influjo. En el Gabinete, todos le miran como el carácter más pintoresco e interesante. La mirada triste alivia la expresión severa de su rostro, y hay en el

hombre cierta natural majestad que a sus amigos fascina, e impone respeto a los extraños. Abuso no verá que no cercene. Hará pasar el río por los establos. Representa en el Gabinete la voluntad leal del Sur de cooperar sin reservas con el Norte al engrandecimiento nacional, y a la pureza más estricta en la administración doméstica.

Y a su lado se sienta William F. Vilas, que para venir a ser Secretario ha tenido que abandonar la cátedra en que le oían con respeto sus discípulos, y en los tiempos de la guerra alzó una compañía, se vio de capitán a su frente, y de coronel muy pronto, y luego de vencer en Vicksburg, se retiró a enseñar historia:—¡como Arthur ahora, que acaba de ser Presidente, y ha tomado ya, en un edificio de pórfido y bronce, una oficina de abogado! Puesto de peculiar importancia es el de Secretario de Correos que tiene Vilas; porque los empleos de correos son muchos, y por tanto, las ocasiones de favorecer; y porque, en paga del puesto, y con las relaciones en que pone, cada administrador de correos ha venido siendo agente eficazísimo del Gobierno, en manos hasta hoy de los republicanos.

Pero sin administradores de correos triunfó Cleveland, y contra ellos: de modo que para gobernar y volver a vencer, no ha de necesitar revertir a usos legítimos las funciones de los administradores, que no contando ya en el Gobierno con la impunidad que les aseguraban sus servicios políticos, atenderán con más empeño, si han de conservar sus puestos, al servicio público. Luce, como una gala, el coronel Vilas, a su muy discreta esposa. Crece un hombre bien casado. El mal casado, decrece. O si se mantiene en alto, será con agonía, y sobre puntales.

Garland es el Secretario de Justicia. Reacio al principio a seguir a los confederados, no resistió al fin a ellos, y fue su diputado. Ni en firmeza, ni en honestidad, ni en manera clara y galana de exponer le vencen fácilmente. Cuando escribe, suele parecer que graba. Presenta con método, y deduce en justicia; por lo que se le tiene como muy apropiado para su puesto, donde están bien la palabra elocuente, juicio frío y no seco, voluntad firme y talento elegante que le adornan.

El Ministro de la Guerra es un juez, el juez Endicott, de prosapia puritana. No lo tomó Cleveland en atención a que es en Massachusetts prominente, y a que figuró con honor hace un año como candidato demócrata al Gobierno del Estado; ni porque viene de Gobernadores y Secretarios ilustres, y su elección había de halagar al hidalguío de Nueva Inglaterra, sino porque Endicott tiene, con todas estas ventajas sociales y el cariño de su bando y del opuesto, aquella actividad en la labor,

tesón en el empeño, y honradez incommovible que a Cleveland placen. No hay miedo de que en manos de Endicott vaya el ejército a la corrupción y a la tiranía,—¡a donde iba yendo!

Ministro de Marina es Whitney, otro abogado, ya notable porque con tacto singular ha salido sin manchas de peligrosos puestos públicos, por lo que se espera que realce el que ahora le asegura, tanto como sus méritos, la amistad personal de Cleveland.

Y para venir a este Gabinete, ¡cuánto ir y venir de comisiones por ríos y tierras; cuánto entrar y salir de gente ansiosa en la oficina y la casa de Cleveland; cuánto apretarse, en ominosa hilera, frente a la puerta de su aposento, cuando días antes de su entrada en Washington, vino, para oír pareceres, a New York! Todos los Estados le enviaron comisiones. Los corredores de su hotel eran congresillos y hormigueros. Cada asociación tenía su favorecido para cada Secretaría. Cual Estado, por esto, reclamaba para sí la de Hacienda. Cuál, por aquello, la de Correos. Cuál, se enardecía porque de un solo Estado, el de New York, iba a haber dos Secretarios, el de Marina y el de Hacienda. Cuál, del Oeste, se quejaba altamente de que no hubiese representante occidental en el Ministerio.

A los abogados de cada candidato oía Cleveland, y ni de oír se cansaba, ni de callar. Mas no compuso su Gabinete en obediencia servil a estas prácticas de agio, ni a estos miedos de que los Estados descontentos le nieguen su simpatía o sus futuros votos; sino de modo que reuniese un grupo de hombres inteligentes, limpios y activos, que sin trabas de patronazgo ni empeños previos, entrasen brava e inmediatamente en la tarea de asegurar la paz con el extranjero, consolidar la unión con los Estados un tiempo rebeldes, preparar al país para una liberal reforma económica que normalice la producción y abarate la existencia, y extirpar los abusos que entorpecen y afean la administración pública.

He aquí, pues, que de un sol a otro sol, por la fuerza regular e incremento del voto libre, ha cambiado de rumbo radicalmente la política americana, y acaso la América. Porque a ofrecerse venían, ¡qué mengua! varios estadillos hispanoamericanos, y a tomar lo ofrecido, y a más, mostrábanse dispuestos, y decíanse necesitados, los gobernantes y gente de influjo en el partido dominante en los Estados Unidos. Pero el buen abogado de Buffalo piensa de otro modo, y no quiere lances afuera, sino honradez en casa, ni estima bien que los abanderados de la libertad se entren a saco por las tierras vecinas, violando la libertad

ajena. Ya se vislumbra la prosperidad que seguirá a esta confianza. Ya no se ve a los Estados Unidos como traidores odiosos al espíritu humano, de que parecen mantenedores naturales; sino que ya que no ayudan como debieran a la victoria universal de la libertad, la practican al menos, y la respetan. Salir de sí, y confundirse en batalla generosa y activa con el Universo, falta para su grandeza a los Estados Unidos. ¡Mas qué servicio nos hacen con su ejemplo!

*La Nación.* Buenos Aires, 7 de mayo de 1885

## 16

## CARTAS DE MARTÍ

*Historia de la caída del partido republicano en los Estados Unidos y del ascenso al poder del partido demócrata.—Antecedentes, transformaciones y significación actual de los partidos.—Resumen, con este asunto, de todos los detalles y consideraciones que pueden explicar de una manera definitiva, como clave para sus movimientos futuros, la política norteamericana*

Nueva York, Marzo 15 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Yo esculpiría en pórfido las estatuas de los hombres maravillosos que fraguaron la Constitución de los Estados Unidos de América: los esculpiría, firmando su obra enorme, en un grupo de pórfido. Abriría un camino sagrado de baldosas de mármol sin pulir, hasta el templo de mármol blanco que los cobijase; y cada cierto número de años, establecería una semana de peregrinación nacional, en otoño, que es la estación de la madurez y la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes de humo oloroso de las hojas secas, fueran a besar la mano de piedra de los patriarcas, los hombres, las mujeres y los niños.—El tamaño no me deslumbra. La riqueza no me deslumbra. No me deslumbra la prosperidad material de un pueblo libre, más fuerte que sus vecinos débiles, aislado de rivales peligrosos, favorecido con la cercanía de tierras fértiles necesitadas de comprarles sus productos, y al que afluye, al amor de la libertad y a la facilidad para el trabajo, lo que tiene de más enérgico y emprendedor la Europa sobrancera de habitantes, lo que tienen de más puro y entusiasta los partidos humanitarios de las naciones que no han roto aún la cáscara del feudo.

Los hombres no me deslumbran, ni las novedades, ni los brillantes atrevimientos, ni las colosales cohortes; y sé que de reunir a tanta gente airada y hambrienta de pueblos distintos que no se abrazan en el amor a éste en que no nacieron y cuyo espíritu no llevan en las venas, ni del miedo a la vida, acumulado en ellos por los padecimientos heredados y los propios, sacan otro amor y cuidado que no sean los de sí,— sé que de reunir a tanta gente egoísta y temerosa, ha sucedido que la República esté en su mayor parte poblada de ciudadanos interesados o indiferentes, que votan en pro de sus intereses, y cuando no los ven en riesgo no votan, con lo que el gobierno de la nación se ha ido escapando

de las manos de los ciudadanos, y quedando en las de grandes traillas que con él comercian. Sé que las causas mismas que producen la prosperidad, producen la indiferencia. Sé que cuando los pueblos dejan caer de la mano sus riendas, alguien las recoge, y los azota y amarra con ellas, y se sienta en su frente. Sé que cuando los hombres descuidan, en los quehaceres ansias y peligros del lujo, el ejercicio de sus derechos, sobrevienen terribles riesgos, laxas pasiones y desordenadas justicias, y tras ellas, y como para refrenarlas, cual lobos vestidos de piel de mastines, la centralización política, so pretexto de refrenar a los inquietos, y la centralización religiosa, so pretexto de ajustarla: y los hijos aceptan como una salvación ambos dominios, que los padres aborrecían como una afrenta.

Sé que el pueblo que no cultiva las artes del espíritu aparejadamente con las del comercio, engorda, como un toro, y se saldrá por sus propias sienas, como un derrame de entrañas descompuestas, cuando se le agoten sus caudales. Sé que a esta nación enorme hacen falta honradez y sentimiento.—Pero cuando se ve esta majestad del voto, y esta nueva realeza de que todo hombre vivo, guitón o auriteniente,—forma parte, y este monarca hecho todo de cabezas, que no puede querer hacerse daño, porque es tan grande como todo su dominio, que es él mismo; cuando se asiste a este acto unánime de voluntad de diez millones de hombres, se siente como si se tuviera entre las rodillas un caballo de luz, y en los ijares le apretásemos los talones alados, y dejásemos tras de nosotros un mundo viejo en ruinas, y se hubiesen abierto, a que lo paseemos y gocemos. las puertas de un universo decoroso: en los umbrales, una mujer, con una urna abierta al lado, lava la frente rota o enlodada de los hombres que entran.

A los que en ese universo nuevo levantaron y clavaron en alto con sus manos serenas, el sol del decoro; a los que se sentaron a hacer riendas de seda para los hombres, y las hicieron y se las dieron; a los que perfeccionaron el hombre, esculpiría yo, bajo un templo de mármol, en estatuas de pórfido. Y abriría para ir a venerarlos un camino de mármol, ancho y blanco.

No se ven bien las maravillas cuando se está dentro de ellas. Las colosales figuras, los colosales hechos, sólo a distancia adquieren sus naturales proporciones y se enseñan en su conjunto y hermosura. ¿Qué sabe el gusanillo que anda en las entrañas de la majestuosa beldad, del

cuerpo humano? Por un canal se entra; en una celda se aloja; cae, como la langosta sobre los sembrados, sobre todo un tejido: ¿qué sabe él, luzbelillo ocupado en transformar la viña, de las amables líneas del cuerpo en que carcome,—de los mandatos amorosos, veloces y brillantes como rayos de estrellas, que van de un cuerpo a otro,—del velo de luz en que, como el sol a la tierra en la mañana envuelve el enamorado a su querida; ni qué sabe del toldo de rosas a cuya sombra se abrazan y adormecen?

Es recia, y nauseabunda, una campaña presidencial en los Estados Unidos. Desde Mayo, antes de que cada partido elija sus candidatos, la contienda empieza. Los políticos de oficio, puestos a echar los sucesos por donde más les aprovechen, no buscan para candidato a la Presidencia aquel hombre ilustre cuya virtud sea de premiar, o de cuyos talentos pueda haber bien el país, sino el que por su maña o fortuna o condiciones especiales pueda, aunque esté maculado, asegurar más votos al partido, y más influjo en la administración a los que contribuyen a nombrarlo y sacarle victorioso.

Una vez nombrados en las Convenciones los candidatos, el cieno sube hasta los arzones de las sillas. Las barbas blancas de los diarios olvidan el pudor de la vejez. Se vuelcan cubas de lodo sobre las cabezas. Se miente y exagera a sabiendas. Se dan tajos en el vientre y por la espalda. Se creen legítimas todas las infamias. Todo golpe es bueno, con tal que aturda al enemigo. El que inventa una villanía eficaz, se pavonea orgulloso. Se juzgan dispensados, aun los hombres eminentes, de los deberes más triviales del honor. No concibe nuestra hidalguía latina tal desborde. Todavía asoman, detrás de cada frase, las culatas de aquellas pistolas con que años atrás, y aún hoy de vez en cuando, se argumentaba acá en los diarios en época de elecciones. Es un hábito brutal que curará el tiempo. En vano se leen con ansia en esos meses los periódicos de opiniones más opuestas. Un observador de buena fe no sabe cómo analizar una batalla en que todos creen lícito campear de mala fe. De plano niega un diario lo que de plano afirma el otro. De propósito cercena cada uno cuanto honre al candidato adversario. Desconocen en esos días el placer de honrar.

Las elecciones llegan, y de ellas ve sólo el transeúnte las casillas en que se vota despaciosamente, las bebederías en que se gasta y huelga, las turbas que se echan por las calles a saber las nuevas que va dando el telégrafo a los boletines de periódicos. Se ve aturdir, escamotear, comprar, falsear el voto. Se ve a extranjeros naturalizados votar por su

interés especial en daño de la tierra que les da porción en su hacienda y en su gobierno. Se palpa el peligro de dar autoridad en el país a los que no han nacido en él, y no lo aman, aunque se reconoce la justicia de que cada uno de los que ha de llevar las andas al hombro, dé su voto sobre el peso de las andas. Se vive de Mayo a Noviembre viendo ruindades, y en disgusto y alarma. Pero por sobre ellas, y con todas ellas ante los ojos, queda en la mente, sacudida de asombro, un respeto comparable sólo al de quien viera tambalearse sobre su quicio un mundo, inclinarse de un lado al abismo, irse ya todo sobre él, y reentrar de súbito en su puesto. Conmueven, obrando a la vez, diez millones de hombres. El que los ha visto, en esta hora de faena, siente que la tierra está más firme debajo de sus plantas; y se busca sobre las sienes la corona. Este es el inevitable hecho épico. Brilla, entre la revuelta y oscura campaña, como en un cielo gris brillaría una gran rosa de bronce encendida.

Campana presidencial ninguna fue tan enmarañada, trascendental y significativa como la que dio el triunfo a Grover Cleveland. De lejos, no se distingue tal vez más que el hecho de bulto: la victoria del partido demócrata; y se supone, con error, que implica un cambio decisivo en la opinión y tendencias del país. De cerca, se observa el peligro, punto menos que inevitable, de dejar la política del país, que en las naciones libres no es ya más que la manera de conducir honradamente sus intereses, en manos de una casta de empleados ociosos que no los poseen. De cerca se observa cuán difícil es, luego que ha sido descuidado por la gente proba, recobrar el ejercicio del poder político. De cerca se ve que el cambio no ha sido esencial y durable, sino ocasional y como de prueba: y se ve lo que puede, con una sacudida de hombros, un puñado de gente honrada. Nada más, nada más que esto, un puñado de gente honrada ha dado el triunfo a Cleveland. Mil votos menos, entre diez millones de votantes, y el Presidente hubiera sido un hombre impuro y funesto, un sofista brillante; hubiera sido Blaine.

Cuello a cuello fueron hasta el último instante en la carrera Blaine y Cleveland: y por muchos días después de la elección no se supo de veras si había de ostentar en el actual período la Casa Blanca, el piñón, símbolo de los republicanos, o el gallo democrático. Garfield por los republicanos y Hancock por los demócratas contendieron por la Presidencia hace cuatro años: es verdad que esta vez votaron 468,000 elec-

tores más por Cleveland de los que entonces por Hancock, pero también por Blaine votaron 393,000 más que por aquel discreto, sufrido, buen Garfield. De un solo Estado de los 36 que tiene la República dependía la victoria de uno u otro candidato: del Estado de Nueva York.

El que lo obtuviese ganaba la Presidencia: nada más que por mil votos ganó el Estado, su propio Estado en que gobierna, Cleveland. No en vano, indomable y airoso, no se confiesa vencido Blaine por su adversario, sino por la casualidad; y con sutil conocimiento de los odios y miedos de su pueblo, los azuza todos, los hila en cuerpo de doctrina en un discurso de habilidad admirable, y hace de ellos cartel de batalla con que se propone guiar a su hueste de aquí a cuatro años al Gobierno perdido.

Sabe que el Norte está aún receloso del Sur, y que la administración democrática, por tener en el Sur la gran masa de sus partidarios, y por obediencia a su espíritu y programa, ha de ser benévola con el Sur: lo que Blaine, hábil para manejar a los hombres por sus pasiones, anuncia, seguro de que ha de suceder, y de antemano explota.—Desentrañemos, pues, porque está llena de enseñanza, la elección de Cleveland. Y si antes se pregunta quién es él, diremos que es un caballero del pueblo, y aunque joven, uno de aquellos americanos viejos de mano de hierro y ojo de águila, que no pone ya las botas sobre la mesa, pero que tiene aún puestas las botas. Tiene los desdenes, la penetración, la ingenuidad, la audacia, la dureza, la nativez del pueblo en que ha nacido. Viene del mercader y del explotador. Viene del puritano y del volcador de los fardos de té. Tiene el ojo puesto adelante, como quien está decidido a llegar.

Tiene la inocencia poderosa de los caracteres primarios, que salen derechamente de la Naturaleza, y deben menos a los hombres que al influjo de su propia originalidad, y a su aptitud para domarlos, mezclando hábilmente la astuta sumisión con que se les halaga al desembarazado desdén con que se les atrae y sujeta: que los hombres y las cosas, esquivos para quienes los solicitan, se apegan, por vil esclavitud instintiva, a quien quiere deshacerse de ellos. Los grandes hombres necesitan ser coquetas. Fácil es, sirviendo a intereses o preocupaciones poderosas, subir a grandes puestos a ser como antifaces o portavoces de las fuerzas que encumbran; mas ¿cómo no admirar, cuando se sabe lo desamparada y sola que anda la honradez, a quien no llega al triunfo en virtud de complicidad con los defectos de los hombres, sino contra ellos? ¿Quién está en el fondo de los pueblos, como en el fondo de

los hombres, que, a despecho de ellos mismos, y con voz determinada e imponente, aconseja al oído lo que en las horas de peligro deben hacer, y los echa por el camino de la salvación, en temporáneo arrebató de virtud, que los sostiene y levanta cuando están al borde ya de la caída? El ángel no visita a Cleveland; lo sublime no le estruja y mantiene en agonía la mente; su espíritu tiene la solidez y llaneza de sus almuerzos: pan y mantequilla, y ancha lonja de carne, y sendo té. Tan sencillo es a veces que parece pueril: pero pensando en él, aunque no fuese más que por el ajuste del hombre a la situación en que adviene, se asoma a los labios —¡qué elogio!— el nombre de Lincoln, que es de los que cuando aparecen, alivian e iluminan. ¿Qué hacen los pueblos que no levantan grandes templos a los redentores de los hombres; y colocan en nichos sus estatuas, y componen con ellos un santoral nuevo, y se reúnen en los días feriados a comentar las virtudes de los héroes? ¿Por Iglesia, claman? ¿Por Iglesia que reemplace a la que se va? ¡Pues he ahí la Iglesia nueva!

Hay dos clases de triunfo: el uno aparente, brillante y temporal: el otro, esencial, invisible y perdurable. La virtud, vencida siempre en apariencia, triunfa permanentemente de este segundo modo. El que la lleva a cuestras, es verdad, tiene que apretarse el corazón con las dos manos para que de puro herido no se le venga al suelo: que tan roto le ponen los hombres el corazón al virtuoso, que si no lo corcose y remienda con la voluntad, saltará deshecho en pedazos más menudos que las gotas de lluvia. Sólo en los momentos de agonía suprema, a que conduce a los pueblos fatalmente la prescindencia de la virtud, acuden los hombres con grande homenaje y alabanza a ella, dispuesta siempre a salvar en la hora de tribulación a los que la olvidan, y no bien se ven por la virtud sacados del apremio, la acusan de gazmoña y estorbosa y de importuna y excesiva, y le empiezan a roer los pies, y la derriban.

Los hombres gustan de ser guiados por los que abundan en sus propias faltas. Véase cómo se apegan con más ardor a las personalidades viciosas, brillantes, que a las personalidades puras, modestas. Sólo en las épocas de crisis, el instintivo conocimiento del gran riesgo y de su incapacidad para librarse de él, les hace aceptar a los grandes honrados. La pureza, de que en lo general carecen, les irrita. En las faltas del que los gobierna, ven como la sanción de las suyas propias. Por una mentirijilla de la conciencia, creen que exculpándolos, se exculpan. Pues que

sus pecados no estorban al gobernante para llegar a su alto puesto, no es tan malo el pecar, que el mundo condena y premia. Todos los que han pecado, tienen simpatía secreta por los pecadores. No hay como caer en error para aprender a perdonarlo. Ni hay insolencia mayor que la de la virtud, que con su cara austera, sus vestidos humildes y sus manos blancas, va haciendo resaltar por la fuerza del contraste, las villanerías y mañas criminales de la gente, que cuando la virtud no está cerca no parecen de tanta fealdad, como que, por tenerlas todos por igual, en nadie sobresalen: así es que, en cuanto la virtud asoma, los caminos se quedan sin piedras, porque todos dan sobre ella.

Para el poder, sobre todo, es mal camino la virtud. Los hombres no siguen sino a quien los sirve, ni dan ayuda, a no ser constreñidos, sino en cambio de la que reciben. La autoridad que por su condición de ciudadano en un pueblo de gobierno electoral, o de persona de influjo, reside en ellos, la regatean y escatiman mucho. Todo hombre es la semilla de un déspota; no bien le cae en la mano un átomo de poder, ya le parece que tiene al lado el águila de Júpiter, y que es suya la totalidad de los orbes. Por eso en estos pueblos en que la autoridad reside, cuando no es en cada ciudadano, en cada capataz de ciudadanos, de que hay cuentos, el que aspira a ganar voluntades tiene que rebajar tanto la suya, que no se sabe cómo se pueda, con grandeza de alma, soportar las vergüenzas que acarrea la conquista del poder. El corazón honrado se revuelve a la vez contra los que humillan, para prestar su apoyo, y contra los que en espera de él se humillan.

Pero el que, cuando necesita del influjo de un capataz de votos, inquiere, antes de procurarlo, cuál es su pasión, para halagársela; o su precio, para pagárselo; o su vanidad, para acariciársela; o el puesto que apetece, para empeñárselo; el que, con mayor apego a sí que a su pueblo o al pueblo humano, afloja en la defensa de lo que mantiene, o lo abandona, o lo defiende con más brío, según acomode a aquellos de quienes ha menester para lograr el mando;—el que, sabedor de que la razón es de suyo, como que está convencida de su justicia, confiada y desdeñosa, y la preocupación impresionable y activa, opone a la razón de sus contendores cuanta preocupación, odio y cizaña encuentra a mano;—el que no ve en sus capacidades intelectuales una misión de abnegada tutela de las capacidades inferiores, sino un instrumento eficaz para perturbarlas y dirigir las en provecho propio;—el que usa para sí lo que no recibió de sí, y no pone en la humanidad, sino que la corrompe y confunde;—el que no ve a los hombres como hermanos en

desgracia a quienes confortar y mejorar, aun a despecho suyo, sino zócalo para sus pies, sino batalla de orgullo y de destreza, sino la satisfacción de aventajar en ardidés y fortuna a sus rivales;—el que no ve en la vida más que un mercado, y en los hombres más que cerdos que cebar, necios a quienes burlar, y a lo sumo fieras que abatir;—el que del genio tiene lo catilinario, cesáreo y luz bélica, y no lo humanitario y expansivo;—el que, como lisonja suprema a los hombres, cae en sus faltas y se vanagloria de ellas,—ése tendrá siempre la casa llena de clientes, y entrará en los combates seguido de gran número de partidarios. Blaine es ése.

Ocupados los unos en fabricar riquezas; privados muchos, en la batalla por el pan del día, del bienestar que hubiera podido moverles a ver con celo por el buen gobierno que ha de conservárselo; y abandonados todos, por la solidez que trae al ánimo esta vida precipitada, suntuaria y avariciosa; la política, aunque jamás desamparada de eminentes y pulcros servidores, fue aquí quedando por gran parte, en manos de los políticos ambiciosos, los empleados que les ayudan para obtener puestos o mantenerse en ellos, los capitalistas que a cambio de leyes favorables a sus empresas apoyan al partido que se las ofrece, los extranjeros que votan al consejo de sus intereses y pasiones, y los leales partidarios que, encariñados con las glorias pasadas, o las ideas añejas, recuerdan sólo la cosa pública, con consecuencia mal entendida, los días en que las elecciones les ofrecen la oportunidad de ejercitar su autoridad y confirmar su fe.

Las grandes almas, modestas y vergonzosas de suyo, sólo consienten en salir de sí cuando corren la humanidad o la patria un grave peligro, el cual afrontan con pasmoso denuedo, y con pecho ciclópeo, para volver después, ganada la batalla y asegurada la victoria, al dichoso rincón donde se goza de la aprobación interior y el cariño de algunas gentes buenas. Apenas hay para estas almas martirio mayor que el de confundirse necesariamente en la hora de la batalla con los logreros, negociantes y fanáticos que, como la lepra a la piel sana, se pegan a las grandes ideas, y son a veces lo que se ve más de ellas. Magnífico fue el surgimiento de la gente honrada, cuando el Sur, exagerándose sus fuerzas y derechos, se mostró al fin decidido a apartar de la del Norte la fortuna de sus Estados esclavistas: y a la luz del cadalso de John

Brown, apareció, cuál con la palabra, cuál con el bravo pecho, cuál con el don de toda su fortuna, aquel inagotable ejército del Norte.

Astros tienen los cielos, y la tierra: como un astro refulge el cadalso de John Brown. Jesús murió en la cruz, y éste en la horca. Luego de muertos los hombres, vacíanse, sin carne y sin conciencia de su memoria, en la existencia universal: en remolinos suben; camino al Sol caminan; dichosamente bogan; mas si se hallaran los hombres después de muertos, que no han de hallarse, andarían de la mano Jesús y John Brown.

Tales se van poniendo los humanos, que como no tenga éxito común la vida de un apóstol, se avergüenzan de que se sepa que lo admiran, y el loarlos mismo viene a ser de mal gusto. ¡Pues al primer grupo de estrellas que se descubriese, bien pudieran llamarle John Brown!

Entonces, al peligro, acudió lo más granado de la gente del Norte; y el mejor de todos fue aquel zanquilargo, bolsicorto y labirrao de mirada profunda y ojos tristes; aquel que no vino de negociantes, pastores, ni patricios, sino de la Naturaleza y la amargura; aquel de vestir burdo y alma airosa, el buen Abe Lincoln. Ellos, en incontrastable exabrupto, no crearon solamente un partido, al organizar el republicano, sino que volvieron a crear la Nación.

Fueron cruzadas nuevas, y Wendell Phillips su Pedro el Ermitaño. Se entraron por todas las ciudades. Asaltaron todas las plataformas. Hablaban desde un púlpito en las iglesias, desde un barril en las plazas, desde un caballo en los caminos. Ni una aldea sin prensa; ni un día sin peroración; ni una estancia sin su misionero. Cubrieron toda su tierra, y salieron de ella a conmover a las ajenas. Así quedó el partido republicano establecido: como el mampuesto de la libertad humana.

Mas luego que venció el Norte, y quedó en el poder como símbolo de la Unión el partido formado para defenderla, y fuera del poder como causante del disturbio, el partido demócrata dominante en los Estados rebeldes, miró apenas la República, deslumbrada por la victoria y la colosal prosperidad que vino de ella, en los detalles de la cosa nacional, cuyo manejo juzgó premio oportuno de los que la habían salvado. Diose fervientemente el Norte a la elaboración de la riqueza. Cumplido su deber, fueron volviendo a sus hogares y quehaceres los hombres generosos que sólo al gran peligro consintieron salir de su humildad.

Quedó el partido republicano en manos de aquellos que, ya por cariño a sus victorias, ya por odio a sus enemigos, ya por temor de que resucitasen, ya por beneficio propio, tenían un interés más directo en mantenerlo organizado y poderoso. Y como la victoria pudre, comenzó inmediatamente después de ella la descomposición. El manifiesto de la libertad humana llegó a convertirse en una casa de agios.

¡Qué repartir, como canonjías, a hombres ineptos los puestos mejores!  
 ¡Qué distribuir, en gastos confusos, los ingresos sobrantes! ¡Qué contratar a escandalosos precios, correos que no existían y buques que a la primera caldeada zozobraban! ¡Qué dar destinos, con perjuicios de los más dignos y probos, a los que tenían valedor de uno u otro sexo, o habían puesto manos serviciales en los manejos oscuros de las elecciones!  
 ¡Qué acumular, con promesas secretas y compromisos inmorales, sumas enormes en las campañas presidenciales para vencer a los demócratas!  
 ¡Qué prometer a los empleados la permanencia en sus oficios, si ayudaban con su óbolo al fondo electoral, y por él al mantenimiento del partido en el gobierno! ¡Qué ir entregando, ley a ley, a los capitalistas y asociaciones poderosas, las tierras de la Nación, y hasta sus derechos, en pago, estipulado previamente, de los subsidios cuantiosos que para asegurarse en el poder recibía el partido de monopolios y bolsistas en horas apuradas! ¡Qué responder cínicamente, con acusarlos de amigos enmascarados de la rebelión, a las acusaciones de sus adversarios, y de la gente mejor de su propio partido, a quien el espectáculo de tan atrevida corrupción había forzado ya a salir de su silencio!—¿quién deja a la libertad sin vigilancia? ¿quién no sabe que por cada paloma que nace, nacen como tamaño de tres palomas de gusanos? En las elecciones ¡qué comprar los votos o cambiarlos en las urnas, o rebajarlos en las listas, cuando era menester! En las asambleas menores de los Estados que eligen los diputados a la Convención que ha de designar el candidato del partido a la Presidencia, ¡qué excluir, con anatema de traición, a los que se negaban a votar en el interés de los políticos de oficio!

En las Convenciones mismas, a la hora de elegir ya el candidato, ¡qué desdeñar a los prohombres de reputación acrisolada, por aquellos de reconocidas faltas, que merced a ellas mismas pudieran, con menos escrúpulos, asegurar en la elección, más votos, y en el poder, más empleos, y provechos! ¡Y qué venderse los diputados de la Convención a este o aquel postulante a la candidatura; bien por dinero, bien por la promesa de un buen puesto, en caso de triunfo!

Una tienda abierta, donde se mercadea por los rincones el honor, han venido a ser las convenciones, un tiempo gloriosas, en que los delegados del partido en cada Estado se reúnen cada cuatro años a elegir su candidato para el primer empleo de la Nación. Toda una delegación se compraba con unos cuantos millares de pesos, así como esta suerte de delegados para serlo, había comprado, siempre de mala manera, en la asamblea menor del Estado, el nombramiento en virtud del cual podían luego en la convención nacional vender su voto. Y dinero para estas compras de delegaciones oscilantes, jamás faltaba, por haber tanta enorme corporación, y tanto atrevido empresario, interesado en el triunfo del candidato que, en recompensa de estos anticipos, ha prometido estar a su servicio. Así, como de un templo profanado, se retiraron de la última convención las gentes blancas del partido.

Pregonábase como calamidad nacional, y como el triunfo del Sur, la vuelta al poder del partido demócrata, con lo que se tenía segura la adhesión de los Estados del Norte.

Por desamor a la publicidad, o por no aparecer en ella del brazo con los logreros, manteníanse apartados de los negocios públicos los hombres mejores, y por indiferencia los que no tenían especial interés en ellos. De manera que, seguros del triunfo y de la impunidad, puede decirse, de acuerdo con las declaraciones escritas y habladas de los republicanos más notables, que no había abuso público, violación, fraude, cohecho, rapiña, robo, que el partido republicano no cobijase o alentara.

En las elecciones, sustituían las papeletas democráticas por las republicanas, o aumentaban éstas a su sabor, o falseaban los recuentos. En los Estados, desaparecían en bolsas privadas los dineros dispuestos para atenciones públicas. En Washington, compraban los Ministerios el apoyo de los representantes en ambas Cámaras con empleos y pensiones para sus recomendados: a cada senador y representante estaban reservados, para distribuir entre sus favorecidos, cierto número de empleos, “y en muchos casos”—dice el honrado Mr. Veagh, miembro que fue del Gabinete de Garfield—“los hombres a quienes se reserva este privilegio, y las mujeres nombradas en virtud de él (que ya se sabe que en los Estados Unidos muchos empleados son mujeres), viven lejos de la protección y las trabas de sus hogares”.

En la Secretaría de la Guerra, todo eran cajas rotas, y “cuentas dobles”, y forrajes para caballerías imaginarias. En la de lo Interior,

no podía entrarse sin tropezar con los agentes de la camarilla de pensiones, de fondos Indios, de Distribución de Terrenos, de cuyo valor, una vez concedidos a la camarilla, iba una buena parte en pago a los que habían asistido en asegurar la concesión. En la de Correos, al contratista encausado por percibir subsidio efectivo por servicios falsos, concedíasele nuevas contratas. En la de Hacienda, ladrón de billetes del tesoro llegó a haber tan poderoso que cuando uno de los Secretarios quería indignado poner mano sobre él, otro Secretario había, cuando no más de uno, que abogaba por el ladrón, y lo salvaba. En la de lo Exterior, ¿no hubo toda una misión labrada, faz a faz de una guerra, en la esperanza de obtener el reconocimiento de una inmoral reclamación privada, pretexto, si no a ganancias viles o a protectorado inmerecido y abusivo, a dandismos y calaveradas diplomáticas, indignas de una nación honrada y grave?

Fuéronse, al fin, con tan grandes abusos, despertando la indignación y energía de los miembros más sanos y menos ostensibles del partido, y primero en los consejos privados, y luego, aún a la callada, en las luchas eleccionarias, y por fin abiertamente en la Convención que nombró a Blaine, y en la campaña en que fue vencido, publicaron su determinación de purificar su partido deshonorado, o apartarse de él. Los apellidaron fariseos, petimetres y traidores. Con ocasión del nombramiento del candidato, y la lid electoral que le siguió, se acentuaron, y quedaron definidas las tendencias que en sigilo habían venido dividiendo al partido republicano, y ya antes, por haber de preceder en la feroz contienda humana alguna sangre a toda obra fructífera, habían venido a producir, exaltando un cerebro desatinado, la muerte de Garfield. Los bandos eran dos. Los unos mantenían descaradamente que, por encima de toda otra consideración, estaban el interés del partido y el beneficio de sus miembros; que la Unión era propiedad natural de los que la habían sacado en salvo; que al vencedor pertenecen los despojos de la victoria; que los empleos, concesiones y dignidades deben ir a pagar los servicios prestados para mantener en el poder al partido que los concede; que no es censurable, sino lícito, coleccionar de los empleados públicos, pagados con dinero aprontado por toda la Nación, sumas destinadas a mantener en el Gobierno a uno de los partidos que se disputan su gobierno, y en cambio de este auxilio queda obligado a mantener en sus destinos a los contribuyentes, convertidos en sus cómplices, y a proteger o disimular sus abusos. Los otros, hijos en espíritu de los monumentales fundadores de la República, tachaban de abominable ese pro-

grama; y si bien dispuestos a conservar viva la organización republicana, como símbolo aún necesario de la Unión ayer amenazada, como partido moderador y principalmente doméstico, como represor juicioso de la excesiva influencia seccional y extranjera que parece notarse en el Partido Demócrata, compuesto en gran parte de los electores del Sur y de muchos de Irlanda y Alemania,—preferían, sin embargo, la disgregación temporal, si no definitiva, del partido, o la fusión tal vez de la mejor parte de él con la más elevada y doctrinal de los demócratas, a contribuir con su complicidad al mantenimiento del Gobierno de la Nación en manos de una agresiva caterva de logreros tenaces.

¿Cuál era la nuez de este poder colosal; la clave de esta máquina enorme; la valla puesta a los mejores esfuerzos de la gente sana del partido; el obstáculo a toda tentativa de su moralización y reforma, sino la facultad de distribuir entre sus auxiliares los empleos y propiedades públicas? ¿Qué agentes más perspicaces y celosos puede tener un partido que aquellos que le deben su subsistencia, y que sin él, habituados ya al bienestar fácil, y la holganza, se verían reducidos a la desconsideración y la miseria? Eran, pues, los propagandistas y servidores del partido, no sus secuaces sinceros que, como que se dan sin paga, gustan de hacer sentir su influjo, sino aquellos otros dependientes de él para subsistir y medrar, y a quienes altos ejemplos, y el deseo de sostenerse en plácida fortuna incitaban para lograr influjo con que servir a su partido en la época electoral, a las complicidades y dispensaciones ilícitas que permiten el ejercicio de una autoridad benévolamente vigilada.

Tardó mucho en parar mientes en esta corrupción la mayoría del país descuidado. A la masa común, y aun a la entendida, parecía peligroso devolver el gobierno a los demócratas, en cuyos consejos se suponía aún predominante el espíritu del Sur. Y como a la guerra, bajo los republicanos que la ganaron, había sucedido prosperidad casi maravillosa, patriotismo e interés se juntaron para mantener la confianza en el partido vencedor, que a pesar de sus desaciertos y abusos, resultaba acreditado por la abundancia de las cosechas, la cuantía de las sumas que entraban en el país en retorno de ellas, y la aplicación de esta riqueza sobrante a la creación de industrias que parecían prósperas, porque aún era bastante a consumir sus manufacturas el mercado doméstico, al que el exceso de lo que exportaba sobre lo que importaba per-

mitía pagar sin gran quebranto el precio inmoderado a que por el alto derecho de introducción de los artículos europeos se vendían los productos rivales americanos.

En pos de la enorme guerra vino la enorme confianza, y la riqueza que ciega y arrebata, y lo atrae todo a sí en el afán de gozarla y el miedo de perderla; de lo que, mientras a sus extraordinarias empresas se daba con verdadero frenesí el país deslumbrado, se aprovecharon las aves de rapiña para anidar en el árbol nacional, hasta que al fin fue innegable y visible que la larga permanencia en el poder de hombres que a su sombra habían perdido ya la costumbre, y la capacidad acaso, de más honroso modo de vivir; la seguridad de una constante victoria; la práctica de emplear los dineros nacionales en sus gastos de partido; la intimidad con negociantes que hacen pagar caro los servicios que prestan, habían, a la vez que pervertido sus móviles, hecho insolente y descarado al partido gobernante, que con prácticas, cuando no con leyes, venía cercenando al país los medios de sacudírsele y reemplazarlo por sus opositores: por lo cual, en cuanto sintió el país el yugo sobre el cuello, lo echó, de un solo vuelco, abajo.

Se vio que, envalentonado con su predominio, no atendía el partido republicano a calmar el desasosiego que la exuberancia de productos invendibles, y el exceso de población desocupada comenzaban a causar con sobrada justicia. Se vio que para poder continuar repartiendo entre sus favorecidos el sobrante recaudado innecesariamente por derechos de importación, se resistía a rebajar éstos, so pretexto de proteger las industrias nacionales, que de esta protección están muriendo; como que en verdad no se hacía más que encarecer el costo de vida de una población ya afligida por la falta de empleo, originada forzosamente en la producción excesiva de artículos que por su abundancia y precio subido no hallan compradores en la Nación abastecida y alarmada, ni fuera de ella pueden competir con artículos mejores fabricados a menos precio en tierras más baratas. Se vio que con tal apoyo desvergonzado de legisladores venales, tendían las leyes a concentrar, así como el poder, la riqueza, con pérdida creciente de la independencia de los Estados, y la de los ciudadanos, y con merma de las posibilidades de emprender, que los monopolios absorben, y sin cuya esperanza se descontentan y rebejan los trabajadores útiles. Se vio que con la liga entre los empleados y el Gobierno, y la aplicación de los caudales de la República a los gastos privados de uno de sus bandos políticos, se iba a hacer a la larga imposible arrancar la autoridad a un partido cuyos abusos y

arrogancia provocaban la condenación de sus prohombres, y cuyos errores económicos, continuados en favor de notorios intereses, han traído al país, favoreciendo engañosamente el mantenimiento de industrias artificiales, a una crisis latente y angustiosa, que todo lo paraliza y alarma, y de la que sólo podrá reponerse la Nación por su producción agrícola, ayudada del abaratamiento de la vida en virtud de una tarifa más racional y llevadera, y de la reducción de la producción industrial a la de aquellos artefactos que sin ficción arancelaria pueden fabricar los Estados Unidos con posibilidad de vencer en la competencia a sus rivales extranjeros.—Tierra, cuanta haya debe cultivarse: y con varios cultivos,—jamás con uno solo. Industrias, nada más que las naturales y directas.

No bien comenzó la Nación a sufrir por la depresión de su comercio, investigó sus causas, y las halló en gran parte en el parcial y desenfado manejo de los negocios públicos. La nación era un festín, y los republicanos, gordos y lucidos, estaban perpetuamente sentados a la mesa. Las heridas políticas, como las del cuerpo, de sí mismas se curan, sin más que cuidar de no envenenarlas o reabrir las; y así como la carne crece, y acerca con un tejido nuevo los bordes abiertos, así de los males excesivos brota, como su fruto natural, el remedio. Las leyes de la política son idénticas a las leyes de la naturaleza. Igual es el Universo moral al Universo material. Lo que es ley en el curso de un astro por el espacio, es ley en el desenvolvimiento de una idea por el cerebro. Todo es idéntico.—Cuando parecía, por el apetito de riqueza fuera del gobierno, y la inmoralidad dentro de él, podrida en la médula, y como sin cura posible, la nación; cuando en su aplicación veíanse corrompidas, como en los países viejos, las instituciones políticas, y la naturaleza humana; cuando a vuelta de un siglo, toda era polvo la peluca de Washington, y polilla la chupa de Franklin, y lepra todo Jefferson; cuando eran de ver, en el espíritu del Gobierno, la usurpación y el desenfado, y el ímpetu de arremeter, so manto de Libertad, contra la esencia de ella en el país y fuera de él,—y en el país eran de ver la misma empleomanía, preocupaciones e imprevisión que desfiguran a pueblos de cima menos afortunada y grandiosa,—surgió, como por magia, en cada lengua un remedio, se levantó, como contra la esclavitud, en cada púlpito un apóstol; se ensañaron con brío juvenil, los honrados ancianos; rehicieron aquellas mismas lanzas de la cruzada abolicionista; salieron de

su silencio los pensadores vigilantes, que son, como la médula del cuerpo humano, la esencia escondida de los pueblos; y la República se mostró superior a su peligro.

¡Así sea para los males de orden mayor que se están comiendo el espíritu nacional, nacidos todos ellos, como las ramas de una semilla, del culto exclusivo a la riqueza! Se llenó el país de reformadores. Y la campaña que empezó en las elecciones de ciudad por despojar a los traficantes de votos del poder, poco antes omnímodo, de elegir a su sabor los municipios, creció más a prisa que la nieve que rueda, y en tres años ha venido a parar en arrancar a los traficantes, organizados de modo formidable, el absoluto y descarado dominio con que venían imponiendo su voluntad en las mismas elecciones presidenciales sobre la unánime de la Nación y sus necesidades más urgentes.

A las raíces del mal se está yendo, se ha visto de donde el mal proviene. En las raíces se le está atacando. Así, de tiempo en tiempo, precisa purgar el campo de gusanos y yerbas.

Tímido primero, y luego más enérgico de verse desairado, empecé a alzarse entre los republicanos un clamor de reforma,—en la manera de nombrar los empleados, en los trabajos electorales y la recaudación de fondos para ellos, en la distribución fraudulenta del sobrante del Tesoro, en los derechos de importación que, con ser más que lo que el Gobierno requiere para sus expensas, mantenían en apetito activo a las traillas de logreros congregados en Washington para distribuirse el exceso, estimulaban la producción de artículos imperfectos, invendibles en el interior e inexportables, y hacían cada día más escaso el trabajo, más cara la existencia, y más sombrío el problema público. Enfrente de los demócratas al principio, cerca de ellos más tarde, y a su lado al fin, se unieron los republicanos honrados a la demanda de reforma, cuando no la originaron y consiguieron con más energía que los demócratas mismos, como en la ley que establece la elección de empleados menores en certamen público, y su promoción por mérito. Y como trocar el sistema de empleos, era descabezar la organización republicana, ahí culminó y por ahí se convirtió en guerra mortal, el desacuerdo referido, entre los republicanos que mantenían la urgencia de reformar la tarifa, purificar la administración, y estorbar con un buen sistema de empleos la cómplicitad del Gobierno y los funcionarios públicos en la preservación violenta e indebida del poder, y aquellos otros republicanos más influyentes en el partido y numerosos que, ayudados de los capitalistas

cuyas empresas favorecen, originan su influjo y bienestar, y los mantienen en el ejercicio de su privilegio de distribuir empleos entre sus amigos y auxiliares.

¿De quién había de ser el triunfo en la convención de los delegados del partido, escogidos entre los que subsisten de su favor por los que lo comparten o lo esperan, sino de los que reparten los beneficios? De ésta, secundado por los capitalistas, era Blaine el capitán; Blaine, que llama a la gente familiar por su nombre de pila, y a los Josés “Pepotes”, y a los Migueles “Miquis”, y “Tomasetes” y “Juanillos” a los Tomases y a los Juanes, lo que deja a estas gentes gansescas muy llenas de halago; Blaine, que con el rufián habla en su jerga, y con el irlandés contra Inglaterra, y con el inglés contra Irlanda, y fue el que quiso sujetar en hipoteca al Perú, bajo la garantía y poder americanos al pago del reclamo de un aventurero con quien andaba en tomares y decires y por cuyos intereses velaba con tal celo que convirtió al Ministro de los Estados Unidos, muerto después del bochorno, en agente privado del reclamo, que abusaba del gran nombre de su pueblo para que los beligerantes reconociesen la impura obligación; Blaine, móvil e indómito, perspicacísimo y temible, nunca grande; Blaine, acusado con pruebas y con su propia confesión escrita, de haber empleado espontánea e intencionalmente, en anticipo de una recompensa en acciones, su autoridad como Presidente de la Casa de Representantes para que se votara una ley que favorecía indebidamente los intereses de un ferrocarril en que ya tenía, por servicio no menos criminal, una buena parte;—Blaine, que no hablaba de poner orden en su casa, sino de entrarse por las ajenas, a buscar, so pretexto de tratados de comercio y paz, los caudales de que los errores económicos del partido republicano han comenzado a privar a la nación;—Blaine, mercadeable, que a semejanza de sí propio,—en el mercado de hombres compra y vende. Tal Convención eligió a tal candidato. Blaine fue el electo. Por debajo de las banderas alquiladas, y de entre los delegados vendidos que habían ayudado al triunfo, salieron, llenos de rubor y de ira, los que con una generosa esperanza habían acudido a la Convención para ver de nombrar a un hombre honrado.

Había venido entre tanto, criándose para la victoria, a la que son buenos pechos los desastres, el partido demócrata. Coincidiendo, en apariencia en toda cuestión grave, y aun en sus mismas divisiones interiores,

con el partido republicano, no puede, sin embargo, desconocerse que lleva en sí poderosísima esencia y algo como la médula de la República el partido que quedó en pie después de haber abierto el camino a los rebeldes, dádoles eminentes defensores, y continuado luego la guerra con el voto cerrado de los enemigos de la Unión.

Mas los federalistas, que, como los republicanos de ahora, se habían diseminado: los republicanos triunfantes no traían cuerpo esencial de doctrina, sino la misión accidental y temporal de mantener sujeta la Unión para cuya defensa habían nacido; y el partido demócrata quedó vivo, como partido de oposición, que con serlo tiene ya condiciones legítimas y útiles de existencia, como el último símbolo, y la semilla de derecho, de la doctrina de los Estados rebeldes que por medio de él únicamente se manifestaban,—y, enfrente de un partido transitorio e infantil, como la urna de madera noble, hollada por los fusiles, roída por los gusanos, quemada por la pólvora, que guarda el aroma de aquellas colosales flores de justicia, radiosos pensamientos, con que este pueblo apareció a la vida. Aquella gran familia de Estados, que tuvo, como toda casa joven, sus desconocimientos y turbulencias, mas que se asentó luego con el respeto y puntillosa cortesía de los hogares puritanos; aquella sustanciosa y fundamental elocuencia, novedad absoluta y reflorecimiento de la mente humana, cuyos radiantes párrafos parecen pabellones de victoria, y a la que se asoma el espíritu reconocido como a la mano de un padre, o como a un nuevo mar; aquella generosa épica, que en su día aparecerá, cuando la lejanía permita verla proporcionalmente, no abatiendo hombres, sino tallándolos; no tinta en sangre por una moza liviana, como la épica de los peluquines clásicos, sino de las ruinas del hombre, que salió mal hecho la primera vez, recomponiendo a la criatura humana, y quitándole las bridas, y coronándolo de luz; aquel espíritu, aquella letra, aquella revelación del tiempo heroico del pueblo americano, perpetúanse, como tradiciones de familia que han solido ser abandonadas en el canoso partido demócrata, favorecido con el prestigio de la leyenda y de la buena casa. Imponen, esas acumulaciones de virtud. Los hombres, que apedrean la virtud, saben que necesitan de ella para salvarse.

Ve la gente, en la posteridad de los personajes ilustres, como la sombra de los grandes hombres. Y los pueblos, así como los hijos, aman más a sus padres después de muertos. Luego que cesó la guerra, y empezaron a brillar los mercenarios que ella sacó a flote, con la insolencia y ruidos propios de la gente advenediza, los ojos se volvían como a un

descanso, a aquel viejo partido, arrinconado y expulsado, que purgaba en la pobreza su fausto y sus yerros; pero en el cual, más que en los atrevidos soldados triunfantes, vivía, con su traje de terciopelo negro y sus zapatos de hebilla de plata, el espíritu de la República.

Demócrata había sido el Sur antes de la guerra; y vencido en su tentativa de crear nación propia, mantúvose afiliado al partido que a sus contemplaciones con el Sur, tanto como a una corrupción administrativa, no menor que la de los republicanos de hoy, debió su salida del poder, punto menos que ignominiosa.

Y como considerable número de demócratas del Norte habían servido con lealtad la causa de la Unión, no les dañó grandemente que los Estados rebeldes les continuasen afiliados, sino antes bien les dio la formidable masa de votantes que para equilibrar la de los republicanos, dueños de todo el Norte, necesitaban, mientras que la adhesión del Sur se explicaba como el natural apoyo de Estados oprimidos al partido que mantenía la obligación nacional de respetar, como caudal ajeno, los derechos reconocidos por la Constitución a los Estados. Señores del Norte eran los republicanos: y del Sur, los demócratas. Más poblado estaba el Norte que el Sur, pero esta merma de población la reparaban los demócratas con sus partidarios del Norte numerosos. El combate, pues, comenzó a ser reñido desde las primeras elecciones y a pico cerrado. Con un poco que aflojasen los republicanos, con un poco que los demócratas creciesen, la victoria podía cambiar de lado.

Para un cambio en el Gobierno, no se necesitaba un vuelco redondo de la opinión nacional, sino una oscilación ligera. Quedaba, para los demócratas, reducida la contienda a aguardar los yerros de los republicanos, a esperar a que se apaciguase la desconfianza que de ellos se tenía por su arraigo en los Estados rebeldes, a presentar en las grandes cuestiones nacionales un programa más seguro y conforme a las tradiciones, que el de los republicanos. Todo lo cual dejaron de hacer, cegados por intereses locales, durante largos tiempos. Y el poder les viene hoy, no de sí mismos, ni de ninguna especial virtud de la idea democrática, sino de la confianza que, a pesar de su partido, inspira Cleveland, por independiente y honrado, en un momento de corrupción gubernamental y alarma pública, en que la independencia y honradez hacen gran falta.

Aseguradas las libertades esenciales, sin cuyo completo goce no está justificada la paz en ningún pueblo honrado; anonadada la intentona

de separación que puso a la vez en peligro la eficacia de la República como forma de gobierno, y la existencia de la unión nacional; creados, en consecuencia de la población, confianzas y créditos que trajo la guerra, intereses enormes,—los problemas que a la guerra siguieron, salvo el de las franquicias del Sur, que los republicanos cercenaban y amparaban los demócratas, fueron, más que políticos, económicos. Y el de importancia mayor, y el único con el que uno de los dos partidos hubiera podido presentar batalla, era el problema del librecambio, que a cada elección parecía venir a ser el caso de combate, pero del que, como del escollo en que ha de zozobrar, huían con igual tenacidad ambos partidos.

El librecambio, que sólo impide el desarrollo de las industrias ficticias, y asegura baratez a la vida general, base firme a la riqueza y al comercio, y la paz, que de esto viene a la Nación, se hacía cada vez menos fácil en los Estados Unidos, por haberse creado, al abrigo de un sistema engañoso, numerosas industrias violentas que ocupaban a centenares de miles de obreros, a los que humanidad y prudencia aconsejan no dejar súbitamente sin oficio.

No son en los Estados Unidos partidos de clases diversas los que se disputan el Gobierno. Fabricantes y obreros hay con los demócratas; fabricantes y obreros hay con los republicanos. Por sus notables principios y abnegados servidores de la cosa pública sobresalen los demócratas, pero muchos de ellos, como Cox, son hombres acaudalados; como Hewitt, grandes manufactureros.

Y manufactureros y operarios, tanto de un bando como de otro, son, según sus alcances intelectuales y la independencia de sus industrias, librecambistas o proteccionistas. De modo que ésta no pudo ser línea divisoria entre las organizaciones rivales. Poderosa ala librecambista tiene el partido demócrata: más poderosa acaso la tiene el republicano: y cuando una u otra de estas dos opiniones contendientes en el seno de cada partido ha querido extremarse y declararse como dogma de él, la opinión rival se le ha opuesto con tanta energía que la tentativa ha sido abandonada, porque de seguro abría en dos el partido, que para sus demás fines necesitaba conservar la unión. En economía, pues, uno y otro partido andaban igualmente vacilantes. En religión, fuera de estar siendo socavados ambos, como por el diente de una nutria, por la Iglesia Católica, tan dividido en protestantes y católicos está el uno como el otro. En política, sí que los divide, aun sin saberlo ellos, el diferente concepto de la nación y su gobierno; pues los republicanos, que vinieron

de la guerra, trajeron a la conducción de los negocios públicos los desembarazos y acometimientos de los vencedores, y en su política fueron de notar siempre, como pecho veloso que no alcanza a esconder la pechera bruñida, las cualidades del combate: el botín y la violencia; mientras que los demócratas, que de viejo guardan la leyenda republicana, miraban de mal grado a la muchedumbre violenta y novedosa, amiga de mandos imperiales y de pompas, y de excursiones por tierras ajenas, que, porque había salvado de un peligro a la nación, se creía autorizada a prescindir y blasfemar de su espíritu:—por lo cual, aunque descontentos de mucho inmigrante burdo que a la prédica de las libertades les seguía, iban del lado demócrata los guardadores de la República: los enemigos del soldado.

Pero como unos y otros, aparte de esta distinción (no visible sino a las miradas penetrantes) donde gobernaban, gobernaban con iguales abusos, por ser ambos tajos de un mismo pueblo; como en ninguna cuestión capital se diferenciaban, sino que se dividían de igual manera; como que el único problema imponente, a no ser el de la corrupción electoral y administrativa, era ese del sistema económico que la exuberancia de la producción y dificultad del comercio venían cerrando,—en él parecían haber de parar al fin ambos partidos, e irse de un lado los librecambistas, republicanos y demócratas, y de otro, los proteccionistas de ambos bandos.

Mas los pueblos ricos, conservadores de suyo, sólo aceptan en casos extremos las soluciones radicales, y ven todo cambio con horror secreto. De modo que como, a la vez que estas penurias económicas, cuyo remedio ha de ser a la fuerza violento y costoso, había disgusto de la arrogancia republicana, pruebas de su imprudencia en el manejo de caudales del Erario, y miedos de que la libertad electoral, ya muy desfigurada por los que han hecho negocio de la política, quedase definitivamente en sus manos, por ahí se han manifestado primero, por no costar ahí nada el cambio, las inquietudes y cóleras del país descontento.

Y esto, no por sacudimiento de la masa votante, que sólo se estremece cuando el hierro le entra en las carnes, o el lobo le aulla a la puerta; sino por la briosa arremetida de la gente pensadora, que apenas vio cierto el peligro de la República, saltó a la plataforma, peroró desde los ferrocarriles, propagó por toda la nación la alarma, enfiló sus soldados

en las cajas de imprimir, y en el borde de una navaja ganó la contienda. Mas lo curioso es que la victoria de los demócratas la han ganado los republicanos.

En la nación venían gobernando los republicanos; pero en algunos Estados los demócratas; y en New York, donde la opinión fluctúa, con inclinaciones democráticas, unos y otros, con lo que se tenía ocasión de ver que los de la oposición no eran más escrupulosos que los del Gobierno en el modo de reclutar partidarios y premiarlos. New York principalmente estaba como roída por una caterva de hombres lustrosos y obesos, consagrados, con gran provecho, a mantener subordinado el voto de la ciudad a los intereses de una añeja corporación democrática. "Tammany Hall", que como por la distribución de empleos pequeños y el avivamiento de las pasiones irlandesas, disponía del voto de la ciudad que es más importante que el del resto del Estado y decide de él, no sólo imponía sus candidatos al partido, sino que, por lo que New York pesa en los negocios nacionales, y por no poder haber ahora Presidente sin el voto de New York, no podía aparecer candidato democrático a la Presidencia a menos que no consintiese de antemano en servir los intereses de Tammany Hall. Y los candidatos que sacaba electos, sabíase ya que entraban a sus oficios públicos obligados a repartir puestos y ganancias con los miembros de la asociación: de estos empleos mayores obtenía los menores con que tenía sujetos a los votantes, que en cambio de ellos le daban el poder necesario para imponer condiciones a los que deseaban ser electos, o sacar por sobre sus contendientes a los que la asociación deseaba elegir.

Era Tammany Hall, con ser demócrata, tipo acabado, por lo que aquí lo describimos a la carga, de ese sistema de capataces, de caciques, de gamonales del voto que,—con no admitir en las listas de las asociaciones de barrio del partido sino a los que acataban sus voluntades, tenía sujeto por la raíz el voto público. Al fin, los no admitidos, que por indiferencia o respeto, venían viendo en silencio este abuso, se levantaron, y votaron. La revuelta fue en el campo republicano. Se levantaron los votantes ultrajados contra el "boss", el cabecilla, el gamonal. Se levantó primero Brooklyn, hogar de la Iglesia Protestante, que guarda a pesar de sus estrecheces—¿por qué no decirlo?—la semilla de la libertad humana.—¡Ah Holanda!—¡Ah Guillermo de Orange! ¡Ah, sembradores! vuestra mano, penetrante como una consagración—se ve aún sobre el hombro de estos reivindicadores de la limpieza del sufragio.

Sacasteis a la mejilla, mejor que nadie en Inglaterra y en Francia, la dignidad humana, que ya no se irá jamás del rostro. Fue Brooklyn la primera en rebelarse contra el "boss", que en Tammany Hall tenía su representación más acabada. Y eligió a su *mayor*, un joven honrado y rico, contra la oposición de los capataces del voto en Brooklyn. Y como el mal era nacional, por la Nación se esparció el contento, y por los electores el crecimiento de fuerza que da la victoria. Y luego, por sobre el "boss" eligió el Estado a su gobernador. Y al fin, sobre el "boss", tipificado en Blaine, eligió la Nación su Presidente.

El canevá de toda aquella urdimbre electoral, el huevo de toda aquella vileza, era la repartición de los empleos públicos. Los que "trabajaban" por el triunfo de un partido, se proclamaban con derecho exclusivo a que éste los recompensase con los destinos de la Nación, así como los que de alguna manera contribuían a la victoria, y sin influjo o pecunia hinchaban el voto, creíanse con naturales títulos a las concesiones y preferencias que están en mano de los administradores de negocios públicos; de lo que derivaba que el electo a un puesto no fuese en él, como que sin aquellos votos interesados no hubiera podido alcanzarlo. más que el cómplice y servidor expreso de estos intereses; vendida como se ve estaba la Nación a los traficantes activos de la política. que por el alejamiento de las urnas de los votantes desinteresados o entabados por miramientos de partidarios o tibios, dominaban sin contrapeso en las deliberaciones de ambos bandos. Porque donde llegaba al gobierno el demócrata, como que subía por la misma tortuosa escala, quedaba sujeto a iguales compromisos. El Gobierno tiene puestos que dar, y abusos que permitir, y contratos que autorizar; y los "trabajadores" lo eran por la golosina de los puestos, y los que los ayudaban, por la de las contratas y permisos. Lo que a los buenos republicanos indignaba. indignaba también a los buenos demócratas. Y así vinieron a juntarse. en la saludable revuelta, unos y otros.

Porque aquella misma diferencia en el partido dominante entre los republicanos de sangre entera, que mantenían en todos sus extremos la política gamonal, de disciplina, acometimiento y despojos, de subserviencia de sus adversarios, de befa y estrago de los pueblos débiles, de gobierno de conquista en conquista en lo interior y lo exterior.—y los republicanos de media sangre, que querían mayor respeto a la voluntad nacional, menos alarde en las relaciones extranjeras, más pureza en las

elecciones y distribución de empleos, más libertad para los miembros del partido,—existía, por causas iguales y con equivalente encono entre los demócratas. No se habla aquí del Sur, cuya simbólica democracia anda dividida por causas locales relacionadas con la guerra; sino del Norte, y de New York en especial, donde se extremó el mal y ha comenzado la cura.

“Borbones” se llaman entre los demócratas los viejos, los que gobernaban antes de la guerra, los que siguiendo el ejemplo inicial de los tiempos de ardiente contienda no concebían que bajo una administración hubiese empleado alguno que no compartiera sus miras políticas, los que en el Gobierno contrajeron los vicios que de él nacen y han corrompido a los republicanos, los que más para los demócratas que para la Nación querían su vuelta a la gobernación pública, los que están a las tradiciones, no a los tiempos. Mas en estos veinte años, mucha persona de buen pensar, mucho guardián de las libertades públicas, mucha gente moza a quien sacaba al rostro los colores la soberbia republicana, mucho elector del Norte que veía riesgos de guerra o tiranía en la tendencia del partido republicano a reunir en el poder federal las autoridades que pertenecen a los Estados Unidos y garantizan el equilibrio y renovamiento indispensable a la existencia de esta nación vasta y numerosa, habían venido afiliados, como al único partido combatiente fuera del que ocupaba el Gobierno, al bando democrático, y creando dentro de él como tejidos nuevos, libres de la polilla que cernía la mente preocupada y los casaquines de seda de los empolvados “borbones”. Ni celos del Norte, ni invasiones a México, ni intolerancias mezquinas, ni explotación del gobierno en beneficio de los partidarios. Enfrente de los males creados por el partido republicano, y por el disgusto de ellos, había formado bandera esta gente nueva bajo los demócratas, de modo que no batallaban como los “borbones” para recobrar su influjo y aprovecharlo bien, sino para destruir los abusos republicanos, para estancar en lo posible la sed inmoral de puestos públicos; para establecer las organizaciones del partido de manera que todos sus miembros pudiesen expresar y realizar en él sus voluntades libremente; para reformar las elecciones de modo que los funcionarios no fuesen los meros ejecutores de las imposiciones de las camarillas que le aseguraban el nombramiento; para aliviar de cargas innecesarias la importación de artículos y la vida general, sin comprometer de súbito la suerte de las industrias establecidas; para sacar de sobre las arcas del Tesoro a los

explotadores que las cubren. Y contra estos demócratas nuevos, claman los trabajadores por empleos, los negociantes que los auxilian y dirigen, y los “borbones”.

Los “borbones” son disciplinarios y quieren el mando como cuna propia, de que nada se debe a los que no sean miembros del partido, en lo que son como los republicanos de sangre entera. Y los demócratas menos miran el Gobierno como la manera de afirmar el beneficio propio sirviendo con imparcialidad los intereses generales de la nación, y no creen que sea el Gobierno una granja de los miembros del partido triunfante, donde pueden coger hasta la fruta, y rapacear a su placer, sino un depósito, en lo que se parecen a los republicanos de media sangre. Venían, por tanto, con semejante espíritu, hablando dentro de su partido con enemigos iguales, y acercados por natural simpatía, los mejores entre los republicanos y los mejores entre los demócratas. Tímidamente primero, y como en un ensayo, se unieron en Buffalo para la elección de corregidor de la ciudad a Cleveland. Ya con más franqueza, aunque sin confesión pública, juntaron de nuevo fortuna para elegir, siempre a Cleveland, Gobernador del Estado de New York. Por fin, abiertamente, y en notoria rebeldía, salieron de la Convención republicana muchos de los delegados más ilustres; decidieron apoyar, como apoyaron, al candidato de los demócratas, si en vista de este apoyo, el candidato fuese como fue siempre, Grover Cleveland.

Porque tuvo el partido demócrata la fortuna de que apareciese en él el reformador que los tiempos requerían, duro como un mazo, sano como una manzana, independiente como un cinocéfaló. No usa pompas en el lenguaje, ni en la vida. Cuando pasa un bribón, dice: “Ese”. Cuando le piden que haga lo que no debe, dice: “No”. Cuando le representan que un acto de justicia podrá dañar su adelanto personal o el de su partido, dice: “Es justo.” Y como el país tiene ahora miedo de que los abusadores le sequen sus caudales, más aún que de que los “trabajadores” le vicien sus libertades políticas, se han dado todos a apoyar a este hombre sencillo, que se ha puesto sin miedo a la limpia de los bribones y la vigilancia de las arcas.

Con el auxilio de los republicanos tan puros, y contra el sentimiento borbónico de su partido, fue electo Cleveland al corregimiento de la

ciudad de Buffalo, para que la gobernase con imparcialidad e independencia. Con tal entereza condujo los negocios de la ciudad, y ganó por ello tal fama, que el elemento joven del partido demócrata lo sacó triunfante sobre los "borbones" corridos, como candidato al gobierno del Estado de New York, a cuyo puesto subió en hombros de demócratas y republicanos que lo ayudaron, ya con su abstención, por no complacerles el candidato de su partido, ya con su voto silencioso. Y como Cleveland en su difícilísimo puesto mostró saber conciliar el agradecimiento a sus electores con sus deberes para con el Estado, como no tenía que pagar por un empleo que no había solicitado; como que contra Tammany Hall, repleto de borbonismo, fue electo; y no cedió ni al deseo de atraerse más voluntades republicanas, ni a las amenazas de Tammany Hall; como gobernó con su partido sin faltar a sus deberes con la Nación, sino en ejemplo y provecho de ella, como en tiempos en que había clamor de honradez y fortaleza; subía la fama de Cleveland por fuerte y por honrado, aconteció naturalmente que cuando con la designación de Blaine por la Convención Republicana para la candidatura a la Presidencia culminó el desdén de los republicanos a la opinión nacional, y la indignación pública,—culminó de la otra parte, en la Convención Democrática, con floja e ineficaz oposición de los "borbones", el anhelo de reformas en aquel que había demostrado que no tenía miedo para afrontarlas, ni exageración con que deslucirlas, ni debilidad en llevarlas a remate: en Grover Cleveland.

Los republicanos disidentes, por considerar como un golpe en la mejilla la designación de Blaine, se organizaron en los Estados, se reunieron en junta pública, proclamaron su determinación de votar con los demócratas, y, contra gran parte de los demócratas mismos, los sacaron triunfantes.

Los más mordidos de borbonismo, los más vivaces partidarios de los demócratas viejos, los que no querían en el Gobierno a la democracia joven, formada en los problemas actuales para salvar en ellos a la Nación, sino la de antaño, amiga e incondicional de sus secuaces y consagrada a su servicio; los capataces de votos, que llenaran Tammany Hall, siempre por Cleveland tratados con severa firmeza, y sin aquella adulación a que los solicitantes de sufragio tienen acostumbrados a los de Tammany,—en masa se revolviéron contra Cleveland, y ya a la callada, ya a la faz, prescindieron de su voto, o se lo dieron a Blaine, que halló fáciles partidarios entre estos "Tomasetes" y estos "Miquis" y ayudados por ellos, en la gente de Irlanda, con el anuncio, desmentido, sin em-

bargo por su conducta anterior, de que, en defensa de los irlandeses iba a poner la mano, como en el de un perro de presa, sobre el cuello inglés.

Mucho puede Tammany Hall entre los electores de New York, y muy bien organizados los tiene. Muchos votos de Tammany Hall faltaron sin duda el día de elecciones, aunque en público, afectó decir que apoyaría a Cleveland, y luego ha ido a festejar su inauguración en Washington. Mucho irlandés votó por Blaine, aunque mucho alemán republicano hasta ahora, votó en cambio con la Democracia. Pero las demás asociaciones democráticas de la ciudad de New York, a que, dado el equilibrio nacional de las fuerzas de los dos partidos, estaba la batalla presidencial reducida; y el comercio en masa, que llenaba las calles bajo la lluvia en procesiones y banderas; y los republicanos disidentes, que en plataforma, púlpito y prensa pelearon por Cleveland, con un ardor que entre los demócratas entibiaban mucho los "borbones" airados, pudieron al fin, no sin grandísima dificultad, superar el voto de los republicanos disciplinados, y los tráfugas demócratas por poco más de un millón de papeletas en diez millones de votantes: ¡honradas papeletas, alas del derecho, que por encima de candidaturas censurables aunque previsoras, como la de Butler, o ineficaces, como la del partido de temperancia, o curiosas como la de la señora favorecida por las sociedades del sufragio femenino, han llevado al sencillo reformador a que la oreo y purifique, a la Casa Blanca!

Así cayó el partido republicano del poder: así sube, y en esas dificultades queda en él, el elemento joven del partido demócrata. ¡No tiene la virtud más enconados enemigos que los que la ven de cerca!

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 9 de mayo de 1885

## CARTAS DE MARTÍ

*Movimiento político en Washington.—Continuación del análisis del actual problema político.—Modo y razones con que combaten los elementos del partido demócrata*

<sup>2</sup> La primera parte de este trabajo se refiere a Grant. Véase la sección NORTÉ-AMERICANOS, de estas *Obras Completas*.

Nueva York, Abril 14 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Otras batallas se lidian ahora en Washington, diversas de las que se libraron en aquellos días. Batallas son de empleos y de damas.

Las damas, por sus puestos de precedencia ¡quién lo dijera de la republicana Casa Blanca!; por empleos, los políticos de profesión de los Estados, todos, que ya se van volviendo, cariacontecidos y sin credenciales, pero que todavía, de cuando en cuando, apoyados por los demócratas antiguos, se aprietan unos contra otros, como los bisontes, y arremeten unidos, levantando gran polvo, con los cuernos rasando la tierra, contra las puertas cerradas de la Presidencia y las Secretarías, que a nueva guisa, y no a la añeja, están distribuyendo puestos pocos; mas ya estos buscadores de empleos están desapareciendo de lo visible, como los bisontes. Sólo que, llenos de despecho, reaparecerán por todo el país, obedeciendo acaso al mandato de la vieja democracia irritada, para impedir, con todo género de esfuerzos de palabra y obra—que en la Convención de delegados demócratas que cada cuatro años se congrega para designar el candidato del partido a la Presidencia, vuelva a salir electo, aunque el partido corra riesgo de volver a la derrota, “¡ninguno de estos ridículos demócratas mozos que pretenden que la gente trabaje por la victoria de un partido que se niega después a darles empleos!” Aunque esto harán los solicitantes despechados, con auxilio de los demócratas de antaño que ven desdeñados sus métodos y maltrecho su influjo en los altos cónclaves demócratas, sin recordar, que, entre otras reformas, anda en camino la de esas mismas convenciones electorales que no son asambleas oficiales de la Nación, sino un modo privado de los partidos de discutir y presentar sus candidatos a la Presidencia, en vez del modo antiguo que consistía en que los representantes y senadores

de cada uno de ellos en Washington se reuniesen en convención para acordar y nombrar el candidato.

Y la reforma acaso irá más lejos, puesto que actualmente, las convenciones de los Estados, que son los riachuelos que dan en el río mayor de la Convención Nacional, designan a los votantes que las obedecen, los electores presidenciales, encargados por la Constitución de escoger el Presidente de la República; y como los partidos están organizados de manera que no la han de votar fuera de la cédula adoptada en las convenciones, o es inútil el voto, se está estudiando por gente de peso un plan de elecciones presidenciales que no sujete a los electores nombrados por los Estados a la dependencia absoluta de las decisiones de la Convención que los designa, a la cual están ahora sujetos; sino que, ya que el nombramiento de los electores es irresponsable, puesto que lo establece la Constitución, éste sea hecho de manera que el tribunal de ellos escoja libremente de entre todos los candidatos, o fuera de éstos si le parece bien, el que haya de ser Presidente de la República. Gran batalla será ésta, y no menor de la que acá se necesita para ir salvando a esta Nación de la corrupción y desastre que, a seguir por las vías por que iba, le aguardan; mas todavía no está cercana. La de los empleos es la que se riñe ahora.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 2 de junio de 1885

## 18

### CARTAS DE MARTÍ

*Sucesos de la quincena.—Conducta de Cleveland en el poder.—Espíritu y práctica de su gobierno.—Su teoría y manejo de los empleos públicos.—Los nuevos empleados.—Reforma en la organización de los partidos políticos.—Casos de prueba.—Los republicanos aún en sus puestos.—Los nuevos enviados diplomáticos*

Nueva York, Abril 15 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

En los Estados Unidos fue uso siempre, desde la época de su fundación, en que los demócratas de ahora se llamaban republicanos, y los que en tendencias se parecían a los republicanos de ahora, federalistas, —el cambiar, de la raíz al tope, todos los empleos cada vez que, aun cuando fuera del partido mismo, y sobre todo cuando el partido cambiaba, entraba en el Gobierno un Presidente nuevo. Mas entonces se debatían intereses esenciales, y las pasiones de los que batallaban por decidir la suerte futura del país eran ardientes e inconciliables, y tan opuestas sus tendencias que con los unos no podían gobernar los otros. Triunfaron definitivamente al fin los mantenedores de la Constitución; y sus adversarios, seco ya aquel primer campo de batalla, entraron a reñir, con menos ira, y ya sobre el país fundado, en los campos menores que la política corriente iba ofreciendo. Y desde antes de la guerra se hubiera notado este decrecimiento de pasión; y esta reducción de la contienda por el gobierno a una contienda de métodos administrativos y económicos, a que está reducida ahora, si no hubiera quedado aún en pie aquella cuestión esencial, preñada de problemas y de llamas, la cuestión de la esclavitud, que trajo al fin, como lo previó Webster, la guerra.

Con los amigos de los esclavos no podían gobernar los enemigos de la esclavitud, que venían al poder con el ánimo de ir destruyéndola. Con los enemigos de la esclavitud, y de sus defensores del Sur, no podían gobernar los hombres del Sur, decididos a mantenerla.

Por las diferencias constitucionales primero, y por las esclavistas luego, se concibe cómo, ni aun en manos de aquel clarísimo Jefferson, pudo el gobierno librarse de la práctica, entonces necesaria, de cambiar casi totalmente los empleados públicos a cada Presidencia. Mas ex-

tinguida con la guerra, en tanto que se presenten nuevos problemas, la última diferencia esencial, llegóse a ver, como en estas correspondencias queda minuciosamente explicado, que de la viciosa manera de distribuir los empleos, y del ansia de ellos, venían, ayudados de los apetitos de las grandes empresas y los miedos de los capitalistas, los defectos graves del sistema político, que iban ya penetrando en la Nación. Casta de holgazanes. Casta de legisladores traficantes. Nación indiferente. Los que dan el poder con sus votos en liga con los que distribuyen los provechos que vienen de la posesión del poder. El Ejecutivo a las órdenes del Legislativo en las funciones que son de aquél, para el buen rodaje nacional. El Legislativo a las órdenes de los electores.

A quien no ofrece puesto, no se da voto. De modo que ya se dijo—o la nación se iba a pique, o se veía modo de poner fin a estas rapiñas y vergüenzas. La reconstitución moral de la República, seriamente amenazada, había de empezar por la reforma en la distribución de los empleos. Cleveland, ascendido al poder en virtud de estas doctrinas, y contra los miembros de su partido que las desatienden y ridiculizan, ¿tendría en el poder entereza bastante para afrontar la amenaza, la injuria, la burla, la calumnia, el desdén, el abandono, que habrían de apilar sobre él, como han apilado, los demócratas viejos, celosos de su influjo en tiempos que las cuestiones eran otras, y los buscadores de empleos que, en acuerdo con las antiguas costumbres, más que por el triunfo de un sistema político, trabajan por un cambio de gobierno que les asegure puestos de lucro correspondiente a sus servicios? Pues Cleveland ha tenido esta entereza:—y esa frase explica todo lo que ahora, con inflamada verba, llena los diarios, republicanos o demócratas.

Vienen de los Estados disputaciones especiales, con largas listas de candidatos para los empleos ocupados por los republicanos, y al pie de ellas, firmas de los demócratas que en los Estados mandan en los votos; —pero los republicanos, si han sido honrados, en los empleos se quedan, y las diputaciones especiales, recibidas sin mucho agasajo, a sus Estados se vuelven, aunque sin las listas, que por orden de turno quedan cortísimamente registradas en las Secretarías a que los empleos pertenecen.

Era con los otros Presidentes, en estos meses de la primavera del año de la inauguración, una antesala del Conde Duque la casa presidencial; y el Presidente para nada más tenía tiempo que para oír recomendaciones y demandas, y esquivarse o prometerse: con Cleveland, los solicitantes comenzaron, si bien con parsimonia, a invadir la Casa, mas de tan firme manera fueron los más señorudos enviados para re-

forzar su empeño al Secretario a que el puesto solicitado incumbía, y el Secretario con la entereza daba a entender que el viejo tiempo es ido, que a poco ya estaba tranquila la Casa Blanca. Antes, a cada entrada de Gobierno, representantes y senadores acudían a cada Secretario con la lista de los empleados de sus demarcaciones, de antemano adjudicados a los que les habían ayudado mejor, ya en su propia elección, ya en las demás del partido; y fuera del natural contrapeso de influencias rivales de otros republicanos o algún deseo particular del gobierno, los empleos iban, so pena de la hostilidad del representante en el Congreso, a quien éste señalaba, por lo cual era visto como el dispensador de puestos públicos en su distrito: y como los senadores son electos de más indirecta manera, que comprende demarcaciones democráticas, estaba esto concertado de modo que a los republicanos pertenecía, como de derecho natural, la distribución de los empleos de su distrito entre sus secuaces; y a los senadores la de los empleos de los distritos demócratas, lo que era tan sabido que cuando un demócrata quería un puesto, al senador o diputado republicano lo pedía, no al suyo, que en tal arreglo no tenía manera de influir en las Secretarías;—y sucedió naturalmente que al venir al poder los demócratas, a sus senadores y representantes enviaron sus pretensiones los aspirantes, y aquéllos, ya en casos estrechos con su recomendación personal, ya en casos comunes endosadas con su firma, las presentaron al Presidente o a los Secretarios; mas la austeridad de éstos ha puesto la honradez en moda, y el senador que más se muerde los labios, y el representante que más murmura de un sistema que le pone en riesgo a su juicio la elección próxima, hacen gala de no ser vistos por las Secretarías, u ocultan que alguna vez lo fueron.

En cuanto a empleos, cambios ha habido, inevitablemente en todos aquellos empleados que por la naturaleza de sus funciones, han de estar para que éstas sean eficaces, en acuerdo con el espíritu y métodos del gobierno cuyas ideas administrativas aplican. Los representantes en el extranjero se han cambiado; los jefes de secciones en los departamentos; el personal privado en cada uno de éstos; el personal directivo de aquellos ramos confesamente necesitados de reforma. Mas en un caso conspicuo, para el que los republicanos observadores y los demócratas viejos, se apretaron su mejor cinto y batallaron sobre su mejor caballo,—en el caso de Director de Correos de New York,—un republicano probó, que no torció nunca a servicios de partido su correo, y ayuda con voz y acto a la reforma, iba a cesar, por expiración de término, en su puesto. El comercio lo deseaba. Toda la ciudad, y el Estado todo, lo apoyaba.

Había cumplido con su deber irreprochablemente. Pero si, para otros puestos, bien que de espíritu político, y para hacer la reforma que ya este republicano tiene hecha, se habían nombrado demócratas; ¿por qué a su salida natural de empleo no habría de nombrarse en su lugar a un demócrata? ¿Qué demócrata es Cleveland, y cómo considera a su partido, que así va a poner en manos de un republicano la Dirección de Correos de New York, que dispone de mil setecientos empleos? ¿Cómo se contentará sino con este puesto deseado, a tanto prohombre demócrata de New York, que puede dar a los republicanos el triunfo en las elecciones de Noviembre, y de Brooklyn, que también combatió por Cleveland?

¿Para quién trabajó la democracia; para los republicanos? Pues si Cleveland deja en la Dirección a Pearson, contra nuestra voluntad, la voluntad de los demócratas de New York, suceda lo que suceda,—¡ya verá Cleveland! En estas y mayores razones andaban los demócratas viejos, que en New York son los más, y acaso en toda la Nación, cuando se supo, con mucho regalo de la parte honrada, y con mucha ira de los “borbones”, que Cleveland, asesorado por demócratas ilustres, había hallado ejemplar la conducción de la Casa de Correos por el empleado republicano; y lo dejó en su puesto. Las amenazas culminaron. La rebelión alzó las armas. Los “borbones” pronosticaron la derrota del partido en Noviembre, que sin duda desean, para forzar con este escarmiento a Cleveland a que acate su sabiduría y les ceda la jefatura del partido. ¡Cleveland, sin duda, estaría ya arrepentido frente a su oposición, de haber nombrado al republicano!

Sucedió en esto que el Comisionado de Pensiones, porque cierta señora que tiene un buen empleo había ofendido en cosas políticas a un amigo suyo, le pidió por telégrafo, a uso republicano, que enviase su renuncia; a lo que respondió la señora que quitarle el puesto, lo hiciera el Comisionado; pero renunciar ella, no. Y el Comisionado acaba de ser nombrado por el nuevo Gobierno: éste es otro caso de prueba. Es verdad que la señora ha vociferado un tanto, y como desafiado al Presidente. Mas no parece que éste dé razón al empleado demócrata, sino que, caso de que la señora no desfigure su derecho, con provocaciones excesivas, Cleveland estará por la señora.

Y en el nombramiento de representantes en el extranjero, que por su importancia precedió a todos los demás, igual fue la sorpresa, cuando

si bien en irreprochables individuos no recayó la elección en aquellos prominentes personajes del partido en quienes, por haber ganado antaño glorias en contiendas domésticas, todos tenían puestos los ojos, mirando más en los destinos una recompensa que un trabajo. Mas Cleveland los considera evidentemente de esta última manera, y no de aquélla; por lo que no eligió para los altos puestos de la diplomacia políticos de mera reputación nacional, o meros magnates demócratas, sino aquellos que, a las condiciones generales de antecedentes y cultura que han de asegurarles el respeto que su situación exige, reúnen en cada caso las condiciones especiales necesarias para resolver las dificultades que él presente.

A Inglaterra, en diplomacias consumada, que con los Estados Unidos tiene pendientes cuestiones tan importantes como la validez del tratado Clayton-Bulner y las de la extensión de derechos de los irlandeses naturalizados, americanos en Irlanda, envió al caballero Phelps, tan llano como discreto, muy conocedor del carácter y legislación de Inglaterra, y maestro eminente de ley internacional.

A Francia, donde el conocer a los franceses tanto importa, mandó a quien lo es en modales y aficiones, y se educó entre ellos, al caballero Mc. Lane, muy distinguido. A Alemania manda a Pendleton, no por ser, como es, demócrata de mucho viso, sino porque el alemán lo habla como el inglés, y las cuestiones pendientes o probables con Alemania, sobre su general ilustración, le son de particular conocimiento.

Y a España, ni siquiera un demócrata nombra; sino que como el republicano Foster inició, y llevó a su estado actual el tratado de comercio entre los Estados Unidos y las Antillas, que asegura sin duda a aquéllos la dictadura comercial en éstas, ruega a Foster que permanezca en su puesto, por lo menos hasta que termine el tratado. En tal espíritu han sido hechos los nombramientos restantes de Ministros y Cónsules. Sólo al Perú va un caballero que, aunque conoce un tanto sus asuntos y no tiene tacha, tampoco cuenta derechos especiales; por más que parece que el Secretario de Estado espera mucho de las cualidades de que sabe poseedor a Mr. Buck, entre las que es la primera un decidido respeto a la independencia de los países a que los representantes diplomáticos van acreditados. A Chile va de Enviado un caballero de buena historia política, varia y limpia fortuna y distinción personal: el coronel Roberts. A México, como acatamiento a los derechos del Sur, y cum-

plimiento a la cultura y aficiones mexicanas, envía Cleveland el general confederado Jackson, persona literaria, y de mucha moderación y riqueza.<sup>3</sup>

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 5 de junio de 1885

19<sup>a</sup>

## CARTAS DE MARTÍ

*La casa y el ferrocarril.—Quincena de crímenes.—Un joven distinguido se mata, y mata a su madre y a su hermana.—Males modernos.—El mal de las aspiraciones excesivas.—Exhibición de cuadros americanos.—Bosquejo del arte en los Estados Unidos.—Recuerdos del arte en México.—Los tipos del arte americano.—Creación del arte.—Los pilluelos de Brown.—Reforma trascendental en el Colegio de Harvard.—Modernos contra antiguos.—Una victoria del espíritu moderno.—El estudio del griego y el latín no será obligatorio en la Universidad*

Nueva York, Abril 23 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Siempre por estos meses, en que empieza a cesar la vida exuberante del invierno, y a prepararse la larga vacación de estío, son escasos los sucesos de importancia, para quien no tiene la mente de gacetero de crímenes, que en la quincena actual han sido terribles, y entre gente de cierta pro, como revelando la agonía profunda de un país donde los afectos íntimos no son bastante dulces y sagrados para sobrellevar el peso enorme de esta vida de bestia de hipódromo, apretada y seca, como las fauces del que camina largo tiempo por un desierto en que no hay remanso en que apagar la sed.

¡Mantengan la casa, los que quieran pueblo duradero! ¡Y malhaya los ferrocarriles, si se llevan la casa, que viene a ser como el hígado, que limpia todas las impurezas de la vida! Esta vida de cartón y gacetilla que se lleva ahora, no es buena. Es mejor vivir como los antiguos griegos, sin ventanas a la calle, ni en toda la casa más que una sola puerta; o como vivíamos antes en nuestros países de América, con aquella claridad patriarcal que fomenta la sabrosa virtud, y que la riqueza fácil, y las ventajillas de apariencias que permite, y las rivalidades que crea nos deslucen ahora. Una mañanita de nuestros antiguos domingos, cordial y comunicativa, vale tanto como un ferrocarril o un puerto. Hace cinco años, un pobre suizo, arrepentido de haber puesto en vida miserable a sus tres hijos pequeñuelos, se los echó a los brazos, se fue con ellos a una selva, y, en lo hondo de un pozo, se ahogó con ellos.

Dos años ha, la mujer de un conocido médico de locos que ahora mismo hace de testigo en el pleito de una hija desheredada, so capa de demencia, por su padre, se encerró con todos sus hijitos en su alcoba, y con una pistola nueva, les dio muerte, y se la dio ella. Hoy, el hijo de un caballero que fue Ministro de los Estados Unidos en Europa, se

flora por la orilla del mar a su madre y hermana, y las mata, "para que sean más felices", y se mata. Maridos que de una descarga de revólver se llevan a sus mujeres y a sus hijos, y sus propias sienes con ellos, los hay aquí, por celos y por pobreza, cada día.

Algo falta, que refrene. En este pueblo de gente emigrada, falta el aire de la patria, que serena. En este pueblo vasto de gente aislada y encerrada en sí, falta el trato frecuente, la comunicación íntima, la práctica y fe en la amistad, las enérgicas raíces del corazón, que sujetan y renuevan la vida. En este pueblo de labor, enorme campo de pelea por la fortuna, las almas apasionadas de soledad se mueren; o apenas acaba el goce de la riqueza, ya se vuelan el cráneo, porque les parece que no hay más goce. Y a más, en esta época de renovación del mundo humano, los ojos desconsolados se vuelven llenos de preguntas al cielo vacío, gimiendo junto a los cadáveres de los dioses. De esos crímenes, por sobre todo otro suceso, o falta de otro mayor, se ha hablado principalmente en estos días.

De ese hombre joven que mató a su madre y a su hermana, dicen que en todo este año último lo vieron silencioso y torvo, como si le doliese tener que vivir, con sus gustos de universidad, en un pueblo de gente de trabajo, que ara la tierra y comercia con sus frutos: ¡como si hubiera sobre la tierra nobleza mayor, ni impresión más sana y dulce, que la que pone en un alma limpia el espectáculo de la hermosura de la Naturaleza, y el tráfico con sus fuerzas vivas! Ver trabajadores, repone. Vivir en ciudad, enjuta. Ese infeliz caballero sufría de verse con más apetitos que modos de satisfacerlos: y era como otros tantos de mente de hormiga enferma: padecía de no poder vestir bien, ni poseer grandes trenes por los pueblos de baños en verano, ni ostentar en clubs y teatros en invierno la abundancia de otros condiscípulos suyos más afortunados. Parece que el rencor le fue creciendo en el pecho, donde le anidaban algunas buenas condiciones; y en vez de hacerse, de su propia sangre cuajada, un pedestal en que afirmarse contra los vientos de la vida, era de los que, por traer en el cerebro unos granos de talento, o en los hombros un retoño de alas, ya se imaginan que la tierra entera está obligada a servirles de pavés, como a un triunfador o a una maravilla, y a traer a sus plantas, como a un conquistador, todo género de presentes y de ricas frutas, sin ver que en la tierra, con las propias manos se ha de sembrar con esfuerzo, y con la propia sangre se ha de

regar con dolor, toda fruta con que se haya de enjugar los labios. No hay corona como la de la entereza en la adversidad. Se sale de ella, a menos que no se tenga una virtud implacable y excesiva, siempre que se pone el cuello al yugo del trabajo, que no estorba, sino estimula, los centelleos del genio, cuya sublime e irremediable intranquilidad suelen confundir los que no lo poseen con las inquietudes punzantes que provienen de la desigualdad entre las aspiraciones prematuras y su realización penosa. El genio verdadero, fuerte de naturaleza, y seguro de un reconocimiento final, acá o allá, no gruñe, ni se impacienta, ni da valor a riquezas pasajeras: trabaja, aguarda y desdeña. Se mete las manos en el corazón sajado y caído, y cuando las retira, con un dolor que da luz, llenas de su sangre propia, sonrío deliciosamente, complacido en su valor; y para beneficio de los hombres, las manos cuentan lo que han visto; o con el verde de la hiel hacen esmeraldas, y con el rojo de la sangre hacen rubíes, y con sus lágrimas diamantes, que montan en firmes estrofas, como un joyero sus piedras, y ofrecen a los hombres curiosos, que no saben qué gemidos saldrían, si se rompiesen, de aquellas joyas finas. Mientras más cruel es el desengaño, más acerada es la espuela heroica. El dolor excesivo empuja el alma a las resoluciones grandes. Los cobardes, dan en la boca de una pistola, y con el humo de la pólvora se desvanecen. Los enérgicos, aunque desgranándose en lo interior como un rosario al que se rompe el hilo, echan manos a la espalda, al arado o a la pluma, y con las ruinas de sí mismos, fundan. El hombre tiene que ser abatido, como una fiera, antes de que aparezca el héroe.

En ese pobre mozo que mató a su madre y a su hermana, parece que pudo tanto la certeza, aparente a sus ojos, de la inconformidad de un espíritu superior con la vida usual, y el rencor a ésta—que tardaba en satisfacerle—llegó a ser tal, que no creyó bien dejar tras sí, en una existencia infecunda e injusta, a su hermana y a su madre, a quienes amaba: y se las llevó consigo. Algún pesar de familia, que apenó la casa, le decidió la mano. Hoy, sus condiscípulos compasivos, que le recuerdan como al alumno más brillante que tuvo en estos años el Colegio de Yale, que es aquí una especie de Oxford, le han cubierto su féretro de rosas: y con noble piedad el pueblo de Greenwich, cuyas doncellas acompañaron a la sepultura a su amiga Eleonor, han enterrado juntos a la madre y la hermana, y al infeliz hijo.—¡Ah! una mente exaltada, un corazón ambicioso, cuestan mucho de llevar a salvo por la tierra. ¡Con que el decoro mismo, se salva a penas!

Bien hacen, pues, y un bien radical y urgente, los presidentes de colegios que, obedeciendo a esa analogía indispensable entre la vida de la nación y los elementos que han de continuarla y vivir en ella, se han decidido a abandonar el programa extemporáneo y férreo de la vieja educación universitaria, y a ir poniendo sus colegios de manera, como el benéfico Ezra Cornell quería, que cada uno pudiese seguir en ellos la línea de estudios a que se sintiese más aficionado. Este Cornell fue, como Cooper, un hombre de trabajo, que fundó un Instituto donde los americanos modernos pueden educarse en los conocimientos nuevos, necesarios para luchar con fruto por la vida en la época moderna.

En primavera se congregan siempre, para departir sobre los problemas e intereses en curso, las corporaciones en los Estados Unidos: los presidentes de colegios como los ministros de las sectas religiosas, los sastres, que quieren reformar el vestido de etiqueta, como los artistas americanos, que no han podido crear aún más que dos tipos, con color falso y ejecución burda, el viejo de barba en halo, como la de Lincoln, con sus botas recias, su chaleco corto y su sombrero de fieltro; y el pequeñuelo de las calles, que con cara más rosada e ingenua que la que tiene de veras, reproduce el pintor Brown en lienzos conmovedores y picarescos. Ahora están en exhibición los cuadros de los artistas americanos. No se inspiran en su propia naturaleza, por lo que no traen su nota propia al arte; ni les es esto posible por desdicha, por ir ya el arte tan adelantado que los que quieren estar en sus mercados, y venderse en él, tienen que tomarlo al paso que van, y como él es, desprendido de vida centuria en otros países; de modo que el arte americano no puede traer, al saltar de súbito a la arena, más que ciertas originalidades menores, que por el escaso relieve artístico que todavía alcanza acá la vida nacional, no tienen aún valer de tipos universales, en todas partes estimados y reconocidos, sino méritos secundarios de tipos locales, sólo apreciables para aquellos que ven de cerca su exactitud o se sienten movido ante ellos el corazón por las relaciones de sentimiento y la memoria, que siempre gustan de traer por medio del lienzo a la presencia del espíritu lo que causó en ellos alguna vez una impresión penosa o halagüeña.

El Arte, como la Literatura, ni se improvisa ni trasplanta; ni trasplantado, da buen fruto. Para ser poderoso, ha de ser genuino. En pintura, como en letras, sólo perdura lo directo. El Arte ha de madurar en el árbol, como la fruta. Se va haciendo despaciosísimamente, mediante la agrupación tenaz e indisoluble de los elementos nativos y

distintos que, por los caracteres peculiares de la naturaleza o los productos condensados y resistentes de especiales direcciones del espíritu, constituyen al fin de larga vida el carácter nacional, que, como se sale el alma al rostro, en el Arte y en la Literatura se reflejan. Están ahora estos Estados Unidos definiéndose y condensándose, y en un periodo de monstruosa elaboración e incesante allegamiento, en que apenas se entrevén cuáles elementos han de descartarse, y cuáles de permanecer en la Nación definitiva; de modo que, a más hacer, el arte americano, por mucho que quisiera apartarse de las seducciones del mercado que lo incita, no podría más que pintar, con los métodos extranjeros, los paisajes de una naturaleza que tiene más de grandiosa que de peculiar, y los tipos de accidente que en esta época de formación han alcanzado alguna relativa permanencia: el soldado de la guerra del Sur; el negro voluntario; el estanciero viejo; el explorador del Oeste; el esclavo en día de fiesta: el muchachuelo de New York. Y es curioso de ver cómo la mujer norteamericana no ha podido aún lograr una expresión durable en la pintura; ya porque los artistas, educados en el estudio de tipos europeos más armoniosos y flexibles, las hallen, como en verdad están, faltas de femineidad y delicadeza, ya porque con aquellas ductilidad y porosidad mayores que son propias de su sexo, se amoldan con tal rapidez a las fases de civilización por que precipitadamente su pueblo atraviesa, que en ninguna de ellas persisten por tiempo suficiente para constituir un tipo fijo. Más que por condiciones propias, la mujer americana es original en cuanto a espíritu por su asombrosa falta de estas condiciones; y es como un vaso de madera amarga, que en el primer momento guarda el licor que va el azar vaciando en él, algo como su sabor legítimo, aunque ya un tanto derivado por el natural del vaso, mas a poco, por encima del sabor del líquido extraño, sobresale la amargura nativa de la madera. Ecurridiza como un reptil, vacía como una vejiga, la mujer americana va de una forma a otra, sufriendo rápidamente influencias extranjeras diversas con todos los hábitos y servidumbres del harén en medio de una sociedad libre, que no ha alcanzado a caracterizarla y dignificarla, siendo más digna por el tácito asentimiento de los demás, que por ningún esfuerzo o deseo propio. Por estos tantos resulta que no se ofrece a los pintores como tipo original ni en espíritu ni en cuerpo. Ni los retratistas mismos hallan modo de espiritualizar con el pincel la abuela entonada, la matrona fría, la granítica doncella, cuya faz ni se ilumina ni se adelgaza con los bellos sustos y angélicas consagraciones

de las novias. Modelos de trajes, y no almas en transfiguración, parecen aquí los más perfectos retratos de recién casadas.

Escasez, pues, por todas estas razones, tanto de asuntos nacionales como de espíritu nacional con que tratarlos, los artistas americanos que con la buena venta que en estos tiempos alcanzan las pinturas han florecido copiosamente, se limitan, dentro de las maneras de ejecución que gozan ahora mayor precio y boga, a tratar los sujetos usuales del arte moderno, o los correspondientes, y en relación nuevos, que les ofrece directamente su país. Aquel modo de ver heredado, aquella acumulación de métodos originada lentamente en la contemplación de unos mismos espectáculos por los pintores de diversas épocas de una misma raza, que para al fin en una escuela, o cierta particular sustancia del arte de cada país está manifiesto aún en los métodos más personales y distintos, de sus artistas,—aquí faltan. Cierta crudeza, cierto abocetamiento, cierta prisa, cierto desdibujo, o contradibujo, cierto exceso en la condición dominante, que es condición de la juventud, en el arte como en todas las demás manifestaciones de la vida, sí se notan, como defectos típicos nacidos de causas comunes, a modo de impresión general de la exhibición.

Y sin querer, y cuando iba esta carta a hablar de la buena reforma que han acordado los profesores del Colegio de Harvard, se ha dado cuenta de uno de los sucesos más señalados de estos días, que ha sido la exhibición de cuadros de artistas americanos, congregados a competir por los cuatro premios, de a dos mil quinientos pesos cada uno, que, para animar las artes nacionales, tienen fundados las ciudades de New York, Boston, Louisville y San Luis, cada una de las cuales tiene su museo, que compra en esa forma la obra que premia: y hay además otros premios menores, creados por americanos entusiastas que aman la pintura, y son, en New York al menos, bastante numerosos. ¡Ah! ¡cuán diferentes resultados, los que hasta la fecha, y con tanto ánimo y precio, ha dado el arte rudo o imitativo de los Estados Unidos a sus practicantes, y el que, sin estímulo ni campo, ni más que una sola y buena escuela, rica en cuadros antiguos, lleva dado, con sus estudiantes, geniosos y pobres, el arte en México! Allí, a las pocas tentativas, rebosó lo que aquí falta: la personalidad. Al punto, la historia legendaria del país comenzó a estimular la fantasía de los jóvenes pintores. La atmósfera musical y luminosa de la tierra de México se puso en sus cuadros. Se ve en muchos

de ellos, como que fundó la nueva escuela un dibujante eximio, un **ultra-dibujo**, que, de puro embellecer el asunto, lo desnaturaliza y recorta.

Pero, si ya en la primera generación de pintores modernos mexicanos, —Rebull, Pina, Cordero, Sagredo, Ramírez,—se nota, a pesar de la excesiva sumisión a las enseñanzas del español Clavé, en el Jesús de Sagredo arrobadora idealidad, en Cordero osadas excursiones en el verde y en la sierra, en Pina solidez que Alma Tadema envidiaría, en **Rebull** transparencia y bruñimiento—que a los de ningún pintor moderno **ceden**, —ya en la generación de jóvenes a quienes éstos enseñaron ¡qué **leve** cada uno, éste con tamaños históricos, aquél con feminismo italiano, el otro con elegancias parisienses, por donde el genio libre, enfrenado por el buen dibujo, le mandaba! enfrenado, porque para dejar de hacer **academias**, es necesario haberlas estado haciendo mucho tiempo.

Sin compradores, y con escaso público, pintaban, con un celo **triste** y solitario, Obregón, con esmero y color, sus cuadros de indios; **Ocaranza**, el más independiente y original de todos, sus cuadros de asuntos modernos, elegantes a veces como un pasaje de François Coppée, **simbólicos** y terribles otros, como un cuento de Edgard Poe; y Parra **pintaba**, con vuelo no igualado por ninguno de sus profesores y **condiscípulos**, ya a los mataderos de Cholula, cubiertos de hierro, ya a **Fray Bartolomé**, encendido siempre en los ardores a que le movieron los **espectáculos** tristes de la Española en tiempos de Enriquillo, **pidiendo al** cielo, a las puertas de un templo profanado, justicia para el indio **gallardo** que yace a sus pies muerto, para su desposada de **pies desnudos** que se abraza sollozando a las rodillas del dominico.

¿Cómo no acordarse, teniendo sangre leal de hispanoamericano en las venas, de estas glorias sofocadas y desconocidas de nuestro **arte latino**, enfrente de estos paisajes violentos de Chase, no como los de **Velazco** el mexicano, poderosos; de estas marinas, acabadas, mas **sin brio**, de Swain Gifford, que sigue a Tieppolo; de estos retratos de **Sargent**, que tiene genio suyo y copia con soltura la figura humana, mas a la manera ajena de Bonnat; de estas playas borrosas de Arthur **Quartley**, y árabes de Moore, calcados sobre los de Fortuny, y pilluelos de **Brown**, que, tanto como la fidelidad de la expresión, deben su fama a **aquella** misteriosa simpatía de las almas bien nacidas por la flor que **saca su** tallo por encima del lodo, por el niño desvalido que, solo en estas **ciudades** tremendas, batalla y trabaja? A puñados se quisiera tener el **oro**, para poner en buen camino a esos pilluelos ingeniosos, a esos **escolares**

cascacabezas, a esos vendedorcillos descalzos, a esos harapientos, críticos de los manjares expuestos en las vidrieras, a esos remendones de sus propios zapatos que con color un poco castaño pinta Brown.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 13 de junio de 1885

20

## CARTAS DE MARTÍ

*La educación conforme a la vida.—Disciplina de la mente moderna.—  
La Lengua antigua.—Sucesos políticos.—Facciones democráticas.—  
Tilden.—Habilitación de un confederado.—El ministro a Italia enemigo  
de la Unidad Italiana.—Número excesivo de aspirantes a exámenes para  
turno en las listas de empleos.—Consecuencias de una guerra entre In-  
glaterra y Rusia para la marina mercante americana.—La raza de color  
y el partido demócrata.—Desfile de sacerdotes*

Nueva York, Abril 24 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

A la batalla de los Presidentes volvemos ahora, que así se llama el libro en que corren expuestas las razones por que Harvard, repitiendo, y no con menor riesgo, la hazaña de Tomás Moro en los tiempos escolásticos. va reemplazando la mera educación literaria, útil sólo, cuando es exclusiva, a los maestros de bellas artes, por aquella otra más eficaz y sensata, que a la par que afina con el conocimiento de las mejores obras del espíritu las tendencias ásperas de la naturaleza del educando, le prepara, con el estudio de las fuerzas corrientes y el modo de aprovecharlas, a vivir de propio derecho, y no por merced de la tradición y a su sombra, en países en que la tradición no importa, o importa menos que en cualquier otro, y todos corren, y el que no corre queda bajo los pies de los demás o se levanta detrás de ellos, oscurecido y empolvado. Ya los sacerdotes no tienen tan seguro empleo; ya los abogados defienden sus pleitos ante los jurados, que no conocen de latines, sino de hechos; ya el periodista ha de abarcar, si quiere poner bien su nombre, no solamente aquellos truismos escolásticos, amartillados en el yunque latino, y dispuestos con provincial prosopopeya, que bastaban antes, con algún tintillo de cosas extranjeras, para dar a un escritor fama de lucero de la prensa; sino la moderna vida múltiple, en todas sus formas, como ruge en las fraguas, como se transforma en el comercio y viaja, como se ideifica en la literatura y en la política, como se sublima y colorea en las artes. El periodista ha de saber, desde la nube hasta el microbio. A Omar Khayyam y a Pasteur. La literatura del espíritu y la de la materia. Ambas ha de enseñar, si quiere dar buenos hombres de ideas, o preparar bien a los hombres de actos, el colegio moderno.

De disciplinarse tiene la mente, y de ejercitarse; mas no en la repetición de reglas muertas para idiomas que no se hablan; sino en el es-

tudio minucioso de los organismos naturales, que no son menos lógicos que los de las lenguas, y se les parecen,—y en el de estos idiomas de ahora, que a la par que sirven de gimnasia a la inteligencia, y la enseñan a refrenarse, agrupar, depender, e ir por cauces, cosas todas que ha su gran menester la inteligencia humana, la dejan en aptitud de asimilarse los resultados eminentes y actuales de la labor de los hombres en los pueblos en que se hablan las lenguas modernas,—ventajas que no tiene el que sin más estímulo que el del goce de la belleza literaria, que a muy pocos es dado, adquiere imperfectamente a disgusto una lengua en que siglos atrás han dejado ya de vivir y trabajar los hombres.

Bienvenido ha sido, pues, y merece serlo, esta decisión de Harvard de ir acercando a la vida la educación universitaria, y poniendo a los alumnos comunes más cerca del alemán y francés que del latín y griego, sin cerrar por eso,—que esto jamás debe hacerse,—a los que sientan afición irrevocable por las letras, o a los que quieran conocer con más fijeza las fuentes del idioma que hablan, aquellas cátedras de lenguas y literaturas antiguas, donde se coge como la flor del espíritu nacida al calor de un cielo azul, en bandejas de plata.

Suena a hoz nueva sobre espiga primeriza, esa brillante lengua antigua. Es como núcleo y jugo. Da olor de yerba fresca. Asomarse a un poema viejo, es como asomarse al Paraíso. Adán anda desnudo; la serpiente ventrea; se despierta Eva. Todo es raizal, troncal, floral. Circula un aire esencial y penetrante. Parece que se caen capas del cuerpo. Es como una radiosa Primavera. Tales gozos son muy dulces al alma, y a las privilegiadas sobre todo; mas, fuera de aquellas escasas personas de irrevocable fuerza literaria a quienes esa enseñanza provee de la grande y sólida forma que han de revestir, para que duren e influyan, los pensamientos, tal espíritu en el colegio, por lo mismo que saca la mente de las esferas usuales a otras más elevadas y deleitosas, no sólo lo aleja de la posibilidad de batallar con éxito en aquellas que por su educación desconoce, aunque de su educación ha de entrar, de súbito y de lleno, a batallar en ellas; sino que dispone el espíritu a los agudos sufrimientos que produce el choque incesante de una mente purificada y engrandecida por el trato y amor de los grandes ideólogos, con los intereses apasionados y fuerzas egoístas e incontrastables cuya lidia permanente, y en apariencia odiosa, constituye la vida verdadera.

Dé hoy, pues, en adelante, el Colegio de Harvard, que va siempre en su disposición a aceptar lo nuevo un poco adelante del de Yale, abre sus costados con mayor largueza a la vida moderna; deja a la opción

de sus colegiales el estudio profundo de las lenguas y literatura antiguas, que sólo exige para la carrera exclusivamente literaria; y su sistema general establece el principio de libertad de los alumnos para escoger, dentro del plan y orden del establecimiento, aquellas asignaturas que por sus tendencias más les atraigan, o por sus proyectos para su futura ocupación más necesitan. De esta manera, al saltar a la lid por la existencia, lid impregnable de espíritu animal, avariento e implacable, no se verán los alumnos de Harvard, codo a codo en la labor diaria con los hijos de la naturaleza y del trabajo, como aquellos pecheros obligados en los juicios de Dios del tiempo añejo a pelear con un palo y a pie contra el señor montado a caballo, y armados, caballo y él, de todas armas.

Sucesos políticos, fuera de la continuación y menudeo de aquellos ya estudiados en cartas anteriores, no los ha habido en estos días prominentes. Que las facciones de los demócratas riñen, ganosa cada una de quedar con mayor influjo en la Administración de Cleveland, y éste, sin cejar de su programa, acá nombrando a un republicano, allá a un demócrata inesperado, las va, descontentándolas por igual, manteniendo sin razón para creerse una ni otra postergadas. Que desde su hermosa casa a orillas del río Hudson, llena de ricos manuscritos históricos y cuadros notables, mantiene Tilden, con sus sagaces consejos e influjo en su partido, la energía de Cleveland, que no lleva, a lo que parece, camino de quebrantarse. Que los senadores republicanos se negaron a confirmar el nombramiento de un general confederado para una Legación en Europa, so pretexto de que no hay ley que haya devuelto a los confederados su representación política, contra cuyo voto del Senado mantiene Cleveland su nombramiento, y el general va a Europa. Que después de elegido un Mr. Kelly para Ministro en Italia, resulta, que años atrás, cuando el ejército único ocupó a Roma, este Mr. Kelly tachó de crimen el suceso, y a Víctor Manuel de criminal, lo que desenterró aquí la prensa, que es un vigía que lo desentierra todo, y Mr. Kelly, avisado de que era probable, como en cartas de Italia se dejaba ver, que el Rey Humberto no lo recibiría, creyó bien, a petición acaso de este Gobierno, presentar su renuncia.

Que son tantas las peticiones que se presentan a la Comisión de exámenes de empleados de Gobierno, para alcanzar en concurso puesto de turno en las listas a donde por la ley nueva ha de ir el Gobierno a

proveer ciertos empleos, que la Comisión de exámenes ha tenido que declarar que el número de solicitantes excede ya con mucho al que racionalmente puede ser en mucho tiempo empleado, lo cual anuncia, tanto para contener la demanda por exámenes, como para evitar el mantenimiento de esperanzas inútiles. Que como la guerra probable entre Inglaterra y Rusia haría peligrosa para la marina mercante la bandera inglesa, sería muy aconsejable reunir en sesión extraordinaria a la Casa de Representantes hoy en receso, para que revocase la torpe ley que prohíbe que un buque no construido en los Estados Unidos lleve bandera americana, abriendo así con esta revocación, oportunidad a que la marina mercante inglesa se acoja al pabellón neutral americano, y recobren los Estados Unidos la preponderancia naval perdida, por proteger a unos navieros que sólo a precios enormes han llegado a hacer buques buenos. Que los negros del Sur, afiliados hasta hoy como a sus defensores naturales a los republicanos contra los demócratas que miraban como a sus enemigos, por haber sido siempre demócratas los Estados del Sur que mantuvieron los esclavos; declaran hoy, por boca de su caudillo, el pujante orador mulato Federico Douglas, que el gobierno de Cleveland les merece cariño y confianza; y un Congreso entero, de ciento cincuenta sacerdotes de color, que representan a trescientos mil negros, va en cuerpo a la Casa Blanca, con el obispo a la cabeza, y dice a Cleveland un largo discurso congratulatorio, en que le asegura de la buena voluntad y afectuosa sorpresa con que han recibido los actos del gobierno su raza; después de cuyo discurso, en fila india, de a uno en fondo, pasaron como en la Casa Blanca excluidos, los ciento cincuenta sacerdotes por frente de Cleveland, deteniéndose cada uno, sin hablar, el tiempo necesario para que el Presidente le estrechase la mano.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 14 de junio de 1885

21

CARTAS DE MARTÍ

*Revista y resumen de los problemas actuales en los Estados Unidos.—La crisis económica y sus causas.—Dificultades y progresos del gobierno de Cleveland.—Manera con que ha ido venciendo la oposición de su propio partido.—Método de proveer los empleos públicos.—Desalajo de republicanos.—Esbozo del carácter de Cleveland.—Cómo Cleveland, siendo alcaide, haló dos veces de la cuerda de la horca.—Los americanos en Panamá.—Gran urgencia de una reforma liberal en la legislación de aduanas y de mar.—Necesidad y modo de crear la marina mercante americana.—Obstáculos que encuentran las reformas, y conciliaciones necesarias.—Cómo son escritas estas cartas.—Hechos menores.—Beecher inicia una revolución religiosa.—Miss Cleveland, la hermana del Presidente, va a publicar un libro*

Nueva York, Mayo 29 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

En este mes de Mayo reposan los partidos políticos de su campaña del invierno, y hacen por medio de la prensa y de las declaraciones de sus hombres importantes una especie de balance de cuentas, que viene a ser como una toma de posiciones para los combates que se reanudan en Octubre, ya en las elecciones parciales de los Estados que en ese mes las celebran, ya en Washington, donde los republicanos, reducidos a la observación, luchan desde ahora por ver cómo impiden que lleguen a un acuerdo sobre las cuestiones de reforma esencial e inmediata los dos bandos que contienden por la supremacía en el seno del partido demócrata. Unos quieren que la tarifa se reforme en sentido librecambista, y que los gastos de la federación se colecten principalmente de los contribuyentes nacionales, y en especial de los consumidores de bebidas y tabaco: y éstos parece que están en lo cierto, y que cuentan acaso con el apoyo del Presidente. Otros quieren la abolición de las contribuciones internas, para que de este modo, obligado el Gobierno a coleccionar la suma que necesita para su mantenimiento, se vea forzado a mantener la actual tarifa proteccionista, que ha traído al país a la crisis creciente y gravísima por que ahora atraviesa.

Las cosechas se venden mal; ya porque de afuera compran menos, ya porque Australia y la India producen mucho, y con trabajo más barato y libertad mayor pueden vender a menos precio que los Estados Unidos. Las industrias, ni tienen el mercado propio, que sólo compra, y esto con miedo, los artículos corrientes, ni han mostrado hasta hoy el empuje y previsión necesarios para hacerse del mercado extranjero.

Los ferrocarriles cuestan mucho más de lo que producen, y como eficiente el mercado de acciones. En el mercado de productos, suele ven-

derse con tal lentitud que los corredores, cuando no andan entretenidos en unas tiendas de lotería en que, so pretexto de negociar acciones por lotes, se juega verdaderamente al azar, se toman de la mano en un gran corro y danzan alrededor de la enorme pila de trigo que se ostenta en el centro de la sala. El dinero mendiga tomadores, y no los encuentra, ni aun a precios ínfimos.

Las casas de comercio disminuyen sus gastos y empleados: es notable el número de hermosas oficinas que en este mes de Mayo, cuando la ciudad entera cambia de casa, han quedado sin inquilinos: y eso que las oficinas de ahora convidan a trabajar en ellas, las unas pintadas al óleo, de colores blandos, con todo el maderamen amarillo que alegra los ojos y predispone al tráfico y la confianza; las otras de pórfidos y bronces, de losetas de mármol el techo, sujetas con clavos de bronce dorado, de losetas de mármol el piso; de madera amarilla tallada ricamente el mostrador; cada mesa de escribir colocada sobre una alfombra persa; las ventanas de vidrios de colores.

En la ciudad no se observa aquella riqueza y bullicio que en años más prósperos reinaban, sino que los sábados, día en que todas las damas y los galanes todos en New York se dan cita en la acera derecha de Broadway, es muy de notar cuánta menos es la gente que pasea hoy, que lo que solía ser. Los vapores ingleses, que en esta época del año tienen muy de antemano tomado todo su pasaje por viajeros a Europa, ahora solicitan pasaje, y aunque lo llevan bueno, ni es numeroso, ni presentan aquel concurso parlero y ameno que se reunía en la cubierta de los barcos a decir adiós a los viajeros conocidos, o a darse cita en Europa, o a verlos partir; las mesas estaban llenas de grandes herraduras de flores, de cestos y vapores de alambre, vestidos de rosas: ¿cómo ha de ser este año lo mismo, si los ferrocarriles no pagan dividendos, si los canales los pagan escasos, si los gastos de las empresas exceden de sus provechos, si el mal estado del comercio se agrava con la depresión que la producción excesiva está causando en casi todos los países con que los Estados Unidos trafican?

La primavera misma, consoladora de suyo, ha demorado tanto este año que aún hay nieve en los campos, y el trigo de invierno viene pobre y tardío. Y el mal crece, porque ni depende de este país sólo, ni la mente americana es fuera de su tierra tan perspicaz y atrevida como la inglesa, ni aun como la alemana, que dominan las plazas que por todo sentido debieran pertenecer al comercio del Norte; ni es dable en un día volcar, sino con mucho más tiempo y cuidado, el sistema funesto,

de engañosas apariencias, el sistema protector, que ha traído este país a esta alarmante plétora de producciones caras, que lo tiene hoy vuelto una especie de Midas. El oro rebosa; pero el pan falta. Demasiados ferrocarriles; demasiada tierra sembrada de trigo; más vías de comunicación de las que en mucho tiempo pueden necesitar las comarcas des-pobladas que atraviesan; más acciones de las que autorizan el capital empleadó y la capacidad productora de las compañías que las emiten.

La deshonestidad y el atrevimiento inmoderado, si bien deslumbran con sus primeros arranques y beneficios, no pueden crear una prosperidad segura. Los mismos que llenaron el mercado de acciones infladas, sin base real, vendidas ricamente por la astucia y falsificaciones de las compañías emisoras, no saben hoy mismo qué hacer ni con el dinero que merced a ellas han acumulado, ni con las acciones buenas, que en la baja y zozobras generales, han seguido en la mala fortuna, a las dudosas o nulas.

El dinero desocupado viene buscando empleo en suntuosas fábricas urbanas, más altas que las más elevadas torres de las iglesias, todas llenas de piedras talladas, el pavimento de mosaico, las alfombras de terciopelo espeso, la entrada, baja y oscura, como en los palacios italianos; todo una maravilla.

Mas las causas que tienen deprimido en lo general el tráfico, mantienen a las gentes en disgusto de toda idea de aumento y cambio; sobre que, como muchos capitales se han dado a edificar, y acá el hacer casas va tan de prisa que parece cuento, los edificios excedieron pronto a las necesidades de la población; y estructura magnífica hay, a un lado de la entrada del parque Central, que como los dientes de una sierra descompuesta dibuja en el cielo azul, allá a la altura de un noveno piso, sus paredes desde hace un año no adelantadas. Ese es en New York, sin exceso y sin ocultación, el Mayo financiero.

El Mayo político va muy ligado a él, como que la catástrofe que la paralización de las industrias traería encima, iniciaría acaso, amén de los males presentes, una campaña temible de los trabajadores desocupados, que pudiera, ¿por qué no, si lo tienen en la mente, y aun en los labios? acarrear graves trastornos públicos.

Pero quien observa este país, sin encono, por mucho que en él le disguste la primacía que tienen los apetitos, y el olvido, si no el desdén, en que están las cualidades generosas, ha de reconocer que, con la pe-

riodicidad de una ley, sucede siempre que cuando parece que un peligro es inminente, o que una institución está ya profanada sin remedio, o que un vicio se ha comido un lado de la Nación, surgen, sin gran aparato, y cuando el mal tiene aún cura, los hombres y sistemas que han de evitar sus estragos. Aparecen, hacen lo que tienen que hacer, y se pierden de vista. Y parece ser también condición de esta ley que el mal se extreme, como si los pueblos prósperos no se decidiesen a variar de rumbo, y a perturbar sus hábitos, sino cuando ya la realidad aprieta tanto, que no es posible negarse a ella.

Esta ley fue confirmada en la elección de Cleveland, antes que a la presidencia, al gobierno del Estado. El mal era muy grave, y tan arraigado que no se veía la manera de extinguirlo: los republicanos, asidos del poder, abusaban de él cínicamente: atentaban a la libertad del voto, a la de la prensa: burlaban con leyes parciales el espíritu de la Constitución: meditaban ya, para llevar la atención fuera de sus manejos, la táctica de los tiranos, la guerra exterior: ¿quién iba a combatirlos, quién a derribarlos, si las elecciones se ganan a fuerza de dinero, si los republicanos tenían la mano libre en las arcas nacionales, si los ciento cincuenta mil empleados de la República, pagados por ésta, eran con su bolsa y con su influjo los agentes interesados en la conservación del partido republicano en el Gobierno?

Pues de pronto se alzó una ola, que nadie desde afuera vio formar, ni se sabe cómo vino, y por encima de todos los políticos ambiciosos e ilustres de la Nación; por sobre el enojo de sus propios partidarios los demócratas, por sobre prácticas y vanidades justificadas por el tiempo, la ola enorme y triunfante trajo sentado en la cresta, y apeó en la Casa Blanca, a un hombre poco menos que desconocido, a un hombre recio y humilde, apropiado para la tarea de reformar sin miedo y con paciencia el Gobierno corrompido, a un hombre nuevo para la obra nueva, al que entre todos sus conciudadanos parece más determinado, y capaz de cumplirla, a un alcaide que cuando fue del deber de su puesto tirar de la cuerda de la horca en una sentencia de muerte, no pagó a otro, como pudo y es uso, porque lo hiciera, sino lo hizo él mismo; la ola trajo a Cleveland.

Nosotros, de raza nerviosa y sensible, no entendemos cómo cabe nobleza, ni elevación, ni cualidad alguna estimable, en un hombre que, cualesquiera que sean las obligaciones de su empleo, no se desgarran en el cuerpo la túnica oficial, y huye de ella como de un manto de lenguas encendidas, cuando su puesto público le exige que por su propia mano

hale la cuerda que ha de causar la muerte a un hombre. Aquí también se lo echaron en cara cuando las elecciones; pero se conocía que, aunque el hecho era cierto, la acusación venía sin fuerza y caía en falso. ¿Acaso el enorme valor que un hombre culto necesita para cumplir un deber tan abominable, el deber conocido de un empleo que solicitó y aceptó de su propia voluntad, para cumplirlo por su mano cuando podía remitirlo a otro, no ponía más de manifiesto, en el juicio de esta raza diversa de la nuestra, el alto temple de alma, y cierta manera de heroísmo, del que con ese acto, dos veces practicado, daba prenda de que ninguna consideración ni influjo le hacía cejar en la obediencia a los más duros deberes? Porque más duro no lo hay; ni puede estar sujeto un hombre a influjo mayor que al de su propio deseo de evitárselo. Ha de ser un gran domador de hombres el que a sí se doma.

De esto, sentado como una fortaleza humana en su sillón presidencial, a la cabeza de sus siete ministros trabajadores, está dando amplias pruebas, en cosas aparentemente sencillas, el nuevo Presidente. Hace lo que cree que debe hacer. Oye a todo el mundo con suma paciencia, clavando en los que le hablan una mirada que pregunta y juzga, una mirada que tiene aprendido mucho y no lo esconde cuando mira; y luego hacer lo que le parece que debe hacer. Si no le conviene para ser reelecto, como sin duda ambiciona y en sus adentros prepara, y una porción de su partido desea,—bien está, no le convendrá; pero eso es lo que se debe hacer. Si no conviene al partido un acto de justicia, sino que sería bueno, para no descontentar a los partidarios, demorararlo o disfrazarlo,—nadie le hable de eso; al partido no le convendrá, pero a la Nación le conviene: eso es lo que se debe hacer.

Decidido sí es el Presidente; pero no obstinado. Cuando ha meditado sobre un asunto, con conocimiento de todos sus detalles, y resuelto sobre él, lleva a cabo lo que ha resuelto. Pero pesa con cabal serenidad los argumentos de un lado y los de otro, y se ve, sin lo cual ninguna virtud o excelencia hubiera sido bastante a traerlo a su alto puesto, que procura ir conciliando, en cuanto la justicia no resulte dañada, los elementos diversos de su partido, y los intereses de su partido y la Nación, dispuesto siempre, sin embargo, en caso de conflicto, a poner por encima los de ésta.

No se cierra al consejo racional; antes lo invita, y suele acomodarse a él y agradecerlo: a lo que sí se cierra es al mero influjo personal, y es fama que no hay persona,—y así debe ser, y los que así no sean, dejen

el arte de gobernar,—que pueda torcer su determinación una vez que la ha tomado en consecuencia de un estudio maduro.

Como se sabe honrado, no duda de sí, ni teme a lo que digan las gentes. Esta es su excelencia, y no otra. Por la excesiva flexibilidad de los gobernantes en manos de su partido llegó a corromperse la administración republicana: viene bien ahora, para volver las cosas a nivel, un hombre inflexible.—Viendo de alto, se ven estas leyes en lo político como en lo físico. El alma, con todas sus libertades, va como los astros, con toda su luz, donde sus leyes la llevan. Es muy grandioso el mundo. ¡Los hombres espantan; pero meditar en la hermosura universal, aunque sea a propósito de una hormiga que pasa, consuela!

—¡Influir en el Presidente, respondió a un caballero de nuestras tierras una ilustre señora de Washington, que de seguro lo ha intentado en vano: *Pooh, pooh!* ¿Qué ha de influir en él ni su hermana, ni nadie? No creo yo que si el más hermoso ángel femenino de los cielos cayese a sus pies con las alas abiertas, hiciese en él más impresión que la que los ángeles de la tierra hacemos, y a la verdad, ésta no es mucha.

El Presidente es cortés, pero no a lo cortesano, sino a lo rudo. Tiene la apariencia pesada, como de una fuerza que anda.

El cuerpo lo tiene recio, y el cuello toral; pero el cabello, ya escaso, le suele caer en gajos rebeldes sobre la frente, y como bajo ella le lucen siempre los ojos inquietos, y a veces se mueve impaciente de un lado y de otro en la silla, como quien va a embestir, no es difícil entender que en aquel hombre de peso hay a la vez un hombre de batalla. No son sus condiciones de las que brillan a primera vista, sino de las que se hacen sentir a la larga.

Merced a ellas, cuando aún no lleva un trimestre de gobierno, ya tiene como ganados y convencidos, o enfrenados a lo menos, a los que le hacían más oposición en su partido propio, por su resistencia a repartir a cubadas, y sin mirar en quién, los empleos públicos; sin que para esto haya cejado un ápice en su determinación de irlos proveyendo conforme a justicia.

Ya los republicanos han visto que, aunque Cleveland les agradece muy de veras que hubiesen ayudado a su elección, y allí donde hay en un empleo rico un republicano honrado en su empleo lo deja. Esto no quiere decir que por más que los republicanos lo amenacen, como lo amenazaron, con retirarle su apoyo, vaya a dejar a todos los republicanos, honrados o no, en sus puestos, por el miedo de desconten-

tarlos. Ya los demócratas han visto, no sin cierto respetuoso asombro, que la gente previsora impone a la que no lo es, que, si bien no está Cleveland dispuesto a dar los oficios de la nación a los demócratas, cuando éstos no tengan más méritos que el de haber ayudado en las elecciones a su partido, está, por otra parte, determinado a ir colocando demócratas en los puestos ocupados hasta hoy por republicanos que tomaron parte con algo más que con su voto personal, en contiendas electorales y trabajos políticos: y como estos empleados republicanos que son tantos, que apenas hay uno a quien no caiga la censura, y Cleveland vino al poder confesamente para extirpar este vicio, resulta ahora que, precisamente en consecuencia del programa que tanto le pelearon los demócratas, tienen éstos manera amplia y justa de entrar con aplauso público, en los puestos en que forcejeaban por entrar a rebato y con violencia: tal es la diferencia que va de los hombres de Estado a los políticos de oficio: éstos son miopes: aquéllos son présbitas. Hipermetrope parece que llaman a los que combinan los dos defectos, que en política son dos cualidades: en política se debe ser hipermetrope.

Esa venía siendo ahora la cuestión más grave e interesante en la política, después de haberse demostrado, con la rápida ocupación y abandono inmediato de Panamá, deslucidos un tanto por la ayuda a las tropas del Gobierno colombiano, que si los republicanos tramaban aprovecharse de toda oportunidad que les diesen los disturbios de la América española para ir poniendo mano sobre ella, no es éste el espíritu de los demócratas que, aunque a la salida del poder hace veinte años eran tan ambiciosos como los republicanos ahora, con la sangre nueva que ha entrado en el partido, han vuelto a su pristina pureza y patriarcal espíritu antiguo. Esa venía siendo,—y ahí quedó nuestra última correspondencia,—la cuestión más grave e interesante de esta política: la distribución de los destinos. Véase ya cómo va quedando resuelta, y cómo la astucia ha ido aquí acompañando y sirviendo a la honradez.

Formidable fue, y descarado, el ataque de los pretendientes a la Casa Blanca y a las Secretarías, abiertas a todo el mundo para oír, cerradas para conceder. Sin sorprenderse ni ablandarse, que sabía que todo el país le miraba, echó Cleveland atrás a los pretendientes, que se fueron a sus Estados jurando venganza y rugiendo. Y ahora resulta que, no en virtud de fraude ni engaño, sino por rigurosa aplicación de su proyecto de reforma, los demócratas, aunque ni por supuesto lo más reuelto de ellos, sino lo más granado, están entrando en orden y por le-

gítimo derecho en los empleos que apetecían. Y la República ha celebrado, la energía primero, y la habilidad después, del Presidente.

Cuanto empleado republicano se ha valido del empleo, o del influjo, o del dinero que recibió de la Nación, para servir los intereses de su partido, ha faltado a su deber y ha abusado de la Nación: su puesto queda vacante, y un demócrata entra en él, un demócrata obligado a no hablar en público, a no escribir en la prensa, a no valerse de su oficio público en favor de los intereses de su partido, al cual, desde que acepta un empleo de la Nación, que a todos los partidos comprende por igual y de todos se alimenta, ya no tiene el derecho de servir al suyo propio más que con su voto. ¿Harán tal los demócratas? Los republicanos afirman que no; sino que harán como ellos. Pero, en silencio, temen que, si esto sucede, Cleveland, que no tiene su empleo de Presidente en más que su reputación de hombre honrado, sacará de sus puestos a los demócratas culpables, como con todo cuidado y paciencia está sacando ahora a los republicanos.

Este reconocimiento de los derechos del partido, como se dice en la parla política, ha sido mucha parte al buen acuerdo que ya se nota, o por lo menos al mayor acuerdo, entre las agrupaciones que contienden por el predominio en el gobierno demócrata, y puede a la fecha tenerse por cierto que con una cordura que en un hombre político no hay como alabar, el Presidente, si bien no esconde sus aficiones librecambistas, y todas las que derivan de ellas, está decidido a ir las subyugando a las condiciones reales que aún estorban su triunfo, y prolongan, aunque para poco, el de los defensores de la tarifa alta; a cuya muestra de respeto se sienten agradecidos los proteccionistas, que por la boca de su jefe, Randall, celebran "la gran prudencia y patriotismo del Presidente", y abogan desde ahora por su reelección, cuando Randall mismo era uno de los candidatos. Y Carlisle, el último Presidente de la Casa de Representantes, que comparte con Randall el influjo sobre sus miembros, dice punto por punto lo mismo, lo cual hace creer que, aunque cada facción esté en Octubre en su puesto, ambas aceptan un mismo árbitro, y estarán a lo que él componga y determine.

Esta concordia es también favorecida por la urgencia de no aparecer divididos e incapaces de soluciones precisas, en momentos en que la penuria pública, imperceptible acaso desde afuera, va siendo ya tan recia que no hay cómo sacar el pensamiento del modo de aliviarla. Si de

afuera no compran; y adentro no hay para qué, y las fábricas a gran costo siguen acumulando productos que nadie consume, o reduciendo al consumo sus productos, o cerrándose, como ya están centenares de ellas, y estarán otros centenares pronto, ¿qué se hará el ejército de obreros? ¿qué entretendrá las mandíbulas de este gigante?

Nadie tenga en su casa un oso, que no haya provisto manera de darle de comer. ¡Qué desbarajuste enorme, el día en que, en un país como éste, donde el interés personal es la ley, sientan todos que el terreno que pisan se les escurre bajo las plantas, y, con todos los hábitos pomposos del lujo, se revuelvan coléricos a todos lados, a las fábricas cerradas, a los ferrocarriles detenidos, a los barcos vacíos, a los obreros amenazadores, comidos del horror de la vasta pobreza! A esto hay que poner mano, y esto va a suceder, si no se evita a tiempo, en el período de esta misma administración democrática. Toca a los demócratas ir llevando en salvo al país por entre los conflictos a que lo ha traído la administración de los republicanos.

El comercio exterior, es muy escaso: es necesario estrechar amistades, abrir caminos nuevos, celebrar tratados útiles, crear el comercio.

Rebajar de una vez la tarifa, abarataría la vida del obrero, y el costo de la materia prima, lo que permitiría producir más barato y competir en el extranjero con Inglaterra, Francia y Alemania; pero como ya estos países tienen hecho lo que aquí está por hacer, la producción barata, inundarían los Estados Unidos con sus manufacturas, antes de que las fábricas americanas pudiesen estar en posición de exportar en las nuevas condiciones a menor precio; y privada de súbito del consumo doméstico, único que hoy la alimenta, la industria nacional, levantada a tanto costo se vendría abajo: de modo que hay que ir combinando con todos estos elementos la reforma de la tarifa: el problema es éste, legislar de manera que se abarate la producción sin que perezca la industria.

Y, ¿en qué buques va hoy por los mares el comercio americano? En buques ingleses, dinamarqueses, italianos, alemanes, noruegos. No hay marina mercante americana. Allá en tiempos de antaño, por favorecer a unos constructores de buques del país, acordó el Congreso que ningún buque que no fuese construido en arsenales de los Estados Unidos, podría llevar bandera americana: y como, por excluir así los buques de fábrica extranjera, los constructores americanos quedaron dueños del mercado, impusieron sus precios, más altos que los de los demás países sobre que, por la alza general que origina el sistema protector, el costo de

producir los buques americanos era en realidad mayor que el de los de otras tierras: de modo que desapareció de las aguas, o punto menos, la marina mercante americana. Si la hubiera, el dinero que ahora se paga por llevar el comercio de los Estados Unidos a los buques extranjeros, quedaría en bolsillos americanos y contribuiría a la riqueza pública.

Es necesario que vuelva, pues, a la Nación el caudal que neciamente se está pagando fuera de ella. Hay que reconstruir la marina mercante. Hay que abaratar la producción de los buques; pero como esto no puede ser tan de prisa cuanto la angustia pública requiere, hay que habilitar a los buques de fábrica extranjera para llevar bandera americana.

En estas meditaciones se juntan y concuerdan, apegados tanto por razón patriótica como por el interés de partido, los bandos en que se dividen los demócratas, muy divorciados entre sí sobre estas mismas cuestiones, pero convencidos ya, a lo que parece, de que no es éste el tiempo de extremarlas, sino de acomodarlas de modo que resuelvan, de un modo amplio y generoso, los problemas presentes. En plegar y moldear está el arte político. Sólo en las ideas esenciales de dignidad y libertad se debe ser espinudo, como un erizo, y recto, como un pino.

Queda arriba reflejado, con el reposo que la calma de primavera permite, el estado interior de esta tierra, y por dónde y adónde van las fuerzas que la componen y dirigen. No está acaso demás advertir que estas cartas humildes van dispuestas de manera que, sin fatigar al que las lee con la relación de hechos menudos y nombres que apenas a la distancia entendería, no quede sin embargo espíritu de persona, o de suceso que acá influya que, sin que lo parezca acaso, no esté, en una frase u otra, y en el lugar en que hace juego, expresado en estas cartas. De manera que a veces, tratando a la larga un solo asunto, van envueltos en él, sin que se vea en la superficie, otros muchos incidentes y detalles menores, que dados uno a uno, y sin aquella armonía, ni dieran tan clara idea del movimiento y elaboración de esta República, ni dejarían que el que leyese viera de bulto y en globo, como debe ver, las fuerzas que en ella se acomodan y agrupan.

¿Hechos menores? ¿Pues si cada día es un poema! ¿Cada número del *Herald* es, a su modo, un poema! En estos días, muchas mujeres que se matan; una, con todos sus hijos; otra, la hermosa hija soltera

de un labriego, educada en un seminario, que viene a morir a New York en un hotel:—y su padre tenía la mano en el arado cuando recibió la noticia; otra, una niña apenas, sobrina de la viuda de Lincoln, se dispara, en su cama de colegio, una pistola sobre el corazón. Muchos hombres se matan, alemanes los más de ellos: viven hasta su último centavo: con él ruedan.—Hay mucha carrera de caballos, con caballeres de casa rica que montan bien y saltan mucho. Hay mucho juego de pelota. Hubo hace días mucho coche, en la parada de ellos, que hacen aquí en remedo de la de Inglaterra, y fue muy pobre, no porque los coches no fuesen tan caros y los caballos tan buenos como los de los ingleses, sino porque la costumbre no es del país y se despega de él. Acá no hay en las venas esa sangre hereditaria, que sale por sobre los vestidos. Acá no se ha refinado esa costumbre pintoresca, muy fina donde es antigua. Acá no hay en los colores de los coches aquellos juegos que en París renuevan y mejoran la costumbre inglesa, y alegran la parada. Acá, con vestirse las señoritas que van en la imperial del carruaje, de crema y de lila: y los señoritos ir tocados con una chistera blanca, que en Venezuela llaman *pumpá*, y en Colombia *cubilete*, y en Cuba *bomba*, y *sorbetera* en México, y *galera* en otras partes, denotándose con la dificultad de apellidarlos noblemente, que el tal sombrero en sí es ruin,—ya creen que van bien, cuando no van. Acá, los de los coches van sentados con tal encogimiento y gravedad, como las sombrillas y bastones que lleva el carruaje a un lado en la bastonera de mimbre. Acá se ha dicho mucho, sin embargo, de esta parada de los coches.

Y entre otros muchos hechos, dos hay, que no son para olvidarlos. Es el uno que Beecher, quien a pesar de su moderado atrevimiento, será juzgado con justicia, no sólo como el mejor orador sagrado, sino como uno de los gloriosos atrevidos de este país,—ha comenzado una serie de sermones en que pretende, del brazo de la teología y ciencias que la ayudan, conformar el espíritu religioso al espíritu científico: ¡como si, a manera de perfume, no se escapara de la ciencia, la religión! ¡Mientras más hondo, más alto!

Y el otro hecho es que la hermana del Presidente, que es dama de voluntad propia que no quiere vino en la mesa de su hermano y anda enojada con él por ésto, vino a arreglar por sí misma, desde la Casa Blanca en que preside, hasta New York, la publicación de un libro suyo, notable y encendido a juzgar por la muestra, en que reúne sus ensayos éticos, estéticos e históricos.

Quien quiera ver a la hermana del Presidente, vaya de mañana a la Casa Blanca, y la encontrará, vestida de una bata de franela, con una rosa mal prendida al lado, encorvada sobre sus cuartillas, caídos sobre la frente los rizos sueltos del cabello gris que usa corto, y abierta a la derecha una obra de Hume, que la enoja, y a la izquierda las Capitulares de Carlomagno.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 15 de julio de 1885

22

## CARTAS DE MARTÍ

*“Decoration day”.—La campaña de otoño.—La estatua del peregrino.—Junio.—La Universidad de Cornell.—Universidad para los hispanoamericanos.—Derechos en Alemania de los alemanes naturalizados en los Estados Unidos.—Caso diplomático.—Bismarck y los norteamericanos.—Actual situación de demócratas y republicanos.—Análisis de la situación política.—La próxima campaña electoral.—Los grandes fraudes de la Aduana.—Nosotros los hispanoamericanos—¿Perdurará en los Estados Unidos el espíritu puritano?—El peregrino de bronce.—El día de las flores.—Grant dice adiós a sus soldados*

New York, Junio 12 de 1835

Señor Director de *La Nación*:

¿Los hijos de los alemanes naturalizados en los Estados Unidos; y los mismos alemanes naturalizados, quedan sujetos, o deben quedarlo, a perder a los dos años de su residencia en Alemania la ciudadanía adquirida en América? ¿En New York, quién vencerá en Otoño: los demócratas, que parecen más dispuestos a acatar a Cleveland, o los republicanos, cuyo sistema de fraudes en la Aduana es revelado ahora, y que andan divididos en facciones más hostiles que las de los demócratas? ¿En los Estados Unidos, perdurará el espíritu de “La Flor de Mayo”, representado en la estatua de uno de los peregrinos que vinieron en ella, y ahora en bronce se levanta en el Parque Central, o se pondrá en su lugar, más pujante y menos puro, el espíritu cartaginés, que la seguridad de la fuerza engendra y favorece, o el mercenario, aún más dañoso, nacido de la accesión continua al país de hombres de otros pueblos que no tienen raíces en él, cuyo objeto único en la vida es fomentar su hacienda y aumentarla; cuyo corazón—como un ave que tuviese las alas contra el cuerpo—se agita siempre, con cierta ira de haberla abandonado, por la tierra nativa, donde hay menos riqueza y más ventura; cuyos hijos nacen en un país que nadie le enseña a amar, con el espíritu del cual contiene acaso el acre y diverso que de sus padres extranjeros recibe, cuyos elementos nacionales, cuyas tradiciones, cuyos propósitos, cuyo sano orgullo patrio no lleva en la sangre? ¿Grant morirá? ¿Su libro de memorias, que se publicará en Diciembre, y del que ya corren muestras, se leerá con tanta avidéz como el de la hermana del Presidente, la doctrinaria inspirada, que en diez días andará ya en todas las manos, y es esperado con curiosidad acá y en Inglaterra?

De todas esas cosas se habla ahora, porque son las que han ocurrido en los últimos días o están para ocurrir; de todo eso se habla, ya en los colgadizos de los hoteles de verano, sentados los contertulios frente al

mar o a la falda de la arboleda pintoresca, en anchas mecedoras rústicas de madera roja y asiento de paja; ya mano a mano en las canoas, cuando se va a recobrar en una partida de remo las fuerzas exhaustas por la labor excesiva, mientras se ve a lo lejos girar sobre su sostén central un puente de acero por donde acaba de pasar arrebatado un ferrocarril, para que a su vez lo cruce el vapor embanderado que lleva a los paseantes por el río; ya en los juegos de pelota, ya en las carreras de caballos, ya en la playa limpia de los pueblecillos veraniegos, viendo como compiten, a modo de regata de alas blancas, los veleros yates, ya en las fiestas con que en este mes de Junio celebran los colegios—Yale y Harvard viejos, Vassar rico, Cornell útil,—las fiestas de fin de curso que abren las puertas a las golondrinas cautivas, y los echan armados, a la batalla de la vida, o a que en los regocijos de las vacantes remocen las fuerzas para seguir con el nuevo invierno, preparándose a ella.

Cornell, en Ithaca, es universidad magnífica. Es la universidad moderna. No a seminarios donde los quiebran; no a colegios de pupilos, donde los explotan y descuidan; no a academias literarias, donde ni las ventajas de la literatura obtienen, pues olvidan la propia y no tienen tiempo ni gusto de adquirir la ajena; no a injertar violentamente en el espíritu penetrado ya de los aires nativos, otro que no se apega a él y lo aumenta, sino que lo contradice; no a esto, ni por esos caminos, deberían mandarse a los Estados Unidos a los niños hispanoamericanos; sino a la Universidad de Cornell, basada en el conocimiento y necesidades de la vida moderna, sin desdén de lo bueno de la antigua; a la Universidad de Cornell, donde adquieren en un trabajo interesado y fecundo los elementos universales de la vida nueva.

¿Los alemanes naturalizados, y sus hijos nacidos en los Estados Unidos, caen de nuevo en su ciudadanía originaria, a los dos años de vuelta a su país? Parece que sí caen; y que tan oscuro anda el punto, que Alemania ha retenido como soldado a un joven hijo de alemán, nacido y educado en San Luis, que por la Constitución americana pudiera ser elegido a la Presidencia de los Estados Unidos. Bismarck gruñe, y da con la bota de hierro en el suelo, cada vez que los vapores de inmigrantes se le llevan a América, con sus gabanes de lana y sus cachuchas, la pipa en los labios, y en la mano la jarra de cerveza, a una barcada de soldados futuros, de espaldas anchas y corazón bueno. Bismarck aborrece a los Estados Unidos. Ayer, cerraba a la carne de cerdo

americana sus mercados, so pretexto de que iba enferma, y dañina, cuando era la verdad que los que de comer cerdo morían, morían de haber comido el mal cerdo alemán; hoy, ya trabaja por cerrar la Alemania a los granos y el petróleo de los Estados Unidos. Y como ve con ojos hondos, y muy en las entrañas de los pueblos, desafía al norteamericano sin ningún embarazo, y vuelve a desafiarlo al día siguiente, siendo raro que, si puso la mano en un alemán, naturalizado en los Estados Unidos o en su hijo, ablande el modo hurano y consienta en devolver a los cautivos: antes parece que se goza en negarlo de una manera brusca. ¡Y acá, puestos a machacar en el yunque y a apilar el oro, se ocupan poco en eso!

Pero ahora se nota el deseo, avivado por los alemanes alarmados, de que se rescinda el tratado de Bancroft, que en 1868 ajustaron los Estados Unidos con Alemania por diez años, y en que, en clarísima cláusula, se estipula, con inconcebible desconocimiento de los derechos personales, que el alemán naturalizado en América que vuelve a la tierra nativa y está en ella dos años, es de nuevo alemán. Clay, en 1829, ajustó otro tratado que aún rige, y nulifica el de Bancroft, pues en él se ajustó que los habitantes de Prusia y los Estados Unidos pueden entrar y residir, y salir con toda libertad, y como si fuesen nacidos en la tierra, en todos los lugares de la otra nación que estén abiertos al comercio,—sin limitar tiempo, ni perder derecho alguno, ni estar obligados a más que a no infringir las leyes del país. Mas hay manera de obviar las contiendas a que se prestan ambos convenios, y es notificar a Alemania como en el de Bancroft se acordó, que al año del aviso queda sin efecto el último tratado. En uno nuevo, no habría que esperar de Bismarck más concesiones, puesto que mira a este país como a un atrevidillo ladrón, que le hala impunemente del mostacho, y se le encorva cuando le enseña toda su estatura; pero se definirían los puntos dudosos. Y los alemanes podrían ir sobre seguro a su tierra; o no ir si no van seguros.—que es donde Bismarck les hiere, porque sabe que los aflige. “¡La tierra padre!”, como dicen ellos: y se quedan largo tiempo en silencio, delante de su vaso de cerveza, apagada la pipa, y mirando vagamente al vacío.

¿En New York, quien vencerá en otoño, los demócratas o los republicanos? Si los republicanos, ¿cómo será esto tenido en el país por una muestra de la incapacidad para el gobierno de los demócratas, que

ayudan a derribar a su caudillo porque no se presta a abandonarles los puestos públicos!

Si los demócratas, ¡qué golpe de maza en la cabeza de los republicanos, a quienes demostraría así el partido demócrata que aunque haya en él mucha gente interesada y vociferadora, puede más la que no lo es, y aplaude la política honrada de Cleveland!

Mal va para las nuevas elecciones a la Presidencia el partido que pierda ahora las elecciones en otoño. Por eso, con todo su brío, han empezado ya las labores de campaña unos y otros; y si se recuerda que fué en este mismo Estado de New York donde Cleveland estuvo a punto de perder la Presidencia, que sólo por una pobreza, por unos mil cuatrocientos votos, llevó a Blaine, vese que el vado es de tentar. Y como los demócratas de New York no obtienen de Cleveland, como muchos de ellos quisieran, los puestos pingües en que se abusa de los dineros e influencia de la ciudad, no fuera extraño que muchos de ellos conviniesen en dejar de votar, o votasen de mal grado y como para ser vencidos, lo que, por mucho que el grupo de republicanos independientes ayudase a Cleveland, bastaría para poner muy en riesgo la elección. Es un Gobernador el que elegirán en otoño; pero ya se ve como lo que en verdad elegirán es un Presidente. Cleveland, sin embargo, es muy sesudo, y ni pierde los estribos, ni vacila en dar con ellos sobre la cabeza de los que le quieren sacar de su buen paso.

Oculto, bajo su aspereza aparente, una singular habilidad; y cuando llegó a la Presidencia, ya tenía meditada la manera de poner en armonía los apetitos de su partido, sin la satisfacción de los cuales no puede gobernar ningún partidario, y las necesidades de reforma administrativa que le trajeron al gobierno, y él obedece: el cual medio ha sido el de expulsar de los empleos nacionales a los que usaron de ellos como instrumentos de partido, lo que deja legítimamente vacantes, gran número de puestos, que entran a ocupar demócratas de honradez bien probada, con la obligación de pagar con su absoluta imparcialidad en las elecciones el precio del puesto que desean. Lo que toda la nación paga, no hay derecho para convertirlo en beneficio inhumano de uno solo de sus partidos. Y como de esta manera van entrando en oficio muchos demócratas aunque no tan de prisa como quieren, ya sus reclamaciones y amenazas van a menos; y sin que los republicanos independientes tengan por qué arrepentirse de la ayuda con que sacaron a Cleveland triunfante, se ve que los demócratas airados empiezan a apaciguarse y a estar contentos.—De que conversa poco; de que consulta poco; de que

se deja guiar poco; de que “cree que lo lleva todo en sí”; acusan esos demócratas mohinos a Cleveland. Pero así es siempre: al honrado le llaman orgulloso. La dignidad es tenida por soberbia. Hay en la humanidad un deseo sordo de abatir a los que no se abaten.

Ni esta causa de reconciliación, ni la moderación que impone el triunfo, que trueca en gente proveya y sesuda a la más moza y levantisca, favorecen ahora a los republicanos. Ciertamente que tienen grandísimo empeño en la derrota de los demócratas, que sería considerada como una censura del partido a las intenciones reformadoras en cuya virtud vino al poder, y como un estruendosísimo fracaso. Ciertamente que entienden que en esta campaña les da la Presidencia, y a cuanto nervio tienen le están dando cita para que la campaña sea campal y honrosa. Pero no se ve modo de que las facciones de los republicanos concuerden en un candidato aceptable a todas ellas; ni aquellos republicanos puritanos que votaron por Cleveland están aún descontentos de él y deseosos de volver a su partido; ni los mismos demócratas que ayudaron flojamente en la elección presidencial o la traicionaron, en la esperanza de que Cleveland fuese derrotado, tienen ya hoy contra él el encono que todavía conservan, capitaneados por dos rivales que se abominan, los bandos en que los republicanos se dividen; el de los “Stalwarts” o “mejores” que quiere gobierno recio en casa, y expansión del territorio, pero por manera franca y arrogante y con manos limpias;—y el de los “mestizos”, que en sí tenía un elemento honrado de reforma que inició Garfield, y hubiera acaso evitado el advenimiento de los demócratas; mas Blaine lo lleva ahora tras de sí, y lo desacreditó con sus empresas y métodos impuros, mientras estuvo en la Secretaría de Estado, siendo tal el enojo entre los “mestizos” y los “mejores”, que éstos, sin alharaca, tienen determinado no votar en pro de su propio partido, como en castigo de haber sido desdenados por él cuando Garfield, y en la Convención que eligió a Blaine sobre Edmunds; y para ver si de este modo, reconociendo los “mestizos” que sin los “mejores” no pueden ganar batallas, resuelvan hacer penitencia, y venir a pedirles por merced el apoyo que una vez desafiaron. Cuando el Secretario Folger, que murió del pesar como Greebey, fue propuesto por los “mestizos” como candidato al gobierno del Estado, en la elección que hizo gobernador a Cleveland, los “mejores”, con el soberbio Conkling a la cabeza, se cruzaron de brazos; y, por la más subida mayoría que vieron jamás elecciones, por más de 200,000 votos, Cleveland fue electo. Cuando

Cleveland contendió por la Presidencia, se cruzaron de brazos los “mejores”, y vieron impasibles, más, vieron contentos, cómo los demócratas vencían a Blaine. Ese voto negativo de los “mejores” fue tan eficaz para el triunfo de Cleveland como el voto positivo de los republicanos independientes. Es formidable en política el no hacer.

Esta situación de los republicanos ha venido a agravarse con el escandaloso descubrimiento de los fraudes perpetrados impunemente en la Aduana de New York, servida hoy por políticos de oficio y gentezuela laboriosa en las faenas de partido. Los comerciantes americanos se han puesto a una, a bien que ya lo estaban, del lado del Gobierno. Los comerciantes extranjeros se ven sorprendidos y murmuran. ¿Quién creyera que en la Aduana de New York, en la primer Aduana de los Estados Unidos, se hayan estado cometiendo por años enteros, los mismos abusos que han hecho famosa a la Aduana de la Isla de Cuba, los mismos que los americanos echan en cara a México? Esto no sorprende, sin embargo, sino a quien no observa: porque no hay pecado latino, que acá no haya, y con creces; pero hay en cambio virtudes y sistemas que no tenemos nosotros, ¡nacidos, ¡ay!, de padres que no fueron puritanos!

No nos falta la condición, no, sino la ocasión, la constitución social, el medio ambiente. Sacudírnos todo lo que nos queda de polvo viejo: abrir los brazos, y tenerlos siempre abiertos; dar al que llega un arado, y un pedazo de tierra, y ayudarle a hacer la casa, y respetársela; crear medios honestos de vida para las inteligencias calientes, ambiciosas, y desocupadas; sacar de la literatura escolástica, la educación pública que hoy se basa en ella, y arraigarla en las ciencias y artes prácticas, para que no le falte al hombre trabajo útil que lo dignifique, ni aquella savia pura falte a rama alguna de la vida; decisión en masa de los hombres honrados para levantar en sus espaldas este edificio del continente nuestro, fundado sobre serpientes, y echarle base nueva, sin lo que vendrá abajo, desapercibido y befado, como una nube que pasó, con el seno repleto de gente alborotada, por el cielo humano: tal nos falta, y nada más:—virtudes de condición, y no de esencia; de acomodación, de lugar, de atmósfera; pero en nosotros mismos tenemos la impaciencia y previsión del espíritu futuro, la mano ágil, la mente viva, el corazón cauroso, el caballo de cañas finas en la llanura, y en las sienas.

Desbasar, y rebasar. De raíz venimos mal; y tenemos que sacarnos la raíz, y ponernos otra.

Los abuelos nos pudrieron; pero el aire puro de nuestras tierras nos ha oreado. El alimento que hemos tomado por las ramas, combate y expele al que nos viene de la raíz.

Con nuestra clase fina cultísima, y nuestras clases bajas rudísimas, somos como un libro de Barbey d'Aureville en manos del hombre fresco de la selva. Tenemos cabeza de Sócrates, y pies de indio, pies de llama, pies de puma y jaguar, pies de bestia nueva. El sol nos anda en las venas. Nuestro problema es nuestro, y no podemos conformar sus soluciones a las de los problemas de nadie. Somos pueblo original: un pueblo, desde los yaquis hasta los patagones.

Como la cabeza socrática no gusta de abatirse, ni sabe cómo, ni puede, tenemos, si no queremos morir de mal de cabeza, que ponernos cuerpo en relación a la cabeza. Somos el producto de todas las civilizaciones humanas, puesto a vivir, con malestar y náusea consiguientes, en una civilización rudimentaria. El choque es enorme; y nuestra tarea es equilibrar los elementos. La literatura debe afinarnos y entretenernos, no ser nuestra ocupación favorita y exclusiva: nuestra ocupación favorita ha de ser el estudio, ¡hondo y de prisa!, de nuestras condiciones peculiares de vida.

Decíamos que en la Aduana de New York se han descubierro grandes fraudes. La Aduana tiene sus avaluadores, y los derechos de ciertos artículos se pagan sobre el avalúo,—que suele tener en cuenta como base el precio que las mercaderías traen en factura. Alegan los comerciantes americanos, con visos de certeza, que el fraude en su mayor parte era tramado y beneficiado por los mercaderes extranjeros. Ya fuese que los fabricantes de Europa estableciesen aquí casas sucursales para la venta de sus géneros; ya que las casas de europeos aquí abiertas se pudiesen de acuerdo con los manufactureros de allende, ello es que las facturas traían siempre un precio inverosímil por lo bajo, menor con mucho que el costo mismo de producción de los artículos: los avaluadores de la Aduana, cómplices todos entre sí y cohechados, avaluaban sobre los precios de factura; como de este modo venían a ser muy reducidos los derechos y resultaba que los comerciantes que declarasen el valor real del artículo y pagasen derechos sobre él, habían de venderlo a un precio mucho mayor que el que en virtud del fraude pedían sus competidores; cuando no era, además, que los encargados del avalúo, como para intimar a los comerciantes la necesidad de un arreglo, fijasen a las mercaderías de los importadores honrados, un valor caprichoso, que hacía que los derechos fueran aún mayores. La Aduana toda, está

andando en puntillas. El Ministro de Hacienda, que es político agudo, no pudo hallar mejor ocasión para sacar a luz estos males secretos de los empleados republicanos ahora que el voto de la ciudad, no muy fiel a los demócratas, importa tanto para *ganar* las elecciones de otoño.—“¡No en balde, dice un comerciante neoyorquino, ha hecho ese alemán pelirrojo en cuatro años una fortuna igual a la que me ha costado a mí veinticinco hacer!” Pero el alemán pelirrojo dice que también el americano rubio, entiende de preparar facturas.

¿Qué espíritu perdurará en la civilización norteamericana: el puritano, la afirmación más sesuda y trascendental del derecho humano, o el cartaginés de conquista y el mercenario de lucro que la contemplación del enorme poder nacional, el aislamiento de la vida de los individuos, y la acesión incesante de inmigrantes desafortunados fomenta?

¡Bien que agita esta duda, aunque a la callada, a los briosos descendientes que aún quedan de aquella raza de hombres que huyó con la libertad por sobre los mares, y vino a ponerla en una tierra inmaculada que mereciese recibirla! Los descendientes y amigos del espíritu de aquellos peregrinos, reunidos en una sociedad que llaman de la nueva Inglaterra, acordaron que en el Parque Central se levantase, en una estatua magnífica de bronce, la figura de uno de aquellos domadores de la selva, fortalezas del derecho, hombres celestes; en imagen del puñado de ansiosos evangelistas a cuyo paso de bota cuadrada se alzó por el cielo la libertad como un sol que ilumina día y noche la tierra, grande como el espacio que en lo más ancho del Continente va del Atlántico al Pacífico, y afluyeron los hombres redimidos, y pulularon las ciudades como arenas.

Ya se ostenta en el Parque Central el peregrino, a provocar en los que contemplan la admiración por aquellos hombres que fundaron el reinado de la razón sin desenfreno, el del derecho propio sin desconocimiento del de los demás, el del examen libre, como decoro de la mente, sin asolar, cual vientos envidiosos, la esperanza y la poesía.

De allí se ve el muelle de Leyden, con sus tablas comidas; el barquichuelo en que venían, con tanta mano al cielo; la roca de Plymouth, altar natural digno de las rodillas de los hombres. Contra la razón augusta, nada. Sobre el deber de dar empleo a las fuerzas que puso en la

la conciencia. Por encima del hombre, solo el cielo. Allí está desafiando

a los que entregan en curatela su inteligencia, y la ponen como una culpa, trémulos y traidores, a los pies de los que envilecen y contienen la naturaleza humana; allí está, inexpugnable como Wickliff, firme como John Hampden, profundo como Milton,—la mano a la escopeta, boca en tierra; al cinto la canana; sobre la túnica de estameña la blusa de cuero; por encima de la media de costura la bota a la rodilla; la cabeza, cubierta, que ante Dios nada más se destacaba.

Y todo él, batallador y altivo, como si la escopeta fuera a levantarse y a vomitar fuego sobre los que abdican el ejercicio de su inteligencia, y se sacan el juicio de las sienes, y en las gradas de un dueño, deshonorados, lo ponen temblando. Allí está, y lo descubrieron con fiestas y músicas, el hombre de bronce.

Y pocos días antes, cerca de donde la estatua se alza ahora, con sus manos escuálidas saludaba a los regimientos que cruzaron ante él con la cabeza descubierta, como el valor honrado y la muerte lo merecen, el general Grant, que lentamente acaba.

Era el día de las flores y de los muertos: un lindo día de Mayo. De rosas están llenos los héroes en las plazas; las ventanas, de pabellones; las calles, desde por la mañana, de anchos carros repletos de macetas. Por todas las esquinas desembocan, resplandecientes y orgullosos, los regimientos de milicia, y los soldados de la guerra: aquéllos, peripuestos, de casaquilla gris y pantalón muy blanco, con un jefe muy bien montado, y con pomposa música;—¡y los soldados de la guerra, sin brazo el uno, sin pierna el otro, otro sin los dos brazos, vestidos de paño azul, con unos vivos de oro, y sus propios hijos tocando los tambores, y las banderas rotas!

Se juntan en procesión. Cleveland ha venido de Washington a verla, y lleva en el ojal una rosa roja, la rosa roja que los habitantes de Gales sembraban en la tumba de los que habían obrado bien y merecido el cariño de su patria. Decenas de miles van en la procesión. Van a los cementerios, con sus carros floridos, a vaciarlos sobre las sepulturas de sus compañeros muertos en la guerra.

Nadie está triste: hay como una sobrenatural alegría, hasta en las ancianas mismas, vestiditas de negro. que en los carros del ferrocarril

maceta de flores.

Las calles henchidas. El tambor mayor, ¡cómo levanta, que parece que va a perderse por el cielo, su bastón de cabeza de plata que se sube por el aire como una saeta, y cae en sus manos derecho y obediente, y vuelve a subir, entre los aplausos de la muchedumbre! Un buen viejón, de cabeza muy blanca ¡cómo cojea y cómo lo vitorea la gente, que cual bravo le vio pelear en la guerra, y después, en veinte años, jamás le ha visto faltar a una parada!

¡Cómo se quitan todos los sombreros cuando pasan, con sus banderas despedazadas, las mangas vacías! Y un desterrado que anda por allí cerca, ¡cómo llora! Luego que se acabó la procesión, como ya Grant se muere, fueron a decirle adiós, y desfilaron silenciosamente bajo sus ventanas.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 24 de julio de 1885

23

## CARTAS DE MARTÍ

*El verano.—Política, religión, tribunales y literatura.—Un libro de Vining sobre Hwin Shan, el primer descubridor de América.—Cosas americanas.—El periodista Stanton y su tiempo.—Los periódicos antaño.—Los campamentos de milicianos en Junio.—Congresos.—Los indios inquietos.—Cómo los trataban los agentes del gobierno.—Los cheyenes.—Gobierno admirable de los cheroqueses.—El sufragio, la escuela y la propiedad entre los cheroqueses*

Nueva York, Julio 6 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Está la mesa llena de los diarios del mes. Es mes ocupado; pero no en cosas mayores: en regatas, en partidos de pelota, en carreras de caballos, en exámenes de colegios, en simulacros y ejercicios militares, en congresos de sacerdotes y de músicos, en preparar el viaje a Europa, a aplaudir a la esposa del ministro inglés Churchill, que es americana y acabó de dirigir y ganar la elección de su marido al Parlamento; o a New London, a ver las regatas entre los remadores de la Universidad de Harvard y los de la de Yale; o a Long Branch, a festejar abundantemente a los marinos franceses que han traído a New York la estatua de la Libertad; o a Saratoga, que es cada año lugar de certamen y exhibición de las hermosas; o a Peekskill donde a la sombra de las pestañas de las lindas niñas, acampan, so pretexto de ejercicios militares, los soldados elegantes del 7º regimiento, que son de lo granadito de New York, y muy mimados y regalados por las damas; o a Richfield Springs, donde veranea la gente sensata, o a las montañas de Catskill, a rusticar en paz, y echar afuera, enfrente de la hermosura y grandeza naturales, los miasmas de alma y cuerpo que echa en ellos todo un año de vida en la ciudad.

En política, Cleveland no ceja, y va por donde iba, conciliándose cuando puede las voluntades de los “políticos”, y arrollándolos cuando la honestidad del servicio público lo ha menester; ciego estará quien no vea que, aunque los desengañados le ladran, el país lo aprueba.

En religión, antes de viajar por Canadá en velocípedos,—¡cincuenta clérigos van a dar este verano la vuelta al Canadá en velocípedos, en calzón corto, camisa de franela y casquetín de paño!,—antes de salir, con los dineros que suelen regalarle sus corporaciones, a veranear por California, donde hay valles que hacen pensar en el Señor, o por Europa,

de donde vuelven con asuntos nuevos para sus teatrales sermones de invierno. recogen los clérigos en pláticas eminentes sus doctrinas del año; y a manera de la lluvia de estrellas, con que rematan las funciones de fuegos de artificios, acaban con brillantes discursos, que sintetizan su enseñanza pasada y prolongan la futura, el curso de pláticas anuales, colección casi siempre de estudio sobre los sucesos y problemas del día, matizados con versículos bíblicos y unas tantas invocaciones al Señor.

En tribunales, Iseult Dudley, la que disparó su revólver sobre el feniano O'Donovan Rossa, ha sido absuelta, con escasa persecución del fiscal, so pretexto, que de pretexto no pasa, de que es lunática: y dos millonarios han ido a la penitenciaría.

En literatura, no hay casa que no se tenga prometido leer el libro de la hermana del Presidente, que apenas salga leeremos también nosotros acá en *La Nación*; ni hay veterano que no se haya suscrito a las memorias de Grant, de las que ya murmuran que no las ha escrito él, sino el talentoso de la casa, el viejo y letrado general Adam Budeau, que es Pilades de este Orestes que se muere, rodeado de sus hijos, en una casa de campo. Así también se dice de las memorias del general Páez, quien manejó mejor la lanza que la pluma,—¡la lanza a cuyos botes huía, con sus entrañas de tigre, Monteverde!—y contó sus recuerdos, para que los escribiese, al cubano Mantilla.

Otro libro hay notable de los publicados en este mes. "Un Colón sin gloria" se llama el libro nuevo de Vining, a quien los americanistas acusan de romanesco y novador, como al abate Brasseur, quien solía dar por cierto lo que le parecía y se llevó de Guatemala, lo cual no ha hecho Vining, riquezas de librería antigua que generosamente pusieron en sus manos los guatemaltecos.

Todavía anda sin publicar una obra en diez tomos sobre la antigua Centroamérica, del alemán Behrend, donde dicen que se ven, bien traducidos, aquellos títulos de propiedad indígenas, que eran la historia de cada casa, y tanticos en coloreada imaginería que no parecen documentos de dominio, sino mantos de plata luciente, revestidos de piedras preciosas, colas de aves del paraíso, segmentos de arcos iris.

Edward P. Vining, con mejores fundamentos que el abate Brasseur para muchas de sus teorías, mantiene en un recio octavo de 700 páginas, que otros Colones hubo que no fueron el genovés, y el primero de ellos el monje budista Hwin Shan, quien con otros monjes de Buda, salió de

Afganistán, y entró por el estrecho de Behring en América, de donde volvió después de sendos años, contando maravillas del industrioso pueblo que habitaba la tierra de Tu-Sang, cuyas señales de tal manera coinciden, según el manuscrito de Hwin, con lo que por entonces era México. que ni del viaje del monje budista se puede dudar, ni de que los Tu-sang-ecos eran los mismos mexicanos "que tenían unos relucientes espejos de piedra, y unos tejidos muy semejantes a la seda, y unas plantas de que hacían de beber y sacaban cuerdas, y una manera de escribir con pinturas que ya contenía los principios de un alfabeto de sonidos, y unas ovejas muy crecidas, con grandísimos cuernos, que eran en todo como las ovejas, de cuernos tales que cada uno pesaba cincuenta libras, y Coronado cuenta haber visto por cerca de Chibola.

Como en México hay todavía la tradición de la visita de Hwin Shan, en que se cuenta que llegó por el Pacífico, y traía barba larga, y todo el cuerpo cubierto de extraños vestidos, con los que anduvo respetado y enseñando su religión por varias comarcas de México, la crítica no toma a fantasía el libro de Vining, sino que lo juzga muy puesto en razón; y parece que ya se ve salir vivo, de detrás de los anuncios que dicen en los cristales de las librerías "An Inglorious Columbus", a aquel que vino a América, y no esclavizó, ni mató, ni trajo a gente de matar, sino que enseñó y amó, y se volvió a Asia sin más almirantazgo que su conciencia satisfecha, ni más trofeos que sus honradas barbas.

Y en literatura de periódicos, los periodistas de New York se reunieron en el salón de lectura del club de la Prensa, a oír cómo su presidente. Olmos Cunnings, en un discurso, que comienza con la mismísima frondosa imagen con que empiezan las notas de Castelar sobre Víctor Hugo, saluda al más anciano de los periodistas neoyorquinos, fuerte también como la encina, y ni atemorizado por el trueno, ni deslumbrado por el rayo. Fue de los que vio venir como si todos los soldados de la tierra se hubiesen juntado en una llanura, a los suntuosos rebeldes del Sur, sobre el Norte, indefenso, y embrazó la pluma, la pluma sagrada, que pone la resolución en el ánimo de los héroes, y fortalece y corona a los soldados.

Henry B. Stanton se llama el periodista octogenario: y, ¡entre qué gentes le tocó vivir, y cuánta fortuna es vivir en tiempos grandes, y cuánta desdicha ser grande en tiempos pequeños!

Lincoln, Horacio Greeley, Federico Douglass;—tales, y todos como ellos fueron los hombres de su tiempo. Cuando Stanton ensayaba la

pluma que había de ser famosa, Erastus Brooks, celebrado hombre de prensa, estaba de mancebo en una pulpería: Federico Douglass, el esclavo orador, recogía semillas en una hacienda del Sur; y Lincoln ganaba seis pesos al mes manejando una balsa de transporte en el río Ohio, y, ¡cómo han andado los hombres, de entonces a ahora!

Hoy, seis horas después de que el corresponsal del *Herald* se inocula en el brazo el virus colérico del bravo valenciano Ferrán, por todos los Estados Unidos se publica, con tan minuciosos detalles, que la fantasía de los quesos de Zola, o la de las ropas blancas, los envidiará: y entonces, aunque en pro y en contra se apasionaba aquí la gente con los sucesos de Napoleón, tardaron sesenta y cinco días en tener noticia de su derrota en Waterloo. Y los correos que repartían los periódicos por los campos servían a los periódicos a la vez de correos y de cronistas. De 120 diarios—dijo Stanton esa noche—que he visto fundar en esta ciudad de New York en lo que llevo de vida, sólo han perdurado seis: veinticinco millones de pesos he visto gastar estérilmente en aquéllos. Y Erastus Brooks recordó lo que le dijo al tomarlo a su servicio, su señor el pulpero, con cuyo consejo le ha ido después muy bien en el periodismo: “Erastus, aquí tengo trabajo para ti: échale agua al ron, moja el tabaco, ponle arena al azúcar, y enseguida, a rezar a la iglesia.”

“¿Qué más—añadió Erastus—se necesita para ser un buen periodista?”

Son de ver los campamentos del mes de junio. Allí van como si fuesen de guerra, los regimientos de milicianos de ciudades mayores y menores; allí se ensayan en las artes del buen marchar y el mal dormir, y las durezas de la guerra; allí, si llueve, con el fusil al hombro lo tienen de sufrir; y si el sol quema, de quemarse han, como si les pareciese bien, con el fusil al hombro. Los milicianos, que en las ciudades tienen suntuosos cuarteles, allí viven cosa de una semana en tiendas de campaña; de comer, rancho; de beber, leche y agua de soda; de vestir, el uniforme; de dormir, el catreillo de campamento, y con la mano sobre el arma, y la cabeza en la gorra, porque a lo mejor suena el clarín, en lo más fresco de la madrugada, y el que no esté a tiempo en fila, como el que falta a cualquiera otro deber del soldado, paga su pena, que suele no ser floja, como el año pasado, en que por haber faltado al respeto a una fornida moza de la vecindad, un sargentín de muy lindos bigotes, y mayores dineros, fue degradado ante las filas, y expulsado a redoble de tambor de su regimiento.

Todo el día lo pasan en aprestos y ensayos de guerra; en marchas; en guardias; en avanzadas; en simulacros de encuentros. Suelen ir a verlos, en carruajes de fiesta, grandes partidas de damas, que aquende, como allende, gustan de los vestidos coloreados y de las armas relumbrales; y luego que la temporada de ejercicios termina, bien que se baila, y se entregan de veras los soldados de afición a las amenidades sociales: por cada rama, que estas juntas y bailes son casi siempre en lugares frondosos,—asoma, tendido el arco y aguzada la flecha, un amorecillo: y de noche, aun cuando la disciplina lo prohíbe, y suele seguir al pecado el arresto, so capa de que redactan un informe, o auxilian a un enfermo, o asisten a bien morir a un compañero que en su catreillo parece de risa, se reúnen los más amigos a jugar a las cartas y a otras cosas prohibidas. La disciplina engendra un deseo: el de infringirla.

Otras veces, no son los caballeros jóvenes de casas ricas, ni los de modesta fortuna y sincero entusiasmo los que acampan en los grandes parques de las ciudades o a la sombra de bosques tupidos; sino gente hecha a las armas, o diestra en sus ejercicios, que viene desde los Estados más distantes a competir por premios de dinero, que las ciudades ricas allegan sin dificultad, para aquellas compañías que mejor marchen, o ataquen, o se defiendan, o dirijan sus tiros. Se hacen procesiones verdaderas de estos milicianos lucrantes, que de ciudad en ciudad, so pretexto de campamento militar, van exhibiendo sus habilidades marciales, sobradas siempre de amigos, muy sobradas de amigos por desdicha, y repartiéndose buenamente los premios que ganan al paso.

Y como que, de abril a julio, cuanto elemento público, asociación o gremio hay en los Estados Unidos se congrega en algún grato lugar a debatir sus intereses, no es extraño que al plegar sus tiendas, al son de los tambores y los pífanos, los soldados veraniegos, tropiecen con los músicos que van a una sala vecina a levantar la suya, los unos, los de la derecha, tras un cabecilla alborotoso de ojos salvinianos y mostacho negro, que pone por sobre su cabeza a Bellini; los otros, los de la izquierda, a grandes trancos, capitaneados por un luengo señor de corbata blanca, rala barbilla, y gafas de oro, levantando, a par que andan, los brazos al cielo, y alabando a Wagner.

Los sastres también han tenido su congreso este mes; y los albañiles y los zapateros.

Y los indios han tenido también su congreso: un congreso de guerra. Los cheyenes, que ya en 1878, cansados de padecer vejámenes a manos de

los agentes del gobierno, se rebelaron y fueron causa de preocupaciones, gastos y guerra seria,—están descontentos. Entonces, tuvieron razón. Ahora, puede ser que la tengan. Entonces el gobierno los desatendió y los provocó a la guerra. Hoy, en cumplimiento de la promesa de mirar por los indios que en su discurso de inauguración hizo Cleveland, envía a un comisionado de paz, a inquirir sus razones de queja.

En 1878, ¿cómo no se habían de sublevar los cheyenes, si los agentes del gobierno en las reservas de indios, les robaban, los esquilmaban, los sometían a trabajos inicuos, les negaban la medicina y el alimento?

El Congreso vota, de sobra, dinero para atender bien a los indios sometidos; mas era uno de los bochornos públicos en tiempo de la administración republicana la repartición que los empleados del gobierno hacían en su favor de las sumas dispuestas al pago de los contratos del gobierno con los indios, en forma de escuelas, tierra cultivable, aprestos de cultivo, medicamentos y raciones, con que se compensaban las tierras cedidas de mal grado por las tribus.

A los cheyenes del norte, los sacaron de sus hogares, en la agencia de la Nube Roja, y los llevaron con los cheyenes del sur, al territorio indio. Al año, se huyeron, saqueando a su paso. ¿Cómo no, si morían uno sobre otro de malaria, y semanas enteras había, en que no se les daba un medicamento; si en vano se quejaban de que les habían traído de sus hogares fríos y sanos, en que prosperaba su naturaleza, a una tierra ardiente y pestífera, donde se secaban los senos de las madres, y la piel no servía más que para dibujar los huesos de los pequeñuelos; si el gobierno contrató con ellos pagarles por su tierra, entre otras cosas, con raciones, y los agentes se negaban a darles las raciones que eran suyas por contrato, y su único recurso de alimento, a menos que no acabasen un trabajo rudo que no tenían obligación de hacer?

Se huyeron, y con no poco esfuerzo y muertes injustas, fueron acorralados en las tierras pestíferas, a ser mejor tratados, mas no tanto que ahora, en unión con otros indios que llegan a cinco mil, no den señales de una temible revuelta, que acaso evite el mensaje de buena voluntad que les lleva el comisionado del gobierno.

¡Y dicen ciertos caballeros de nariz canina, porque los ven infortunados y desnudos, y a veces, por culpas históricas que ahora se pagan, violentos y feroces, dicen que los indios son gente inferior, buena sólo para envainar la espada o encajar la lanza! ¡Esa es la inmigración que mejor nos estaría acaso, o ayudaría mucho a la otra: nuestros propios

indios! Acá, en los Estados Unidos no tanto, que son pocos: pero nosotros, ¿cómo podemos andar, historia adelante, con ese crimen a la espalda, con esa impedimenta? Lo que los indios son, o pueden ser, lo enseña el senador Ingalls, que ha vuelto del territorio de los cheroqueses, adonde fue en comisión del Senado, que quería saber la verdad en ciertas materias. Ingalls, que es uno de los senadores más renombrados por su elocuencia y juicio, viene maravillado de lo que ha visto en las tribus: ¡pues no tienen un gobierno democrático, con un jefe elegido por sufragio, y su Senado y su Congreso, que cada año se juntan! Tienen sus tribunales, con jueces también electivos; tienen su sistema de penas, tan ordenado como el de los blancos; y no tienen leyes para cobrar las deudas, porque entre ellos no hay deudas.

¡Y escuelas! ¡Los cheroqueses tienen escuelas! ¡Cincuenta por ciento del dinero público de los cheroqueses es empleado en las escuelas! Dondequiera que hay trece niños reunidos, levantan una escuela, y la proveen del mejor maestro que hallan: y ha de ser bueno el maestro. La escuela tiene dos habitaciones, como las de Uatlán, de los cachiques que a botes de lanza exterminó Alvarado: una habitación es para las niñas, y para los niños otra: de las escuelas de Uatlán salían los niños indios en procesión, a aquel sol suave, con sus vestidos blancos: ¡salían cantando! Los edificios de escuelas de los cheroqueses son de apariencia noble, y el gobierno cheroqués no sólo paga los maestros, sino que viste y alimenta a los alumnos: y cuando éstos completan la educación que puede darles la escuela india, como que en su territorio no quieren los cheroqueses a gente blanca, mandan a los estudiantes a los colegios famosos de los Estados Unidos, a Darmouth, a Yale. A los blancos, los quieren bien; pero de lejos: sobre todo, no quieren colonos blancos en sus tierras. Indios sí: cuantos vengan.

Y el senador Ingalls viene asombrado de la manera en que los cheroqueses, “con ventaja, dice, sobre cuanto pueblo civilizado conozco”, tienen resuelto el problema de la distribución de la tierra.

Toda la tierra pertenece en común a la tribu; lo que no excluye la propiedad, ni el derecho de traspasarla según las leyes de la tribu; pues la tierra es del que la cultiva, eso sí, mientras la trabaje, porque en cuanto el propietario de la tierra no la trabaje, vuelve al común. Mientras la cultiva, es su propiedad absoluta. Cualquier cheroqués puede cultivar cuanto tierra le plazca, con tal de no llegar sino como hasta un cuarto de legua a distancia de los linderos del vecino. Con esto se impide la

acumulación de vecinos en pequeñas comunidades, que a juicio de los cheroqueses favorece la holganza y sus vicios. Y con que la tierra vuelva al común tan pronto como su propietario no la cultive, se estorba que una misma mano llegue a poseer mucha tierra, y cuanto viene de eso. 70,000 habitantes tiene el país de los cheroqueses: no hay ni un mendigo.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 20 de agosto de 1885

24

CARTAS DE MARTÍ

*Dos millonarios en la penitenciaría.—Los Secretarios de Cleveland.—La reforma adelanta.—Cómo nombró Cleveland al colector de la aduana de Nueva York.—Ojeada en el trabajo interior del partido demócrata.—El Presidente doma a su partido.—Vicepresidente contra Presidente*

Nueva York, Julio 6 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Peor que mendigo está ahora el que fue presidente de Banco, gamonal en Wall Street, este Lombard Street de New York, y cómplice de Ward en los manejos inicuos de aquella firma, cuya historia se contó en estas cartas, de que eran socios el general Grant y sus hijos. Sesenta y dos años tiene el infeliz presidente de Banco, el viejo dado a cosas de mozo, que con brutal crueldad retratan en los anuncios de una farsa que corre por los teatros con el nombre de "Nos, nosotros y compañía".

Ya se recordará que Fish era socio de la casa de Grant y Ward, a la vez que presidente del Banco de Marina, y como presidente del Banco prestaba sin garantías o con garantías simuladas, sumas enormes a la casa de Grant y Ward, por cuyo servicio, que trajo al fin la ruina del Banco con la quiebra de Grant y Ward, recibía de éste sin escrúpulo sumas cuantiosas, fuera de toda relación con el capital que representaba en la firma. De todo género de abusos, ocultaciones y fraudes, fue acusado y convicto.

"Ahí están, decía a los crédulos directores del Banco, las seguridades sobre que en uso de mis facultades de presidente he prestado a Grant y Ward tal suma": y los crédulos directores acataban: y las seguridades o eran menos y diferentes de las que él decía o eran un mazo de papeles en blanco.

Estas y aquellas condiciones exigía con razón el Banco a las casas a que prestaba las sumas confiadas a él, y al presidente exigía que las investigase bien y no prestase sin ellas: y Fish ponía toda la fortuna del Banco, toda la fortuna de centenares de depositantes, en manos de una casa que no reunía ninguna de estas condiciones, sino que por todos

modo manera de entablarle acusacion: Fish, tiene ya puesto el vestido de listas del penitenciario.

Y otro millonario ha ido también por dos años a prisión. A la sombra de un contrato con el gobierno, que le habilitaba para introducir libres de derechos los cristales que convino en suministrar a los edificios públicos de Filadelfia, importó, sin pagar derechos, grandes valores en cristales destinados a su particular comercio. Se comprobó el fraude. A un hijo mayor de veintiún años, a quien mezcló el millonario en sus operaciones, por ser joven lo dejaron libre, con mil pesos de multa y una severa plática del juez: el millonario, está en la penitenciaría.

Persiguiendo abusos semejantes emplean a la callada lo más de su tiempo los Secretarios de Hacienda, Interior y Guerra y Marina. Uno, suprime de un rasgo de pluma trescientos empleados inútiles. Otro, rechaza al contratista mimado por los republicanos, por violación probada del contrato, un buque de guerra de seiscientos mil pesos de valor, que los asesores de la Secretaría habían declarado ya en la administración anterior proyectado y construido conforme al convenio. Otro, ordena la suspensión de los trabajos en la oficina litográfica del gobierno, mantenida a gran costo, so pretexto de abaratar la obra de litografía que necesitan las publicaciones oficiales, mas sin oficio real, a no ser el de producir un número excesivo de retratos de diputados y senadores sin derecho a ello.

Mucho trabajan los Secretarios en eso, en ver que ningún republicano que disfruta de un empleo sea acusado por pura codicia de las faltas que pudieran hacérselo perder, y en sacar de sus puestos prontamente a los que de veras las hayan cometido, que son reemplazados entonces por demócratas puros.

Sorpresa como la que Cleveland dio a los políticos de oficio del Estado de New York, ha habido pocas. El puesto de colector de la aduana de New York es, con el de director de correos, el más apetecido de todos los del Estado, y por el que lo obtiene se juzga del carácter del gobierno que lo nombra, porque ha sido siempre un político de influjo en el bando cuyas simpatías desea el Ejecutivo conservar. Grande era la expectación desde hace meses.

Los demócratas viejos, los que mantienen su derecho a los despojos de la victoria, volvían a amenazar al Presidente con privarle de sus votos si no agraciaba con el puesto a un hombre de su bando.—“Pues si lo agracia”, decían los republicanos benévolos, “su partido lo ha vencido

y el reformador ha muerto”. “Si da la colectoría como la dirección de correos, a un republicano”, decían los demócratas, “desdeña a sus partidarios, y permitiremos nuestra derrota en las elecciones de noviembre”.—“Y si es demócrata el colector, ¿de qué clase de demócratas será; de los perseguidores de empleos, o de los que sirven a su partido con mejores fines: será el candidato de Tammany Hall, el cuartel de la gente irlandesa y la política de gula, o el de la democracia del Condado, donde los hábiles lo son en pro de los buenos principios y de los hombres honestos?”—“Personaje ha de ser; sea republicano o demócrata, sea de Tammany o del Condado.”

Cleveland nombró por fin el colector. Era demócrata y no era personaje. No era el candidato de los perseguidores de empleos, sino el de los hombres honestos. Era un excelente hombre de negocios, de notable práctica en las operaciones aduaneras, de capacidad y honradez sumas, y punto menos que desconocido entre los políticos de oficio. El aplauso llegó al cielo: no de los demócratas famélicos, que, sin tener reproche que hacer al nombrado, se mordieron los labios. De manera que Cleveland no cede. Lo que ofreció, lo cumple.

No ha venido, so capa de reforma, a continuar en provecho de su partido una política viciosa; sino que conocidos los vicios públicos, y elegido para extirparlos, reforma de veras.

¿Que los de Missouri piensan que el gobierno no satisface bastante las aspiraciones de los demócratas a los puestos públicos? Pues Cleveland lo siente por Missouri, pero cree que todo hombre debe avergonzarse de confesar que sirve a un partido político por los provechos que le vengan de él. Y tras esta contestación, el senador que la provocó, no vuelve, y Missouri no pide más destinos.

La energía del Presidente va plegando la aparatosa de sus opositores que, aunque se sienten apoyados por el Vicepresidente Hendricks, notan que a éste no vale para hacer triunfar sus doctrinas el andar de discursos por ferias y colegios apuntando que no le parece bien la política del Presidente.

Por cierto que si en nuestras tierras sucediese que un vicepresidente indicara en público su desaprobación de la conducta del gobierno, parecería esta natural manera de tentar la opinión y ejercer legítimo influjo, una exhibición lamentable de nuestro díscolo espíritu latino, y de ambicioso y traidor sería lo menos que se adjetivaría al vicepresidente. Pues acá se hace también y no parece mal.

Acá se hacen también muchas cosas que nosotros hacemos. Es que, en tanto que tengamos en empresas útiles modo apropiado de emplear nuestras inteligencias, éstas, enfermizas de puro ociosas, de puro inactivas irritadas, con poco que ver fuera de sí, se vuelven contra sí, y como el alacrán, se hieren con su misma ponzoña. Siempre que se ve mucho, constante, y acaso únicamente un mismo objeto, el objeto llega a parecer deforme. Así nosotros: de puro mirarnos a nosotros mismos no nos conocemos.<sup>5</sup>

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 21 de agosto de 1885

25\*

## CARTAS DE MARTÍ

*El Este y el Oeste.—Los gitanos en New York.—La magia de New York.—Convulsiones de elaboración en el Oeste.—Los indios revueltos.—Los vaqueros traviosos.—Los ganaderos rebeldes.—Un sacerdote con pistolas.—El caolín.—Exodo de húngaros.—¡A trabajar, los nobles!—Una ciudad en un mes*

<sup>5</sup> A continuación Martí se refiere a asuntos de la América Latina. Véase el tomo 8, pág. 97, de estas *Obras Completas*.

<sup>6</sup> La primera parte de este trabajo, dedicado a la muerte de Grant, se halla reproducida en la sección NORTEAMERICANOS, de estas *Obras Completas*.

Nueva York, Agosto 3 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

El Este se prepara a esta fiesta; el Este, que acata el derecho humano y es hoy sobre la tierra su mejor mampuesto. Triste sí, uno se siente triste en New York. Ver pasar unos infelices gitanos que el municipio cruel devuelve a Europa de donde acaban de venir; verlos pasar, los pequeñuelos con sus ojos de amor; los chalanes con su chaqueta alamarada; las mozas con sus pañuelos amarillos, entre los policías espaldudos que los llevan a oír su sentencia de reembarque a la casa municipal; verlos pasar, como migajas secas de la paleta de Pasini, del luminosísimo Pasini, destacándose de las paredes oscuras de estas casas cuadradas, alegra los ojos, con esa batalladora alegría que producen el color, la luz, el hombre libre y el caballo suelto. Triste sí, uno se siente triste en New York;—pero firme también; ¡se siente uno tan firme que cuando se aleja de estas playas, ¡en no siendo para las de la patria, donde la roca es dulce!, parece como que se aparta del goce digno de la libertad real, que se aleja de sí propio!

Mientras celebra a su héroe de guerra el Este culto, en el Oeste contienen a duras penas a los indios las tropas del general Sherman; las ciudades se arman, para defenderse de los huelguistas que las acometen; empresas de ganaderos intentan rebelarse contra el gobierno; y sostener por las armas su derecho a conservar en arrendamiento por precios mínimos tierras indias de pasto, que no pudieron alquilar de los indios sino por medio del gobierno; en un mes, donde no había ayer más que una escuela y una tienda de campaña, en Fern City se levanta, al cebo de un pozo de petróleo, una ciudad nueva que ya se procura municipio, jefe de policía y vigilantes, y tiene al aire sus fondas, y un periódico, y

casas de dos pisos vienen por los caminos: las apean, las remontan en Fern City. Los vaqueros traviesos, los gauchos del Oeste, detienen un tren; porque les dio gana de reír de los *cajetiyas*, y cuanto caballero de ciudad va en el tren lo ponen—ayer mismo los pusieron—de cabeza en tierra con los pies al aire, y de dos tiros de bala le destaconan los zapatos. En Kansas City, un cura católico cayó en liviandad, y en el desamor de sus feligreses; ante los cuales, como que son gente de vestido de cuero y escopeta pronta, se presenta a decir misa, entre silbidos y befas, con sus ropas de sacerdote, y bajo ellas dos pistolas. Un marqués, que se fatigó de ser noble y ha alzado un gran rancho, no sin haber tendido de un balazo a más de un vaquero atrevido, halla en las cercanías de unos terraplenes recién descubiertos, una arcilla finísima, que dicen ser el caolín afamado de los chinos: ya el marqués levantó compañía, busca obreros en porcelana, y diseña una fábrica enorme.

Cansados, en tanto, por Filadelfia, unos veinte mil húngaros de trabajar a intervalos en industrias que por muchos años han de estar produciendo más de lo que de ellas se demanda, propónense emprender la marcha con otro noble a la cabeza, el Conde Esterhazy, y dedicarse en masa, juntos los veinte mil húngaros, a las labores que perduran, y en las que debe descansar toda riqueza, a las labores agrícolas: les da el gobierno cerca de la frontera del Canadá doscientos mil acres de tierra. La Hungría es vivaz y de ojos negros; y escogida en sus mejores lugares puesto que los tiene laxos y malos, no estaría mal en la América Latina. Una raza no crece bien sino con el allegamiento de materiales afines.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 20 de septiembre de 1885

26

CARTAS DE MARTÍ

*Los indios, los soldados y los agentes del gobierno en el territorio indio.—“El caballo de hierro” y el “gran padre”.—Abusos de los agentes.—Cómo los trata Cleveland.—Mozos y viejos.—Cleveland.—Cleveland y Grant.—Análisis de la política interior.—Continúa la batalla de los empleos.—Demócratas contra demócratas, y Vicepresidente contra Presidente.—No basta haber sido soldado para ser empleado.—Los empleos han de proveerse por oposición, conforme a la ley.—El gobierno mantiene su programa*

Nueva York, Agosto de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Sola y abandonada a su desdicha, acurrucada junto a sus caciques canosos, con los ojos puestos en sus *ponies* y en los pies los bordados mocasines, determinan las tribus indias, agasajadas por los emisarios de Cleveland, no mover la guerra a que les compelian el abuso y maldad de los agentes del gobierno en el territorio indígena. Porque no los miran, cual debieran los agentes, como a una raza rudimentaria y simpática, estancada en flor por el choque súbito con la acumulada civilización de los europeos de América; sino que los tienen como a bestias; y los odian; y se gozan en envilecerlos para alegar después que son viles. Ellos tienen sus sabios; sus grandes caudillos; sus diplomáticos cuerdos; ellos son como pájaros graciosos, irisado el plumaje, húmedos todavía del redañó de la naturaleza. Piden con moderación; sufren con paciencia; aconsejan con juicio; pelean con bravura. Pero acá *rum* y allá hambre, acá prisión y allá castigo, ¿cómo ha de acallar el indio el odio natural al que le robó su tierra so capa de contrato, y lo embrutece y denigra? Madrigueras son esas agencias. Las bondades del Congreso, que para los indios son grandes, no les llegan. Si son de cariño y miramiento, jamás. Si de dinero y raciones, más de la mitad queda en manos de los encargados de distribuirlos. Los viejos con su manto crestado y su rostro real, suelen montarse en “el caballo de hierro” y venir a exponer elocuentemente sus quejas al “gran padre”. Y si “el gran padre” tarda en recibirlos, suelen ponerse en pie, mostrando descontento, y dar a entender que no les place la descortesía. Ahora se ha descubierto que los agentes habían forzado a los indios a alquilar, por precios nominales, sus mejores tierras de pasto a ganaderos del Oeste; habían respondido a sus quejas con privaciones del dinero y alimento que sus tratados con el gobierno les aseguraron; habían mermado sin

vergüenza la ración de comida y vestido de los indios; habían cobrado al gobierno por años enteros, donde no había más que 2,000 cheyenes, raciones para 4,000 y todo como para ellos. Allí donde el agente es bueno, el indio es manso. El soldado, que pelea con ellos *pony* contra *pony*, y los respeta como a enemigo, los trata cual siempre trata un combatiente a otro, aunque de bando opuesto. La muerte y el valor los fraternizan. El soldado trata al indio con cariño:—pues en astucia, en resistencia, en sobriedad, en atrevimiento, en decoro, ¿quién iguala al indio? Los civiles no: los civiles lo odian. Aceptan un puesto en la agencia, porque es pingüe, y ya se ve como un agente se come las raciones de dos mil indios: pero los odia, por esa conciencia brutal de la espalda ancha, que mira con desdén la espalda estrecha; por esa insolente primacía de los rostros rosados, que se ofende de la vivacidad de la gente olivácea, y de su esbeltez y ligereza; y por la obligación misma de vivir entre los indios, los odian. Cleveland ha hecho llegar hasta los cheyenes, por detrás de los montes los soldados necesarios para impedir su revuelta, y frente a frente, con la mano tendida, la cordial voluntad de mantenerlos libres, bien racionados, sin contratos forzosos que les quiten sus pastos, con médico y con escuela. A un vil se le conoce en que abusa de los débiles. Los débiles deben ser como los locos eran para los griegos: sagrados.

Da prenda de infamia el hombre que se goza en abatir a otro. Tiene su aristocracia el espíritu: y la forman aquellos que se regocijan con el crecimiento y afirmación del hombre. El género humano no tiene más que una mejilla: ¡dondequiera que un hombre recibe un golpe en su mejilla, todos los demás hombres lo reciben!

Quedan quietos ahora los cheyenes; los mozos quieren guerra, y acumulan mocasines viejos para dejarlos caer en su ruta en los casos de fuga, como si fueran por donde aparecen caídos los mocasines, y así despistar a los rastreadores; pero éstos tienen olfato de moloso, y los viejos saben que el indio será vencido, porque no puede el pino joven de la selva sujetar a los vientos furiosos que vienen vociferando por el aire y escribiendo en el cielo con relámpagos.

¡Fuérale tan fácil a Cleveland reducir a los peticionarios de empleos como a los indios! Cleveland viene a New York con todo su gabinete, al entierro de Grant. Como si le sangrara su propio corazón, escribió Cleveland un admirable pésame a la familia del jefe temido por los re-

publicanos. Todo lo ha hecho en su honor: interrumpe sus trabajos; hace día nacional el de los funerales; pone a las órdenes de la viuda, para las exequias de su esposo, las arcas y los soldados de la nación; nombra para llevar las cintas del féretro a los capitanes valerosos que con los ríos al cuello o la maleza al petral de los caballos, embistieron a las órdenes de Grant contra las fortalezas enemigas, y le trajeron su bandera; y a los que la defendieron de Grant y de sus capitanes con grandiosa e infortunada bravura. La primera victoria de Grant fue contra Buckner en Fort Donelson; lo expulsó, lo puso en fuga, lo aniquiló: Buckner llevará una cinta en los funerales de Grant. Johnson, sólo a Lee cedía en talentos, y con él mantuvo invencible, hasta que Grant lo atacó, el ejército rebelde del Potomac: Johnson llevará otra cinta. Y Cleveland, a quien el Sur entero alaba, y la gente desinteresada toda encomia, irá en el séquito, con su paso sencillo de hombre honrado.

Pero no bien quede puesto en la tierra el jefe nacional, con cuyo triunfal entierro ha decidido la nación dar memorable fe de sí, se reanudará la campaña interna del partido demócrata, ni aun por los funerales de Grant enteramente interrumpida. La vieja democracia quiere puestos; por ofrecerlos se han mantenido en la prohombria muchos de los dignatarios del partido: temen bajar de ella si no pueden darlos: y los defienden. Otros lo hacen por saña; y habituados a las vociferaciones de partido, no entienden como es necesario para salvar la República amenazada, purificar el sufragio en que se funda, acá donde la República es verdadera, y donde el apetito de los empleos había engendrado unas despóticas organizaciones políticas que acaparaban la iniciativa y acción de los partidos sin más objeto que llevar al triunfo candidatos comprometidos a dividir con sus encumbradores los beneficios de la victoria.

“¿Pues por qué trabajarán, ni con qué estímulo, los demócratas—se preguntan estos demócratas viejos—si no han de ser recompensados con los destinos públicos por el gobierno que han elevado al poder?” Por la patria: “Por el placer de verla honrada y de ayudar a que lo sea; por el bienestar de la república trabajarán”: de esta manera responden sin cejar un ápice de su puesto, Cleveland y sus Secretarios. De sobra entienden que cuando haya vacante que llenar, a los fines del gobierno, a la utilidad de la nación importa, y está en la naturaleza humana, fuera de la cual no se gobierna, que sean demócratas, y no republicanos, los que las llenen: y demócratas las llenan, cuando las hay. Pero subir al poder en virtud del clamor público por la reforma del vicioso sistema

de empleos que esclaviza a la nación y pudre el sufragio, y una vez en el poder echar de sus asientos a los empleados útiles y puros, para poner en su lugar a sobrinos, concuñíos y amigotes, o a la rufianería, que busca votos a cambio de empleos, fuera una traición ignominiosa. Ni gastos innecesarios; ni compadrazgos y favorecimientos; ni repartición de fondos públicos; ni pago de servicios de partido con empleos de la nación. De este programa no se ha apartado el gobierno: de este programa han jurado apartarlo, so pena de derrota en las elecciones próximas, los demócratas viejos, con el vicepresidente a la cabeza.

Hay una ley de empleos que ordena determinada manera de proveerlos por oposición. Aun cuando no compartiera Cleveland el espíritu de la ley, y cuentan que ella fue parte del programa que le dio el triunfo, ley es, ley del Congreso: y como poder ejecutivo, pluguiera o no, habrá de mantenerla. Y los demócratas viejos quieren que la viole: lo mismo quieren ahora que a raíz del 4 de marzo: que no se provean los empleos como el Congreso manda: que el gobierno demócrata abandone el programa con que se aseguró el poder: que se expulse a todos los republicanos de los empleos públicos: que se ocupen todos los empleos públicos con demócratas: que se mantenga confesamente el principio de que los empleos públicos pertenecen de derecho al partido vencedor. A todo apelan, hasta a la gratitud de la República; a todo, hasta a convertir los soldados del gran ejército en mendigos. ¿No fue en días pasados una comisión de ex marineros y soldados a inquirir del Presidente si a su juicio no merecen preferencia para ocupar los puestos públicos aquellos que han servido con las armas al país? Los trató sin crudeza Cleveland; mas les hizo entender que ni él puede hacer más, como vigilador de que las leyes se cumplan, que cuidar de que se cumpla la ley de provisión de empleos del Congreso, ni un puesto público es una remuneración de servicios que la han tenido ya en el honor de prestarlos y en la paga recibida oportunamente por ellos: un puesto público es el desempeño de funciones necesarias, en su grado relativo, para la eficacia y seguridad de la marcha nacional, y sólo debe ocuparlo el que demuestre, como la ley vigente manda, poseer la capacidad necesaria para el desempeño de las funciones a que aspira. Si los ex soldados y marineros obtienen en el concurso grado igual al de otros, el gobierno los preferirá, pues al mérito de competencia reúnen el de haber defendido la unión de la patria; pero el mero hecho de ser ex soldado o marinero no da derecho a empleos nacionales que requieren determinadas aptitudes. Si va a la ruina una simple casa de comercio cuyos empleados no entienden el

manejo de los asuntos que se les encomiendan, ¿cómo no irá a la ruina un gobierno, que es casa que gira intereses materiales tanto como morales, con servidores que entorpecen sus operaciones con su ignorancia, pereza o simonía? Por lo menos, un gobierno debe ser tan bien administrado como una casa de comercio, y cuando, como ahora, sucede que con beneplácito máximo en el Estado de Indiana, despide el director de correos de Indianápolis a empleados eficaces y meritorios, a cuatro viudas entre ellos, y pone en su lugar a sus propios hijos, a tres "políticos", a un sobrino de la esposa del Vicepresidente, parece al fin abocado a una prueba estruendosa la batalla, reprimida desde el cuatro de marzo, entre las alas opuestas del partido demócrata. Se quiere hacer del caso del director de correos un caso de prueba. Los viejos demócratas alegan que el director de Correos ha hecho bien en reemplazar a los empleados republicanos con demócratas serviciales. El Presidente mantiene, cualquiera que sea la opinión y actitud del vicepresidente, que puesto que hay una ley para la distribución de empleos públicos, que establece ante el tribunal competente que los nombramientos que estén hechos fuera de esa ley, o en virtud de oposiciones fraudulentas o de dictamen de jurados parciales, serán nulos. Y ha enviado una comisión a Indianápolis, a investigar si son ciertos los hechos de que se vanagloria el director de Correos. Si son ciertos, vendrán abajo, aunque esto, definiendo enfáticamente la política imperturbable de Cleveland, determine una deserción tan numerosa en las filas demócratas, en las del Norte sobre todo, que no baste a repararla la entusiasta adhesión de los republicanos independientes, cada día más satisfechos de haber prestado a Cleveland su apoyo. Es lo cierto, sin embargo, que fuera de los que padecen por la privación de los empleos, ni el menor desvío de su deber, ni la menor inconsistencia, ni el menor yerro se ha echado aún en cara a Cleveland; y apenas a sus Secretarios: bien que éstos, con unánime ímpetu, aunque sin agresiva destemplanza, están poniendo coto firmemente a las prácticas culpables que traían al erario desangrado y sin crédito al gobierno de la República.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 3 de octubre de 1885

27

**PLACERES Y PROBLEMAS DE SEPTIEMBRE**

*Días venecianos en New York.—Una regata.—Los anglómanos*

Nueva York, Septiembre 19 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Estos han sido para New York días venecianos. Ha habido gran regata de yates nuevos, bajo el cielo azul de septiembre, vestidos los marineros de blusa de colores y anchos calzones blancos. Inglaterra y Estados Unidos van a disputarse la copa "América", que premia al yate que mejor corta el mar y doma el viento. Como los Estados Unidos vencieron en la regata anterior, el yate *Genesta* ha venido de Inglaterra a contender con el *Puritan*, elegido entre los americanos por el más velero. La entrada de la bahía es un campamento: suelo firme parece el mar de los vapores, por lo seguros que lo cruzan: van y vienen, como ayudantes de órdenes: el uno sale primero, el otro le alcanza con instrucciones nuevas, los dos juntos van a marcha igual hacia el *Genesta*; porque ya llegó la hora, hacia el *Puritan* que aguarda preparado: brilla más el *Genesta*; dice menos el *Puritan*: ¿no hemos de repetir sus nombres? ¿de qué se ha hablado aquí en estos quince días últimos?: las Bolsas, cerradas; los negocios semisuspensos; los hoteles, vacíos; todo el mundo en el mar, o a las orillas. El dueño del yate inglés, con ese amor al color que va salvando a su pueblo, viste de gala, blusa blanca y rosada, calzón blanco, gorrilla azul: fuma, los tripulantes resplandecen, vestidos de dril blanco; del gorrillo negro les cae a la izquierda un doble rojo.

El capitán del *Puritan* lleva el azul de guerra, suelto y oscuro: el sol le curtió el rostro: en sus pupilas claras no se ve una mancha: son los ojos misteriosos y extrañamente bellos de los que ven lo inmenso: los ojos de los que descubren, de los que inventan, de los que navegan: el capitán aprieta los labios, y no fuma: aguardan sus órdenes los marineros severos, torres humanas, vestidos de un blanco que ya vio faena, y sin gorrillos. Un pito suena, es la primera señal; suena otro pito: ¡y en marcha!

Reloj en mano están a bordo del *Genesta* los ingleses: ¡allá va sobre el mar, la vela inflada! Arranca, gira, para: llegó antes que el *Puritan* a la línea de salida: de vapor en vapor rueda el aplauso. Y al fin parten seguidos de espesa masa de vapores. Los nobles rivales van parejos: poco casco en el agua, al aire mucha vela; andan de prisa y bien, contra lo que sucede en la tierra, que basta que una mente gallarda y de buena vela ande de prisa, para que los de casco pesado y vela ruin digan que no andan bien, hasta que con el envidiarlo y el decirlo se lo impiden. Sigue adelante la regata larga: unas veces saca ventaja de poca monta el americano; el inglés la saca otras, también de poca monta: ya van caídos sobre el mar y al frente, delgado como una hoja de cuchillo; ya tuercen viento, y regatean de lado; se acosan; el *Puritan* va atrás: ¿dónde tiene las espuelas que parece que le han cortado los ijares, y arremete sobre el mar, suelta la brida, el capitán al cuello, y alcanza, aborda, iguala al barco inglés, le saca la proa, le lleva ya toda la enorme vela, y dobla la flotante meta, que ostenta pabellón americano, con dos millas sobradas de ventaja?

Fuera de la bahía, han ido tras ellos, apretándose para ver mejor, vapores blancos de tres puentes, cargados de hermosuras, vestidas en traje azul de navegar, con listas blancas: cuando la calma enoja a los veleros formidables, adelantan sin cambio mayor en su camino; el tentempié comienza; la cubierta les sirve de asiento, de mesa la jaleta; un galán les trae la ensalada de pollo o de langosta, otro galán cerveza de jengibre, soda, vino del Don que a la champaña suple, o champaña: los sombrerillos de paja reposan junto a sus dueñas, que del aire del mar y el desorden de sus cabellos cobran más hermosura.

Vapores blancos de tres puentes, cargados de niñas ricas, de adinerados negociantes, de jóvenes de buen vivir: vapores azules, rojos y verdes, fletados por los clubs y por las bolsas, donde hablan las botellas, se cuentan chistes acres, se dan a duendes los quehaceres del oficio, se canta y baila en coro; se saluda, con júbilo de loco, el cielo, el mar, el aire, la libertad grandiosa; vapores de gente burda, comerciantes de vicios, rufianes adineradores, apostadores de carreras, gente de diamante en pecho, vientre robusto y rostro rojo; vaporcillos innúmeros, de esta y aquella empresa, personaje, casa rica, o diario, a bordo la mesa de redacción y la escuadrilla de dibujantes y de grabadores; ejército de vapores, bordeándose, tropezando, andando lado a lado, lanzando al aire fuegos de artificio, cambiándose chistes, retos, apuestas y botellas, han seguido a los dos yates por el camino; se han juntado como

aves de casa a la hora del maíz al llegar a la meta; y ya en mayor alboroto y desorden los han escoltado al volver; acá acercándose al *Genesta*, como para consolarlo, allá echándose sobre el *Puritan*, rodeándolo. yéndose tras la quilla, como si quisieran darle la mano.

“¡Hurra, hurra!” de todas las orillas, que están llenas de gente; bote se ha vuelto la ciudad, y sale al paso a recibirlos; en hilera, como soldados que aguardan a su jefe, están los yates de vela, poblados de lo mejor que tiene en niñas Nueva York y el vecindario; brazos, sombreros, pañuelos y banderas saludan al triunfante *Puritan*, que viene ya a remolque todo el velamen caído, como de la mano de su caballerizo el buen caballo que ha ganado la carrera. A remolque viene también el *Genesta*. Sir Richard, el caballero de la blusa blanca y rosada y el gorrillo azul, pide que lo lleven al costado del *Puritan*, porque quiere saludarlo: todos sus marineros están detrás de él, con la gorrilla negra y roja en la mano derecha, silenciosos y en fila, y al pasar junto al yate vencedor, señor y marineros rompen a una, agitando los gorros al aire tres veces: --“¡Hip, hip, hooray!”

Y el capitán de rostro tostado, que tiene tras sí, no en fila, a sus suecos, encajando en el aire los dos brazos altos, vocea una y otra vez: “¡Hip, hip, hooray!”

Glorioso llaman en inglés a este tiempo lucido, acaso porque con su aire fresco y cielo limpio invita a gloria. Las gentes se dan prisa, antes de que vengan las nieves, a nutrirse el pensamiento de las ideas vivas que inspira el verano, a gozar de estas horas de boda a que han de seguir luego tantas horas de féretro. Y es septiembre un festival prolongado, sin día que no sea acontecimiento, ya porque Maud S., la yegua más ligera que pisa tierra, anda una milla en dos minutos y nueve segundos, cuya hazaña celebran a la vez en Inglaterra y en los Estados Unidos juicios editoriales; ya porque los “nueve” de Chicago vencen en el juego de pelota a los “nueve” neoyorquinos, uno de los cuales gana al año diez mil pesos, porque no va una vez la pelota por el aire que él no la pare; y eche por donde quiera; ya porque un vapor lleno de bostonianos ha venido río arriba, con ocasión de las regatas, a mofarse de los petimetres neoyorquinos que no hallan cosa de su tierra que sea buena, y compran en Inglaterra yates que Nueva York vence, y andan por las calles a paso elástico y rítmico, como si anduviesen sobre pastillas, y hablan comiéndose las erres y la virilidad con ellas, acariciando con el

mostachillo rubio el cuerno de plata del bastón que no se sacan de los labios: son unos señorines inútiles y enjutos, a quienes no se ve por las calles desde que venció el *Puritan*.

Las regatas, como tantas otras cosas, no son de valer por lo que son en sí, sino por lo que simbolizan. De los Estados Unidos se van las herederas a Inglaterra, a casarse con los lores; ningún galán neoyorquino se cree bautizado en elegancia si no bebe agua de Londres; a la Londres se pinta y escribe, se viste y pasea, se come y se bebe, mientras Emerson, piensa, Lincoln muere, y los capitanes de azul de guerra y ojos claros miran al mar y triunfan. La grandeza tienen en casa, y como buenos imbéciles, porque es de casa la desdeñan. Hasta la hormiga, la mísera hormiga, es más noble que la cotorra y el mono.

Pues si hay miserias y pequeñeces en la tierra propia, desertarlas es simplemente una infamia, y la verdadera superioridad no consiste en huir de ellas, ¡sino en ponerse a vencerlas! La regata ha dado esto bueno de sí, como da siempre algo bueno, aunque parezca puerilidad al que ahonda poco, todo acto o suceso que concentra la idea de la patria; ¡hay un vino en los aires de la patria, que embriaga y enloquece! Se le bebe, se le bebe a sorbos en estas grandes ocasiones y ¡parece que se deslían por la sangre, con prisa de batalla, los colores de una gran bandera!

¿Quién que viera estos lujos, estos hipódromos favorecidos, estos palacios mercantiles, grandes ya como un circo romano; quién que viera estas calles de Nueva York, cansadas de la piedra parda, y la arquitectura monótona, levantar por sobre las torres mismas de las iglesias sus casas de negocios, labradas las paredes, mármol y bronce el techo, el atrio pórvido y granito; quién que viera en las horas de faena pasar ante sus ojos en procesión enorme, acabados como obras de arte, el carrero de carga, el percherón que tira de él, y el carro mismo: quién que viese, a la cabeza de la ciudad, guiando todo este himno, a la justicia, creería que, poco más que insectos, viven en hambre y angustia, allá del lado de los ríos, en el Monongohela, de donde sacan el carbón, millares de mineros, que no tienen una corteza de pan en su alacena, ni vestidos para sus hijos, ni más muebles que bancos de madera, ni más asilo que casas hechas de tablas de cajones? ¿quién que en Nueva York asiste a una como santificación humana, a una perenne ceremonia de coronamiento de la persona libre, a la vida pacífica de un rebaño de reyes,

sospecharía que allá, donde se prepara y crea, donde se acumula la arena caliente y el viento negro, donde los mineros sacan de la tierra el carbón que la mueve, y la sustenta, los hombres, sin miedo a la ley ni juez que se les oponga, llaman a la batalla, se congregan armados, caen sobre un pueblo vivo, y matan a sus hombres y le ponen fuego?

En lo que peca, en lo que yerra, en lo que tropieza, es necesario estudiar a este pueblo, para no tropezar como él. La historia anda por el mundo con careta de leyenda. No hay que ver sólo a las cifras de afuera, sino que levantarlas, y ver, sin deslumbrarse, a las entrañas de ellas. Gran pueblo es éste, y el único donde el hombre puede serlo; pero a fuerza de enorgullecerse de su prosperidad y andar siempre alcanzado para mantener sus apetitos, cae en un pigmeísmo moral, en un envenenamiento del juicio, en una culpable adoración de todo éxito. Bondadoso pueblo es éste, y el primero que, con generosidad imperturbable, abrió los brazos, y los ha mantenido un siglo abiertos, a los laboriosos y a los tristes de toda la tierra; pero hay que ver que descó desenvolverse contra la naturaleza, y estableció leyes restrictivas que permitieron la creación súbita de una colosal riqueza interior, de subsistencia ficticia, que no puede hoy, por su mismo exceso, dar alimento a la masa de hombres que de todas partes de la tierra atrajo. Porque las huelgas, la miseria de los mineros, el asesinato de los chinos, todo viene, aunque no se vea en la superficie, de un hecho capital que se debió prever acá y fuera de acá se ha de anunciar para que se prevea: la producción de un país se debe limitar al consumo probable y natural que el mundo pueda hacer de ella.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 22 de octubre de 1885

EL PROBLEMA INDUSTRIAL EN LOS  
ESTADOS UNIDOS

*Axiomas económicos.—Valores ficticios y reales.—Los especuladores y los obreros.—Obreros armados.—Asesinatos de chinos.—El chino en los Estados Unidos.—Los “Caballeros del Trabajo”.—La catedral de San Patricio.—Las procesiones de trabajadores.—¿Siquiera una vez al año?*

Nueva York, Septiembre 19 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

El ferrocarril Union Pacific tiene acá, como tantos otros, sus propias minas.

De Europa no compran, ni muchos granos, ni muchos productos: América, Asia y Australia compran poco. Los ferrocarriles, que se fabricaron en anticipación de un colosal consumo y están montados para él, transportan hoy, con excesiva competencia, una producción escasa. Las minas de carbón se abrieron y poblaron de mineros, en relación a los tamaños enormes de los ferrocarriles.

Mermado el consumo de afuera y las ganancias de los ferrocarriles, lo estrechan éstos todo: los dividendos de sus acciones, la producción de sus minas de carbón, los salarios de los mineros. Y como el mismo sistema erróneo de altos derechos, que permitió la creación violenta de industrias nacionales y vehículos sobrantes de transporte, y causa hoy el exceso de producción invendible a un alto precio, mantiene también alto el costo de vida,—resulta ahora que los recursos para satisfacer ésta, decrecen sin que hayan decrecido en el mismo nivel sus necesidades.

A esto se junta un vicio mercantil que trae aparejada, con el provecho de unos pocos, la ruina pública: y éste es la hinchazón de los valores por sobre su importancia real, producida por las habilidades y violencias de la especulación: de cuyo pecado comercial se padece hoy aquí tan gravemente que es una obra de beneficencia asentar esta enseñanza económica:—no produce ningún provecho a un país vender dentro, ni fuera de sí sus títulos de riqueza por más de su valor real.

El valor real a la larga se impone, casi siempre de un modo súbito y violento, y todo el orden falso de existencia edificado sobre estos valores huecos, viene a tierra, como una casa que toma dinero para ne-

gociar a un interés mayor que el que ella percibe, a la primera hora de arreglo de cuentas. Al tute o la brisca, se puede jugar; un hombre honrado, so pretexto de habilidad o deseo de fortuna, no puede jugar a la ruina del país.

Hincha la especulación los títulos de riqueza cotizables en Bolsa, fuera de toda relación con el producto real de la suma de riqueza que representan, y se crea así todo un mundo mercantil vacío, que va del valor real del título a su valor ficticio: este mundo mercantil, por el consentimiento público que le reconoce su valor de Bolsa como valor sustancial, crea, cambia, fabrica, atrae obreros, levanta pueblos, habilita comarcas, evoca de la selva nuevos Estados.

Como el mismo sistema pernicioso se ha seguido en todos los ramos de riqueza, el día del balance no pueden ayudarse unos a otros, puesto que todos tienen sobre sí ese mismo mundo mercantil ficticio. Llega el día del balance, porque los obreros hambrientos se impacientan, porque los accionistas alarmados dejan de percibir sus dividendos; se afirma entonces el valor real de los títulos hinchados; se niega el país a aceptar éstos por encima de su valor real, y aun por éste; y las esperanzas, los lujos, los compromisos, y cosas más reales, las fábricas, las minas, los Estados, los millares de obreros con familias traídos a ellos para trabajar en empresas sin base, todo se derrumba.

Esperanzas y lujos son humo, y no es malo, cuando no tienen base, que desaparezcan; pero los pueblos de obreros son seres reales, que al caer a la tierra fría y sin pan, del seno de esa bomba de jabón, se levantan rugiendo y con los puños cerrados de la lastimadura.

El diente se ha hecho para triturar: la mujer sufre cuando no tiene sopa en el hogar y calor para los hijos: a los hombres, la angustia les enfurece: y de ahí vienen esos acometimientos, injustos y culpables otras veces, que ven de alto abajo como crímenes los especuladores ocupados en echar al aire las bombas de jabón, ¡que son los criminales verdaderos!

Cuando, a lo menos, queda después del descubrimiento del valor ficticio de los títulos un valor real y constante, cabe al fin, aunque con muchos dolores, en la merma general; en el cercén a nivel de dividendos y salarios, el remedio; pero cuando, como hoy en los Estados Unidos sucede, estallan al mismo tiempo los dos males; cuando no sólo se descubre que la especulación ha levantado los títulos por sobre su valor real, sino que éste queda fuera de relación con las obligaciones urgentes,

de pan y de carne, que ha contraído para mantenerse en curso; cuando por falta de previsión se han levantado, con esos capitales huecos creados por el consentimiento público, más talleres, más empresas, más vías férreas, más poblaciones de trabajadores, de los que puede necesitar en un largo plazo la producción natural del país; cuando se ha traído a producir, con una fe indigna de pensadores eminentes, un caudal enorme de hombres en condiciones impuestas y perecederas, que quedan vivos, necesitados, airados; frente a las fábricas suspensas, los molinos detenidos, los muelles desiertos, por falta de consumo de la producción excesiva;—cuando sucede, como acá sucede ahora, que el país necesita alimentar más hombres de los que puede alimentar naturalmente,—su gran riqueza, dígame de una vez, se convierte en un gran peligro. La amenaza es tanta cuanta fue la prosperidad.

De aquí esas turbas inquietas y desordenadas, que la estrechez y los celos precipitan al incendio y al asesinato. De aquí esas huelgas triunfantes, por su justicia intrínseca y absoluta, que acarrearán la cesación de la labor en las fábricas incapaces de satisfacerlas, por estar los salarios que exigen fuera de la justicia relativa, de los recursos de las fábricas en pérdida. De aquí ese ejército de obreros que ya, dígame también esto, ya se arma.

Cuando se irrita, derriba, se pone en pie; convoca a sus soldados: mata, e incendia.

Reducidos los recursos de los ferrocarriles, con menor producción que trasportar, con competencia demasiado viva entre un gran número de rivales por el escaso tráfico, tienen a la vez que reducir sus precios de transporte y sus viajes, y con ellos el número de hombres que emplean, en el camino, en los talleres y en las minas: reducen los salarios de sus empleados: reducen el carbón que extraen. Y al conflicto general se une otro de especial naturaleza.

El chino, por encima de las leyes que le prohíben, o punto menos, la entrada en los Estados Unidos, se desliza por los puertos mal vigilados a raudales: con este o aquel ardid, los mismos empleados americanos, por la sobrepaga, les ayudan a burlar las leyes: en San Francisco vencen de pies a cabeza a los alemanes y americanos los comerciantes chinos.

El chino no tiene mujer, vive de fruslerías, viste barato, trabaja recio; persiste en sus costumbres; pero no viola la ley del país; rara

vez se defiende: nunca ataca: es avisado, y vence en la lucha, por su sobriedad y su agudeza, al trabajador europeo.

No es simpático; un pueblo sin mujeres no es simpático: un hombre, es estimable, no por lo que trabaja para sí, sino por lo que da de sí. El hombre casado inspira respeto. El que se ha resistido a ayudar a otra vida, desagrada. La mujer es la nobleza del hombre.

Pero como trabajador el chino es sobrio, barato, bueno. Como vive en condiciones diversas del trabajador blanco, ni consume lo que éste, ni los problemas de éste—necesidades, salario, huelga—le alcanzan de igual manera; por lo que, satisfecho siempre de una retribución que nunca está por debajo de lo que necesita, por ser esto tan poco, rehúye la liga con los trabajadores blancos, y se sabe odiado de ellos.

Cuanto movimiento intenta el trabajador blanco, el chino lo estorba; porque si el blanco falta, allí está el chino.

Es además el chino astuto y como lo hace todo por la paga, en cuanto percibe una ocasión de provecho, un pozo blando en la mina, un privilegio apetecible, por la paga procura hacerse de él; de lo que se irrita, desde sus condiciones especiales que lo entraban, el trabajador blanco, que acaso no ha visto lo que el chino.

Manso y resignado éste, no menos diestro y vigoroso que los trabajadores de otra raza, las empresas lo emplean gustosamente.

Llega el chino a la mina: levanta casas, fonda, lavandería, tienda, teatro, y con menos dinero, vive próspero, de lo que el minero europeo se encona y encela.

Al fin, un día ha llegado en que la mina humea. ¡Ya en otros muchos lugares ha humeado! En las entrañas de un pozo ha habido una contienda: cuatro chinos muertos.

Sus compañeros despavoridos, abandonan la labor e izan la bandera de alarma: todos los chinos se congregan en su caserío: la mina entera ha levantado el trabajo. Los mineros blancos llaman a los de las cercanías, y, armados de rifles, revólveres, hachas y cuchillos, marchan sobre el caserío chino, y le intiman que salga de la mina en una hora. Aquellos infelices, prontos a obedecer, apenas tienen tiempo de recoger sus ropas.

No han pasado unos minutos, los mineros blancos rompen a disparar sobre los chinos. Aterrados, salen dando alaridos de las casas hacia una inmediata colina, seguidos a balazos por los europeos. Caen muertos en el camino: siguen heridos. Arden detrás de ellos las casas, y de entre llamas y humo corren de todas partes hacia la colina los

chinos que aún quedaban en el caserío, cubiertas las cabezas de colchas y frazadas que con los brazos en alto llevan extendidas, para protegerse de las balas. Dan los blancos tras ellos. Pocos escapan. Por donde asoma uno, lo cazan.

Mueren ciento cincuenta.

En la noche, los trabajadores blancos vuelven al caserío, y queman sus cincuenta casas.

La ley anda despacio en perseguirlos.

De San Francisco han salido con escolta seis comisionados chinos a investigar el crimen.

En libertad están, conferenciando con los empleados del Union Pacific, los mineros blancos, que exigen a la compañía la absoluta determinación, a que ella se niega, de no emplear chinos en las minas.

Los pozos de carbón están desiertos, y los Caballeros del Trabajo anuncian que ampararán con todo su poder a los mineros blancos del Union Pacific y le exigirán en su nombre que atienda a su demanda.

O no hay carbón para el ferrocarril, o salen de él los chinos.

Y crece, crece a ojos vistas, injusta en esto, justa las más de las veces, la sociedad de los Caballeros del Trabajo—"The Knights of Labor" les llaman en inglés.

En ella, dirigida con singular sabiduría, se vienen agrupando lentamente las asociaciones parciales de obreros, que a su número y falta de relación, y a la falta de recurso consiguiente, debían gran parte de sus derrotas.

Los Caballeros del Trabajo cubren hoy una ciudad, dos mañana, el Estado luego, luego dos Estados.

Tenían ya todo el Este. Ahora el Oeste, que se les resistía por no haber nacido de él la asociación, se ha entregado a ellos.

Los Caballeros del Trabajo son un congreso permanente de trabajadores. A cada problema, una resolución. La sociedad debate en secreto, pero manda, y ocho mil obreros, diecisiete mil obreros, los mineros todos del Oeste, como a un golpe de martillo, abandonan el trabajo. Y son tales las arcas de la sociedad que pueden mantener en huelga meses sobre meses a diecisiete mil obreros.

Misteriosos, constantes, enormes, fieles son las manos que llenan esas arcas. Y se extienden, se extienden.

Son poderosas, porque nacen directamente de sus propios problemas. No es el socialismo europeo que se trasplanta. No es siquiera un socialismo americano que nace.

Acá no hay una casta que vencer, escudos a que van engarzados grandes dominios territoriales, clases privilegiadas que legislan o influyen en la legislación nacional. Acá el escudo es un bote, una pala, un látigo, un yunque, un zapato. Los que reposan en ataúd de bronce comieron en tina de lata.

Ahora es candidato para gobernador de Nueva York un banquero, vivo orador por cierto, que picó piedras por estas mismas calles.

Acá el trabajador sabe que el monopolista era ayer todavía trabajador: cuando trata de su huelga con un empresario, con un trabajador de ayer trata, lo que modera al que pide, y ablanda al que ha de dar. Aun en sus combates se sienten hermanos. Pero ya se divisan las líneas futuras, y acá se ha de dar el espectáculo hermoso de la victoria de la razón, si no lo enconan, como descastadas de Europa pretenden, más que las políticas, que acá no cunden, las influencias religiosas.

La catedral de San Patricio no tiene aún torres; pero ya se divisan en el aire las campanas con que invita a los ricos y a los medrosos a la coalición y a la guerra: no tiene aguja todavía la catedral de San Patricio, pero toda ella es mano que señala a los trabajadores unidos que se acercan, sin gran fe en la otra vida, a afirmar su derecho a una existencia holgada en ésta.

“Unánse, dice, la iglesia que transporta a otro mundo las esperanzas de los pobres, y los ricos de este mundo que pueden sufrir a manos de ellos.”

Y ya levantan fondos para las torres de la catedral de San Patricio; y ya se celebra, con desusada pompa, un congreso eminente de católicos: y ya, con rapidez americana, está al concluir una gran universidad de clérigos.

Ocho mil mineros acaban, a una hora dada, de suspender labores; ellos, que nunca quisieron acceder a que los dirigiesen los Caballeros del Trabajo, renuncian hoy a su propia asociación, y entran de un solo empuje en las filas invisibles de los Caballeros. Hoy, todos los obreros asociados ayudarán en su demanda a los mineros que quieren que se les paguen tres centavos por cada bushel de carbón: mañana entrarán

en labor, y ayudarán a los zapateros, a los pintores, a los enladrilladores, a las tejedoras de seda, a los sombrereros de apariencia fina, a los elegantes impresores.

Era de verlos pasar este año a todos—ya en *La Nación* los vimos pasar un año antes—con sus banderas, con sus notas al aire, con sus esposas, el día siete del mes, el día de “Santo Trabajo”.

En Baltimore, en Chicago, en Nueva York pasearon. En Chicago fue enorme la fiesta: la ciudad salió a verla: iban como ocho mil hombres: los impresores, imprimiendo diarios; los curtidores, badaneando el cuero; los herreros con gorros de cuero curtido, y delantales lindamente bordados; y los zapateros con grandes girasoles en el ojal de la levita: de levita y sombrero alto iba la gente zapatera.

En Nueva York, pasearon con sigilo, no con la novedad y número del año pasado. Allí sus propios jefes y propios policías, como para denotar que su razón los guarda: jefes y policías van a caballo: Rocinantes son, más que Bucéfalos. No llevan vestidos de guerra, sino el traje de los días de votar. Algún jinete lleva el calzón a la rodilla; pero va tan contento de su banda blanca y roja, y trae tal aire de hombre, que se le perdona lo de pobre jinete: machacando en el yunque no se puede aprender a andar garboso; sólo los pedantes no respetan esta sagrada falta de garbo.

Y marchan, marchan, Broadway arriba, en decenas de miles.

Llevan el paso firme, y bastones por lanzas. No parece que andan, sino que afirman. Llevan un paso peculiar: fuerte y callado. No es fantasía: es que así andan. Gozan de verse juntos: saben que empiezan a ser fuertes.

Pasa uno a caballo que va arrancando homéricas carcajadas; el rocín se va desgoznando, y le han mondado la cola: el caballero lleva el bigote crecido de un lado, y afeitado del otro, y todo el rostro en bija. El y el caballo van llenos de ajos y cebollinos; y una armadura de paraguas, que abre y cierra y tiene de cebollinos las varillas: banda de ajos y cebollas lleva al pecho: y a la espalda un letrero que dice que aquello es todo burla del capataz de una cervecería que se ha negado a pagar a los cerveceros los debidos jornales.

¡Ah! pero lo más hermoso de la procesión son esas viejas diligencias cargadas de pobres obreras, con sus vestidos de percal planchado: ellas también van hoy en coche, siquiera una vez al año: las saludan poco,

pero como se saludan ellas a sí mismas, de todo el mundo se sienten saludadas, y mueven incesantemente los pañuelos.

De vez en cuando, pasaba en los coches de fiesta, envueltos en pañuelos, con sus dos bandas de cabellos de plata sobre la frente, ¡una viejecita!

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 23 de octubre de 1885

## CARTAS DE MARTÍ

*Suma de sucesos.—Elecciones, convenciones, muerte de un cardenal.—Mary Anderson.—El problema del Sur.—Los partidos en el Sur después de la guerra.—Política de vencedores.—El sufragio entre los negros.—Renacimiento del Sur.—Paseo patriarcal del general Lee.—Escenas de Virginia*

Nueva York, Octubre 25 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Octubre es siempre mes fecundo en los Estados Unidos en combates políticos: Ohio, Nueva York y Virginia están eligiendo sus gobernadores. Los republicanos batallan por unirse, y por no desunirse los demócratas; que acá como fuera de acá, tiene todo partido secuaces que mueren de él y le sirven puramente, y otros que viven de él,—y a éstos molesta la virtud que parece a aquéllos esencial: nunca fueron juntos apóstoles y mercaderes.

El Sur, vuelto en cierta manera al poder con la elección de un Presidente demócrata, tiene puestos los ojos y el corazón en el Estado de Virginia, donde con brío de mediodía quieren sacar los demócratas, triunfante en la lid por el puesto de gobernador, al general confederado Lee, sobrino del austero caudillo de la campaña, que en prenda de cordialidad paseó por Washington a la cabeza de sus soldados grises en el séquito de la inauguración de Cleveland, y vino en nombre del Sur, con la cabeza descubierta, a acompañar a su tumba el cadáver de Grant, el capitán del Norte que extinguió la guerra. En Nueva York, se estrujan a las puertas de la catedral de mármol de la Quinta Avenida los fieles que quieren ver en su túnica lila, el cadáver de Mc Closkey, el primer cardenal americano, que dirigió con habilidad su iglesia, y deja ahora a tres obispos su recia fortuna.

Vuela una roca, en la explosión mayor que recuerda el mundo, a la entrada del río Este. La actriz Mary Anderson, de pálida alma y escultural hermosura, vuelve aplaudida de Inglaterra; pero como se precia ahora por haber estado entre ingleses más de lo que cuando no había ido a ellos se preciaba, la gente de Nueva York, que la mimó siempre, lo tiene a mal, y no va con gusto a verla. Mucho asunto menudo hay en New York, y en las cercanías, y alguno magno, como en la conven-

ción de Amigos de Indios, que ahora sube de importancia porque el presidente comparte sus miras; pero en color, originalidad y espíritu, fuera de la convención y el volamiento de la roca, nada se lleva tanto los ojos como la patriarcal manera con que recorre en su paseo de candidato el general Lee a la florida Virginia. Allí lealtad, entusiasmo, romance; allí cabalgatas de mujeres que siguen al candidato, tienden manteles bajo los árboles, bordan las bandas y sirven el almuerzo de los caballeros, llevan en el sombrero sus colores y en las horas de alto suelen vencer en las carreras: allí, en el Sur, política con alas de poesía.

Son terribles en manos de los políticos de oficio las masas ignorantes; que no saben ver tras la máscara de justicia del que explota sus resentimientos y pasiones. De la gloriosa abolición de la esclavitud y de las leyes enérgicas que para confirmarla abrieron a los negros las urnas del sufragio, se ha originado, a manos de políticos sin escrúpulos, un mal electoral, innecesario por cierto en los Estados que habían ya purgado con la guerra el delito de persistir en gozar de una riqueza que mancha a quien la disfruta: no es hombre honrado el que posee a otro hombre.

Demócratas como eran los Estados del Sur que se habían ligado en la Confederación, demócratas seguían siendo después de vencidos, por lo que no hubo presión legal que como acto legítimo de prudencia no ejerciese el partido republicano de los Estados que habían mostrado ser un contendiente formidable, y para crear en su seno un elemento de su propio partido, que a la par que mantuviese en el Sur la autoridad del Norte, pesase con un importante número de votos en las elecciones a la presidencia. Sólo una voz había tenido el Sur cuando sus caudillos le hablaron de guerra: se puso en pie, y anduvo. Sólo una voz tuvo después de la campaña, cuando el decoro mismo le vedaba ponerse a raíz de ella del lado de sus vencedores: votó, íntegra, como antes de la guerra, con el partido demócrata, no tanto por votar en pro de él como en contra del partido republicano, cuyos naturales prosélitos fueron los negros a quienes había dado la libertad y otorgado el sufragio.

Creáronse al punto intereses locales y capataces autóctonos, que vieron en el voto negro, azuzado y enconado hábilmente, un seguro instrumento de poder, y desconociendo la lealtad con que el Sur, que ya llevaba muy a cuestras la guerra, había entrado en la paz con el Norte, lealtad sólo igual a su bravura, sofocaron la libre emisión del voto de los naturales blancos de los Estados, batallaron contra la unión que a des-

pecho de la esclavitud tendía a hacerse entre los emancipados y las familias a cuyo calor habían crecido, y mantuvieron en cizaña al negro ofendido, armado de un voto que veía como el símbolo de su libertad, contra los blancos que por encima de esta política venenosa sacaban triunfante la candidatura demócrata, no sin sangre y disturbios, que los alardes de dueño que fue tomando en el poder el partido republicano tenían siempre encendidos, de modo que hasta el advenimiento de Cleveland al Gobierno no ha habido para el Sur, puesto que en el alba de la paz murió el justo Lincoln, hora completa de confianza y de ventura.

Virginia había sido la cabeza de la rebelión; y allí acumularon sus fuerzas los republicanos, y bien cargadas de odio, las sacaron vencedoras muchas veces. Virginia está cerca de Washington: fue voz nacional mantener abatida a Virginia, la cabeza rebelde. Fácil era pasear a los ojos del negro, que todavía se mira en los pies las llagas de los grillos y tiene en las caderas las mordeduras de los perros, el fantasma de su vida de esclavo, que le ponía el cerebro en hervor y le daba reflejos de sangre en los ojos: el Sur, mientras, que peleó acaso tanto por su supremacía política como por mantener en sus Estados la esclavitud, trabajaba dolorosamente, a pesar de la ruina de sus familias y la desconfianza y opresión de sus gobernantes, por levantar sobre las nuevas bases una segunda riqueza. Fundió la espuela de oro para comprar arados. Cambiaron los señores perezosos por el fecundo sol de los algodones la sombra regalada de los colgadizos. Reconocieron pronto que la esclavitud había muerto en los Estados Unidos para siempre y arrepentidos de su error, aunque orgullosos de la bravura con que habían sustentado la independencia de sus hogares, veían con pena, y a veces con ira, el desconocimiento voluntario y ofensivo de su intención y de sus derechos en que, so pretexto de defender una unión que ya el Sur no acataba, insistía con actos injustos el partido republicano, necesitado de reparar con el apoyo forzoso del Sur las pérdidas que sus abusos e insolencia le acarrearán en los Estados Unidos.

Al cabo, sin que el Sur contribuyese a ello con más que con su lealtad ordinaria, fue electo Cleveland, en una sacudida de honradez de los republicanos, avergonzados de la osadía con que perpetuaba sus culpas y atentaba a los derechos públicos su propio partido. Ya el Sur respira. El Sur, demócrata siempre, fortaleza perenne de la democracia, tiene derecho en una administración de su partido a una porción igual de honores e influjo que los Estados del Norte a cuya victoria y puri-

ficación ha ayudado. El Sur no ve ya a sus militares tratados como traidores, a sus estadistas desconocidos, a sus hombres mejores vilipendiados por las consecuencias de un yerro que llevaron virilmente. Ya el Sur vuelve a sentirse entidad en la nación, y ve a sus hijos de cabezas en las oficinas públicas, de embajadores en las cortes extranjeras, de Secretarios en la mesa del Presidente;—y ve que el Norte no lo teme, sino que lo alaba. Los arados se afilan; la gente canta; los mismos regocijos públicos, mantenidos sólo por puntillo patriótico, se celebran con grandeza y majestad; ha doblado la siembra de algodón. Porque aquellas vislumbres de respeto que en la administración de algún republicano sensato, como Arthur, se notaban, aquel empeño casi estéril de la porción mejor de los republicanos por ver tratado al Sur como a hermano que se arrepiente y no como adversario a quien se aplasta, con el gobierno de Cleveland, que fue desde el principio sabio y fuerte, tienen al fin cuerpo de verdad entera, y el pueblo que se consolidó una vez para la guerra y acaso se hubiera consolidado otra vez para una guerra nueva en la comunidad de la desgracia, ahora en la esperanza se consolida, y con las manos cargadas de productos, sueltos los bríos y el ingenio que la presión política había tenido en estos veinte años encogidos, se adelanta tranquilo hacia el Norte, asido sin vergüenza y sin miedo de la bandera de la Unión, para devolverle acaso, dando más frutos primos al comercio y mayor empleo a las industrias pleróricas del Norte, la prosperidad que el exceso de éstas ha comprometido. El negro mismo, a quien en veinte años de prueba ha aprendido a tratar como hombre su señor antiguo, ve que en las gentes de su propio solar tiene amigos leales, y que el blanco se ha olvidado ya de ser su dueño: abonan ya los campos los huesos de los perros que en otro tiempo por bosques y por nieves los perseguían.

Es voz de la nación que, so pretexto de impedir la reacción armada en el Sur, el partido republicano iba, con los excesos de que lo haría víctima, por el único camino que hubiera podido llevar acaso a la reacción que se afectaba temer. Ha sido una fiesta para el Norte honrado esta vuelta plena de los Estados del Sur a la vida nacional. Lee es nombre mágico, el nombre del general sin tacha que excedió a todos los del Norte en genio, si no en fortuna: el general Fitzburgh Lee, que peleó con su tío y dejó luego la silla de campaña por la de hacendado, ha elegido ahora Virginia, cabeza espiritual aún del Sur, para señalar su regocijo y afirmar, con él por gobernador, su restablecimiento. El Norte se lo aplaude.

¿Cómo no ha de aplaudir, si no hay aldea de Virginia donde el honrado general, que ni sabe ni necesita de lisonjas, habla muy en alto de la patria común sin avergonzarse por eso de sus héroes: si las ciudades, si los villorrios, si los postes mismos de los caminos que antes vieron fragor y batalla, están ahora envueltos profusamente, al paso del general, en los colores nacionales? ¿si al acabar un almuerzo en Linchburg, todo vestido de gala para recibirlo, una dama del Sur, que padeció mucho de la guerra, prendió en su solapa una roseta con los colores de la Unión, que ahora que corre el estado de paz, lleva el general al pecho a la cabeza de los que fueron sus soldados? Son de ver las ciudades que el general recorre en su camino de candidato: es sol, como es siempre en el Sur; es cielo alegre: es milicia en las calles, banderas sobre las puertas, procesión que no cesa de gente a caballo; junta de pueblos vecinos que se vienen a la ciudad en vagones. No hay ventas: no hay comercio: es el viejo espíritu: es el Estado que renace: es el suelo propio desconocido que cobra persona: es la alegría inmaculada de la patria: ¡todo goce es mezquino comparado a éste!

Pero la procesión es lo que hay que admirar, la procesión de la gente ciudadana. Luego que pasa la milicia, el general, en vestido de calle, se pone a la cabeza de los jinetes que lo esperan: son mil, son dos mil, ¿quién sabe cuántos son? Van de dos en dos, todos en lindos caballos.

El Sur monta bien: el Sur es la luz y es la gracia. No se avergüenzan, no, de llevar las banderas del regimiento a cuya sombra pelearon en la guerra: los veteranos están mezclados con la gente nueva: la bandera amarilla desgarrada, va al lado del pabellón azul y blanco. Van de dos en dos, de dos en dos: no cesan de pasar, no cesa el aplauso de las mujeres de ojos negros que agitan sus pañuelos, desde los balcones, ni de la multitud campesina que repleta las aceras, ¡allá va un veterano manco, con el chaquetín y el calzón gris que usó en campaña! Se puede creer en los que no son hipócritas: se puede tener fe en los que no se avergüenzan de sus entusiasmos. Todavía van, de dos en dos, cuando la cabeza de la procesión entró ya en el camino de la montaña; todos los caballeros llevan al pecho una banda blanca. Así recorre Virginia el candidato en triunfo, sin miedo a pregunta alguna, ni embarazo ni alarde al aludir a la guerra pasada.—Y en las montañas es donde el regocijo toma tamaño bíblico. Los pueblos enteros, mozas y mozos, montan a caballo: allá la casa es abierta, la miel dulce, el trato miel: allá sacan el potro más fino, a que el general lo monte, y mientras aguarda

por su caballero, o habla éste en la escuela del lugar a los poblanos que la cercan, o desde el tronco de un árbol les repite que ya la guerra es muerta y el miedo del Norte también, y la vida empieza,—o disponen en mesas de pino el desayuno con sus manos las amazonas de la aldea, que dos a dos seguirán luego al general en procesión hasta el pueblo vecino por los caminos de la montaña.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 2 de diciembre de 1885

### 30

## LOS INDIOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Bosquejo del problema indio.—Política del presidente Cleveland con los indios.—Convención de Amigos de los Indios.—Historia y estado de las reducciones.—Carácter del indio.—¿Qué educación debe darse al indio?*

Nueva York, Octubre 25 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Lake Mohonk es un lindo lugar en el Estado de Nueva York. Convidan a la grandeza los bosques de Adirondack cercanos que talan sin sistema especuladores torpes: en bosques, como en política, no es lícito derribar sino para edificar sobre las ruinas. A la serenidad invita el lago; y el río, que pasa cerca, a fecundar sin ruido e ir hacia adelante rumbo al mar: los ríos van al mar, y al porvenir los hombres. A ese retiro pintoresco se acogieron este otoño, cuando las hojas amarillean y se enrojecen, los amigos de los indios, para tratar en paz del modo de atraerlos a una vida inteligente y pacífica en que no sean como ahora, burlados sus derechos, engañada su fe, corrompido su carácter y sus revueltas frecuentes y justas. Era de ver en aquella reunión de hombres y mujeres benévolos la ausencia de ese espíritu de teoría que afea y esteriliza, o retarda por lo menos la obra cordial de tantos reformadores, y suele enajenarlos, por la repulsión que a una mente sana inspira la falta de relación y armonía, el apoyo solícito de los ánimos moderados que serían de otra manera auxiliares eficaces de la reforma. El genio, que detona y deslumbra, no necesita desembarazarse del buen sentido que hace fecunda su vida en la tierra. Senadores, comisionados, superintendentes, comparten allí la generosa faena con periodistas entusiastas y sacerdotes protestantes. Una mujer abrió en los Estados Unidos los corazones a piedad de los negros, y nadie ayudó a libertarlos más que ella, la Beecher Stowe, la que, apasionada de la justicia, no tuvo luego miedo de deslucir con revelaciones tremendas a propósito de Byron el éxito fecundo de "La Cabaña del Tío Tom", ¡lágrima que habla!

Mujer ha sido también la que con más sensatez y ternura ha trabajado año sobre año por aliviar las desdichas de los indios. Helen Hunt Jackson, de seso fuerte y alma amante; que acaba de morir, escribiendo

una carta de gracias al presidente Cleveland por la determinación de éste a reconocer ser de hombre y derecho a justicia en la gente india. Y en la convención de Lake Mohonk hubo gente de verba apostólica y dotes de Estado; pero la estadística cerrada, la cuenta estrecha, la implacable cifra, no fue ni de los superintendentes, ni de los comisionados, ni de los senadores,—sino de una mujer, de Alicia Fletcher, viva en el discurso, segura en el razonamiento, diestra en el debate.

No fue, pues, la de Lake Mohonk una convención de filántropos desalentados, que miren a los indios, sólo porque lo son, como seráficas criaturas, ni fue de esos políticos mariposiles que sólo se paran en la flor de las cosas, y juzgan por meras apariencias y resultados, sin ver que no hay más modo de curar los males que extinguir sus causas.

Fue una reunión de gentes de hecho. Uno de ellos, y por cierto de los más ardientes, “se estremecía al recordar las tristes escenas que ofrecen las reducciones de indios cuando, como la carne a la fieras, les reparten raciones, vestidos, o el dinero del año”, y por lo mismo que ha visto esas señales de degradación, como que es hombre, se ha sentido avergonzado, y quiere levantar a los infelices de ella:—se es responsable de todo mal que se sabe y no se remedia: es una pereza criminal, es una culpabilidad pasiva que sólo se diferencia en grado de la culpa de hacer:—el apostolado es un deber diario y constante. Otro de los de la convención ha visto a los indios acurrucarse en rondas a jugar la paga del año, y jugar de cada diez pesos nueve, como los chinos en los talleres de cigarrillos de un presidio español, no bien reciben a la tarde del sábado el exceso de sus jornales sobre la faena que han de entregar al establecimiento. Que los indios de las reducciones son perezosos y amigos de jugar y de beber lo sabía toda la convención; y que habilitados ya por un sistema malo de gobierno a un descanso vil, no gustan del trabajo; y que hechos a recibir del gobierno paga anual, y comida y vestidos, resistirán toda reforma que tienda a elevarles el carácter compeliéndoles a ganar su sustento con la labor propia; y que, privados de los goces civiles y aspiraciones sociales de la gente blanca, verán sin interés el sistema de escuelas públicas que tiende a ellos, y no se desprende de la existencia salvaje de las tribus ni les parece necesaria en ellas. Todo eso lo sabía la convención; pero sabía también que el indio no es así de su natural, sino que así lo ha traído a ser el sistema de holganza y envilecimiento en que se le tiene desde hace cien años.

Allí donde el indio ha logrado defenderse con mejor fortuna, y seguir como era, se le ve como él es de raza, fuerte de mente y de voluntad,

valeroso, hospitalario, digno. Fiero aún, como todo hombre, como todo pueblo que está cerca de la naturaleza, esas mismas nobles condiciones de altivez personal y de apego a su territorio le hacen revolverse, como una fiera, cuando lo despojan de sus sembrados seculares, cuando echan a tierra sus árboles sacros, cuando el viento caliente de sus hogares incendiados quema las crines de sus caballos fugitivos: y al que le quemó, quema; y al que le cazó, caza; y al que lo despojó, despoja; y al que lo extermina, extermina.

Reducido luego—;pobre pueblo de 300,000 salvajes dispersos que lucha sin cansarse con una nación de cincuenta millones de hombres! —él no entra en las ciudades de sus vencedores, él no se sienta en sus escuelas, a él no le enseñan sus industrias, a él no le reconocen alma humana: le obligan a ceder su tierra por tratados onerosos; lo sacan de la comarca en que ha nacido, que es como sacar a un árbol las raíces, con lo que pierde el mayor objeto de la vida; lo fuerzan, so pretexto de cultivo, a comprar animales para trabajar una tierra que no es suya; lo compelen, so pretexto de escuela, a que aprenda en lengua extraña, la lengua odiada de sus dueños, libros de texto que le enseñan nociones vagas de letras y de ciencias, cuya utilidad no se explica y cuya aplicación no ve jamás; lo apresan en un espacio estrecho, donde se revuelve entre sus compañeros acorralados, con todo el horizonte lleno de los traficantes que le venden cachivaches relucientes y armas y bebidas en cambio del dinero que en virtud de los tratados reparte entre las reservas el gobierno al año. El no puede, si el ansia de ver mundo le posee, salir de aquel potrero humano: él no tiene tierra propia que labrar, y le estimule a cultivarla con esmero para legarla después con un nombre honrado a sus hijos; ni qué hacer tiene en muchas de las tribus, puesto que el gobierno por un sistema de tutela degradante que comenzó hace un siglo, le da para vivir un terreno en común, y lo surte de vestidos, de alimentos, de medicamentos, de escuelas, de cuanto es objeto natural del trabajo del hombre sobre lo que le abona una anualidad en dinero que, sin propiedad que mejorar, ni viaje que emprender, ni necesidad material que no esté satisfecha, gasta en fruslerías de colores, que halagan su gusto artístico rudimentario, o en el licor y el juego que le excitan y aumentan los placeres brutales a que vive condenado. El indio es muerto; con este sistema vil que apaga su personalidad: el hombre crece con el ejercicio de sí mismo, como con el rodar crece la velocidad de la rueda; y cuando no se ejercita, como la rueda, se oxida y se pudre. Un sentimiento de fiereza abatida, que nunca se

extingue por entero en las razas esclavas, el recuerdo de los hogares perdidos, el consejo de los viejos que vieron en los bosques nativos tiempos más libres, la presencia de sí mismos, encarcelados, vilipendiados y ociosos, estallan a oleadas intermitentes, cada vez que la rapacidad o dureza de los agentes del gobierno escatima o niega a los indios los beneficios que se les estipularon en los tratados: y como en virtud de éstos, y sólo por ellos, lo que el hombre tiene de noble les está vedado, y permitido no más lo que tiene de bestia, acaece naturalmente que en estas revueltas sobresale, desfigurando la justicia que las ocasiona, la bestia que el sistema ha desarrollado.

Todo hombre esclavo es así; no es el indio sólo: por eso tan crueles son las revoluciones que vienen tras de las prolongadas tiranías: ¿qué blanco que tenga el seso en su lugar no entenderá que no puede echar en cara al indio el ser como los blancos lo han hecho?—“El es gentil y bravo, decía en la convención el venerable Erastus Brooks, cuya palabra ama y pesa: he aquí a decenas, a centenas, los ejemplos de la historia americana, que demuestran que el indio, en condiciones iguales, es capaz mental, moral y físicamente de todo aquello de que es capaz el hombre blanco”. Pero, hemos hecho de él un vagabundo, un poste de taberna, un pedidor de oficio. No le damos trabajo para sí, que alegre y eleva; sino que a lo sumo, y esto violando tratados, le forzamos a ganar, en un trabajo de que no aprovecha directamente, el valor de las raciones y medicinas que le prometimos a cambio de su tierra; le acostumbremos a no depender de sí, le habituamos a una vida de pereza, sin más necesidades y gozos que los del hombre desnudo primitivo; le privamos de los medios de procurar por sí lo que necesita, y sombrero en mano y cabeza baja le obligamos a demandarlo todo: el pan, la quinina, la ropa de su mujer y de su hijo al agente del gobierno; el hombre blanco que conoce es el tabernero que lo corrompe, es el buhonero que lo engaña, es el racionero que halla modo de mermarle la ración, es el maestro improvisado que le repite en una lengua que él habla apenas palabras sin gusto ni sentido, es el agente que le despide a risas o a gritos cuando va a él a demandar justicia. Sin trabajo, sin propiedad, sin esperanza, sin la tierra nativa, sin más goces de familia que los meramente físicos, los indios de las reducciones, ¿qué han de ser más que hombres torvos, perezosos y sensuales, nacidos de padres que ya vieron a sus padres, apagada la pipa y el alma, llorar sentados en cuclillas en el suelo por la nación perdida, por la sombra del árbol grande que presencié siglo por siglo sus matrimonios, sus justicias, sus regocijos y

consejos? Un esclavo es muy triste de ver; pero aún es más triste un hijo de esclavo: ¡hasta en el color se le ven reflejos de cieno! Grandes criaderos de hombres son esas reducciones de indios. Segaríos de cuajo hubiera valido más que envilecerlos.

En 1783 fue el primer tratado, en que se reservó el gobierno de los Estados Unidos el derecho de regular su tráfico y administrar las tribus; y ahora los trescientos mil indios, sometidos tras de la guerra en que no fue suya la mayor crueldad, están repartidos en cincuenta reducciones sin más ley que la voluntad presidencial, y otras sesenta y nueve que se llaman reducciones de tratado, por ser ley en ellas el convenio establecido entre las tribus y el gobierno, treinta y nueve de cuyos convenios acuerdan el repartimiento de la tierra de la reducción en propiedades individuales, medida ennoblecedora que apenas se ha intentado con doce de las tribus. “Se reparte entre los indios—dijo Alicia Fletcher—lo que el Congreso manda dar para alimentos, porque esto pasa por muchas manos, y en cada par de ellas se queda algo de este comercio; pero lo que se da para escuelas no se reparte, porque de esto sólo pueden alcanzar los empleados el sueldecillo de maestra que hacen caer en su mujer o en su hija para aumentar el haber doméstico, de modo que de los \$2.000,000 que del 71 al 81 debieran haberse gastado, sumando las obligaciones de todos los convenios, en escuelas sólo se han gastado unos \$200,000”. A muchas tribus se ha ofrecido aún más que la propiedad individual que no se les distribuye, y la escuela que no se les establece: se les ha ofrecido la ciudadanía.

Y todo esto lo oían sin contradicción, antes lo apoyaban y confirmaban, el subinspector de las escuelas de indios, los autores de los proyectos de reformas de las reducciones en la Casa y en el Senado, los miembros de la junta de indios. Los altos empleados del gobierno apoyaban y confirmaban todo esto y aplaudían la defensa inspirada que hizo del natural del indio el buen Erastus Brooks. “¡No hay vicio suyo de que no seamos responsables! ¡No hay bestialidad de indio que no sea culpa nuestra! ¡Mienten del indio los agentes interesados en mantenerle embrutecido bajo su dominio!”

El gobierno lo envilece con su sistema de tratados que lo condenan a la inercia y al vicio, y la rapacidad de los agentes del gobierno mantiene a éste en un concepto falso del indio, o le oculta la causa de su corrupción y rebeliones, para continuar mermando a sus anchas los caudales que destina el Congreso a mantenerlos.

¡Ponga ojo el gobernador a los empleados rapaces!

Loor al Presidente Cleveland, que sin alardes de fanático ni gazonerías les ha enviado a preguntar lo que padecen, y en vez de echarles en cara la ignominia en que se les mantiene, está decidido a llevar la culpa de ella, y a levantarlos por un gobierno justo a la condición de hombres. No quiere insectos ebrios este presidente Cleveland: quiere seres humanos. “Ebrios y ladrones son porque así los hicimos: pues tenemos que pedirles perdón por haberlos hecho ebrios y ladrones, y en vez de explotarlos y de renegarlos, démosles trabajo en sus tierras y estímulos que les muevan a vivir, que ellos son buenos, aun cuando les hemos dado derecho a no serlo.”

En masa, pues, acordó la convención, a la sombra de las montañas del Adirondack que invitan a la grandeza, aconsejar aquellas reformas prácticas de mera justicia que pueden convertir una muchedumbre costosa de hombres agobiados e inquietos en un elemento pintoresco y útil de la civilización americana.

Que ya que se les ha quitado, por razones de la república, sus derechos de naciones libres, no se les quiten, a los indios sus derechos de hombres. Que el despojo de sus tierras, aun cuando racional y necesario, no deja de ser un hecho violento que todas las naciones civilizadas resienten con odios y guerras seculares, el cual no ha de agravarse con represiones y tráficos inhumanos. Que ha de tenderse a abolir el sistema corruptor e injusto de las reducciones, y abrirles poco a poco la tierra nacional, confundiéndolos con la población blanca, de modo que puedan pronto poseer tierra en los Estados de la nación, y gozar de los derechos que tienen en ellos los demás ciudadanos, y estar a sus obligaciones. Que el pago de anualidades sea abolido porque fomenta la mendicidad y la vagancia, y habitúa al indio a no usar de sí. Que se eduque al indio en conformidad con sus necesidades y alcances; y se le convenza, y donde sea menester se le compela a aprender y a trabajar, a lo que acaso, envilecido por su actual género de vida de pupilo ocioso, se resista. Que el indio vuelva a su alma clara y suba a ciudadano.

Y para que así se conviertan en hombres útiles ellos, y en país próspero y pacífico las comarcas que no son hoy más que costosísimas cárceles;—cámbiese, dijo la convención, todo el sistema de enseñanza actual y torpe;—sustitúyase el trabajo de las tierras en común, que ni estimula ni deja ver el premio, por el repartimiento de la tierra en propiedad a cada familia, inalienable por veinticinco años, en relación a las clases de terreno y la extensión de cada casa;—compre el gobierno a buen precio las tierras que no sean repartidas, y como se las ha de pagar a

sí mismo, por ser él el tutor de los indios que venden, reserve el importe de estas tierras para la educación industrial y mejora de los indios, y abra las comarcas compradas a la colonización;—obtégase de las tribus la revocación de los tratados que las han traído a su estado miserable;—admítase a ciudadanía todas las tribus que acepten el repartimiento individual de sus tierras, y los indios que abandonen las tribus que no les aceptasen, para acomodarse a los usos de la civilización; cése de arrancar a los indios de las tierras de sus mayores, y de acumularles en centros numerosos bajo la vigilancia interesada de empleados ofensivos y rapaces;—“espárzase la escuela”, decía al fin el subinspector de escuelas de indios, la escuela útil, la escuela viva:—que todo esfuerzo por difundir la instrucción es vano, cuando no se acomoda la enseñanza

las necesidades, naturaleza y porvenir del que la recibe. No maestros de ocasión,—que nada saben de lo que enseñan y son nombrados para aumentar la pitanza de familia de algún empleado, o para complacer a capataces políticos: se emplearán buenos maestros, y se compelerá a los indios a enviar sus hijos a la escuela, aun cuando se haya de recurrir, mientras el sistema ominoso de raciones dure, a cortar a la casa de raciones. No la educación por textos—que es un almacenamiento de palabras que pesa luego en la cabeza para guiar bien las manos. Lo que es el campo que ha de cultivar, y lo que es él y el pueblo en que vive ha de enseñarse al indio. Que se entienda y admire: que sepa de política práctica, para que alcance lo conveniente del respeto mutuo; que conozca cómo está dispuesto el país, y cuáles son sus derechos de hombres a poseer y pensar en él, y el modo de ejercitarlos: que la escuela le enseñe a bastar a su vida:—escuela campesina para la gente del campo.

Ni partículas ni verbajes: sino el modo de criar animales y sembrar la tierra, así como todos aquellos oficios que lo hagan miembro útil y dueño de sí en una comunidad de trabajadores. No se envíen sólo entre los indios, ni entre la gente de campo, maestros de letras. El maestro es la letra viva. Enviéense maestros agricultores y artesanos. Estuvo bien y acabó bien, aquella convención de Amigos de los Indios, en el sereno lugar de Lake Mohonk, allí donde los montes andan cerca, y los hermosos cuadros de tierra, cultivados con elegante esmero, parecen, abriéndose a los ojos de hombres dignos de contemplarlos, colosales flores verdes.

JOSÉ MARTÍ

## LA EXPLOSIÓN MAYOR DEL MUNDO

*Una isla rota.—Escena polar.—Cómo se preparó la roca para la explosión.—Cómo se cargó la roca y estalló la carga.—El rackarock.—La explosión: inolvidable escena*

Nueva York, Octubre 25 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Mientras se abría a los indios, en una ciudad apacible, el camino de la civilización, saltaba hecho pedazos por los aires, al empuje de doscientas ochenta mil libras de materias explosivas, el islote Flood Rock, para abrir a las embarcaciones el camino libre por la boca del río Este, entorpecida hasta hoy por las ásperas puntas de Hell Gate, donde de siglos atrás venían quebrándose las corrientes en revueltos golpes que eran el miedo de la gente de río.

El hombre ha roto en nueve años de trabajo aquella alta masa de cieno, endurecido al calor de la tierra, que fue depositando al correr, centurias ha, el río fangoso que cursaba antes por el cauce que hoy llenan las aguas solemnes del río Este.

Nueve años han estado en el seno de Flood Rock los trabajadores tenaces, que allá se descolgaban por un ancho pozo, abriendo túneles en las entrañas de la roca, que eran calles perfectas, veinticuatro de norte a sur, por donde cursa la corriente, cuarenta y seis de este a oeste en perpendiculares a ella; y las de norte a sur eran de mil doscientos pies, como cuatro cuerdas de largo. Mulas y hombres, allá abajo, acarreamos hasta el pozo, por donde subían a amontonarse en la superficie, las rocas cavadas; mulas y hombres estuvieron los nueve años relucientes, del agua que manaban las rocas rotas.

No en balde, acudió entre medrosa y admirada la ciudad, ya a las orillas del río, ya al campamento flotante de vaporcillos y botes que lo poblaban, para ver levantarse por el aire a cien pies de altura, una isla entera, lanzada en fragmentos a la presión del dedo de una niña sobre el botón que puso en actividad la batería eléctrica a cuyo sacudimiento, encendidos por la corriente los alambres de platino que habían de prender los fulminantes principales, trece mil trescientos cartuchos de dinamita

reventaron, y se vio por unos momentos sobre el río teñido de gris y luego de amarillo, y enseguida de verde, una colosal cresta de agua espumada y rizosa, compacta y coronada de picachos como los que ornamentan de paredes formidables las gargantas del polo.

Bajemos a la bóveda, antes de que la isla estalle: tal maravilla no ha de ser celebrada con espasmos de frase: enumerarla, encorva. Bajemos a los túneles cargados: todo el techo está lleno de taladros, abiertos como los rayos de una corona, y cada uno de ellos, de tres pulgadas de ancho y nueve pies de hondo, repleto de cartuchos de *rackarock*, un explosivo nuevo compuesto de clorato de potasa y dinitrobenzol; por la boca de cada taladro sobresale unas seis pulgadas un cartucho de dinamita que tiene en el extremo un explosivo fulminante, más sensible aún que la tremenda carga del cartucho: de estas púas está artesonada la techumbre de los túneles, que al cruzarse a los cuatro vientos dejaron en pie cuatrocientos ochenta y seis pilares, sustento ahora de la capa de roca de veinticinco pies de espesor y unas trescientas mil yardas cúbicas que al golpe de la niña en el botón eléctrico volarán de aquí a un instante por los aires: ¡ay, si alguien tropieza con el instrumento, situado allá al otro lado del río en una casita de madera, en tanto que nosotros estamos viendo envueltos en capotes de goma los túneles, y sobre nuestras cabezas conectan los hilos eléctricos en el cable que va hasta la casita de la otra orilla, los trabajadores que han olvidado la manera de temblar! ¡ay, si estalla la mina antes de que estén lejos de ella los vapores y botes incautos que cruzan el río, y como a quien va a morir miran el islote!—Acabemos de ver, antes de subir pozo arriba, cómo está preparada la explosión:—los túneles tienen de seis a ocho pies de ancho: de veinticinco en veinticinco pies han puesto a lo ancho de todos ellos unos travesaños de madera, y a cada travesaño están atados dos cartuchos de dinamita, cada uno de los cuales lleva sujeto un disparador de mina, un cilindro de acero de siete y media pulgadas de largo y una y media de diámetro, de dinamita también repleto, en el cual entra por un extremo un tubo de cobre con treinta granos de fulminato de mercurio, y por el otro extremo penetra otro tubo menor cargado de azufre, que tiene firmes los dos hilos unidos de la corriente eléctrica que entran en el cartucho por el segundo tubo: dentro del cartucho rematan los dos hilos en un arco de alambre de platino, y ¡he aquí cómo va a estallar la mina! No va un alambre a cada taladro: se hubieran necesitado entonces trece mil doscientos ochenta y seis alambres. Nada conecta entre sí los cartuchos que asoman por los taladros, ni

une a éstos con los que reposan sobre los travesaños a cada veinticinco pies a lo largo de todos los túneles. Los cartuchos de los taladros contienen doscientas cuarenta mil libras de *rackarock* y cuarenta mil de dinamita. Los travesaños, son trescientos. Los disparadores de mina son seiscientos, pues.

De cada un disparador colocado en los travesaños sale un doble hilo eléctrico, seiscientos hilos eléctricos entre todos, que se juntan afuera después en el cable que de la isla cruza el río hasta la orilla vecina. Allí la niña de once años, la misma que a los tres años voló de igual modo a Hell Gate, la hija del general Newton, que ha dirigido los trabajos, tocará el botón, que pondrá en actividad la batería. La electricidad, corriendo al mismo tiempo hasta los extremos de cada hilo, calentará el arco de platino que los une; los arcos encendidos harán estallar los disparadores de mina en que rematan los hilos eléctricos: cada uno de estos disparadores causará la explosión del cartucho de dinamita a que está sujeto sobre el travesaño de madera, y al reventar a la vez los seiscientos cartuchos, estallarán a un tiempo los trece mil doscientos ochenta y seis que asoman por las bocas de los taladros, y todos los cartuchos de *rackarock* que en las bóvedas están tras ellos: a su empuje se verá inflamarse el río, que sobre su lomo roto llevará por los aires, desarraigada, la roca. Pozo arriba subamos: ya no queda nadie en la isla, ni en el río queda vapor o botecillo: sólo se ven los policías del agua, las lanchas de vapor veloces, con su banderilla roja que anuncia peligro, cruzando acá y allá por cerca del islote para que no se acerque a él algún barquichuelo imprudente. Las once y cuarto son: cien mil curiosos llenan las orillas, los bordes de los techos y las torres. Como grandes arañas, encaramadas sobre sus tentáculos zancudos, bordan el río del lado de Nueva York, respetadas por la multitud, las cámaras fotográficas: diario hay que tiene siete, para obtener, y enseñar a sus lectores mañana, vistas instantáneas de la explosión enorme. No se oye nada: acaso pudiera decirse que se oía el silencio.

De pronto se oyó un ruido sordo, “como de una manada de toros enardecidos que mugiesen debajo de la tierra”.

El suelo de las cercanías osciló media pulgada. Tembló el agua del río. Se abrió el río en dos ondas colosales que fueron a morir a las orillas. Por el río roto asomó una masa negra, como si el gigante que atiza el fuego en el centro de la tierra la empujase agua arriba con su espalda, apoyadas las manos en los muslos. ¿Era lodo o roca? No hubo

tiempo de saberlo; arriba subió el agua, arriba, arriba, y como un témpano de hielo de purísimos cristales, estuvo unos segundos, coronados los picachos de una cresta de iris, a ciento cincuenta pies de altura: unos Andes de agua.

A poco cayó la mole rota en gotas sobre el lecho del río, que se levantó y volvió a levantar con menor esfuerzo, hasta que por sobre las aguas plácidas vagaba solo a los pocos instantes el humo del *rackarock* pesado y amarillo. De cuanto recodo y ensenada tienen las márgenes salieron, como hormigas del agua, botecillos cargados de gente, que en memoria de la fiesta recogían de la turbia superficie los pescados muertos.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 6 de diciembre de 1885

32

## CARTAS DE MARTÍ

*La feria industrial del instituto.—Exhibición de caballos.—Sus escenas y su objeto.—Los anglómanos: los “dudes”.—El espíritu aristocrático en Nueva York.—Dinamita al monumento del mayor inglés André.—  
Toda la nación contra la política importada*

Nueva York. Noviembre 9 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Ha pasado la primera contienda electoral después del advenimiento de los demócratas a la Presidencia.

Ha muerto Mc Clellan, el caballero militar; M. Cullough, el actor pujante; "Josh Billings", que escribió con gran éxito en yanqui burlesco.

Una liga de trabajadores ha hecho saltar con dinamita los tranvías en las calles de San Luis. En pueblos del Oeste, con sus corregidores a la cabeza, se expulsa en masa a los chinos.

En un vastísimo corral, techado de sombrillas japonesas, se exhiben, con el nombre de "Feria del Instituto Americano" todas las novedades industriales del año, los muebles de forma reciente, las flores y las frutas premiadas en sus exposiciones respectivas, los productos perfeccionados para el consumo doméstico, las máquinas de frigorizar, de redondear ejes, de torneear tuercas, de comprimir y endurecer el papel, las máquinas de ventilar las habitaciones, en que con el gran poder de vapor que tienen a mano, acumulan tales corrientes, que no hay curioso incauto que la visite que no tenga que echar a correr tras su sombrero.

Allí una señora de brazos blancos hace pan en una artesa con una levadura de nueva invención, que deja la masa sin ojos, como quiere el refrán antiguo, *pan sin ojos, queso con ojos, vino que salte a los ojos*, añejerías que eran de ley en los tiempos de Lope, pero que ya no rezan en estos de Pontet-Canet, y Budha-Crema, que son como un Sevres en licor, y no como aquellos vinazos de antaño, que echaban a la cara la brutalidad de la uva.

Allá, detrás de un mostrador cubierto de tinillas de madera oblonga, de cuyos bordes cual racimos de la de Ohio y California, un alemán de delantal blanco escancia, a cinco centavos vaso, el jugo de la uva pura,

que escacha a nuestra vista, en una prensa de embudo; y por cierto que es cosa rica, que debieran hacer en los meses de vendimia los países que tienen vides.

Allá una puerta se abre y cierra sola; otro allá enseña una cornisa con varilla automática, que tiene o deja caer a voluntad una cortina, lo que salva del enojo de las argollas, o del romper las cortinas en el clavar y desclavar en las cornisas;—y ésta es invención de uno de nuestra raza, así como unos patines flexibles que obedecen a todos los movimientos del pie, lo que hace el patinar más cómodo y gracioso.

Allá, en diez máquinas rivales, diez inventores vecinos empollan huevos. La luz eléctrica lo innova todo; la música anima el enorme bazar; a las concurrentes regalan una pluma de pavo real o un frasquito de agua de colonia.

Va mucha gente a la feria,—aunque no tanta ni de tanta cuenta, como la que tuvo cuajado el otro corral en que dan sus peleas los púgiles, y este año, como los anteriores, se convirtió, a escape de martillos, en un palacial establo en donde, a semejanza del concurso hípico de París, compitieron por premio, ante las más lindas damas de la ciudad, los percherones de ancas ciclópeas y los *mustangs* de caña viva, los caballos de silla y trote, los de carrera y salto, los de todo trabajo, los de mera hermosura.

Un día animaban la fiesta las evoluciones de la policía montada: otro había competencia de bombas de incendio, a ver cuál era la que en menos tiempo, al toque de alarma, arnesaba los caballos, rompía el vuelo y daba vuelta al circo: en dos minutos y cuarenta segundos hubo una bomba que lo hizo todo.

Otro día era el concurso de los jinetes, que ya no dan sus caballos a montadores de profesión, sino que, como que los ven damas, montan ellos; y a uno le echaban al paso ramos de rosas, porque no parecía hombre puesto sobre el animal, sino atrevida criatura de la imaginación, o señor natural en trono vivo, que daba a la fuerza singular belleza con los reales de la gracia: tal debieron parecer a nuestros pobres indios los primeros jinetes de Castilla, firmes y ferrados. Rindió el certamen unos \$34,000, y costó \$40,000; pero la asociación que lo convoca cada año se da por contenta, pues no es la exhibición para ganar dinero, sino para el fomento de la cría caballar, y para que los jóvenes ricos, estimulados con el aplauso de las mujeres, den su caudal a empresas serias, y entren en afición de ejercicios viriles, que no sean como el empinar la cabeza por sobre las alas de un cuello pavuno, o embutirse las per-

nazas en un calzoncillo de payaso, o morder el puño del bastón y comerse las erres, que es lo que hacen ahora, por parecer ingleses, los anglómanos.

Los cercan y acorralan por las calles los muchachos que van naciendo de sí mismos en los codeos duros de la vida, y, ya aunque sin entenderlo, sienten ofendida por estos elegantes vanos su majestad de hombres.

Por donde asoma un *dude*, ya hay un pilluelo cuqueándolo, y es de ver en los carros la travesura con que los dependientillos de oficina, al volver a la tarde de sus labores, se industrian para burlar el asiento al *dude* o hacer que caiga sobre las rodillas del que se lo burla, de los que se levantan para ir a otro asiento vacío, en el que, como por magia vuelve a caer sobre las rodillas de otro. Y sube a otro carro entre las risas de la gente a pasos de garza, mordiéndole al bastón el puño.

Parece esta tierra decidida a mantener su aristocracia de pueblo trabajador. Entra de lleno en la mejora artística, lo cual se ve en la variedad extravagante de su arquitectura moderna, en la suntuosidad con que decora sus hogares, en la súbita riqueza de sus templos y teatros antes desnudos y sencillos, en sus colecciones de cuadros y objetos curiosos, en sus exhibiciones anuales y en sus museos; pero no soporta tentativa alguna de crear, con la holganza por blasón, una casta de ricos privilegiados, ni de importar en esta tierra de hombres que se levantan de sí mismos, los hábitos de la nobleza de herencia inglesa.

Acá no se reconoce a más noble que el que lo es por sí.

De una sátira, como una excelente que se publicó hace un año, matan la tentativa de una explosión de dinamita.

A Cyrus Field, por ejemplo, no le echan en cara que haya recorrido de buhonero las oficinas de Nueva York donde hoy, blanca la barba y llenas las manos de cables y ferrocarriles, funge de rey, y recibe sobre alfombras turcas a los magnates de la tierra; pero cuando se empeña en elevar al infeliz mayor André un monumento en el lugar en que fue preso, en los tiempos de la independencia, al volver con el salvoconducto del traidor Arnold por las líneas americanas, de recibir de Arnold para el general inglés los planos de la fortaleza de West Point, que llevaba en las botas, el monumento le dejan erigir, pero es para ponerle debajo—pues quiere honrar en su suelo americano a un espía inglés—,

tal cantidad de dinamita que no quedó de la piedra conmemorativa un ápice visible, ni vidrios en las ventanas de los pueblos a la redonda.

Esto apasiona ahora a los diarios, sin saber por qué.

Verdad es que el mayor, que tenía sangre francesa en las venas, era de estas hermosas personas que por la virtud de su armónica belleza y por el influjo de su triunfante juventud se ganan las voluntades y se hacen perdonar sus extravíos; verdad es que parece bien, por parte de los hijos vencedores, dar prueba de amistad a la metrópoli vencida, y hacerse perdonar su victoria, que es gracia suprema de las almas grandes; pero no parece cuerdo representar este sentimiento en un tributo a la persona del que en las sombras de la noche trató de ganar una fortaleza a sus enemigos francos en conversación con un traidor.

Al que cayó con el pabellón al pecho, peleando al sol, bien estaría el tributo, y nadie lo hubiera resentido; pero los hombres viriles abominan a los que tramam el triunfo en la tiniebla. Esos éxitos son arte de ladrones.

Esta manera de pensar es sin duda la de los que aplauden la destrucción del monumento, que no al mayor André debió erigirse, sino a Washington por haber sabido en aquella ocasión sofocar su natural clemencia para castigar sin merced al que, en tiempos comprometidos para la república naciente, había negociado de traición con un jefe americano, cuya bravura en lides anteriores no quita un ápice a su deshonra: ni a balazos lo hizo morir siquiera, como a un caballero, sino en la horca.

Pero en la manera de sentir que ha producido la destrucción, se han juntado visiblemente este sentimiento de decoro patrio, que no hay fineza internacional que baste a sacar del pecho, y aquel otro sentimiento de repulsión a la anglomanía que los caballeretes muestran en sus vestidos, modos de hablar y costumbres, y los magnates revelan en actos y palabras de desatentada admiración por las instituciones inglesas, necesarias, a lo que creen, en los Estados Unidos para alzar una valla de clases conservadoras a las gentes de trabajo que se han sentado ya a conocerse y estudiar en calma sus problemas, para ponerse después en pie, con una magnitud y energía que han de asombrar, a reclamar sus soluciones.

Pero a esta tentativa de agrupación de "las fuerzas altas", de la Iglesia, el ejército, la banca, el gobierno central, de todo lo que miran como componente de este cuerpo conservador que ha de hacer atrás el

ataque próximo de las clases nuevas: —a esta concepción estrecha e ineficaz de la función del más grande de los Estados modernos:—a esta liga entre los herederos de riquezas obtenidas de la manera gloriosa que hoy repugnan los afortunados que con aires de aristocracia quieren esconder el humilde origen que es su mayor derecho a la estima pública, y los sacerdotes, abogados y militares por ganarse la protección de los ricos o por miedo de perder su estado los rodean y defienden;—a este conato de autoritarismo exótico y provocador se opone, como una inmensa conciencia, todo lo que hay de natural y vivo en la nación.

Pues de este allegamiento de fuerzas nuevas, puestas a obrar en una naturaleza rica y enorme;—de este empleo entero del hombre redimido, del hombre verdaderamente libre por primera vez sobre la tierra, que en la ilimitada posesión de sí que le otorga la ley reconoce la necesidad de mostrarse acreedor a ella, y entra en la lid por la vida sin aquel invisible peso, invisible y fatal, que oprime a los hombres que no pueden sacar francamente a la existencia su persona libre;—de este espectáculo creciente, no visto hasta hoy en la historia, en que, fuera del endurecimiento que trae el excesivo amor a la riqueza, se ve realizada toda perfección y maravilla, sin más artes de gobierno y sin más freno que los que da de sí una comunidad de hombres de trabajo, que por su propio interés, reprimen sus excesos, que dueños de toda su persona no necesitan poner en riesgo vidas y fortunas para conquistar, como otros pueblos, lo que les falta de ella;—de este amor fiero e indestructible a la constitución social, que garantiza a los ciudadanos el señorío y ejercicio de sí, viene una nueva majestad, con cincuenta millones de cabezas coronadas, que echa abajo de un ímpetu a los que quieren salir al paso de la nación triunfante.

Todo hombre siente acá un argumento vivo contra la doctrina intrusa.

Todo hombre siente a esta tentativa de merma probable de sus derechos, un impulso ciego y gigantesco, semejante al de un padre a quien arrebatase un salteador sus hijos.

En esta tierra al menos, aunque su amor al lucro la pone a veces en gran riesgo, el hombre parece decidido a no rendirse.

Sería hermoso, de una hermosura que llegaría al cielo, todo ataque a la libertad humana en los Estados Unidos, nada más que por la tremenda magnitud de la defensa,—a cuyo sacudimiento vendrían abajo

las trabas que aún impiden en los pueblos viejos el ejercicio del hombre, tal como cuando una ola de soberano empuje se entra con grande espuma playa arriba, quedando luego, al plegarse las aguas serenadas, limpia y como con nueva luz la arena.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 15 de diciembre de 1885

## CAMPAÑA ELECTORAL

*Triunfo de los demócratas.—Antecedentes.—Análisis, accidentes y elementos del triunfo.—Conducta de Cleveland en las elecciones.—Blaine y Conkling.—El confederado Lee es electo gobernador de Virginia*

Nueva York, Noviembre 9 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Ha pasado la primera contienda electoral después del advenimiento de los demócratas a la Presidencia, y han vencido los demócratas.

Mas ya sabemos que no entiende de política el que se lleva de nombres, pues precisamente en lo que hace a esta nueva elección, tanto batallaron los demócratas contra los republicanos como contra sí propios; y acá en Nueva York era el caso saber si vencerían en los consejos del partido los que mantienen la política ancha y nacional de Cleveland, o los que, sin salirse de la democracia, afirman que un partido no vence ni gobierna, ni tiene responsabilidad entera de sus actos, sino cuando barre de todo puesto nacional, por rutinario y humilde que sea, a los miembros de los partidos oponentes, y desconoce a éstos el derecho a la menor participación en el gobierno activo de sus propios intereses.

Ya en *La Nación* hemos visto cómo Cleveland ha mantenido con entereza que, puesto que hay una ley para escoger empleados, a la ley se ha de estar, aunque no plazca a los demócratas avarientos; cómo el Vicepresidente representa a estos demócratas que lo son por los provechos y puestos públicos que esperan de la victoria; cómo, derrotados estos demócratas del Vicepresidente en la elección de Cleveland para su candidato a la Presidencia, Cleveland fue electo a pesar de la traición de muchos de ellos en Nueva York que votaron con Blaine, por los esfuerzos de los republicanos independientes a quienes parecía Blaine un candidato indigno; cómo Cleveland, electo a sus varios puestos por la conciliación de los elementos reformadores y sanos de ambos partidos, gobernaba estrictamente con el demócrata, sin faltar por eso a ninguna de las promesas que le ganaron el apoyo de los republicanos independientes, aunque esta lealtad y firmeza irritaban a los demócratas radi-

cales, decididos a extinguir el influjo de aquellos republicanos en la política de Cleveland, a quien han sostenido con fidelidad en los actos de su Presidencia. Ya hemos visto cómo los demócratas parecían dispuestos a dejar las elecciones en manos de los republicanos, antes que consentir en la exaltación al gobierno del Estado de uno de los demócratas de Cleveland, lo que a los ojos de los interesados, daría fin a las esperanzas de los que mantienen la necesidad de un cambio absoluto en los empleos, y a los ojos de los fanáticos adulteraría, por la fusión y coqueteos de los republicanos independientes, la significación enérgica y distinta del partido demócrata, al que sus secuaces ardientes no ven en lo principal como el partido que quiere el mantenimiento de las libertades públicas por la descentralización del gobierno, sino como un partido antirrepublicano:

Así estaban las fuerzas cuando a mediados de octubre se reunieron en convención, como es de uso en las cercanías de las elecciones, los delegados de las agrupaciones de cada partido. La de los demócratas fue primero: los republicanos independientes, cuyo éxito en la campaña de Cleveland aumentó su crédito entre los partidarios cerrados de que se alejaron y que los desdeñaban, aguardaban a conocer la persona elegida por los demócratas para determinar si habían de apoyarla o atacarla. En la convención lucharon brazo a brazo los demócratas reformadores con los radicales: si el candidato resultara ser un partidario de la política de reforma, los independientes votarían por él, como votaron por Cleveland; si era un defensor de la política de cambio absoluto de los empleos, de repulsión de todo elemento extraño al partido, ejercerían entonces influjo en la convención republicana para que el candidato de ésta fuese un partidario confeso de la reforma en el sistema de empleos, libre de toda acusación de provechos o nepotismos. Triunfaron en la convención demócrata, con considerable mayoría, los de Tammany Hall, los "políticos", los de vientre obeso y cabeza rapada, los políticos "vivos", los que saben dónde está el voto y cómo se maneja, los que viven del voto y se han asociado en organización poderosa para mantenerlo al lado de su partido, con tal de que éste se lo remunere en puestos provechosos, a reserva de traficar en él con los partidos rivales, siempre que éstos compren la ayuda de Tammany para la elección de determinado candidato que le interesa, en cambio de su propia ayuda para sacar triunfantes los candidatos a los empleos lucrativos que Tammany prefiere. Triunfaron los de Tammany Hall, con el auxilio de todos los que, educados en la censura acre a los republicanos, creen en peligro

la existencia del partido demócrata por cualquier fusión, aun cuando sea pasajera, con elementos republicanos: más, cuando éstos, alucinados e imprudentes, dejaban suponer que intentaban la formación de un partido tercero, compuesto de los reformadores republicanos y demócratas con Cleveland a la cabeza.

Fue nombrado candidato para gobernador del Estado de Nueva York, David Hill, electo teniente gobernador cuando lo fue Cleveland al gobierno del Estado, para conciliar así las susceptibilidades y votos del partido, como concilió en la elección presidencial el nombre de Hendricks, candidato radical a la Vicepresidencia, al lado del de Cleveland, el candidato reformador elegido para el primer puesto. Los ánimos quedaron suspensos: Hill, honrado en su persona, es amigo y criatura de los políticos de oficio. Era casi seguro que todos los demócratas lo apoyarían, por no haber motivo tan grande de incapacidad moral en él que habilitase al grupo reformador a votar con los republicanos, como ellos en la elección de Cleveland habían votado por éste para abatir a Blaine; pero era seguro también que los independientes no votarían por Hill, y que la convención republicana, próxima a reunirse, prevenida por la derrota de Blaine en Nueva York a causa de la deserción de los independientes, nombraría un candidato de inmaculada limpieza, que atrajese los votos de éstos, con lo que, en un Estado que había electo a Cleveland un año antes sobre este programa de pureza personal, era muy probable la victoria sobre un candidato a quien muchos de su propio partido veían con desamor, porque representaba los elementos más desdeñables e impuros de él: los negociantes de votos, los desocupados de esquina y cervecería, los rufianes del partido.

Dominaban en la convención republicana los amigos de Blaine, que de buen grado hubiesen elegido un candidato agresivo y definido como él, que fuera entre los republicanos lo que Hill entre los demócratas; pero, como hubiese sido singular torpeza el desdeñar u ofender el voto de los independientes que parecía volver a ellos, consintieron en nombrar una excelente persona, de más riqueza que ímpetu, y más honradez que popularidad, el millonario Ira Davenport, sin ver que estos millones que Davenport tiene de herencia, si prometían por una parte una buena bolsa para los gastos electorales, por la otra habían de ser usados cual lo fueron, por los demócratas, como muestra de deshonestidad en los métodos electorales, de ofensa al voto llano a quien se suponía capaz de venta, y, sobre todo, de tentativa del partido autoritario de imponer un gobernador de casta privilegiada a este Estado de gente igual y libre.

Ni vieron tampoco que este Davenport había sido teniente de Blaine en la conspiración que impidió, dentro del partido republicano en el Estado de Nueva York, la reelección de Conkling al Senado, de Conkling que no perdona y sabe hacerse amar, y con quien votan gran parte de los Estados rurales, que no habían de desaprovechar esta sabrosa ocasión de represalia, y contribuir a la elección del que había impedido en violentísima campaña la del que reconocen como jefe. Desde el primer instante, pues, la democracia unida tuvo enfrente de sí a un candidato debilitado por la abstención del voto de los condados que con abstención igual cuando la elección de Cleveland, contribuyeron a la victoria de éste dejando de votar por Blaine, el perpetuo rival de Conkling por el predominio en los consejos supremos del partido.

¿Ideas? ¡Oh! ¿quién se ocupa de ideas? Personas y personillas, son las que causan todas estas tormentas.

Empezó entonces, con miedo y desaciertos de una parte y acometimientos de otra, la campaña electoral, en la que a pesar de no haber puesto Cleveland ni sus ministros mano visible, y de no serles compañero en reformas el candidato demócrata, no pareció desde el principio, como algunos temían, que Cleveland favoreciese al candidato reformador de los republicanos, como los independientes sostenían que debía hacer por ser el nombramiento de Hill una condenación de su política; sino que fue claro que la descompostura e injusticia con que el programa de la convención republicana, escrito de mano fanática, trató a Cleveland desconociendo el mérito que los independientes le acatan y desluciendo la elección de un candidato irreprochable, había enajenado desde el primer instante toda posibilidad, para los sensatos siempre muy remota, de que el presidente que es persona despaciosa y aguda, se pusiese frente a su partido en obsequio de los que desconocían con descaro notable sus difíciles esfuerzos por moralizar el sistema político nacional.

Cometían en tanto los republicanos nuevo error trayendo del Estado de Ohio a que perorase en las juntas públicas al elocuente Foraker, electo gobernador de su Estado, quien, con otros prohombres de su partido recorre el país anunciándole cuentos de desdichas por la elevación de los demócratas al poder, que permitirá al Sur rehacer sus fuerzas pasadas y caer armado de nuevo sobre el Norte. ¡Como si pudieran soñar los del Sur en volver a la esclavitud los cuatro millones de negros, base antigua de su sistema social y económico, cuyo mantenimiento dio origen a las disensiones políticas que dieron apariencia legal, y en algún mo-

mento simpática, a la rebelión! El Norte todo se resiente de la imprudencia y mala fe de estos agoreros y les responde regocijándose, por boca de republicanos y demócratas, de la triunfante elección del general confederado Lee para el gobierno de Virginia, que es la garantía mayor de paz en aquellas regiones, pues con ella vuelven al poder los elementos naturales del Estado, y es vencido Mahone, politicuelo ignorante y maligno, que obtenía a brazadas dinero en el Norte para combatir en Virginia al elemento nativo, y explotaba inicuaamente el miedo de los negros a la vuelta a la esclavitud.

Mientras que estos errores cometían los republicanos, y se demostraba la certeza de que Davenport se hubiese opuesto a la existencia de las pequeñas sociedades de seguros mutuos que, a poca costa, proveen en caso de muerte una suma para la familia del asegurado, trabajaban con el mayor ardor los demócratas por Hill; ya sus amigos de la opinión, estimulados por el afán de continuar preponderando en el Estado y por el mayor de traer a su sentido la política de Cleveland; ya los demócratas amigos de la reforma que, fuera quien fuese el candidato en Nueva York, creían indispensable para el éxito de la administración de Cleveland una victoria democrática en su propio Estado. Y como ya se dijera demasiado, en víspera de las elecciones que Cleveland se oponía al triunfo de Hill, llegó una mañana a Nueva York el secretario privado del Presidente con una carta al jefe de la comisión electoral democrática, y \$1,000, que Cleveland enviaba para los gastos de la campaña: y otros ministros, otros \$1,000: y el secretario privado \$500. Franca y virilmente se ponía del lado de sus compañeros de toda la vida en una hora de prueba, con sabio arranque político, el magistrado que no ha temido desafiar su censura en el cumplimiento de deberes que ellos miran como faltas, ni ha descendido a tener en estas elecciones que tanto le importaban, más que aquel general e indispensable influjo que una persona magna, de honradez y fortaleza reconocidas, ejerce entre las que la contemplan sobre todo cuando está a la cabeza de la nación.

Ya para este momento se sabrá también lo que los que a Cleveland conocen no han puesto nunca en duda, y es su arte para no envenenar con acaloramientos personales las diferencias de opinión, sino suavizarlas por el contrario con un trato abierto, que ni quita energía para el mantenimiento de la opinión, que se estima buena, ni cierra el paso a inteligencias y acomodados honrosos, que vienen naturalmente en las horas difíciles, ya por que la sinceridad del gobernante inspira involuntario respeto a los que se le oponen, ya porque no ha dado a éstos razón

con un trato áspero para su alejamiento y rebeldía. De manera que, cuando la elección vino a ser, ya estaba Davenport vencido, y Hill electo, sin que, con poco más de quince días de intervalo, resultase como una derrota para Cleveland la elección del candidato cuyo nombramiento se había hecho para significar una ostentosa condenación de su gobierno. Sin ser intrigante se puede ser hábil; sin ser gazmoño se puede ser honrado.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 16 de diciembre de 1885

34

## CARTAS DE MARTÍ

*El mensaje presidencial.—Las pascuas.—Vicios en el reglamento de la Cámara.—Una novedad: la comisión de debates.—Un general acusado de cohecho.—Las memorias de Grant*

Nueva York, Diciembre 5 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Ya el mensaje del Presidente está fuera de las prensas, guardado de los diarios merodeadores con un gran sigilo. Ya se susurra que allí toma el Presidente campo, consigo propio y con los que están con él, en la tentativa de hacer nacional y honrado el gobierno, y ni provoca ni cede a los que no están con él. Ya se miden las probabilidades de que, después de algunos conatos de pacificación entre los dos bandos democráticos, venzan los adversarios del Presidente, y tenga éste que gobernar contra la Casa de Representantes. Ya se preguntan si el Senado, republicano, confirmará o rechazará, como es su derecho, los nombramientos de demócratas que Cleveland ha hecho para reemplazar a republicanos, o si pedirá a Cleveland, contra todo precedente, que explique las razones de estos cambios, a lo cual sin duda se resistirá por decoro, puesto que para esta petición de los senadores, no habría más fundamento legal que una honrada frase de Washington, en que dijo que hubiera explicado al Senado las causas por que efectuó un nombramiento que los senadores, con gran pesar de Washington, rechazaron. Ya se pregunta si el Senado se aprovechará de su mayoría republicana, para elegir como su presidente que ha de ser Vicepresidente de la república, a un republicano, o si, en muestra de acatamiento a la voluntad del país, desistirá de elegir a un senador de opinión contraria a la del jefe de la nación a quien estaría llamado a suceder. Unos creen que los senadores elegirán al general Logan, que fue candidato a la vicepresidencia de la república con Blaine: otros creen que, según el consejo de periodistas y sacerdotes prominentes, elegirán a un demócrata, porque no se les acuse de tender a producir un conflicto nacional; y creen otros, que uniendo en lo posible su derecho de mayoría a lo que

la cortesía y el respeto al país les imponen, elegirán a un senador republicano que se distinga por su adhesión a las reformas que mantiene Cleveland.

Por encima de todo asunto de interés está ahora la próxima reunión de la Casa de Representantes y el Senado; y en tanto que un viento de purificación se entra por los rincones más escondidos de las oficinas públicas del Estado de Nueva York, crece la curiosidad sana y honrosa del país, que cuida de sí mismo, por ver cómo se resuelven en juego abierto los influjos contrarios que contienden dentro del partido gobernante, y ver en qué se diferencian verdaderamente en la obra de gobierno los demócratas censores, de los republicanos a quienes motejan y reemplazan.

Las pascuas vienen, con sus estrellas de mirto y de laurel para las vidrieras de las tiendas; sus vagonadas de libros suntuosos, cajas de música y presentes de la más variada especie, su legendario Santa Claus que galopa sobre los techos de las casas en su trineo arrastrado por renos de mucha cornamenta, y de los hilos de la barba, de los bolsones de las mangas, de debajo del gabán de pieles saca a millares chucherías y maravillas, y deja los renos al borde de la chimenea de cada casa, y baja por la chimenea cuando ya es muy de noche, y en la media nueva que la madre cuidadosa ha colgado a la cabecera de la cama de sus niños, deja—¡oh buen Santa Claus que todo lo sabe!—el juguete aquel que los niños desean.

Desembarca de Inglaterra el muérdago bajo cuyas guirnaldas se besan, a la hora en que nació Jesús, los amigos y los amantes. Vienen de las montañas los perfumados pinos, que los amigos de la casa y los padres piadosos cuelgan de cartuchos y figuras de dulce y de juguetes menudos, que la noche de Christmas resplandecen en la sala oscura a la luz parlanchina de centenares de velas de colores. Las vidrieras de las tiendas están llenas de todas clases de apetitos costosos, y escenas pintorescas dispuestas con los artículos de venta de la casa. De toda la ciudad, bajan ricos y pobres a ver estas procesiones, banquetes, bailes, teatros de muñecas. Las vidrieras de las librerías sobre todo, hacen morir de celos.

Todo eso viene: y atrae ya los ojos: viene la ópera alemana, que ha vencido en Nueva York a la italiana, y tiene su gran teatro propio: vienen

las exposiciones de diciembre, y en ellas luce en línea preferida el talento hispanoamericano: vienen los bailes y matrimonios de la gente mayor, que elige la entrada del invierno que congrega a los vecinos de la ciudad, para celebrar sus festividades y lucir riquezas:—pero los ojos no se apartan de la Casa de Representantes y el Senado.

Lleva todo lo de esta tierra un sello tal de enormidad y éxito, que involuntariamente se desea imitar todo lo que se hace en ella; por lo que es bueno saber que acá no se considera lo propio tan invulnerable y acabado como si ya no hubiera que volver sobre ello; y ahora mismo hay en la prensa y en el Congreso una animada campaña para reformar el reglamento parlamentario, por ser el que está en vigor muy elemental y lleno de vicios.

Es interesante lo que los reformadores piden.

Ahora, se necesitan más de dos terceras partes de la mayoría de la Casa para aprobar una proposición: ¿qué partido reformador puede gobernar así, cuando, por humillados que estén sus contrarios, siempre tienen en la Casa la tercera parte de votos necesarios para derrotarlo?

Así la legislación tiene que ser toda de avenimientos y compromisos, más hecha para aquietar las vanidades e intereses de los representantes que para satisfacer a la nación.

Se quiere, pues, que baste el acuerdo de la mayoría para que una proposición sea aceptada: hay casos en el reglamento de hoy, en que diez miembros pueden impedir un acuerdo, aunque todo el resto de la Casa esté en favor de él.

Ahora no hay regla segura, ni autoridad responsable, que ordene los asuntos de debate: sino que casi todas las comisiones tienen días escogidos de antemano para la discusión de sus informes, verdaderos días de hierro, que excluyen tenazmente todo otro debate sobre asuntos de mayor interés nacional.

Y se ofrecen para corregir este vicio varios sistemas, siendo el más nuevo el que propone el representante Dorsheimer, persona de mucho alcance y peso, quien aboga porque se nombre una comisión de debates, que en inglés se llamaría *Committee on the Business of the House*, la cual tendría a su cargo y responsabilidad exclusivos la ordenación de las materias de debate, salvo la natural preferencia del presupuesto y las apropiaciones de fondos del tesoro u objetos nacionales.

Y se quiere que esta comisión sea escogida de la mayoría, no para favorecer al partido que gobierna, sino para que tenga ante el país la responsabilidad clara de su cometido, y si ordena mal las discusiones y prefiere a lo nacional lo partidario, sea castigada con la censura política.

Ahora, pierde la Casa en cuestiones personales, cuestiones de orden, mociones dilatorias y votaciones nominales más de una tercera parte de su tiempo, escaso siempre para las leyes de pueblo de tanto volumen y monta.

Cualquier representante tiene el derecho de "privilegio personal" de hablar una hora en respuesta de cualquier censura o ataque que le haya sido hecho de fuera o de dentro de la casa, a cuya respuesta sigue un debate sin término fijo, en que cada discurrante puede hablar otra hora. En las cuestiones de orden, la presidencia no tiene autoridad, sino que se debaten por los miembros largamente. Hay multitud de ardides dilatorios que la presidencia no tiene manera legal de repeler, y se discuten a toda lengua, con el menor asunto. Y no se vota por recuento o por división, como se hace en Inglaterra, pasando de un lado los que están por la afirmativa, y de otro los que la niegan, cuyos nombres todos toma a cada puerta un taquígrafo, del portero que los dice en voz alta; el voto nominal toma ahora por cada vez tres cuartos de hora.

Se quiere que todo esto cese: que se restrinja grandemente el "privilegio personal"; que la presidencia resuelva por sí, y sin debate las cuestiones de orden, y la Casa no oiga apelación de sus medidas, a menos que la sostenga una tercera parte de los miembros; que las votaciones ordinarias se hagan por mero recuento de votos, o por "división" cuando así se solicite; que la presidencia pueda libremente considerar o desechas las mociones dilatorias.

Ahora los miembros tienen en la sala de debates escritorios espaciosos, donde se arrellenan en plática contenta, o dejan correr las horas tediosas absortos en responder sus cartas personales, y a éste prometer un puesto y al otro ofrecerle que votará por su medida y al diario amigo mandarles el artículo que ha de favorecerle,—de modo que el debate se desliza mezquino y en lo común se vota con lo que el partido tiene decidido de antemano, sin que, excepto en casos extraordinarios, la Casa escuché los argumentos de los oradores, lo cual quita al sistema parlamentario decoro y eficacia en tanto grado que se llega a pedir, con visible exageración, que no haya escritorios en la sala, sino que los re-

presentantes sean sentados bien juntos en bancos sin escritorios, de modo que escuchen bien lo que se dice, y pueda movérseles en la voluntad el lóbulo del partido, que es por acá de obsidiana dura, en que no penetra nada.

Washington se ocupa de estas cosas, y Nueva York se asombra, al ver entrar en la cárcel acusado de cohecho al jefe de la milicia del Estado y presidente de la junta de higiene pública, el general Shaler.

Persona más marcial no había en todo Nueva York, que tenía orgullo en los días de funerales y procesiones, en la arrogante figura que hacía a caballo el general a la cabeza de la milicia: el hombre a caballo tiene algo de sobrehumano; vale más: crece: inspira respeto y entusiasmo.

Pero parece que este soldado apuesto de cabeza blanca, tenía gravada una casa suya con una hipoteca de \$9,000; y como hubiese trabado amistad en una junta de que fue miembro con un policía que subió, por artes del voto, a persona mayor, sucedió que cuando el policía se hizo luego agente de fincas urbanas, y la junta de armería, en que estaba Shaler quiso vender las suyas, las puso para venta en manos del policía, quien en pago de los provechos que sacó en esta preferencia, redimió de la hipoteca de \$9,000 la casa de Shaler.

Se nota una pena sincera en la ciudad, por ver manchada esta cabeza blanca. Se cree acá, con el nombre de "comisión", lícito todo cohecho, y en este exceso de comercio cuesta trabajo hallar un hombre honrado.

No es lícito, sin embargo: si Shaler, que ha dado fianza, no desmiente la confesión de su cómplice, irá a la prisión del Estado por siete años.—Por diez está ya Ward en ella, el mozo enjuto y atrevido que aceleró con sus estafas colosales la muerte de Grant, de Grant cuyo libro salió ayer a la plaza, registrado a la vez en Europa y en los Estados Unidos, donde la venta alcanza ya,—en este país de 50.000,000 de habitantes,—a 400,000 ejemplares.

Es hermoso entrar en la casa librera que tiene el afortunado contrato: todo son cajas que ruedan, hombres satisfechos, ¡montes de libros!

Sólo el júbilo que produce entrar en una gran librería es comparable al frío que se siente al entrar en un gran arsenal.

JOSÉ MARTÍ

***ESCENAS NORTEAMERICANAS***

**1886**

DE AÑO NUEVO

*Lo artístico, lo social, lo político.—Los documentos oficiales.—El mensaje de Cleveland.—¿Miss Cleveland escribió parte del mensaje?—El carácter de Cleveland.—Revista de reformas*

Nueva York, Enero 16 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

¡Qué lejos ya, hoy que estamos a 16 de enero, las cenas de nochebuena, las fiestas de primero de año, las curiosidades de la gente que quería ver de cerca en sus funciones de primera dama de la república a la profesora de cuarenta años que escribe desde la Casa Blanca sobre los mormones y Carlomagno!

Acá apenas se tiene tiempo para vivir. El cráneo es circo, y los pensamientos son caballos azotados. "La neurosis de París" dicen los diarios de Francia: ¡por qué no han venido a ver esta otra neurosis!

Nadie se duerme, nadie se despierta, nadie está sentado: todo es galope, escape, asalto, estrepitosa caída, eminente triunfo. Es una procesión de ojos sedientos, montados sobre piernas aladas,—las piernas de Mercurio.

Van los unos tras los otros, como persiguiéndose, alcanzándose, abatiéndose.

La médula se retuerce, y encoge como un cuero húmedo puesto al sol: el alma se va del cuerpo como de un pomo roto las gotas de esencia.

Parece que de dentro clama algo, como una flor fénix despedazada bajo los cascos de caballos furiosos, que entre las pezuñas mismas que la aturden, levántase sin cesar sus pétalos maltratados para cumplir su deber de flor, de enseñar su hermosura y dar aroma.

Camino de poesía va esto; pero ¿quién entra en tareas queridas por primera vez en el año, sin sentir que, aun hablando de las querellas del Congreso con el presidente, de las contiendas de los que quieren acuñar más pesos de plata y los que no lo quieren, de las batallas de los dueños de ferrocarriles y de sus empleados, no sienta que le nacen a su pluma alas de mariposa?

Acá apenas se tiene tiempo para echar los ojos por sobre todo lo que pasa.

En lo artístico, apenas hay una tentativa de crear ópera americana, con partitura de Goetz, sopranos de Berlín, tenor de Rusia, bajo inglés, y bailarina de Boston:—y una traducción de la finísima comedia de Moreto "El desdén con el desdén" que en inglés representa, con una flexibilidad de florete, una actriz fea y admirable, la polaca Modjeska: confusión de nacionalidades que no asombra a quien ha visto llegar a su mesa, entre las publicaciones oficiales de año nuevo el mensaje del gobernador de Tejas, impreso a la vez en inglés, en alemán, en castellano y en bohemio.

En arte, apenas hay eso.

Pero en lo social ¡cómo va creciendo, a manera de conquistador, la asociación de los Caballeros del Trabajo, que manda ya en una suma enorme de los trabajadores de los Estados Unidos, y es representante, y es gobernador, y es ministro, y gana batallas a los monopolios, y puede, si lo decide su consejo supremo secreto, hacer cesar a una misma hora el trabajo en Estados enteros!

Y en lo político—¡qué avalancha de sucesos importantes! El Congreso que se abre, el Presidente que le da cuenta en un mensaje detallado de los errores que ve y los remedios que intenta, las Secretarías de la Presidencia que publican informes profundos sobre los ramos del gobierno, el Senado que quiere obligar a Cleveland a que confiese que él también ha dado puestos públicos en pago de servicios de partido, el Congreso en que todavía no se ha entablado francamente la batalla de los demócratas que insisten en la distribución de los empleos nacionales entre los miembros del partido victorioso, y los otros demócratas: ¡los caballeros de la democracia, que ayudan a Cleveland en su propósito de limpiar la política nacional de estos perros hambrientos! ¿No es mala vergüenza andar lamiendo manos, con tamaña barba y un par de manos fuertes, para alcanzar un sueldecillo de limosna, cuando se tiene a poco andar tanto campo nuevo, tanto animal de cría, tanta manera de vivir honradamente?

Y ¡cuántas sugerencias útiles en los documentos oficiales, y en los comentarios de los periódicos sobre ellos! Da tristeza ver tanto a la mano; y agonía de no poder abarcarlo de una vez.

Cada mensaje, cada informe de secretario, ha sido este año un tratado de política viva, no de esa política de sistema, política de cátedra,

política de pie de dama china, política metafísica, sino esa otra manera sabia de equilibrar los elementos nacionales, ¡yendo por medio de la mayor justicia posible a la justicia cabal y absoluta!

Este año los secretarios son nuevos y ya por dar cada uno buena muestra de sí, ya por revelar la originalidad necesaria de un gobierno nacional, ya por informar a la nación del estado en que el partido contrario dejó las cosas públicas, y de la sencilla cordura con que el gabinete se ha puesto a enmendarlas, ello es que no hay historia más elocuente, ni novela más amena, ni lección de gobierno más práctica que la lectura de los informes de los Secretarios y la del mensaje, en que el Presidente los compendia, y expone al Congreso sus propias miras.

Todo el mundo habrá leído ya en Buenos Aires el mensaje del Presidente.

El no favorece la política de irse entrando, so pretexto de abrir canales, en tierra extranjera.

El no opina que, porque una monarquía europea quiere agasajar a otra, se merme el derecho de los Estados Unidos a nombrar para representantes en las cortes de Europa a caballeros honrados, conforme al tipo norteamericano de caballería:—levita cruzada, bigote raso, perspicacia aguileña, silencio sabio, costumbres claras, ardor en la tolerancia, ideas nuevas.

El no cree que, cuando hay 200.000.000 ociosos de pesos en plata en el tesoro, por los cuales ha tenido el gobierno que pagar en oro, deba seguir dando oro vivo en cambio de más millones de monedas de plata muertas, que van valiendo menos mientras más va habiendo, y más se teme, como se teme ahora, que la moneda de plata sea desechada como tipo principal por algunos de los países que la consumían.

El no quiere que, ya que fue históricamente necesario arrebatar poco a poco a los indios nativos sus tierras que adoran, se agrave aún este hurto necesario maltratando y corrompiendo a los indios desposeídos, capaces en algunos lugares de mantener escuelas superiores y celebrar congresos, so pretexto de que allá por Arizona, donde la justicia india se ha hecho crimen, arrasasen ranchos y quemasen mujeres unos diez apaches fugitivos.

El no opina que, puesto que el país no quiere chinos, deban traerse más mientras no lo quiera; pero opina que los chinos que vinieron bajo la garantía de las leyes anteriores, deben ser protegidos por las leyes

con toda energía contra los inmigrantes europeos del oeste que los envidian por su sobriedad, les temen por su inteligencia, y les odian porque están siempre prontos a trabajar por menor precio que ellos.

El juzga que de todos los proyectos de tránsito entre los dos océanos, el canal de Tehuantepec será el mejor, por más barato, porque no envuelve tutela política por parte de los Estados Unidos y, acaso, aunque esto no lo dice el mensaje, porque a un americano genuino ha de parecerle especialmente bien, eso de llevar por sobre la tierra los buques a lomo de ferrocarril.

El mantiene la necesidad urgente de construir una armada comparable a los intereses de la nación y al poder de los países que pudieran atacarla: "la nación que no puede resistir un ataque—dice—está constantemente expuesta a él".

El cree que si sobra dinero en el erario después de cubiertos los gastos públicos, no debe guardarse este caudal en caja sirviendo de tentación a agiotistas que andan a caza de dineros fáciles y gobiernos desprovistos, sino que el sobrante debe rebajarse de los derechos de arancel en el año siguiente, para ir así abaratando, con el menor precio de los artículos importados, el costo general de la vida, y para ir poco a poco habituando a las industrias americanas a rebajar sus gastos de producción para poder un día elaborar a los bajos precios a que se elaboran los artículos de industria en Inglaterra, Francia y Alemania, que es el único medio de asegurarse una existencia industrial legítima y duradera.

El sostiene que el gobierno democrático de los Estados Unidos, con el mismo prestigio del hombre, corre peligro, si no se pone coto al vicio norteamericano de tratar la política no como santuario, sino como una profesión, como un tráfico, como un *trade*, en que se coligan para dirigir en su provecho los asuntos públicos todos aquellos abundantes y voluminosos holgazanes que no tienen valor, conocimientos o vergüenza suficientes para ganar su pan en un trabajo duro y honrado: la política es el deber de todo el mundo, y el derecho de todo el mundo, y el amarla es señal de nobleza y el abandonarla es señal de in nobleza; pero no debe servir de máscara a los perezosos, de pretexto a los ladrones, ni de mercadería a nadie: la política es la ocupación natural de toda mente elevada y generosa, pero no debe servir de banquete a los augures, ni de despensa a los bribones, ni de tentación a los débiles que por seguir sus caminos, en apariencia fáciles, abandonan los trabajos llanos y fecundos que conquistan un bienestar y dignidad durables: no envidia a

un rey el que se ha hecho a sí mismo, y mira y obra como si llevara corona: por eso los pueblos de hombres prósperos y laboriosos son los únicos verdaderamente libres.

El Presidente cree que es una villanía que en un pueblo como los Estados Unidos, vivan aún los mormones seguros en su hogares bárbaros.

Vibran y duelen las frases del mensaje en que el presidente condena la poligamia; por lo que pasa aquí como cierto que esta parte del mensaje no es suya, sino de su hermana, de su apasionada y dogmática hermana, que maneja su lengua a lo Carlyle, a modo de quimera de mirada encendida.

Y se ha dicho y redicho esto de la hermana: pero no parece que el público en junto lo haya tomado a mal, aunque fuese verdad.

También en tiempo de Jackson puso mano en los papeles de Estado Miss Eaton: también dejaron la pluma a sus mujeres, a la hora del mensaje, Madison y Adams. Pero esa colaboración, aun cuando parece verdadera, ni se extiende al mensaje en lo que no es de incumbencia femenil, ni le quita el carácter de personalidad e independencia que en todo él se trasluce. Ni provoca ni halaga enemigos. Como ve las cosas las dice.

Sabe que la mayoría democrática rechaza su campaña de purificación del servicio público, y suspensión del cuño de la plata,—y su primer acto en el Congreso dominado por la mayoría es explicar sin alarde y sin tibieza, las razones por que insiste en la reforma del servicio público, y en la suspensión del cuño.

Todo el mensaje es como el Presidente: prudente, de una pieza, inspirado en ese noble valor que prefiere caer con la honradez desatendida que prosperar por la complicidad con los que atentan a ella.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 17 de febrero de 1886

**EL PROBLEMA INDIO EN LOS ESTADOS UNIDOS**

*Informe del Secretario Lamar. — Lo que debe hacerse con los indios.—  
Cómo debe educárseles y cómo han de dividirse sus bienes.—Una uni-  
versidad nacional.—Ojeada sobre el espíritu actual norteamericano*

Nueva York, Enero 16 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

De los informes de los secretarios, el mejor, por lo sesudo y lo práctico, no es ni el del Ministro de Hacienda, ni el del Ministro de la Guerra, ni el de Marina, sino el del “soñador” del gabinete, el del “idealista y vagabundo” de la casa, el del Secretario del Interior, Lamar, acusado de amar el romance, de dejar correr de vez en cuando la fantasía y de mirar una que otra vez al cielo.

Hay grandísimos necios que se pasan la vida proclamando que las mentes, infelices por altas, que ven bastante hondo y lejos, adentro y encima de la tierra, son fatalmente incapaces para entender en las cosas terrenas: y al que es capaz de entender lo más, ya lo bautizan de inepto para entender lo menos: ¡como si las mismas facultades de observación, que penetran en las leyes del alma y del mundo, no fuesen por su excelencia natural inevitablemente capaces de penetrar las relaciones más visibles, cercanas y menores! ¡Como si esa tendencia misma hacia lo superior y general, hacia lo universal y sumo, no fuera una violenta consecuencia de la tristeza angustiosa que da el conocimiento de lo individual y pequeño!

Pero, en la tierra, según se sabe, hay más ratones que águilas; y los ratones se juntan, y dicen entre sí: “¡vaya! ¡nosotros volamos mejor que las águilas!”—y, por de contado, todos los ratones lo creen.

Lamar es de las águilas: y su informe ha sido tan cauto, tan claro, tan apegado a lo real, tan conforme a los problemas prácticos que estudia, que ya no se oyer decir, por esta vez, que Lamar es inhábil para el puesto porque lee versos, o los hace, y usa el cabello largo, y sabe del hombre antiguo y de monedas, y se suele quedar,—¡pensando precisamente en los rufianes políticos!—con las manos cruzadas, ¡mirando chisporrotear en la chimenea, los leños encendidos!

Y en el informe de Lamar, que tiene 90 páginas, como cuarenta, y las primeras, están consagradas al estudio del problema indio.

Ya es hora, según él, de que los Estados Unidos resuelvan este problema, que está hoy en su punto crítico. Ni se defiende siquiera de que lo acusen de filántropo; todo el mundo pone hoy atención privilegiada en la cuestión india.

El salvaje vive, y, aunque en diversos grados de civilización, vive como salvaje. Ya no está como antes en tierras lejanas, de donde podrá huir, y de las que se le podrá sacar: está en las tierras mismas que el gobierno le dio a cambio de las suyas, que le fue quitando, y éstas no se las podría quitar sin cometer infamia y violar sus contratos. Las comarcas cultivadas de los blancos rodean ya de todas partes el territorio y las reservas indias.

¿Qué se ha de hacer pues?

¿Exterminar al salvaje? ¿Corromperlo, como un medio de exterminarlo? ¿O pagarle en cuidados civilizadores, que él no rechaza y solicita, la libertad fiera en los montes nativos, el placer de la raza, la vida de la tribu, el rincón materno donde sus madres los tuvieron con dolor, y sus abuelos fueron señores y felices?

Pues que las tierras son suyas, según contrato con el gobierno, el gobierno debe mantenerlos en ellas. Si los agentes los compelen a arrendar sus tierras a los ganaderos a mal precio, o sin precio, hay fraude en estos arriendos, y la ley no debe autorizarlos.

Si hay en algunas comarcas, como la de los pintes, como la de los apaches, un centenar de indios tercos y nómades que se resisten a ser mudados de lugar y a vivir sometidos a la gente, ésta no es razón para que se trate como vasijas de barro a las cinco tribus civilizadas, los cherokees, los choctaws, los chickasaws, los creeks y los bravos seminolas de la Florida: los apaches son la forma excesiva de la venganza india: ¿qué idea justa no tiene sus fanáticos? ¿qué justicia no engendra exageraciones? ¿a qué extrañar en hombres cercanos aún a la naturaleza, pecados inherentes a la naturaleza humana?

Bien puede ser que acabe el gobierno por llevarse a las islas del Pacífico los 200 apaches que mantienen en zozobra constante el Estado de Arizona,—y decida recoger con las tropas a los pintes en alguna reserva cercana al lugar nativo, que aliciente alguno ha bastado a hacerles abandonar,—pero ya, de una vez por todas, es necesario tratar de atraer, por modos graduales, a una civilización definitiva a los 200,000,

nada más que 200,000 indios, muy adelantados ya muchos de ellos, que viven enclavados entre los Estados blancos, que adelantan, costando al gobierno nacional, por el actual sistema de tutela, de cuatro a siete millones de pesos al año por gasto de agencias.

El Secretario Lamar sugiere que se eduque a los indios por medio de los indios: que en vez de enviarlos, contra la voluntad de sus padres, a escuelas lejanas de la nación, se les envíe a las escuelas excelentes de los cheyennes, donde son indios casi todos los profesores, donde los indios, y no el gobierno, fueron los que fundaron y los que pagan la enseñanza, donde la enseñanza iguala, en sus ramos, y en el cuidado con que se estudian, a la de las escuelas superiores de la Nueva Inglaterra:—el secretario Lamar lo dice.

En cuanto a tierras, ya los sioux poseen las suyas, por separado, y están contentos con ellas; pero como los indios han sido tan traídos y llevados y los contratos del gobierno con ellos violados tantas veces; como es tanto su miedo natural de que toda promesa nueva sea olvidada, y es tan vivo y legítimo su apego a las tradiciones de su raza, más ardiente mientras más amenazadas las ven, y menos tradiciones les quedan; la posesión de la tierra en común es uno de sus hábitos más arraigados y queridos, el Secretario indica que la tierra ha de dividirse, pues no hay otro modo de elevar al hombre que hacerlo creador de sí y propietario de algo, pero eso ha de hacerse de manera que ni choquen mucho al principio con las costumbres de la raza, ni luego de que esté repartida la tierra en lotes individuales, se apoderen de ella los contratistas rapaces o los colonos blancos que se las envidian.

Divídase en haciendas personales parte de la tierra que hoy posea por contrato cada tribu: compre el gobierno a los indios a buen precio y resérvela para su adelanto, la tierra sobrante: prohibase a los indios, por un plazo que baste para que entiendan el valor de su propiedad, que enajenen o hipotequen su tierra, o que la arrienden a cualquiera que no sea un indio de su propia tribu.

Propone un sacerdote, y recomienda el Secretario para la tribu de los umatillas, que como no conocen aún las ventajas y goces de la propiedad individual, y no la ven hasta hoy sino como una revolución temible en sus costumbres, que les viene del blanco engañador, se divida la tierra en lotes individuales de a ochenta acres; se elija un grupo de diez a quince indios jóvenes, se les enseñe a cultivar y dirigir sus fincas, trabajando los diez o quince en común en las fincas de todos, bajo maestros

prácticos a un costo de \$7,000 al año; y cuando este año preparatorio esté acabado, se ponga cada hacienda en manos de su dueño preparado ya para hacerla prosperar, en tanto que se comienza de nuevo al año siguiente con otro grupo: y así hasta que quede enseñada toda la tribu.

No parecen bien al Secretario los agentes fijos, que obran sobre tribus en distintos grados de civilización con un sistema igual para todos. No: el Secretario cree que cada caso ha de resolverse en acuerdo con sus especiales exigencias: que el indio de la reserva de los pueblos, que apenas tiene carne que comer y algo que vestir, tiene razón para resistirse a pagar las cargas públicas de una ciudadanía de que no goza, y de unas leyes escritas en una lengua que no entiende; mientras que los cheyennes, que de mucho tiempo atrás se gobiernan con innegable sabiduría, no sólo no se eximirían mucho de las cargas urbanas, sino que voluntariamente se las imponen, y sin espolio ni soplo ajeno, han determinado dar \$6,000 al año de la anualidad que por contrato les paga el gobierno, para contribuir a los gastos de las escuelas de la tribu.

En 1886 se recomienda, pues—¡oh hombres vanidosos!—para resolver el problema indio—lo mismo que recomendaba, en la lengua sana y nueva de aquellos tiempos, la ordenanza de 1787, lo mismo que decía en su informe en 1822 aquel hombre de gran frente que dio el Sur, John Calhoun, “el sistema de educación que es la base de todo, la reducción de sus comarcas y la división de la propiedad territorial”. Ya entonces decía Calhoun, también Secretario: “Todas las tribus, no sólo no resisten, sino que solicitan la educación de sus hijos. Los informes de los maestros son unánimemente favorables. El progreso de los niños indios es enteramente igual al de los niños blancos de la misma edad; y parecen tan capaces como ellos de adquirir hábito de trabajo.”

Y acaba Lamar recomendando que no se les aparte de los lugares en que hoy viven, porque no podrán entonces, con el miedo de ser expelidos de la tierra que hubiesen cultivado, entregarse con fe a la labor a que se quiere aplicarlos definitivamente. No podrán las compañías ferrocarrileras pasar por las tierras indias sin compensar cumplidamente la ocupación que usurpan.

Y las nuevas haciendas individuales serán registradas como cualquiera otra propiedad de un ciudadano de la república y asignadas por el título respectivo a su dueño indio.

Así, educado por maestros de su propia raza, encariñado con su labor productiva en tierra definitivamente suya, y ayudado, en vez de

burlado sangrientamente por sus conquistadores, podrá, con paz segura, con los placeres de la propiedad, con la conciliación de la vida de su raza y la vida civilizada, con la elevación de la mente instruida, permanecer el indio como elemento útil, original y pintoresco del pueblo que interrumpió el curso de su civilización y le arrebató su territorio.

No acaba el mensaje de Lamar sin una sugestión que ha sido muy celebrada: ¡esas son las cosas que los hombres romancescos, que saben de versos y monedas antiguas, descubren cuando miran con los ojos fijos en las llamas elocuentes del leño que chisporrotea en la chimenea!

Washington, Madison, Jefferson, Adams, todos habían sugerido ya lo que hoy, por razones que discretamente calla, sugiere de nuevo el Secretario. Todos recomendaron, como él, la creación de una universidad nacional.

Bien se ve, aunque él no lo dice, que sufre por esta rudeza general de espíritu que aquí aflige tanto a las mentes expansivas y delicadas. Cada cual para sí. La fortuna como único objeto de la vida. La mujer como un juguete de lujo. El amor de la mujer, como un capricho de la fantasía o como una necesidad de acomodo social. El hombre, máquina, rutinaria, habilísimo en el ramo a que se consagra, cerrado por completo fuera de él a todo conocimiento, comercio y simpatía con lo humano. Ese es el resultado directo de una instrucción elemental y exclusivamente práctica. Como que no hay alma suficiente en este pueblo gigantesco: y sin esa juntura maravillosa, todo se viene en los pueblos, con gran catástrofe, a tierra.

Los hombres, a pesar de todas las apariencias, sólo están unidos en este pueblo por los intereses, por el odio amoroso que se tienen entre sí los que regatean por un mismo premio. Es necesario que se unan por algo más durable. Es indispensable crear a los espíritus aislados una atmósfera común. Es indispensable alimentar la luz, y achicar la bestia.

Fuera de negocios y de cierto círculo privilegiado, salta acá a los ojos que los hombres no tienen nada que decirse, ni pensamientos finos con que complacerse, y elevarse en común: ni modo siquiera, aparte del instinto y la costumbre, de retener en sí el alma volandera e imaginadora de sus mujeres.

De leer, escribir y contar no se pasa en la escuela pública. Y de la escuela pública, a la faena, al espectáculo del lujo, al deseo de poseerlo,

a la vanidad de ostentarlo, a las angustias crueles e innobles de rivalizar con el del vecino.

De este empequeñecimiento es necesario sacar estas almas. En el hombre debe cultivarse el comerciante,—sí; pero debe cultivarse también el sacerdote.

Un hombre no es una estatua tallada en un peso duro, con unos ojos que desean, una boca que se relame, y un diamante en la pechera de plata. Un hombre es un deber vivo; un depositario de fuerzas que no debe dejar en embrutecimiento, un ala.

La lectura de las cosas bellas, el conocimiento de las armonías del universo, el contacto mental con las grandes ideas y hechos nobles, el trato íntimo con las cosas mejores que en toda época ha ido dando de sí el alma humana, avivan y ensanchan la inteligencia, ponen en las manos el freno que sujeta las dichas fugitivas de la casa, producen goces mucho más profundos y delicados que los de la mera posesión de la fortuna, endulzan y ennoblecen la vida de los que no la poseen, y crean, por la unión de hombres semejantes en lo alto, el alma nacional.

Clama el Secretario por una educación general superior como una inmediata necesidad nacional; cree que no basta la seca escuela de elementos meramente prácticos; pide una gran universidad nacional, que organizándose sobre la base de las diversas corporaciones científicas, que hoy mantiene separadas el gobierno, complete este espectáculo de las fuerzas de la tierra sorprendidas y puestas a servir, con los conocimientos que se derivan del hombre que ama y aspira sobre ella, y no ha de saber sólo qué es lo que tiene bajo sus pies, sino lo que lleva en sí.

Un pueblo no es un conjunto de ruedas; ni una carrera de caballos locos; sino un paso más dado hacia arriba por un concierto de verdaderos hombres.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 18 de febrero de 1886

## UN GRAN ESCÁNDALO

*El Secretario de Justicia culpable de soborno.—Una compañía de teléfonos en que el Secretario tiene \$500,000.—El Departamento de Justicia procura anular en nombre de los Estados Unidos la patente de una compañía rival.—El Presidente y sus ministros.—Examen de este escándalo: la Pan Electric contra la compañía de Bell.—La patente de los teléfonos de Bell acusada de fraude.—¿Qué es diputado y qué es soborno?—*

*Garland*

Nueva York, Febrero 12 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

El escándalo es donde no pudo sospecharse que tan pronto sería: en el gabinete de Cleveland. Soborno se llama en castellano el recibir paga por abusar de un cargo público en beneficio del que remunera el abuso. El diputado electo por el país para cuidar de sus intereses, no tiene el derecho de servir con su puesto a compañías privadas sino cuando de ellas resulta claramente un bien general e indiscutible para el país a quien debe su puesto, y de quien cobra paga. No tiene el derecho de valerse en servicio de Juan del empleo que ocupa por la voluntad de Pedro, y por el cual le paga Pedro. Y si recibe el diputado dinero o cosa que lo valga o pueda valerle, por poner su investidura pública y los influjos que vienen con ella al servicio oculto de una compañía que compra al diputado para sí el poder que éste sólo tiene legalmente para las cosas de la nación; si el diputado esclaviza a una compañía su influencia, su juicio y su libertad, que necesitan permanecer desentradados, y se vale a escondidas de su carácter nacional para favorecer un interés personal de que recibe paga, el diputado es culpable de soborno.

Ese fue el colosal escándalo que se dio aquí cuando el *Credit Mobilier* en que el mismo Garfield apareció envuelto; representantes y senadores recibieron paga, en dinero o acciones, de la compañía, por determinar con sus votos en el Congreso la legislación favorable a la empresa; por distribuir en provecho de los que los sobornaban las tierras, los fondos y los derechos públicos, para guardar los cuales habían sido nombrados y se les pagaba sueldo; ¡para robar, so capa de legislar, al erario público, y lo que importa más, al erario de los derechos de la nación, vendido por los mismos que reciben sueldo para custodiarlo!

¡Ese fue el escándalo de Blaine, de quien es fama que tuvo que poner las rodillas por el suelo para obtener de su acusador las cartas en que se probaba que había vendido su influencia como Presidente de la Cámara a la empresa de un ferrocarril que se lo había comprado con acciones!

Y eso, y no más, a bien que era bastante, le impidió ser Presidente de la República.

Ese es ahora el escándalo de Garland, el Secretario de Justicia en el gabinete de Cleveland.

Está probado de un modo absoluto que cuando era Garland senador, recibió quinientos mil pesos en acciones de una compañía nueva de teléfonos, la *Pan Electric*, y, según se demuestra por sus propias cartas, empleó su influjo como senador en beneficio de la compañía, cuyas acciones sólo tienen hoy un valor nominal, en tanto que no se invalide la patente de la compañía de teléfonos de Bell que excluye toda otra empresa de teléfonos; pero tendrían grandísimo valor desde que, en virtud de los esfuerzos de Garland y otros como él, se anulase la patente de Bell, que se dice fraudulenta, y pudiera la empresa rival *Pan Electric*, sacar patente nueva por sus inventos telefónicos.

Garland hizo, pues, lo que Blaine y lo que los del *Credit Mobilier*: puso su carácter nacional al servicio de una compañía privada y recibió una compensación, que puede resultar enorme, por sus servicios fraudulentos.

¿Le pagaba la nación para que le sirviese a la *Pan Electric*?

Así las cosas, sube Garland al gabinete.

A poco de subir, se presenta, con buenas razones, es verdad, la compañía *Pan Electric* a pedir a la Secretaría de Justicia que litigue, en nombre de los Estados Unidos defraudados, contra la compañía de teléfonos Bell, y use su legítimo poder para anular una patente de invención que fue obtenida del gobierno por sorpresa y con engaño por el que no era el inventor legítimo.

La compañía de Bell, que con los provechos del monopolio del teléfono ha acumulado un caudal considerable, ha vencido doce veces en los tribunales a los que niegan a Bell la invención del instrumento; a pesar de que es válida en el público la opinión de que no fue él el inventor, ni se soporta en lo general con calma el abuso que hace la compañía de su privilegio, cobrando altísimo precio por el uso del teléfono.

Garland, que posee una décima parte del capital en acciones de la *Pan Electric*, se reconoció en carta pública, privado del derecho de es-

tablecer en nombre de los Estados Unidos, un litigio en cuya decisión estaba personalmente interesado.

Pareció muy bien este acto honrado. Pero a los pocos días, salió de verano el Secretario, y a las calladas, aunque en virtud de las atribuciones de su empleo, el "abogado público", el *solicitor general*, dio permiso para que se promoviera en nombre del gobierno el pleito de nulidad de la patente de la compañía de Bell.

No lo promovía el Secretario, es verdad; pero lo promovía su subordinado inmediato, lo promovía la Secretaría.

¿Cómo se puede suponer, sea cualquiera la ficción legal a que se acuda, que el jefe de un departamento no influye en un litigio de su departamento, en el que le va una colosal fortuna? ¿Cómo, siendo una en la mente pública las personas del jefe del departamento y el empleado menor que está bajo él, no ha de suponerse que la Secretaría de Justicia ha accedido a entablar el pleito porque el Secretario sacará de él, si lo gana, una inmensa fortuna? ¿Cómo no ha de parecer indecoroso que uno de los más altos empleados de la República use el poder y las cajas de la nación en un litigio en que le espera conocidamente provecho personal? ¿Cómo ha de ser imparcial en el caso, como es su deber. el que tiene en él tan conocida y valiosa parcialidad?

La compañía de Bell puso enseguida en juego sus resortes, que son acá, como todo, gigantescos: periódicos que se leen por centenas de miles, amigos personales de Cleveland que se prestan "por una consideración" a darle consejos, representantes que obligan a la Casa a pedir cuenta de las sumas gastadas por el erario nacional en entablar contra la compañía de Bell la acción que solicita la *Pan Electric*. Una tormenta de injurias fue la prensa, y lo es aún ahora. Cuando se ensalza aquí, el mundo entero lo oye; pero cuando acá se lapida, las piedras son montañas; y se visten de tal dignidad de argumentación los diarios comprados, que da grima creer que pueda haber criaturas con luz en la frente y canas en la barba que por dinero abran a los paseantes, como la mujer de la Biblia, esta arca santa de los pueblos, que debe ser la prensa. No hay monarca como un periodista honrado.

El Presidente, a las primeras acusaciones, pidió cuenta a su Secretario: "Es verdad, dijo Garland, que poseo esas acciones de la *Pan Electric*; pero el "abogado público" ha dado permiso para el litigio sin mi aprobación, ni mi conocimiento". "Mejor será, dijo el Presidente al abogado público, que su permiso se recoja, e informe sobre los méritos de este caso, el Secretario de lo Interior".

Lamar es el Secretario de lo Interior, Lamar, una especie de caballero Bayardo, a quien nadie jamás ha puesto tacha. Lamar vio el caso fuera de Garland, y en lo que daba de sí genuinamente.

Hay razones reales para creer que la patente de Bell es fraudulenta. Ni la *Pan Electric*, ni ninguna otra empresa privada, puede combatir con éxito en los tribunales. ¡Acá también!—contra el influjo, y recursos cuantiosos de la compañía de Bell, acusada de fraude y despotismo por la opinión pública. Denunciado el fraude en una patente, el gobierno de los Estados Unidos, que la dio, tiene la obligación de investigar si el derecho de privilegio de que es depositario le fue hurtado. Decidió Lamar que procedía el litigio. ¿Quiso ayudar a su amigo, a su antiguo compañero en la guerra de la confederación, al Sur en quien recaería apenas vuelto al poder el descrédito de uno de los hijos que tiene en el gabinete? De eso le acusan: pero esa no es la opinión pública.

Se reconoce, por una parte, que el gobierno tiene derecho a exigir la prueba de la validez de la patente denunciada. Todo inventor tiene en la oficina de patentes un depósito nato: su privilegio de invención. Si la Oficina de Patentes da el privilegio a quien no sea el inventor real, da lo que no es suyo, y defrauda al inventor verdadero. Si éste reclama su derecho, la Oficina de Patentes tiene que procurar recobrarlo para volverlo a su dueño legítimo.

Tal es el caso legal. Pero, por otra parte, aun cuando sea cierto, y bajo Cleveland parece que lo es, que el gobierno no permitiría que se usase de ninguna influencia ilícita para torcer la opinión del tribunal en este asunto, siempre resulta que está hoy a la cabeza del Departamento de Justicia un hombre, Garland, que vendió a cambio de las acciones de una empresa su influencia de senador para hacerlas valer. Vendió un puesto público.—Y ¿por qué no ha de querer aprovecharse de su influjo mayor como jefe del Departamento de Justicia, en un caso de su propio departamento, el que se prestó a aprovecharse, y se aprovechó de su puesto de senador en el mismo caso?

¿De qué le vale ser ahora imparcial, por la fuerza de la opinión, si tiene aún en sus manos el precio de la venta de su cargo público?

¿No se ve desde allí la tormenta, que acá ha levantado, de gozo entre los republicanos, de tristeza entre los demócratas, este bochornoso descubrimiento? Bien se entiende que Cleveland muestre generosidad a Garland, y lo mantenga, aun con daño suyo, bajo su amparo; porque si sale Garland de esta manera del suceso, a no tener la vitalidad pas-

mosa de Blaine, se quedará con las acciones de la *Pan Electric*, pero sin honra pública.

Y los republicanos dicen, echando al aire gozosos sus gorros de fiesta: “¡Lo mismo, lo mismo que nosotros, vuestros demócratas!”

La persona de Garland se oscurece: a la de Lamar nadie toca, ni a la de Cleveland. La justicia del caso quita mucho de su fealdad al interés probado del funcionario público. Y el hecho, frecuente en los círculos de negocios, de recibir acciones de las empresas nuevas a cambio de servicios, entumece el sentido moral, que no entiende que el negociante es dueño de sí, y no goza de sueldo de la nación por defenderla, mientras que el diputado ya no es nada en sí, sino la nación misma, y no puede ponerse sin desvergüenza a la paga de quien busca su autoridad para el propio provecho, y acaso contra el de la nación misma. ¡Los depositarios de los derechos, de las tierras, de las arcas, del porvenir de la República, recibiendo dinero, o cosas que lo valen, para venderlos, torcerlos y comprometerlos!

—Vale más ser honrado.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 28 de marzo de 1886

38

**EL SENADO Y EL PRESIDENTE**

*El buen secretario Bayard.—Hechos menores*

Nueva York, Marzo 12 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Este acontecimiento, que llena aquí ahora los aires, ha dejado un tanto en la sombra los debates del Senado sobre el proyecto de exigir al Presidente que explique las razones de cada una de las vacantes de empleos que ha ido creando, y de los nombramientos con que las ha ocupado. La Constitución manda al Presidente que someta al Senado los documentos que éste le pide sobre remoción y nombramientos de empleos; pero no que le dé cuenta de sus razones, porque ya esto no sería tener el derecho que la Constitución le reserva, de remover y nombrar. El Senado sólo tiene derecho constitucional a confirmar o rechazar los nombramientos del Presidente, y a examinarlos para actuar a sabiendas sobre ellos. Pero se quería escandalizar, aterrorizar a Cleveland, forzarlo a confesar que él también ha dado empleos en pago de servicios políticos. Cleveland no se aterroriza, y se niega a ceder su prerrogativa al Senado que no ve cómo salir del lance. Pero ¡qué cartas se han leído a propósito de esto! ¡qué abyecta se vuelve por el pan fácil la persona oficinesca! ¡cómo quiebra la honra la larga posesión de un beneficio público! ¡cómo debilita la costumbre de los empleos la energía de los hombres! “¡No me saque de mi puesto, señor,—decía uno de estos manguados al Presidente—que por lo mismo que me tienen por republicano, yo serviré mejor a los demócratas!”—Si no estuviesen, a la verdad, cerca de un Presidente de República, caballeros como Lamar y Bayard, sería cosa de que el Presidente llegase a creer que esta tierra es un gran pudridero. Bayard no: ahora le respetan en su gran aflicción amigos y enemigos. Perdió a su hija, que ponía toda el alma en ser atenta, y sabía cosas serias, y fue generosa, y era vehemente en sus afectos, y ¡murió de todas esas enfermedades! Sobre la hija, murió la madre, que se miraba en ella; y el hombre afligido, que lo está de veras,

no desertó su puesto público, sino que aún encuentra en su corazón roto fuerzas para cumplir con su deber. ¡En la hora de la vejez, írsele a la tumba la casa!

Hormigean, como siempre, los hechos menores. Todo un pueblo japonés trabaja en sus industrias en un circo; se les ve tejer, pintar, peinar, bordar, teñir, cocer la porcelana. Las óperas de Wagner, aderezadas con grandísima riqueza, tienen lleno el teatro.—Un actor de poca nariz y buena fama, Lawrence Barret, representa con trajes brillantes el *Hernani*. Unos quieren que haya aquí un Westminster, donde en la casa de la religión nacional se sepulsen los grandes muertos: otros, sacerdotes por cierto, sugieren que sea un Walhalla, donde no haya culto religioso alguno, por tenerlos este país todos, sino una casa libre para los muertos nacionales: los más están porque no haya Walhalla, ni Westminster, sino porque cada héroe repose en paz donde el corazón le llamó en vida, con lo que, en este pueblo tan grande, no habrá lugar a celos, ni se separará tanto el muerto del lugar que le era grato.

Los escritores de más nota se juntan para pedir que se ajuste al fin entre Inglaterra y los Estados Unidos, un tratado mutuo de propiedad literaria, porque no es justo, como dice Mark Twain, que el que inventa un nuevo ojo de aguja pueda perseguir por sobre toda la tierra al que le robe los provechos de su invención, y el que de padecer o de observar, saca una verdad moral o física al mundo, o una obra que lo deleita y maravilla, sea robado de sus provechos en Inglaterra, por el delito de escribir en los Estados Unidos.

La legislatura de Nueva York, azuzada por la queja pública, trata de saber si fue por acaso entre los miembros del ayuntamiento neoyorquino donde cayeron unos millones de pesos que aparecen gastados por la empresa de tranvías de Broadway, cuando los libros rezan que sólo unos \$160,000 se gastaron en el camino, lo cual parece confirmar la opinión de que el resto hasta unos tres millones, fue distribuido entre los municipales y demás caballeros para obtener en una sesión apresurada de última hora, la suspirada franquicia de establecer “por 1,000 años” un tranvía en Broadway. Un gremio de tipógrafos multa a un periódico en \$50 por cada semana que tarde en despedir de sus talleres, a los cajistas de otro gremio que hoy lo ocupan.—Francis Ellinwood Abbot que piensa hondamente, delinea con mano segura en un libro notable: “El teísmo científico”—los contornos, cada día más claros, de aquella es-

paciosa religión venidera que va saliendo a voces, cada vez con más bríos del conocimiento científico del mundo. Y señoras muy cultas, una de las cuales ha desenterrado ruinas en Ajircatan en traje de hombre y habla lenguas indias, se han reunido, en virtud de que acá no hay la noble ley que da a la esposa la mitad de las ganancias del matrimonio, para discutir la justicia de esta proposición: “el marido debe pagar a la mujer un salario semanal por los trabajos de la casa”. ¿Dónde estará el aroma de las rosas?

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 1 de abril de 1886

**LA REVOLUCIÓN DEL TRABAJO**

*Grandes huelgas.—La reforma de las tarifas en el Congreso.—Proyecto de educación federal.—La colección de cuadros de Morgan, vendida en dos millones.—Un vaso en dieciocho mil pesos.—Huelga y motin de los empleados en los tranvías.—Escenas de la huelga*

Nueva York, Marzo 25 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Mucho problema hay en pie ahora en los Estados Unidos; mucho libro nuevo, porque parece que también la inteligencia, fecundada como la tierra por el frío, da flor cuando se acerca la primavera; mucha batalla política hay ahora.

¿Quiénes vencerán en el Congreso: los que quieren la reducción de la tarifa de aduanas, para ir rebajando el costo general de la vida y sujetando la producción al consumo legítimo, o los que quieren mantener alta la tarifa, con la esperanza de que una legislación amiga les permita imponer a la nación inquieta y pobre la compra de los artículos de uso a un precio extraordinario?

¡Es la batalla de siempre!: todos los poderosos aliados con los que viven de sus migajas, contra los previsores, amigos de los débiles.

¡Es la batalla de siempre!: todos los glotones de hoy, Don Tierra y Don Panza, contra los espíritus desinteresados y fervientes, sin más sueldo que el placer de hacer bien, que es una sabrosísima paga.

Dicho sea con dolor: aunque las estadísticas del trabajo en mil ochocientos ochenta y cinco revelan el hecho temible de que un siete y medio por ciento de las industrias de los Estados Unidos han estado sin empleo durante el año por falta de consumo; aunque el malestar y la ociosidad forzosa que esta penuria crea entre los trabajadores, enconan sus males y precipitan sus quejas, sin que se paren a pensar que una parte de sus sufrimientos viene de abusos que indignan, y otra de la mala condición de las industrias;—aunque, con la vehemencia mística de los apostolados, se esparce por la nación, como fuego en campo seco, la orden de los trabajadores, la noble orden de los Caballeros del Trabajo, —parece que va a quedar vencida en el Congreso la proposición de re-

baja de la tarifa: así extreman los comerciantes sus fiestas y banquetes cuando están prontos a declararse en quiebra; así alardean los gobiernos de autoridad cuando sienten que se estremecen y vienen a tierra.

Sin querer se van saliendo de la pluma estas reflexiones: porque la mente está repleta, en este aire de batalla, de los ecos del magno combate que en todo el mes están librando en diferentes partes del país las organizaciones de trabajadores.

No se trata de una huelga aquí, y otra allá, y otra mañana. Se trata del estupendo crecimiento de una asociación de obreros de toda labor, coligados por un sistema fácil bajo un tribunal supremo, para arbitrar las diferencias entre los capitalistas y los trabajadores, dirigir y mantener huelgas, hacer leyes en acuerdo con una distribución justa de los productos del trabajo, y suspender en un día dado todo el trabajo de la nación, en tanto que haya un solo abuso que enderezar, un empleado despedido sin razón, un salario odioso que no alcance para comprar pan; una muestra de persecución a los obreros que defienden sus derechos o los de su clase.

¿Qué importa ante esto la bravura con que en un imprevisto mensaje echó en cara el Presidente al Senado que le mueva guerra por cambios de empleos honradamente meditados, cuando muchos de ellos fueron hechos a instancias secretas de los senadores republicanos que, en público, arrogándose un derecho que no les da la Constitución, afectan luego ponerse en berlina porque se niega a presentar a los senadores los documentos privados que para su mejor información mediaron con ocasión de estos nombramientos?

¿Qué importan los sucesos menores del mes:—que en la opinión pública triunfa Cleveland:—que no cede a los demócratas interesados, y éstos, sintiéndolo fuerte, buscan pretextos decorosos para irle cediendo; que el Presidente, reconociéndose impotente para dominar la agitación contra los chinos en el Oeste, esquivé en un mensaje al Congreso la responsabilidad pecuniaria de la nación en los últimos asesinatos y expropiaciones de chinos en California, so pretexto de que, en lo visible y aparente, el gobierno acudió con sus fuerzas y recursos a remediar el conflicto; lo cual es verdad, si se añade que ni acudió a tiempo; ni lo remedió, ni anduvo tan de prisa como pudo, ni hay modo ni voluntad de castigar a los agitadores?

Nada son, junto al asunto mayor que hoy conmueve la atención pública, ni el proyecto de Blair, muy sonado y ya casi vencido, de re-

partir entre los Estados una suma anual de los fondos federales para ayudar a los gastos de la educación, cosa que se tiene aquí por viciosa. ocasionada a fraudes y atentatoria a la virilidad e independencia de cada Estado,—ni la opinión creciente de que ha de tratarse de buena fe a los indios, sacarlos de su condición abestiada de páuperos a sueldo, y repartirles por cabeza sus tierras propias;—ni importa siquiera ya el colosal rendimiento de la colección de cuadros, porcelanas y otras obras de arte de la señora de Morgan, que entre lo que le llevaban los vendedores de oficio, los cavaantiguallas y chupapintores, los que pagan en hambre lo que venden en fortunas, compró tales maravillas y rarezas de pinturas y cerámica que la venta de ellas ha producido a la testamentaría dos millones de pesos.

Un Jules Breton,—una procesioncilla, sentida y suave, de niñas de pueblo que van a recibir la primera comunión,—se vendió en más que los cuadros de Gérôme, que tienen la consistencia y brillo del acero; de Millet, que halló lo hermoso de la fealdad y la tristeza; de Delacroix, que pintaba sus tigres como si él lo fuese; de Fromentin, el caballero del espíritu y de la pintura; y de Fortuny, el sabio de la gracia, ¡una orla de oro! ¡En cuarenta y cinco mil quinientos pesos se vendió el cuadro de Jules Breton; linda cosa, es verdad, pero no más que linda!

Y el cuadro que alcanzó segundo precio no fue tampoco cuadro de fantasía o historia muerta; no fue un bufón de Zamacois, que saca la cabeza a casi todos los pintores modernos; no fue un oficial de Detaille, un oficial abanderado, de cuello enjuto y ojos secos, que es todo él triste y grandioso como la derrota de la Francia; sino un cuadro de Vibert, que pinta cardenales picarescos y canónigos de buen vivir, mucho rojo en mucho blanco, mayordomos que saben el pescado que place a monseñor, sotanas negras que sonríen mientras hacen como que oyen lo que platican en la sala vecina las sotanas encarnadas. ¡Ah, pero este cuadro, si no merecía todo su precio, era, por lo menos, una lección profunda! Todo lleno de heridas, bello como una luz que sube al cielo, contaba un sacerdote misionero su campaña de almas a las túnicas lisas y relucientes de los sacerdotes de ciudad, que le oyen distraídos y de mal humor, como oyen al deber siempre los que no cumplen con él.

De esta misma colección era un vaso de porcelana que parecía hecho de nube y se vendió en dieciocho mil pesos; un *uot-tsai-khi* legítimo, que es mucha maravilla; uno de aquellos pocos que se hicieron, de caolín molido y remolido en todo un año, cuando Tching-htoe y Tching-te

regian en China, y luego cuando Khang-hy, en los tiempos de la "Alegria Serena"; ¡y toda la paz imperial parece emerger del vaso!

Por delante de las salas en que se exhibía la colección iban y venían grupos de curiosos y obreros en traje de fiesta, que querían ver cómo acababa la huelga de conductores de carros con que empezaron en este mes memorable las batallas del trabajo.

Adentro, vanidades disputando precios, y aficionados de corazón de artista, mohínos porque se les iban de los ojos las maravillas que se los aliviaron un momento. Afuera, las aceras repletas de gente de labor endomingada: porque, para el que padece, todo día en que se luce el derecho es domingo;—y se visten en sus días de huelga los obreros para recibir el derecho que esperan, como las niñas de Jules Breton iban vestidas para recibir en el templo al Señor.—¿Vamos afuera?

Hay huelgas injustas. No basta ser infeliz para tener razón.

La justicia de una causa es deslucida muchas veces por la ignorancia y el exceso en la manera de pedirla. Es verdad que al que se cría para toro no puede exigirse que salga ángel: y el obrero, no educado en finezas mentales, ni dispuesto, por lo que sufre y ve, a dulzuras evangélicas, cuando tiene que decir o hacer, lo dice o hace a manera de obrero; si es conductor de carros, con guantes de cuero; si es zapatero, con lezna; si es herrero, con martillo.

Ese es el vicio que daña a casi todas las contiendas de los trabajadores: el pensador los excusa, y en lógica es justo; pero en la acción social es peligroso, y el gobernante tiene que reprimirlo; de ahí los gloriosos fracasos de los hombres de pensamiento en el gobierno.

Pero la huelga de los conductores era justa. De mala alma se necesita ser para no sentir cariño por estos pobres soldados de la vida, de pie día y noche en la plataforma de sus carros, azotados por la nieve, empapados por la lluvia, arremolinados en la ventisca, salpicados de fango, y a cuyo tesón y resistencia deben los habitantes de la ciudad el poder ir de un lado a otro cómodos y con buen calor, a ganar la olla de la casa.

Se tiene natural afecto por el cartero, que nos trae señales de que alguien nos recuerda, aunque sea para mal; por el sereno, que nos guarda el hogar en las horas negras y húmedas; por los bravos conductores de los carros, que nos ayudan en la faena de ir de prisa, a amasar nuestro pan.

De modo que cuando se supo que mes sobre mes venía pidiendo la gente de los carros dos pesos al día por trabajar en pie doce horas, a lo cual compañías, ahítas de dividendo, contestaban aumentando las horas y disminuyendo el sueldo, no hubo apenas quien no aplaudiese la determinación que, fatigados al fin, tomaron los empleados de una de las compañías, de desertar carros y establos hasta que se accediese a pagarles su precio, que no es más que lo bastante para abrigar y dar mal de comer a una familia muy humilde.—¿Pues qué,—decía uno de los empleados—tengo hijos y nunca puedo verles a la luz del sol?— Pero los establos no los dejaron completamente desiertos los huelguistas: el carrero ama sus caballos, que entienden su amor; dejaron hombres que dieran de comer y beber a los caballos.

En un instante, se vio en aquella región de la ciudad un espectáculo notable. Es barrio de trabajadores, aunque toca por todas partes, y sirve de vía, a los mejores lugares. Cuantos estaban libres, inundaron las calles. Las mujeres pasaban horas sobre horas acodadas en sus ventanas. Hombres, mujeres y niños se mostraron dispuestos a impedir que la compañía moviese un solo carro, si había quien la sirviera,— ¡que siempre hay! De todas partes, como obedeciendo a orden mágica, vinieron carros cargados de carbón, de piedra, de ladrillo, que vaciaban sobre los rieles. Las mujeres de las casas de vecindad, a quienes el carbón cuesta caro, salían con baldes de él, y también los vaciaban.— Y la huelga fue creciendo, y ramificándose a otras líneas.

A una hora se detenía el tráfico en una vía. Un instante después se detenía en otra. Venía un carro; saltaba a la plataforma un hombre desconocido; hablaba al conductor; y el conductor desuncía los caballos dejando el carro vacío sobre la vía; ¡todos por uno!: "una injuria a uno es una injuria a todos": ese es el lema de la noble orden de los Caballeros del Trabajo.

Y como los conductores son miembros de ella, y los empleados de los ferrocarriles elevados también, hubo un instante de verdadero pánico, en que la ciudad sintió como que se le encogía el aliento, y se notó en los rostros la inquietud y el trastorno, cuando se temió fundadamente que, en obediencia a la disciplina de la asociación, los empleados de los "elevados" se negarían a trabajar, hasta que a los de los carros se hubiesen reconocido sus derechos.

En esto, ya estaban las avenidas de la compañía henchidas de gente. Ni un carro habría de pasar. Toda la policía de la ciudad y la de reserva, fue llamada para proteger el viaje de un carro. La muchedumbre toda se dispuso a cerrarle el camino. Apareció el carro, rodeado de seiscientos cincuenta policías. Ya no eran sólo cargas de carbón, piedra y ladrillos; era un vagón de cerveza, torre ambulante, cuyos barriles vacíos dejó el carrero de buen grado amontonar sobre los rieles: eran vagones de las líneas transversales, que a hombros sacaban de sus vías los amigos forzudos de los huelguistas, y reclinaban suavemente sobre la vía bloqueada, como se reclina en la cuna a un niño.

La muchedumbre, que hacía masa a un lado y a otro de la calle, desde las paredes a los bordes de la línea, esperaba colérica la llegada del carro, que por sobre la gente, con difícil prudencia, hacía adelantar la policía.

De las ventanas mostraban los puños cerrados y vociferaban las mujeres. Silbidos, gritos e injurias acogían a los policías y su carro. Hubo en un instante un grito tal, tan sostenido y fuerte, un grito de diez mil criaturas a la vez, que se oyó al otro lado del río. Al fin, un adoquín fue lanzado por alguien sobre la policía y las piedras empezaron a llover sobre los carros.

Cargaron los policías sobre la turba, con las porras en alto, y la multitud aterrada se entró por las calles y casas dejando en paz el carro por pocos momentos, pues al cabo de ellos ya otra vez estaban las ventanas llenas de puños y la calle de hombres y mujeres.

Así el día entero. Así la noche.

Tenía el Bowery, el Broadway de los pobres, un aire de campaña: y tanto hombre robusto y sombrío inspiraba respeto, pero daba miedo: no por lo que era aquello en sí, aunque fue el motín mayor de trabajadores que ha habido en Nueva York, sino porque el instinto público presiente los grandes riesgos, y hay en cada hombre, aun en el más burdo, una especie de inteligencia involuntaria, que obra a despecho de él y sin su conocimiento, y le avisa anticipadamente, en revelaciones bruscas, de lo que va a ponerle en alegría o en peligro.

Venció la huelga: el trabajador de los hijitos, podrá abrazarlos alguna vez al sol; pero New York entrevió con visible recogimiento, en qué extremos podría hallarse si se coligaran por fin todos los traba-

jadores hasta conseguir la mejoría de condición y seguridad de empleo a que aspiran. Se sintió que aquel reconocimiento del poder que les da su organización, podría precipitar sus demandas en las comarcas descontentas, y adquirir proporciones tales que detuvieran, o sacudieran, la vida de la nación.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 7 de mayo de 1886

## LAS HUELGAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Los Caballeros del Trabajo.—Causas y efectos de la huelga ferroviaria.—Jay Gould y los trabajadores.—El lenguaje de los Caballeros del Trabajo.—Atentados de los huelguistas.—“¡Todavía eres buena bandera!”*

Nueva York, Marzo 25 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Hoy, todo es huelga, huelga formidable. Estados enteros hay en huelga; regiones enteras de trabajo, que abarcan dos o tres Estados. De asamblea en asamblea, o sea de gremio en gremio, ha ido extendiéndose la orden de los Caballeros del Trabajo desde su cuna en Filadelfia, por toda la República, en las manufacturas del Este primero, luego en las grandes ciudades, después en los ferrocarriles que van al Oeste, al fin entre los campesinos y mineros de los Estados del Pacífico.

Lo que empezaron junto a una mesa de cortar ropa hace veinte años unos cuantos sastres de brava voluntad, es hoy asociación técnica, organizada como vastísima masonería, por medio de la cual, si en un ferrocarril de Texas despiden a un obrero sin razón, ya están los herreros de Pittsburgh, los zapateros de la Nueva Inglaterra, los cigarreros de Nueva York disponiéndose a ayudar con su cuota a la huelga de los ferrocarriles de Texas, hasta que el obrero despedido sin justicia sea vuelto a su puesto.

Si los trabajadores en las minas de carbón creen que se les paga un salario ruin por su trabajo casi sobrehumano, los Caballeros del Trabajo los defienden, los representan, los ayudan; y hace seis meses que en Monongahela hay poca carne y poco pan, pero las minas están desiertas: unos días ha, quisieron algunos volver a las minas, y sus propias mujeres les salieron al encuentro, y les vaciaron sobre la cabeza las cestas de los desechos de la casa.

Si en la Nueva Inglaterra se resisten los manufactureros a dar cuenta de sus provechos al tribunal de la orden, que los inquiere sinceramente en son de paz; para saber si es cierto que no pueden pagar a los obreros el salario que reclaman, sin obreros se quedan las colosales zapaterías,

con gran utilidad de las que, por no parar en la ganancia, han reconocido a los trabajadores como regla de salario, una parte en los productos de la fábrica.

Crece este sistema. Acaso sea el que predomine, como único medio justo de dar en la producción de la obra su porción correspondiente al dueño y a los operarios:—que como se está hoy, el obrero, después de halar mal toda la vida y cavar cincuenta años, tiene que vivir de una limosna, que no siempre halla!

Y si una gran compañía de ferrocarriles, como la que por el Sudoeste del país dirige el hábil millonario Jay Gould, falta de propósito a sus acuerdos en conflictos anteriores y contra lo estipulado en ellos, rebaja sueldos, sin anuncio anticipado de un mes despide hombres, aumenta horas, y deja sin compensación las horas aumentadas; si una y otra vez piden en vano a los directores de la compañía que se examinen sus casos de queja, y se cumpla el acuerdo; si el desafío y desdén, como sucedió por desdicha en este caso, responden a la moderación y a la paciencia,—en masa se levanta el gremio ofendido del ferrocarril, y poco después, uno tras otro, todos los gremios que trabajan en la empresa, ahora los fogoneros, luego los maquinistas, los guardafrenos enseguida, enseguida los guardajugas, diez mil hombres en fin, el ferrocarril entero.

No salen trenes. Apílanse en enormes montes las mercancías.

Día sobre día aumenta la huelga.

Ni los productos van, ni su importe vendrá cuando se calculaba, ni las ventas serán las que hubieran sido.

Un ferrocarril detenido en semejantes comarcas es una plétora en la aorta.

Así se está hace ya quince días en los Estados de Missouri y Kansas.

La labor continua de los que preparan a los trabajadores para un alzamiento general y pacífico, por el que se venga a una reforma esencial en la condición del trabajo, se revela prematura e inevitablemente por estos grandes movimientos precursores, que estallan de su propia fuerza allí donde son más vivos los abusos que se intenta remediar o donde el influjo apaciguador de las cabezas más prudentes no puede ejercerse con tanta eficacia como en las comarcas que están más a su alcance.

Hace un año por esta misma fecha, sólo había dieciocho mil obreros alzados: este año hay, en estos instantes, fuera de las huelgas menores, más de sesenta mil. Apenas hay un minero trabajando en las regiones

de carbón de Pensilvania, Marilandia y Ohio: están desiertas las fábricas de clavos de los Alleghanies: pasan de diez mil los huelguistas en las grandes fundiciones, telares y zapaterías de Massachusetts.

Se asedia, se *boicotea* menos que el año pasado a las fábricas que se niegan a dar al operario el sueldo o estimación que él cree justo, lo cual la “asamblea local” castiga publicando el hecho en su periódico, para que los trabajadores o sus amigos no compren los productos de la fábrica.

Se *boicotea* menos; pero, mirando atentamente en la revuelta y voluminosa masa de noticias de las comarcas alzadas, se distingue menor sumisión, más determinación, mayor unidad que en las contiendas anteriores. No han esperado a tanto para levantarse. Piden sin arrogancia, pero con más energía; y en cuanto piden, en el Este como en el Oeste, se nota el mismo tino de resolución y de batalla.

Leyendo a la vez las manifestaciones de los lugares más distantes, salta a la vista esta igualdad de intensidad de resolución y de lenguaje.

Ese lenguaje constante de las resoluciones de la gente llana: infantil y terrible a veces, puerilmente retórico, a veces de apostolar elocuencia.

Si no se viera a la asociación que aconseja o dirige estas huelgas, surgir por todas partes, triunfar en unas, e inspirar respeto en todas; si no se la viese esparcirse, concentrarse, ubicarse, atender con energía y prudencia a todo; y acá reprimir, y allá azuzar, por un lado retener a los fanáticos, someter por otro a los que los tratan con desdén; si por la fuerza que mueven, y la habilidad con que la guían hasta ahora, no hubiesen atraído sobre sí la atención del país entero, y de fuera de él, donde se le proclama “la más notable de las asociaciones obreras conocidas”,—pudiérase decir por el tema general del lenguaje de sus documentos, que aún no le llegaba la seriedad a donde le llega el entusiasmo.

Pero esto es cuando se mira sólo a la retórica: porque en el hueso de los documentos se ven precisamente toda esa exaltación y concentración, todo ese fuego erguido y desbordante; toda esa incapacidad de ver más que aquello a que se tiene dada el alma, que echan a un lado con cólera, como capas de duende, los reformadores, convencidos de su justicia.

“Somos idiotas, que no podemos ver, ni leer, ni sentir, ni saber lo que las palabras significan. Durante meses enteros nos hemos sometido con paciencia a esa humillación: durante meses enteros hemos pedido, esperado, suplicado que se nos oyera amigablemente.

“Meses enteros hemos deliberado, en la esperanza de que los directores del ferrocarril nos diesen al fin razón.

“¡En vano! Cada día las violaciones han sido más rudas. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué haríais vosotros? ¿Someteros? No puede tanto la naturaleza humana.

“Los hombres que lo son, no se someten. Abandonaríamos el trabajo; y lo volveríamos a abandonar en circunstancias iguales, aunque la miseria nos diera en el rostro.”

Esto dice una asamblea. Otra dice así, al apelar a la *orden* y al *país* del intento mostrado por Jay Gould de llevar a los Caballeros del Trabajo ante los tribunales como conspiradores:

“Bien puede ser que prendan en los tribunales, que él domina, los ardides de la ley; y que no vean los jueces más derechos que los de la riqueza, a través de los lentes de oro que él sabe ponerles ante los ojos; pero a aquel tribunal superior y más alto, aquel cuyo veredicto es definitivo y supremamente recto, a aquel apelamos: he aquí nuestro caso.”

Y cuenta los abusos de la compañía. La proclama, aludiendo a los que por necesitados o traidores sirven a un ferrocarril, que son muy pocos, prorrumpo de este modo: “Los cobardes atrás, los bribones al enemigo; los hombres al frente”.

¡Los traidores, o los infelices! ¡Los de alma baja, nacidos para adular; o los de espíritu pobre, a quienes la rebelión y la miseria aterran!

¿Quién no ha conocido, en los bancos del colegio como en los de la vida, al que hace la ronda, como gallina enamorada, al maestro, al rico, al poderoso, y al mísero de corazón que, sin ser malo, va por miedo donde los malos lo llevan?

Y puede ser también, ¡quién sabe! que sea el amor de la casa, y el espanto de su escasez, lo que a algunos de los obreros del ferrocarril, cincuenta entre diez mil, haya movido a continuar sirviendo a la compañía. Pero de este hecho ha surgido el conflicto mayor, y el que pone en peligro a la orden de los Caballeros de perder mucha parte de la simpatía respetuosa con que visiblemente se la saluda, acaso porque, con justicia, se vea más en ella la resolución del problema del trabajo, que la convulsión sangrienta que otros temen.

Ni el que tiene un derecho, tiene con él el de violar el ajeno para mantener el suyo: ni el que se ve dueño de una fuerza debe abusar de ella. El uso inspira respeto: el abuso indigna. El país acompaña con

sus votos, fuera de los muy interesados, a las asambleas locales de la orden que decidieron con razón aparente la huelga del ferrocarril, y los Estados mismos que padecen de ella no lo echan en cara a sus instigadores: los gobernadores de los Estados han actuado como mediadores voluntarios entre los representantes supremos de la orden que ha reconocido y tomado a su cargo la huelga, y los directores del ferrocarril que se niegan a tratar con ella.

Pero cuando, con la violencia que la orden rechazó, han impedido los huelguistas que la compañía mueva sus trenes; cuando han saltado al paso de las locomotoras, y apagado sus fuegos; cuando han vuelto a la fuerza al depósito los trenes que emprendían camino; cuando, con toda la furia de una horda, que al fin se detuvo por sí misma, corrieron a atacar los talleres; cuando se apoderaron de una locomotora de la compañía, y fueron en ella, por la vía que no es suya, a hacer un recado de su huelga, ni el público lo sostiene ni la prensa los alaba ni la milicia se está quieta.

Los gobernadores han declarado hoy su intento de hacer respetar el derecho de la compañía a hacer correr sus trenes, si tiene empleados que la sirvan.

Convenzan los huelguistas en buen hora a los empleados: y niéguese en buen hora, sean cualesquiera los resultados para el país, a dar su trabajo por precio y condiciones menores de los que estiman justos,—que a eso tienen derecho. Mas si atentan a la propiedad y libertad ajena, la milicia del Estado caerá sobre los perturbadores.

Grande es la agitación; pero no se esperan, sin embargo, armas de ella.

En la ciudad de San Luis, ese aire de fiesta de las revoluciones, en todo se muestra,—en la gente que ocupa las calles, en los corrillos donde se discute acaloradamente, en las mujeres vestidas de gala. De pronto las calles se vacían: ¡es que han ido a silbar un tren que pasa!

Un hombre está junto a la línea con una bandera americana en la mano. El tren se acerca lentamente, y el hombre agita la bandera, tiene el rostro arrugado y barbudo: las manos velludas: va en camisa de franela, calzón holgado y corto, y botas.

—“¿Pasarás por sobre esta bandera?”, le grita al maquinista,—y pone el pabellón sobre el riel.

El tren pasa y lo rompe.

El hombre lo levanta y vuelve a enderezarlo, y en el silencio profundo de la muchedumbre dice:—“¡Rota estás y caída; pero todavía te respetamos: ayer te cortaron tus estrellas, y hoy te cortan las listas; pero todavía eres buena bandera!”

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 9 de mayo de 1886

## 41

### LAS GRANDES HUELGAS EN ESTADOS UNIDOS

*Aspecto del problema social.—Causas de la depresión industrial.—Las angustias del gran Tío Samuel.—Martin Ivons, un fanático.—Trabajadores contra trabajadores.—Motines y muertos*

Nueva York, Abril 27 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

No ha abierto esta vez la primavera con lilas y heliotropos, sino con rosas; ni están de acuerdo los cielos y las mentes inquietas.

Este mes ha visto el planteamiento, aún burdo y desordenado, del problema social con que, en este lado del mar como en el otro, parece quiere cerrar sus angustias el siglo en que vivimos;—como se cierra la noche, en cuyas entrañas negras relampaguean los ojos de las fieras: con el alba.

Es lícito deducir de movimientos simultáneos universales en una misma vía, la existencia de un malestar universal. El buen vivir y el ligero pensar son cosa grata y cómoda; pero no bastan a espantar los problemas de los tiempos, que se sientan mal de nuestro grado en el festín como el fantasma de Banquo.

El siglo tiene las paredes carcomidas, como una marmita en que han hervido mucho los metales. Los trabajadores, martillo en mano, cuando no Winchester al hombro, han comenzado ya a palpar las hendiduras, y a convertir en puertas anchas los agujeros, por donde entren a gozar en paz, aunque se les manchen los vestidos de la sangre propia, o ajena, de un estado nuevo en que el trabajo sea remunerado a un precio suficiente para sustentar la casa sin miseria y amparar la vejez, sin esa dependencia de la avaricia o capricho extraño en que ahora viven.

En los Estados Unidos se presenta el problema, como acá se presenta todo, y como lo da el país: colosal y súbito.

Acá, cuando hay fuerza, hay mucha; cuando hay hambre, hay mucha. Ni están aquí los excesos que esos tres elementos acarrear, templados por aquel amor arraigado y tradicional al propio país, que como voz de madre detiene en las entrañas de los más justicieros o coléricos, los

malos hechos; porque esta población revuelta, ya se sabe, sólo tiene de americana la última capa, la última generación, y en muchas partes ni ésa tiene,—de modo que, sin los frenos del patriotismo que aun en los ruines puede tanto esta mezcla de irlandeses, de escoceses, de alemanes, de suecos, de gente que come carne y bebe cerveza, y tiene espaldas y manos atlánticas, va rápida y sin bridas, sin más bridas que las de su miedo o instinto de conservación, a conquistar lo que cree suyo: su derecho a una parte mayor en los productos de una riqueza de que se estima el principal factor, y no es el aprovechador principal.

Pudiera detenerse, en muchos casos con justicia, a esa masa que adelanta. Pudiera hacérsele pensar en que si ella es una parte indispensable a la producción de la riqueza, lo es de otra parte la acumulación del capital contra cuyos abusos odiosos justamente se coliga. Pudiera traérsela a entender que no es sólo un mal ajuste de la distribución de los productos de la industria lo que en muchos casos tiene sin empleo, o en empleo de poco salario a los industriales; sino lo enorme de la producción por el trabajo acelerado de las máquinas, el exceso de lo producido sobre lo necesitado, la competencia entre los países rivales que es mortal para aquellos que como los Estados Unidos cobran por sus importaciones derechos altos, y los errores de esa misma industria que alimenta a la masa obrera, la cual, con el miedo de ser invadida en su propio mercado, por los frutos de los países de importación libre, aboga por la continuación de los derechos altos de entrada, que le impiden producir con baratura suficiente para salir a competir con éxito en los mercados rivales.

Este gran Tío Samuel se aprieta los tirantes, se mesa la barbilla, se pasa de mano en mano el sombrero con copa alta, se enjuga con su pañuelo de algodón el sudor de la frente, que ya empieza a dar gotas de sangre y a fuerza de haberse protegido tanto a sí mismo, se halla en frente de este problema formidable.

El Tío Samuel se lo fabrica todo; montes de fábricas de toda especie tiene el Tío Samuel, pero tiene que comprarse él mismo todo lo que fabrica; ¿y dónde lo pone? ¿y qué hace con tanto? ¿y con qué dinero seguirá alimentando sus fábricas? ¿y qué hará con sus millones de trabajadores, que no se paran a ver este problema, sino que ven a las empresas ricas, y se ven pobres, y quieren más salario, más seguridad y más respeto?

El Tío Samuel, la nación americana, se revuelve inquieto, y ya con señales de mucho malestar, entre sus fábricas de tejidos de lana, que

hoy no se venden en la cuarta parte de lo que costaron,—de armas, montadas para hacer mucho más de lo que los ejércitos naturalmente consumen,—de máquinas, que por lo caro del hierro, o por producir más de lo que se necesita, yacen en ocio, o disimulan su pobreza o trabajan con pérdidas, tristes y descompuestas como cíclopes con hambre.

Ese es el problema: hambre de cíclope. Y ese malestar industrial, cuyas causas,—exceso de producción, exceso de población obrera,—no son todas remediabiles, tiene en zozobra al país, y sin sus recursos y fe habituales, en los momentos en que, sintiéndose ya por la fortaleza de la hermandad más poderosa, la gente trabajadora, ha decidido trancar su fuerza.

Eso pudiera decirse a la masa obrera para contenerla, o demorar para ocasión más propicia sus demandas de reorganización industrial.

Pero como ellos se han hecho ya su código de derechos, que tienen muy cimentados en razones; como ellos ven que sus males provienen en parte visible de la insolencia y desdén del capital organizado, de las combinaciones ilegítimas de éste, del sistema de desigual distribución de las ganancias que mantiene al trabajador en un perpetuo estado de limosnero; como ellos no hallan justo que los salarios de los trabajadores de ferrocarril no pasen de un mendrugo y una mala colcha, para que puedan repartirse entre sí dividendos gargantuescos los cabecillas y favorecidos de las compañías, que por cada mil pesos de gasto real en la empresa emitieron veinte mil en acciones, de modo que como los provechos están naturalmente en relación al capital empleado, nunca hay bastante con el producto de los mil para pagar los dividendos de los veinte mil; como el santo veneno de la dignidad humana ya no quiere salirse de las venas de los hombres, y los hincha e impulsa,—resulta que con una justicia acá, y allá una violencia, los trabajadores se han puesto en pie, decididos a no sentarse sino mano a mano con el capital que los emplea.

Y más resulta, y ésa es la desdicha: nadie más que los siervos sienten la necesidad de ser señores; y como la gente trabajadora ha tenido tanto que sufrir del señorío de los que la emplean, le han entrado veleidades de déspota, y no se contenta con hermanarse con los que la han hecho penar, sino que, yendo más allá de toda razón, quiere ponerse encima de ellos, quiere sujetarlos a los términos que impedirían a los empleados la misma dignidad y libertad humana que los empleados para sí reclaman.

Ahí está su debilidad, en su injusticia: y por esta vez al menos, ahí está su derrota.

Eso que va dicho a manera de comentario, no es comentario sólo, sino la esencia y resultado real de los gravísimos sucesos que se han venido amontonando acá en este mes de huelgas, y dominando la atención, y conmoviendo todas las fuerzas del país, y paralizando el tráfico, y provocando la acción misma de la Presidencia.

Contados, uno a uno a la distancia, esos sucesos, interesantísimos todos, algunos terribles, parecerían tediosos; sobre que puestos uno encima de otro, harían de esta carta un monte.

En estas cartas decimos los hechos, no en su osamenta ponderosa, sino en su jugo: de modo que cuando razonamos, vamos contando, pero en tal manera que el cúmulo de sucesos no fatigue, y reciba el lector de ellos el beneficio mental y la experiencia que sacaría de presenciarlos. Pero estos sucesos han sido tales que, en índice al menos, hay que darlos.

Con rosas rojas abrió esta primavera; con manchas de sangre sobre la yerba verde; con obreros muertos, y alguaciles muertos; con acciones de armas entre los obreros del ferrocarril Missouri Pacific, ocultos en la yerba, con el Winchester encendido, y los alguaciles empeñados en hacer andar por la vía una locomotora, contra la voluntad de los obreros.

¿Quién no se imagina lo que son diez mil hombres del Oeste, del hierro, de la fragua, de la máquina, de la naturaleza, después de un mes de rebeldía sin paga, apoyados por una hermandad de quinientos mil trabajadores avivados, encendidos, fustigados por un fanático de lengua de acero, un escocés que ve murciélagos ventrudos y hediondos, y brujos con alas del tamaño de locomotoras en los capitalistas?

Los cabezas de la hermandad de los Caballeros del Trabajo no son así, sino gente que hacen resplandecer su justicia con su prudencia; pero ese terco escocés, que tiene la fe y el ímpetu de los apóstoles, no ve el problema con la mente que endereza, sino con la indignación que ofusca, y con tal de sacar a su ídolo, que es el decoro y la supremacía del obrero, por sobre todos sus oprobios, ni se para en llamas, ni respeta propiedades, ni cuida de telégrafos, ni entiende de paces y esperas, ni de derecho ajeno. Es de los desventurados que sólo ve el derecho suyo.

Este egoísmo es sublime, pues en semejante persona llevaría a la pérdida de la propia vida en holocausto de la dignificación del hombre; pero la grandeza moral absoluta, que es cosa del cielo, suele ser justamente crimen en la historia, que es cosa de los hombres. Todo aquel que no mira por el derecho ajeno como por el propio, merece perder el propio.

La huelga de los ferrocarriles del Sudoeste, del Missouri Pacific, ha sido en su marcha y acción reflejo del carácter de su caudillo. Fue premeditada con poca cordura; decretada sin suficiente razón visible; mantenida contra la voluntad de los directores de la orden de Caballeros del Trabajo, y contra sus métodos; afeada por asaltos, incendios, violencias y muertes.

Que el trabajador se niegue a dar su trabajo por menos del precio en que lo estima; que diez mil trabajadores ejerzan a la vez este mismo personalísimo derecho; que procuren, por el bienestar general de las clases humildes, que las empresas abusadoras no hallen trabajadores que los sustituyan, y se vean forzadas a comprar el trabajo que necesitan en el precio a que éste se estima, así como el trabajador compra los artículos de su uso al precio en que los estima el que los vende, —eso está bien, y tiene acá, en la conciencia del público, profundo apoyo, por más que lleguen a ser grandes las inconveniencias de industria y tráfico que resultan del ejercicio de esos derechos.

Pero no es de este modo escolástico y meramente racional como la gente de trabajo ve su problema.

No lo ve como un argumento, sino como una batalla.

De buena voluntad no se le ha dado nada: ella ha tenido que irlo arrebatando todo: por la organización, por la huelga, por el asedio —que llaman ahora “boicot”—siempre por un medio violento. Mientras pedían, mientras esperaban, mientras no se erguían, sus tristezas no hallaban favor. Asociados en pequeño, comenzaron a obtener victorias tímidas, que les dieron ánimos para mayores acometimientos y para afrontar sin desbandarse considerables derrotas. No dotados de aquella superior paciencia que viene del pensamiento, por cuanto la vida no prepara a los ganapanes para catedráticos de filosofía, no ven ellos las causas hondas y los efectos finales de su problema, sino las causas directas y los efectos inmediatos.

Conforme se van presentando los males, van discurriendo los remedios.

El primer mal era la miseria, la agonía permanente, la casa sin un ahorro para caso de médico o de muerte, el salario más bajo que las necesidades. Pues cesando a una vez de trabajar para el dueño, éste perderá indudablemente más con la suspensión de su empresa que cada uno de los obreros, que sólo pierde su salario. Huelga, pues, y el más testarudo o el menos necesitado, gana.

Mucho ha crecido el problema, y mucho más saben ahora los trabajadores que antes; pero para la gran masa de ellos, ése es el estado de su caso, y ésa ha sido la huelga del Sudoeste. "El ferrocarril no podrá trabajar sin nosotros, pues mientras no acceda a lo que queremos de él, huelga." Sí; pero hay muchos hombres sin trabajo, que andan de rodillas pidiendo qué hacer; hay mucha empresa ociosa; hay mucho inmigrante hábil; ¿de qué sirve la huelga, si por donde salen los huelguistas entran a miles, en los términos que ellos rechazan, otros obreros que cubren sus puestos?

Si sus clamores son justos, alega la empresa, ¿cómo esos obreros nuevos no los sienten y están satisfechos con su empleo, y con sus relaciones con la empresa?

El huelguista, ya fuera de su empleo por una causa que cree santa, no puede forzar a la empresa a que reconozca su demanda, si aquélla halla obreros que lo reemplacen; ni quiere que otro ocupe su lugar, pues siente que no es de ley moral que la empresa deje sin trabajo a los que en la hora del apuro se prestaron a servirla. El huelguista, que desde hace años oye a predicadores, asiste a reuniones y lee libros, cree que todo obrero que se presta a ocupar su lugar es un traidor, un traidor a "la causa santa del trabajo", y no estima que viola un derecho cuando pretende impedir que el obrero nuevo lo reemplace, sino que castiga a un infame y cumple una justicia.

Los huelguistas del Sudoeste decidieron, pues, impedir por la fuerza que la empresa moviera sus trenes, y utilizara las manos nuevas.

¿A qué contar los innumerables conflictos? Máquinas desventradas, talleres asaltados, trenes vueltos atrás, trenes quemados, trenes que adelantan entre tempestades de silbidos y descargas cerradas, la muchedumbre que acomete a los alguaciles, los alguaciles o la milicia que vacían sus fusiles sobre la muchedumbre, la empresa que va llenando los fuertes vacíos, ocho mil hombres que reemplazan a los diez mil

huelguistas, una paz de rabia que sucede a una quincena de frenesí, una mezcla de razones e injusticias que a estas horas hace difícil saber de quién fue la culpa primitiva, un sacudimiento nacional en suma, que ha obligado al Congreso a nombrar a toda prisa una junta de arbitramento con poderes oficiales de investigación y dictamen en los conflictos que puedan poner en peligro el libre comercio entre los Estados, y ha movido al Presidente mismo, a quien prudencia y costumbre mandan ser cauto en el ejercicio de su derecho de recomendar al Congreso la adopción de medidas oportunas, a aconsejar el nombramiento de una comisión de trabajo, compuesta de tres miembros de oficio permanente, para el estudio y arbitramento de los casos de disputa entre los obreros y sus empleadores.

Ya el año pasado se nombró un comisionado de trabajo, cuyo informe ha sido de mucha luz, y ha puesto en claro lo que tienen de injusto y peligroso las relaciones actuales de empleadores y empleados, y lo que suelen tener de excesivo las demandas de los trabajadores. Conocer un problema es ya más de la mitad de su resolución: la mente humana, por esencial virtud, acude con súbita revelación al remedio de un mal, tan pronto como lo conoce.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 4 de junio de 1886

(CONCLUSIÓN)

*Elementos, métodos y fines de los Caballeros del Trabajo.—Los elementos del conflicto ante el juicio público.—Jay Gould, el millonario.—Powderly, obrero y hombre de Estado*

Nueva York, Abril 27 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Lo que hay que notar en esta condición del problema del trabajo, no es esa huelga aislada del Sudoeste, que, en sí, sólo es una huelga más; sino su relación con las asociaciones de obreros, esparcidas con una u otra denominación por el país, con capacidad de acudir a la vez, como

están acudiendo ahora, a dos huelgas considerables, y de reunir de cinco a ocho mil pesos diarios para alivio de los huelguista del Sudoeste.

Aquella huelga que en la carta pasada fue descrita y que a pesar de sus violencias retuvo por su fundamento de justicia la simpatía pública, encendió las esperanzas, esponjadas y vaporosas como la estopa, de las muchedumbres obreras del país. Caballeros del Trabajo eran los que triunfaron en Nueva York, y todos los obreros, engolosinados con aquella redonda victoria, quisieron ser caballeros del trabajo.

Se les tiene ofrecido un Mesías, que habrá de sacarlos de su suerte triste, y creyeron el Mesías venido.

La casa pequeña de ladrillo donde se reúnen los directores de la orden en Filadelfia no daba espacio para los quehaceres crecientes de las asociaciones parciales: hubo que nombrar un verdadero ejército de "organizadores"; a estos "organizadores" no alcanzaba el tiempo para explicar a las nuevas "asambleas locales" que el objeto de la orden no es favorecer a diestra y siniestra las huelgas, sino impedir las, o dirigir las en paz, siendo su mira principal ir a la vez tendiendo su red de asociados por la república, e instruyéndolos en los elementos verdaderos y dificultades de problemas del trabajo, para que un día lleguen a ser sus demandas de reforma industrial incontrastables; por su justicia, por su oportunidad, por su moderación, y por el orden y cohesión de los demandantes.

Le entró en la orden de súbito un elemento distinto del que ha contribuido a su formación y prosperidad. La orden vio desde el principio que sólo en la educación reside la fuerza definitiva y fue ejerciendo influjo entre los obreros, ya por lo secreto de sus labores, ya por el éxito desusado que la superior cultura de sus miembros lograba dar a contiendas industriales en que los obreros habían sido antes vencidos. En vez de huelga, argumento; en vez de amenaza, exposición, examen y arbitramiento. Los fabricantes veían a un obrero nuevo, firme y conocedor de sus derechos, y cedían el derecho a la sorpresa.

Pero la popularidad obtenida por estas victorias de la prudencia, y el agigantamiento que da el secreto a todo lo que se envuelve en él, hicieron de la orden en estos últimos meses el representante único de los intereses del trabajo; y la orden se vio en el extremo de prohijar a las asociaciones fanáticas o turbulentas, con la esperanza de ir las enseñando y conduciendo antes de que estallasen, o de perder, si las rechazaba, el súbito influjo de que por unánime consentimiento se veía investida:

¿quién que ha andado en cosas públicas no sabe que en toda corporación hay dos alas, una de canas, otra de pelo negro, y en medio un cuerpo infeliz que padece de ellas y las balancea?: a veces se tiene que ser cómplice, por el crédito de la idea general y superior, de detalles parciales que se miran como crímenes.

Los huelguistas del Sudoeste fueron de esos recién llegados que rompieron la brida, antes de que ésta pudiera asegurarse de ellos.

No ha tenido todavía tiempo la orden para ir reduciendo los privilegios locales de las asociaciones a la disciplina general de los Caballeros, que tiende más a preparar a los obreros para la batalla definitiva que a ir comprometiendo sus fuerzas en batallas menores.

Las asambleas locales retienen su poder de reclamar las huelgas, la junta ejecutiva sólo tiene el de declarar la huelga buena o mala, para darle o no el auxilio de la orden, si se somete a su aprobación.

Como que quieren escapar de una tiranía, los obreros son celosos en el delegar su autoridad, y gustan de ejercerla por sí, como todo el que no ha tenido mucha ocasión de mandar.

La fuerza embriaga. Embriaga a los de mente fuerte y educación suma; ¿qué mucho que ponga fuera de sí a los que están hartos de padecer, y sedientos de justicia, y sin mucha mente de que disponer, ven su fuerza como un medio justo y sagrado de reparación, de entrada en el goce de sí mismo, del supremo deleite de sentir en sí y por sí triunfante la persona humana?

¡Ese es el gigante escondido que hace dar al mundo sus tremendos vuelcos: el sentimiento divino de la propia persona, que es el martirio cuando se ejerce aisladamente, y es Jesús, y es Abelardo, y es Lutero, y es Revolución Francesa cuando se condensa en una época o en una nación!

Ahora también se está innegablemente condensando.

Quedábamos, pues, en que los obreros del ferrocarril del Sudoeste, ansiosos de hacer sentir a la empresa del ferrocarril su fuerza nueva, declararon con un pretexto ligero, una huelga prematura, y pusieron de relieve, para ventaja acaso de la orden de los Caballeros, los defectos que aún hay en la organización de ésta, los elementos diversos, radical y moderado que contienden en el seno de ella por el predominio en la orden y la esencial diferencia de método entre los miembros primitivos

de ella, que quieren traer con pasos naturales e inevitables el problema del trabajo a una solución pacífica, y los miembros nuevos, que quieren ir sin orden a victorias despóticas e inmediatas por recursos violentos.

¿Cómo quedan después de ese choque estos elementos varios: la empresa arrogante que no quiere reconocer a los Caballeros del Trabajo como asociación, y se niega a tratar con ellos: la junta ejecutiva de la orden, que saca incólume, con gran sentido, el espíritu de unidad, de la gente obrera, aun cuando desaprueba los métodos violentos: los huelguistas del Sudoeste, a quienes las armas de la milicia, la reprobación pública y el influjo de la junta ejecutiva de la orden ha logrado reducir a la paz?

Quedan como después de un juicio salomónico: ¡qué admirable en sus resultados es esta costumbre, brutal e inconveniente en apariencia, de decirlo todo en público! La mente, hecha a lo pulcro y universitario, se subleva a veces: esta revelación parece un atentado: aquella otra una alevosía: la otra una imprudencia; pero, en fin de cuentas, ésa es la única salvaguardia de los pueblos, ése es el taller de la paz, ése es el trabajo de pesa y juzgamiento: la publicidad absoluta.

A cada parte ha ido dando el público su merecido. La empresa, que puede haber dado razones para el descontento de sus empleados, se ve de súbito, favorecida con la opinión que le era contraria en principio, por ser ésa una manera anticipada con que protesta el país contra la repugnante y desastrosa condición en que le pondría la entrega del manejo de sus industrias a los obreros, que ni son sus dueños, ni son más que uno de los factores de ellas, ni llevarían a ese triunfo la cultura y la paz de ánimo que podrían hacerlo menos temible: una cosa es que el triste suba, y cada cual goce de todo su derecho, y otra que se dé el gobierno del mundo a los tristes rabiosos.

Así se ha visto que al punto del peligro, se han formado, aparte de las de la ley, asociaciones de ciudadanos dispuestos a afrontarlo. Una junta de ciudadanos de lo mejor de San Luis, intervino largamente como mediadora entre los obreros y el ferrocarril.

En los lugares más amenazados se han formado asociaciones de ley y orden, con el fusil al hombro; uno de los diarios de más séquito en Nueva York, *The Evening Post*, llama con clarines de guerra a una liga activa de propietarios y gente de orden para contener los acontecimientos de los obreros. En Nueva York, en una de las avenidas donde hay huelga de *tramways*, caballeros de sombrero alto se han prestado a hacer de cocheros y conductores en los carros asediados, y los han lle-

vado triunfantes de uno a otro extremo del camino:—y una brava panadera, a quien querían obligar los panaderos asociados a que no empleara a hombres que no fuesen de su asociación, le han enviado de todas partes por su firmeza, regalos en dinero, y pedidos de pan; y el juez ha multado uno sobre otro a los asociados que sitiaban, o *boicoteaban* la panadería.

Le han visto, pues, a una el peligro y el remedio. El peligro está en la absorción de los derechos públicos por los obreros exigentes, y rencorosos: no quieren que se emplee sino a los que a ellos les place, y con sus asociados; niegan a las empresas el derecho de despedir a sus empleados, pretenden imponer como capataces de las fábricas a obreros que son desagradables a los dueños de ellas; casi no quedaría derecho alguno a los dueños y empresarios en sus fábricas y compañías si se accediese a todo lo que piden los obreros.

El remedio está en la vivacidad con que se ha entrevisto el peligro, y en la disposición que muestra la gente de paz a rechazar mano a mano la invasión obrera. Mas si de una parte se levanta ese espíritu contra los excesos de los trabajadores, se reconoce de la otra que para muchos de ellos, si no para todos, se les ha dado razón; y a pesar de las deficiencias probadas de su organismo, y de su incapacidad para reprimir en los comienzos esta huelga, se alaba el sentido superior y magnánimo de la orden de los Caballeros del Trabajo, y se entrevé que en los formidables conflictos que se avecinan, sólo la cultura de los obreros y soluciones profundas y conciliatorias por que aboga, pueden salvar al país de una insurrección sangrienta.

Porque la verdad es que si el programa de demandas de los obreros en huelga está todo en puntas, como un erizo, no hay una sola extravagancia en él que no haya sido urdida de revancha o en defensa de un ataque público o encubierto de las compañías, que quieren “quebrar la médula” a las asociaciones. Ahora todavía puede una empresa de *tramway*, con todos los policías de la ciudad, mover de un extremo a otro de una calle un carro; pero si para mover un carro se han necesitado 750 policías, si en lo mejor de la huelga, los policías mismos tienen que ser los conductores de los carros, ¿quién reprimiría a los obreros, quién movería los vehículos públicos, quién habilitaría a las empresas para salvar sus concesiones que las obligan a movimiento diario, el día no lejano en que todas las industrias, o la mayor parte de ellas, suspendiesen sus labores, hasta ver reconocido su derecho en

un punto indiscutible del interés de toda la clase trabajadora, en que les acompañase la simpatía pública?

Por eso quieren las compañías quebrantar a este enemigo terrible, a esta orden que ya es capaz en un día dado de dejar sin *tramway* a las ciudades de Nueva York, New Jersey y Brooklyn, a tres inmensas ciudades; y de levantar a una voz cien mil pesos para el socorro de una huelga, y advertir a sus miembros que se preparen para otras diez colectas más.

Las avenidas quedan tomadas a los primeros peligros, y las bases se están sentando para ir resolviendo en paz los que vengan.

De todos estos movimientos resulta un adelanto indiscutible, que como es en el camino de la justicia, lo es también en el del orden. No son sólo demagogos y filántropos, no son sólo fanáticos y teorizantes los que abogan por el estudio inmediato y la reforma eficaz de las relaciones entre los elementos de la producción industrial, entre las empresas y sus empleados.

Prensa, púlpito, Congreso, Presidente, país, todo aboga a la vez por la justicia y urgencia de atender a la reforma de la organización industrial, a la moralización del sistema interior de las empresas, a la purificación del sistema de compañías por acciones, a la distribución equitativa de los productos de la industria, al establecimiento de tribunales de arbitramento, que ahora se miran como recurso salvador.

Lo serían, si pudiera compelerse, ya a los obreros, ya a las empresas a que depusiesen ante ellos sus derechos civiles y personales, en cuya virtud, en tanto que no violen el derecho ajeno, pueden resistirse a acuerdo alguno. Pero así y todo los tribunales de arbitramento, con poder oficial para investigar, son un recurso de salvación, porque si un tribunal respetado, que no es de empresarios ni de obreros, presenta al país un caso y enseña de quién es la culpa, puede estarse seguro de que el clamor público compelerá al culpable a reconocer el derecho ofendido, y a dejar de ser obstáculo a la seguridad de la nación.

Ni cabe ya ir atrás en lo que se ha andado. Hay industrias enteras que tienen reconocida la orden de los Caballeros del Trabajo y están distribuyendo en paz sus productos conforme a su sistema de repartición equitativa: para el capital empleado, un tanto por ciento de las ganancias; para los obreros que la hacen producir, otro tanto por ciento, ajustado el todo en contrato formal con arreglo a las condiciones económicas de cada industria. En cuanto a huelgas y a asedios, ya se ve

que el país reconoce sus razones, pero no soportará mucho tiempo sus excesos.

Y para bien de la gente de trabajo, queda probado que la orden de los Caballeros, que quiere hacer de los trabajadores un ejército temible por su organización y cultura, abomina las huelgas y condena las violencias que en ellas se provocan, si bien tiene entereza bastante para mantenerse al lado de los que las deciden, cuando en esto se ofende por las empresas aquella dignidad humana que los hombres siempre estiman, hasta en los mismos crímenes que engendran.

Así, vayan por donde vayan las huelgas presentes, quedarán por ahora las líneas generales.

No parece que venza la de las ferrocarrileros del Sudoeste, ni la de los *tramways* de Nueva York, por el pecado capital de haber sido dictadas sin razón bastante en relación a su importancia y consecuencias, y por el error de haber querido violar a mano armada, la propiedad y el derecho de las compañías, y el derecho al trabajo de los nuevos empleados de ellas.

La orden de los Caballeros, fortalecida moralmente, a pesar de su derrota, por el unánime encomio de sus principios y métodos, verá probablemente reorganizada con mayor fuerza su constitución en las nuevas elecciones de la asociación.

El elemento fanático, entre los trabajadores, quedará, por algún tiempo al menos, sometido al elemento prudente.

Senadores, diputados y gente de pensamiento parecen sinceramente decididos a abrir anchos caminos de paz a las dificultades posibles. En Washington la comisión de arbitramento está oyendo, en interesantísimas sesiones, a todos los prohombres de la huelga del Sudoeste, y a Jay Gould, el millonario duro y desdeñoso que preside en el ferrocarril, mas no en el cariño público; a Powderly, el gran maestro de la orden de los Caballeros, que puede, con las herramientas del trabajador, componer, acostado sobre tierra, una máquina rota, y, con la augusta serenidad del hombre de Estado, reprimir en el pecho robusto las oleadas de la indignación, para que no se perturben en la mente los pensamientos de justicia. Sólo el que se manda, manda.

La comisión irá luego al lugar de la huelga, investigará en ella, y dirá al país de quién fue esta vez la culpa.

Por lo pronto, ya son oídos a la par, sin diferencia alguna de respeto, el Gould, el buhonero de genio que ha olvidado en la prosperidad las

miserias con que empezó su pasmosa fortuna, y el Powderly, el mecánico generoso, que ha preferido a su adelanto personal la consagración a la defensa de los derechos de la gente humilde.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 6 de junio de 1886

42

PRIMAVERA

*Los quehaceres de la cuaresma.—La mujer en los Estados Unidos.—La hermana del Presidente.—El Presidente se casa.—La hermosura de Miss Folsom.—Cleveland en lo doméstico.—Cómo recibe Cleveland.—Cleveland y el Congreso.—Los proyectos de ley.—Acuñaación de la plata.—Reforma de la tarifa.—Derrota de un proyecto para aumento del ejército.—Obreros y soldados.—El senador de barba blanca*

Nueva York, Mayo 2 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Está mayo al romper, y ya pasados los ardores primaverales de las huelgas, se ve la sangre nueva en las mejillas de las damas, en la energía de las diversiones, en la asiduidad del Congreso, en los ramos de rosas.

Hasta una asociación ha traído la primavera, una asociación de señoras, para que no se usen más como adorno de los sombreros de mujer los pájaros muertos: ¡oh, si en una tierra de gigantes como montañas, usasen las señoras como adorno a nuestros hijos!

No sé qué tiene la luz, que llena el alma de afectos compasivos: se deshuelan en el alma, a los primeros estremecimientos del calor, la fantasía, la bondad, el brío heroico.

Parece toda la ciudad un árbol de mañana, donde juega la luz y pían los pájaros. Todavía no ha muerto la fiesta pagana. El hombre es pagano.

La cuaresma ha acabado, y acá es de notar la cuaresma por el febril ardor con que en ella se consagran las señoras a diversiones recatadas y piadosas.

No les deja la piedad un momento de reposo.

Bailes no hay, porque no es de buen tono; y como no se reúnen para bailar, se reúnen para coser, para tomar un tentempié, para ensayar cuadros plásticos, para estudiar los simpáticos atrevimientos de los pintores impresionistas, que acá han mandado este año sus obras mayores, y tienen ya de su lado mucha opinión: y lo que les queda de noche a las piadosas damas, lo emplean en ir a ver carreras griegas y juegos de elefantes en el circo de Barnum, o galas de domador en otro circo donde un profesor Gleasen hace maravillas en eso de sujetar ca-

ballos viciosos y corregir resabios: mucho sombrero de pompones, y mucho traje liso y ajustado, se ve en el circo del profesor Gleasen, porque acá gustan las cosas de fuerza, y es en la mujer innata la afición a quien la muestra o la doma: aun en los Estados Unidos, el alimento natural de la mujer es lo extraordinario.

Visten ahora las damas, pasadas las exhibiciones de invierno, unos trajes ingleses sin paramentos ni pomposidades, que respetan la perfección de la naturaleza y la realzan: sólo son bellos, en hombre y en mujer, los vestidos que siguen la línea humana.

A la hermana del Presidente parecerán bien sin duda esos modestos trajes: y sí que fue curiosa una carta que escribió hace poco a una amiga suya, respondiendo a otra en que un clérigo anciano la acusaba de envalentonar con su ejemplo maneras de vestir que no son decorosas: ni con el natural deseo de parecer hermosa, ni con el encanto aún mayor de la honestidad riñe la opinión de Miss Rosa Cleveland, para quien no es deshonesto el traje que deja al desnudo el cuello y los brazos, armonía viva que no hay por qué esconder, sino aquel traje que muestra el busto: “siempre hay una línea entre el cuello y el busto—dice la señorita Rosa—que el recato enseña, y toda mujer conoce: y la mujer de sociedad que pasa de ella, pasa porque quiere, porque no lo necesita para parecer elegante y hermosa”.

Como una circular paseó esta carta por todos los diarios de los Estados Unidos, así como pasea ahora, con mucho enojo del novio, la noticia de que en junio, a los primeros rayos vivos del sol, se casa el Presidente con una hermosa señorita de educación segura y gustos castos y serios: es una Miss Folsom, de rostro claro y bello, sin esos enrejados sobre la frente que en Venezuela llaman “pollina”, y encubren lo mejor del rostro y del alma: dicen que es de tez blanca y pelo castaño, y que sus dos grandes ojos reposan en sus anchas cuencas como dos huevos de paloma en sus nidos.

No es de esas señoritas doradas, señoritas huecas, barnizadas de escuela normal y de París, sin más alma por dentro que una bolsa de seda o un gusano: sino ese otro tipo de mujer de esta tierra, que ya se va acabando, y viene de los puritanos en vía recta, esa mujer de lo que llaman acá Nueva Inglaterra, para quien la pasión es un extravío, pero en quien es raíz el deber, y la falta imposible.

Tienen esas mujeres una majestad sobria, que no sería mal comparar a la de las estatuas griegas: el pie es ancho, pie de “sentido

común”: la mano es larga y remata en punta, como la de las razas que se afinan; llevan sobre el cuello blanco la cabeza bien torneada, que no invita al pecado, no, sino al saludo.

Jamás se visten de colores recios: parece el negro su traje natural.

Saben, de veras, de cosas altas y teológicas, y de literatura patria e inglesa: poco de arte; poco de la desvergonzada y odiosa avaricia de la neoyorquina moderna, que cuando se la toca, como esos maniqués de ladrones llenos de campanillas, suena toda a moneda.

De aquel arrogante tipo dicen que es Miss Folsom, que ahora pasea en Europa con su madre, para evitar acaso curiosidades y hablillas que al Presidente Cleveland sacan de quicio.

El parece ser, en lo privado, persona de gran bondad real y de hábitos bruscos, que no llegan a romper con la cortesía, ni le dan más que lo que es muy de menester. Con los humildes, el Presidente es afectuoso: con enviados diplomáticos y gente de esta pro, es burdo y descompuesto; como quien se pone una pieza de vestir que no le asienta, y quien desdeña lo meramente formal: con los platicadores de oficio no tiene paciencia, y dicen que lleva siempre en la cara el número de minutos que ha de durar cada entrevista.

Por ingenio y sutileza no se distingue ciertamente, ni por la voluntad de asegurarse amigos con zalamerías.

Es verboso cuando viene al caso, y lo muestra en sus cartas privadas, donde da vueltas en párrafos tirados alrededor de una idea, que al fin halla modo de concretar en una frase tersa; pero en lo usual no dice más palabra que la que es estrictamente necesario decir; y como rumia mucho cada uno de sus pensamientos, parece que no gusta de verlos discutidos por los que cree él que deben acatarlos; su extraordinaria honestidad le retiene las simpatías de los mismos a quienes trata secamente, o acaso maltrata; pero esto no lo hace, por de contado, con quien tiene ideas que darle y derecho que representar, sino con aquellos que viven recomendándose, o recomendando a otros, y absorben el tiempo público en pretensiones interesadas o en parvedades personales.

En cambio no ha habido Presidente que atienda más por sí propio a sus labores: en lo que él da voto, se lo tiene estudiado: pesa la voluntad ajena, pero no cede un ápice de la suya: tiene vanidad en su industria y fortaleza, y se hace un mérito de su capacidad de resistir el pensamiento ajeno, que le ha echado encima muchos apodosos iracundos y mucha enemistad.

Conoce que su Congreso no le quiere muy bien, por no haber dejado ocasión a los representantes para que distribuyeran amablemente entre sus electores los puestos que antes les daba el uso; y de esta falta de simpatía apela indirectamente al público, iniciando ante el Congreso con más frecuencia que otros presidentes las medidas públicas que en los casos graves la opinión reclama.

Es un hombre nacido de esta tierra, con sus asperezas y su ímpetu.

Quien se pliegue menos, no se ha visto. Parece increíble que con una médula tan recia haya subido a tanto: porque los hombres cierran el paso a los que no se les encorvan.

La Casa de Representantes y el Senado han querido esta vez rivalizar en novedades y energía con el Presidente, ya acudiendo con medidas originales e inesperadas a los casos graves que se han ido presentando durante las sesiones, ya discutiendo proyectos de ley sobre los asuntos vitales del país, y conciliándolos de manera que hasta ahora, con positiva ventaja pública, hay paz entre ambas alas del bando demócrata.

Y una de las pruebas del influjo de Cleveland, a pesar de la entereza con que se resiste a entrar en complicidades e intrigas con los representantes y senadores, es que éstos, en lo que pudieran darle en cara, no le dan, sino se inclinan a las medidas que él públicamente favorece.

En dos causas debe buscarse esa influencia: o en una habilidad superior, que no es habilidad de cortesano, para sujetar y atraer a aquellos mismos a quienes no se complace ni solicita, o en el hecho de estar Cleveland en casi todo lo que desea del lado de la opinión pública.

Parece, pues, que en política se puede una que otra vez ser sincero y honrado.

No siempre es menester comprar el triunfo personal a cambio de compadrazgos repugnantes y de concesiones secretas o disimuladas de los bienes públicos.

El que está con el país, bien puede afrontar que no lo quieran muy bien en el Congreso, pues éste ha de cuidar, por su bien propio, de ponerse del lado del país.

De esta manera se van salvando, en sentido reformador y librecambista, los proyectos de ley de más alcance.

Para la acuñación de la plata, a que el Presidente es hostil, había dos proyectos: el de los amigos de los que la producen, que pedían su

acuñación ilimitada: el de los economistas vigilantes que querían su suspensión total: ¿por qué ha de estar comprando la nación cada mes a precio de oro dos millones de plata en barras, que luego nadie le compra en moneda, o sólo le compran a precio de plata? ¿A qué ruinoso depreciación no llegará, al fin, la moneda de plata, el día que el gobierno se vea obligado a sacar del tesoro los millones ociosos que allí tiene guardados, sólo para que los mineros del Oeste puedan ir saliendo de su producción excesiva? ¿Qué sistema de protección es éste, que consiste en imponer a la nación una gran pérdida en sus fondos, que viene a ser como una contribución general indirecta, en beneficio de unos pocos poseedores de minas?

Pero éstos son muy perversos aún para ser vencidos: trae en sí la plata el secreto de vencer; tiene muchos amigos la plata.

No se pudo, pues, lograr la suspensión del cuño; pero tampoco pudieron lograr sus amigos la acuñación ilimitada.

Otro proyecto importantísimo que va adelantando con probabilidades de éxito, es el de la reforma de la tarifa. Se ha probado que el lino y la lana, protegidos por fuertes impuestos interiores, no pueden cultivarse al precio del mercado, a pesar de haber una demanda excesiva por los artículos de lana.

Los fabricantes de artículos de lana están al cerrar sus telares porque como el material primo que cuesta acá tan caro entra libre en Inglaterra, los fabricantes ingleses inundan este mercado de sus productos buenos y baratos, a pesar de lo altísimo de los derechos.

Los fabricantes del país no pueden pagar, por lo mucho que les cuesta la producción y lo poco que venden, el precio que a los criadores de ovejas les cuesta la lana.

¿Cómo se quiere mantener, sino por un miedo torpe, un derecho de importación que tras largos años de tarifa protectora no permite criar las ovejas ni tejer la lana sino con una gran pérdida de criadores y tejedores, y una gran presión sobre los compradores generales del país?

El proyecto quiere que entre libra la lana, libre el lino, libre la sal, libre la madera, libres o casi libres casi todos aquellos artículos de importancia para el abrigo, el vestido y el alimento de los habitantes del país, aunque teniendo en cuenta todas estas reducciones, lo muy crecido de los gastos públicos y la mitad de la deuda de la guerra que está aún por pagar, por lo cual la tarifa necesita ser todavía alta por algunos años, para ir afrontando las expensas legítimas de la nación, a la vez

que se va poniendo en capacidad a las industrias, entumecidas hoy por una protección desatentada, de producir en precios que les permitan llevar sus frutos a los mercados extranjeros, sin forzar a toda la nación por el interés de unos pocos fabricantes, a comprar caros los artículos de uso.

El problema de la industria, que se ve amenazada acá de muerte por producir demasiado y caro, necesita urgentemente esa reforma, que, conservando lugares de trabajo y posibilidad de buen salario y vida barata a los obreros, ayuda, además, a resolver el problema del trabajo.

No hay que decir que los fabricantes poderosos, que tienen aún ganancias antiguas acumuladas, se oponen con encono y éxito a un sistema de rentas públicas que, por lo pronto, mermará el actual consumo de sus frutos.

No quieren ver que es un consumo innatural y violento: que no puede mantenerse con justicia un sistema económico que, después de una época larga de prosperidad asombrosa, viene a parar en que el siete y medio por ciento de las fábricas del país están sin empleo.

No quieren ver que con la marea del trabajo que sube, con la cólera y el descontento de un pueblo de pobres sin qué hacer, o con qué hacer a precios ruines, no es ni prudente, ni posible, sostener a precios altos los artículos necesarios para la vida, que la nación sabe que puede comprar baratos.

Ni la justicia ni la previsión se imponen; sino el miedo a problema amenazante, y como el gobierno colecta hoy por derechos anuales casi fijos trescientos treinta y cinco millones de pesos, y a todo gastar sólo necesita para los expendios públicos trescientos cinco millones de pesos, ni el país, ni los proteccionistas, se atreven a oponer gran resistencia a una reforma en la tarifa que sólo producirá en total unos veinticinco millones de pesos de rebaja en la renta y traerá las ventajas de ir abaratando la vida en una época en que escasea el trabajo, de ir suavizando la existencia de los pobres en momentos en que parecen poco dispuestos a la resignación, y de ir poniendo al país, por el principio de una reforma gradual, en condiciones de una producción racional, remunerativa y permanente.

Fue vencido otro proyecto de ley muy importante. El general Logan lo propuso; Logan, que figuró como segundo de Blaine en la última candidatura republicana, y ahora se enseña de todas maneras, y se vale de las artes sociales de su culta esposa, y no pierde ocasión de presen-

tarse ante el país con medidas de bulto para ver si consigue, como pudiera ser que consiguiese, el primer puesto de la candidatura en las próximas elecciones.

El proyecto en sí no era muy grave, sino en lo que significaba y en lo que hizo decir. Logan es general, y pretendía que se aumentase el ejército permanente en cinco mil hombres, y se reorganizasen las cuatrocientas treinta compañías de ahora, con cincuenta más.

“¿Para qué se quieren esos soldados?, dijeron dos o tres senadores: ¿para tener preparada una fuerza que contenga por las armas las demandas justas de los obreros? ¡Bondad es menester, y atención a su derecho, más que amenazas!”

“¡Pues yo, dijo en el debate el general Hawley, como obrero siento, y al lado de muchas huelgas me he sentado; y por honor y bien de los obreros mismos, si hay bribones que se valen de sus revueltas para tomarse lo ajeno y asaltar la paz pública, y si hay demagogos que so pretexto de servirlos les encienden la sangre con declaraciones violentas; si obreros o bribones destrozan lo que no es suyo, no permitiría yo que así me engañasen y pusieran en descrédito, y con las armas haría cumplir la ley a los que la violasen, y tendría a los demagogos por mis mayores enemigos!”

El proyecto de ley fue rechazado; y otro que reduce los veinticinco mil hombres de las cuatrocientas treinta compañías a trescientas veinte, lleva camino de ser tomado en consideración.

Los senadores son todos personas de barba blanca. Es verdad que los obreros tienen sus demagogos, y muy viles que son y muy dignos de la picota; pero también tienen su demagogia las clases altas y para nadie es misterio, desde los tiempos de Grant, que las gentes de dinero, iglesia y milicia, se preocupan más en acumular medios de ataque contra los humildes que van subiendo que en descabezar sus iras poniendo honrado remedio a sus legítimas angustias.

El Senado de barba blanca ve que este pueblo está amasado con trabajadores,—que en la hora de los recuentos no hay aquí castas bastante numerosas para afrontarlos,—que nada excita tanto a la violencia como el desafío y la preparación prematura contra la justicia. La prudencia ha estado, pues, de parte de los que abren los brazos, y no de los que han querido armarlos.

## CARTAS DE MARTÍ

*Los trabajadores se apaciguan.—Los prudentes van venciendo a los fanáticos.—Las calles en Pascuas.—Exhibición de pintores impresionistas.—Un “Estudio” de Roll, el “Marceau” de Laurens, el “Hamlet” de Manet, la “Carrera de caballos”*

Nueva York, Mayo 2 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Cuando los mismos trabajadores dan el ejemplo del comedimiento, no toca a las gentes magnas de la república ser menos comedidas que ellos. Porque la enseñanza de estas huelgas no ha sido vana: tanto en Nueva York como en el Sudoeste, pasados los primeros desaciertos, las riendas parecen ya estar en manos de la junta ejecutiva de la orden de los Caballeros.

La junta está presente en el teatro de las huelgas, y no permite acto ilegal, así como no deja, con habilidad de floretista, ataque de las empresas sin respuesta.

Da gozo verlos disponer por artes de paz su pelea; las empresas pueden resistir las huelgas porque tienen su capital acumulado; los trabajadores han aprendido la lección, y han imaginado modos de acumular su capital.

No hay miseria entre los diez mil huelguistas del ferrocarril: la junta recibe de todas partes caudales ordenados, por miles de pesos al día, y los reparte con orden: la huelga, que en el primer momento se escapó de las manos de los directores, ha vuelto a ellas; no esperan vencer "matando" locomotoras, descarrilando trenes, quemando corrales de heno, agujereando a balazos los pechos de los alguaciles: esperan vencer ante el tribunal de la opinión, ante las legislaturas de los Estados, ante los tribunales de la ley.

Las compañías de ferrocarril con la complicidad de legisladores y jueces venales, han falseado las leyes públicas, y poseído y distribuido de mal modo su riqueza. Herirlas en su riqueza mal ganada, someterlas a la confesión de su organismo interior, ir desintegrando poco a poco el caudal enorme que han amontonado por la fusión ilegal de empresas contendientes, privar de empleados nuevos a las compañías por el medio

sencillo de pagarles con el fondo de la orden, lo que les va a pagar la compañía, reducir a la empresa a no tener quien le arregle las locomotoras, ni le rehaga las piezas, ni atienda a los múltiples quehaceres de los caminos férreos con el cuidado diario que requieren; eso son los medios que la orden de los Caballeros del Trabajo propaga y ejecuta para reducir a la empresa del ferrocarril a tratar a los obreros unidos como corporación necesaria y respetable.

En Nueva York se ve aún mejor, hoy mismo, la manera con que obran estas asociaciones.

En una empresa de *tramways* hay 1,300 trabajadores en huelga. Los empleados unidos de las empresas de *tramways* de las tres ciudades, Nueva York, New Jersey y Brooklyn, son unos 12,000. Cada uno de ellos conviene en dar a la semana su sueldo de un día, \$1.50, para los gastos de la huelga.

La huelga, pues, puede repartir a sus obreros ociosos \$18,000 cada semana, entre 1,300 trabajadores. No les da mucho más que eso su mismo salario.

La compañía, mientras tanto, pierde caballos y pierde crédito, pierde sumas grandes importando de ciudades vecinas conductores inútiles, y atrayéndose con dádivas desusadas gente nueva.

Véase de qué manera práctica y temible se empeñan ya estas batallas, cuya significación viene de tan hondo, y va tan lejos, que los graves excesos que han señalado estos movimientos de la gente obrera no han bastado a apagar la simpatía que inspira la convicción general de su justicia.

En estos días de Pascuas, andan por las calles remozadas, y como vestidas de luz, ramilletes de niñas que estrenan sus ajuares nuevos,—ramilletes de hombres azules, que son las patrullas que la huelga mantiene para que no se cometan desórdenes en su nombre,—ramilletes de señorines de cara a lo Enrique III, que van del brazo de damas suntuosas a ver los montes lilas, los trajes colorados, los paisajes hermosos, los desórdenes en verde y azul de los pintores impresionistas. Durand-Ruel es su apóstol en París y ha mandado a Nueva York una exhibición lujosa.

Entremos. Todo el mundo entra. Acá se ama lo japonés y extravagante, que han sacado de sus quicios de razón a la buena escuela de los pintores al aire libre.

¿Por qué afean su santo amor a lo verdadero con el culto voluntario de lo violento o lo feo?

Manet es grandioso; Laurens, admira; Roll, Lenolle, Huguet, enamoran. El modo es crudo; pero la idea es sana, y el efecto fuerte y bello; pero ¿a qué rebuscar, como hacen los neoimpresionistas, esas brutalidades de la naturaleza, donde a manera de lámina china, los planos se superponen sin sombra que los ligue y ablande, y sobre una agua escamosa se aboca, como una hoja de cuchillo, una playa verde sin gracia y sin nobleza?

Pero ¿a qué hablar de lo malo? Ello se cae solo. No hablar, ya es hablar mal. Sólo en los casos de reincidencia en el delito, deja de ser la crítica una pedantería. Admirar hace bien y da salud.

Lo que se lleva primero los ojos es el *Estudio* de Roll: una mujer desnuda, en los secretos de la selva, abraza medio desmayada a un ternero robusto. De cerca, manchas, pastas, corrientes de color, atortamientos, edificios de pintura.

De lejos, parece que se sale del lienzo iluminado el belfo del ternero, un belfo admirable, apretado, como de quien concentra en sí lo que le place: el ojo satisfecho, a medio cerrar, lánguido, misterioso, pleno, tierno. La mujer medio caída, rojizo el rostro, la boca sonriente, con la mano izquierda aprieta el belfo grueso contra su cabeza inclinada, con la derecha se sujeta de un ijar: la luz se entra por el cuerpo desnudo a grandes manchas y saca en relieve su belleza humana, amplía la cintura, breves los ornamentos del busto, cumplidas las treinta gracias latinas. El fondo, verde y espeso, con unas cuantas flores de selva, blancas: el suelo, revuelto, herboso, estropeado.

¿Quién no conoce el *Marceau muerto* de Laurens? Allí no hay dolor barnizado, sino vivo: aquéllos son hombres que lloran, y gloria que se va,—¡no vestidos de alquiler sobre modelos de Academia! Todo el mundo conoce el escorzo atrevido de *Marceau*: el adorable rostro tiene aún las sombras de las alas del alma: vestido verde, con trencillas blancas, faja rosa, botas: la mano, calzada de guante amarillo, tiene en los dedos rígidos la empuñadura del sable corvo, con luz en la punta.

No hay lujo en la camilla: sobre la sábana, una colcha lacre con rosas blancuzcas: sobre la colcha un paño rojo: bajo la cabeza, una almohada blanca; detrás, haciendo fondo y cabecera, un cancel amarillo.

¡Qué viejo, el que llora sentado en el sillón blanco que está junto a la camilla! No se le ve la cara; pero cuentan su dolor la mano que se la cubre, y lo ajado de sus vestidos.

¡Qué otro triste, el que llora apoyado sobre la cabecera de la camilla! Casaca azul, peluca blanca. ¡Qué desconsuelo irremediable el del soldado de la capa gris! ¡Qué terrible pena, pena de esas que abaten y atraen el cuerpo a tierra, la del caballero de casaca blanca de galón dorado, espadín de puño de oro y faja verde! Viendo el cuadro, el grito sale a los labios: ¡qué grande debió ser ese muerto!

Ahí está Jaure vestido de Hamlet. Lo pintó Manet. Es Hamlet de veras, no de esos Hamlet de caverna, que parecen emanaciones de antro, sino un alma tierna, que en el terror de la indignación concibe venganzas que la mente culta no se atreve a cumplir; con una mano tendida, en que le arrastra la capa, expresa su duda: con la otra empuña la espada a medio embestir: anima el negro de la ropilla una gola corta de ribete azul: el ojo es fijo, como de quien quiere saber lo inmenso y no lo sabe: el muslo es delgado: la pantorrilla llena: no hay línea que separe el suelo del ambiente: la figura sobresale en fondo gris.

Otro Manet, es una *Carrera de caballos*; así está en su poder y en sus desaciertos. Manet tuvo dos padres: Velázquez y Goya: en el *Bebedor de ajeno*, en el *Mendigo*, en el *Filósofo* todavía no ha salido de Velázquez: en el *Fibre de la Garde*, un beso en traje de soldado, un picolín que toca con empeño su pifano, es Manet propio, que destaca sin sombras la figura, con soberana lealtad de efecto y atrevimiento de color.

En esta *Carrera de caballos*, como en otros cuadros suyos, Manet es el Goya de los castigos y las profecías, el Goya de los obispos y los locos que por ojos pinta cuevas, y remordimientos por caras, y harapos por miembros, todo a golpes y a manchas.

Pero en la fantasía cabe ese exceso, porque allí se ve todo deforme y en bruma, y aquella orgía de formas añade al efecto mental de los lienzos. En lo humano, como esta carrera, sólo una belleza cabe al cuadro, que la tiene en eso suma: con pintas, con motas, con esfumos, con montículos de color, sin una sola línea, se ven carruajes, caballos, parejas sueltas en mucha amistad, las tribunas cargadas de gentes, las oleadas de sombreros, cintas y sombrillas: detrás el cerro, casas, arbolillos, grietas, y el sol, que lo inunda y baña todo: por el borde del cuadro, junto al espectador, bruñidos, como figuras de Alma Tadema, pasan dos magníficos caballos, de ojos redondos e hinchados, que flamean como los de las quimeras.

No hay tiempo para más; ni para la gran pintura de órgano, de Lenolle; ni para la bailarina española, de Marcet; ni para los paisajes árabes de Huguét, que son agua de mar. caballos vivos, color de cielo. Ni para una admirabilísima criatura de Renoir, en que se deja el alma presa, como en los ojos de la maja de Goya.

Los impresionistas menores, con las furias de la mocedad, son un frenesí de azul, verde y violeta.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 19 de junio de 1886

## GRANDES MOTINES DE OBREROS

*Alzamiento unánime en favor de ocho horas de trabajo.—Los anarquistas armados.—Gran mitin en Nueva York.—Los policías y los anarquistas.—Espíritu y trascendencia del lanzamiento obrero.—El obispo de la Iglesia Metodista conmueve al país con una plegaria por la reorganización social.—Fábricas de bombas.—Libros de crimen*

Nueva York, Mayo 16 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Jefferson Davis, roído por el dolor de su vencimiento, acaba de pasear en triunfo, a la sombra de sus banderas y por calles alfombradas de flores, las ciudades del Sur que fueron hace un cuarto de siglo fortalezas de la gigantesca rebelión que lo eligió por presidente. Desde aquellos magnos años hasta hoy, no ha habido en los Estados Unidos acontecimientos más graves que los que han manchado de sangre las flores de estos mayos. Lo que se esperaba ha sido.

El problema del trabajo se ha erguido de súbito, y ha enseñado sus terribles entrañas.

Se ha visto que, aunque de un modo todavía confuso, y con diversos métodos, están unidos en una misma tendencia y determinación los trabajadores norteamericanos. Es inútil ahorrar mineros: son 17.000,000. So pretexto de reclamar la reducción de las horas actuales de trabajo a ocho, ha culminado en batallas campales en las plazas, y en una especie de intentona y alistamiento generales el malestar que empezó con las huelgas de los ferrocarriles y *tramways*, no bien tendió a secar al sol de abril su manto lúgubre el invierno; ¡parece a veces que hay cierta fuerza moral en los rayos del sol!

Se ha visto que en consecuencia de labores constantes, y sin necesidad de ninguna voz ni dirección fija, todas las ciudades obreras se levantaron en los mismos días con una petición unánime, y este primer estallido de una fuerza que es acaso demasiado vasta y heterogénea, para que pueda echar toda por igual camino, ha revelado, como a la luz de un rayo, el tamaño de la casta triste y enorme que se viene encima, y la negrura de las minas hondas donde las criaturas de destrucción, que se acumulan siempre en las horas de tormenta, socavan con una

cordura de locos, los descansos de la fábrica desequilibrada, fábrica de mármol sobre lodo, en que ocupados en la busca de oro viven hoy los hombres.

En Nueva York, hubo procesiones, plazas repletas, casas henchidas de policías armados alrededor de las plazas, discursos más encendidos que las antorchas que iluminaban a los oradores, y más negros que su humo: Union Square, que tiene cuatro cuadras de cada lado, era una sola cabeza la noche de la petición de las ocho horas: como un cinto, ceñía la gran plaza, oculta para no excitar los ánimos, una fuerza de policía, pronta a la carga: ¿cómo no, si se sabe que en Nueva York los anarquistas leen como la Biblia, y compran como el pan un texto de fabricar bombas de lata, bombas cómodas, “graciosas y pequeñas como una pera”, bombas de dinamita “que caben en la mano”?; ¿cómo no, si a la luz del día, porque no hay ley aquí que prohíba llevar un rifle en la mano, entran los anarquistas en los lugares donde aprenden el ejercicio de las armas las “compañías de rifleros trabajadores” y no se oye, en las horas libres y en todo el domingo, más que la marcha de pies que se clavan, la marcha terca, continua, firme, una marcha de que nadie se cansa ni protesta, una marcha de gente que se ha puesto en pie decidida a llegar?: ¿cómo no, si todo el Este de la ciudad está sembrado de logias de socialistas alemanes, que van a beber su cerveza, y a juntar sus iras acompañados de sus mujeres propias y sus hijos, que llevan en sus caras terrosas y en sus manos flacas las marcas del afán y la hora de odio en que han sido engendrados?

Pero entre los que azusan desde las tribunas a los trabajadores la noche de la reunión, no hay sólo alemanes, no, sino patriarcas americanos, hombres de buena fe y habla profética, ancianos encanecidos en la creencia y propaganda de una época más justa, apóstoles a lo John Brown, aquel loco hecho de estrellas.

En otros lugares, lo traído de Europa, violento y criminal, predomina en el movimiento obrero, y lo mancha y afea: pero en Nueva York, como dondequiera que hay trabajadores, aunque los medios brutales repugnen a la gente de hábitos republicanos, se nota que el alzamiento viene de lo hondo de la conciencia nacional, y que la pasión y la voluntad de vencer están ya, para no dejar de estar, en el trabajador americano.

En la plaza de la Unión hay grandes árboles, y de encima de todos ellos, como un cesto de lunas llenas suspendido por los aires, se vierte por entre las hojas, dibujando en la tierra fantásticos bordados, una

atrevida claridad de mundo nuevo. Apiñados en ella, removiéndose, cuchicheando, ondeando, oleando, parecía aquella muchedumbre de gente ciclópea, la gran taza encendida donde se transforma en una noche luminosa, el universo.

Acá se acaba de ver, en el alzamiento general, en los arsenales anarquistas sorprendidos, en el desafío y locura de su prensa, en los motines y combates de Chicago, a la luz de los rifles y al estallido de las bombas, se acaba de ver que es colosal y viable el feto.

¿Qué quieren? Un día es más salario; otro día es más respeto; otro día, como ahora, quieren que las horas de trabajo no sean más que ocho, no tanto para que pueda entrar alguna luz por el alma en las horas de reposo, como para que se vean obligados los fabricantes a emplear a los obreros que hoy no tienen faena; pero todas estas demandas son formas y peldaños: ha llegado ya a condensarse en acción la plenitud de amargura y encono en que su vida infeliz y desesperada tiene a la pobre gente de trabajo: ya han llegado los organizadores, los administradores, los filósofos y vulgarizadores, el ejército, en fin, que realiza las grandes reformas; unos empujan, otros maldicen, otros contienen, otros sujetan la acción, mientras encuentran el remedio; pero ya todos obran.

¿Quiénes podrán más, los obreros moderados que con la mira puesta en una reorganización social absoluta se proponen ir hacia ella elaborando por medio de su voto unido las leyes que les permitan realizarlo sin violencia, o los que con la pujanza de la ira acumulada siglo sobre siglo, en las tierras despóticas de Europa, se han venido de allá con un taller de odio en cada pecho y quieren llegar a la reorganización social por el crimen, por el incendio, por el robo, por el fraude, por el asesinato, por “el desdén de toda moralidad, ley y orden”?

Ese es, en este instante, el problema trabajador, tal como queda deslindado, después de estos sucesos, en los Estados Unidos.

¿Las prácticas de la libertad habrán enseñado a los hombres a mejorar sus destinos sin violencia? Parece que sí: parece que el ejercicio de sí mismos, acá donde es perfecto, ha enseñado a los hombres la manera de rehacer el mundo, sin amenazarlo con su sangre.

Dos cosas hay que son gloriosas: el sol en el cielo, y la libertad en la tierra.

La verdad es que, por todo lo que se ve, esos motines de Chicago, esos voceos de socialistas, esos ejercicios en patios y túneles, esas odiosas violencias, son como salpicaduras de su fango ensangrentado que, con

la rabia de los que mueren, echa sobre América triunfante, como una reina desdentada, la Europa iracunda. Acá se ve que la opinión en masa, la prensa misma de los capitalistas, ¡qué más, la Iglesia misma, la Iglesia Protestante!, acepta la revisión del sistema social de ahora, y va pensando en la manera de ir poniendo un poco del mármol que sobra en unas calles, en el lodo que sobra en otras.

El obispo de la Iglesia Metodista, una Iglesia robusta y protegida por gente de caudales, envía a los templos de su credo una pastoral que causa en el país una emoción profunda: "Basta—dice: este edificio donde vivimos es un edificio de injusticia: esto no es lo que enseñó Jesús, ni lo que debemos hacer los hombres: nuestra civilización es injusta: nuestro sistema de salarios, asilos y hospitales ha sido sometido a prueba y ha fracasado.

"Repugna al orden de la razón que unos tengan demasiado y otros no tengan lo indispensable. Lo que está hecho así, debe deshacerse, porque no está bien hecho. Salgamos amistosamente al encuentro de la justicia, si no queremos que la justicia se desplome sobre nosotros.

"Por Cristo, y por la razón, esta fábrica injusta ha de cambiarse.

"¡Rico, tú tienes mucha tierra! ¡Pobre, tú debes tener tu parte de tierra!"

Esas palabras, que condensan las de la pastoral, han sacudido la atención, porque no vienen de filántropos desacreditados, ni de gente de odas y de libros, sino de un gran sacerdote, de mucho seso y pensamiento, que tiene una iglesia de granito con ventanas de suaves colores, y ha pasado una vida majestuosa en el trato y cariño de los ricos. ¡Bendita sea la mano que se baja a los pobres!

Pero esa bondad sacerdotal, que acá no ha sido oída ni con asombro ni con escarnio, ese sorprendente acercamiento del representante de una Iglesia al reformador más sano e ingenuo que estudia hoy el problema del trabajo, a Henry George, no alcanza a excusar, sino que condena, como condena George mismo, a los que afean la marcha victoriosa del espíritu humano con violencias y crímenes innecesarios en un país donde hora a hora, desde todas las tribunas, pueden decir los hombres lo que quieren, y juntarse para hacerlo.

¿Que no puede la mayoría trabajadora convencer a la minoría acaudalada de la necesidad de un cambio? Pues no tiene la capacidad de

gobernar con justicia, y no debe gobernar el que no tiene la capacidad de convencer.

El gobierno de los hombres es la misión más alta del ser humano, y sólo debe fiarse a quien ame a los hombres y entienda su naturaleza.

No; en eso ha estado la nación unánime. Se ha concedido el derecho a errar de las agrupaciones de obreros, que comienzan, desde su ignorancia y dolor, a organizarse: se empieza a conceder que el sistema de distribución equitativa de los productos de la industria debe reemplazar al sistema de salarios: se reconoce casi generalmente la necesidad de reconstituir la nación sobre bases que no impidan, como las de ahora, el desarrollo armonioso y mejorante de todos sus elementos: se confiesa que no es por cierto irrevocable un sistema social que, a pesar del pleno ejercicio de la libertad humana, lleva al odio, al desequilibrio creciente. y a la guerra entre los habitantes de un país libre, generoso y rico: se presiente sin miedo, y casi se saluda con cariño, la llegada de la era del trabajador; pero opinión, gobierno, prensa, clero ¡qué! el trabajo mismo, se levantan contra las turbas de fanáticos que, en vez de emplear su fuerza en rehacer las leyes, fortalecen y justifican las leyes actuales con el espanto que inspiran sus crímenes.

Lo mismo artesanos que banqueros; lo mismo el gran maestro de los Caballeros del Trabajo que los capitalistas del club famoso de New York Union League; lo mismo los gremios aislados de obreros americanos que los diarios de los magnates de las bolsas, abandonan a la ira pública y a la ley a los que con su odio insensato a las instituciones que merecen, puesto que no las saben vencer en paz en un país libre, retardan la reforma de la constitución industrial, que entraña la del hombre mismo, por la alarma justa de la opinión pública sin la que es imposible la victoria.

Ni la policía, ni los jueces, ni el gran jurado, que es la opinión general, perdona a los que han ensangrentado a Chicago, ni a los que los imitan.

Los caudillos anarquistas están presos: a uno, a Most, lo halaron por los pies de debajo de una cama.

Las imprentas se niegan a poner en sus prensas los diarios anarquistas. Acá, donde hay flores para los asesinos condenados a morir, no ha habido una muestra de simpatía para los anarquistas presos.

Los oradores y escritores que convocaron a las armas a la muchedumbre, en Chicago, y presidieron a su crimen, serán probablemente acusados de homicidio ante el jurado.

La policía ha recogido en mucho antro, en casas arrinconadas, en cuartos oscuros, que hacían de hospitales de sangre, en trincheras y cuevas subterráneas, vagones enteros llenos de fusiles, cajones de cápsulas, depósitos de dinamita y glicerina, moldes de bombas, bombas "graciosas y pequeñas como una pera", cerros de periódicos y circulares que llaman a crimen, libros anarquistas empastados en cuero rojo, pruebas de una red vasta de fábricas de dinamita y logias organizadas que la consumen, documentos que demuestran que una de sus prácticas es la de incendiar sus casas aseguradas para cobrar en provecho del tesoro anarquista el precio del seguro: mucha sustancia extraña se ha encontrado, que estalla al sol y al choque, mucho texto donde se enseña, por diez centavos, el modo de incendiar y de matar.

¡Al más noble de espíritu, da arrebatos de ira esta perversión de la naturaleza humana!

Ha habido en todo el país, aun en la gente de alma apostólica, una conmoción semejante, a la que produce en una calle pacífica la aparición de un perro atacado de hidrofobia.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 26 de junio de 1886

(CONCLUSIÓN)

*Los obreros de Alemania y los de Estados Unidos.—Lo que traen de Europa los obreros alemanes.—Most, Schwab, Spies.—Escenas de los motines de Chicago.—Huelguistas envenenados.—Explosión de una bomba de dinamita*

Nueva York, Mayo 16 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Esos hombres no son los verdaderos trabajadores americanos, que se coligan, que cometen errores, que ejercen presión injusta sobre las empresas que se niegan a reconocerlos como agremiados, que en las horas de furia, allí donde el frío azota más y sus angustias son mayores, vuelcan carros, incendian corrales, rompen las entrañas a las máquinas, pero no se reúnen, en cuevas y agujeros, a estudiar la manera más módica y sencilla de destruir al hombre, por el delito de haber creado.

Sólo los que desesperan de llegar a las cumbres, quieren echar las cumbres abajo. Las alturas son buenas, y el hombre tiene de divino lo que tiene de capaz para llegar a ellas; pero son propiedad del hombre las alturas, y debe estar abierto a todos su camino.

Ese odio a todo lo encumbrado, cuando no es la locura del dolor, es la rabia de las bestias.

Comete un delito, y tiene el alma ruin, el que ve en paz, y sin que el alma se le deshaga en piedad, la vida dolorosa del pobre obrero moderno, de la pobre obrera, en estas tierras frías: es deber del hombre levantar al hombre: se es culpable de toda abyección que no se ayuda a remediar: sólo son indignos de lástima los que siembran a traición incendio y muerte por odio a la prosperidad ajena.

En Alemania, bien se comprende, la ira secular, privada de válvulas, estalla. Allá no tiene el trabajador el voto franco, la prensa libre, la mano en el pavés, allá no elige el trabajador, como elige acá, al diputado, al senador, al juez, al Presidente: allá no tiene leyes por donde ir, y salta sobre las que le cierran el camino: allí la violencia es justa, porque no se permite la justicia.

Las reacciones serán tremendas, allí donde las presiones han sido sumas. Las justicias se van condensando de padres a hijos, y llegan a ser en las generaciones finales cal de los huesos, y vicio de la mente: llegan a enguirse dentro del alma como un fantasma que no duerme.

Estos burdos obreros de Alemania, aguzados por espíritus de odio, o por aquellos de su casta en quienes el dolor culmina en palabra o en acción, vengan siglos, en su oscuro entender, cuando echan una bomba encendida sobre los guardianes de la ley, símbolo para ellos en su tierra de la hiel en que viven. ¡De ahí la compasión de todo espíritu justo por los extravíos de esos tristes que vienen a la vida con las manos inquietas y el juicio caldeado! ¡Pero en ninguna alma honrada llega la justicia a precipitarse en crimen!

Importa mucho a los pueblos que se acrecen con la inmigración de Europa ver en qué ayuda y en qué daña la gente que inmigra, y de qué países va buena, y de cuál va mala.

Los Estados Unidos, que están hechos de inmigrantes, buscan ya activamente el modo de poner coto a la inmigración excesiva o perniciosa: viendo de dónde viene el mal a los Estados Unidos, pueden librarse de él los países que aún no han sido llevados por su generosidad o su ansia

desmedida de crecimiento, al peligro de inyectarse en las venas toda esa sangre envenenada.

Se sabe de cierto. Es de alemanes, de polacos, de suecos, de noruegos. la gran masa en que han prendido esas prédicas de incendios y matanzas. La ciudad de Milwaukee, es un ejemplo, y allí por poco, a no haber habido un gobernador enérgico, no queda de la ciudad más que pavesas: en Milwaukee, de cincuenta mil trabajadores, apenas diez mil hablan inglés: polacos y alemanes son en su gran mayoría. En Chicago todos eran alemanes; un americano había, uno entre diez mil, un Parsons: ¿en qué país, no cría fieras el odio? Ese es aquí el elemento temible del problema obrero: esa Alemania y Polonia, esa Noruega y Suecia, toda esa espuma europea, se ha derramado por el país entero, y no se sabe si los trabajadores del país serán más poderosos que ella.

Esos alemanes, esos polacos, esos húngaros, criados en miseria y en la sed de sacudirla, sin más cielo sobre las cabezas que el tacón de una bota de montar, no traían, al venir a esta tierra, en los bolsillos de sus gabanes blancos, en sus cachuchas, en sus pipas, en sus botas de cuero y sus dolmanes viejos, aquella costumbre y fe en la libertad, aquel augusto señorío, aquella confianza de legislador que pervade y fortalece al ciudadano de las repúblicas: traían el odio del siervo, el apetito de la fortuna ajena, la furia de rebelión que se desata periódicamente en los pueblos oprimidos, el ansia desordenada de ejercitar de una vez la autoridad de hombres, que les comía el espíritu, buscando salida, en su tierra de gobierno despótico.

Lo que allí se engendró, aquí está procreando. ¡Por eso puede ser que no madure aquí el fruto, porque no es de la tierra!

Esos trabajadores, en su mayor parte alemanes, se trajeron esa terquedad rubia, esa cabeza cuadrada, esa barba hirsuta y revuelta que no orea el aire y en que las ideas se empastan. Se trajeron a sus anarquistas, que no quieren ley, ni saben qué quieren, ni hacen más que propalar el incendio y muerte de cuanto vive y está en pie, con un desorden de medios y una confusión tal de fines que les priva de aquella consideración y respeto que son de justicia para toda especie de doctrinas de buena fe encaminadas al mejor servicio del hombre. Se trajeron estos alemanes a Most, a Schwab, a Spies,—Spies, parecido a Guiteau, un hombre chupado, un hombre mal hecho, en quien la masa no fue dispuesta a punto para que por entre las fieras naturales salieran con toda la luz de la razón el hombre verdadero;—Most, con una lengua grandaza como su barba. gordo, fofo, mirada de sargento, enamorado.

orador que en días pasados habló en Nueva York a su auditorio con un rifle en la mano, incitando a voces a sus oyentes a que hicieran como él, y fueran a sacar de sus guaridas a todos los capitalistas, y a volar sus casas y riquezas con las bombas que él enseña en sus libros a hacer y manejar;—Schwab, persona torva y enfermiza, pelo y barba al descuido, ojos terribles bajo anteojos grandes, huesoso y ávido.

Pero estos hombres tienen tras de sí miles de adeptos: y cuando Spies, que ha sido amo de tienda, sube a hablar en un vagón, sacudiendo en la mano un gajo de los *Arbeiter Zeitung*, del *Diario de los obreros* que publica, doce mil hombres se echan por donde él va, sacan estandartes y fusiles de donde los tienen escondidos, se ponen como flor de sangre en la solapa una cinta roja, asaltan tiendas, despedazan cervecerías enemigas, empeñan batallas mortales con los policías en cuerpo, y echan sobre sus líneas una bomba de dinamita que, al estallar con infernal estruendo, deja en tierra tendidos a sesenta hombres. Quieren que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, y es su derecho quererlo, y es justo; pero no es su derecho impedir que los que se ofrecen a trabajar en su lugar, trabajen. No es su derecho apedrear a los fabricantes que cierran sus talleres, porque no pueden continuar produciendo con esta época de precios bajos, en condiciones que requerirían más gastos de producción. No es su derecho perseguir con ese odio bestial de las muchedumbres a los infelices que se prestaron un día a ocupar los lugares de algunos huelguistas: ¡infelices! los llevaban por las calles, de vuelta a sus casas, dos cordones de policía: iban lívidos, y como sin habla: las mujeres, con pañuelos encarnados en la cabeza, les enseñaban desde las ventanas sus puños cerrados, y les echaban encima agua hirviendo: iban como quien se siente acabar: corría un viento de muerte que les hacía temblar las rodillas: se escondieron en sus casas como insectos que se entran en sus agujeros.

Los amotinados no eran ya doce mil, sino veinte mil. Cuarenta mil son los trabajadores en huelga en Chicago.

En Milwaukee, la ciudad de la cerveza; en Cincinnati, el palacio del cerdo, también a miles están amotinados los polacos y los alemanes.

Pero en Milwaukee el gobernador les puso freno, espantó a un alcalde polaco que fungía de bravo, y envió a la cárcel a prepararse para la penitenciaría, a unos cien cabecillas, expertos en manejar bombas y encender cabezas.

En Cincinnati el corregidor no se mostró de paz, y anuncia que el que prive a otro hombre en su ciudad del menor de sus derechos de per-

sona libre, se verá, por la ley o por la fuerza, privado de los suyos; se puso en pie, y ordenó a la milicia que tuviese dispuestos los cartuchos.

Sólo en Chicago, donde Spies y Schwab escriben, donde incitan en las plazas públicas los oradores al incendio y a las armas, donde los anarquistas hacen ejercicios diarios de armas en sus patios y túneles, donde una mulata marcha a la cabeza de las procesiones ondeando con gestos de poseída una bandera roja, donde al sol y a la luz eléctrica flotan día y noche de las ventanas de Spies dos pabellones anarquistas, mientras que en libros y talleres ocultos aprenden sus adeptos a manejar sustancias siniestras y fabricar bombas. Sólo en Chicago, que es desde hace nueve días un campo de batalla, se empeña a cada hora, entre la policía mermada y la muchedumbre frenética, una contienda de muerte, en que los cañones de los revólveres se disparan boca a boca, en que las mujeres ayudan desde las ventanas a sus maridos que pelean lanzando ladrillos, bancos, piedras, botellas, en que doce policías heroicos hacen frente, sin más cota de malla que sus blusas azules de botones dorados, a veinte mil trabajadores amotinados que les disparan faz a faz, desde las ventanas y vagones, desde sus emboscadas, que se les echan encima y les rodean, que entran en medio de su fuego certero, que al ver llegar en sus carros de patrulla, las cuadrillas de refuerzo, ¡huyen espantados por las calles cercanas los veinte mil ante los doce!

Se llevan en vagones a sus heridos. Un policía queda en la acera muerto. ¡Otra refriega y a pocos pasos! Un policía muere sobre un huelguista: el huelguista le ha vaciado el revólver en el pecho: el policía, con el pecho traspasado con su enemigo por tierra, le dispara en la cabeza dos tiros de revólver. Una ambulancia llega. Está llena de pólvora la calle. Tiéndese en la ambulancia uno al lado del otro, a los dos desventurados.

En el camino, chaqueta junto a blusa azul, expiran.

En cada esquina, un encuentro; en cada plaza, reunión, discursos, acometimientos, balas.

Allá van desalados bajo un fuego continuo de revólver, los vagones de patrulla, cargados de policías. Detienen a uno: los que van en el interior se apilan, con las cabezas bajas, para evitar los tiros: el que va en el estribo, roto un hombro, se ase con una mano de la baranda del vagón, y con la otra, hasta que cae en brazos de sus compañeros, ya en pie, y pistola al aire, dispara sobre los huelguistas que le atacan. Rompe a correr el carro, parece que el caballo entra en la pelea y que

el carro es su ala: los huelguistas se abaten al verlo venir, ebrio ya el carro todo: las casas se los tragan.

Allá lejos, ¿quién muere? Es un huelguista envenenado: otros más han llevado a casas vecinas. Se entraron a una botica a cuyo dueño acusan de haber llamado a la policía por el teléfono. Tiemblan arriba en un rincón el boticario y su mujer. La turba rompió a pedradas las ventanas, inundó la tienda: deshizo los mostradores; quebró y majó los pomos, se echó sobre las ropas los perfumes: se bebió cuanto le supo a vino.

Los que mueren del tósigo quedan detrás: hombres y mujeres, agitando al aire los pañuelos rojos, arrebatando consigo a cuantos hallan, poniendo en fuga un policía que les sale al paso, caen sobre una cervecería, que han jurado devastar porque el dueño dio un sombrero a un policía maltratado por la turba. En las gorras y en el hueco de las manos se beben la cerveza. Con hachas y a pedradas han abierto los barriles. Hasta secarlos tienen en ellos las bocas. Caminan sobre la espuma. Rien. Despedazan con sus manos las alacenas y anaqueles. Todo es astilla en un minuto. Los policías llegan, y como no se les hace fuego esta vez, sólo usan de su porra, una porra que tunde. Los huelguistas huyen, pero los policías venían de otro encuentro, muchos de ellos manchados de su sangre.

“¡En fila, hombres!” les dijo su capitán, al arremeter contra la cervecería. Después de vencer, tres vinieron al suelo.

¡Y en la noche de la bomba mortal, ni uno solo se hizo atrás, ni huyó la muerte! La explosión los ensordeció; pero no los movió. ¿Qué sabían ellos si les arrojarían más de aquellas máquinas terribles? ¿No vieron venir a tierra, como si el suelo hubiese cedido bajo sus plantas, todo el centro de su línea? ¿No oían quejidos desgarradores? “¡En fila, hombres!”

Unos asisten a los que han caído. Los demás, con las pistolas a la altura del pecho, avanzan descerrajándolas. Un fuego cerrado les responde. Guardan los revólveres vacíos, y avanzan, descerrajando los llenos. La multitud se desbanda aterrada. Sobre el suelo lívido, y aclarado por la luz eléctrica que fosforea en el silencio mortal, se arrastran los policías heridos, como gigantes rotos: uno cae muerto, al quererse erguir sobre un brazo, con el otro vuelto al cielo: le resplandecían sobre el pecho como estrellas los botones dorados.

De esta hoguera primera se van apagando los fuegos: una fábrica cede una hora: otra da siete días de término para que sus operarios

vuelvan, o pierdan toda ocasión de volver: otras, pocas, consienten en rebajar a ocho las horas de trabajo: alguna, con prudencia que es muy celebrada, fija en nueve horas y media el trabajo del día, pero se obliga con sus obreros, como éstos con ella, a no acudir a la violencia para arreglar sus disensiones, y a someter a árbitros los puntos en que no concuerden.

Es general esta tendencia al arbitramiento general, la atención al gran problema, la fe en la sensatez pública, y como cierto legítimo orgullo, que ya se nota, de ver cómo el aire de la libertad tiene una enérgica virtud que mata a las serpientes.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 2 de julio de 1886

## 45

### GRAN FIESTA CONFEDERADA

*Todo el Sur alrededor de Jefferson Davis.—Paseo triunfal.—Monumento a los confederados.—“Por honor, no por guerra”.—¡Aquellas batallas!—Jefferson Davis ahora.—Su discurso.—“¡Sigue, viejo, sigue!”—Fiesta de ternura.—Incidentes notables.—Las ciudades de gala.—“Por sobre todo, la bandera de la Unión”*

Nueva York, Junio 3 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

La tolerancia en la paz es tan grandiosa como el heroísmo en la guerra. No sienta bien al vencedor encelarse de que se honre la memoria de las virtudes del vencido.

Dentro de una nación, todo cuanto haga de bravo y brillante un hijo de ella, es capital de la nación, con el que ésta se amasa y resplandece. Un pueblo ha de ser columna de virtud, y si no está bien hecho de ella, o no la tiene en su masa en cantidad principal, se desmigaja, como un hombre que pierde la fe en la vida, o como un madero roído.

Los Estados Unidos acaban de ver ahora en paz una cosa grandiosa. El Sur, que peleó rabiosamente en aquella guerra enorme por separarse del Norte, acaba de congregarse bajo su propia bandera, la bandera rebelde, para inaugurar, con su viejo caudillo a la cabeza, los monumentos en que conmemora a los soldados que murieron en la pelea contra el gobierno nacional, y a los patriarcas que los condujeron y aconsejaron.

Nunca se ha visto cosa más hermosa. De este pueblo del Norte hay mucho que temer, y mucho que parece virtud y no lo es, y mucha forma de grandeza que está hueca por dentro, como las esculturas de azúcar; pero es muy de admirar, como que cada hombre se debe aquí a sí mismo el magnífico concepto de la libertad y decoro del hombre en que todos se mantienen y juntan, y produce espectáculos de viril y gigantesca indulgencia, o de pacífico y radical volteamiento, que en nada ceden al brío épico y resplandor marmóreo de la grandeza pública de Grecia.

¿Quién no recuerda aquellas batallas que tenían en un hilo la atención del mundo, y fueron como un proceso de la soberanía humana, y como una prueba de la capacidad del gobierno popular para dirigir y mantener unida a una nación?

No era que el Sur quisiese tener esclavos, y que el Norte se opusiera a que los tuviese; no era que los patricios agricultores del Mediodía repudiasen las leyes acordadas para toda la nación por los habitantes industriales de los Estados del Norte; no era que el Sur, desesperanzado de mantener bajo su férula al yanqui, a quien despreciaba, se determinase con su arrogancia ciega de señor a "rendir a la bestia por la fuerza", o a aterrarla con la amenaza de ella. La bestia se hizo Lincoln, y lució como si de oriente a ocaso se tendiese en el cielo un palio de justicia. La bestia se hizo Grant, y cayó sobre los Estados confederados como un martillo sobre un clavo que se tuerce, o como un monte.

Era que se alegraron por todo el universo las castas medio muertas, las gentes de tradición y monarquía, las que no gustan de ver desenvolverse y afirmarse al hombre, como una divinidad de espaldas anchas que cual en su trono natural se sienta en la tierra; y mantuvieron que sin cabeza regia y prestigios misteriosos no podía existir un pueblo, ni podía una nación, sin caer en catástrofe, gobernarse a sí propia libremente.

Y se gobernó; y peleó de un modo irregular, brutal y nuevo, en armonía con los elementos diversos y acometedores de que este pueblo reciente está formado; y perdonó en la victoria con una plenitud y verdad de que no dio antes ejemplo pueblo alguno.

¿Quién no recuerda aquellas batallas cruentas, aquella cintura de ríos en que se encerró la confederación, aquellos puentes de cadáveres sobre los que fuéronlos trasponiendo los federales vencedores, aquella alegría heroica y patriarcal grandeza con que una vez en la pelea injusta, defendió el Sur su tierra y gobierno que consideraba legítimamente propios, y a cuyos soldados, que brillaban en sus harapos como una bandera al sol, daban con sus manos finas las matronas de los pueblos el pan que habían amasado de buena voluntad en sus casas sin padres y sin hijos, porque se los había llevado a todos la guerra?

Pues aquella manera de morir; pues aquel fiero apego a la tierra nativa; pues aquella loca firmeza en el mantenimiento de los que ostentaban sus derechos; pues aquella sublime sencillez en el abandono del regalo y la fortuna, igualada sólo por la fortaleza de las mujeres en la desdicha y la bravura de los hombres en la guerra; pues aquella hecatombe, tremebunda, necesaria para mostrar a las edades en escarmiento el sepulcro de la institución de la esclavitud en cuya defensa fue, so color de derecho político, levantada; pues aquel monte de héroes que redimieron su equivocación con el tesón glorioso con que pelearon en

pro de ella,—es lo que en estas fiestas de ahora, en estas ciudades de gala, en estas calles llenas de banderas, en estos pavimentos cubiertos de flores. en estas escenas de vencido que sacan llanto a los ojos, ha querido celebrar el Sur en la persona agonizante de su viejo caudillo Jefferson Davis, que se va sin doblarse, antes de que se muera.

¡Pobre viejo, más terco que bueno! Debió ser muy fuerte, como todo aquel que queda vivo después de que se le cae encima su pueblo. Es verdad que se ha quedado sobre la tierra como una luz fatua, y, —a juzgar por lo que ha dicho en estas fiestas,—como una lámpara casi vacía que sólo se reanima, con luz agigantada por los esfuerzos de la muerte, cuando la visión de sus cohortes grandiosas o de su esperanza enconada en la derrota sacuden el aire, ¡con sus alas de oro, o con sus alas negras!

En otro país, hubiera parecido traición lo que aquí se ha visto en calma.

¡Levantar un monumento, en los días mismos declarados sacros por la rebelión a los muertos rebeldes! ¡Disponer una gran fiesta, con júbilo de los soldados desleales en las ciudades que fueron su cabeza, para recibir, no bajo un cielo azul, sino bajo un cielo de banderas traidoras, al que fue el primero en aconsejar la traición, y la presidió, y ya en los vahos de la tumba, se yergue sobre su bastón como sobre una arma de guerra, y con desordenadas frases seniles levanta su traición, como una gloria por sobre su cabeza!

Pues todo eso se ha hecho aquí, sin que el país se estremezca, ni nadie crea en una resurrección del bárbaro conflicto.

La esclavitud era la médula de aquella guerra. Ya no hay esclavitud que mantener. El sentimiento del Sur queda, en los que palpitaron con él y en sus hijos; pero la guerra, con la razón que tuvo, es muerta.

¿Ni qué mayor castigo para Jefferson Davis, que mantuvo el derecho de un pueblo a conservar esclavos a los negros, que ser recibido a su llegada a Atlanta por dos mil niños negros de las escuelas, que iban vertiendo flores delante de su coche, el cual llevaba las ruedas vestidas con las banderas de la nación que quiso echar abajo?

No: no significaba esa fiesta solamente la generosa ternura de un pueblo que quiere endulzar, antes de que se queden para siempre fríos, los labios de un anciano que lo inflamó con su espíritu de independencia, y ha vivido envuelto foscamente en su derrota, como un abandonado que muere en su bandera. La fiesta del Sur ha sido como un

arrebato de almas, como un ternísimo apetito, como una gran despedida, como una función de amor, en que los que aún están vivos quisieron verse, juntos como en la hora de la gloria, antes de dejar en este mundo sus uniformes e ir a unirse con los que murieron por ella.

“¿Quién nos ha de tener a mal, se decían con razón, que honremos a los que pelearon a nuestro lado por un ideal que se escapó por sus heridas, por deshacer una unión que hoy todos mantenemos?”

Y nadie se lo ha tenido a mal. Uno que otro político del partido republicano quiere hacer capital de guerra para la próxima campaña presidencial, de ese sentimiento unánime con que un pueblo decoroso honra sin miedo a los que supieron morir por él; ¡otros pueblos hay menos leales y dignos, que tienen vergüenza de recordar en alta voz a sus muertos!

Pero el Sur no; y el Norte se ha descubierto la cabeza con respeto, y ha visto pasar, después de veinticinco años de la muerte, el féretro de la guerra, como se descubre el vencedor honrado cuando pasa el cadáver del vencido. En Montgomery fue la fiesta mayor, y Jefferson Davis, llevado en triunfo desde su hotel al Capitolio, dijo sin obstáculo su discurso de gracias y de recuerdos en el lugar mismo ¡oh caso memorable! donde juró ser fiel como Presidente a la constitución de los Estados rebeldes.

Fue de verlo, cuando se levantó a hablar. Temblaba el viejo, como tiembla el acero. El cabello no se le ha caído, sino que en guedejas lacias y revueltas le bate la frente, como jirones de bandera rota.

Parecía un hombre de piedra: y como que todos se empequeñecían a su alrededor, para darle el consuelo, a él que lo procuró en vano, de creerse un momento grande.

Ni una palabra dijo que mostrase arrepentimiento por sus actos, o reconocimiento de su ilegitimidad, o sanción de la victoria del Norte.

Insistió en la defensa de su guerra. Razonó el movimiento rebelde. Lo saludó en el espíritu de libertad que ve vivo en los hijos del Sur.

—“No diré cosas que puedan comprometer a nadie.”

—“¡Sigue, viejo, sigue—le dijo una voz—que estás entre amigos!”

Y habló como entre amigos, con rabia, con arranques a veces de salvaje hermosura, con un grito de amor a los muertos que saca a los ojos lágrimas de piedad por el pobre hombre roto, con exabruptos de invencible odio, como un mastín desdentado y exangüe que enseña a su enemigo las encías.

Pero decía todo esto, apoyado sobre un bastón que parecía dispuesto a alzarse, a la sombra de una gran bandera federal, bajo cuyos pliegues se agrupaban sin armas los jefes rebeldes.

Y el general Gordon, que peleó muy bien y quiere ser gobernador, saludó los tiempos pasados, en que fue héroe del lado de los caídos, como se saluda a una tumba, y proclamó la época nueva de unión sólida en que el Sur ama al Norte, cuyo hombre en la guerra fue aquel Lincoln, que al que le dijo en el campo de muertos de Gettysburg: “¡Los federales que defendieron estas alturas vivirán en la historia!”—respondió tendiendo aquella mano suya, que parecía una bendición, hacia el lugar de sepultura de los confederados:

“¡Y los confederados que los atacaron vivirán en la historia también!”

En paz han lucido al aire los emblemas y colores de la confederación.

Locura eran las calles de Montgomery y Atlanta. El día, procesión; hotel la noche. El Sur entero reunido en Montgomery.

Acá un cojo, allí un manco. Mucha barba gris. Mucho rostro curtido. Llevaban muchos el uniforme de la guerra. Se juntaban en grupos. Se abrazaban al reconocerse. Los que habían servido en una legión se apiñaban, llorando algunos, bajo una ventana en que flotaba su bandera.

Un secretario con una sola pierna, distribuía cintas rojas a los soldados confederados.

—“Quiero mi cinta”, dijo un anciano esbelto. La voz estremeció al secretario que levantó la cabeza.

—“¡Doctor!”

—“¡Davis!”

Se habían vuelto a hallar el valentísimo soldado, y el cirujano que le amputó la pierna.

Uno lleva enormes bigotes porque juró no cortárselos hasta que no venciese el Sur, que no ha vencido. Todo era cinta roja. No había en las calles hombre solo. Parecían cuchichear las cintas, agitadas por la emoción y la alegría de aquellos fuertes pechos.

En los balcones de las casas, junto con las de la nación, ondeaban las banderas confederadas.

La casa misma del ayuntamiento era toda ella un oriflama: en estandartes y banderines, en pabellones y gallardetes, lucían retratos y nombres de los héroes de la confederación: “Robert Lee”, “Stonewall Jackson”, “Sidney Johnston”. Grandes retratos de rebeldes ilustres vestían las paredes.

Pero en la cúpula, como remate y color final en que todas las del edificio se fundían, se desplegaba y recogía al viento majestuosamente, con aire de buena madre que sonríe, la bandera de las listas rojas y las estrellas blancas.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 15 de julio de 1886

46

## CÉLEBRE PROCESO POR COHECHO

*El vicepresidente del ayuntamiento de Nueva York es condenado a penitenciaría.—Detalles y antecedentes.—Cómo son, y de qué viven, los regidores en Nueva York.—El ayuntamiento en masa se vende a una empresa.—Vicios del sufragio.—Jaehne, confeso, era la flor del sistema.—Sentencia solemne.—El reo en la penitenciaría, lavando camisas*

Nueva York, Junio 3 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Otras muchedumbres han sido las que siguieron en su proceso escandaloso y en su salida de las tumbas al vicepresidente del ayuntamiento de Nueva York, condenado por cohecho a nueve años y diez meses de trabajos forzados en la penitenciaría de Sing Sing. Ya está el caballero de gabán fino y sombrero luciente volviendo al revés las camisas nuevas en la lavandería, vestido, como el homicida que tiene de compañero, con el traje de lienzo amarillo cruzado como la cebra de un lado a otro de fajas negras

Ya no le cae el cabello sedoso sobre la frente alta y cuadrada de hombre astuto, ni los luengos bigotes que acentuaban el aire presidencial en su rostro juvenil le disimulan lo redondo de los ojos, lo saliente de los pómulos, lo montado de la nariz, lo escurridizo y flojo de la barba. Ya por diez años, en vez de la gloria de barrio que lo elevó dos veces, de joyero travieso que era, a presidir el ayuntamiento de esta gran ciudad, no tiene más que su celda, donde le dejan fumar, leer y dormir en un colchón de crines. Cuando se porte bien, lo ascenderán a almidonar camisas.

Recibió veinte mil pesos por votar en pro de la concesión de la línea de tranvías de Broadway, que compró en cuatrocientos mil pesos el año pasado a veinte regidores de la ciudad de Nueva York; de veintidós que eran, sólo dos fueron honrados. Y les decían *dudes* y *dandys*, porque la virtud entre los ladrones es un abominable dandismo. Los regidores, es verdad, no son gente de mucha cultura y refinamiento, en el exceso ridículo de los cuales pecan los *dudes* o petimetres de ahora: ellos gustan de la riqueza fanfarrona que deslumbra a la gente curtida y rufianesca: la ropa ha de ser cara: el sombrero de seda ha de enseñar el lustre de la plancha: la cara ha de estar afeitada hasta lo azul: se ha de

ver mucha pechera de camisa, con un recio diamante en el centro; la leontina ha de ser de mucho oro, y si el vientre es abundante y redondo, mejor, porque así se muestran más los dijes: la cartera ha de estar siempre llena de billetes de Banco, que se van quedando de noche por los mostradores de las cervcerías, donde el regidor paga todo lo que se toma, y truena y relampaguea, y asegura a los "muchachos" que él los sacará de apuros con el juez que es su amigo si sus pecados los llevan al banquillo; y tranquiliza al cervcero que teme que le cierren la tienda de noche diciendo, el vaso en alto, que donde está el regidor está la buena, y nadie tiene que temer, porque él "ha visto a la policía".

Porque para poder tener tienda de votos en el ayuntamiento, y vender al que mejor las compre todas las franquicias de la ciudad, los regidores necesitan poner de su parte a los cervceros que por lo que fian tienen sujetos a mucha porción de los votantes activos, los cuales en la hora de elecciones, si no venden el voto a un candidato que lo paga de contado, lo dan al regidor a quien protege el cervcero, por tener la cerveza segura, y porque cuando roban, o se desnarigan a puñadas bestiales, o se quitan a tiros los sombreros, haya regidor que acuda a sacar del juez la libertad o una condena baja, que es servicio que el juez hace generalmente de buen grado, porque cuando le llega su vez de ser electo, necesita de los votos de los rufianes y de la protección de los regidores.

Y como el que elige es aquí el que manda, se halaga al que elige, que como se ve no siempre es persona que debiera elegir,—y se le compra el voto, en este odioso sistema, con una garantía de impunidad futura.

Luego, allá arriba, en el ayuntamiento, se hace mucho negocio: hay regidor que deja en una cervcería un billete de quinientos pesos, y no nota la falta: los regidores, Tommy el enterrador, Mike el cervcero, Jim el de la carnicería, toda gente ventruda y corpulenta, gente repleta y búfaga, no dan propinas sino de a peso fuerte, ni beben sino champaña, y toda esta maravilla la hacen los regidores con un sueldo anual de mil ochocientos pesos.

¿Cómo rebosan en dinero, cómo cubren el enorme déficit, cómo se mantienen tan plenos y rosados?

Pues así, vendiendo regularmente, como un negocio fijo, a las empresas de tranvías los derechos públicos por el cohecho que les quieran dar.

Viven tranquilamente en esos lodos. Acá se sabía; pero la ciudad, como toda gran mole, ha sido lenta en irse rebelando.

Ni, ¿cómo se podía evitar ese predominio del regidor en el barrio, si las elecciones de regidor se hacen por barrios?

Regidores y policías son buenos amigos: con esa amistad, los vicios, que son siempre vicios, florecen ante los ojos cerrados de las leyes, y compran en la hora de la elección los votos que aseguran la permanencia en los puestos públicos de "los amigos".

Hasta que por fin, cuando fue pública la venta descarada de la vía de Broadway a la empresa que logró impedir con su soborno que la vía se sacase como propiedad pública a remate, la vergüenza fue ya mucha,—los ciudadanos honrados, culpables de haber dejado el voto en las manos de los que a tales rufianes ponen a la cabeza de la ciudad, celebraron juntas, publicaron resoluciones, avivaron los espíritus, y la legislatura, que comenzó por quitar a los regidores el derecho de nombrar empleados para puestos que vendían o en que traficaban a cambio de influjo o complacencia, acabó por sacar de los barrios la elección especial de cada regidor, haciendo ésta general en la ciudad, de manera que se compute en un voto total el número de ellos que favorezca a cada candidato, y se compense de este modo el sufragio de los guitones y tahúres con el de la gente honesta.

Jaehne, el regidor condenado a la penitenciaría, era la flor de este sistema, que en la furia de riqueza que acá envenena los espíritus, está tan en lo hondo de las costumbres que muchos lo creen legítimo negocio, y en teniendo talento para ser bribón, nadie se lo tiene a mal a nadie.

¡Pues qué! el general Shaler, con la cabeza blanca como la nieve, el jefe de las milicias del Estado de Nueva York, el presidente de su dirección de cuarteles, el presidente de su comisión de sanidad, con un sueldo pomposo al año, ¿no está procesado por lo mismo, por haber dado a un quidam un valiosísimo privilegio en un remate de cuarteles, en pago de que el quidam, que ya llevaba hechos con él otros negocios, le levantase una hipoteca con que tenía Shaler gravada su casa?

Jaehne era la flor del sistema: más fino que los otros regidores, sin ser *dude*, que es como suena en español la palabra con que aquí se burlan de los que andan por las calles en pantalones apretados, muy sacados de pecho y prietos de cintura, con los brazos en ganso, con el puño de plata labrada del bastón entre los labios, como una pipa de fumar, con un ojo en frío y el otro disfrazado por un gran monóculo.

Jaehne tiene fácil la palabra, que es gran enredadora; y como se ha visto en sus treinta y ocho años de edad en mucho lance oscuro, posee

singular habilidad para salir bien de todo tráfico con truhanes, y sacar adelante el gobierno de picardías y complicidades que han puesto a Nueva York a los pies de estos vendedores de servicios públicos, méritos todos que le llevaron dos veces a la vicepresidencia del ayuntamiento, que es como la presidencia, porque el presidente nato es el corregidor, quien pocas veces preside, pues suele ser persona honrada, y tiene ascos de verse en tacto diario con grandes villanos.

Pero esos méritos no le sirvieron a Jaehne, a quien su mayor finura hacía más sensible que sus compañeros para guardarse tan bien como éstos, que se han puesto en fuga: y como un inspector de policía supiera irlo reduciendo hábilmente, llegó a confesarle un día en su casa, sin saber cómo detrás de una cortina le oían dos testigos, que él y cada uno de los veinte regidores recibió veinte mil pesos de la compañía por su voto. Al día siguiente fue preso. En una semana vio su causa el jurado, y lo declaró culpable.

Justo es decir que la opinión de la ciudad estaba ardientemente contra el preso. Se había sentido la bocanada de deshonra pública. Y cuando, lleno el tribunal de gente, arrinconadas en la puerta su madre vieja y su pobre esposa, mandó el juez al regidor vendido que se pusiera en pie para oír su sentencia, la boca se ponía amarga y se apretaba el corazón de angustia, al oír cómo iban cayendo de los labios del juez venerable las tremendas y sosegadas palabras de justicia: si se le hubieran quitado a aquel infeliz un momento después las ropas, se le habría visto el cuerpo entero cortado a latigazos: tanto herían aquellas palabras sencillas.

El infeliz escuchaba, bello aún en sus ropas de lujo, con la cabeza baja. La sentencia le caía encima, una sentencia sana y admirable como un castigo de varas cimbradoras:

“Los hombres de tu estampa creen que el Universo entero está podrido, porque ven fuera lo que tienen dentro: pero el Universo no está podrido todavía. Fish está en la penitenciaría, y era una grande persona, y un presidente de Banco; Ward está en la penitenciaría, aunque era un rey de negocios, porque invirtió en negocios fraudulentos las sumas que obtenía con mentira; el policía Crowley está en la penitenciaría, porque empleó en ofender a una mujer la autoridad que se le había dado para protegerlas; y Twed, el gran ladrón de hace veinte años, aunque era mucho más poderoso que tú, murió en la penitenciaría. Tu mujer y tu madre me han movido el corazón: pero tu delito es demasiado grande, para que yo pueda encontrar pretexto de merced.

“Lo que has hecho de ti mismo es triste; pero lo más triste es que el poder de hombres como tú, sea tanto,—y tan general en esta ciudad el hábito de tu delito que se ha estado creyendo que la justicia se vendería a los bribones, como te has vendido tú, y que no tendríamos valor para condenarte. Escardan sus cabezas las víboras que alimentan estos pensamientos. Levantad la cabeza, gente honrada. Los *dudes* no han vencido esta vez, y los que trafican con su vergüenza van a la penitenciaría. Jaehne, el tribunal te condena a nueve años y diez meses de trabajos forzados en una penitenciaría.”

El hombre no es cruel; pero dicen que se oyó como un suspiro de alivio en el salón cuando el juez Barrett, premiado hoy por el aplauso público, dijo estas últimas palabras.

Y al otro día, con otros cuatro delincuentes, llevaron los alguaciles a su prisión al vicepresidente del ayuntamiento.

En las estaciones del ferrocarril se habían apiñado los pueblos, para verlo pasar. El, hundía en su periódico el rostro trémulo. Llegaron. Llamaron a la gran puerta de hierro que abrió el paso a la oscura alcaldía. Pusieron en fila, con la espalda en la pared, a los cinco sentenciados. Llegó a Jaehne su vez de acercarse a la mesa del alcaide, donde le hicieron vaciar cuanto tenía en sus bolsillos; aún llevaba repleta la cartera, con noventa y dos pesos. Colocaron a los cinco en fila, Jaehne el último, y siguieron prisión adentro, pisándose los talones, con las dos manos de cada uno puestas en los hombros del que le antecedió. Le hicieron tomar un baño. Le cambiaron su ropa por el traje amarillo con las fajas negras. Lo raparon. De dos tajos de tijera le cercenaron el bigote. Le tentaron todo el cuerpo, para tomar nota de sus peculiaridades y señales. Almorzó bacalao y papas hervidas, café y pan. Y lo dejaron en la lavandería, volviendo al revés las mangas de las camisas nuevas, y atándolas con un cordón por la cintura, para que el almidón sólo empape la parte alta. Así acaban los que venden la justicia.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 16 de julio de 1886

**MATRIMONIO DEL PRESIDENTE CLEVELAND**

*La fiesta de la Decoración de las Tumbas.—Nueva York en la mañana de Decoración.—Procesión, flores, banderas.—Descripción de las honras solemnes en la tumba de Grant.—Las ofrendas de flores.—Un cañón de claveles.—“¡De ti, patria mía y tierra de libertad!”—Descripción de la boda.—El Presidente y la prensa.—La batalla de los vapores.—Los reporteros victoriosos.—Los alrededores de la Casa Blanca.—El aposento azul.—La ceremonia.—“Arroz y chinelas”*

Nueva York, Junio 3 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Esta ha sido semana de flores. Los jardines se han vaciado al pie de las tumbas, y a los pies de la novia. La tierra misma ha estado alegre, como quien goza en abrigar a los que han vivido con honor, y en que los que vivan en ella se amen.

El día último de mayo fue la decoración de las tumbas de los soldados muertos en el servicio de la patria. Ayer, día dos de junio, dibujado con letras de colores sobre las cajas de seda, en que se repartió el turrón de boda, casó Cleveland, ponderoso señor de cuarenta y nueve años que preside sobre los Estados Unidos, con miss Folsom, una gallarda y humilde criatura de veintitrés que hace un año recibió en la escuela su título de maestra.

El se venía aficionando a ella, desde que la vio nacer, y alegrar la casa de su padre, el amigo de alma de Cleveland. Ella viene de donde viene él, de gente llana, honrada y seca, de generaciones de campesinos, acostumbrados a ganar con su trabajo sus derechos, y de abogados, en quienes el derecho se condensa, y es como cuerpo vivo, o debe serlo. Pero la Casa Blanca no se decoró para la boda, no antes que las tumbas. Las tumbas fueron primero.

Es acá la fiesta de Decoración un día de colores. Las grandes fiestas de la naturaleza se perpetúan, con este o aquel vestido, en todas las edades y pueblos de los hombres. Razas, lenguas, historia, religiones, todo eso son vestiduras de quitapón, debajo de las cuales surge, envolviéndolas y dominándolas, la esencial e invariable naturaleza humana, como las hojas de acanto se desbordaron sobre las cestas que puso en la columna la madre de Corinto.

La fiesta de Decoración es la antigua fiesta de la primavera, que se renueva en el alma cada año a las primeras lilas, y se expresa en

vestidos nuevos, en sombreros de colores vivos, en bondad, en justicia, en matrimonios. La proximidad del Sol a la Tierra no sólo renueva el suelo, sino el espíritu. En la luz, hay virtud.

El día de Decoración es nacional. El respeto a los muertos se hace fiesta pública. Huele la tierra a flores. Nadie trabaja. Se amanece entre banderas y ruido de clarines. Vienen a Nueva York los grandes dignatarios del país. La ciudad parece ponerse uniforme de gala, como los soldados. En las plazas se levantan tribunas embanderadas, donde ver pasar el séquito. Todo es procesión, pabellones, compañías, músicas, gentío en las aceras, calle de cabezas, leguas de bayonetas, desde las faldas de mármol de la catedral de San Patricio en la Quinta Avenida a lo alto de Nueva York hasta Greenwood, el cementerio de los palacios, a lo más lejos de Brooklyn. Allí los soldados, allí los veteranos que han visto peleas, éste sin un brazo, aquél sin una pierna. Uno, sin más pierna que la izquierda, va con la procesión de un extremo a otro, no en coche, no, sino a pie, porque así será el tributo más digno de los muertos: otro, con el muñón de brazo que le queda, aprieta al pecho el banderín que su compañía llevó en campaña. Son viejos; pero van jóvenes, porque el honor y la alegría remozan.

De las sociedades de veteranos, de los puestos militares, de los cuarteles, y de esos cuarteles mejores,—las escuelas,—mandan carros de flores para las tumbas de los soldados.

Los carros, llenos de rosas, de claveles, de heliotropos, de geranios, van en la procesión, entre una y otra compañía. La procesión, que arranca cerca de la catedral, cuando la mañana está en todo su brío, llega al pie de las tumbas en Greenwood cuando ya el sol las baña con esa luz última suya que parece una caricia.

Por la mañana es preciso ver ese día a Nueva York. El comercio, callado. Las calles, claras como si la luz de los espíritus saliese a ellas, o como si las cubriesen alfombras de luz. Es el claror primaveral de mayo. Es la alegría, que está en los ojos. Las noblezas dan luz, dentro y afuera. Cuando mucha gente se reúne a sentir bien, la intensidad de nobleza en las almas parece traducirse fuera de ellas en intensidad de hermosura y de luz.

Por la mañana hay que ver a Nueva York. La tierra parece abierta en niños,—¡la vanguardia de la gloria! Suenan las chirimías gozosamente, y los tambores y los pífanos. No hay ventana sin bandera, ni sin mujer que la haga más hermosa. Por cada bocacalle entra con su banda de tamborines a la cabeza, una compañía. Unos llevan pantalón de

dril, con casaquín de lana perla, cruzado el pecho de anchas correas blancas. Otros van de rojo y blanco, blanco el pantalón, la casaca roja. Otros van más de ciudadanos, y aunque nuenos brillantes, muy viriles; llevan pantalón azul oscuro, y uno como gabán ceñido y corto, cerrado al pecho con doble hilera de botones dorados; el sombrero es de fieltro negro de alas anchas, con una fina trencilla de oro, que remata en dos bellotas sobre la espalda.

En las esquinas van las compañías tomando puesto. ¡Qué conmovedoras, las banderas rotas! ¡Qué arrogantes, los que las llevaban! No parecían bien, cerca de aquellos pabellones desgarrados, los banderines de seda y flores de oro en que con letras de realce llevan bordados los números de sus batallones los soldados nuevos. Y ¡qué correr desalados, el de los muchachos por las calles! Verdad que hasta los hombres mayores, periódico en mano y bastón al aire, corrían. Nadie quiere perder la banda que pasa, el general famoso que se acerca. A algunos, se les saltaban las lágrimas. Se veía pasar de prisa a algunas viejecitas, con tientos de flores en las manos.

Rodeaba a las tribunas en las plazas apiñadísimo gentío. En la plaza mayor, la de Madison, había una gran tribuna con mucha gente granuda del país: el Presidente, generales, gobernadores de Estados, *mayores* de ciudades, gran número de damas. Cerca del Presidente está la que a los dos días va a ser su esposa. Ya todo el mundo lo sabe, y aplauden la boda, como si fuera propia.

Aquí gusta Cleveland, con su honradez tonante, y su firmeza de hombre de éxito. Al principio pareció el matrimonio fuera de proporción; pero luego se empezó a saber que ella no es joven que vive entre jolgorios, sino señorita de peso y recato, habituada por una educación de sentido común a ver la belleza en la bondad más que en la brillantez.

El tiene ante ella el prestigio de todo hombre que se levanta por la fuerza de sus brazos sobre los demás hombres: el respeto que se tribute al marido entra por mucho ¿quién no lo sabe? en el amor que le tenga la mujer. Y él tiene por ella una caballeresca pasión, hecha a martillo, como la plata antigua: he ahí otra cosa que entra por mucho en el amor de la mujer.

Cuentan que el día en que le dijo por primera vez sus cariños, bajó Cleveland, contra su costumbre, de frac a la comida. En los afectos se debe entrar así: solemnemente.

El público sabe estas cosas, y acaba por encontrar bien que una rosa fresca adorne el frac de un hombre bueno.

Hubo un instante esa mañana, en que el matrimonio anunciado se convirtió en un regocijo público.

Pasaban, pasaban, hora sobre hora, los regimientos tocando marchas nacionales e himnos fúnebres. Gran éxito para los tambores mayores, para la guardia vieja, con su uniforme blanco y sus morriones de piel; para los zuavos; para los soldados negros; para las banderas rotas. De pronto, al acercarse un regimiento a la tribuna, rompe la banda en una marcha de boda.

Alguien habla al oído al Presidente, que se sonroja y echa a sonreír. Un instante después, el aire era un hurra. Los hombres agitan los sombreros; las señoras, desde la plaza y desde la tribuna, ondeaban sus pañuelos. Se saludaba con ternura a un hombre honrado que iba a ser feliz.

Allá, junto al río Hudson, donde reposa Grant en su tumba de ladrillo, las fiestas de Decoración tuvieron particular solemnidad. A la orilla del río majestuoso muere, a gran altura, un parque que ornamentan agigantados pinos.

La tumba está a la sombra de éstos: el río, allá abajo: enfrente, como un monte tajado a pico para dar paso a sus ondas se elevan, cubiertas de verde espeso, las empalizadas. La tumba desaparecida bajo las flores, que hasta la hora de la ceremonia ocultó al público un telón de lona: tras ella una tribuna que los invitados fueron ocupando poco a poco: y allá, bajo los pinos, todo el apretadísimo concurso, cincuenta mil seres humanos silenciosos, por entre cuyas cabezas y sombrillas de colores sobresalían las tiendas blancas de campaña de la milicia que da guardia al sepulcro. Allá el sol tuvo la majestad de los pinos y el río.

Como dolientes naturales en las honras de semejante muerto, fueron llegando al pie del alto cerro los vapores de guerra, con sus cañones que resonaban tristemente a cada minuto. Un pueblo flotante de embarcaciones de recreo, suspendido el placer, les daba escolta. Un enorme vapor llega a la orilla con los personajes de la fiesta.

El sacerdote, gigantesco anciano, tras las ropas del culto. El orador, el general Logan, candidato republicano a la Presidencia, da el brazo a su esposa, marcial señora de cabellos blancos. La familia del muerto viene toda, menos la viuda, que no tuvo fuerzas. Viene una diputación

de oficiales confederados a honrar a su vencedor clemente. Amigos y personas oficiales cierran la comitiva que llega a la tribuna a los acordes de una marcha fúnebre: como un encaje de oro bordaba a esta hora la tierra la luz del sol, filtrándose por entre las hojas rumorosas de los pinos.

Descorren el lienzo que oculta la tumba; y al ver tanta ofrenda, tanta corona de rosas, tanta palma nueva, tanta cruz y pirámide, tanta águila de claveles, tanta insignia de guerra y de paz, tanto escudo de Estados de la Unión, tanto lirio y laurel, la muchedumbre reprime apenas un aplauso unánime.

“Fiel hasta la muerte”, decía en letras de lirios sobre la puerta de la tumba, guardada por un cañón de clavel blanco, que descansa sobre una cureña de hojas. Cerca estaba una mochila de siemprevivas, las palmas de Bermuda, los cactus de México, la pirámide coronada de rosas que envió el ministro chino, la urna de flores del Estado rebelde de Virginia, y la almohada de rosas rojas del ministro mexicano, D. Matías Romero, a quien Grant quiso mucho: los dos taciturnos, los dos acometedores, los dos tercios. Coronaba la tumba, con las alas abiertas, una gran paloma, con una rama de olivo en el pico, ofrenda de la viuda del general Barrios.—A la extravagancia llegaban los adornos: ¿no mandaron de California, con todo un carro de flores, a Grant mismo a caballo, hecho en tamaño natural, de rosas, y todo el caballo de rosas y claveles que, desmontado ya el marchito jinete, parecía aguardar a un lado de la tumba a que volviese de ella el dueño acostado?

Cesa el cañoneo: tribuna y muchedumbre aguardan con unción: lee un comandante de destacamento los oficios de campaña, un canto de iglesia sube por entre los pinos, lento y bello como el humo de las hojas secas que queman en otoño. Habla con el Señor, en su traje de oraciones, el sacerdote anciano. Músicas y plegarias se suceden. Lee un luengo discurso, hinchado y retórico, el general Logan, que desluzce con sus pruritos académicos la hermosura del sentimiento con que logró arrancar lágrimas al más viril de los hijos de Grant. La marcha fúnebre de Beethoven, como un crespón que se va tendiendo lentamente, siguió a la alabanza, con esas hondas palabras musicales semejantes a almas heridas que suben por el aire a suspender sus nidos en el cielo.

Por encima del sepulcro, y de las flores, descargó un piquete de marineros sus fusiles. Bajo los pinos, a lo lejos, los artilleros de casco plateado y uniforme azul encendieron a una sus cañones. Cañonazos

de todos los vapores, velados por la bruma y por el eco, se esparcieron por la empalizada, y por el río.

“¡De ti, patria mía, y tierra de libertad, canto de ti!”, rompió la banda, en aires nacionales; y en aquel templo de la naturaleza, con el pinar por órgano magnífico, con el sol por lámpara única, y con el cielo por techo, hombres y mujeres, niños y soldados, clérigos y banqueros, se unieron en una voz las cincuenta mil voces, y al ruido de los cañonazos y en la azul humareda de la pólvora, subió este canto al aire, ungido y firme: “¡De ti, patria mía y tierra de libertad, canto de ti!”

Jardín era también la Casa Blanca, el día en que celebró en ella sus bodas, con decorosa elegancia, el Presidente Cleveland. ¡Qué curiosidades, las del público! ¡Qué crueldad la de estos diarios, porque el Presidente no les dijo de antemano cómo iba a ser la boda, ni si iba a ser! Fue como una batalla, entre el Presidente por callar y los diarios por averiguar. Como la novia es persona humilde y de provincia, y andaba en viaje por Europa, se sabía de ella poco. Huroneaban los noticieros buscando antecedentes y detalles,—las amigas de la novia, sus parientes, sus memorias de colegio, ¿qué más? hasta a cierto caballero buscaron que cambió cariño de crisálida con miss Folsom cuando a ambos, en las alegrías primaverales, les empezó a alborear el corazón.

Se encarnizaba en callar el Presidente, que es voluntarioso y terco, y siente como una ofensa toda intrusión en la sagrada intimidad de la persona. Se encarnizaron los periodistas en descubrirle sus planes secretos. ¡Y el Presidente fue vencido! Porque hizo embarcar a su novia en Amberes sin que lo supiese nadie, para evitar las curiosidades de la muchedumbre, y cuando el vaporcillo de la aduana salía en lo alto de la noche a buscar a escondidas a la misteriosa pasajera, ¡hurra! ¿quién le da caza en el río? ¿quién se le echa por delante? ¿quién se le pone a la banda? ¿quién resopla a su lado victorioso, como un caballo mágico, que ha triunfado en una carrera en la sombra sobre las olas, rizando platas y hendiendo terciopelos?: ¡el vapor del *Sun*, que a la madrugada contaba a Nueva York pasmado el traje en que desembarcó la novia, y cómo preguntó por el “buen Grover”, y hasta cómo era una novela que por entretener el viaje escribió para un periódico de burlas publicado por los pasajeros en las horas de alta mar! Acató al vencedor el Presidente, y ya no escondió las bodas, que han sido a los cuatro días después de la batalla de los vapores. Con natural sigilo, buscó el Presi-

dente unos días de retiro en un pueblo callado: ¡allí no estaría el vapor del *Sun*! ¡allí no estaría el carruaje de la prensa, que rociando de arroz desde lejos el coche de los fugitivos, llegó tras ellos la noche de las bodas a la estación del ferrocarril que los aguardaba, rumbo a la amable soledad, con sus carros de fiesta!

Lució el sol a la mañana siguiente sobre el pueblo callado: salió el Presidente, a eso de las diez de la mañana, más breve el paso que de costumbre, más vivos los ojos, más rosado el rostro, al colgadizo de la casa que lo alberga,—y, ¿qué ve a pocas varas de distancia? ¡La tienda de campaña de los reporteros, y sobre ella, travesando y como sonriéndose, una bandera de los Estados Unidos! Por la tarde,—huele aún a tinta el periódico que lo dice,—salió el Presidente, acompañado de su esposa, a pasear por las calles del pueblo, luciendo su mejor bastón de puño de oro; y sonrieron ambos con amistad cuando a un lado y a otro, a manera de guardia de honor, se alinearon silenciosamente los reporteros, como los militares victoriosos en campaña cuando pasa por entre ellos un gran prisionero de guerra.

Fue linda la función de bodas en la Casa Blanca, donde Cleveland es el primer Presidente que se casa. Ya porque a este gran suceso del alma sientan bien el silencio honesto y la paz cordial de la familia, ya porque pocos días antes de la boda murió el abuelo de la novia, que la deja rica, ello es que la ceremonia no fue pública ni su lujo ostentoso ni insolente, sino tal cual conviene a quien quiere honrar con su ternura a la mujer que ama, y gobierna a sesenta millones de hombres.

Con el amanecer empezaron los cariños, pues un buen campesino y su mujer, ya bien entrados en edad, detuvieron frente a la Casa Blanca con aire de misterio su carro de trajín; sacó la anciana, como en pañales, un cesto lleno de fresas frescas, lo dejó al portero de la Casa, sin más nombres de los donantes que una tira de papel, donde decía en letras tortuosas: “Demócratas de la vieja Virginia”.

El día fue para Washington de gala. Al caer la tarde, cercana ya la hora del matrimonio, la Casa Blanca, de tanta gente que tenía alrededor, parecía suspendida en el aire sobre ella.

Era muchedumbre escogida: damas, legisladores, generales, platicaban cariñosamente del suceso, y contaban cómo la novia es agraciada y sería, cómo es de casta pura y nativa, cómo era pobre cuando se arregló la boda, cómo los diplomáticos estaban en enojo grandísimo, y habían tenido juntas de protesta, porque no habían sido, ni el Senado

ni el Congreso, ni la ley, ni el ejército, ni nadie más que la amistad, invitados a la boda.

Coche, mensajeros, presentes, telegramas.

Pero nadie más que las gentes de la Casa, hasta las de muy humilde empleo, nadie más que ambas familias y los miembros del gabinete, por quienes Cleveland se siente amado, asistieron a la fiesta hermosa. Ni los miembros del gabinete estaban todos, porque uno de ellos, Garland, no se había puesto jamás frac y prefirió faltar a la ceremonia memorable antes que a su costumbre.

En el aposento azul fue la boda. Todo es de azul celeste, muebles y paredes. Cristales de ópalo y franjas de níquel llevan los ojos desde los muros vestidos de seda al techo artísticamente decorado, a manchas irregulares y caprichosas, con listas rojas y estrellas blancas. Por donde el aposento sale en óvalo hacia afuera, estaba el raso azul escondido tras de muralla altísima de hortensias y de rosas. Plantas del trópico ornaban todo el redor de las paredes. En una de las repisas lucía en pensamientos sobre un lecho de rosas la fecha de la ventura: "2 de Junio". La chimenea que en invierno resplandece con el fuego vivo y sabroso de los leños, ahora daba como cierta luz de luna, llena toda de plantas y de flores... Era de Malmaisons, Jacqueminots y Fraures la cornisa de un espejo, donde en flores se veía el monograma de los novios; y allí donde había grupos sueltos de rosas, eran siempre de tres, porque dicen, los que saben de estas gratas niñerías, que los grupos de tres rosas traen buena fortuna.

El aposento del este era una pompa, todo vestido de palmas muy bellas: los muros, de palmas; y a sus pies claveles, lirios, jazmines, azahares y gencianas. Las columnas estaban cubiertas de follaje, matizado de flores. Se vertía la luz muy blandamente de las lámparas de cristal, por entre los festones y guirnaldas que las ocultaban a los ojos. Sobre las puertas había grandes escudos de los Estados Unidos, hechos de claveles.

Ya vienen los dos novios hacia el aposento azul, donde aguardan con ruido de abejas los sacerdotes e invitados. Con mucha riqueza visten las damas. Vienen los novios sin acompañantes, ni doncellas de boda, ni ninguna de las suntuosidades vanas de uso. El, que desdeña galas, trae puestos guantes blancos. Ella, trae la seda de pálido amarillo que hace resaltar los azahares y el velo de las novias.

Los sacerdotes llevan levita cerrada: uno es un anciano, amigo de Cleveland, que lo conoció en tiempos pobres; otro es su propio hermano. Quedaron los novios de espaldas al muro de rosas. ¡La ceremonia fue tan culta y sencilla!

Pidió el sacerdote anciano en una tierna plegaria al Todopoderoso toda especie de venturas sobre aquella hija suya, "para que influya dulcemente con su existencia cristiana en la nación, a cuyos ojos va a vivir", y sobre aquel siervo suyo, "nuestro primer magistrado, por quien invoco la plenitud de tu gracia, para que le des sabiduría con que vivir en tus mandamientos". Luego, en frases serenas, encomió la bondad del matrimonio, en que van a entrar "este hombre y esta mujer", "si no hay aquí quien diga que existe impedimento legal para sus bodas". No hubo. "Unid vuestras manos";—"Grover: ¿tomas a esta mujer a quien tienes de la mano como legítima esposa tuya para vivir conforme a Dios en el santo estado de matrimonio? ¿Prometes quererla, atenderla, estar junto a ella en enfermedad y en salud, en la pena y en la alegría; y ser de ella toda la vida?"—"Frances: ¿tomas a este hombre a quien tienes de la mano como a tu legítimo marido para vivir con él conforme a Dios en la santidad del matrimonio? ¿Prometes amarle, respetarlo, animarlo, estar junto a él en enfermedad y en salud, en alegrías y en penas, y vivir, nada más que para él mientras vivas?"

No dijo *obedecerlo*, lo que ha llamado la atención. Prometieron, cambiaron sortijas. El anciano, con voz conmovida, declaró esposos "a Grover y a Frances, ¡y lo que Dios ha juntado, hombre ninguno se ha de atrever a separar!"

Y acabó la ceremonia, a los sonos de la marcha de Lohengrin, invocando el hermano del Presidente la protección de los tres Dioses cristianos sobre los novios, "para que vivan tan bien en este mundo que puedan vivir eternamente en el otro".

Como un cesto de rosas que se esparce rompieron sus grupos las damas, para felicitar a los recién casados. De allí al comedor, bajo puertas vestidas de flores. Cena ligera, en mesas sueltas, en el comedor suntuoso de la Casa, donde se oían esas sonoras risas y ese ruido de alas propios de las bodas. Ya bajan los novios vestidos de viaje, y salen a tomar el coche que debe llevarlos al tren, a la casa pacífica, al ruido de los pájaros y de las hojas del bosque: salen a escondidas, ya oscura la noche, por una puerta secreta.

¿A escondidas? No tanto: las damas no respetan presidentes: y como aquí es costumbre, no bien entran los novios en su carruaje, se desatan las risas en la sombra, y allá va sobre el coche que lleva a César una lluvia de granos de arroz y de chinelas, “¡que dan buena suerte a los recién casados!”

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 21 de julio de 1886